GRANO DE SAL

LA MARCHA FÚNEBRE

UNA HISTORIA DE LA GUERRA ENTRE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS

—PETER GUARDINO—



GS

La marcha fúnebre

La marcha fúnebre

Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos

PETER GUARDINO

Traducción de Mario Zamudio Vega



Primera edición, 2018
Primera edición en inglés, 2017

Título original: *The Dead March. A History of the Mexican-American War*
Published by arrangement with Harvard University Press through International Editors' Co.

Traducción: Mario Zamudio Vega
Diseño de portada: León Muñoz Santini

Av. Casa de Moneda, edif. 12-B, int. 4, Lomas de Sotelo, 11200,
Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com
www.granodesal.com GranodeSal LibrosGranodeSal

Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n,
Ciudad Universitaria, Coyoacán,
04510, Ciudad de México, México

ISBN 978-607-98249-3-8 (Grano de Sal)
ISBN 978-607-&&& (UNAM)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Índice

Para Jane Walter, Rose Guardino
y Walter Guardino

Introducción

Cuando reflexionaba sobre sus experiencias como soldado estadounidense en México, Isaac Smith escribió: "la marcha fúnebre se oía casi todos los días".[1] Esa "marcha fúnebre" era la música que acompañaba los funerales y Smith se refería a los muchos camaradas que murieron de alguna enfermedad mientras se encontraban en los campamentos del ejército estadounidense levantados en el norte de México, pero sus palabras tienen una resonancia que trasciende esa referencia específica. La guerra entre Estados Unidos y México que tuvo lugar entre 1846 y 1848 fue, ante todo, trágica: en ella miles de soldados murieron de enfermedades, de hambre y de sed, así como de las formas de violencia más directas que la gente puede infligir en toda guerra duradera. Murieron más de 13 mil soldados estadounidenses, mientras que las bajas mexicanas son difíciles de estimar; en los partes oficiales de las batallas, tienden a variar más: muchos soldados mexicanos fueron enterrados en tumbas comunes sin identificación alguna, y la mayoría de las versiones mexicanas en los cuidadosos registros de las unidades militares que forman la base para la cuenta de los estadounidenses caídos todavía son inaccesibles en las desorganizadas secciones sin catalogar de los archivos mexicanos; por lo demás, también murieron muchos civiles. En conjunto, esos problemas hacen que la estimación del número de muertes mexicanas sea un asunto incierto, pero quizá murieron en esa guerra hasta el doble de mexicanos que de estadounidenses, lo cual arroja una cifra de hasta 25 mil bajas mortales.[2] La muerte fue uno de los aspectos que unieron las experiencias de estadounidenses y mexicanos en el conflicto, y la muerte en muchas formas también sobresale en los miles de documentos generados por esa guerra.

El gobierno de Estados Unidos, encabezado por el presidente James K. Polk, "ganó" la guerra indisputablemente: obligó al gobierno mexicano a renunciar a su reivindicación sobre Texas y también a ceder los territorios que más tarde se dividirían en los estados de California, Nevada, Arizona, Nuevo México y Utah, así como parte de los estados de Colorado y Wyoming. Por esa razón, la narrativa predominante sobre la guerra en la historia de ambos países se centra en el éxito de los estadounidenses y en el fracaso de los mexicanos. La transferencia de esos recursos tuvo un



Mapa 1. Norteamérica en 1846.

severo impacto en el futuro de uno y otro. Para Estados Unidos, la guerra significó apoderarse de los inmensos recursos del lejano oeste: durante el periodo de 1846 a 1848, la gente consideraba que el recurso más importante de esos territorios era la tierra, en especial la zona relativamente bien abastecida de agua que proporcionó a California su evidente potencial agrícola. Otro bien que valoraban algunos estadounidenses era el acceso a Asia a través de los puertos del océano Pacífico. Para México, la pérdida territorial supuso la imposibilidad de la expansión agrícola en esas tierras, aunque, de todos modos, de haber tenido lugar, tal vez no habría sido pronto: los mexicanos consideraban que la mayor parte de esos territorios era demasiado seca para la agricultura y todos estaban demasiado lejos de sus mercados potenciales, por lo que la mayoría de los mexicanos no tenía mucha prisa por avanzar hacia el norte. Lo

que ni unos ni otros sabían, incluso en 1848, era que el potencial agrícola de la región era sólo una parte de la riqueza perdida por México: la historia posterior de esa zona también contiene una larga serie de descubrimientos minerales, que comenzó con la famosa fiebre del oro de 1849 en California, pero que siguió adelante con muchos otros descubrimientos de oro, plata, cobre, plomo y otros minerales. La piqueta y los explosivos fueron tan importantes como el caballo y el arado para la historia del siglo XIX de la región y lo mismo se puede decir de sus reemplazos más modernos.

Ahora bien, el éxito y el fracaso pueden ser algo extraño. Los nuevos territorios generaron a Estados Unidos no sólo oportunidades sino también dolor: la cuestión con respecto a quién se permitiría aprovecharlos llevó a los estadounidenses directamente a la Guerra Civil, un conflicto catastrófico que provocó muertes a una escala que ni siquiera los veteranos de la guerra de 1846 a 1848 podían haber imaginado. La Guerra Civil provocó la muerte de entre 600 mil y 800 mil personas.[3] Antes de 1848, los políticos estadounidenses habían podido llegar de manera apresurada a una serie de acuerdos que permitieron que la economía centrada en el trabajo libre en la mitad septentrional del país coexistiera con la economía centrada en la esclavitud en la mitad meridional, junto con las diferencias sociales y culturales regionales que acompañaban a esas economías, un acto de equilibrio que no logró sobrevivir a la adquisición de tanto territorio de un solo golpe:[4] Estados Unidos se dividió y solamente logró reunificarse de nuevo después de que el norte impuso una aplastante derrota al sur en una prolongada y amarga guerra de desgaste. El país que emergió después de la Guerra Civil fue muy diferente del que había invadido México 20 años antes, con un gobierno más poderoso y, también, una economía capitalista más vigorosa que pronto hicieron de Estados Unidos una de las principales potencias del planeta.

La guerra mexicano-estadounidense también tuvo como consecuencia la guerra civil en México, aunque la senda que condujo a ella fue menos directa. La pérdida de la guerra con Estados Unidos provocó encendidos debates entre los políticos y los intelectuales mexicanos sobre la manera en que se debía unir más al país y hacerlo más próspero. Algunos mexicanos poderosos y acaudalados hicieron presión para lograr un México que adoptara lo que creían que eran los valores españoles de religiosidad y jerarquía para avanzar hacia una forma de modernidad que fuese más coherente con su pasado colonial y más parecida a la de ciertos países europeos a los que admiraban. El derecho al voto se limitaría a los ri-

cos y la paz social se aseguraría por medio de una iglesia católica fuerte y un ejército profesional. En contraste, sus opositores creían que Estados Unidos había derrotado a México debido a que los cambios que habían tenido lugar en el país después de la Independencia no habían llegado lo suficientemente lejos: querían hacer de México un país más democrático y liberar su economía de los límites que le imponían unos mercados cuyo funcionamiento era inadecuado; esos liberales también acabaron por comprender que el poder de la iglesia católica era un obstáculo. Los conflictos políticos entre los conservadores y los liberales ganaron en intensidad a medida que los golpes de Estado, las revoluciones y las guerras civiles, cada vez más violentas, implicaron de forma directa a más y más mexicanos y culminaron cuando los conservadores intentaron implantar una monarquía en México con la ayuda de tropas europeas y fracasaron. Irónicamente, el México que había surgido de esos conflictos se adhirió estrechamente a los mercados libres, pero se alejó cada vez más de los aspectos más democráticos del liberalismo: se convirtió en una sociedad que prestaba una enorme atención retórica a la democracia y las garantías individuales, y a la vez aseguraba la paz social mediante un autoritarismo pragmático que permitía la movilidad social a los políticos ambiciosos pero orientaba la política social y económica a hacer de México uno de los mejores lugares en el mundo para que emprendedores acaudalados obtuvieran grandes ganancias.

Ni los altos costos humanos de la guerra mexicano-estadounidense ni sus importantes consecuencias han atraído mucho la atención en ninguno de los dos países. No existe un monumento conmemorativo a los caídos de esa guerra en la capital de Estados Unidos y su lugar en los libros de texto de esa nación es mínimo. Por lo general, los estadounidenses han deseado ver su país como uno en el que tanto la democracia como la prosperidad han aumentado con el tiempo; por desgracia, las guerras de conquista están asociadas con la tiranía y la inmoralidad, no con el avance de la democracia. Existe cierta ambivalencia culpable que se desprende del hecho de que fueron unos ladrones exitosos; por lo demás, las trascendentales consecuencias y las numerosas bajas de la Guerra Civil arrojaron sombras sobre la guerra de 1846 a 1848; incluso los historiadores y los novelistas que han escrito sobre la guerra con México a menudo acudieron a esa ambivalencia debido a que muchos de los generales de la Guerra Civil eran oficiales jóvenes durante el conflicto con México.[5] Asimismo, la conciencia histórica mexicana suele vacilar a propósito de la guerra: ¿quién desea recordar la derrota, en especial una derrota

que muchos consideran resultado de la debilidad? En cambio, los libros de texto mexicanos ponen el énfasis en los conflictos que puedan narrarse de una manera más positiva, como la exitosa lucha de México en contra de la intervención francesa en la década de 1860 o la Revolución mexicana de 1910.[6]

Las guerras obligan a la gente a discutir de forma explícita cuestiones fundamentales sobre su vida y su sociedad que se mantienen en el trasfondo en épocas más felices, y a la vez generan enormes cantidades de documentos que los historiadores necesitan para tener acceso al pasado lejano. Este libro es una historia social y cultural de la guerra de 1846 a 1848 que se centra en las experiencias y las actitudes de los mexicanos y los estadounidenses ordinarios, tanto soldados como civiles. Escribir respecto a esas experiencias y actitudes requiere prestar atención a las causas de la guerra y los puntos de vista de los políticos, así como a las batallas y las campañas que la gente imagina con frecuencia cuando piensa en una guerra; sin embargo, el énfasis está en lo que algunas personas llaman la "nueva historia militar", que se centra en quiénes eran los soldados y los civiles, y en cómo las guerras fueron moldeadas por las sociedades que participaron en ellas. Los sucesos de una guerra, tanto los de los conflictos a gran escala entre las naciones como los de las campañas y las batallas a una escala más íntima, no pueden entenderse realmente si no se toma en consideración la historia social y cultural. Los ejércitos no surgieron de la noche a la mañana según el capricho de los políticos, ni los generales pudieron manipular a las tropas como si fueran piezas de ajedrez desprovistas de ideas o actitudes.[7] Este enfoque ayuda realmente a entender la razón de que las batallas hayan terminado como lo hicieron y de que los comandantes militares hayan tomado ciertas decisiones en particular; asimismo, ayuda a entender el resultado de la guerra.

LA EXPLICACIÓN DEL RESULTADO DE LA GUERRA

Las explicaciones más comunes ofrecidas para el resultado de esta guerra, tanto inmediatamente después como mucho más adelante, se han centrado en las diferencias políticas entre México y Estados Unidos, proponiendo el convincente argumento de que los mexicanos estaban divididos y carecían de compromiso con su país, de muy reciente formación, mientras que los estadounidenses estaban unidos y eran más nacionalistas; sin embargo, cuando se hurga con más profundidad en los aspec-

tos culturales y sociales de la guerra, ese argumento simplemente no concuerda con las pruebas documentales. Mexicanos de una gran variedad de grupos sociales hicieron enormes sacrificios para oponerse a la agresión estadounidense y comprendieron, con frecuencia, que sus esfuerzos representaban un compromiso con México; sin duda alguna, los conflictos políticos que tenían lugar en el país dañaron el esfuerzo bélico, gravemente en algunas ocasiones, pero esos conflictos fueron siempre respecto de lo que México debía ser, no respecto de si debía existir, y todos los grupos políticos importantes se opusieron a los estadounidenses; no hubo nada de automático en lo concerniente a su identificación con México y el nacionalismo siempre se entrelazó con otras formas de identidad, aunque era muy fuerte. La identidad nacional era igualmente compleja en Estados Unidos: los diferentes grupos sociales y políticos expusieron diferentes ideas con respecto a lo que debía ser el país y esos argumentos se mantuvieron incluso durante el conflicto con México; en Estados Unidos, por lo demás, los conflictos políticos impidieron que los expansionistas lograran todo lo que habían esperado obtener. El presidente Polk no encabezó una nación unida empeñada en la conquista militar; por el contrario, fue capaz de iniciar la guerra explotando de manera hábil los muy graves conflictos políticos que existían en su país. En los inicios del conflicto, en algunas regiones, hubo un significativo estallido de entusiasmo popular por la guerra, el cual pronto comenzó a enfriarse y, a medida que pasaba el tiempo, la guerra llegó a ser cada vez más controvertida.

Si la unidad estadounidense no fue lo que derrotó a México, ¿entonces qué sí? La mayor ventaja que Estados Unidos tenía era su prosperidad; cuando se examina la historia social y cultural de la guerra, queda muy claro que las diferencias económicas entre los dos países contribuyeron mucho más a la victoria estadounidense que las diferencias políticas. Los políticos de México fueron capaces de atraer a sus compatriotas para que se integraran a las filas de sus ejércitos, pero esos ejércitos estaban mal equipados y aprovisionados: con frecuencia, los soldados mexicanos carecían de uniformes adecuados y casi siempre enfrentaron a los estadounidenses con armas gastadas y frágiles. La falta de alimentos hizo que su experiencia fuera aún más dramática: los soldados y las mujeres que los acompañaban solían marchar con hambre y luchar con hambre y, cuando abandonaban sus unidades sin permiso, lo hacían por lo general para buscar comida con suficientes calorías para asegurarse la supervivencia; y los ejércitos que no podían alimentarse bien se deshacían. La

economía de México era mucho más pequeña que la de Estados Unidos e, incluso antes de la guerra, su gobierno había tenido grandes dificultades para generar suficientes ingresos con los cuales solventar las operaciones rutinarias. En las décadas anteriores a la guerra, la falta de ingresos obligó repetidamente a los gobiernos en dificultades económicas a cubrir las insuficiencias con préstamos del extranjero y nacionales con unas altas tasas de interés, por lo que un porcentaje creciente de los ingresos que lograban recaudar lo dedicaban a pagar los intereses de esos préstamos.[8] La guerra provocó un derrumbe catastrófico de las tambaleantes finanzas del gobierno mexicano, y la agresión estadounidense lo obligó a aumentar el gasto militar, lo cual causó que el problema empeorara. Pronto, el bloqueo naval estadounidense de los puertos mexicanos exacerbó de forma drástica la crisis fiscal, debido a que impidió que el gobierno mexicano recaudara los aranceles a las importaciones, que eran la fuente más importante de sus ingresos; asimismo la guerra provocó que la economía mexicana disminuyera su ritmo, lo cual redujo aún más los ingresos del gobierno y empeoró las condiciones de vida de la población civil. En cambio, la economía de Estados Unidos era tan productiva que incluso unos impuestos modestos generaban suficientes ingresos para apoyar la guerra de expansión en el extranjero: sus soldados tenían mejores uniformes, mucho mejores armas y suficiente dinero para comprarle la mayor parte de los alimentos que necesitaban a la población civil mexicana, la cual, irónicamente, carecía de otras opciones económicas para dar salida a esos productos, debido en parte a la perturbación económica causada por la guerra.

MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS DURANTE EL PERIODO DE 1846 A 1848

El hecho de centrar la atención en la historia social y cultural de la guerra mexicano-estadounidense ayuda a explicar sus resultados, pero ese enfoque también representa una oportunidad excepcional para comparar las dos naciones.[9] Nuestras ideas respecto a la sociedad en la que vivimos están moldeadas por comparaciones implícitas: consideramos que algunas sociedades son ricas y otras, pobres; que algunos gobiernos son democráticos y otros, autoritarios; que algunos gobiernos son eficaces y otros, débiles. Nos contamos historias, no solamente sobre el éxito relativo y el fracaso de los sistemas políticos, sociales y económicos, sino también so-

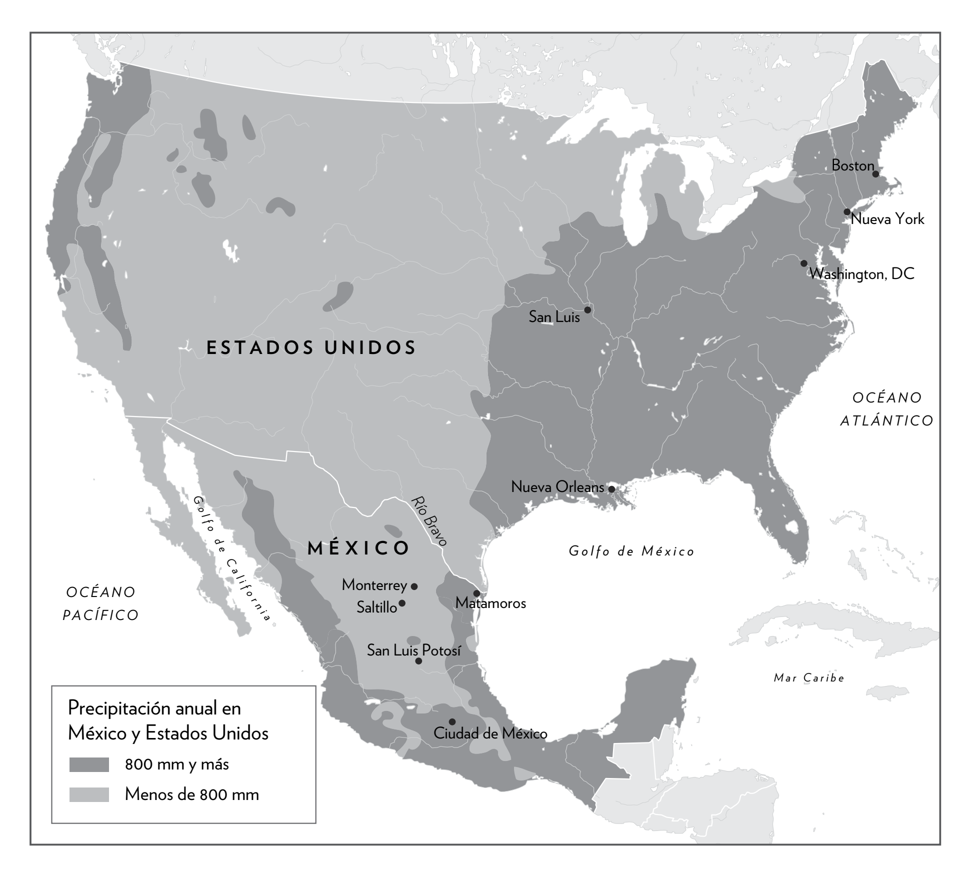
bre las causas del éxito y el fracaso; sin embargo, las comparaciones que alimentan nuestro análisis del mundo son implícitas, no explícitas, en un grado extraordinario, y a menudo las comparaciones implícitas son poco rigurosas. Cuando los estadounidenses contemplamos México, tenemos la tendencia a comparar una visión ideal de Estados Unidos con un sur lejano exageradamente decepcionante; y los mexicanos hacen lo mismo, ya que idealizan Estados Unidos y ponen el acento en sus propios problemas sociales. El examen de la historia social y cultural de la guerra de 1846 a 1848 ofrece la posibilidad de sacar esas comparaciones a la luz del día para poder hacerlas, no sólo más explícitas, sino también más precisas. En este libro, se tiene la intención de examinar tanto a México como a Estados Unidos tal como eran a mediados del siglo XIX, no como los veían sus impulsores más optimistas o sus críticos más pesimistas; más aún, se tiene el propósito de evitar el error común de comparar el México de 1846, no con el Estados Unidos de la misma época, sino, por el contrario, con el Estados Unidos más fuerte que surgió después de su guerra civil.

Cualquier intento de comparar Estados Unidos con México mediante el examen de la guerra debe comenzar por tener cierto sentido de lo que los dos países eran en 1846. La mayoría de los observadores contemporáneos tal vez habría estado de acuerdo con que eran lugares muy diferentes: la economía estadounidense era mucho más próspera que la economía mexicana y estaba creciendo más aprisa; en la época de la guerra, Estados Unidos tenía unos ingresos per cápita al menos tres veces mayores que los de México;[10] asimismo, tenía un sistema político más estable, en el sentido de que el conflicto político se confinaba por lo general a los cauces institucionales especificados por las leyes y la constitución; los golpes de Estado no eran algo común y no había habido ninguna guerra civil desde su guerra de independencia. Sin duda alguna, Estados Unidos no era una verdadera democracia, al menos no para la mayoría de sus habitantes, y difícilmente se podría decir que no existía violencia social y política; no obstante, el país había sido gobernado conforme a la misma constitución durante más de medio siglo y los titulares de los cargos políticos casi siempre se las arreglaban para llegar al término de su mandato y para entregar el cargo a sus sucesores, que habían sido electos por medio del voto en las urnas,[11] algo que, sin duda alguna, no podría decirse sobre México. En ocasiones, los dirigentes mexicanos también eran seleccionados por medio de elecciones, pero pocas veces completaban su mandato antes de ser removidos de sus cargos por un golpe de Estado,

una revuelta o una guerra civil; y aunque muchos de esos conflictos no fueron particularmente violentos, contribuyeron a la reputación de que el país tenía una gran inestabilidad política. Las diferencias económicas y políticas se entrelazaban: sin duda alguna, la prosperidad estadounidense ayudó a mantener la estabilidad política, debido a que ofrecía oportunidades económicas a mucha gente, y la estabilidad política ayudaba a la economía al hacer que las inversiones fueran más seguras. Por otra parte, las frustraciones económicas de muchos mexicanos quizá contribuyeron a su disposición a participar en los golpes de Estado y en las revueltas, por lo que, sin duda alguna, las guerras civiles y la inestabilidad política mexicana perjudicaron su economía.

La geografía explica una gran parte de la disparidad económica entre los dos países: Estados Unidos contaba con mucha más tierra cultivable y, aunque en 1846 tenía una gran cantidad de montañas, casi no había tierras con muy poca agua para sostener la agricultura y la mayor parte de la tierra era lo suficientemente llana como para cultivarla; por lo demás, la mayor parte de las tierras cultivables estaban cerca del océano Atlántico, el Golfo de México, los Grandes Lagos o los cientos de ríos que corren con suficiente lentitud como para permitir que se les use para el transporte: a principios del siglo XIX, un gran esfuerzo de construcción de canales redujo incluso más los costos del transporte de los productos estadounidenses. Nada de eso podría decirse de México: una gran parte del territorio del país era ya demasiado seca, ya demasiado montañosa como para cultivarla, y las montañas mismas y las características de la lluvia, marcadamente asociadas a las temporadas, significaban que los ríos mexicanos casi nunca eran navegables; además, la mejor tierra cultivable de México se encontraba por lo general lejos de las costas: las tierras que podían ser cultivadas aprovechando las lluvias de temporada se encontraban apiñadas en el centro y el sur del país, junto con la mayoría de la población, y, en el mejor de los casos, los mercados para los bienes producidos en ellas solían ser regionales, porque el transporte por tierra era muy costoso. Por el contrario, la disponibilidad de tierra cultivable y las opciones para el transporte fluvial en Estados Unidos estimularon, en algunas regiones en particular, tanto la industrialización como la especialización agrícola tempranas, lo cual hizo que la economía fuera más eficaz, pues permitió que los propietarios de las tierras sacaran provecho de algunas cosechas específicas mejor adaptadas al medio ambiente local.[12]

Las diferencias políticas entre los dos países también contribuyeron a las disparidades económicas. El gobierno británico no había dificulta-



MAPA 2. Regiones con suficiente precipitación pluvial para cultivar productos agrícolas.

do mayormente el desarrollo económico de las colonias que más tarde se convertirían en Estados Unidos, en parte porque nunca consideró esas colonias como una importante fuente de ingresos, pero, sobre todo, porque las leyes y el sistema legal que las colonias heredaron de la metrópoli estipulaban unos derechos de propiedad relativamente seguros y una resolución de disputas relativamente previsible. México, en cambio, no contaba con ninguna de esas ventajas: el sistema colonial español subsidiaba los esfuerzos de la corona por difundir su poder en Europa y, como resultado, las reglas del juego económico en sus colonias estaban en parte diseñadas para encauzar las actividades productivas hacia áreas que el gobierno consideraba como particularmente lucrativas para él, como la minería, o, en ocasiones, las actividades que fueran lucrativas para los

grupos bien relacionados, como ciertas formas de comercio en particular.[13] Otra raíz política de la debilidad económica de México fue su prolongada y sangrienta guerra de Independencia: la guerra expuso las severas divisiones de clase de la sociedad mexicana; los años de guerra de guerrillas perturbaron la agricultura y dificultaron todavía más el transporte de mercancías y ninguna potencia europea vino en ayuda de los rebeldes para poner fin a esos conflictos.[14] Lo que resulta irónico es que en Estados Unidos ocurrió lo contrario: Francia intervino de manera muy decidida y ayudó a la derrota del Reino Unido apenas seis años después de que comenzara la guerra; por lo demás, los empresarios agrícolas de un Estados Unidos recientemente independizado descubrieron para su deleite que la economía de Europa, en rápida industrialización, tenía un insaciable apetito por su algodón, mientras que los esclavos de las colonias caribeñas de Europa tenían un apetito igualmente insaciable por los productos alimenticios que podían cultivar.[15] Los empresarios agrícolas estadounidenses tenían tierras llanas y bien regadas, acceso al transporte y ya tenían mercados. Ese momento de la historia económica estadounidense dio al país un ímpetu que todavía tiene fuertes repercusiones en la actualidad.

Estados Unidos se independizó 40 años antes que México y, en 1846, eso proporcionó al país una ventaja. Las élites políticas estadounidenses tuvieron más tiempo para desarrollar los lazos que unen a las naciones:[16] esos 40 años adicionales de celebración del Día de la Independencia, de lecciones de historia en las escuelas y de debates políticos públicos sobre lo que la nación era o debía ser fortalecieron sin duda alguna el nacionalismo estadounidense. Las élites políticas mexicanas trabajaron a lo largo de líneas similares después de haber logrado la independencia en 1821, pero sus esfuerzos se vieron obstaculizados por la pobreza relativa de la nación, y México tampoco gozó de muchas de las ventajas políticas que los colonizadores de la región media de Norteamérica habían recibido. El gobierno británico se había interesado menos en sus colonias debido a que no consideraba que ofrecieran ingresos y, por lo tanto, la corona británica solía permitir que los dirigentes de las colonias tuvieran un autogobierno considerable; por lo demás, y en la tradición política del Reino Unido, el autogobierno era un gobierno representativo: los propietarios de las tierras seleccionaban a sus representantes para que ayudaran a hacer las leyes; a diferencia del Reino Unido, en Estados Unidos los hombres de medios relativamente modestos podían comprar tierras. México, en cambio, no contaba con ninguna de esas ventajas: aunque, sin duda al-



Mapa 3. Rutas de comunicación en Estados Unidos y México.

guna, los residentes más ricos del país se beneficiaban en gran medida del gobierno colonial, su única función formal en él solía estar a escala municipal y pocos mexicanos tenían experiencia en el ejercicio de un poder político amplio antes de la Independencia.[17]

La diversidad religiosa de las colonias británicas en Norteamérica también tuvo un efecto político importante después de su independencia: aunque el Reino Unido tuvo su parte de conflictos religiosos, incluso en la época en que estaba colonizando esa región de Norteamérica, los dirigentes coloniales llegaron a tolerar a regañadientes una mayor diversidad religiosa, debido, en parte, a que era difícil que alguna secta mantuviera su predominio y, en parte, porque los disidentes religiosos del Viejo Mundo con frecuencia fueron deseables contribuyentes eco-

nómicos,[18] por lo que el pluralismo religioso tendió a facilitar el pluralismo político. En México, la evangelización católica había sido la justificación ideológica más importante para la conquista y la colonización, pero el dominio del catolicismo no permitió ninguna transferencia de tolerancia religiosa al pluralismo político. Por lo general, la cultura política heredada de España valoraba la unanimidad y había la tendencia a considerar a los oponentes políticos como una amenaza a los valores que abrigaban los católicos. En realidad, la introducción del gobierno representativo en la década de 1820 reforzó esa tendencia, debido a que el ideal de la Ilustración acerca del gobierno que representaba la voluntad del pueblo implicaba que únicamente había una voluntad verdadera: todo actor político que creía que sus opiniones representaban esa voluntad solía creer que sus oponentes políticos debían estar oponiéndose a ella de manera consciente.[19] Una de las ventajas coloniales que más facilitaron la estabilidad política estadounidense después de la independencia fue el grado en que el colonialismo británico marginó de la política a los individuos de otras razas. En las colonias británicas de Norteamérica, ni los colonizadores ni los indios tenían gobiernos muy centralizados y, como resultado, los colonizadores tendieron a desplazar a los nativos, antes bien que a tratar de conquistarlos y asimilarlos. Los afroamericanos importados como esclavos tampoco fueron considerados como sujetos políticos y, por lo tanto, el gobierno representativo de las colonias y, más tarde, el de Estados Unidos, representaba un grupo relativamente homogéneo. En cambio, se había justificado la conquista española de México por la necesidad de llevar el catolicismo a los indígenas americanos y éstos siempre fueron considerados como parte de la sociedad colonial. Los españoles tenían esclavos importados de África, pero la vasta mayoría de sus descendientes ya eran libres antes de que México fuera independiente. Aunque, sin duda alguna, tanto los indígenas como los afromexicanos eran explotados económicamente y estaban sometidos a los prejuicios raciales, también se encontraban claramente dentro, no fuera, de la sociedad cuando México se hizo independiente. Por último, debido a la mezcla racial, la mayoría de los mexicanos eran hispánicos culturalmente, pero biológicamente eran los herederos de sus antepasados españoles, africanos e indígenas; por esas razones, muchos políticos mexicanos se comprometieron desde el principio en la construcción de un gobierno que gobernara y, al mismo tiempo, representara a los individuos de todas las razas, pero la dificultad de esa tarea contribuyó a la inestabilidad política.[20]

Después de la Independencia, México tuvo grandes dificultades para alcanzar la estabilidad política. Aunque tuvieron lugar algunas luchas políticas por medio de las instituciones e incluso de las elecciones, muchas de ellas no se resolvieron de esa manera. Durante el periodo colonial, era muy común que los habitantes del campo expresaran sus puntos de vista por medio de sublevaciones, y después de la Independencia todavía siguieron sublevándose, pero, en ocasiones, también participaron en rebeliones más amplias en alianza con los políticos. Las sublevaciones urbanas en México nunca fueron tan comunes como en Estados Unidos durante el mismo periodo, pero parece haber habido más después de la Independencia que las que había habido antes. En México, tanto en las rebeliones urbanas como en las sublevaciones rurales, hubo una tendencia a involucrar a las personas relativamente pobres; no obstante, también los mexicanos más ricos estaban dispuestos a salirse de los cauces institucionales para promover sus ideales políticos y sus intereses económicos: los golpes de Estado de las alianzas de políticos, militares y civiles fueron muy comunes. En algunos casos, implicaron sobre todo a los militares profesionales, pero, en otros, abarcaron a unidades de soldados de tiempo parcial con puntos de vista políticos particulares o, algunas veces, incluso a multitudes reunidas entre las clases urbanas pobres o medias. Los golpes de Estado más exitosos fueron prácticamente incruentos, porque los complotistas exitosos no actuaban hasta no tener un apoyo suficiente; sin embargo, antes de 1846, México también experimentó algunas guerras civiles, las cuales se volvieron más comunes a medida que los grupos políticos empezaron a tratar de atraer a los habitantes rurales —es decir, a la vasta mayoría de los mexicanos— a los grandes conflictos políticos del momento. Con todo, esas guerras civiles se confinaron por lo general a ciertas regiones específicas, lo que redujo las bajas; sin embargo, nada de eso significa que los mexicanos ignoraran los procedimientos y las instituciones establecidas en las constituciones: las elecciones eran importantes por lo general y había una amplia participación, en especial en las áreas urbanas, y los grupos políticos de diversos tipos se esforzaban mucho por ganarlas. Los que perdían las elecciones no siempre se resignaban ante los resultados; no obstante, las elecciones todavía eran simbólicamente importantes como una expresión de la idea de que, en el México independiente y republicano, se suponía que el gobierno representaba la voluntad del pueblo.

Al igual que Estados Unidos, México estaba dividido por intereses regionales, los cuales tendían a producir enfrentamientos entre el centro y

la periferia. En el México colonial, la economía y el sistema político se habían organizado sobre todo de tal manera que se beneficiaran las familias acaudaladas del centro del país, en particular de la ciudad de México, por lo que, después de la Independencia, esas familias quisieron centralizar el poder en las manos del gobierno central para reproducir o reanimar sus ventajas coloniales: su deseo de contar con un gobierno central fuerte era compartido por algunas personas que vivían lejos de la ciudad de México, sobre todo aquellas que veían en un gobierno de esas características una especie de baluarte del orden social. El conflicto entre el centro y la periferia se traslapó en parte con otro conflicto que, en ocasiones, fue más violento: los mexicanos discutían sobre lo que significaba ser una república basada en la voluntad del pueblo, en una sociedad con una desigualdad económica extrema y una diversidad étnica y unos prejuicios étnicos importantes; algunos creían que las jerarquías económicas y sociales solamente podían ser defendidas con un gobierno parcialmente autoritario. Esos mexicanos creían en un gobierno basado en la voluntad del pueblo, pero sólo de la clase de personas adecuadas, y con frecuencia se esforzaron por restringir la participación política a los relativamente acaudalados y manifestaron diversos prejuicios sobre los habitantes con antepasados indígenas o africanos, lo cual quiere decir la mayoría de los mexicanos. Para otros, un México verdaderamente republicano tenía que ser más igualitario que el México colonial; en realidad, creían que el igualitarismo nominal y el fin de las distinciones étnicas oficiales eran los resultados más importantes de la guerra de Independencia y que eran congruentes con el espíritu de la época en el mundo occidental. Por lo general, esas personas buscaban aumentar la participación política y crearon movimientos políticos con participación de las masas, caracterizados por un énfasis retórico en la libertad y la igualdad: movilizaron sobre todo a los pobres de las ciudades, lo cual limitó su éxito, porque la vasta mayoría de los habitantes vivía en el campo; no obstante, en algunas regiones de México, incluso los habitantes del campo adoptaron esa postura igualitaria.

En la rebelde política mexicana de los años anteriores a la guerra con Estados Unidos, había cuestiones muy reales en juego: sin duda alguna, no había escasez de políticos ambiciosos, México todavía no tenía suficiente experiencia en el gobierno representativo y la débil economía contribuyó de forma amplia a su inestabilidad política; sin embargo, la importancia de las cuestiones en juego para muchos habitantes era lo que mantenía tan quisquillosos a los políticos. La idea de que, en lo políti-

co, México era muy diferente de Estados Unidos porque sus políticos solían carecer de escrúpulos simplemente no resiste la prueba, en especial cuando se examina con cuidado a los políticos estadounidenses como Andrew Jackson y James K. Polk, unos hombres que estaban mucho más interesados en ciertos fines, que ellos consideraban que eran nobles, que en los medios que correspondían a los parámetros de la política institucional; simplemente, por lo demás, Estados Unidos no era tan estable y pacífico en el campo de la política como a muchos estadounidenses les gustaría creer. En suma, se ha puesto demasiado énfasis en las diferencias.[21]

Aun cuando Estados Unidos desarrolló un sistema político de múltiples partidos poco después de su independencia, había una tolerancia significativamente menor de las opiniones políticas de la oposición que la que se podría suponer. El historiador Harry Watson señala que los estadounidenses de principios del siglo XIX tenían la inclinación a considerar la política como una lucha entre el bien y el mal; en palabras de Watson, "Cuando los republicanos de esa época reñían entre sí, tendían a considerar a sus oponentes como enemigos de la libertad misma, no como rivales que tenían intereses iguales y derechos iguales al favor del público."[22] La virulencia política era muy común en Estados Unidos: las victorias políticas de los oponentes y su existencia misma se aceptaban a regañadientes, antes bien que como una prueba de la democracia. En realidad, el sistema de partidos diluía la propia democracia debido a que los líderes de los partidos, y no los votantes, seleccionaban a los candidatos. En Estados Unidos, al igual que en México, la democracia se veía limitada también por las elecciones indirectas, en las que, típicamente, los votantes elegían no a la gente que ocuparía los cargos gubernamentales, sino a los electores delegados que, en teoría, eran libres de emitir su propio voto por el candidato que consideraran adecuado. El voto secreto era algo del futuro, por lo que, tanto en Estados Unidos como en México, se exigía a los votantes que expusieran sus preferencias de forma pública en las casillas de votación, que usualmente estaban rodeadas por multitudes de partidarios estridentes que, con los puños o incluso con armas letales, ejercían presión en favor de sus candidatos preferidos, mientras que los propios candidatos manipulaban a esas multitudes con alcohol, lo que aumentaba el desorden de los votantes; los disturbios el día de las elecciones eran comunes.[23]

Cuando uno se los imagina, esos disturbios nos llevan al problema de la violencia: Estados Unidos no experimentó los golpes de Estado ni las guerras civiles por las que México era famoso, pero se encontraba lejos de

estar a salvo de la violencia política. Los estadounidenses no votaban con tranquilidad por los líderes políticos ni aceptaban sus decisiones ni respetaban las leyes que esos líderes promulgaban; lejos de ello, solían recurrir a la violencia individual o colectiva para alcanzar sus metas y expresar su identidad. Estados Unidos experimentó más de 1200 disturbios entre 1828 y 1861; los estadounidenses se reunían en grupos, no sólo para pelearse en las elecciones, sino también para atacar a los inmigrantes, a los negros libres, a los abolicionistas, a los católicos, a los mormones, a las bandas rivales, a las compañías rivales de bomberos voluntarios y a los que habían sido acusados de ser criminales.[24] Los historiadores David Grimsted y Michael Feldberg señalan que esa violencia no estaba separada de la política; Grimsted considera que esos disturbios formaban parte del "proceso en curso de adaptación democrática, concesiones y tensión intransigente entre los grupos con diferentes intereses".[25] Por su parte, Feldberg relaciona de forma específica los disturbios con la democracia popular y hace notar que se justificaban por medio de las referencias al gobierno de la mayoría y a la voluntad del pueblo; asimismo, enlista como fuentes de violencia "las tensiones raciales y étnicas de la época, el clima ideológico, la incapacidad de los sistemas políticos y las instituciones legales para solucionar los conflictos entre los grupos por medios pacíficos, la rápida urbanización, los cambios demográficos y la innovación económica y tecnológica".[26] En particular, cuando se consideran las tres primeras fuentes, fácilmente Feldberg podría haber escrito sobre México.

Una parte de la peor violencia fue infligida a aquellos a los que se acusaba de haber cometido crímenes; en 1838, el joven abogado Abraham Lincoln criticaba:

> la creciente indiferencia por la ley que impregna al país y la creciente disposición a sustituirla por las pasiones salvajes y furiosas, en lugar del sobrio juicio de los tribunales, y las turbamultas más que salvajes, por los ministros ejecutantes de la justicia. Esa disposición es tremendamente aterradora en cualquier comunidad, y negar que ahora exista en la nuestra, por irritante que sea para nuestros sentimientos admitirlo, sería una violación de la verdad y un insulto a nuestra inteligencia.
>
> Los relatos de las atrocidades cometidas dominan el país, de Nueva Inglaterra a Luisiana; no son exclusivas ni de las nieves eternas de la primera ni de los ardientes soles de la segunda —no son criaturas del clima— ni se limitan a los estados que permiten la posesión de esclavos ni a los que no la permiten.[27]

La vigilancia parapolicial, llamada "vigilantismo", era común y se relacionaba con algunas de las tendencias que ahora se considera que contribuyeron a la tradición democrática estadounidense: los llamados "vigilantes" que componían esos grupos parapoliciales justificaban sus actos afirmando que, si las leyes expresaban la voluntad del pueblo, el pueblo podía poner en práctica las leyes.[28] Las pruebas en contra de muchas de las personas a las que los vigilantes torturaron y asesinaron eran muy débiles en el mejor de los casos y, como la gran parte de la violencia de las turbamultas, la vigilancia parapolicial era la manifestación de una tendencia a castigar a meros chivos expiatorios pertenecientes a las indeseables minorías raciales o religiosas.

Lo anterior lleva a otro aspecto digno de comparación con México. En realidad, algunos de los tipos de conflictos sociales que por lo general encontraban su expresión en la violencia política explícita en ese país, como las rebeliones, las guerras civiles y los golpes de Estado, en Estados Unidos se expresaban por medio del uso de la violencia para excluir a ciertas clases de individuos del reconocimiento de toda participación legal en la política: muchísimos afroamericanos eran mantenidos como bienes muebles, esclavos de propiedad personal sin derechos legales, en un sistema llevado a la práctica por medio del castigo violento de los que desobedecían o trataban de escapar a la esclavitud y, asimismo, por medio de los disturbios en contra de los negros libres, tanto en el norte como en el sur del país. Los estadounidenses del siglo XIX no consideraban que esa violencia fuese política, pero desde nuestra perspectiva es difícil no hacerlo. Algunos blancos también llegaron a ser víctimas de la violencia usada para mantener la esclavitud, dado que, incluso en el norte, las turbamultas frecuentemente atacaban a los abolicionistas y trataban de impedir la expresión de los puntos de vista de estos últimos.[29] Los indios también eran excluidos de forma violenta por medio de la violencia social. Seguramente la mayoría de los lectores están familiarizados con la prolongada historia de ese conflicto, que comenzó en el periodo colonial temprano y duró hasta el final del siglo XIX, en el que los blancos estadounidenses expulsaron de forma ininterrumpida a los indios americanos de sus territorios; pero lo que puede ser menos conocido para muchos es que la mayor parte de esa violencia, a la que se dio una imagen aséptica haciendo referencia a ella como "guerras indias", carecía tanto de propósito como de una aprobación explícita de los sucesivos gobiernos: lo usual era que los colonizadores invadieran ilegalmente las tierras que el gobierno había reconocido como propiedad de los indios, a los que no era capaz de ayudar

a defenderse o no tenía la voluntad de hacerlo. Cuando algunos indios recurrían a la violencia, los grupos informales de colonizadores atacaban a todos los que podían encontrar, asesinaban a los que no eran combatientes y destruían sus casas y sus cosechas, lo cual fue una manera de obligar efectivamente a los pueblos originarios a aceptar la expulsión de sus propias tierras.[30] Los estadounidenses del siglo XIX no consideraban que ese proceso continuo fuese violencia política, pero, una vez más, es difícil no considerarlo como tal.

En la época del presidente Andrew Jackson, los políticos estadounidenses también recurrían a la violencia personal en asuntos políticos y sociales. El propio Jackson mató a un rival en un duelo y muchos políticos y otros estadounidenses relativamente acaudalados y bien educados tuvieron un comportamiento similar. Los duelos eran muy comunes en una gran parte de Estados Unidos, aunque el término *duelo* exagera el grado en que los protocolos de formalidad e imparcialidad se cumplían: los incidentes que más tarde fueron descritos como duelos implicaban ataques arteros, ataques contra hombres desarmados y ataques en grupo contra las víctimas, aun cuando los motivos se disfrazaran con el lenguaje del honor.[31] Gran parte de esa violencia era provocada por las rivalidades políticas y, en ocasiones, los motivos políticos eran completamente explícitos: a principios de la década de 1840, el propio Congreso estadounidense fue escenario de amenazas, palizas y al menos un disparo de pistola y, cada vez más, los representantes públicos decidían llevar armas consigo a las cámaras.[32]

En ocasiones, los historiadores de la Latinoamérica del siglo XIX ponen el énfasis en la función que desempeñaron los llamados “caudillos”, dirigentes militares que reunían grupos de partidarios por medio del patrocinio político y que no tenían la inclinación a “sentirse obligados a observar estrictamente todos los tecnicismos legales”.[33] Aunque esos hombres eran ambiciosos y, en ocasiones, carecían de escrúpulos, también tenían unos firmes puntos de vista ideológicos sobre la forma que sus nuevas naciones debían adoptar.[34] En el siglo XIX, tanto los mexicanos como los estadounidenses consideraban a Antonio López de Santa Anna como la quintaesencia del caudillo mexicano; no obstante, Alan Knight señala que, en realidad, también Andrew Jackson fue muy similar a un caudillo típico:[35] durante la guerra de 1812, Jackson ganó fama y muchos partidarios cuando encabezó a unos soldados de tiempo parcial en contra de los indios y los británicos en los estados del sur, y fue defensor del derecho de los blancos de la frontera a gobernar no sólo sus propios asuntos

sino también los de sus inferiores raciales; sin embargo, lo que esos mismos blancos consideraban como "gobernar sus propios asuntos" lo predicaban sobre todo por medio de su dominio sin trabas de los negros y los indios. De acuerdo con Feldberg, Jackson "no fue muy respetuoso de la debida aplicación de la justicia",[36] lo cual demostró con mayor descaro con su invasión ilegal y no autorizada de la Florida en 1818: la aventura en la península tenía el propósito no sólo de expandir Estados Unidos, sino también de atacar a los indios y a los esclavos en fuga que se habían refugiado en esa posesión española, lo cual fue puesto de relieve por el juicio y la ejecución ilegales de dos comerciantes británicos. Aunque esos hechos le ganaron unas críticas feroces, no descarrilaron la carrera de Jackson, quien más tarde sirvió durante dos periodos seguidos como uno de los presidentes estadounidenses más controvertidos.[37] En general, cuando se considera la violencia de Estados Unidos durante el siglo XIX y la disposición incluso de los líderes políticos más prominentes a ignorar el imperio de la ley, el país empieza a parecerse más a México durante ese periodo, y la explosión generalizada de la violencia política estadounidense en 1861 también se vuelve más comprensible.

En 1846, los dos países tenían algunas características clave en común: eran repúblicas jóvenes encabezadas por unas élites políticas unidas por su compromiso con la idea de formar Estados nacionales; los conflictos políticos fueron muy notables en ambos países y esos conflictos fueron impulsados en parte por las contradicciones entre los ideales del igualitarismo y la libertad, por un lado, y la realidad social organizada en jerarquías de clase, género y raza, por el otro.

EL EXPANSIONISMO ESTADOUNIDENSE

La guerra fue, más que nada, una consecuencia directa del expansionismo de Estados Unidos, impulsado no sólo por su rápido desarrollo económico sino también por unos aspectos importantes de su cultura política y su cambiante identidad social. Los estadounidenses querían añadir más territorios a la república por una variedad de razones: para muchos, el impulso por expandirse era una expresión de su confianza en la superioridad de su civilización, su cultura y su modo de gobierno; veían su país como la continuación del movimiento hacia adelante que había comenzado en Europa y estaba asociado con la misión religiosa y el gobierno representativo.[38] Esa agresiva confianza se resume en la frase "destino

manifiesto"; sin embargo, el deseo de expandir el territorio estadounidense también fue alimentado, paradójicamente, por las ansiedades de los propios habitantes, algunos de los cuales veían la expansión como una manera de proteger su país o, al menos, lo que los expansionistas creían que éste representaba: Estados Unidos estaba urbanizándose e industrializándose aprisa y muchos creían que las caóticas ciudades en las que muchos hombres blancos trabajaban para otros, en lugar de cultivar su propia tierra, eran antiestadounidenses; creían que la expansión de las tierras disponibles para la agricultura podía ayudar a protegerse de esa tendencia, anticipándose a la posibilidad de un conflicto de clases; sin embargo, una gran parte de las tierras estadounidenses eran cultivadas, no por granjeros blancos independientes, sino por esclavos. El espectro del conflicto racial rondaba tras el expansionismo: algunos expansionistas creían que la adquisición de más tierras de México evitaría la guerra racial, ya fuese impidiendo que los negros dominaran esas tierras, ya sea permitiendo que los negros emigraran a México.[39] Es probable que la participación personal en el expansionismo haya sido motivada incluso tanto por la ansiedad y el fracaso como por la confianza: con frecuencia, los individuos migraban después de haber fracasado en sus empresas agrícolas o después de que otras dificultades económicas les habían impedido realizar sus ambiciones en lugares más colonizados del país; sin embargo, la migración a nuevas tierras no garantizaba el éxito: muchos migrantes fracasaron una y otra vez, y se encontraron mudándose incluso más lejos en cada oportunidad. La prosperidad económica estadounidense espoleó la expansión, pero las malas épocas y los fracasos económicos de los individuos a menudo aumentaron el número de personas que se mudaban a otros lugares.[40]

Ahora bien, no todos los expansionistas tenían el deseo personal de mudarse al oeste. El expansionismo estaba estrechamente relacionado con los debates sobre quién podía reivindicar el prestigio de ser ciudadano estadounidense: el apoyo a la expansión y la dominación de los indios, necesaria y violenta, y más tarde de los mexicanos estaba ligado a la elevación de todos los hombres blancos a la ciudadanía y a la consecuente relegación de las otras razas y, en cierta medida, de las mujeres a una condición social secundaria.[41] Los aspectos raciales de esa actitud son muy obvios, pero los aspectos de género también resultan fascinantes: las normas relacionadas con el género, que excluyeron a las mujeres de la vida pública y de la participación en la política fueron ensalzadas durante ese periodo y las pocas mujeres que tenían derecho al voto en sus loca-

lidades lo perdieron;[42] sin embargo, el concepto del "destino manifiesto" puede haber sido acuñado en realidad por una periodista, Jane McManus Storms, aunque algunos especialistas lo atribuyen a un colega de ella, John L. Sullivan.[43] De manera más general, la expansión por medio de la acción militar fue defendida por quienes proponían una clase particular de masculinidad que la historiadora Amy S. Greenberg llamó "masculinidad marcial". Ese modelo de comportamiento propiamente masculino ponía el énfasis en la acción, en la dominación y en la disminución de la importancia de las restricciones sociales, y competía con otro modelo del comportamiento masculino que esa historiadora llama "masculinidad comedida", según la cual los hombres debían mantener a sus familias, practicar el protestantismo evangélico y buscar un éxito sobrio en los negocios; asimismo, creían que Estados Unidos estaba destinado a la grandeza, pero pensaban que los ideales estadounidenses se difundirían mejor por medio del ejemplo y el desarrollo de los lazos comerciales en todo el continente y, en realidad, en todo el mundo.[44] El género también figura en el expansionismo de otra manera: la idea de que los mexicanos eran racialmente inferiores se justificaba en parte mediante la afirmación de que los hombres mexicanos eran menos masculinos que los hombres estadounidenses.[45]

En su origen, el destino es un concepto religioso, y la idea de que Dios quiso la expansión estadounidense quedó codificada en la frase misma "destino manifiesto". Aunque algunos intelectuales sostienen que, en la década de 1840, el carácter religioso de la idea había sido sustituido por una versión más secular impulsada por la exaltación del republicanismo, ése no parece haber sido el caso. Los estadounidenses relacionaban la prosperidad y el sistema político de Estados Unidos con su protestantismo y las imágenes que tenían de los aspectos económicos y políticos positivos del país no estaban separadas de su religiosidad,[46] la cual iba en aumento en la década de 1830, a medida que el resurgimiento evangelista y la movilización utópica sacudían a las grandes mayorías de la población: a menudo, los expansionistas expresaron la idea de que Dios quería la adquisición de nuevos territorios y, más en concreto, la agresión de Estados Unidos contra México.[47]

No todos los estadounidenses eran expansionistas y, sin duda alguna, no todos apoyaban la invasión de México. Ciertamente, el Partido Whig, uno de los dos principales partidos políticos de Estados Unidos, creía que su país tenía como destino religioso la propagación de su influencia a todo el continente por medio del ejemplo, no de la conquista. Los whigs

discrepaban de la idea de la expansión finalmente exitosa a costa de México, porque sería muy amarga,[48] y favorecían un Estados Unidos más compacto y centrado en la prosperidad mediante el comercio y la industria; creían que el gobierno federal debía fomentar el desarrollo económico por medio de mejoras internas, como los canales y los ferrocarriles. Su imagen del comportamiento masculino apropiado concordaba más con la masculinidad comedida de Greenberg y les preocupaban todos los desórdenes antes descritos; en su opinión, la expansión amenazaba con diluir la identidad estadounidense e incluso, en último término, con disolver el país; por lo demás, la expansión por medio de la conquista socavaría el brillante ejemplo de Estados Unidos al disminuir su reivindicación de que el suyo representaba una nueva clase de sistema político que era más moral: el imperialismo era incompatible con el compromiso con la libertad.[49] A principios de la década de 1840, algunos whigs empezaron a preocuparse de que la adquisición de nuevos territorios llevaría a la expansión de la esclavitud, pero todavía no expresaban esos conceptos de forma abierta; muchos de ellos creían también que la adición de más territorio a Estados Unidos disminuiría las oportunidades electorales de su partido, porque era probable que los nuevos territorios favorecieran la economía agrícola, antes bien que la economía industrial y, tal vez, los nuevos estados serían poblados, y representados, por sus rivales políticos. El verdadero baluarte del Partido Whig se encontraba en el noreste y parecía improbable que pudiera crecer con la expansión de la nación; sin embargo, la base popular de ese partido era un tanto débil, incluso en esa región, debido en parte a que, aunque daban la bienvenida a la mano de obra que proveían los nuevos inmigrantes, consideraban que éstos tardaban mucho tiempo en adoptar lo que los whigs consideraban como los valores fundamentales de Estados Unidos: el trabajo arduo, la superación personal y la piedad protestante.[50]

Si bien la base de apoyo del Partido Whig consistía sobre todo en ciudadanos respetables de las clases media y alta del noreste, el Partido Demócrata unía a los que se sentían excluidos de ese grupo y desdeñaba a los comerciantes y los financieros. Los dueños de las plantaciones del sur, los granjeros de medios modestos del oeste y de las regiones occidentales del sur y los inmigrantes de las clases trabajadoras de las ciudades del este solían ser demócratas. Por lo general, el Partido Demócrata combinaba los grupos de intereses agrícolas del oeste y el sur con los trabajadores urbanos del este, y buscaba casi evangélicamente expandir las fronteras de su país. Los demócratas querían que Estados Unidos todavía

fuera una nación agrícola en la que los hombres blancos pudieran lograr la movilidad social mediante la adquisición, el desarrollo y el cultivo de tierras. Esos hombres blancos tendrían autonomía local con una interferencia mínima del gobierno nacional y la expansión también ayudaría a los propietarios de las plantaciones, que podrían buscar nuevas tierras para reemplazar los campos agotados por el monocultivo del algodón y, asimismo, aprovechar precios más altos para sus esclavos. Los demócratas temían la urbanización y la industrialización que los whigs creían que eran el futuro del país y los consideraban como unos imitadores pretenciosos y antiestadounidenses de la cultura británica. Los distintos grupos del Partido Demócrata estaban unidos por su compromiso con la supremacía blanca, que apoyaba la institución de la esclavitud en el sur y la adquisición de nuevas tierras de los indios. La supremacía blanca también ofrecía a los blancos pobres, tanto urbanos como rurales, cierto estatus y, asimismo, un potencial avance social. En ese caso, la palabra clave es *potencial:* los hombres pobres tenían dificultades para ahorrar o pedir prestado el dinero que necesitaban para emigrar a los territorios del oeste y establecerse como granjeros; necesitaban fondos, no sólo para comprar tierras, sino también para el transporte y para alimentarse hasta que levantaran la primera cosecha, para comprar herramientas y animales de tiro y, en el caso de los sureños, para comprar esclavos. Con mucha frecuencia, los migrantes iniciaban la explotación de sus nuevas granjas estando profundamente endeudados y nunca lograban salir adelante, porque las ganancias de la expansión solían pasar a los que ya eran suficientemente ricos como para establecer nuevas granjas o a quienes especulaban con las tierras, por lo que no es sorprendente que esos hombres se encontraran a menudo entre los partidarios más importantes tanto de los demócratas como de la expansión.[51] No es accidental en absoluto que, cuando Estados Unidos entró en guerra con México, lo haya hecho bajo el liderazgo de un presidente demócrata, James K. Polk, quien, aunque pudo manipular a los whigs en el Congreso para que apoyaran la autorización oficial para declarar la guerra, solamente pudo hacerlo iniciando primero la guerra y ocultando la situación con numerosas declaraciones falsas sobre los actos de los mexicanos.

En la mayor parte de este libro, se narra la historia de la guerra en un orden aproximadamente cronológico, haciendo malabarismos con los personajes, los acontecimientos y sus causas; no obstante, es diferente de muchos libros escritos sobre las guerras. Aunque describo y explico las batallas y las campañas, centro la atención, tanto como es posible, en la experiencia y las motivaciones de los mexicanos y los estadounidenses de condición social relativamente modesta: los hombres y las mujeres que llevaron a cabo el trabajo más difícil y enfrentaron los mayores riesgos, no sólo en los ejércitos mexicano y estadounidense, sino también en sus respectivas sociedades. Aun cuando sus abundantes números y la escasez de documentos en los que aparecen como individuos llevan a pensar en ellos como grupos, son los protagonistas más importantes de esta historia. Ese enfoque ha llegado a ser más común entre los historiadores que comparten la opinión de que las guerras se entienden mejor cuando se recurre a la historia social y cultural. El compromiso de narrar la historia social de la guerra significa que, en ocasiones, la guerra no se narra aquí de una manera estrictamente cronológica, sino que ahondo en los grupos sociales específicos cuando resultan importantes para los acontecimientos militares y políticos, pero la comprensión de las experiencias de los grupos requiere con frecuencia que se preste atención a los acontecimientos anteriores y posteriores; también es necesario alejarse en ocasiones de la cronología estricta porque la guerra tuvo lugar a todo lo largo de una enorme extensión territorial; por lo demás, en el libro no se abarca cada batalla y campaña, sino que, antes bien, la narración se concentra en las experiencias más variadas y emblemáticas de las personas y en las que fueron las más importantes para el resultado. El libro también es diferente de muchos otros sobre guerra en el sentido de que trata de México y de Estados Unidos en igual medida, un acto de equilibrio que hace que el conflicto sea más comprensible y ayuda a comparar los dos países. Tanto el enfoque en la gente común como las aspiraciones comparativas se facilitan gracias a que presto una atención sostenida a tres temas —el género, la raza y la religión— que ayudan a entender las complejas motivaciones de muchas personas diferentes, así como la manera en que esas personas interpretaban sus experiencias. Esos tres elementos fueron de capital importancia para la manera en que ambas sociedades estaban organizadas y para la manera en que las personas de ambas sociedades pensaban respecto de su propia vida.

La palabra *género* es un término conveniente para referirse a las ideas sobre la masculinidad y la feminidad, y a la manera en que los hombres y las mujeres se relacionaban entre sí. La mayoría de las personas de ambos países reflexionaba sobre el comportamiento adecuado o apropiado desde el punto de vista del género al que pertenecía y, por lo tanto, la gente entendía y experimentaba la guerra de una manera relacionada con su género. En gran medida, el lenguaje político que la gente utilizaba para debatir lo que tenían en común y para organizar los esfuerzos colectivos está lleno de referencias al género de las personas. Las diferentes clases de mexicanos y estadounidenses con frecuencia pensaban de manera muy similar respecto de las normas relacionadas con el género y el comportamiento. Durante la guerra, los observadores comentaron en ocasiones sobre el comportamiento masculino o femenino que parecía diferente de alguna manera a lo que ellos estaban acostumbrados y usaron esas ideas para fortalecer sus creencias en las diferencias raciales fundamentales entre estadounidenses y mexicanos. Sin embargo, lo que en realidad estaban observando era la expresión de valores similares respecto del género en circunstancias ligeramente diferentes; por lo demás, esos observadores también exageraron las diferencias de comportamiento para poner de relieve su propia superioridad. Eso mismo se puede decir en general respecto de las diferencias entre las clases y las razas, tanto en Estados Unidos como en México: un observador acaudalado solía considerar que una persona pobre o racialmente diferente era deshonrosa o incluso promiscua, aunque es probable que la persona observada estuviera tratando de seguir las normas relacionadas con el género y que eran comunes a varias clases sociales.

En los dos países había dos expresiones básicas de la masculinidad de las que, con frecuencia, las personas pensaban que eran adoptadas por diferentes clases de hombres, aunque, en realidad, un mismo hombre podía inclinarse por una o por la otra, dependiendo de las circunstancias. En una de esas expresiones, los hombres tenían el deber de ser proveedores muy trabajadores, sobrios y responsables de su familia, comportamiento que le daba derecho a ser honrado y respetado, y era de capital importancia para la vitalidad de las familias que realmente mantenían funcionando la sociedad, al dar nacimiento a las subsecuentes generaciones y criarlas. Los hombres que se comportaban de esa manera eran ciudadanos responsables. Sin embargo, en ambos países había otro patrón de comportamiento considerado igualmente masculino, aun cuando no siempre se considerara igualmente apropiado, que se centraba me-

nos en proveer para la familia y más en la competencia, la dominación y la diversión: los hombres que se ajustaban a ese patrón recurrían a la violencia para intimidar y dominar a otros, incluidos su esposa y sus hijos; también solían irse de juerga, apostar y beber. Aunque muchas personas de ambos países solían considerar esos dos modelos como representativos de dos clases diferentes de hombres, en realidad las pruebas sugieren que, al menos en ocasiones, el comportamiento variaba más de acuerdo con las cambiantes circunstancias: incluso los hombres respetables de ambos países solían caer en un comportamiento escandaloso en lugares como las tabernas y las casillas de votación en las jornadas electorales; asimismo, ambos países toleraban algo de violencia contra la esposa o incluso contra otros hombres, siempre y cuando esa violencia se mantuviera dentro de ciertos límites.

Para las mujeres, la situación era un poco menos compleja. Tanto en México como en Estados Unidos, ellas estaban a cargo prácticamente de la cocina, la limpieza y, asimismo, el cuidado constante de los hijos; como en el caso de los hombres, también se suponía que debían contribuir al bienestar económico de la familia con su trabajo, desempeñando a menudo tareas similares a las que efectuaban en el hogar: preparando y vendiendo alimentos en las calles de las ciudades, sirviendo como lavanderas en las obras en construcción o trabajando como sirvientas domésticas en las casas de las familias más acaudaladas, pero se consideraba que las mujeres se encontraban más seguras cuando se ocupaban sólo del hogar y que eso era lo más apropiado. Para las mujeres ricas, era más fácil aceptar firmemente esos ideales, mientras que se consideraba que las mujeres pobres que trabajaban para mantenerse y mantener a su familia eran deshonrosas o promiscuas, porque tenían que abandonar su hogar para ganarse el sustento.

El segundo tema que se pone de manifiesto a lo largo del libro es el de la raza. Quizás el hecho de que la raza fuera de capital importancia para una guerra de conquista no sorprenda a muchos lectores, pero sí podría sorprenderlos un poco conocer la manera en que esta noción fue importante. Ese periodo de la historia de Estados Unidos es conocido como la época de la "democracia jacksoniana" y la raza fue de capital importancia para los cambios que ese término implicaba. Las ideas sobre la raza estaban muy presentes tanto en las publicaciones intelectuales como en los medios de comunicación más populares,[52] y diferentes estados del país eliminaron las disposiciones que permitían el sufragio sólo a las personas con los ingresos más altos, con lo que realmente permitieron que in-

cluso los blancos pobres pudieran votar. Ese avance agrandó el electorado e hizo que la sociedad pareciera más igualitaria y es en ese sentido en el que la era jacksoniana tuvo aspectos liberadores. Los nuevos votantes con derecho al sufragio participaban en grandes cantidades: en las elecciones nacionales de 1840, votó alrededor de 80 por ciento de los hombres blancos adultos.[53] La democracia jacksoniana incluyó de forma deliberada a todos los hombres blancos, pero *también excluyó* de la misma forma a casi todos los demás habitantes del país. El igualitarismo se detuvo en la línea del género y se detuvo en la línea cada vez más marcada que dividía a los blancos de los que no lo eran: en realidad, los individuos de todas las otras razas perdieron derechos durante ese periodo, porque el "espíritu jacksoniano" consistía completamente en elevar a los hombres blancos a la misma condición y en dar realce a su capacidad para dominar a los que no lo fueran; en palabras del historiador Harry Watson, "Todos los hombres blancos eran iguales, al menos en teoría, pero nadie más era el igual de un hombre blanco."[54] Los negros libres perdieron su derecho al voto en los pocos estados donde lo tenían y en algunos estados se les negó incluso el derecho a ser dueños de propiedades.[55] Los indios también perdieron terreno durante el periodo jacksoniano, porque cada vez más personas afirmaban que eran razas inferiores y que no podían ser incluidos en la civilización estadounidense ni ser tratados como ciudadanos de naciones iguales separadas de ella, lo cual provocó que los habitantes originarios de América perdieran el derecho legítimo a sus tierras: su condición inferior se puso de manifiesto visiblemente al mudarse a reservaciones —incluso las tribus que habían adoptado las instituciones e ideas europeas— y al ser confiscados sus valiosos territorios.[56]

Fue justo antes y durante la guerra que los estadounidenses blancos decidieron que *mexicano* no constituía sólo una nacionalidad, sino también una raza. Los estadounidenses expansionistas la consideraron una raza inferior para justificar el despojo de sus territorios y el racismo fue de capital importancia para el nacionalismo estadounidense durante la guerra. La idea de que los mexicanos constituían una raza aparte e inferior tenía sus raíces en los antepasados biológicos de la mayoría de los mexicanos. Los estadounidenses blancos ya consideraban que los negros, los indios y los mestizos eran inferiores y muchos mexicanos eran mezclas de sus antepasados blancos, negros e indígenas.[57] Durante ese periodo, la cultura era considerada como un componente importante de la raza y también se consideraba que el catolicismo de los mexicanos era una prueba de su inferioridad racial.[58] La distinción de los mexicanos

como raza inferior empezó a ganar impulso en la década de 1830, cuando los colonizadores estadounidenses de la provincia de Texas justificaron su revuelta en contra del gobierno mexicano. Los texanos estadounidenses y quienes los apoyaban sostenían que las atrocidades que los oficiales del ejército mexicano habían cometido en contra de los rebeldes eran la prueba de su inferioridad racial. Como lo señala el historiador Brian DeLay, también sostuvieron de manera incorrecta que los mexicanos habían invitado a los estadounidenses a poblar la provincia porque los mexicanos eran muy débiles y cobardes como para derrotar a los indios de la región.[59] Los expansionistas saludaban la superioridad de la raza estadounidense anglosajona y los soldados que invadieron México estaban preparados para ver la inferioridad de los mexicanos: los partes que enviaron alimentaron aún más el racismo antimexicano.[60] Lo decisivo fue que los estadounidenses llegaron a creer que los mexicanos no tenían más derecho a sus territorios que los indios. ¿Por qué no debería Estados Unidos expandirse a expensas de ellos?[61] Lo irónico es que, en ocasiones, incluso la oposición a hacerse de territorios mexicanos y a la guerra misma fue impulsada por el racismo; después de todo, esas tierras estaban habitadas y, ¿quién querría añadir gente de una raza inferior a la población de Estados Unidos?[62]

La creencia estadounidense de que los mexicanos eran una raza —inferior, desde luego— escandalizaba a muchos mexicanos: éstos creían que su sociedad estaba formada por varias razas diferentes y, aunque en México los prejuicios raciales eran importantes desde el punto de vista social, las categorías raciales no se usaban en las leyes o en los discursos políticos más respetables. La raza fue importante en México desde sus comienzos: los aventureros españoles que lo conquistaron en el siglo XVI se habían visto atraídos tanto por su población nativa, sedentaria y agrícola, como por los metales preciosos que los indígenas habían acumulado durante siglos de civilización. En los comienzos del periodo colonial, los españoles explotaron a algunos miembros de esa población por medio de varias formas de trabajo forzado, incluida la esclavitud, pero a lo largo de los siglos la mayoría de los indígenas se habían convertido en jornaleros hispanizados libres o en campesinos que cultivaban su propia tierra. Los colonizadores españoles también importaron un abundante número de esclavos africanos que trabajaban en situaciones particularmente difíciles, por ejemplo en las minas o las plantaciones de las tierras bajas; sin embargo, en el siglo XVIII, la población indígena estaba aumentando aprisa y la esclavitud llegó incluso a ser cada vez más costosa que la mano

de obra libre, lo cual llevó a la emancipación de la mayoría de los esclavos. A lo largo del periodo colonial, México llegó también a tener una numerosa población de mestizos en las ciudades y en las regiones rurales que eran demasiado secas como para soportar poblaciones sedentarias numerosas. El sistema económico de finales del periodo colonial dependía de la mano de obra libre, pero la raza todavía era importante en la sociedad mexicana: los indígenas tenían derechos legales limitados, a los individuos de sangre africana se les negaba el prestigio social y el acceso a los cargos religiosos o políticos, y los mestizos enfrentaban los severos prejuicios sociales de una élite que reivindicaba que su sangre española pura los hacía merecedores de un honor especial y de prestigio social.

En la década de 1810, México experimentó varios levantamientos que se superpusieron y una prolongada y sangrienta guerra que tuvo como resultado la independencia política. De manera simultánea, el uso oficial de las categorías raciales fue abolido y se otorgaron derechos iguales a todos los mexicanos, independientemente de su identidad racial o étnica. Esos levantamientos políticos y sociales se entremezclaron. Los dirigentes más famosos de la guerra de Independencia, Miguel Hidalgo y José María Morelos, habían hecho de la abolición de las categorías raciales y de la abolición oficial de la esclavitud una parte fundamental de sus programas antes incluso de que abogaran de forma abierta por la propia independencia, y sus seguidores fueron sobre todo indígenas, mestizos y mulatos. La discriminación racial recibió otro golpe durante la guerra, cuando los liberales españoles abolieron la establecida en contra de los indígenas en una constitución que estuvo vigente de manera temporal. Por fin, se alcanzó la independencia con el acuerdo entre los realistas y los insurgentes negociado por Agustín de Iturbide, un general relativamente conservador que, no obstante, se vio forzado a aceptar el fin de la discriminación racial, no sólo de las personas con sangre indígena, sino también de las que tenían ascendencia africana. En los documentos oficiales, simplemente se dejó de hacer referencia a la gente por medio del uso de las categorías raciales: todos los habitantes del país podían ocupar cargos políticos y votar y, por lo tanto, aspirar a la respetabilidad social; para muchos mestizos y mulatos, o en otras palabras, para la mayoría de los habitantes de las ciudades más pobladas y de algunas de las regiones rurales de México, el principal resultado de la guerra de Independencia fue la oportunidad de lograr más poder político y una mayor movilidad social. Aunque en México había pocos esclavos negros, la abolición de la esclavitud fue un símbolo importante del fin de los prejuicios en su contra y los políticos que contaban

con el apoyo de los habitantes mestizos y mulatos, urbanos y rurales, se encontraban en el poder y tendieron a alabarla. De hecho, muchos esclavos del sur de Estados Unidos escaparon a México, y lo débil de los prejuicios raciales entre los mexicanos mestizos y mulatos de las clases bajas les permitió incorporarse a la sociedad mexicana por medio del trabajo y el matrimonio. Esa situación a menudo fue percibida por los estadounidenses que vivían en México: un estadounidense anónimo, por ejemplo, hizo notar de uno de ellos que, "aunque es negro como una bota embetunada, logró contraer matrimonio con una mujer mexicana";[63] sin embargo, la abolición de las categorías raciales oficiales no borró de ninguna manera la discriminación social arraigada en siglos de historia: los individuos pertenecientes a las familias más acaudaladas de México se creían de ascendencia española y creían que eso hacía de ellos personas más honorables y racionales que sus inferiores sociales; en especial, desdeñaban a las personas de las que pensaban que tenían sangre africana y acusaban a los políticos que abrazaban un sistema político más igualitario de tener antepasados africanos.[64] Por lo demás, muchos mexicanos relativamente acaudalados creían que los campesinos indígenas estaban ansiosos por llevar a cabo una guerra racial para recuperar sus territorios perdidos y pertenecientes ya entonces a las grandes haciendas, y temían explícitamente que México sufriera el destino de Haití, de donde los blancos habían sido expulsados con violencia por las vengativas masas de color más oscuro.[65] Con todo, esos prejuicios sociales no fueron incluidos en las leyes y los políticos se mostraban muy circunspectos con respecto a la raza en sus debates explícitamente políticos.

El tercer tema que ayudará a comprender la manera en que unos individuos de muchos antecedentes sociales diferentes comprendieron y experimentaron la guerra es la religión, que con frecuencia es importante para el desarrollo de la identidad nacional y para la justificación de la guerra, y sin duda alguna eso fue cierto en el caso de la guerra de que trata este libro. Los habitantes de ambos países atribuían mucha importancia a las diferencias religiosas entre ellos y se valieron de esas diferencias para justificar la violencia.[66] Estados Unidos contaba con una mayor diversidad religiosa y se jactaba de su tolerancia con las religiones, pero esa diversidad no disminuyó el profundo apego de la mayoría de los estadounidenses a la religión y la tolerancia no se extendió por igual a todas las religiones: algunas "sectas" nuevas, como el mormonismo, enfrentaron una represión notablemente violenta, como le ocurrió también al catolicismo, una religión mucho más antigua. El fervor religioso iba claramen-

te en aumento en Estados Unidos: una ola de resurgimientos del protestantismo llamada el "segundo gran despertar" se diseminó por muchas regiones y un número cada vez mayor de estadounidenses abrazó las versiones evangélicas del protestantismo, al punto de que la religión acabó por ser más importante para muchos estadounidenses en la vida política y social, lo cual generó movimientos de reforma como la templanza, el abolicionismo y el feminismo. En gran medida, esos movimientos permanecían en los márgenes en la década de 1840, pero la creencia de que Estados Unidos tenía un destino religioso especial como faro de la libertad protestante adquirió más y más impulso.[67] La mayoría de los estadounidenses creía que el protestantismo era una de las raíces de la libertad, el republicanismo y la democracia, y tenían la opinión opuesta del catolicismo: creían que los católicos debían lealtad al papa y que la iglesia católica era demasiado jerárquica como para ser compatible con la democracia;[68] consideraban además que el catolicismo era realmente una amenaza: cada vez llegaban más y más inmigrantes católicos a las costas estadounidenses y la violenta reacción en su contra era tan anticatólica como xenófoba.

El temor al catolicismo se relacionaba con el expansionismo: algunos estadounidenses creían que la iglesia católica alentaba la emigración para socavar Estados Unidos y poblar los territorios del oeste con católicos, lo que inhibía el aumento de la libertad. Uno de los disturbios anticatólicos más violentos tuvo lugar en Boston justo después de que el célebre predicador Lyman Beecher hubiera pronunciado un sermón sobre la amenaza que representaba la difusión del catolicismo en los territorios que llegaron a ser el oeste de Estados Unidos;[69] lo peor era que los territorios del oeste estaban bajo el dominio de México, donde el catolicismo era la única religión permitida legalmente.[70] Para muchos estadounidenses, el destino manifiesto de Estados Unidos debía propagar la libertad y la democracia, arrebatando esos territorios a México, un país cuya religión era incompatible con esos valores.[71] La mayoría de los estadounidenses creía que el catolicismo de México era una de las raíces de su inferioridad racial; la raza no era estrictamente biológica y se consideraba que las características culturales estaban entrelazadas con las físicas: el catolicismo hacía de los mexicanos, al igual que de los inmigrantes católicos en Estados Unidos, personas ignorantes, atrasadas, débiles, perezosas e inadecuadas para la democracia.[72]

Los mexicanos estaban convencidos de que el catolicismo ofrecía el único camino a la vida eterna y estaban orgullosos de su religión. La con-

quista española de México había sido justificada por la necesidad de llevar el catolicismo a los paganos y la guerra de Independencia mexicana había sido iniciada por unos curas convencidos de que se requería la violencia para proteger un catolicismo puro que se veía amenazado por las tendencias y los acontecimientos europeos. Después de la Independencia, algunos intelectuales mexicanos escribieron que la misión de México era redimir a los hombres del Nuevo Mundo y ofrecer un rayo de esperanza a la Europa decadente; los políticos y los intelectuales insistían en que el catolicismo era de capital importancia para la identidad mexicana; las oraciones y los oficios católicos caracterizaban las ceremonias cívicas mexicanas y los funcionarios públicos fomentaban los rituales religiosos colectivos. Ser mexicano era ser católico: a los inmigrantes que buscaban la ciudadanía se les exigía que se unieran a esa iglesia; con todo, el catolicismo no era sólo una fuerza de la unidad nacional: dado que era el único camino a la salvación eterna, uno de los propósitos del gobierno era facilitar la obra religiosa de la iglesia. Los estadounidenses podrían considerar que la tolerancia religiosa y la diversidad religiosa eran cosas buenas, pero, para los mexicanos, la tolerancia religiosa y la plétora de denominaciones religiosas solamente significaban que menos individuos alcanzarían el cielo.[73]

El expansionismo estadounidense no implicaba por fuerza una guerra sangrienta. México pudo haber respondido a las ambiciones del gobierno del James K. Polk con la renuncia a su reivindicación sobre Texas y con la venta de Nuevo México y California. Sin duda alguna, a Polk no le interesaba una guerra tan prolongada y sangrienta como la que hizo estallar. La guerra se desarrolló como lo hizo porque los mexicanos no entendieron en un principio lo fuerte del impulso expansionista estadounidense y los estadounidenses tampoco entendieron la profundidad de la identidad nacional mexicana ni lo profundamente que los mexicanos de muchas clases sociales rechazaban la idea de que eran inferiores a los estadounidenses. Para muchos mexicanos, la ambición de sus vecinos del norte de apoderarse de parte de sus territorios era un impulso criminal, un impulso que no esperaban de una república hermana con tantas cualidades admirables: seguramente, la república estadounidense fundada por inmortales como George Washington debía estar en proceso de degradación.[74] Otros mexicanos no estaban tan sorprendidos: en los primeros años de la década de 1820, el primer embajador mexicano ante Estados Unidos, José Manuel Zozaya, informó que los estadounidenses conside-

raban como inferiores a los mexicanos y que podrían expandirse a sus expensas,[75] y también hizo notar su codicia. Otros visitantes mexicanos de Estados Unidos estuvieron de acuerdo con ese punto de vista y relacionaron la codicia de los estadounidenses con el incesante impulso de cultivar nuevas tierras.[76] Algunos mexicanos llegaron a creer que los estadounidenses o los residentes estadounidenses de Texas, que había declarado su independencia de México, estaban alentando las incursiones de los indios que causaban tantas pérdidas económicas y muertes entre los mexicanos del norte.[77] Y si la depravación de los estadounidenses sorprendió a los mexicanos, a aquéllos los sorprendió que éstos resistieran su agresión tanto como lo hicieron. La visión racista de un México cuya población débil e inferior tenía poca identificación con la identidad nacional hizo que muchos estadounidenses creyeran que la guerra sería breve y gloriosa.[78] Los estadounidenses no entendían el grado en que los políticos mexicanos de varios partidos diferentes habían llegado a creer que la supervivencia de la idea misma de una nación mexicana les exigía que defendieran todo su territorio, una formulación que los historiadores Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle llamaron el "fetiche nacional del territorio".[79] Los mexicanos sabían que los territorios que el gobierno de Polk codiciaba contaban con pocos habitantes mexicanos, pero no estaban dispuestos a dejar que esos pocos compatriotas cayeran bajo la dominación de un pueblo estadounidense cuyo racismo y brutalidad estaban probados. En los comienzos de la guerra, los estadounidenses tampoco comprendieron que el repugnante comportamiento de sus soldados, alimentado por esas mismas nociones respecto de la inferioridad mexicana, fortalecería la resistencia de los mexicanos. La guerra mostró que la identidad nacional mexicana era más fuerte de lo que los estadounidenses creían y también fortaleció el apego a México de muchos habitantes de los territorios en disputa; no obstante, lo irónico es que esos hechos no fueron reconocidos ni por los estadounidenses ni por los mexicanos durante la guerra ni después de ella: aquéllos interpretaron la resistencia de éstos como una señal de su carácter violento, una prueba más de su inferioridad. Más tarde, tanto unos como otros sostuvieron que el hecho de que México perdiera la guerra había sido una prueba clara de que los mexicanos carecían de la unidad y el compromiso necesarios para ganarla.

1. Los hombres más dañosos a la población

Durante el verano de 1845, casi 4 mil soldados del ejército de Estados Unidos se desplazaron de las fortificaciones costeras y los puestos fronterizos aislados, donde antes habían trabajado en grupos pequeños, al asentamiento de Corpus Christi, en la costa de Texas, y, bajo las órdenes del general Zachary Taylor, empezaron el adiestramiento para combatir en el orden de batalla formal que la mayoría de sus oficiales conocía únicamente por los manuales o por sus lecturas de los relatos históricos de las guerras europeas. Corpus Christi sería su hogar durante muchos meses y no era un lugar cómodo: sus tiendas de campaña eran una protección inadecuada contra el calor y el frío extremos, y el agua disponible era salobre. Por lo demás, el comportamiento de sus oficiales debe de haber sido poco tranquilizador: más de uno no entendía las maniobras formales a gran escala que estaban practicando y, pronto, los oficiales empezaron a reñir entre sí por los grados y los privilegios. Tanto los oficiales como la tropa sentían una tensión de trasfondo con respecto a lo que claramente parecía ser la preparación para unas batallas cuyo resultado era incierto.[1]

De manera oficial, esos hombres estaban allí para proteger el estado de Texas, recientemente anexado a Estados Unidos. México había perdido el dominio efectivo de Texas debido a una serie de malos cálculos hechos, primero, por los dirigentes españoles y, después, por los mexicanos: las barreras geográficas —que hacían que, desde el punto de vista práctico, Texas fuese muy distante de las zonas más pobladas de México—, la carencia de recursos minerales —que, a pesar de todo, hubieran podido alentar una colonización importante— y la resistencia de los grupos de indígenas que la habitaban se habían combinado para que Texas tuviera una población hablante de español, mexicana desde el punto de vista cultural, muy poco numerosa. Lo exiguo de la población fue un problema relativamente menor hasta la década de 1810, cuando el aumento de la población de Estados Unidos y la creciente demanda de algodón motivó a los estadounidenses sureños a obligar a España a cederles la Florida y los territorios meridionales de Alabama y Misisipi. Texas también era vulnerable y las autoridades decidieron alentar su colonización por medio

de extranjeros. Las autoridades de España y, más tarde, de México creían que los extranjeros realmente se asimilarían a la sociedad mexicana y les otorgaron tierras con la condición de que lo hicieran, en especial convirtiéndose al catolicismo; sin embargo, los nuevos inmigrantes provenientes de Estados Unidos simplemente ignoraron las condiciones y pronto se vieron reforzados por otros más, atraídos por la posibilidad de aprovechar la oportunidad de cultivar algodón en esas tierras vírgenes;[2] además, desde el punto de vista de los nuevos colonizadores, ese cultivo requería mano de obra esclava, lo cual generó aún más tensiones. Tanto México como Coahuila, el estado mexicano al que pertenecía Texas, habían aprobado leyes que prohibían la venta o la introducción de esclavos y, en última instancia, la esclavitud misma.[3] La cuestión de la esclavitud generó una importante brecha entre los colonizadores de habla inglesa y las autoridades mexicanas; sin embargo, el ímpetu que llevó a muchos texanos, tanto angloparlantes como mexicanos, a rebelarse a mediados de la década de 1830 fue la promulgación de una constitución centralista en México, la cual, al limitar la autonomía de los gobiernos regionales, eliminó la posibilidad de que esos dos grupos pudieran desarrollar una política y una economía regionales que los unieran para prosperar gracias a la proximidad de Estados Unidos.[4]

Al principio, los rebeldes abrazaron el federalismo, pero, una vez que el gobierno nacional envió tropas para meterlos en cintura, muchos de los mexicanos y de los colonizadores estadounidenses empezaron a abogar por independizarse de México. El cambio fue impulsado en parte por una oleada de nuevos estadounidenses de los estados del sur, que consideraban que la lucha por un Texas independiente era una manera relativamente rápida y barata de adquirir nuevas tierras algodoneras; la llegada de nuevos estadounidenses fue de capital importancia para la derrota final del ejército mexicano en Texas.[5] La independencia de ese estado fue una catástrofe para México, no sólo porque perdió un territorio geográfico que tiempo después llegaría a ser extremadamente rico, sino también porque los sanguinarios esfuerzos de México por suprimir la rebelión texana y la manera en que los políticos y los escritores estadounidenses hicieron publicidad a esos esfuerzos y a las ricas tierras disponibles en Texas pusieron en movimiento una transición espectacular del punto de vista de los estadounidenses sobre los mexicanos: éstos, que ya no eran los ciudadanos de una república hermana amantes de la libertad, fueron catalogados en forma definitiva entre los individuos de razas inferiores con los que se comparaban los estadounidenses blancos para definirse

como superiores, un grupo que incluía a los afroamericanos, encadenados a la esclavitud cada vez con mayor fuerza, y los indios, desplazados cada vez más por ser improductivos y porque los blancos no podían asimilarlos.[6]

Texas se mantuvo independiente durante diez años y su anexión final a Estados Unidos enturbió la política del país: en 1844, el Senado rehusó aprobar un tratado de anexión y, después de que el poco conocido James K. Polk ganara las elecciones presidenciales de ese año, los partidarios de la anexión eludieron con astucia la autoridad del Senado para aprobar tratados, lo cual requería una mayoría de dos tercios, y argumentaron que el Congreso podía admitir nuevos estados por medio de una resolución conjunta aprobada por la mayoría simple de todos sus miembros.[7] La anexión generó una crisis internacional, porque México consideraba que Texas era una provincia en rebeldía, mientras que el gobierno de Estados Unidos la consideraba ya como un territorio estadounidense. Mientras Texas fue independiente, las tropas mexicanas llevaron a cabo incursiones ocasionales en la provincia y los políticos mexicanos hablaron con frecuencia de la necesidad de reconquistarla, por lo que a nadie sorprendió que Polk enviara tropas al nuevo territorio.

Sin duda alguna, Polk quería proteger Texas, pero también estaba apostando a un juego mucho más ambicioso: una pista de ello fue la cantidad de tropas, que era mucho mayor que cualquier fuerza que Estados Unidos hubiera reunido en un solo lugar desde el final de la guerra de 1812; otra pista fue el lugar donde se estacionaron, que estaba muy lejos de cualquier lugar donde los mexicanos y los texanos se hubieran enfrentado, pero que era conveniente para la villa mexicana de Matamoros e incluso más conveniente para aprovisionarlas por mar. Polk buscaba aprovecharse de un país vecino cuya debilidad política y económica despreciaba y cuyas posesiones codiciaba. Sus objetivos eran audaces: Polk quería que México vendiera a Estados Unidos vastas porciones de sus territorios septentrionales, en especial California, y que México reconociera de manera oficial que Texas era un territorio estadounidense; asimismo, quería que México reconociera que eso que los mexicanos llamaban río Bravo y los estadounidenses llamaban río Grande era la frontera, en lugar del Nueces, que marcaba los límites de la provincia mexicana de Texas. Aun cuando los lugares donde los dos ríos desembocan en el Golfo de México se encuentran separados solamente por unos cuantos kilómetros, sus cursos tierra adentro se apartan muchísimo; por lo demás, no había funcionarios texanos en las tierras entre los dos ríos y los ha-

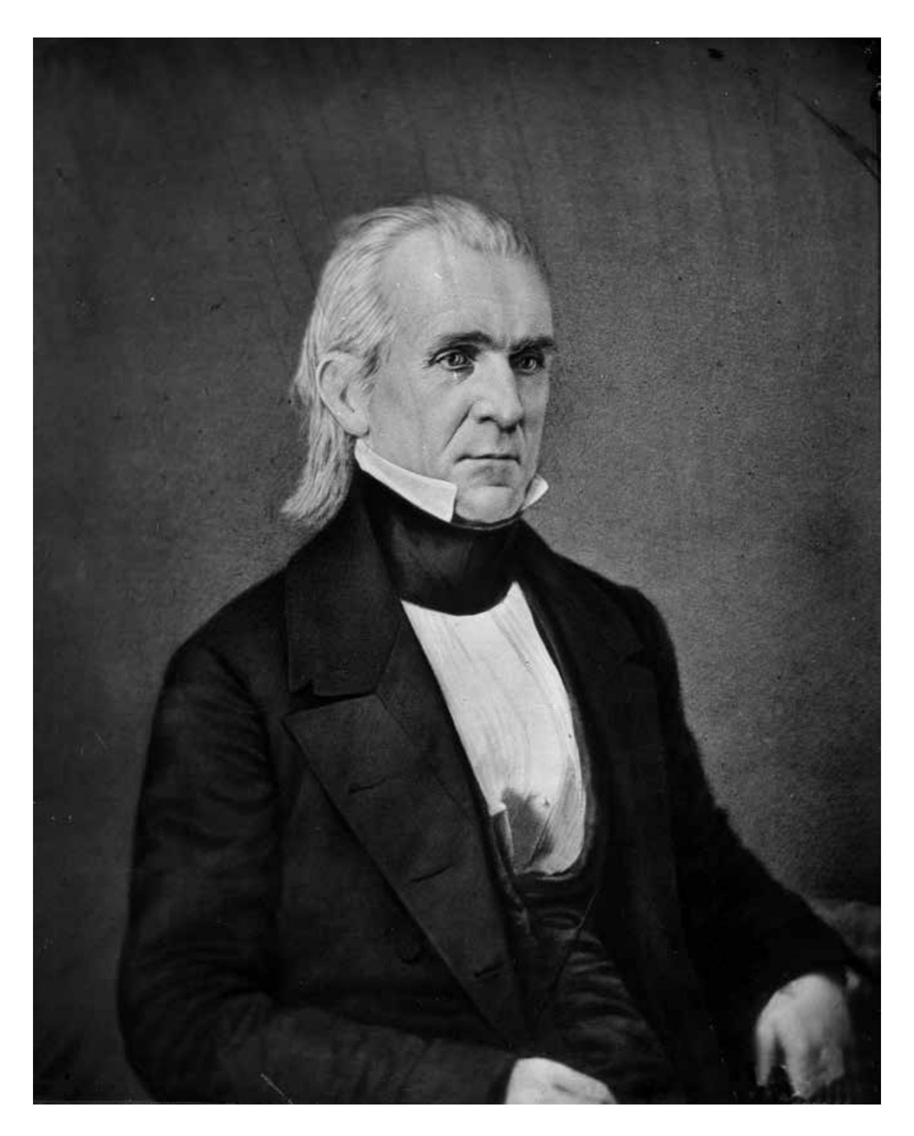


Figura 1.1. James K. Polk, presidente de Estados Unidos.

bitantes de esas tierras eran mexicanos. Muchos observadores de ambos países creían que las afirmaciones de Polk en el sentido de que las tierras entre el Nueces y el Bravo formaban parte de Texas eran una invención deliberada; el teniente coronel Ethan Allen Hitchcock, oficial de las fuerzas del general Zachary Taylor, lo consignó de manera repetida en su dia-

rio y, cuando el ejército recibió un nuevo mapa enviado desde Washington, escribió: "*Se le han añadido* [énfasis en el original] al río Grande unos límites distintos. ¡Nuestro pueblo debería ser condenado por su impúdica arrogancia y su autoritario atrevimiento!" El mexicano José María Roa Bárcena sugirió burlonamente varios años más tarde en sus escritos que la base histórica de la reivindicación sobre el río Bravo como la frontera fue tan ridícula que Estados Unidos bien podría haber afirmado igualmente que Texas se extendía hasta el estrecho de Magallanes.[8]

El problema con la creencia de que Estados Unidos tenía un destino manifiesto de expansión era que los espacios a los que quería expandirse estaban habitados. ¿Cómo pudo Polk creer que podía intimidar a México al grado de que éste cediera sus territorios sin siquiera combatir por ellos? Polk despreciaba a México: creía que tenía un sistema político en bancarrota, antidemocrático, corrupto e inestable que no querría o no podría unificar a su población para combatir en una gran guerra para defender unos territorios remotos donde vivían pocos mexicanos; asimismo, Polk, que era un esclavista sureño, consideraba que los mexicanos eran racialmente inferiores.[9] Si México no cedía sin combatir, sin duda habría de hacerlo después de una breve guerra de fronteras. Incluso mientras negociaba un arreglo relativamente débil con el Reino Unido sobre la frontera entre Estados Unidos y Canadá en el litoral noroeste del océano Pacífico, Polk provocó a propósito al gobierno mexicano al apoyar las exageradas reivindicaciones de los ciudadanos estadounidenses, que querían que se los compensara por las propiedades destruidas durante los conflictos políticos mexicanos; además, Polk exacerbó aún más las tensiones al enviar como emisario a John Slidell en una misión diplomática diseñada para fallar. México había interrumpido las relaciones diplomáticas con Estados Unidos cuando éste se anexó Texas; no obstante, el presidente mexicano, José Joaquín de Herrera, quien creía que la provincia era irrecuperable, dio señales de estar dispuesto a negociar sobre Texas con un enviado especial, pero, en lugar de un enviado especial, Polk envió a Slidell como representante diplomático general con órdenes de comprar más territorios a México, una jugada que implicaba que la cuestión texana había sido resuelta y que las relaciones diplomáticas ya se habían restablecido. Herrera no podía ni estaba dispuesto a aceptarlo, por lo que Slidell tuvo que regresar a Estados Unidos. Su misión estaba diseñada para asegurar al público estadounidense que Polk estaba buscando una solución pacífica y, al mismo tiempo, para hacer ver al gobierno mexicano que el conflicto era inevitable.[10] Con todo, la última

provocación se produjo cuando Polk ordenó al menos que entusiasta general Zachary Taylor que hiciera avanzar el ejército estadounidense que se encontraba en Corpus Christi pasando el río Nueces, hasta la desembocadura del río Bravo, donde se encontraría a tiro de piedra de la ciudad mexicana de Matamoros y su numerosa guarnición.[11]

LOS INSÓLITOS AGENTES DE LA PROSPERIDAD Y LA LIBERTAD ESTADOUNIDENSES

Los hombres del ejército de Zachary Taylor eran la vanguardia de un gobierno sostenido por la confianza de muchos estadounidenses en que estaban destinados a llevar la prosperidad y la libertad, o al menos una versión de prosperidad y libertad que incluía la esclavitud, a todo un continente. Lo irónico es que la vasta mayoría de los hombres de ese ejército había experimentado poco de esa prosperidad y de esa libertad y que la mayoría de los ciudadanos estadounidenses los despreciaba. En la década de 1840, el servicio militar en el ejército regular de Estados Unidos sólo resultaba atractivo para los hombres muy pobres; los reclutadores del ejército insistían en los beneficios económicos de unirse a él, los cuales incluían una soldada modesta, comida, albergue y ropa. Los hombres que explicaban la razón de haberse unido al ejército invariablemente mencionaban su extrema pobreza y la urgente necesidad de tener qué comer; por ejemplo: Frederick Zeh hizo notar que, en las semanas anteriores a enlistarse, "frecuentemente me desmayaba de hambre"; George Ballentine se enlistó después de una infructuosa búsqueda de trabajo en Nueva York; Charles Stratford se unió al ejército después de un robo que lo dejó en la miseria y no pudo encontrar trabajo, y William McLaughlin, John Davis, John O'Donnell y Charles Isdepski explicaron que se habían decidido por el ejército para no morirse de hambre.[12] Una indicación de la baja condición social de los reclutas del ejército regular es el hecho de que, en una población estadounidense en la que 90 por ciento de los blancos sabían leer y escribir, 35 por ciento de los reclutas del ejército ni siquiera pudo firmar con su nombre los documentos de reclutamiento.[13]

El ejército reclutaba sobre todo a los pobres de las ciudades del este, hombres que, como otros pertenecientes a la clase trabajadora internacional, luchaban por ganarse la vida en una economía que cambiaba aprisa y se caracterizaba por la inseguridad en el empleo y por la creciente dependencia de la mano de obra asalariada.[14] Cuando por fin podían en-

contrar un trabajo, era en ocupaciones brutalmente físicas, temporales y mal pagadas, como la limpieza de las calles, la excavación de los canales, la descarga de los barcos y como marineros de cubierta en los barcos balleneros o los buques de vapor que navegaban por los ríos de Estados Unidos; algunos eran inmigrantes que ya antes habían servido en los ejércitos europeos.[15] La precariedad misma de su existencia hacía de ellos hombres en movimiento y sin raíces, pues debían seguir el trabajo o los rumores de trabajo a dondequiera que oyeran que lo había; su pobreza, su inseguridad y su movilidad hacían que para ellos fuese extremadamente difícil formar y mantener una familia estable, una de las características de respetabilidad y ciudadanía en Estados Unidos. Esos trabajadores solían vivir en pensiones y en los barracones de las obras en construcción,[16] por lo que la respetabilidad de los hombres establecidos estaba fuera de su alcance y, por lo general, su transitoriedad hacía que estuvieran lejos de ser considerados como residentes de algún lugar y como ciudadanos.[17] Se creería que esos hombres sin raíces y siempre en movimiento aprovecharían las oportunidades que abría la expansión de las fronteras agrícolas del oeste, pero eran tan pobres que no podían reunir el dinero necesario para el transporte, las herramientas, la tierra y los víveres necesarios para sobrevivir hasta la primera cosecha; en consecuencia, se encontraban atrapados en unas ciudades que ya tenían un exceso de mano de obra.[18] Lo peor de todo, no obstante, fue que cada vez se estigmatizaba más la pobreza misma, debido a que empezaba a considerarse cada vez más que los pobres eran víctimas de su propia pereza, de su falta de ahorro y de su dependencia de otros.[19]

En Estados Unidos, las oportunidades económicas eran limitadas, pero seguían pareciendo mejores que las que enfrentaba la gente pobre en varios lugares de Europa; en consecuencia, la emigración siguió adelante y los inmigrantes, desconcertados por lo limitado de las oportunidades en las ciudades del este, a menudo acudían a los sargentos de reclutamiento: alrededor de 40 por ciento de los hombres que servían en el ejército regular eran inmigrantes recientes de Europa, en especial de Irlanda, Alemania y la Gran Bretaña.[20] Por lo demás, se despreciaba a los inmigrantes aún más que a otras personas pobres debido a un intenso nativismo, o sea que los inmigrantes tenían que hacer frente a la discriminación en el empleo y a la descripción satírica que hacían de ellos los periódicos que los pregoneros vendían en las calles de las ciudades estadounidenses;[21] el ejército no les ofrecía un puerto de abrigo contra ese nativismo, pero al menos su constante necesidad de más hombres significa-

ba que los reclutadores no podían despreciar a los inmigrantes, y la paga, la comida y la vestimenta constantes que se les ofrecían hacían del servicio en el ejército la mejor opción disponible para muchos de ellos.[22]

El nativismo estadounidense estaba estrechamente vinculado con el anticatolicismo: las actitudes anticatólicas habían sido heredadas de la reforma protestante de Inglaterra y sus luchas en la política europea, aunque esas actitudes se habían apagado relativamente en la nueva república americana independiente antes de que grandes cantidades de inmigrantes alemanes e irlandeses católicos empezaran a cruzar el océano Atlántico entre 1820 y 1830. Los críticos sostenían que la organización jerárquica de la iglesia católica y el énfasis en la emotividad, antes que en la razón, eran incompatibles con la cultura y la democracia estadounidenses. En las ciudades de Estados Unidos se vendían muy bien los panfletos anticatólicos escritos por ministros como Lyman Beecher y por personajes de la cultura como Samuel F. B. Morse, que eran partidarios de esos argumentos, los cuales eran complementados por unos textos aún más sensacionalistas en los que se describían con morbosidad los supuestos crímenes sexuales cometidos en los monasterios y conventos. No es sorprendente el que los disturbios anticatólicos y nativistas fuesen una de las formas más letales de la violencia política urbana: los disturbios de 1834 en Boston y de 1844 en Filadelfia mostraron a los inmigrantes católicos lo precario que era su posición en la vida estadounidense.[23]

Para muchos estadounidenses, los varones católicos inmigrantes de la clase trabajadora parecían poseer una masculinidad errónea: esos hombres demostraban su valor con actos como las proezas impulsadas por el alcohol, tanto en el trabajo como en la calle, pero reverenciaban una iglesia jerárquica que trataba de acercarlos a Dios por medio de sus sentidos, en lugar de hacerlo por medio de su inteligencia. Los nativistas dudaban de que esa clase de masculinidad produjera buenos ciudadanos y también dudaban cada vez más de que esos inmigrantes fueran realmente blancos; muchos llegaron a considerar a los irlandeses en particular como pertenecientes a una categoría racial distinta e inferior.[24] El enrolamiento en el ejército regular no protegía a los inmigrantes del nativismo ni del anticatolicismo: la mayoría de los hombres de los cuerpos de oficiales eran nativistas y protestantes, y muchos oficiales adoptaban las críticas nativistas contra los inmigrantes y el catolicismo; además, con frecuencia obligaban a los soldados católicos a asistir a los servicios religiosos protestantes, en los que los ministros anticatólicos clamaban contra el catolicismo. Uno, un soldado irlandés católico que enfrentó esa clase de coac-

ción, exclamó que sería pecado asistir a un servicio religioso "para oír a un predicador metodista burlarse de la santa religión".[25]

Muchos estadounidenses creían que su país era una tierra de libertad y oportunidades económicas y encontraban difícil entender las barreras que limitaban las posibilidades económicas y sociales de los hombres pobres de las zonas urbanas. ¿Quién podría renunciar a sus oportunidades y a su libertad durante cinco años a cambio de un salario bajo, ropa y comida? Era muy frecuente que se considerara a los soldados del ejército como hombres perezosos que carecían de la ética del trabajo y de los hábitos que les permitirían tener éxito en la sociedad civil, por lo que no es sorprendente ver esa opinión reflejada en los relatos de los viajeros europeos, como el francés Achilles Murat o el inglés James Alexander, de quienes, después de todo, se podía esperar que adoptaran, sobre casi cualquier asunto, los puntos de vista de los estadounidenses relativamente acaudalados que fueron sus anfitriones.[26] Lo interesante es saber lo mucho que esos puntos de vista impregnaron a la clase media estadounidense e incluso a ciertas porciones de la clase trabajadora: el soldado Ballentine, reclutado hacía poco, creía que los pasajeros que lo acompañaban en un barco de vapor de Nueva Inglaterra los veían, a él y a sus camaradas, "como si se tratara de una casta degradada y parecían creer que se contaminarían si un soldado los tocaba"; uno de ellos hizo notar que esos hombres eran "un buen conjunto de candidatos a la prisión estatal". Cuando el recluta C. M. Reeves y sus camaradas marchaban a través de Pittsburgh, fueron seguidos por una multitud de golfillos callejeros que se mofaban de ellos y cantaban: "¡Oigan, vean a los soldados mugrientos!, ¿van a trabajar?", a lo que respondían: "¡No, antes prefiero vender mi camisa!" Cuando Ulysses S. Grant, recientemente graduado de la Academia de West Point, fue confundido con un soldado común en Cincinnati, un golfillo callejero le endilgó exactamente la misma cantaleta.[27]

También se despreciaba a los soldados del ejército regular porque habían renunciado de manera voluntaria a su autonomía. En un país que ensalzaba la libertad del hombre blanco, ellos habían aceptado seguir órdenes durante cinco años. En su primera noche en el ejército, el recluta Reeves se lamentaba por haber "perdido en gran medida ese beneficio inestimable para todos los estadounidenses, la 'libertad', y por haberme colocado en una posición en la que estaré sometido a las órdenes de los superiores que tienen la autoridad, y obedecerles sería una degradación". Muchos estadounidenses creían que los soldados se habían vuelto serviles y habían perdido al menos una parte de su masculinidad, porque la

masculinidad era incompatible con la dependencia.[28] El mayor signo de la dependencia era el predominio del castigo corporal en el ejército regular, en el que los métodos usados eran frecuentemente producto de la inventiva y siempre dolorosos; en palabras de Ballentine, incluían

> colocar al culpable de pie sobre un barril en plena calle, expuesto todo el día al calor del sol y a la admiración burlona de los transeúntes. Desde luego, un centinela estaba siempre presente para vigilarlo o pincharlo con la bayoneta si trataba de liberarse de su incómoda posición. Otro método consistía en colocar a la víctima en un alto caballo de madera y obligarlo a permanecer sentado durante varios días y noches en la misma posición: una noche, mientras dormía, el soldado castigado resbaló del lomo de su inanimado corcel, que tenía una altura de unos dos metros y medio, y cayó sobre el duro pavimento, por lo que se hirió con tanta gravedad que murió poco tiempo después. Pero el castigo preferido era el llamado "contenido y amordazado", que se administraba de la siguiente manera: se sentaba al culpable en el suelo, con los pies recogidos hacia las nalgas y las muñecas atadas firmemente frente a las piernas; le pasaban entonces una vara larga o el palo de una escoba entre las piernas y los brazos, por arriba de los brazos y por debajo de las rodillas dobladas; luego le colocaban una mordaza en la boca, que se ataba firmemente tras la cabeza. Indefenso en esa posición, incapaz de mover una mano, un pie o la lengua, lo dejaban varias horas o incluso días, de acuerdo con los sentimientos de su atormentador.[29]

Otros castigos incluían azotarlos, obligarlos a marchar incesantemente con mochilas pesadas, colocarles un collar de acero con puntas vueltas hacia el interior para hacerles imposible acostarse y dormir, y marcarlos con la letra *M*, de "amotinado" (*mutineer,* en inglés), o la letra *D*, de "desertor".[30]

En Estados Unidos, en la época jacksoniana, se suponía que los hombres eran ciudadanos autónomos, es decir, que no estaban sujetos a una autoridad arbitraria. En consecuencia, el castigo implicaba cierto grado de feminización y, sobre todo, de falta de autonomía; era algo a lo que los hombres blancos sometían a los animales domésticos y, peor aún, a los esclavos. Tiempo después, el oficial Abner Doubleday escribió que su experiencia le enseñó que el castigo corporal "destruye la hombría de los soldados y convierte el servicio en algo apenas mejor que los antiguos corrales de esclavos"; después de ser testigo de los azotes que le dieron a un militar, Thomas Tennery escribió: "hiela la sangre ver que unos estadounidenses nacidos libres sean atados y azotados como perros". La aso-

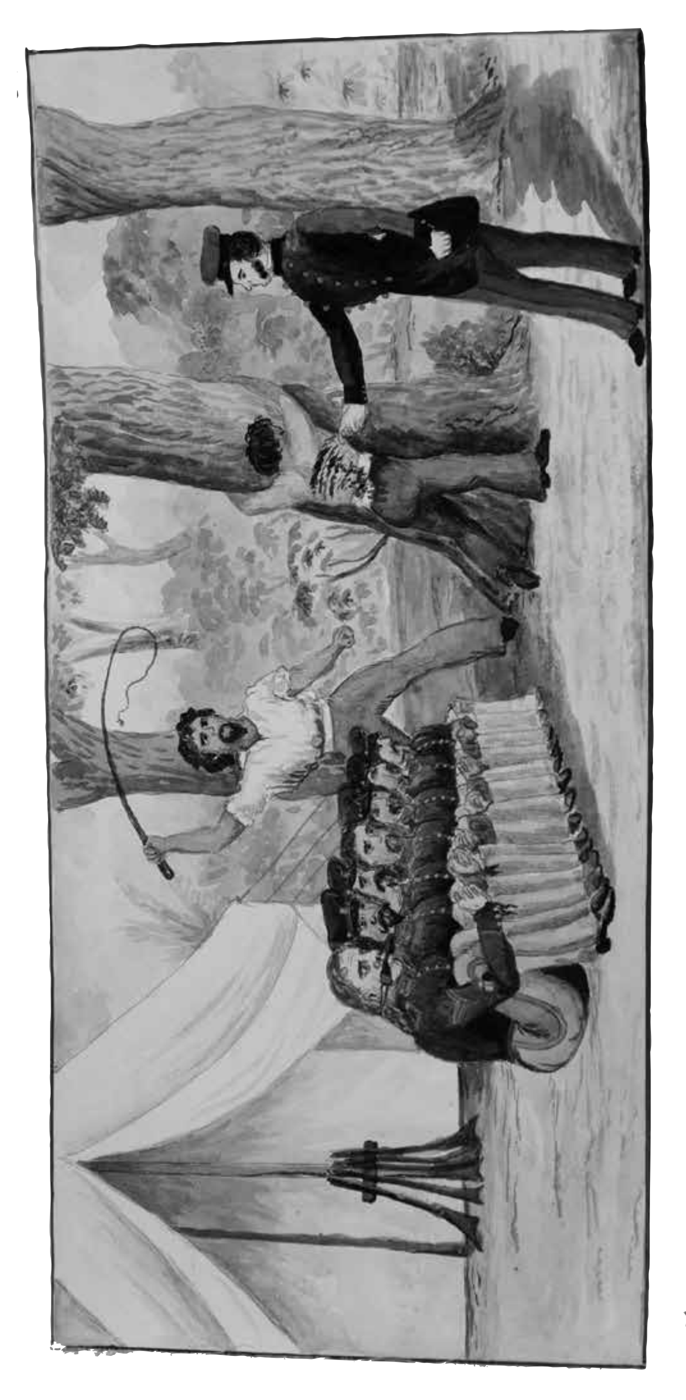


FIGURA 1.2. Soldados estadounidenses, atados y amordazados, observan una flagelación. Dibujo de Samuel Chamberlain.

ciación con la esclavitud podía ser explícita, dado que Reeves describe la manera como se ataba a los hombres en posiciones degradantes y se les embetunaba la cara.[31] A los soldados del ejército regular les irritaban los castigos corporales, que consideraban como la prueba de que los oficiales no sólo los despreciaban sino que querían que obedecieran sin chistar como máquinas o animales. Los hombres alistados trataban de manera subrepticia de aliviar los castigos de sus compañeros y, en algunas ocasiones, trataron de matar a los oficiales particularmente brutales. Unos pocos soldados regulares escribieron sus memorias para exponer la brutalidad y la hipocresía del ejército ante el público estadounidense;[32] asimismo, algunos soldados cantaban canciones satíricas, como la siguiente:

> Vengan todos, soldados yanquis, presten oído a mi canción;
> Es una cancioncilla breve, no los hará perder tiempo;
> De nada sirve preocuparse por nuestra suerte,
> Podemos reír, beber y cantar, a pesar de estar atados.
>
> Derry down &c.
>
> "Sargento, átelo y amordácelo", gritan nuestros oficiales,
> Por cada infracción nimia que puedan descubrir;
> Hasta que, atando y amordazando a Dick, Tom y Bill,
> Por mi fe, las filas mexicanas ayudaron a llenar.
>
> Derry down &c.
>
> El trato que nos dan, como todos sabemos,
> Es atarnos y amordazarnos por fustigar al enemigo;
> Nos atan y amordazan por maldad o rencor,
> Pero se alegran de liberarnos cuando vamos a pelear.
>
> Derry down &c.
>
> Un pobre soldado atado bajo el sol o la lluvia,
> Con una mordaza en la boca hasta que el dolor lo tortura;
> ¿Por qué, bendito sea, si el águila de nuestra bandera,
> No debería llevar en las garras una cuerda y una mordaza?
>
> Derry down &c.[33]

En un caso extremo, el soldado raso John Kennedy se disparó en una mano para obligar al ejército a darlo de baja, porque ya no podía soportar más el constante abuso físico.[34]

Con frecuencia, los oficiales consideraban a los hombres como bestias y como seres inferiores que tenían que ser motivados por medio del temor al castigo, pero existen muchas pruebas de que los hombres se veían a sí mismos de una manera diferente: para ellos, servir en el ejército era, antes que nada, un trabajo difícil y, en ocasiones, peligroso al que se habían comprometido. En consecuencia, no es sorprendente en absoluto que asociaran el ejército más con el trabajo que con el combate, porque, sin duda alguna, en tiempos de paz se ponía a trabajar a los hombres del ejército regular. El adiestramiento mismo podía ser una forma de trabajo, porque los soldados hacían sus prácticas bajo el sol ardiente con pesadas mochilas, mosquetes y bayonetas. En los puestos del este, en donde se reclutó a la mayor parte de la fuerza de Zachary Taylor, los soldados también talaban árboles, cultivaban campos y construían caminos, puentes, cuarteles y fuertes. Cuando Taylor era un joven oficial en la frontera, escribió que los soldados usaban las hachas, los picos, las sierras y las palas más que sus armas.[35] En su calidad de jornaleros bajo contrato, los soldados creían que podían y debían protestar si el ejército no cumplía las promesas hechas cuando los habían reclutado. Frederick Zeh describió el caso de un camarada que se rehusó a hacer la guardia porque los hombres no habían recibido el rancho durante tres días y no se les había pagado desde hacía cuatro meses.[36] Otros protestaban mediante la deserción: Ballentine creía que la mayoría de las deserciones ocurrían cuando los soldados pensaban que se había violado su contrato, lo cual es confirmado por los testimonios de los desertores.[37]

El ejército tenía un apetito casi insaciable de nuevos reclutas, porque tenía grandes dificultades para conservar a los hombres, y las constantes deserciones lo mantenían habitualmente con una dotación insuficiente: entre 1820 y 1860, alrededor de 14 por ciento de los soldados del ejército regular desertó cada año. En muchos sentidos, la deserción era un reflejo de la posición de los hombres como jornaleros en una economía nacional en cambio constante: los jornaleros estaban acostumbrados a abandonar su trabajo una y otra vez para aprovechar las nuevas oportunidades y escapar de situaciones en las que los salarios eran bajos o en las que los trataban mal;[38] y, en el ejército, la inclinación de los oficiales a aplicar castigos corporales no ayudaba a sus esfuerzos por retenerlos. La movilidad de esos hombres era tan pronunciada que no era poco común que un soldado desertara de su unidad y más tarde se uniera a otra si no le iba bien en la economía civil.[39] Sin embargo, el ejército se encontraba en una situación geográfica particularmente desfavorable. Como ya antes se men-

cionó, la mayoría de los jornaleros urbanos se encontraban atrapados en las ciudades del este debido a la falta del dinero necesario para emigrar a la frontera: los reclutas en potencia sabían que los destinos del ejército a menudo se encontraban ahí, por lo que muchos aceptaban los bonos del alistamiento y dejaban que el ejército los transportara a los destinos occidentales, donde pronto desertaban y desaparecían, incorporándose a la economía civil.[39] Durante la guerra de 1846 a 1848, los soldados del ejército regular continuaron desertando más o menos al mismo ritmo que antes de la guerra;[41] los que se ausentaron de sus unidades durante la guerra entran en dos categorías distintas: básicamente, algunos tomaban vacaciones del servicio militar y dejaban su unidad debido a que se iban de juerga para beber y hacer la fiesta en lo que llamaban las "parrandas". Parece ser que su alivio emocional lograba compensar el castigo que recibirían después, dado que muchos hombres regresaban de manera voluntaria después de unos cuantos días, quizá cuando se les había agotado el dinero para comprar licor y recuperaban la sobriedad,[42] mientras que otros abandonaban el ejército con la esperanza de mejorar sus circunstancias económicas en la economía mexicana, tema al que volveré más adelante.

Los jornaleros de las áreas urbanas que se alistaban en el ejército regular llegaban con sus ideas sobre la masculinidad: vivían una sociabilidad viril que acentuaba su independencia y los impulsaba a beber, a dar demostraciones de fuerza física durante el día de trabajo, a armar camorra y a divertirse escandalosamente.[43] Los reclutas renunciaban en gran medida a uno de los valores de su masculinidad —su independencia—, pero podían reproducir muchos otros aspectos de ella en su nuevo entorno. La vida de los hombres reclutados en el ejército regular estadounidense tenía una clara cualidad: era turbulenta;[44] según parece, en el ejército, como en la vida civil, el alcohol hacía que las condiciones difíciles fueran más tolerables, pero también contribuía a la violencia. En los casos de cortes marciales, se tiene la sensación de que los hombres creían que necesitaban mostrar dureza para ganarse el respeto de sus camaradas: discutían o se insultaban entre sí, llegaban a las manos con otros reclutas o incluso con los cabos y los sargentos y, en todo ello, empleaban un lenguaje muy agresivo.[45]

Los campamentos y cuarteles del ejército eran un medio ambiente muy de machos, pero las autoridades reconocían que la limpieza era importante para la salud de los soldados, por lo que a cada compañía se le permitía tener cuadro lavanderas, mujeres que casi invariablemente eran

esposas de soldados a las que se les permitía obtener raciones del ejército y a las que también se les pagaba por lavar la ropa de los hombres. De esa manera, la vida en el ejército era como la vida en los campos agrícolas o en las obras de construcción de canales: algunas de las tareas que las mujeres habrían hecho como parejas domésticas las hacían para muchos hombres a cambio de dinero, y no es sorprendente el que haya habido soldados que escribieran que, aunque estuvieran casadas, algunas lavanderas vendían sus favores sexuales: se sabe que algunas de ellas, en las unidades de Taylor, acompañaron el ejército hasta el río Bravo, pero después fueran dejadas en la retaguardia a medida que el ejército se introducía más en México.[46] Algunos hombres escribieron que, sin las lavanderas, la ropa se lavaba con mucho menos frecuencia, aunque, en ocasiones, podían pagar a las mujeres mexicanas para que les lavaran la ropa.

El ejército era muy jerárquico y había un enorme abismo social entre los oficiales y los reclutas: los oficiales pertenecían a familias de las clases media y alta y, aunque muchos de los de mayor antigüedad habían sido asignados de forma directa al cuerpo de oficiales, un número importante de los más jóvenes se habían graduado en la Academia Militar de Estados Unidos, conocida como Academia de West Point, lo que hacía de ellos algunos de los hombres más educados de la joven república. Tanto el nombramiento directo al cuerpo de oficiales como la admisión a West Point estaban al alcance sólo de los jóvenes relativamente educados con acceso a cierta influencia política; en consecuencia, el servicio como oficial estaba fuera del alcance de los hombres talentosos pero pobres: en el ejército regular estadounidense, los hombres educados que se alistaban solamente podían llegar a ser oficiales por medio de los raros ascensos otorgados por su valor ejemplar y por su habilidad en el campo de batalla.[47] Los oficiales imponían su autoridad con castigos brutales y mantenían una gran distancia social con los reclutas, algo por lo que muchos de estos últimos experimentaban un profundo resentimiento.[48] A los soldados también les irritaba el que los oficiales recibieran aplausos por sus hazañas en el campo de batalla y por los sacrificios de los hombres bajo su mando; Reeves, por ejemplo, escribió con amargura que, por lo general, todo oficial al que se elogiaba por haber capturado un cañón enemigo "tenía que pasar por encima de los cuerpos muertos de sus propios hombres antes de poder reivindicar esa gran hazaña".[49] Los reclutas tendían a interpretar el poder de los oficiales y el abismo social que separaba a estos últimos de las tropas por medio de uno de dos modelos sociales de la jerarquía que eran comunes en la sociedad estadounidense decimonónica: de los ofi-

ciales cuyo ejercicio del poder era arbitrario y lo descargaban de manera despótica sobre sus hombres se decía que trataban a éstos como esclavos, mientras que de los oficiales que eran justos y trataban de ver por las necesidades de sus hombres se decía que actuaban como padres.[50]

La función de los sargentos y los cabos era tender puentes sobre la enorme brecha que separaba a los oficiales de los reclutas, de manera que el ejército pudiera trabajar y combatir. De esos hombres, se decía que eran suboficiales, porque dirigían a otros hombres, pero no tenían grados de oficial. En el ejército estadounidense de la década de 1840, los oficiales que comandaban compañías decidían quién tendría el cargo de sargento y quién el de cabo: un soldado llegaba a ser una cosa u otra por medio de un servicio inusualmente eficaz entre la tropa, por su inteligencia práctica, porque sabía leer y escribir, y porque tenía un grado de autoridad moral y física que sugería a los oficiales que los otros hombres estarían dispuestos a recibir órdenes de él. Esos hombres eran unos intermediarios de capital importancia que necesitaban saber leer y escribir lo suficiente como para manejar el papeleo de rutina sobre el personal y el equipo, pero que también necesitaban sobresalir en el turbulento mundo social de los reclutas: sargentos y cabos solucionaban muchos problemas e, informalmente, imponían mucha disciplina con los puños, sin el pernicioso papeleo de una corte marcial o, lo que quizás era más importante para los hombres, disminuyendo el extremadamente violento castigo corporal que los oficiales podían imponer. Los sargentos y los cabos que no podían adiestrar con eficacia a sus hombres y mantener el orden pronto se encontraban de vuelta entre los soldados rasos. El servicio en esas funciones les generaba un pequeño aumento en la paga y tal vez otros beneficios informales, pero era algo suficientemente oneroso como para que muchos hombres no se interesaran en él.[51]

En el adiestramiento de la infantería, se ponía énfasis en las órdenes y los movimientos necesarios para maniobrar con grandes grupos de hombres de una manera coherente, así como en el uso de la principal arma del soldado de infantería: el mosquete, que se cargaba por la boca del cañón sin estrías; los mosquetes eran tan imprecisos como lentos en cargarse y, durante más de un siglo, los oficiales habían comprendido que eran más efectivos en batalla cuando se disparaban descargas cerradas, coordinadas y a corta distancia; por lo tanto, se obligaba a los soldados a memorizar el complejo proceso de la carga bajo la vigilante mirada de los oficiales, los sargentos y los cabos, y a efectuar sus movimientos al unísono bajo sus órdenes. La carga rápida, la cohesión y la disciplina eran claves

para el éxito en el campo de batalla y las unidades que podían seguir adelante con su rutina en medio de las nubes de humo y el tremendo ruido de la batalla, mientras muchos de sus hombres iban cayendo, muertos o heridos, eran muy valoradas; se consideraba que los métodos extremos de castigo corporal eran necesarios para lograr ese resultado. Federico el Grande, uno de los líderes militares más ampliamente leídos y admirados de la época, creía que los peligros del campo de batalla eran tan grandes que los soldados sólo podrían hacerles frente con efectividad si temían el castigo de sus propios oficiales más que esos peligros; en sus propias palabras: "La buena voluntad nunca puede inducir al soldado común a hacer frente a esos peligros: solamente lo hará si tiene temor."[52] A los soldados de caballería y a los artilleros se les enseñaba a usar diferentes armas, pero enfrentaban grados de peligro similares y la psicología de su adiestramiento era similar: estaba destinada a condicionarlos para manejar sus armas y trabajar unidos bajos las órdenes, a pesar del caos y la violencia de la batalla.

La camaradería era al menos tan importante como el temor para contar con soldados efectivos. Los oficiales alentaban el orgullo del grupo: cada regimiento tenía un estandarte de batalla, que simbolizaba su identidad, y los hombres corrían riesgos extraordinarios para protegerlo y evitar que fuera capturado.[53] Los hombres combatían al lado de otros hombres con los que habían compartido la comida, dormido, marchado, parrandeado y entrenado durante meses, si no años, y esa cercanía hacía que esos grupos de hombres fueran como una familia: podían tener conflictos internos, pero enfrentaban juntos las amenazas externas; el amor puede ser un poderoso motivador en la batalla. Los soldados no sólo combatían junto a esos otros hombres, combatían por ellos y, quizá lo más importante, bajo su mirada. En palabras de Ballentine:

> Los soldados son agudamente sensibles al ridículo de sus compañeros, cuya buena opinión suelen tener en más alta estima que la de sus oficiales. Contar con la más alta estima de sus camaradas especiales y de la compañía a la que pertenece es el incentivo más poderoso para la buena conducta de un buen soldado en el campo de batalla; y, en ausencia de un oficial osado que los dirija en el ataque, la aprobación de Fulano, Zutano o Mengano o el pavor de ser tildados de cobardes ha sido frecuentemente el medio de ganar una batalla.[54]

Esos lazos fraternales, tan frecuentemente descritos en palabras de los propios soldados en la literatura sobre la guerra, son elementos esencia-

les de la existencia del soldado y serían de capital importancia para la experiencia de los hombres que marcharon con Taylor de Corpus Christi hacia Matamoros.

EL EJÉRCITO REGULAR MEXICANO

Cuando el ejército de Taylor llegó al río Bravo frente a Matamoros, ya había dejado atrás, a varios cientos de kilómetros, el río Nueces, que el gobierno mexicano e incluso muchos estadounidenses creían que era la frontera de Texas; dicho de otra manera, un ejército extranjero no sólo había ocupado un territorio que México consideraba como una provincia rebelde, sino que había avanzado más allá de las fronteras de esa provincia para internarse profundamente en México. Ese avance no sorprendió a los políticos mexicanos ni a los oficiales del ejército. James K. Polk no engañaba a nadie: los funcionarios mexicanos que se encontraban en Nueva Orleans habían informado sobre el plan para estacionar tropas en Corpus Christi antes de que el primer soldado estadounidense llegara al lugar y, en septiembre de 1845, meses antes de que Taylor iniciara la marcha, también habían informado del plan para finalmente llevar esas tropas hasta el río Bravo.[55] Durante los años posteriores a la independencia de Texas, los políticos mexicanos habían tratado en repetidas ocasiones de concentrar tropas cerca de ese territorio para llevar a cabo una campaña de reconquista y, a lo largo de la prolongada discusión estadounidense sobre la anexión de Texas, esos costosos y difíciles movimientos de las tropas mexicanas se habían orientado de forma gradual más hacia la tarea de mantener la soberanía mexicana a lo largo de la frontera de Texas. Esa evolución fue muy gradual y, meses después de que comenzara el conflicto bélico con Estados Unidos, algunos políticos, periodistas y oficiales militares mexicanos continuaron refiriéndose a la guerra como la guerra con Texas y a los soldados estadounidenses como soldados texanos.[56]

La fuerza mexicana estacionada en la villa de Matamoros representaba un enorme esfuerzo de sus efectivos, del gobierno y de muchos civiles mexicanos. La economía de México era mucho menos productiva que la de Estados Unidos y, por consiguiente, la recaudación de los recursos necesarios para formar una fuerza militar representaba una carga financiera comparativamente mayor para los mexicanos; no obstante, ésa era sólo la punta del iceberg, porque el gobierno enfrentaba un severo pro-

blema geográfico. La frontera de Texas estaba separada de la mayor parte de la población de México y del grueso de su economía, por vastos espacios con lluvias escasas, mientras que el cultivo de maíz, el principal producto alimenticio de la nación, era una actividad razonable con la humedad de la lluvia sólo en el centro del país, que se extendía sin solución de continuidad hacia el norte casi hasta la ciudad minera de San Luis Potosí, a varios cientos de kilómetros al sur del río Bravo. Desde allí, no obstante, había una jornada de al menos dos semanas a través de unos rigurosos desiertos hasta la región de Saltillo y Monterrey, donde también era posible cierto tipo de agricultura. Desde Monterrey, un recorrido de más de dos semanas a través de un territorio agreste llevaba hasta el valle del río Bravo: ese desierto, donde los alimentos y el agua para los soldados y los pastizales para los animales eran muy escasos, formaba una formidable barrera entre las regiones de México donde se podía reclutar y aprovisionar a las tropas y la región donde las tropas mexicanas se enfrentaron a Taylor en 1846; por lo demás, las tropas y provisiones que fueran transportadas por mar tenían que ser llevadas a través de cientos de kilómetros de un terreno inhóspito hasta los puertos, para después cruzar el Golfo de México, bajo el dominio de la Fuerza Naval de Estados Unidos.

Por todas esas razones, San Luis Potosí fue un lugar absolutamente crucial en esa guerra, aunque nunca fue invadido por Estados Unidos. La ciudad capital de ese estado fue el punto de organización y partida de prácticamente todas las fuerzas militares que México envió al norte, primero a la guarnición de Texas, antes de su independencia, después para tratar de subordinar a los rebeldes texanos o reconquistar la provincia rebelde y por último para defender el territorio mexicano en contra de Estados Unidos.[57] Los indicios de la importancia de San Luis Potosí pueden deducirse de las actitudes de los soldados mexicanos: sabían que, a partir de ahí, marchar al norte significaba enfrentar un grave riesgo de muerte por hambre y sed debido a los largos trechos en los que tendrían que depender de la comida y el agua que pudieran llevar consigo, una opción que nunca fue particularmente atractiva para los ejércitos antes de la llegada del transporte motorizado. Por lo general, se creía que los soldados mexicanos eran valientes y también se los consideraba entre los caminantes más resistentes del mundo; sin embargo, en tres ocasiones —agosto de 1845, marzo de 1846 y agosto de 1846—, los hombres alistados de las diferentes unidades mexicanas protestaron públicamente por las órdenes de marchar al norte desde San Luis Potosí, citando en concreto las dificultades y los riesgos que implicaba la travesía por los desiertos.

Ahora bien, existen indicios de que, en la primera ocasión, los oficiales alentaron la resistencia de los hombres por razones políticas, pero parece ser que, en las otras dos, solamente participaron los reclutas. Se trató de tres episodios de resistencia pasiva, aunque, en cada caso, esa resistencia de unos hombres fuertemente armados fue un asunto muy tenso: en todas las ocasiones, al final se persuadió a los soldados de seguir las órdenes y soportar las dificultades de los temidos desiertos septentrionales, pero su reticencia es reveladora.[58]

Las aproximadamente 5 mil tropas que aguardaban al general Zachary Taylor frente a Matamoros en abril de 1846 incluían a muchos de los hombres que en un prinicipio se habían mostrado reacios a cruzar los desiertos; sin embargo, no incluía a otros cuyo movimiento hacia el norte había sido impedido por uno de los cálculos erróneos más dañinos que cualquier político mexicano hiciera en el siglo XIX: en 1845, el presidente de México, José Joaquín de Herrera, había tratado de seguir un curso moderado entre los federalistas radicales, que querían una mayor descentralización del poder y más igualdad de oportunidades, y los centralistas, que querían garantías más sólidas para la propiedad privada y la jerarquía social. Herrera también entendía que la recuperación de Texas era muy improbable y que lo imperativo era impedir otra agresión de Estados Unidos; en consecuencia, dedicó una gran proporción de la limitada capacidad fiscal y organizativa del Estado nacional a la preparación de tropas para enviarlas al norte del país; la mayoría de esas tropas fue puesta bajo el mando del general Mariano Paredes y Arrillaga en San Luis Potosí.[59] Paredes tenía órdenes de organizar sus 12 mil hombres y después llevarlos a Monterrey, donde debían estar preparados como una reserva razonablemente bien alimentada y aprovisionada para reforzar a las tropas a lo largo del río Bravo, si se hacía necesario. En términos estratégicos, no era una mala idea: mantener una fuerza respetable en el río Bravo y una fuerza más numerosa a poca distancia, en Monterrey, donde sería más fácil alimentarla, podría haber sido suficiente para disuadir a Estados Unidos.

Por desgracia, Paredes creía que la propiedad privada y la jerarquía corrían un grave riesgo en México y que se necesitaba un dirigente fuerte como él para salvarlas. Por otra parte, simplemente no creía que Estados Unidos terminaría invadiendo México: desde su punto de vista, la reunión de un ejército estadounidense en Texas era sólo una demostración de fuerza para disuadir a México de sus intentos de recuperar la provincia rebelde;[60] siendo así, ¿por qué no habría de valerse de la fuerza mili-

tar más numerosa del país, las tropas acantonadas bajo su mando en San Luis Potosí, para tomar su legítimo turno como presidente? Sus creencias se vieron alentadas por un grupo de mexicanos y extranjeros en altos puestos que creían que la paz interna, la prosperidad y la propiedad privada del país estarían mejor salvaguardadas si se abandonaba el republicanismo y se establecía una monarquía.

En consecuencia, Paredes decidió usar las tropas reunidas en San Luis Potosí para salvar a México de una amenaza interna, no de una externa. Su nuevo plan requería que preparara encubiertamente el terreno y aguardara el momento apropiado para declarar sus intenciones; por lo tanto, en lugar de marchar a Monterrey, declaró una y otra vez que todavía no había recibido el dinero suficiente para equipar y aprovisionar en forma adecuada sus tropas,[61] argumentos que le permitieron afirmar que Herrera se mostraba tibio respecto a combatir contra Estados Unidos y, mientras tanto, negociaba con los monárquicos, que eran sus partidarios más ricos e influyentes.[62] Al mismo tiempo, los centralistas difundían rumores de que Herrera estaba favoreciendo a los federalistas radicales o incluso que éstos iban a armar a los pobres de la ciudad de México para sostener su gobierno, por lo que Paredes también consiguió el apoyo de varios oficiales para su inminente golpe de Estado.[63] En diciembre de 1845, por fin estaba listo: afirmó que el gobierno de Herrera estaba abriendo la puerta a la anarquía y los asaltos a la propiedad privada, y que había privado al ejército de los recursos necesarios para hacer frente a Estados Unidos;[64] en consecuencia, llevó su fuerza al sur, a la ciudad de México, y forzó a Herrera a abandonar el cargo; mantuvo a algunos hombres allí para proteger su propio gobierno y dispersó el resto de su ejército en pequeños grupos en varias regiones del país para mantener a raya a sus opositores.[65] Éstos surgieron casi de inmediato, porque muchos políticos vieron en las declaraciones de patriotismo de Paredes la ambición más que evidente que se encontraba tras ellas y algunos esparcieron la noticia de sus hasta entonces clandestinas relaciones con los monárquicos.[66]

La decisión de Paredes de valerse del ejército bajo sus órdenes para apoderarse de la presidencia, en lugar de ir a reforzar las tropas que terminaron enfrentándose al ejército expansionista de Estados Unidos, tuvo un profundo impacto en los acontecimientos de los dos años siguientes: si hubiera comprendido lo agresivo que el gobierno de James K. Polk estaba dispuesto a ser, quizás habría actuado de una manera diferente; si sus tropas hubieran estado en Monterrey como se había planeado, podrían haberse desplazado rápidamente de esa ciudad a Matamoros cuando el

gobierno se enteró de que el ejército de Zachary Taylor estaba cruzando la frontera de Texas que por lo general se había aceptado; en lugar de ello, se encontraban simplemente demasiado lejos y demasiado dispersas como para ser un factor en la guerra. Por consiguiente, cuando el ejército de Taylor llegó a la ribera opuesta del río Bravo, en Matamoros sólo había unos 5 mil soldados mexicanos, en lugar de lo que pudo haber sido con facilidad un ejército de 10 mil hombres o más. Es probable que una fuerza más numerosa hubiera sido suficiente para negar a Taylor las primeras victorias que alentaron a Polk a seguir adelante con sus ambiciones, aunque también es posible que las derrotas estadounidenses en esas primeras batallas solamente habrían estimulado a Polk a seguir adelante.

La inmensa mayoría de los soldados mexicanos acantonados en la villa de Matamoros pertenecía a las unidades del ejército regular o "milicia activa", unidades que, en teoría, eran una verdadera milicia: sus soldados rasos eran reclutados de la misma manera que los soldados regulares, sus oficiales eran profesionales y las unidades habían sido movilizadas más o menos en forma permanente años atrás. La principal diferencia con las unidades del ejército regular era que estas últimas tenían un nombre geográfico que indicaba el emplazamiento original de sus cuarteles generales y el origen de la mayoría de sus soldados.[67] Sin duda alguna, el breve análisis de la política mexicana ha dibujado un cuadro poco halagador de los cuerpos de oficiales: los de mayor antigüedad habían combatido en la década de 1810 como insurgentes o realistas durante la guerra de Independencia, y algunos de los antiguos oficiales realistas eran españoles que, al final, habían decidido que la lealtad a un México independiente era preferible a su fidelidad a un Estado español débil y faccioso.[68] Como los estadounidenses, esos oficiales españoles habían sido adiestrados en las tácticas de la guerra convencional de la época napoleónica, en la que las batallas las ganaban la infantería, la artillería y la caballería adecuadamente emplazadas y mediante maniobras disciplinadas, todas las cuales manejaban armas de fuego que debían cargarse por la boca del cañón; muchos habían tenido experiencias militares en la miríada de conflictos armados internos de México, en los que las tácticas incluían desde versiones a pequeña escala de las batallas formales hasta la guerra de guerrillas.

Los oficiales mexicanos tenían creencias políticas y las relaciones políticas eran importantes para la carrera militar. En un sentido ideológico, los antiguos insurgentes tendían a favorecer las versiones más igualitarias de lo que México debía ser y los antiguos realistas tendían a compro-

meterse más con las formas jerárquicas, aunque hubo excepciones. Habían pasado más de 20 años desde la guerra de Independencia y el cuerpo de oficiales había recibido a muchos hombres nuevos desde entonces: algunos eran egresados del Colegio Militar de México, que tenía un programa no muy diferente del de West Point, pero muchos más habían obtenido su grado gracias a las relaciones familiares y políticas;[69] otros habían recibido sus primeros grados como oficiales de la milicia, pero después se pasaron al ejército regular, cuando mostraron sus aptitudes militares o políticas.[70] Las relaciones políticas eran necesarias para ascender, lo que hizo que el ejército de México se pareciera a la mayoría de los ejércitos de su época.[71] El efecto del continuo desfile de conflictos políticos armados de México en el cuerpo de oficiales fue paradójico: tal vez no mejoró la calidad promedio de los oficiales, debido a que el apoyo al lado vencedor era al menos tan importante como la efectividad militar para lograr ascensos,[72] pero permitió una mayor movilidad social tanto entre el cuerpo de oficiales como en el *ingreso* a ese cuerpo, lo cual resulta más que interesante: a diferencia de los oficiales estadounidenses, muchos oficiales mexicanos habían comenzado su carrera como reclutas, porque los reclutas mexicanos que llegaban a ser soldados eficientes, que decidían que les agradaba la vida militar y que complacían a sus superiores, podían llegar a ser cabos y sargentos y entonces ascender a los grados menores e incluso a los grados medios del cuerpo de oficiales.[73]

La mayoría de los cabos y los sargentos no lograban alcanzar tan nobles alturas; no obstante, como en todos los ejércitos, eran los tendones que mantenían unido el ejército. Esos suboficiales solían ser ascendidos de entre los soldados rasos; como en el ejército estadounidense, saber leer y escribir era necesario, debido a que los sargentos tenían que encargarse de una gran cantidad de papeleo de rutina;[74] además, aceptar un ascenso significaba aceptar también la responsabilidad, no sólo de dirigir a los hombres, sino también la de adiestrar a otros hombres y eso podía ser una tarea turbulenta. Los cabos hacían el adiestramiento en el uso de los mosquetes bastón de mando en mano para corregir física y rápidamente los errores, y los soldados que se resentían de la función disciplinaria de los sargentos buscaban en ocasiones la oportunidad de tomar represalias físicamente; por ejemplo: una noche de 1845, el soldado raso Felipe Delgado y el primer sargento Damasio Guzmán trataron de pasar al mismo tiempo por una estrecha acera de la ciudad; Delgado empujó a Guzmán para desplazarlo de la acera y, cuando este último reprendió al primero por no respetar su grado, Delgado respondió con palabras obscenas

y le dijo que, a la luz del día, Guzmán era sargento primero, pero que, en la oscuridad, era como cualquier otro hombre.[75]

La vasta mayoría de los soldados mexicanos provenía de familias pobres, porque la vasta mayoría de los mexicanos eran muy pobres;[76] sólo unos cuantos soldados mexicanos se alistaban de forma voluntaria para servir en el ejército regular. En Estados Unidos, unirse al ejército podía ser la mejor opción disponible en una economía tambaleante para la clase trabajadora; en México, las oportunidades para los pobres eran aún más escasas que las que tenían los pobres en Estados Unidos, pero el ejército todavía no era atractivo porque el gobierno mexicano también era pobre. Aunque se suponía que los soldados debían recibir tanto una modesta soldada como dinero para su alimentación, el pago de esas cantidades era muy irregular, por lo que pocos se presentaban como voluntarios para estar siempre hambrientos y, en lugar de eso, el gobierno mexicano los reclutaba para servir en el ejército, enrolándolos por un periodo de seis años.[77]

En realidad, es un poco engañoso decir que el gobierno mexicano *los reclutaba:* como los otros primeros gobiernos centrales modernos, no contaba ni con la burocracia ni con la tecnología para identificar a los individuos; en lugar de ello, el gobierno nacional evaluaba sus necesidades de personal militar y después asignaba a cada estado una cuota de hombres con base en su población estimada;[78] después cada estado, a su vez, asignaba parte de la cuota a cada localidad, también con base en la estimación de la población de cada una de ellas; asimismo, los estados transmitían a los funcionarios locales la información relacionada con las cualidades generales que esperaban ver en los reclutas.[79] Las cuotas representaban un problema difícil para esos funcionarios incluso en las mejores épocas, pero el número de hombres necesarios fue cada vez más cuantioso a medida que las tensiones con Estados Unidos aumentaban.[80] En ocasiones, un funcionario local lograba que se redujera la cuota de su localidad, porque su gente enfrentaba cargas inusuales o porque la localidad incluía a muchos habitantes indígenas: los oficiales del ejército no los consideraban como reclutas deseables, porque era más fácil adiestrar a unos soldados que ya hablaran español, aunque esa preferencia se redujo una vez que comenzó la guerra y la necesidad del ejército de contar con más hombres aumentó en forma espectacular.[81]

Por otra parte, a los funcionarios locales no les agradaba aportar hombres para el ejército. Típicamente, esos funcionarios eran electos o nombrados de entre los hombres que sabían leer y escribir: profesionales o negociantes de su localidad, incluidos los empresarios agrícolas. Esos

hombres tenían un interés creado en proteger la oferta de mano de obra local y creían que el reclutamiento provocaba que ésta escaseara;[82] a algunos les preocupaba en especial el hecho de que muchos posibles reclutas debían dinero a sus patrones, dado que era común que estos últimos atrajeran a sus trabajadores adelantándoles dinero en efectivo o mercancías como parte de su salario.[83] A los funcionarios locales también les preocupaban las consecuencias de alejar a los que eran el sostén de las familias que dependían de ellos; esa identificación con el problema de las familias no entraba en conflicto con sus intereses de clase, dado que el asegurar la oferta de mano de obra de una región en el largo plazo requería generar las condiciones en las que las familias pudieran sobrevivir y reproducirse;[84] a los funcionarios de las regiones septentrionales del país que luchaban por mantener una población lo suficientemente numerosa para rechazar los ataques de los indios les irritaban en particular las demandas del reclutamiento.[85] Como consecuencia, en ocasiones los funcionarios locales respondían a las exigencias sobre las cuotas alegando que no podían encontrar suficientes hombres para cumplir con ellas o que no podían hacerlo sin causar un daño excesivo a la economía local,[86] y en otras ocasiones, simplemente afirmaban que no había hombres disponibles.[87]

Por lo general, los funcionarios locales tenían que llevar hombres al ejército de todas maneras: primero recurrían a los que ya se habían alistado pero que habían desertado y, por consiguiente, toda nueva operación de reclutamiento comenzaba con la cacería de los desertores; en realidad, la familia de todo nuevo recluta podía lograr que lo eximieran si entregaba a un desertor,[88] pero nunca había suficientes desertores para cumplir con las cuotas. En ocasiones, los funcionarios reclutaban de manera forzada a los hombres que pasaban por su localidad, pero tampoco había nunca suficientes forasteros.[89] Dado que, por lo general, cada estado y sus funcionarios decidían realmente las categorías de hombres buscados y los hombres específicos seleccionados, se valían de esa facultad para tratar de proteger la economía local y a la sociedad local tanto como podían; descubrieron que, en el reclutamiento, tenían una poderosa herramienta para deshacerse de los hombres que les eran más indeseables, hombres que tenían un mal comportamiento y no eran productivos: a menudo, los gobiernos de los estados emitían reglamentos explícitos sobre las categorías de hombres que debían ser reclutados, pero, ya fuese que los aplicaran o no, los funcionarios locales solían reclutar en general a aquellos que consideraban, en palabras del ayuntamiento de San Pedro, en San Luis Po-

tosí, "los hombres más dañosos a la población".[90] En otras ocasiones, los funcionarios se valían del reclutamiento para deshacerse de sus opositores políticos, en especial de aquellos que entablaban juicios o demandas,[91] pero, con mayor frecuencia, los funcionarios enviaban a los militares que habían sido condenados por delitos graves. Los delitos que podrían tener como resultado una sentencia de servicio militar incluían el asalto, la violación, el robo y la posesión ilegal de armas de fuego;[92] sin embargo, dado que México tenía menos criminalidad que la que en ocasiones se supone, no había suficientes hombres para cumplir con las cuotas.

Atrapados entre las órdenes de enviar hombres al ejército, por un lado, y la obligación de proteger la oferta de mano de obra y la supervivencia de las familias, por el otro, los funcionarios locales trataban de reclutar a los hombres que eran menos útiles para la economía y menos útiles para su familia. Por fortuna para ellos, esas dos clases de hombres eran en realidad la misma: los hombres que no trabajaban carecían de utilidad tanto para los empleadores como para su familia. Los reglamentos que los diferentes estados emitieron para guiar los esfuerzos de los funcionarios locales eran muy coherentes: especificaban que los reclutas debían incluir a los vagabundos, a la gente que con frecuencia armaba altercados, a quienes no trabajaban mucho, a los hijos solteros que no mantenían a sus padres ancianos o a sus hermanos menores, a los hombres que no mantenían a su esposa y aquellos afectos a una violencia doméstica excesiva. Como lo expresó un funcionario en 1846, se podía reclutar a un hombre si "en nada le es útil a la sociedad", ya que el envío de un hombre así al ejército permite "expurgar los pueblos de la gente viciosa".[93] En consecuencia, no es sorprendente que, al seleccionar a los reclutas, los funcionarios buscaran primero en "los billares, pulquerías, fandangos y demás casas de juegos"[94] y que con frecuencia seleccionaran a los hombres basándose menos en ciertos actos específicos por los que habrían sido condenados que con base en su reputación pública.[95]

¿Qué clase de reputación podía hacer que los funcionarios locales decidieran que un hombre debía ser extirpado de la población y enviado al ejército regular? Se consideraba que muchos de esos hombres eran los que tenían inclinación a alardear, a las discusiones ruidosas y a las peleas a puñetazos;[96] a otros se los consideraba como irrespetuosos con la autoridad oficial, hombres que tenían la inclinación a resistirse a los funcionarios que les llamaban la atención o que intentaban arrestarlos,[97] y a otros los reclutaban porque tenían la reputación de ladrones.[98] Por consiguiente, es fácil ver que los funcionarios locales que debían reunir cier-

to número de hombres para el ejército estaban ansiosos por librar a sus localidades de los hombres con esos tipos de reputación.

EL GÉNERO Y EL RECLUTAMIENTO

La enorme mayoría de las razones expuestas para el reclutamiento forzado de esos hombres tenía una base explícita en el género al que pertenecían, dado que se relacionaban estrechamente con la manera en que se comportaban *como hombres*. Los funcionarios creían que la paz y la prosperidad dependían de la existencia de familias estables en las que la pareja casada pudiera criar hijos hasta la edad adulta y de que los hijos, a su vez, mantuvieran a sus padres en la vejez. Los hombres que no cumplían con esas pautas eran considerados como perniciosos para la sociedad y las campañas de reclutamiento ofrecían la oportunidad de deshacerse de ellos. Había muchas maneras en las que los hombres podían incumplir con esas pautas, algunas de las cuales eran sexuales de manera explítica: los hombres que tenían relaciones sexuales con la esposa de otro hombre dañaban la armonía familiar, como lo hacían los maridos que tenían relaciones sexuales con alguna mujer que no fuese su propia esposa. De acuerdo con algunos funcionarios, se reclutó a Antonio Ysaguirre porque había "inquietado matrimonios" y a Pedro Escobedo porque causaba "la desunión de los matrimonios". Vale la pena hacer notar el uso del plural en esos casos: los funcionarios se sentían particularmente ofendidos por los hombres que eran mujeriegos impenitentes.[99] Algunos hombres eran reclutados simplemente por tener relaciones sexuales sin estar casados con su pareja, aunque, en ese caso, los funcionarios se metían en un terreno movedizo: los pobres no siempre contaban con los recursos económicos necesarios para casarse tan pronto como hubieran deseado y, en ocasiones, las parejas estaban funcionalmente casadas desde mucho tiempo antes del matrimonio oficial; por lo demás, las costumbres permitían el sexo antes de que las parejas se casaran si tenía lugar previa promesa de matrimonio: algunos de los hombres eran reclutados precisamente por haber violado esa promesa, porque la usaban para seducir a las mujeres y después no la cumplían.[100] Esas costumbres se complicaban aún más porque se suponía que antes los padres debían consentir el matrimonio de sus hijas; pero en muchos lugares rurales era común que las parejas se fugaran para obligar a los padres a dar su consentimiento luego del hecho, con el propósito de restablecer el honor de la familia. Los casos

de fuga podían convertirse en violencia sexual, en parte porque la costumbre sugería que las jóvenes vírgenes debían fingir renuencia a ceder su honor, lo que hacía posible que los hombres las violaran y arguyeran que, en realidad, solamente se habían fugado.[101] En algunas ocasiones, los funcionarios se valían del reclutamiento para exilar a los que tenían la reputación de ser violadores.[102]

Un hombre casado podía ser reclutado aunque no fuese sospechoso de infidelidad sexual; con frecuencia se reclutaba, por ejemplo, a los hombres que abandonaban a su esposa.[103] Por lo demás, un hombre que sólo viviera con la esposa no cumplía con las normas aplicables a las relaciones entre los géneros. Por otra parte, la supervivencia y la reproducción de la familia requerían la cooperación de ambos cónyuges: la mujer contribuía a las labores domésticas importantes, como cocinar, limpiar y cuidar de los hijos, y también contribuía con mucha frecuencia al aumento de los ingresos de la familia mediante la manufactura de artesanías o la venta de los excedentes de la agricultura en el mercado del pueblo, mientras que el hombre hacía el grueso del trabajo agrícola, ya en la tierra de la familia, ya en tierras comunales o arrendadas, ya en las tierras de alguien más a cambio de un jornal. Los hombres que no cumplían con su parte en esa importantísima relación económica eran irresponsables con su esposa y sus hijos y, a menudo, los funcionarios locales también los reclutaban,[104] lo cual servía sin duda alguna para fortalecer las normas relacionadas con el género, pero, dado que los funcionarios locales querían limitar los perjuicios del reclutamiento para las familias, era completamente lógico que reclutaran a los hombres que no mantenían de ninguna manera a su familia. Muchos funcionarios también seleccionaban a los hombres que agredían a su esposa: las normas culturales colocaban claramente al hombre a la cabeza de la familia y se creía que debía corregir el mal comportamiento de la esposa mediante el castigo físico; sin embargo, se suponía que éste debía ser limitado tanto en frecuencia como en grado y, cuando el hombre transgredía esos límites, se consideraba que el esposo estaba dándole "mala vida a su mujer". Las comunidades supervisaban los límites entre la violencia doméstica aceptable y la inaceptable por medio del chismorreo, la intervención de los padres de la pareja o los dirigentes religiosos y la intervención de los funcionarios locales, que imponían multas, daban consejos o imponían sentencias cortas de cárcel para tratar de restablecer la armonía conyugal. En ocasiones, cuando todas esas medidas no lograban poner fin al abuso continuo, los funcionarios solían consignar a los hombres a las cuotas

del reclutamiento,[105] lo cual era otra manera en que el reclutamiento se usaba para hacer cumplir las normas relacionadas con el género.

Las responsabilidades relacionadas con el género al que se pertenecía también se aplicaban a las diferentes generaciones: los adultos debían obediencia y respeto a sus padres y se suponía que los hijos debían mantener a sus padres cuando éstos ya eran demasiado viejos para proveer por sí mismos.[106] Los hombres solteros que no tenían esposa o hijos que mantener estaban protegidos del reclutamiento si tenían que aportar apoyo económico a sus padres ancianos, mientras que los que no cumplían con su obligación cultural de mantener a sus padres eran reclutados; por ejemplo: se describió al recluta Obispo Rodríguez como un hombre "en muy alto grado desentendido de su padre anciano a quien no asiste, ni alivia en nada" y a Martín Castillo como alguien que no asistía "en lo necesario a sus padres para su subsistencia".[107] La preocupación por la relación económica entre los hijos adultos y sus padres era difícil de separar mentalmente de la preocupación por todo lo demás que los hijos debían a sus padres. Los documentos sobre el reclutamiento a menudo incluyen comentarios sobre hijos que no respetaban o que desobedecían a sus padres; un funcionario escribió sobre Sixto Ordaz que "su mala conducta ha llegado al extremo de faltarle al respecto a su padre" y otro escribió sobre Antonio Bracamontes que no sólo no mantenía a sus padres sino que tenía un comportamiento irrespetuoso que había llegado al grado "de haber puesto una vez las manos en su padre".[108] A lo largo de la década de 1840, más de 20 años después del inicio del reclutamiento forzoso para el ejército mexicano, la noción de que estaba asociado a la piedad filial era tan fuerte que algunos padres entregaban a sus propios hijos al servicio militar, diciendo que los hijos habían desarrollado malos hábitos y se rehusaban a que sus padres los corrigieran.[109]

Los mexicanos del siglo XIX consideraban que incluso los malos hábitos evidentes que no parecían estar relacionados con las obligaciones de género correspondientes a la vida familiar sí estaban relacionados con ellas. Los juegos de azar eran un entretenimiento común en México en ese siglo y, de hecho, se sabía que Antonio López de Santa Anna, el general y político más famoso de la época, era muy aficionado a las apuestas;[110] no obstante, los documentos sobre el reclutamiento con frecuencia mencionan las apuestas, porque el apego excesivo a ellas podía llevar a que un hombre abandonara el trabajo y perdiera el dinero que su familia necesitaba.[111] La embriaguez era otro mal hábito que interfería con las obligaciones del hombre relacionadas con su género: dependiendo de la región

y de la clase social, los mexicanos consumían un gran número de bebidas alcohólicas, desde el pulque, de baja concentración etílica, hasta diversas formas de licores destilados. Nadie daba de mala gana un trago en una reunión social a los varones mexicanos o incluso a las mujeres; sin embargo, algunos hombres bebían en exceso y lo hacían una y otra vez, y llegaban a perder el dominio de sí mismos. Un borracho habitual podía faltar al trabajo y afectar así los ingresos de la familia, y un hombre que gastaba todos sus ingresos en el alcohol tenía poco dinero que dar a su esposa para los gastos necesarios. Los funcionarios civiles fueron muy explícitos respecto a esas relaciones; uno de ellos dijo de Sixto Ramírez que "tiene familia, ésta jamás la atiende como es su deber, sino que se ocupa en andar en las vinaterías y pulquerías tomando sin dedicarse al trabajo honesto".[112] El consumo desmesurado de bebidas alcohólicas y las apuestas excesivas estaban relacionados con las discusiones, el robo y la pereza en un conjunto de comportamientos que llevaba a la opinión pública y a las autoridades a clasificar a esos hombres como "vagos". Algunos de ellos vagaban de lugar en lugar, buscando la manera de robar o quizá ganar un poco de dinero que pudieran gastar pronto en sus placeres; esos hombres, ya fuesen vagabundos, ya tuvieran arraigo en su comunidad, dañaban el tejido social, porque no mantenían a su esposa y sus hijos, por lo que, para los funcionarios dedicados al reclutamiento, este último significaba la manera de deshacerse de ellos.[113] En muchos casos, los funcionarios manifestaron que solamente enviaban hombres al ejército después de repetidas advertencias y castigos menores, y consideraban que esos comportamientos eran malos hábitos que los hombres podían o debían dominar. En ocasiones, cuando los jóvenes empezaban a desarrollar esos malos hábitos, los funcionarios advertían de ello a sus padres para que los corrigieran y, así, evitaran ser reclutados en el futuro, aunque, en un caso, un funcionario aceptó de buena voluntad que se embarcara a Julián Silva, un joven de 14 años de edad de mal comportamiento, señalando que, a pesar de ser joven, podía ser útil como pífano o corneta, puestos que los ejércitos de la época solían asignar a los reclutas menores de edad.[114]

El sistema conforme al cual los funcionarios locales seleccionaban de manera directa a los hombres necesarios para cumplir con las cuotas de reclutamiento se llamaba "leva": después de haber consultado con los líderes de su localidad y con los sacerdotes de las parroquias, podían seleccionar casi a cualquiera del que creyeran que la sociedad podía prescindir; y, como ya se ha visto, seleccionaban sobre todo a los hombres que no se comportaban como trabajadores y padres responsables, o a los que vio-

laban las normas relacionadas con el género debido a su conducta sexual. Antes, dado que el ejército no tenía necesidad de reclutas, los funcionarios locales habían buscado reducir ese tipo de problemas por medio de la reprimenda y los castigos ligeros: podían sentenciarlos a un par de semanas en la cárcel, obligarlos a pagar los costos del nacimiento de sus hijos ilegítimos, insistir en que los amantes formalizaran su relación mediante el matrimonio, advertir a los que recurrían a la violencia doméstica una y otra vez de que moderaran su conducta, o presionar a los seductores de mujeres jóvenes para que las compensaran con una dote con el propósito de que fuesen más atractivas para algún otro marido potencial. En todas esas situaciones, los funcionarios buscaban restablecer la armonía y proteger la institución de la familia,[115] pero, con la presión para proveer de hombres al ejército, frecuentemente se valían de esos mismos conflictos para cumplir con su cuota. En realidad, la leva era un arma de doble filo en el combate por preservar la familia: ponía en manos de los funcionarios locales la poderosa facultad de amenazar a los hombres para corregir su conducta, dado que pocos deseaban ser arrancados de la vida que conocían para hacer frente a la disciplina, los riesgos y el hambre característicos del servicio en el ejército; sin embargo, el acto del reclutamiento en sí mismo eliminaba la posibilidad de hacer que los hombres cumplieran sus responsabilidades con su familia.

Los oficiales del ejército creían que la leva producía reclutas que eran menos saludables y menos honestos que el promedio de los mexicanos; asimismo, preferían no reclutar a los hombres sin raíces, porque, si desertaban, era más difícil encontrarlos que a los que se sentían cercanos, en aspectos sentimentales, a su comunidad y su familia; además, algunos oficiales afirmaban que la leva era injusta, porque daba un poder demasiado arbitrario a los funcionarios locales. A finales de la década de 1830, el ejército trató de reemplazar la leva con el reclutamiento por sorteo; no obstante, incluso esa ley muestra que se usaban las categorías relacionadas con el género para limitar el efecto del reclutamiento forzado en las familias: los nombres que eran incluidos en el sorteo comprendían a hombres solteros o viudos sin hijos, hombres casados que no hacían "vida con sus mujeres" y hombres casados sin hijos. Los hombres de esas tres categorías eran eximidos si vivían con sus padres y los mantenían, o si mantenían a sus hermanos, de ambos sexos, que fueran demasiado jóvenes para valerse por sí mismos.[116] Con todo, lo más importante es que los gobiernos regionales y locales torcían esa ley, ya fuera redactando de manera abierta un reglamento de reclutamiento que usaba las categorías

del sorteo, pero no se refería realmente a la operación de un sorteo, ya siguiendo adelante de manera informal con la leva.[117]

Los funcionarios locales preferían tener la facultad de seleccionar a los que debían ser removidos de la sociedad; asimismo, eran conscientes de que el hecho de que el servicio en el ejército regular lo decidiera el azar entraba en conflicto con ciertas ideas que se habían arraigado, no sólo en su propia mente, sino también en la de la mayoría de los mexicanos de todas las clases sociales: decenas de años de reclutamiento de buscapleitos deshonestos que no cumplían en forma apropiada su función de proveedores masculinos habían dado mala fama al ejército. El honor era extremadamente importante, no sólo para los mexicanos de las clases altas, que lo asociaban sobre todo con un nacimiento noble, sino también para los de las clases bajas, que creían que el mantenimiento de la familia por medio del trabajo honesto y la conducta respetable los hacía hombres honorables. Esa reputación podía ser muy importante para las familias pobres, no sólo porque les procuraba una medida del valor propio, sino también porque participaba en muchas transacciones económicas que dependían de la confianza.[118] Ya en la década de 1840, el hecho de ser seleccionado para el servicio en el ejército regular se había convertido en una marca de deshonor: en 1844, el funcionario Luis Álvarez insistía en que "ningún hombre de bien y que tiene un trabajo honesto y activo puede ser destinado al servicio de las armas";[119] así, no es sorprendente que quienes protestaban por su reclutamiento o el de sus parientes se refirieran a menudo al honor y la honestidad de los desafortunados reclutas.[120]

La idea de que los reclutas mexicanos eran deshonestos y cuasi criminales se fortaleció por el trato que se les daba después de la selección: de las localidades dispersas donde eran seleccionados se les llevaba a poblaciones cada vez más grandes, hasta que se les entregaba al ejército en la capital de su estado; ese triste recorrido tenía lugar a pie y, para evitar que los reclutas huyesen durante el tránsito, eran atados unos a otros, con las manos también atadas a la espalda; a todo lo largo de ese proceso, eran custodiados por hombres armados y, con frecuencia, a caballo. Cuando se detenían para pasar la noche, los alojaban en la cárcel del lugar y, si no había cárcel a la mano, lo hacían en el edificio más seguro disponible. Aunque recibían alimentos, se ponía poco cuidado en su comodidad. En general, el peregrinaje de los reclutas, si se lo puede llamar así, seguía las rutas por las que se llevaba a los presos acusados de crímenes graves, que también eran enviados de esa manera a la capital del estado

para recibir su sentencia; de hecho, a menudo se desplazaba a los reclutas junto con los presos.[121]

Los reclutas y sus familias no aceptaban en forma pasiva su destino: dado que podían recurrir al gobernador de su estado para que los liberara, miles de ellos lo hicieron, pero la solución estaba lejos de ser fácil. Los recursos debían ser presentados por escrito, por lo que al menos el recluta o, con más frecuencia, su familia tenía que pagar a un amanuense para que escribiera su petición. En ocasiones, podían hacerlo en una población cercana, pero, si eso no era posible, el peticionario tenía que caminar hasta la capital del estado, lo cual podía tomarle varios días. En su petición, María Bonifacia Gutiérrez, de Tancanhuitz, San Luis Potosí, decía:

> teniendo yo que venir siguiendo la suerte de mi preciado esposo hasta ver su final paradero; después de pasar multitud de padecimientos, trabajos e incomodidades subsecuentes a tan largo camino, dejando en un completo desamparo y orfandad tres criaturas menores de edad, y a la muerte de una de ellas, quienes no tienen más recurso para subsistir así como yo que el trabajo personal de su desasociado padre..[122]

¿Por qué tenía alguien que pasar por tantas molestias? La propia queja de Bonifacia da la mitad de la respuesta: la pérdida de un hombre reclutado por el ejército empobrecía más a muchas familias ya de por sí pobres, al grado de que las dejaba al borde de la inanición. La sociedad mexicana carecía de un sistema de seguridad social que no fuera la poca ayuda que los parientes, que también eran pobres, podían proporcionar.[123] Las peticiones tienen una característica desgarradora, porque la esposa y los padres ancianos explicaban vívidamente el destino que les aguardaba si no podían contar con el apoyo de los hombres que habían sido reclutados. Ahora bien, por desgarrador que eso haya podido ser, la otra mitad de la respuesta es que, en realidad, los gobernadores de los estados accedían con cierta frecuencia a esas peticiones, aunque es imposible calcular el porcentaje en que esto ocurría, porque, si bien muchas peticiones que aparecen en los archivos tienen la anotación de que fueron concedidas o denegadas, la mayoría de ellas no tiene ninguna señal. Los gobernadores de los estados mantenían cierto equilibrio entre su propia humanidad y las necesidades que el ejército tenía, y a menudo enviaban las peticiones de vuelta a las autoridades locales para que las investigaran porque entendían que la información que contenían podía ser falsa.[124] Las familias recurrían a los funcionarios locales, los sacerdotes y los patrones respe-

tables para que dieran testimonio de la honestidad de los hombres y del debido cumplimiento de las obligaciones familiares: el propio proceso de reclutamiento dependía de que los funcionarios locales investigaran la reputación de los posibles reclutas. Con frecuencia, había un claro aspecto clientelar, ya que, entre los que daban su respaldo a las peticiones, se encontraban los patrones, pero muchas de las cartas escritas en favor de las peticiones sugieren cierto grado de compasión.[125]

En ocasiones, en las peticiones y las cartas de apoyo se hacían críticas al proceso de reclutamiento: las familias afirmaban que sus enemigos locales esparcían rumores sobre los reclutas, que los funcionarios destinaban a sus enemigos políticos al reclutamiento o que, simplemente, los funcionarios locales tenían prejuicios en contra de los reclutas;[126] por lo general, incluso en esos casos, el principal argumento se refería a la clase de hombre que era el recluta: los peticionarios y quienes los apoyaban argumentaban que los reclutas no eran culpables del comportamiento que se les atribuía, ya consistiera en escapadas sexuales, borracheras, holgazanería o incumplimiento de sus responsabilidades con la familia, e insistían en el honor o la honestidad de los reclutas. Martín de Ortar, por ejemplo, escribió que conocía al recluta Pedro Arriaga "desde la infancia [y que] ha sido hombre honrado, asistente a su trabajo, obediente con la señora su madre", mientras que Felito Benítez escribió sobre Eulalio Ortiz que era "un hombre arreglado de conducta honrada, y buenos procedimientos, que jamás se ha manchado con notas desagradables; que es obediente a las leyes, y a todas las autoridades"; muchos se referían a los reclutas como "hombres de bien".[127] En las peticiones, también se subrayaba el hecho de que esos hombres mantenían a su esposa, a sus hijos, a sus padres ancianos o a sus hermanos menores, y eran muy elocuentes con respecto a lo devastador de los estragos económicos que su ausencia causaría a la familia.[128] El ejército se llevaba a los hombres, los alimentaba y les pagaba sin regularidad, y no existía medio alguno que permitiera a un soldado enviar parte de su paga para el mantenimiento de su familia; por lo demás, ni las viudas ni los hijos de los soldados recibían pensión alguna, aunque, en ocasiones, el gobierno estatal hacía colectas de dinero para donarlo a los parientes de los soldados particularmente heroicos.[129]

La pobreza extrema que enfrentaban las mujeres mexicanas de la clase baja que habían perdido a su esposo debido al reclutamiento era la principal causa de una de las más impresionantes diferencias entre las unidades del ejército regular estadounidense y las del mexicano. Como ya antes se mencionó, las unidades estadounidenses tenían permiti-



FIGURA 1.3. Soldados estadunidenses observan el paso de las soldaderas. Dibujo de Samuel Chamberlain.

do contar con algunas lavanderas, las que, típicamente, eran esposas de los hombres alistados, pero esas mujeres fueron dejadas en la retaguardia una vez que comenzó la invasión de México, mientras que los observadores estadounidenses casi siempre hicieron notar el enorme número de *soldaderas,* las mujeres que decidían seguir a las unidades del ejército regular mexicano. En palabras de Doubleday, las unidades del ejército mexicano eran acompañadas por lo general por "un ejército de puras mujeres".[130] Esas mujeres eran objeto de curiosidad, compasión y, en ocasiones, desprecio. La curiosidad tenía su origen en la diferencia; la compasión, en la dura vida que llevaban esas mujeres, y el desprecio, en el hecho de que los estadounidenses creían que eran mujeres de conducta sexual disoluta, algo que ellos también creían de sus propias lavanderas; en ocasiones, además, los estadounidenses afirmaban incluso que el principal motivo de las personas que seguían al ejército era la posibilidad de robar a los muertos.[131] Aunque esas mujeres combatieron en ocasiones, los

otros servicios que proporcionaban también eran valiosos: adquirían y preparaban la comida, transportaban las posesiones y, en realidad, solían marchar delante de los hombres con el propósito de tener lista la comida cuando ellos llegaran al campamento; asimismo, atendían a los soldados heridos y les proporcionaban compañía sexual.[132] La presencia de esas mujeres tiene una explicación muy fácil: el ejército regular mexicano no podía atraer voluntarios porque el empobrecido gobierno mexicano no estaba en condiciones de alimentar y vestir a sus soldados lo suficientemente bien como para que el servicio militar fuera una opción atractiva, ni siquiera para los muchos mexicanos que eran muy pobres; sin embargo, la ecuación era diferente en el caso de las mujeres: sus perspectivas económicas eran peores que las de los hombres de la clase más baja y dependían casi en forma exclusiva de su relación con esos hombres. Era improbable que una mujer sola fuera capaz de ganar lo suficiente para asegurar alimentación y vestido; en consecuencia, si el esposo de una mujer era reclutado, seguirlo e incluso llevar consigo a los hijos era con mucha frecuencia la mejor opción disponible. Los soldados podían pasar hambre, pero tener hambre era mejor que, literalmente, morir de hambre; por lo demás, cuando las unidades militares estaban acantonadas en las ciudades, en especial en la ciudad de México, los soldados recibían su paga y su vestimenta con mayor regularidad, lo cual permitía que tuvieran a su esposa consigo y parece incluso que ello hacía atractivo para algunas mujeres pobres de la ciudad el formar pareja con los soldados.[133] Cuando esas unidades dejaban la cómoda vida de las guarniciones para marchar a unas regiones diferentes para hacer frente a las fuerzas estadounidenses, la mejor opción para esas mujeres era marchar con ellos y compartir la paga y las raciones, por escasas que fueran. El hecho de examinar esa cuestión desde un punto de vista puramente económico no significa que no hubiera genuinos lazos románticos y afectivos entre las soldaderas y los soldados.

Debido a lo devastador que resultaba el servicio militar para las familias, no es sorprendente el que los reclutas, su familia y su comunidad se resistieran al reclutamiento: las noticias sobre las nuevas campañas de reclutamiento causaban que algunos hombres huyeran de su pueblo y se ocultaran en los lugares más agrestes del campo o que emigraran a regiones vecinas cuyas cuotas de reclutamiento eran menores, mientras que otros se apresuraban a casarse para reducir las probabilidades de ser seleccionados.[134] El servicio militar era particularmente impopular entre los campesinos indígenas, porque la vida en sus pueblos dependía de una

evolución ordenada del servicio al padre y a la comunidad cuando eran jóvenes, al matrimonio y la eventual condición como jefes de familia y, más tarde, como ancianos respetables. El hecho de arrancar a esos jóvenes de esa situación significaba que, aun cuando regresaran más tarde, nunca podrían ponerse al día con su generación. Durante los periodos en los que el ejército estuvo rechazando a los reclutas que no hablaban español, los indígenas bilingües solían fingir que eran monolingües.[135] Era frecuente, por lo demás, que los reclutas trataran de huir, incluso atacando a sus guardianes para facilitar el escape.[136] A los funcionarios locales encargados de cumplir con las cuotas de reclutamiento les preocupaban los rumores de amotinamientos y rebeliones, rumores que en ocasiones se volvieron realidad: en el pueblo de Santa Anna, en San Luis Potosí, un funcionario local informó que los amigos y la familia de un recluta se habían reunido para, valiéndose de puños, piedras y cuchillos, liberarlo.[137]

La interpretación más aceptada de la guerra consiste en que los mexicanos carecían de conciencia nacional, por lo que sería tentador considerar que la poca popularidad del servicio militar es prueba de ello; sin embargo, como ya se ha hecho notar, incluso el alistamiento voluntario en el ejército regular estadounidense no era considerado por los soldados o la gente que los observaba como la prueba de la conciencia nacional; por lo demás, incluso en las peticiones de los mexicanos para ser liberados del servicio militar, a ellos o a sus parientes, muchos reconocían la importancia de su deber con su nación; José Albino Hernández, por ejemplo, escribió en su petición: "para la patria hemos nacido y no para nosotros, y es un deber sagrado prestarle servicios". Simplemente, los mexicanos creían que ese deber no debía venir antes que su deber de mantener a su esposa, sus hijos, sus padres ancianos y sus hermanos menores; en su mente, el deber con la familia era superior al deber con la nación.[138] Cuando se añade ese imperativo cultural a la noción generalizada de que el servicio en el ejército regular era el destino de los hombres de mala fama, no es sorprendente que los mexicanos evitaran el reclutamiento y se resistieran a servir en el ejército regular.

EL SERVICIO EN EL EJÉRCITO REGULAR MEXICANO

Uno pensaría que un ejército compuesto sobre todo de reclutas empobrecidos que eran buscapleitos o a los que preocupaba todo el tiempo el destino de los miembros de su familia dejados atrás sería un ejército ineficaz,

que simplemente se desbandaría a la primera señal de peligro o de privaciones; sin embargo, resulta que no fue así. Sin duda alguna, los soldados del ejército regular mexicano podían ser un puñado difícil para los funcionarios públicos: a algunos los caracterizaba esa masculinidad pendenciera que los había conducido al ejército, no sólo en sus relaciones con sus camaradas, sino también en sus relaciones con la población civil; el hambre que padecían en el servicio militar para un gobierno empobrecido los llevaba a robar comida; los funcionarios públicos se quejaban a veces de las apuestas y las borracheras en las calles cercanas a las barracas; como los de otros ejércitos, incluido el estadounidense, los soldados mexicanos solían apoderarse de las posesiones de los enemigos muertos en combate; y, en los casos extremos en que la disciplina se rompía y las unidades se desbandaban después de las derrotas, las tropas que huían se entregaban de forma abierta al saqueo.[139] Los soldados que tomaban represalias contra la población civil plantearon un conjunto de problemas en particular: con mucha frecuencia, estaban mejor armados que los funcionarios que buscaban arrestarlos, podían llamar a sus camaradas para que los ayudaran con violencia a resistirse al arresto y, legalmente, tenían derecho a ser juzgados ante los tribunales militares, en vez de ante los civiles.[140] En ciertas ocasiones, la población civil temía a los soldados mexicanos regulares, mientras que, en otras, las tensiones entre la población civil y las tropas llegaron al grado de hacer estallar reyertas entre algunos grupos.[141]

Ahora bien, tanto los mexicanos como los estadounidenses consideraban que la efectividad de las tropas del ejército regular mexicano era muy alta: los estadounidenses las alababan por su adiestramiento, su disciplina y, sobre todo, por su valentía, que fue notable en muchas de las batallas cuyo análisis se hace más adelante en el libro.[142] Es probable que algunos de los relatos hayan sido muy parciales, pues si los soldados estadounidenses denigraban la valentía de sus enemigos vencidos sus propios logros perderían valor, pero, dada la propaganda sobre la inferioridad racial de los mexicanos, no se esperaría que los estadounidenses respetaran a sus enemigos. Unos cuantos observadores estadounidenses criticaron a los soldados mexicanos, considerándolos cobardes, pero fueron la excepción;[143] en las memorias escritas después de su prolongada y sangrienta carrera militar, Ulysses Grant, un joven oficial que participó en la guerra, criticó la organización del ejército mexicano, con sus reclutas forzados y la falta de comida, soldada y ropa, pero añadió: "a pesar de todo eso, fui testigo de unos actos de resistencia tan valientes en esos hombres como jamás había visto en otros soldados".[144] Los soldados mexicanos eran co-

nocidos en particular por su movilidad y resistencia: su capacidad para recorrer grandes distancias con poco alimento y agua asombraba a los observadores, en especial cuando después entraban directamente en combate.[145]

¿Cómo hicieron unos soldados renuentes, muchos de los cuales habían sido unos tarambanas en la vida civil, para convertirse en un ejército eficaz? Como en el caso de sus pares estadounidenses, el adiestramiento y la disciplina fueron muy importantes: la mayor parte del adiestramiento lo hacían los sargentos y los cabos, y se reforzaba con el castigo corporal. En los primeros años de la existencia de México como república, el castigo corporal era considerado indigno de sus ciudadanos, incluso de los que servían en el ejército; sin embargo, la prohibición del castigo corporal en el ejército nunca se llevó a cabo de manera efectiva y, en 1842, se restableció su legalidad por medio de una ley. Esta clase de castigo era común en el ejército mexicano: los oficiales azotaban a los soldados con sus bastones de mando o con sus espadas envainadas: era común que les dieran 25 azotes en el caso de crímenes graves, como la deserción, pero hay relatos de soldados a los que les dieron muchos más.[146] El castigo corporal más común era administrado de manera informal en pequeñas cantidades para reforzar las enseñanzas del adiestramiento o castigar las infracciones menores. Por lo general, se tiene la impresión de que el castigo corporal no era tan generalizado ni tan brutal como el que se veía en el ejército regular estadounidense y de que, en ocasiones, los mandos que recurrían a él en exceso tenían que hacer frente a una corte marcial.[147]

La mayoría de los observadores creía que la disciplina era menos importante que la camaradería. Al igual que en el ejército estadounidense, los soldados mexicanos llegaron a desarrollar lazos muy estrechos con los hombres con los que convivían, marchaban y sufrían; esos círculos de camaradería se extendían al pelotón, la compañía y el regimiento, en ese orden. El estandarte del regimiento encarnaba la identidad y el honor de este último y los regimientos cuyo estandarte era capturado por el enemigo consideraban la captura como un motivo de vergüenza. Sabiendo que la camaradería podía significar la diferencia entre la victoria y la derrota en el campo de batalla, ¿cómo la fomentaba el ejército? El proceso no está muy bien registrado, pero algunos documentos son sugerentes: durante el adiestramiento se ponía de relieve de manera deliberada la importancia del orgullo por la unidad a la que se pertenecía, pero la verdadera clave parece haber sido mantener unidos a los hombres a todo lo largo del servicio y recurrir a los soldados más experimentados para

adiestrar a los nuevos reclutas. Dentro de los regimientos, las compañías de élite agrupaban a los soldados con más experiencia y los sargentos y cabos necesarios para supervisar a los nuevos reclutas de otras compañías eran seleccionados de entre sus filas.[148] En medio de la guerra, cuando se necesitaba hasta el último hombre, el gobierno no sólo ofrecía la amnistía a los desertores, sino que también otorgaba a los que volvían al ejército el derecho a servir con su antigua unidad.[149] Esos lazos de camaradería podían ser muy fuertes. José Saldívar, por ejemplo, fue arrestado por participar en una reyerta 12 días después de haber sido licenciado del servicio militar; había acompañado a un camarada de su unidad a una corrida de toros y se pelearon con los hombres de otro regimiento; en otro ejemplo, dos sargentos encarcelados pidieron ser transferidos a su unidad para cumplir en ella el resto de su sentencia porque los otros prisioneros militares no los trataban bien.[150] Los soldados del ejército regular mexicano pueden haber sido elocuentes en su vida diaria, pero no escribieron sus memorias, como sí ocurrió con algunos soldados estadounidenses; por lo general, no documentaron sus sentimientos respecto a sus camaradas, por lo que la falta de esos testimonios hace que el expediente judicial sobre la muerte del soldado José María López sea extremadamente valioso: en 1844, López se encontraba con su buen amigo Manuel de la Cruz, que estaba haciendo la siesta, y mientras éste dormía López tomó algunas monedas de los bolsillos de aquél. Cuando De la Cruz se dio cuenta, le reclamó a López y, en el calor de la discusión, lo apuñaló en el abdomen, haciéndole tal herida que ambos comprendieron que lo llevaría a una muerte lenta y dolorosa. Unos oficiales interrogaron de inmediato al moribundo, quien les dijo que había tomado el dinero en son de broma, algo que no habría hecho si De la Cruz no fuera un buen amigo. Este último confirmó que López era su amigo y dijo que, en los tres años de servicio en su unidad, nunca se había peleado con López, sino que, por el contrario, habían sido amigos cercanos. El moribundo insistió en que la herida había sido un accidente; perdonó a De la Cruz y pidió que no se le castigara porque era un amigo verdadero. El cariño entre esos dos amigos fue más fuerte que el mortal acto de violencia cometido por uno de ellos contra el otro.[151]

Los lazos creados por la disciplina y la camaradería que preservaban la armonía en las unidades del ejército regular mexicano estaban sometidos a una gran tensión, incluso en tiempos de paz. La mayor causa de la tensión era el hambre: con frecuencia, los soldados mexicanos sólo recibían una parte de la soldada que se les debía, la ropa que les daban a me-

nudo era inadecuada y sólo recibían alimentos una parte del tiempo. El teniente estadounidense Theodore Laidley se refirió muy adecuadamente a ellos como "medio alimentados, medio vestidos y medio pagados";[152] sin embargo, la soldada, la ropa y la comida estaban siempre disponibles para las unidades favorecidas estacionadas en las ciudades importantes: con frecuencia, los ingresos recaudados por el gobierno nacional en esos lugares eran suficientes para mantener a las tropas y, aun cuando no bastaban, era posible hacer presión sobre los individuos acaudalados para que aportaran los fondos necesarios; si eso también fallaba, los oficiales podían enviar las tropas a ganar dinero con su trabajo.[153] La situación de las tropas en marcha era mucho peor: como ya antes se mencionó, los planes de logística dependían de que los oficiales reunieran suficiente dinero para comprar comida a los habitantes por cuyas comunidades pasaban las unidades, pero los soldados mexicanos sabían que, cuando atravesaban regiones donde la lluvia y la población eran escasas, ello significaba padecer privaciones que, de tan severas, podían llevar a la muerte a algunos de ellos; cuando marchaban al norte, incluso los oficiales padecían hambre.[154] Esos problemas eran graves ya antes de la guerra y empeoraron cuando ésta exigió la organización de unas fuerzas militares más numerosas y, al mismo tiempo, agotó los ingresos del gobierno. Durante todo el servicio militar, éste era considerado como la condena de los desafortunados reclutas a pasar hambre y vestir de forma inadecuada, un hecho admitido de buena gana tanto por los generales del ejército como por los gobernadores de los estados.[155]

Los soldados mexicanos, al igual que los estadounidenses, solían abandonar su unidad sin permiso, aunque, con mucha frecuencia, su ausencia era temporal: en esencia, los soldados se tomaban unas vacaciones para disfrutar del alcohol u otras diversiones y después volvían a las filas, una vez que sus bolsillos quedaban vacíos y se instalaba la jaqueca. La situación se tornaba más grave cuando los soldados habían cometido actos por los que esperaban recibir un castigo.[156] Algunos soldados también abandonaban su unidad durante la batalla, pero los oficiales y los funcionarios públicos solían considerarlos como "dispersados", antes bien que como desertores, quizá para evitar la aplicación de los severos castigos que los ejércitos imponían a aquellos que huían cuando enfrentaban al enemigo. Otros hombres desertaban de sus unidades durante la retirada de un combate con el enemigo, momento en que la moral tal vez era tan baja como los recursos; no obstante, cuando se hace el examen de las cifras de diferentes batallas, las deserciones a menudo fueron muy

reducidas, incluso cuando se sabe que, esencialmente, algunas unidades se desbandaron, lo cual sugiere que la mayoría de los hombres pronto se incorporaba a sus unidades y que pocos aprovechaban el rompimiento temporal de la disciplina como una oportunidad para abandonar realmente el ejército.[157]

Ahora bien, lo sorprendente con respecto a la deserción del ejército mexicano es que estaba asociada al hambre: incluso cuando tenía lugar en los tiempos cercanos a una batalla, ocurría con más frecuencia debido al hambre que padecían cuando marchaban hacia el enemigo o durante la retirada, cuando los alimentos escaseaban aún más.[158] Los oficiales estaban convencidos de que el enemigo era un problema menor que el hambre y de que era más frecuente que los soldados abandonaran las filas cuando no estaban bien alimentados; los propios soldados lo corroboran: el sargento Rafael Quiñónez, por ejemplo, declaró que varios hombres de su unidad desertaron durante un periodo difícil en que cada vez recibían menos paga y menos comida.[159] Al hambre de los propios soldados se sumaba el hambre que su familia padecía sin ellos y eso podía ser un poderoso factor que motivara la deserción: en 1845, Pomposo Hernández admitió ante las autoridades que había desertado, pero añadió que lo hizo para mantener a su familia.[160] El hambre que padecían tanto los soldados como sus familias fue un factor de deserción en uno de los comentarios más comunes que los oficiales hicieron sobre esta última: señalaban que era más probable que los hombres desertaran en los primeros días, semanas o meses de su experiencia en el ejército; pasado ese tiempo, los hombres se acostumbraban más a la paga y las raciones irregulares y se apegaban más a sus compañeros. Por ejemplo, en 1847, Francisco Garay se quejó con sus superiores de que no tenía dinero para pagar y alimentar a sus tropas y que era más que difícil pasársela sin eso cuando no tenía "soldados sujetos a la disciplina y acostumbrados al sufrimiento, sino a una gente sin educación militar que, forzada, ha salido de sus hogares y dejado a sus familias en el llanto y la miseria". Según parece, las familias se unían a la nueva vida de los hombres en el ejército durante las primeras semanas y meses, contaban con más fuentes de apoyo o perecían; después de ese tiempo, era poco probable que los hombres desertaran o regresaran a su familia. Los expedientes personales parecen confirmar la asociación entre los recién reclutados y la deserción.[161]

Como ya se ha visto, muchos de los reclutas del ejército regular mexicano contaban con una reputación dudosa y los oficiales pensaban que eso era también un factor de deserción. Algunos hombres tenían la cos-

tumbre de desertar, vender su uniforme y sus armas, y repetir el proceso después de haber sido arrestados.[162] La necesidad constante de más soldados hacía que la búsqueda de los desertores y su reincorporación al ejército fuesen una preocupación constante de las autoridades: el método más moderado era la declaración periódica de la amnistía para ellos, durante la cual se les daba cierto tiempo para que se entregaran por sí mismos y se les prometía que serían reincorporados al ejército, incluso a su antigua unidad, sin castigo. Asimismo, los funcionarios públicos ofrecían recompensas a los civiles que entregaran a los desertores o se ordenaba a las autoridades del pueblo natal de estos últimos que los buscaran; permitían que los hombres reclutados hacía poco quedaran libres si su familia denunciaba a un desertor y, en ocasiones, desalentaban a los civiles de ocultar a los desertores, diciéndoles que todo recluta que desertara sería reemplazado con un nuevo recluta del mismo pueblo.[163] Se tiene la impresión de que, por lo general, los desertores estaban condenados a cuidarse siempre de que no los arrestaran. Algunas personas echaban al ciclo de reclutamiento forzoso y deserción la culpa de haber hecho de México un país más ingobernable por arrancar a los hombres de su medio ambiente familiar y crear una población flotante obligada a vivir al margen de la ley.[164] Ahora bien, a pesar de todas esas presiones, algunas personas sí ocultaban a los desertores, impulsadas por la grave situación de los que habían sido obligados a prestar el servicio militar o, quizás, interesadas en la mano de obra que los desertores podían proporcionarles, en especial en el norte, que tenía muchas carencias en ese sentido; con frecuencia, las autoridades militares sospechaban que las autoridades civiles no hacían todo lo posible por encontrar a los desertores.[165]

El riesgo constante de la deserción pudo haber tenido consecuencias tácticas. Manuel Balbontín, autor de las mejores memorias de la guerra escritas por un oficial mexicano, señaló que el riesgo de la deserción significaba que los oficiales mexicanos se vieran obligados a concentrar a sus soldados en el campamento, a no dispersarlos en piquetes o en los puestos avanzados que podían servir para cuidarse de ataques sorpresa.[166] Ese patrón pudo haber sido un factor en dos batallas importantes, la de Cerro Gordo y la de Padierna o Contreras (a la que cada ejército dio un nombre diferente), cuando las unidades estadounidenses pudieron flanquear a las mexicanas y acercarse mucho, antes de atacarlas por sorpresa.

Los dos ejércitos que se enfrentaron con desasosiego en la primavera de 1846 eran similares en varios sentidos importantes: los dos estaban compuestos por hombres a los que la población civil despreciaba por-

que los consideraba como la escoria de la sociedad; el patriotismo no había motivado su alistamiento: a los reclutas del ejército estadounidense los había impulsado la miseria económica y los del ejército mexicano no se habían unido a él por voluntad. Sus unidades llegaron a ser eficaces gracias a una disciplina estricta y a menudo violenta, y a los lazos de camaradería, una y otros encarnados en los sargentos y los cabos, que eran los pilares del ejército. Los soldados eran conocidos por su rijosa masculinidad, la cual solían alimentar con el alcohol. Aunque tanto México como Estados Unidos estaban en medio de la construcción de dos nuevos Estados-nación, los soldados regulares no eran considerados como patriotas y, en muchos casos, ni siquiera como ciudadanos.

Los ejércitos regulares de ambos países estaban lejos de ser únicos: formaban parte de una larga historia de lo que se podrían llamar los ejércitos de no ciudadanos, el tipo más común de ejército de la época, en el que los mosquetes que se cargaban por la boca del cañón liso eran las armas predominantes en los campos de batalla del mundo occidental; los ejércitos ponían el énfasis en la disciplina y el adiestramiento por repetición, por lo que no era necesario que se motivara a los soldados con la idea del patriotismo, sólo que hicieran lo que se les ordenaba; a los hombres que se veían forzados a unirse a las filas por hambre o eran reclutados por las autoridades locales se les podía adiestrar para que obedecieran.[167] Los soldados de los ejércitos regulares mexicano y estadounidense eran muy similares a los que combatían en los campos de batalla desde las estepas de Rusia hasta las planicies de Alemania, pasando por la pampa en Argentina; era común que los ejércitos estuvieran formados por la escoria de la sociedad, que fueran disciplinados por medio del castigo corporal y que se mantuvieran unidos gracias a la camaradería.[168] Aunque, hacia mediados del siglo XIX, algunos de esos ejércitos servían a gobiernos que se justificaban como los representantes de una nación: los ejércitos mismos no eran realmente ejércitos nacionales, lo cual era cierto en el caso del ejército ruso y en el del británico, así como lo era en el caso del ejército mexicano y en el del estadounidense.[169]

2. Somos los muchachos rumbo a México

En la primavera de 1846, James K. Polk, el presidente de Estados Unidos, ordenó al general Zachary Taylor que llevara sus hombres de Corpus Christi a la ribera del río que los mexicanos llamaban Bravo y los estadounidenses, Grande, lo cual era una provocación deliberada, porque la frontera de Texas cuando todavía formaba parte de México había sido el río Nueces, mucho más al norte; sin embargo, a medida que el ejército de Taylor cruzaba este último río, se encontraron en un territorio curiosamente vacío. Unas décadas antes, esa zona había estado habitada por un importante número de mexicanos que se mantenían gracias a la cría de ganado, pero, en los años recientes, se había convertido en el blanco de incursión tras incursión de los guerreros comanches. Éstos usaban la región como reserva del ganado y de los jornaleros que de vez en cuando capturaban para cubrir las necesidades de su imperio en las grandes planicies meridionales y para vender el ganado a la economía en expansión de Estados Unidos, mientras que los jornaleros los ayudaban a atender los rebaños y, asimismo, a procesar los productos de esos animales para su venta. El voraz mercado que la economía estadounidense representaba para caballos, mulas, pieles e incluso mano de obra alentaba a los comanches a llevar a cabo sus incursiones en territorio mexicano: los mexicanos tenían mucho ganado, pero a menudo no podían defenderlo y ni siquiera defenderse a sí mismos. Obligados a dispersarse por las mismas condiciones ecológicas que mantenían la ganadería, los habitantes mexicanos de los ranchos o los pueblos no podían reunir suficientes hombres para contrarrestar las grandes partidas de caza de los guerreros comanches; el gobierno mexicano, fiscalmente débil y geográficamente lejano, no se encontraba en posición de proporcionarles una ayuda importante.[1]

Los comanches encauzaban su botín hacia la economía estadounidense en expansión, lo cual obstaculizaba los esfuerzos de los colonizadores mexicanos por aprovechar las mismas oportunidades comerciales. Los habitantes mexicanos del valle bajo el río Bravo también tenían productos que la economía estadounidense necesitaba y se habían visto atraídos cada vez más hacia sus mercados, en especial a través del puerto de

la villa de Matamoros; esa gente estaba lejos del centro del Estado nacional, notoriamente inestable, que poco podía hacer por ellos. Los norteños sentían una gran atracción por las oportunidades que ofrecía Estados Unidos, la cual se veía alimentada aún más por los extremadamente ineficaces esfuerzos del Estado mexicano por recaudar los recursos fiscales del comercio que pasaba por Matamoros. Los comandantes militares que México envió al norte sospechaban que los habitantes de la región se veían más atraídos por las posibilidades comerciales que les ofrecía la creciente economía estadounidense que por los lazos culturales que los unían a México.[2]

Cuando el ejército de Zachary Taylor llegó al río Bravo y estableció su campamento enfrente de Matamoros, la población más grande de la frontera, Polk estaba creando agresiva y deliberadamente un conflicto entre su propia nación, rica y populosa, y su vecino, al que consideraba económica y políticamente débil y del que creía que estaba poblado por el mismo tipo de personas racialmente inferiores a las que los blancos estadounidenses habían venido dominando en los últimos siglos. Polk quería más territorios y creía que podía obligar a México a cederle los derechos sobre Texas y vender a Estados Unidos grandes extensiones de sus territorios septentrionales, en particular California y Nuevo México. Sin duda alguna, Polk se habría sentido complacido si la mera presencia del ejército de Taylor hubiera sido suficiente para intimidar a los políticos mexicanos para que hicieran esas concesiones, pero creía que la guerra era necesaria: estaba dispuesto a llevar a cabo una guerra corta y, sin duda alguna, parecía que cualquier guerra entre dos enemigos tan desiguales sería breve.[3]

¿Por qué Polk no logró sus deseos? ¿Por qué los políticos mexicanos y el pueblo de México no renunciaron pronto a Texas, que ya estaba perdida, y a una franja de territorio entre el río Nueces y el río Bravo, que ya había sido despoblada por las incursiones de los comanches? ¿Por qué el gobierno mexicano, crónicamente insolvente, no aprovechó la oportunidad de vender California y Nuevo México, lugares que estaban lejos del corazón de México y que se sumaban a sus problemas fiscales, lugares en los que algunos habitantes —incluso los de ascendencia mexicana— se veían fuertemente atraídos por la oleada de oportunidades económicas generada por la incesante expansión de Estados Unidos? ¿Por qué los mexicanos no sólo se empeñaron en la guerra sino que se empeñaron en una guerra cuya duración y severidad excedieron por mucho todo lo que Polk se había imaginado?

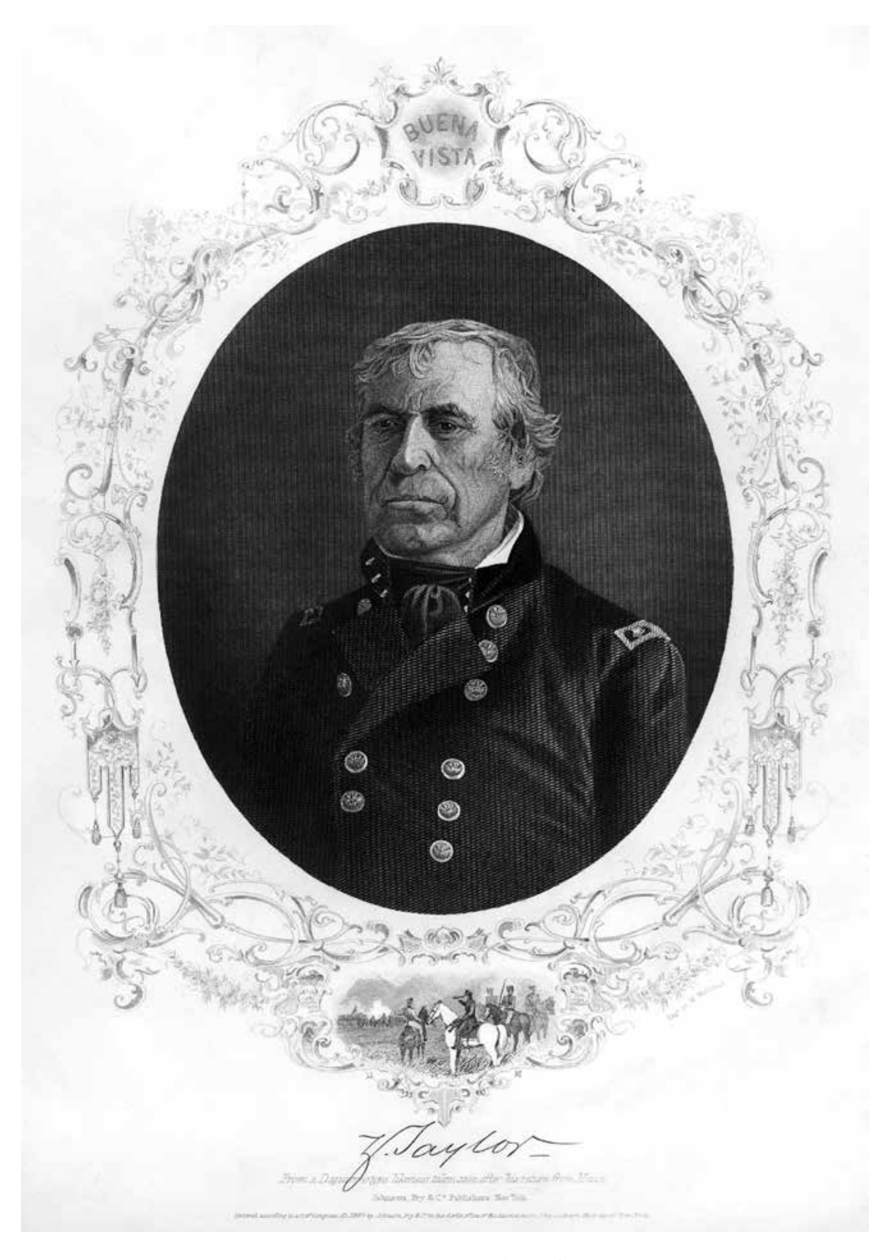


FIGURA 2.1. General Zachary Taylor, quien se hizo famoso como comandante del ejército estadounidense durante la guerra. Fue elegido como presidente en 1848 y murió en 1850, mientras ocupaba el cargo.

La respuesta reside en la política interna mexicana. Las consideraciones internas de orden político suelen llevar a los Estados a cometer actos en la arena internacional que, en retrospectiva, parecen irracionales; en este caso, no obstante, esas políticas fueron modeladas por la manera en que los Estados estaban cambiando en ese periodo de la historia mundial. La idea que tenía Polk de que México cedería el territorio después de una guerra breve era extrañamente ilógica; su deseo de ese territorio estaba impulsado por una visión de Estados Unidos *como una nación:* quería el territorio para el pueblo estadounidense como él lo veía, lo que significaba un pueblo básicamente de hombres blancos que podría hacer productiva la tierra mediante la dominación de otros hombres racialmente diferentes y, en especial, por medio de la esclavitud. Ésa podría no ser una visión de la nación estadounidense que nos parezca atractiva, pero, en definitiva, era una visión de la nación estadounidense. Los Estados-nación, en los que se suponía que los gobiernos encarnaban los deseos del conjunto de sus habitantes —el pueblo— eran todavía relativamente nuevos. Y, aunque a Polk lo motivaba la idea del Estado-nación estadounidense, creía que México no actuaría como tal, sino como una de las monarquías dinásticas cuyos conflictos habían moldeado la historia territorial tanto de Europa como de América durante siglos. En esa época, que ya agonizaba, los conflictos tenían lugar entre los monarcas, no entre los pueblos: las monarquías se enfrascaban en guerras limitadas porque sólo podían movilizar pocos recursos y porque, finalmente, las guerras tenían lugar para enriquecer únicamente a los monarcas y a sus súbditos más acaudalados. Cuando un monarca perdía el dominio de un territorio y consideraba que su recuperación era demasiado costosa, pronto lo cedía en la mesa de negociaciones. México no actuó de esa manera, ni podía hacerlo realmente, porque sus políticos, como sus pares estadounidenses, se habían dedicado durante mucho tiempo a construir un Estado nacional cuya legitimidad dependía de su función como instrumento de su pueblo. En ambos países, ese esfuerzo sólo había tenido un éxito parcial, pero había fructificado lo suficiente como para evitar la fácil cesión de territorios, en especial un territorio sobre el que el conflicto ya había tenido lugar y sobre el que ya se había derramado sangre. En teoría, el territorio pertenecía al pueblo, antes bien que al gobernante, y, dado que el pueblo ya había combatido por él, en gran medida la tierra llegó a ser sagrada.[4] ¿Cómo podía un político cederlo sin una lucha prolongada?

En esa situación había algo un poco más que irónico: antes de que Texas llegara a ser independiente, los territorios septentrionales de Mé-

xico que Polk codiciaba habían estado muy al margen en los debates políticos mexicanos y, quizá, también de las ideas sobre lo que era México. La pérdida de Texas hizo que ese territorio y el peligro latente que Estados Unidos representaba para otros territorios septentrionales se convirtieran en símbolos de la soberanía nacional y del respeto a sí mismos: se hizo imposible para los políticos proyectar al mismo tiempo la idea de que México tenía un futuro brillante como nación y aceptar que el lejano norte era marginal. Consecuentemente, la independencia de Texas, producto en parte de los conflictos políticos internos de México, de inmediato se volvió impopular entre todos los grupos políticos y cambió la manera en que éstos y los intelectuales veían a Estados Unidos: antes de 1835, ese país había sido considerado con mayor frecuencia como una república hermana que tenía valores políticos en común con México y su prosperidad y aparente estabilidad política llevó a algunos políticos mexicanos a desear emularla. El rechazo de los colonizadores estadounidenses de Texas a aceptar la pertenencia a la nación mexicana puso de relieve el peligro del expansionismo de Estados Unidos y las diferencias entre las sociedades de uno y otro país. El resultado fue una avalancha tanto de voces de alarma sobre el expansionismo de Estados Unidos como de críticas a su sociedad.[5]

La oposición a Estados Unidos y a la independencia de Texas se convirtió en una prueba crucial del nacionalismo de todo político y de la fe en el futuro de México. Sus políticos siguieron argumentando sobre lo que el país debería ser y sobre cómo debería organizarse el gobierno, en otras palabras, sobre la jerarquía y el igualitarismo, sobre la centralización y la descentralización, sobre la manera en que el gobierno podía fomentar la prosperidad y sobre lo cercana que debía ser la relación entre la iglesia y el Estado. No obstante, todos los grupos importantes, de derecha, izquierda y centro, se opusieron al reconocimiento de la independencia de Texas y, por último, a que se cediera ese territorio a Estados Unidos, al punto de que el menor indicio de que un político se desviaba de esa posición llegó a ser un arma que sus oponentes podían usar en su contra.[6] El resultado fueron diez años de esfuerzos por superar los obstáculos fiscales y geográficos que impedían la concentración de una fuerza suficiente para reconquistar Texas o para poner el alto a una mayor expansión de Estados Unidos. Por fin, en 1845, el presidente José Joaquín de Herrera trató de establecer una política más realista sobre Texas: creía que la provincia era irrecuperable y que era preferible una Texas independiente ligada en términos comerciales a la Gran Bretaña a tener a Estados Uni-

dos a las puertas de México;[7] sin embargo, los argumentos que Herrera y sus aliados expusieron al respecto se frustraron cuando Estados Unidos se anexó Texas, y el general Mariano Paredes y Arrillaga se valió de la supuesta blandura de Herrera con Estados Unidos para justificar un golpe de Estado.

México tuvo que combatir una guerra sangrienta, antes que hacer concesiones a los problemas geográficos que impedían la integración de sus territorios septentrionales a la sociedad mexicana y al equilibrio de poder que favorecía en gran medida a Estados Unidos, actitud en la que se podría ver una prueba de debilidad.[8] Sin embargo, también se podría ver el compromiso de todas las facciones para oponerse al enemigo como la prueba de que, a pesar de su pobreza e inestabilidad política, México estaba en la senda correcta para convertirse en un Estado nacional en el que la lealtad a la nación era la identidad política primordial. Además, muchos políticos y generales mexicanos creían que podían derrotar a Estados Unidos: algunos creían que la feroz retórica que los políticos estadounidenses, James K. Polk entre ellos, mostraron en contra del Reino Unido sobre el asunto de Oregón y los esfuerzos de éste por mantener la independencia de Texas significaban que el Reino Unido, la potencia comercial y naval más importante del mundo, ayudaría a México en contra de Estados Unidos.[9] Lo que esos mexicanos no podían saber es que en secreto Polk estaba ofreciendo una solución intermedia sobre Oregón que era muy favorable para el Reino Unido y que el gobierno británico decidiría que el conflicto con Estados Unidos a causa de México no valía la pena. Otros mexicanos creían que la sociedad estadounidense padecía unas divisiones fundamentales que entorpecerían su combate contra México: la principal de esas divisiones eran las facciones políticas, pero los mexicanos tampoco veían el efervescente pluralismo religioso de Estados Unidos como algo positivo y eran muy conscientes de las tensiones tanto nativistas como raciales en la sociedad de ese país.[10] Las noticias y los artículos de opinión política estadounidenses, disponibles fácilmente en los periódicos mexicanos, podían interpretarse como la prueba de que Estados Unidos era un país a punto de estallar y la interpretación optimista de la oposición estadounidense a la guerra alimentaba más esa idea. Se podría afirmar que esas evaluaciones no eran del todo infundadas: en 1861, Estados Unidos realmente estalló, si bien la explosión se produjo 15 años demasiado tarde para México. Los mexicanos también tenían confianza en su ejército, al que consideraban superior al estadounidense; en realidad, el de Estados Unidos había tenido un desempeño la-

mentable en su último conflicto de importancia: la Guerra de 1812. Así, aunque algunos mexicanos comprendían que se encontrarían con una desventaja enorme en un potencial conflicto militar con Estados Unidos, otros eran más optimistas.

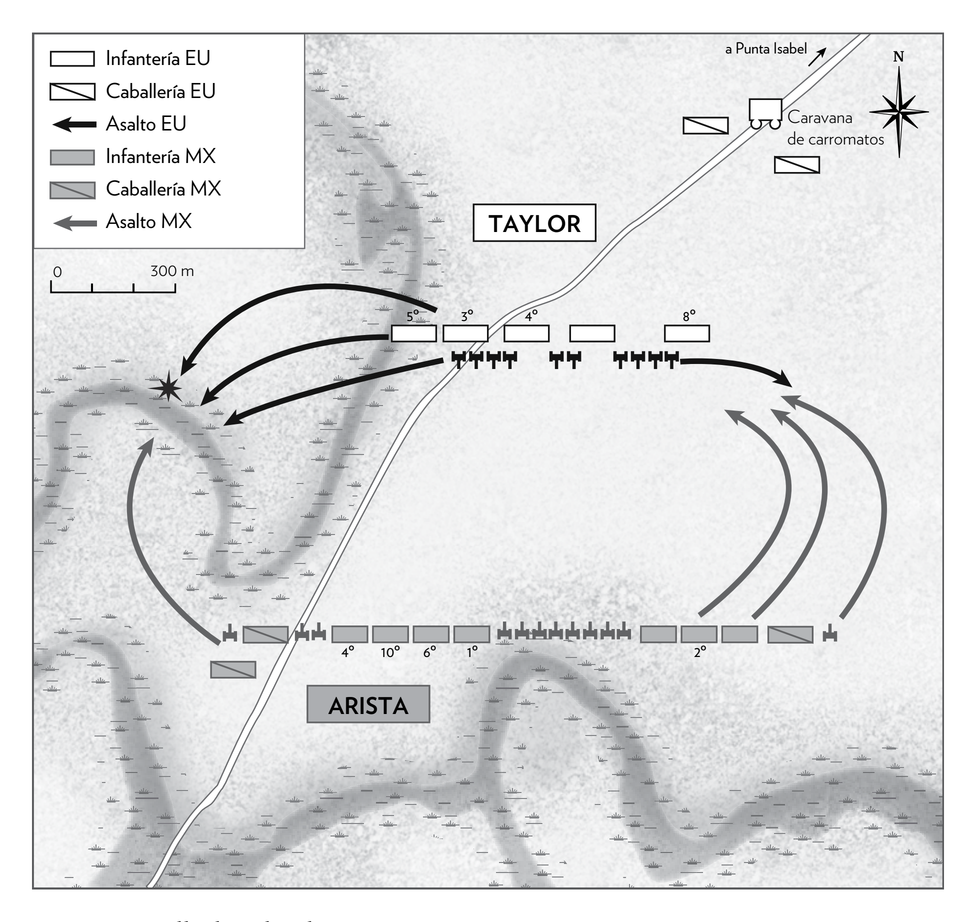
El ejército de Taylor y el ejército mexicano, que aguardaba al otro lado del río Bravo, estaban equilibrados al comienzo de una guerra que sería más difícil y dañina que lo que la mayoría imaginaba. Cuando Taylor llegó frente a Matamoros, el general Pedro de Ampudia, que estaba al mando allí, le exigió que abandonara el territorio mexicano; en respuesta, Taylor pidió a la escuadra naval estadounidense dispuesta en la desembocadura del río que iniciara un bloqueo con el propósito de impedir que el aprovisionamiento llegara al ejército mexicano, lo cual, sin duda alguna, fue un acto de guerra; asimismo, dio a las tropas mexicanas un tiempo límite para entrar en acción, dado que, sin la capacidad para aprovisionarse de alimentos por vía marítima, éstas se verían forzadas ora a combatir, ora a retirarse en cuestión de semanas.[11] Por lo demás, el ejército de Taylor también empezó a construir un gran fuerte en su lado del río; pronto se hizo evidente que, para desalojar a los estadounidenses de ese fuerte, se requeriría contar con unos cañones de mayor alcance que los que los mexicanos tenían en Matamoros, y unos cañones de esas características solamente podrían ser transportados por tierra con grandes dificultades. Ampudia, que fue remplazado por Mariano Arista como general en jefe, empezó a enviar la caballería mexicana al otro lado del río para patrullar en los alrededores del ejército estadounidense. El 25 de abril, una unidad mexicana atrapó y derrotó a una patrulla de la caballería enemiga, lo cual dio comienzo al derramamiento de sangre. La noticia de la escaramuza dio a Polk su excusa para declarar la guerra, pero las operaciones siguieron adelante durante las semanas que la noticia tardó en llegar a Washington.

Ampudia, ahora el segundo al mando después de Arista, tenía confianza en que los mexicanos podían derrotar a los estadounidenses: sabía que habrían de enfrentar a un ejército desmoralizado y heterogéneo. Cuando los dos ejércitos chocaron, decenas de soldados regulares estadounidenses desertaron y cruzaron a nado el río para llegar a Matamoros, lo que provocó que Taylor diera órdenes a los centinelas de matar a los soldados que intentaran huir. Los desertores aseguraron a los mexicanos que el ejército estadounidense estaba lleno de hombres que se habían alistado por hambre; muchos eran inmigrantes con poco apego a Estados Unidos y con un gran resentimiento por los duros castigos que les

imponían unos oficiales que por lo general eran nativistas; asimismo, los desertores explicaron que muchos soldados eran reclutas recientes que apenas habían comenzado a adiestrarse en Corpus Christi, por lo que a Ampudia le pareció que, dado el tipo de adiestramiento que ambos ejércitos habían dado a sus soldados para el combate, las tropas mexicanas vencerían, porque eran más disciplinadas y unidas. Las probabilidades aumentarían si se pudiera inducir a algunos inmigrantes a desertar en el momento de la batalla, algo que los mexicanos trataron de hacer.[12]

La confianza de Arista era menor que la de Ampudia, pero se le ocurrió un plan para aprovechar la situación: el ejército de Taylor dependía de las provisiones que descargaba de los barcos amarrados y que se almacenaban en Punta Isabel, a más de un día de marcha de su fortificación frente a Matamoros, por lo que Arista planeó llevar 4 mil hombres al otro lado del río y bloquear el camino entre esos dos lugares; ello habría obligado a los estadounidenses a atacar sus disciplinadas tropas en un lugar que él eligiera, pero Taylor se dio cuenta del peligro y desplazó a la mayoría de sus tropas a Punta Isabel con el propósito de preparar su defensa y después llevar una gran cantidad de provisiones a su fuerte. Taylor pasó varios días ahí y, mientras tanto, Arista y sus tropas cruzaron el río. Cansado de aguardar, ordenó a la artillería mexicana de Matamoros que bombardeara el fuerte estadounidense, con la esperanza de obligar a las fuerzas de Taylor a correr al rescate. Taylor, que había terminado su operación en Punta Isabel, marchó con su ejército y muchos vagones cargados de provisiones de regreso a Matamoros. La primera gran batalla de la guerra estaba por empezar.

Arista había elegido para la batalla un lugar llamado Palo Alto, una planicie abierta interrumpida en algunos lugares por bosquecillos y ciénagas. Formó su infantería a lo largo de una doble línea para bloquear el camino de Taylor al fuerte estadounidense asediado y distribuyó cuidadosamente sus cañones, escasos y pequeños, para reforzar la línea; asimismo dispuso de sus unidades de caballería de tal manera que extendieran su línea y evitaran que Taylor la flanqueara y los preparó para atacar si el ejército enemigo mostraba señales de flaquear. De acuerdo con las tácticas de la época, Arista había preparado bien las cosas: un rival al que creía desmoralizado tendría que atacar a sus disciplinadas tropas y, cuando ese ataque fallara, su caballería cargaría contra los estadounidenses en retirada. Parece ser que Taylor había planeado liberar el camino con un ataque de infantería, pero primero detuvo su ejército fuera del alcance de la artillería rival y desplegó la suya. En ese momento, en los primeros mo-



Mapa 4. Batalla de Palo Alto.

mentos de la guerra, el poderío económico estadounidense, que los haría resultar vencedores, empezó a ponerse de manifiesto, porque, aunque tanto la artillería mexicana como la estadounidense estaban constituidas por cañones que debían ser cargados por la boca, la similitud terminaba ahí: las armas estadounidenses era más poderosas e incluso su pólvora era de mejor calidad; además, a pesar de su mayor tamaño, eran más fáciles de mover, porque los estadounidenses se habían equipado recientemente con armas más modernas colocadas sobre carros más ligeros. Los caballos que tiraban de los cañones y cargaban las municiones formaban parte integral de las unidades de artillería y estaban adiestrados para ignorar el estruendoso sonido que producían las detonaciones. Ese adies-

tramiento fue una propuesta muy costosa, porque la alimentación de los animales era muy cara y pocos ejércitos podían darse el lujo de mantener muchos en el servicio militar en tiempos de paz. En cambio, a todo lo largo de la guerra, los mexicanos tuvieron que alquilar caballos y contratar a sus arrieros siempre que iban de campaña y ni los animales ni los arrieros tenían el adiestramiento necesario para maniobrar aprisa con los pesados cañones; en Palo Alto, además, los mexicanos tenían sólo una artillería de unos cuantos cañones pequeños y municiones limitadas, debido en parte a que incluso habían tenido que cruzar el río para poder estar en posición de combatir al enemigo.[13]

La artillería estadounidense empezó a bombardear la línea mexicana, matando a varios soldados de la infantería, que no podía responder al fuego. Los cañones mexicanos respondieron, pero, entre su menor tamaño y su inferior capacidad de fuego, no representaron una amenaza importante: las balas de los cañones casi no llegaban hasta las tropas estadounidenses y, cuando lo lograban, su impulso era en ocasiones ya tan reducido que rodaban con lentitud por la rígida pradera y los soldados podían esquivarlas. Aunque los estadounidenses que fueron alcanzados por alguna bala de cañón fueron pocos, los resultados fueron horrendos: el soldado C. M. Reeves describió que la fuerza de un disparo que había destrozado a un hombre fue tan grande que arrojó un diente del desafortunado combatiente hasta la espalda de un oficial que se encontraba en las cercanías; el diente atravesó el grueso abrigo y la camisa de lana de este oficial, se incrustó en su piel y le causó tanto dolor que se convenció de que había sido alcanzado por el disparo.[14] Mientras tanto, las tropas mexicanas estaban siendo acribilladas por los artilleros estadounidenses, quienes, en palabras de Reeves, actuaron "más como carniceros que como militares, se quitaron los abrigos y se arremangaron hasta el codo".[15] Esa imagen subraya la rutina particularmente metódica de los artilleros, pero también algo distinto ocurrido en esa ocasión: muchos soldados mexicanos estaban cayendo muertos por los disparos de hombres a los que no podían combatir en respuesta; debido a que los ejércitos enemigos se encontraban muy lejos uno del otro como para poder usar los mosquetes, los estadounidenses tenían una ventaja terrible. Taylor pronto comprendió la situación y decidió no atacar con su infantería.

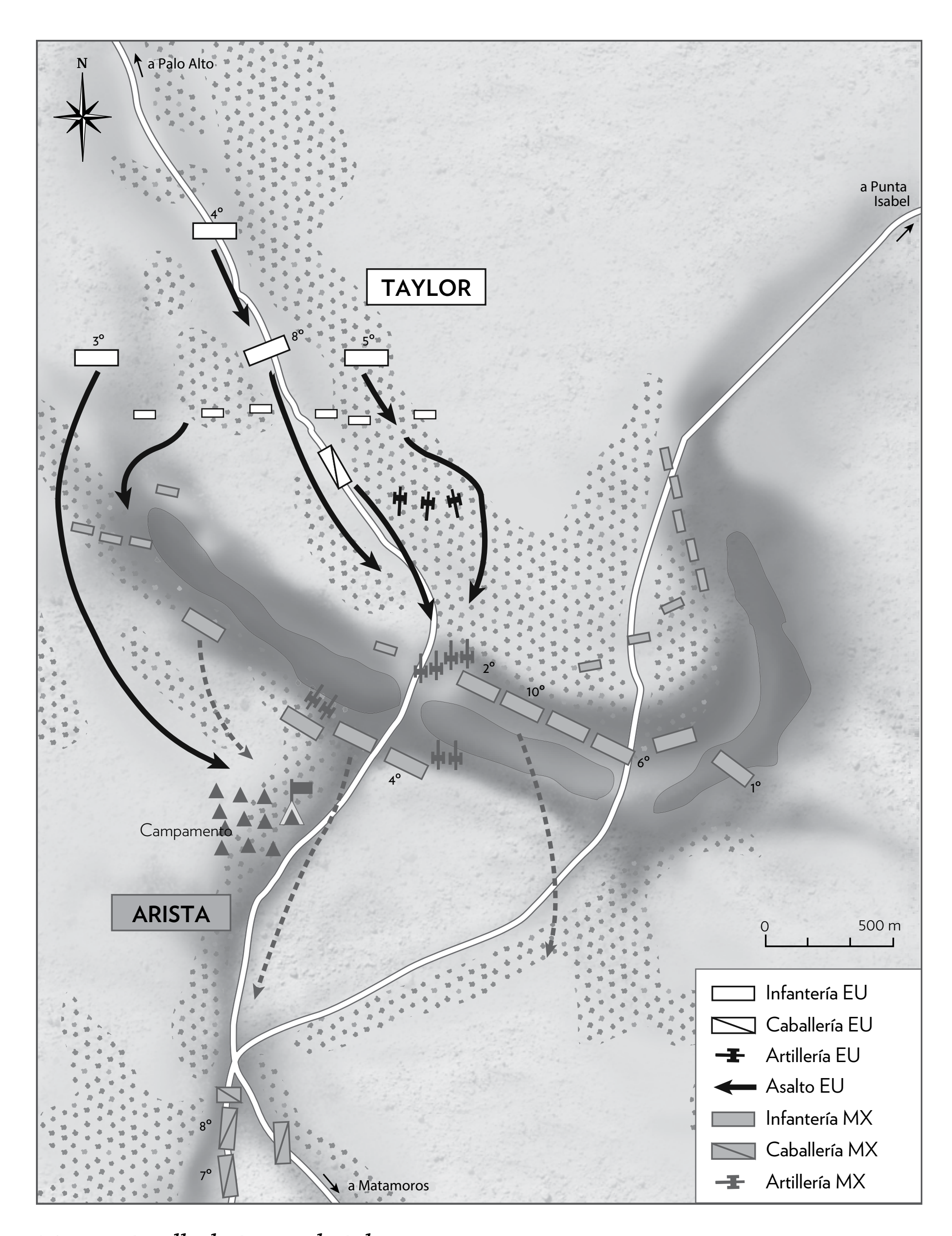
El plan de Arista dependía de que se estorbara el avance de los estadounidenses, impidiéndoles llevar provisiones a su fortificación frente a Matamoros, pero lo que no podía haber sabido era la potencia de la artillería rival y, aun después de que ésta dio comienzo a su sangrienta

obra, no había forma de que supiera con cuántas municiones contaban los estadounidenses; por lo tanto, durante algunos minutos que se convirtieron en horas, se apegó a su plan, tal vez con la esperanza de que el cañoneo fuera solamente una breve preparación para el tipo de ataque frontal que quería que lanzaran los estadounidenses. En cierto momento, los pastos de la pradera se incendiaron inadvertidamente y el humo resultante impidió que los ejércitos pudieran verse uno al otro; mientras tanto, las tropas mexicanas resistían y morían. En palabras de Reeves, la artillería estadounidense "abrió corredores completos a través de las líneas enemigas, pero éstas resistieron muy valientemente".[16] Esas tropas, incluidas algunas de las mismas unidades que meses antes habían protestado por las órdenes de tener que marchar a través del desierto hasta Matamoros, mantuvieron su posición, gritando a veces "¡Viva México!" o "¡Viva la Independencia!"[17] Cuando Arista comenzó a comprender lo inagotable que parecía la provisión de municiones de su rival, improvisó: envió la caballería mexicana a atacar el flanco de los estadounidenses, pero sus movimientos se vieron tan impedidos por el terreno pantanoso que la infantería y la artillería enemigas pudieron volver a desplegarse con facilidad para frustrar el ataque. Mientras tanto, con la artillería estadounidense a cientos de metros fuera del alcance de las armas que llevaba la infantería mexicana, ésta continuó sufriendo el fuego de aquélla. Al final, la aparente inutilidad de este sufrimiento pesó sobre los combatientes: en dos unidades de élite, el Regimiento de Zapadores y el Primer Regimiento de Infantería Ligera, los hombres empezaron a murmurar y, después, a exigir a gritos a sus oficiales que les permitieran avanzar o retirarse, en lugar de tener que morir por nada; algunos incluso gritaban que no tenían oficiales dignos de comandarlos. Entonces, los hombres de las dos unidades rompieron filas, no para emprender la retirada, sino para avanzar, y Arista ordenó a las unidades que atacaran en orden para recuperar el mando sobre sus propios hombres. Cuando, por fin, se ordenó que calaran las bayonetas en sus mosquetes, movimiento que solía preceder a un ataque, los hombres lanzaron vítores de alegría; no obstante, ya se había perdido el orden y los estadounidenses estaban lejos. Los hombres sólo avanzaron parte del trecho hacia las líneas enemigas, antes de emprender la retirada.[18] Arista envió también la caballería a tratar de atacar por un flanco y llegar hasta las carretas de provisiones, pero una vez más los estadounidenses lograron desplegarse y frustraron exitosamente esos esfuerzos. La maniobra significaba que los soldados de ambos lados tenían que marchar bajo el fuego y las posiciones de los ejérci-

tos cambiaron en cierta medida, pero, todo el tiempo, Arista mantuvo su línea entre Taylor y el destino de éste, y la artillería estadounidense siguió matando soldados mexicanos, que se rehusaban a romper filas. Ampudia, el segundo al mando del ejército mexicano, escribió más tarde con orgullo que las tropas mexicanas habían demostrado ser tan valerosas como la legendaria Vieja Guardia de Napoleón: habían resistido y maniobrado con serenidad durante cinco horas bajo el fuego de los cañones sin poder responder. Cuando el combate llegó a su fin al anochecer, sólo 26 de los más de 4 mil reclutas mexicanos habían desertado, mientras que más de cien habían caído muertos y los heridos eran otros tantos.[19] Los dos ejércitos acamparon en el campo de batalla, pero, para entonces, Arista sabía ya que la efectividad de la artillería rival hacía insostenible su plan: los estadounidenses podían matar a sus hombres con una impunidad relativa sin siquiera tener que acercarse lo suficiente como para que la infantería mexicana pudiera hacer mella en ellos.[20]

Arista decidió desplegar sus fuerzas en otro lugar que arrebatara la ventaja a los estadounidenses, ventaja que era cada vez mayor debido a que los mexicanos casi habían agotado las municiones de su artillería. Al día siguiente, llevó sus tropas a Resaca de Palma, más o menos a medio camino entre el campo de batalla de Palo Alto y la fortificación de Taylor frente a Matamoros. Esa quebrada poco profunda y fangosa estaba protegida por unos densos bosques y su profundidad, de entre un metro y un metro y veinte centímetros, sería una protección natural en contra de la artillería estadounidense. Arista desplegó algunos cañones para cubrir el camino y dispersó a sus hombres a lo largo de la quebrada.[21] Taylor reanudó la marcha y, finalmente, se enfrentó otra vez con los mexicanos: lanzó su ejército contra los resistentes sin hacer un esfuerzo en particular para rodearlos y, pronto, los artilleros estadounidenses ya estaban disparando a lo largo del camino y enviando cañonazos a través de los árboles que protegían a las tropas mexicanas, mientras ambas infanterías se enfrentaban a una distancia extremadamente cercana.

Al principio, la mayoría de las tropas mexicanas combatió bien, pero, a medida que las pequeñas unidades estadounidenses se abrían paso alrededor del flanco de su rival, la moral empezó a flaquear: la mayoría de los hombres no había comido o dormido en más de 24 horas y algunos habían considerado que la relativa pasividad de Arista del día anterior era prueba de que era un traidor.[22] La artillería estadounidense en realidad no pudo matar a muchos mexicanos en la quebrada, pero el ruido que hacía mientras bombardeaba los bosques recordaba a los mexicanos la car-



Mapa 5. Batalla de Resaca de Palma.

nicería del día anterior; además, el terreno que Arista había seleccionado para proteger a sus tropas de la artillería enemiga resultó ser un impedimento para la solidaridad: los soldados mexicanos, que el día anterior habían podido ver a miles de sus camaradas a lo largo de más de un kilómetro y medio de frente, ahora solamente podían ver al puñado más cercano a ellos. Cuando unos cuantos estadounidenses lograron rodear el flanco y los soldados mexicanos oyeron que los disparos provenían de un lado, en lugar del frente, muchos temieron que se hubiera comprometido su posibilidad de retirarse hacia el río. Aunque muchos mexicanos peleaban con firmeza, temían la dispersión y, al final, la mayoría de las unidades inició la retirada.[23] Su consternación aumentó cuando alcanzaron el río y vieron que sólo había unos cuantos botes disponibles para llevarlos al otro lado; algunos incluso trataron de cruzarlo a nado, convencidos de que el enemigo alcanzaría pronto la ribera. No obstante, los oficiales lograron calmar el pánico inicial, establecieron una retaguardia y se las arreglaron para que la gran mayoría de las tropas cruzara el río en los botes. Palo Alto había sido una decepción para los mexicanos, pero Resaca de Palma fue un desastre; allí murieron 160 hombres, comparados con los cerca de 100 muertos del primer combate, pero el número de desertores es más revelador: 157, en comparación con sólo 26 en Palo Alto.[24]

Aunque los hombres que habían emprendido la retirada por sí mismos en la confusión de la aplastante derrota siguieron regresando a sus unidades, los que ahora trataban de reagruparse en Matamoros estaban desmoralizados por completo y habían perdido la confianza en su comandante general; peor aún, el bloqueo naval estadounidense significaba que adoptar una posición defensiva que hubiera podido darles un poco de respiro ya no era una opción, pues quedaban pocas municiones y el ejército tenía comida para dos semanas cuando mucho. En consecuencia, los generales mexicanos decidieron abandonar Matamoros, porque era más importante mantener intacto un ejército en el norte del país que defender esa población. La retirada exigió que los hombres se desplazaran a través de un terreno difícil, con poca agua y llevando consigo la poca comida que pudieran cargar a cuestas, porque ni siquiera había suficientes animales que tiraran de los cañones y transportaran las municiones remanentes. Pronto, las raciones fueron reducidas al mínimo y, en ocasiones, los hombres marcharon más de dos días seguidos sin agua; algunos caballos de combate murieron por falta de pienso y agua, y pronto también los hombres empezaron a fallecer. En esas condiciones, algunos de los mismos soldados que habían sostenido sus puestos bajo el bombardeo de la artillería

estadounidense en Palo Alto y combatido bien en la confusión de Resaca de Palma acabaron por creer que su mejor oportunidad de sobrevivir en el desierto era separarse del ejército y emprender camino por sí mismos. Después de diez días de ese penoso viaje, los sobrevivientes llegaron al pueblo de Linares, donde los aguardaban comida, agua y descanso.[25]

El ejército que se enfrentó a Taylor en el norte de México era solamente una fracción de la fuerza que el presidente José Joaquín de Herrera había esperado tener en el lugar, porque Paredes había llevado a la ciudad de México, para obligar a Herrera a dimitir, a muchos de los hombres destinados a esa región. Aun cuando es probable que no todos esos soldados hubieran terminado en Matamoros, parece razonable suponer que lo habrían hecho unos 3 mil, más o menos. ¿Habría atacado Arista, en lugar de mantenerse a la defensiva en Palo Alto, si hubiera contado con esos hombres adicionales? ¿Habría soportado ese ataque la fuerza de Taylor, mucho más pequeña? ¿Habría podido éste derrotar en forma aplastante una fuerza más numerosa en Resaca de Palma? Nunca lo sabremos.

Es posible que una victoria mexicana sobre el ejército de Taylor hubiera hecho más difícil para James K. Polk seguir adelante con una guerra en contra de México; sin embargo, también es posible que el resuelto presidente estadounidense hubiera presionado al Congreso para que autorizara la guerra de todos modos. Cuando Polk buscó la autorización, en mayo de 1846, lo hizo sin tener conocimiento de las victorias de Taylor y justificó la solicitud con base en la escaramuza del 25 de abril, en la que una patrulla de la caballería estadounidense había sido derrotada; por lo demás, había planeado solicitar la movilización incluso antes de enterarse de ese acontecimiento. Una vez que supo que se había derramado sangre, Polk trabajó aprisa, preparando la solicitud para que el Congreso autorizara la movilización de tropas de voluntarios con el propósito de que acudieran de inmediato en ayuda del ejército de Taylor. El mensaje consistió en una letanía de provocaciones mexicanas, desde rehusarse a pagar las reclamaciones de los ciudadanos estadounidenses por los daños a la propiedad privada durante los conflictos internos en México hasta rehusarse a negociar con el enviado estadounidense John Slidell, pasando por amenazar la frontera de Texas. Sostuvo que el ejército de Taylor había sido enviado para defender Texas en contra de la amenaza de la invasión mexicana y que había llegado hasta el río Bravo para defender el territorio entre el río Nueces y ese otro río, del que Polk afirmó que formaba parte de Texas. Asimismo, aseguró sin rodeos que, al atacar a una patrulla de la caballería estadounidense en esa región, México había "invadido nuestro terri-

torio y derramado sangre estadounidense en suelo estadounidense".[26] El argumento de que la guerra ya había empezado sugiere incluso que, si Taylor hubiera sido derrotado más tarde en Palo Alto o Resaca de Palma, Polk habría podido lograr su objetivo explotando los temores y el deseo de venganza de los estadounidenses. En ese sentido, quizá las primeras victorias de Estados Unidos en la guerra no fueron tan esenciales para la estrategia política de Polk; con todo, los partes sobre las heroicas victorias ayudaron sin duda alguna a hacer crecer el entusiasmo por la guerra en los meses siguientes.[27]

Los aliados de Polk en el Congreso se las arreglaron para hacer que se aprobara el proyecto de ley con el menor debate posible: asignaron solamente dos horas de discusión en la Cámara de Representantes y después se pasaron hora y media de ese tiempo en la lectura en voz alta del proyecto de ley. Tanto en la Cámara como en el Senado, los opositores se encontraron con un dilema: no querían ser los responsables de la derrota del ejército de Taylor ni de una invasión mexicana de Texas, y creyeron que tenían que dar a Polk la autorización para gastar dinero y para hacer un llamamiento a los voluntarios a unirse al ejército; sin embargo, no creyeron la justificación del presidente para declarar la guerra y tuvieron fuertes sospechas de que él la quería sólo con el propósito de apoderarse de territorios de México. Tanto en una cámara como en la otra, los opositores trataron de separar el preámbulo, que autorizaba la guerra con base en los pretextos de Polk, del proyecto de ley para reclutar más tropas, pero esos intentos fracasaron, porque Polk se valió de lo seductor del destino manifiesto y de la maquinaria de clientelismo del Partido Demócrata para mantener en línea a la mayoría de los demócratas. Cuando los esfuerzos por enmendar el proyecto de ley fracasaron, todos los representantes y los senadores se vieron frente a la difícil decisión de votar por el sí o abandonar a las tropas estadounidenses a una posible derrota. En esas circunstancias, casi todos votaron por el sí. Polk había logrado que se aprobara su proyecto de ley para la guerra, usando, en palabras del historiador David Pletcher, "tácticas que explotaron la lealtad partidista y el patriotismo del partido de los whigs".[28]

Polk había evitado a propósito toda discusión explícita sobre una guerra de agresión o de expansión territorial a expensas de México, a pesar de que en forma pública había adoptado una línea dura con respecto a los reclamos británicos sobre Oregón. Al afirmar que México era el agresor y las tropas estadounidenses se encontraban en peligro, logró aprovechar con éxito el racismo antimexicano provocado por la guerra de in-

dependencia de Texas y profundizado más tarde por el anticatolicismo de su país. Extrañamente, México había llegado a ser despreciable y peligroso, pero lo más importante es que, aunque muchos se oponían a una agresión territorial, pronto llegaron a considerar que el conflicto era una prueba de la valía de la joven república estadounidense. Cuando el llamado a filas se hizo en las poblaciones, muchos de los enemigos políticos de Polk colaboraron con él, lo cual fomentó el entusiasmo por la guerra como símbolo del nacionalismo estadounidense. Los líderes locales compitieron entre sí para reclutar tropas lo más pronto posible, tratando de superar a sus estados vecinos e incluso a los condados vecinos.[29] Ya se ha visto que, en el periodo de 1845 a 1846, varios grupos políticos de mexicanos estaban de acuerdo con que el futuro de México como nación fuerte y soberana exigía que se rehusaran a satisfacer las ambiciones territoriales de Estados Unidos. En ello vemos el reverso de la moneda: casi todos los políticos estadounidenses que se oponían a esas ambiciones territoriales estuvieron de acuerdo con que en ese momento seguir adelante en la guerra con México era importante para el futuro de Estados Unidos como nación fuerte y soberana. Sin esos sueños, el cataclismo de 1846-1848 habría nacido muerto.

EL RETORNO DE SANTA ANNA

Mientras las primeras víctimas de la guerra morían en el valle del río Bravo, el régimen de Mariano Paredes y Arrillaga se tambaleaba cientos de kilómetros al sur, en la ciudad de México. Paredes se había valido de una numerosa fuerza militar destinada a la frontera para derrocar a su antecesor, José Joaquín de Herrera. Su pretexto había sido la renuencia de este último a hacer la guerra a Estados Unidos, pero la verdadera preocupación de Paredes había sido siempre la política nacional: él y sus partidarios creían que el federalismo y una democracia excesiva habían debilitado al país al alentar la participación política de muchos mexicanos que carecían de la riqueza necesaria para tomar decisiones de manera juiciosa; consideraban que, si no se le ponía un freno, esa democracia excesiva acabaría por amenazar incluso la propiedad privada. Paredes y sus partidarios ponían de manifiesto su nostalgia por los valores culturales y las normas sociales del México colonial y algunos creían que la estabilidad política y la independencia del país solamente podían garantizarse mediante la instalación de un monarca constitucional, proveniente de

una de las familias reales de Europa. El propio Paredes mudaba de parecer una y otra vez respecto de la idea de la monarquía, pero el apoyo de los monárquicos a su régimen evolucionó de ser un secreto a voces a ser una realidad con mucha publicidad y redujo aún más su ya restringida base de apoyo, pues enajenó tanto a los federalistas moderados como a muchos centralistas: esos hombres temían a las masas urbanas que los federalistas radicales buscaban movilizar cada vez más, pero no estaban dispuestos a renunciar al republicanismo.[30]

A finales de la primavera y principios del verano de 1846, se formó una gran alianza en contra de Paredes: algunos de sus miembros eran federalistas moderados que creían que una constitución republicana descentralizada que permitiera a los hombres acaudalados de México tener la facultad de gobernar sus localidades era mejor para un país diverso y con un desarrollo muy irregular, aunque ello pudiera llevar en ocasiones a una dosis excesiva de democracia;[31] otros eran federalistas radicales, tanto de las regiones rurales como de las ciudades, encabezados con frecuencia por profesionales y pequeños comerciantes de los pueblos, pero también incluían a agricultores de medios modestos y, en algunas regiones, a campesinos indígenas que creían que el principio de la descentralización debería extenderse, no sólo del gobierno nacional a los gobiernos de los estados, sino también de estos últimos a los gobiernos municipales: una mayor autonomía local facilitaría la participación de los habitantes rurales en la hechura de una república fuerte y ayudaría a contrarrestar la riqueza excesiva de los terratenientes y los comerciantes, pues creían que éstos limitaban el desarrollo de la economía rural y, en ocasiones, despojaban a los pobres de las tierras que les pertenecían legalmente; asimismo, los federalistas rurales abogaban por la reducción de los impuestos que debían pagar los pobres.[32] Por su parte, los federalistas urbanos radicales tenían creencias similares sobre la economía y la importancia de integrar a los pobres en la república, y resentían la manera en que los centralistas habían despojado de la ciudadanía a muchos y querían recuperarla para reivindicar su autoestima.[33] Tanto los federalistas rurales como los urbanos compartían la sospecha de que los comerciantes ricos a menudo reivindicaban sus raíces españolas para reafirmar su prestigio social y esa sospecha solía hacer de esos federalistas radicales los mexicanos más nacionalistas y más activos en la política.[34]

A los federalistas de diversas clases se unieron en la coalición en contra de Paredes los partidarios de Antonio López de Santa Anna, el dirigente más voluble y enigmático de México. Desde los primeros años de

la década de 1820, Santa Anna había sido un político militar muy activo, había ayudado a hacer caer varios gobiernos y había sido presidente en varias ocasiones; con el tiempo, su política propia había evolucionado de un republicanismo popular optimista, que lo alineaba con los federalistas radicales, a unas posiciones más centralistas e incluso autoritarias, cuando se desilusionó por el caos que parecía acompañar a los ideales radicales;[35] alternadamente, había cortejado y se había opuesto a todas las facciones políticas de México. Cuando empezó la guerra con Estados Unidos, Santa Anna representaba dos ventajas: lo apoyaban varios sectores importantes entre los oficiales y en diversas ocasiones había dado pruebas de que contaba con las relaciones y los conocimientos necesarios para reclutar, equipar y financiar tropas; asimismo, sabía cómo desplazarse por todo el vasto y difícil territorio de México: en 1829, se las había arreglado para reunir una fuerza que frenó los intentos de España de reconquistar México y, más tarde, había llevado una importante fuerza mexicana hasta Texas para combatir a los rebeldes, una hazaña política y logística extraordinariamente impresionante, estropeada más tarde por las malas decisiones tácticas que terminarían conduciendo a la derrota. Con todo, la habilidad de Santa Anna para organizar ejércitos en las caóticas circunstancias políticas y fiscales de México hacía de él un aliado atractivo para aquellos que querían derribar a Paredes y hacer frente a Estados Unidos.[36]

Los motivos de Santa Anna siempre levantaron sospechas: algunos federalistas pensaban que su ambición lo llevaría a traicionarlos de nuevo y sus dudas fueron una de las razones de que pasaran varios meses antes de que la coalición llegara a ser una realidad práctica. Al final, los líderes federalistas, en especial Valentín Gómez Farías, se convencieron de que Santa Anna era un nacionalista que lo que más deseaba era combatir a Estados Unidos;[37] sin embargo, Santa Anna se encontraba exilado en Cuba, separado de México por un mar bajo el dominio de la armada estadounidense. Por fortuna para la coalición contraria a Paredes, las operaciones de inteligencia estadounidenses relacionadas con la política de México estaban a cargo de un conjunto poco sistemático de dudosos intermediarios bajo las órdenes del presidente Polk: en ese terreno de tejemanejes, Santa Anna estaba en su elemento y convenció a Polk de que, si Estados Unidos le permitía regresar a México y derrocar a Paredes, se encargaría de llegar pronto a un acuerdo que permitiera al presidente estadounidense llevar a cabo sus objetivos de la guerra sin una resistencia mexicana prolongada.[38] Nada podía estar más lejos de la verdad: a pesar



FIGURA 2.2. General Antonio López de Santa Anna, el político militar mexicano que le negó a Estados Unidos la guerra breve que ese país esperaba.

de sus muchos defectos como estratega y de su imperiosa ambición política, Santa Anna estaba comprometido a combatir hasta el amargo final; sus acciones prolongarían la guerra durante al menos un año y, más que ninguna otra persona, fue él quien frustró el sueño de Polk de una guerra breve. En consecuencia, es particularmente irónico el hecho de que Polk haya ordenado a la armada estadounidense que permitiera el regreso de Santa Anna a México.

La coalición en contra de Paredes no aguardó a la llegada de Santa Anna: en abril de 1846, Juan Álvarez, líder de los federalistas radicales rurales en lo que ahora es el estado de Guerrero, dio comienzo a la rebelión, exigiendo que México todavía fuera una república y que Santa Anna fuese el presidente. A lo largo de los meses siguientes, los focos de disturbios regionales aumentaron, lo cual debilitó al gobierno de Paredes; el impulso hacia el cambio de gobierno se aceleró y, el 4 de agosto, las tropas acantonadas en la ciudad de México ocuparon el Palacio Nacional y arrestaron a Paredes. El 16 de agosto, Santa Anna desembarcó en suelo mexicano y, el 24, se decretó que México sería gobernado de nuevo conforme a la constitución federalista de 1824, que aún sería la ley vigente durante todo el tiempo que duró la guerra.[39]

¿Qué diferencia podía haber con el cambio de constitución en el transcurso de una guerra con un país extranjero? La respuesta es: mucha. Algunos investigadores han señalado que, en alguna medida, la descentralización del poder dificultó los esfuerzos militares del gobierno. Los gobiernos de los estados podían disponer así de una mayor proporción de los recursos fiscales y controlaban las unidades militares de tiempo parcial; las élites regionales que se habían irritado bajo el gobierno centralista defendieron celosamente su autonomía y, en ocasiones, se mostraron renuentes a seguir los dictados estratégicos del gobierno central, por lo que con frecuencia fueron acusadas de no proporcionar todo el dinero y todos los hombres que podían para la guerra.[40] Los políticos de los estados con acceso al mar, que temían el desembarco de los estadounidenses, y los de los estados septentrionales, que enfrentaban tanto las incursiones de los indios como las de las tropas estadounidenses, creían que tenían la prioridad para contar con las tropas de tiempo parcial y con las armas, que eran muy costosas; después de todo, sus regiones también formaban parte de la nación: ¿por qué debía tener prioridad la defensa de otras regiones?[41] Asimismo, los políticos de los estados sabían que el despliegue a larga distancia de las tropas de tiempo parcial evitaría que esos hombres ganaran el dinero necesario para mantener a su familia, una privación cruel en una economía raquítica sin ningún sistema de seguridad social.[42]

Ahora bien, los efectos del federalismo en el esfuerzo bélico no fueron del todo negativos. En ocasiones, los gobiernos estatales no cooperaban, pero, hasta muy avanzada la guerra, siguieron enviando dinero al gobierno nacional y reclutando personas para el ejército regular —incluso enviaron tropas de tiempo parcial en los momentos de crisis—, pero lo

más importante es que la vuelta de 1846 al federalismo aumentó en forma espectacular la movilización popular para la guerra. Desde un principio, el centralismo se había dedicado a limitar el apoyo sorprendentemente entusiasta que las clases medias, los pobres de las ciudades y, a veces, los campesinos de México habían dado al nuevo Estado nacional, desmovilizando en forma deliberada a esos grupos, imponiendo restricciones a su sufragio y reduciendo el número de elecciones. Ese esfuerzo por restablecer las jerarquías de estilo colonial nunca había sido aceptado del todo por muchos mexicanos que no sólo querían participar en la elección de los dirigentes sino también en el reconocimiento que acompañaba al hecho de ser considerados como ciudadanos mexicanos honorables, tan valiosos como cualquier otro. En realidad, las constituciones estatales, redactadas por primera vez en la década de 1820 y puestas en vigor de nuevo en 1846, vinculaban la ciudadanía al honor, dado que se le suspendía a aquellos que manifestaban comportamientos deshonrosos, como cometer algún crimen.[43] Para muchos mexicanos, el federalismo consistía más en el igualitarismo que en la descentralización, en una definición más amplia de la ciudadanía y en el correspondiente reconocimiento de que no se tenía que ser blanco y rico para ser honorable. Un México más inclusivo era un país por el que más mexicanos estaban dispuestos a sacrificarse, por lo que el restablecimiento de la constitución federalista llegó acompañado por unas expresiones públicas de apoyo a la guerra que a menudo rivalizaron con las vistas en las regiones más belicistas de Estados Unidos. Un autor mexicano anónimo admitió que, en épocas normales, diría que demasiada democracia sería un desastre para México, pero que, en tiempos de guerra, se necesitaba la democracia "para entusiasmar al pueblo y nacionalizar la guerra".[44] El federalismo ayudó al esfuerzo bélico de México de esa manera y, francamente, es imposible imaginar que México hubiera resistido a su vecino más rico tan bien como lo hizo sin haber rechazado el centralismo; en consecuencia, el retorno al federalismo perjudicó y, al mismo tiempo, ayudó a México durante la guerra.[45]

LOS VOLUNTARIOS ESTADOUNIDENSES Y LA DEMOCRACIA JACKSONIANA

Dejamos al general Zachary Taylor y su ejército en Matamoros y a Polk, valiéndose de todos los medios para lograr que el Congreso estadounidense aprobara el proyecto de ley que combinaba la declaración de gue-

rra con la autorización para reclutar más tropas. Éstas eran necesarias, porque el ejército estadounidense no era lo suficientemente numeroso como para llevar a cabo una guerra ofensiva contra México. La ley aprobada por el Congreso permitía que el presidente reclutara a 50 mil hombres organizados en regimientos de voluntarios, si bien, al final, alrededor de 59 mil voluntarios y 31 mil soldados regulares sirvieron durante la guerra.[46] La distinción entre los regimientos de voluntarios y los regimientos regulares es de capital importancia para entender la experiencia de esos dos tipos de soldados y la experiencia de la población civil mexicana. Los primeros no eran una expansión del ejército regular: eran una especie del todo diferente, compuesta de soldados ciudadanos, reclutados de manera específica para esa guerra, que regresarían a la sociedad civil una vez que ésta terminara.

El soldado ciudadano era una novedad relativa en el mundo occidental y, como muchos de los ideales postulados por la Ilustración, tenía sus raíces en la Antigüedad griega. Antes de que ese ideal fuese revivido y adaptado, los soldados de tropa eran empleados del Estado cuya función militar no tenía relación alguna con una identidad política; el modelo del soldado ciudadano era muy diferente, dado que el Estado representaba la voluntad de la ciudadanía y el servicio de esos soldados era considerado como un deber patriótico.[47] Ese modelo tuvo varias consecuencias para el carácter de los ejércitos y la naturaleza de la ciudadanía: hizo de los ejércitos unas entidades nacionales como nunca habían sido, lo cual hizo que los mercenarios, una de las tradiciones militares más antiguas de Occidente, no fueran tan bien vistos. Entonces se pudo considerar que los ejércitos eran la encarnación de la nación, al grado incluso de que el servicio militar podía reclutar a gente de diversas regiones con poco sentimiento nacional y enseñarles a considerarse como miembros de la nación.[48] El ideal del soldado ciudadano vinculó con firmeza la ciudadanía, no sólo con el servicio militar, sino también con la masculinidad: el servicio militar de un soldado ciudadano le dio el derecho a la ciudadanía, mientras que excluyó en forma implícita a las mujeres.[49]

El surgimiento de esta clase de soldado se asocia a la independencia de Estados Unidos y a la Revolución francesa; sin embargo, ese modelo también fue atractivo para muchos políticos que se esforzaban por establecer Estados-nación, incluidos los de América Latina.[50] Ahora bien, los ejércitos nacionales formados con soldados ciudadanos no reemplazaron el anterior patrón del ejército de lo que podría llamarse ejércitos de soldados que no eran ciudadanos, como los hombres de los ejércitos re-

gulares estadounidense y mexicano; el ideal del soldado ciudadano echó raíces en las instituciones y la cultura popular junto al modelo anterior, antes bien que reemplazarlo: las cualidades de los soldados ciudadanos correspondían a las unidades de soldados de tiempo parcial o a las de soldados de tiempo completo movilizadas para una guerra específica, pero las funciones de soldados en tiempos de paz y, en realidad, la mayoría de las guerras que no eran consideradas como nacionales correspondían al anterior tipo de soldado, incluso en Francia y en Estados Unidos, donde se originó el concepto del soldado ciudadano. En consecuencia, la expansión de los imperios europeos coloniales, por ejemplo, no se llevó a cabo con soldados ciudadanos: en tiempos de paz o en esas clases de guerras, el servicio militar no era ni suficientemente atractivo ni suficientemente imperioso desde el punto de vista político como para justificar, como parte de su deber cívico, la participación de hombres respetables. El hecho de que tanto Estados Unidos como México movilizaran a miles de soldados ciudadanos para la guerra de 1846 a 1848 constituye una prueba convincente de que se consideraba como una guerra entre Estados-nación vital para el futuro de ambos. La movilización de miles de soldados ciudadanos también provocó que la tragedia de la guerra aumentara: David Bell señaló que el reclutamiento de ciudadanos intensificó la guerra, en parte, porque la creciente identificación de los soldados con la nación diluyó las fronteras entre militares y civiles, pero también porque, cuando todos los ciudadanos potencialmente eran soldados, los Estados podían movilizar unos ejércitos mucho más numerosos y los estrategas no necesitaban evitar las pérdidas numerosas; como lo expresó de manera memorable Hoffmann Nickerson: "La democracia abarató a los hombres."[51]

El ideal del soldado ciudadano encontró un lugar más que propicio en el recientemente independizado Estados Unidos y encontró eco en el énfasis del republicanismo en la ciudadanía: en las numerosas batallas libradas durante la guerra de independencia, participaron las unidades de las milicias ciudadanas, lo cual asoció la existencia misma de Estados Unidos al modelo del soldado ciudadano;[52] en Estados Unidos, por lo demás, la fuerza del ideal también se vinculó con la raza, mientras que, en Europa y en América Latina, la idea del soldado ciudadano ayudó a mantener a las mujeres muy lejos de que se reconociera su ciudadanía y también pudo recurrirse a esa idea para diferenciar entre los hombres respetables con derecho a la ciudadanía y los hombres de mala fama de las clases bajas sin derecho a ella. En Estados Unidos, tuvo esas funciones,

pero, al mismo tiempo, desempeñó otra aún más importante en la diferenciación racial: el hecho de contar con soldados ciudadanos en las unidades de la milicia dio como resultado unas fuerzas que proporcionaron cierta seguridad en contra de la posibilidad del levantamiento de los esclavos, así como la mayoría de los combates contra los indios fueron usados para liberar más y más tierras agrícolas para la colonización por parte de los blancos, y, quizá lo más importante, también fue otro espacio en el que se trazaron las marcadas líneas entre grupos: los blancos y los que no eran blancos, lo cual permitió la expresión de una masculinidad basada en la raza y reafirmó que Estados Unidos era una nación de hombres blancos.[53] Ése fue tal vez el ideal por antonomasia de la democracia jacksoniana, que estaba a punto de elevar a los hombres blancos a la igualdad, al mismo tiempo que subordinaba a las mujeres y a los individuos de otras razas.[54] El propio Andrew Jackson fue más famoso por encabezar las milicias de soldados ciudadanos durante la guerra de 1812; los hombres que se veían como sus herederos políticos estaban profundamente comprometidos con ese ideal: el más prominente de esos herederos fue el propio presidente James K. Polk, quien no sólo tenía la intención de valerse de la mayoría de los soldados ciudadanos para derrotar a México, sino que también los alababa todo el tiempo e insistía en que fuesen tan eficaces como los soldados regulares y más compatibles con los ideales estadounidenses.[55]

Antes del llamamiento que Polk hizo en 1846 a los voluntarios, el ideal del soldado ciudadano se ponía de manifiesto en Estados Unidos por la existencia de las unidades de la milicia; no obstante, se trataba en su mayoría sólo de clubes políticos y sociales que permitían que los hombres reafirmaran su condición como ciudadanos y avanzaran en la política de su localidad. Aunque las unidades de la milicia se adiestraban y tenían uniformes, su utilidad militar era casi nula: algunas compañías de la milicia se ofrecieron en masa de manera voluntaria para la guerra con México, pero fueron incorporadas en los nuevos regimientos de voluntarios donde los hombres con experiencia en la milicia eran una clara minoría;[56] además, los nuevos regimientos no podían ser regimientos de milicias, porque estarían bajo la autoridad de los estados e incluirían a muchos hombres con responsabilidades familiares. Ese problema había sido el principal dolor de cabeza durante la guerra de 1812, pues las unidades de la milicia no mostraban entusiasmo respecto de las campañas prolongadas o lejos de sus hogares; en consecuencia, para llevar a cabo una guerra de conquista se necesitaba una clase diferente de unida-

des de soldados ciudadanos y, por lo tanto, Polk pidió el reclutamiento de regimientos de voluntarios, antes bien que la movilización de las milicias estatales.[57]

Polk envió el llamamiento inicial a los voluntarios a los estados que parecían haber sido seleccionados tanto por la facilidad con la que se podría transportar a los hombres a la zona de la guerra como por su afinidad con el soldado ciudadano y el destino manifiesto. Esos dos factores coincidieron en los estados del sur y el oeste unidos por la vasta cuenca del río Misisipi. Esos estados, que incluían Ohio, Indiana, Illinois y Misuri, en el oeste medio, y Kentucky, Tennessee, Alabama, Misisipi, Luisiana y Arkansas, en el sur, formaban en conjunto un sistema económico y social que giraba en torno a la expansión de la agricultura y la exportación del algodón cultivado por los esclavos;[58] es digno de mención el que las regiones meridionales de Ohio, Indiana e Illinois habían sido colonizadas por migrantes del sur. La esclavitud todavía existía, incluso bajo otros nombres, en el sur de Illinois, y tanto esa región como las regiones meridionales de Indiana y Ohio dependían de la producción de maíz y cerdos que vendían a los propietarios de las plantaciones sureñas o que exportaban a través de Nueva Orleans. Esas regiones meridionales del oeste medio se mostraban mucho más entusiastas respecto de la guerra contra México que las regiones septentrionales de sus estados, pobladas por habitantes de Nueva Inglaterra y Nueva York que se habían mudado hacia el oeste, a las regiones en torno a los Grandes Lagos.[59] Todos esos estados, desde Alabama hasta Misuri, habían sido colonizados por hombres blancos apenas unas decenas de años antes y los jóvenes que llegaban a la mayoría de edad en las granjas y en los pequeños pueblos ribereños se sentían atrapados entre las historias de las aventuras de sus padres y los límites que la escasez relativa de tierra ponía a sus propias posibilidades económicas,[60] por lo que se tragaron con facilidad los aspectos expansionistas y raciales del destino manifiesto: constituyeron 26 de los 29 regimientos o batallones de voluntarios organizados en junio y julio de 1846.[61]

Las noticias de la primera batalla en el río Bravo y el llamamiento de Polk a la organización de regimientos de voluntarios llegaron a esas regiones más o menos al mismo tiempo y dieron comienzo a una fiebre de la guerra. En Washington, muchos congresistas se habían mostrado escépticos respecto de las afirmaciones de Polk en el sentido de que las tropas mexicanas habían invadido territorio estadounidense, pero el escepticismo fue exiguo en los estados que bordean el río Misisipi, donde hubo llamamientos para defender el territorio y el honor nacional del país, an-

siedad por el posible destino del pequeño ejército de Taylor y consideraciones sobre la posibilidad de poder obtener más tierras en el oeste a expensas de México. La revuelta de Texas había provocado una marejada de argumentos en los que se clasificaba a los mexicanos, junto con los indios y los negros, como una raza diferente y particularmente como traicioneros. En 1846, cuando los ambiciosos políticos locales se apresuraron a organizar las compañías de voluntarios, algunos veteranos texanos hablaron en los muchos mítines y reuniones que se organizaron, donde las canciones patrióticas y las alabanzas a los reclutas llenaban el aire. Incluso los whigs, cuya primera reacción instintiva fue dudar de Polk y cuyos principios estaban lejos del expansionismo, se sintieron atraídos por el encanto de la gloria nacionalista y su deseo de preservarse en el campo de la política: era difícil ir contra la corriente. Paul Anderson, que fue testigo de esa escena, escribió desde Hannibal, Misuri: "el hecho es que se requiere un grado considerable de valor moral para ser un espectador sereno y silencioso".[62] A cada estado se le asignó el reclutamiento de un número específico de regimientos, pero tantos hombres querían presentarse como voluntarios que algunos no pudieron prestar sus servicios porque las unidades se completaron muy pronto.[63]

Sin ninguna duda, algunos voluntarios creían que los términos económicos del servicio militar eran atractivos; sin embargo, los soldados voluntarios eran muy diferentes de los reclutas que se habían alistado en el ejército regular en tiempos de paz: los hombres que se presentaron como voluntarios en junio y julio de 1846 eran hijos de familias respetables y, por lo general, ya tenían un empleo, casi todos sabían leer y escribir, y sus raíces en su comunidad eran profundas: enviaron miles de cartas a casa, escribieron diarios y con frecuencia publicaron sus memorias al regresar de la mayor aventura de su vida. Es difícil imaginar la vida cotidiana y las preocupaciones de unos soldados que hayan sido mejor documentadas que las suyas; en muchos sentidos, esos hombres tenían más en común con los oficiales del ejército regular que con los hombres que se habían alistado.[64]

El reclutamiento y la organización de los regimientos de voluntarios fueron algo extraordinariamente local: a medida que la fiebre de la guerra llegaba a esas regiones, los dirigentes de las comunidades hacían el llamamiento para que se enrolaran. Los hombres jóvenes solteros enfrentaban una importante presión de sus pares para que unirse, cosa que hacían con sus amigos. Usualmente, las compañías eran reclutadas en pueblos, ciudades o vecindarios específicos y, cuando eran aceptadas para el ser-

vicio, se convertían en parte de los regimientos, que recibían el nombre de su estado; en los estados que organizaban más de uno, estos regimientos provenían de distintas regiones y, aun cuando los jóvenes solían mudarse tanto que algunos de ellos se encontraban en otros pueblos o ciudades, era una situación que se consideraba como algo excepcional.[65] Desde el principio, los voluntarios comenzaban el servicio con sus amigos, una situación que determinó en un alto grado su experiencia y la experiencia que los mexicanos tuvieron con ellos.

No es sorprendente el que esas unidades de voluntarios tuvieran una fuerte identidad que los sostenía en las batallas,[66] algo que no era diferente de lo que ocurría en otras unidades militares, incluso en las del ejército regular estadounidense; sin embargo, lo que en particular resulta asombroso de las unidades de voluntarios es que esa identidad se centraba en el lugar de origen: los voluntarios se consideraban como los representantes de su estado y los habitantes del estado al que pertenecían también los consideraban así.[67] Los oficiales se valían de ese hecho como una herramienta para motivarlos: de camino a la batalla, les decían: "nunca se deshonren ni deshonren a su estado de ninguna manera".[68] Cuando la unidad Kentucky se acercaba a su primer combate, Levi White, de Louisville, escribió a Sara, su esposa: "vamos a tener la oportunidad de demostrar el valor de Kentucky y, si no me equivoco, los muchachos de Louisville no decepcionarán las expectativas de sus amigos".[69] Después de una batalla, William H. Daniel escribió en su diario: "El viejo Kentucky cumplió con su deber ese día, los dos regimientos combatieron muy valerosamente."[70]

Los hombres criticaban a menudo el patriotismo, el adiestramiento, el valor, el comportamiento y la apariencia de las unidades de otros estados;[71] A. C. Pickett, de Alabama, escribió que los regimientos de Kentucky, Ohio e Indiana no estaban "tan bien adiestrados como los de Alabama" y, unas páginas más adelante, registró que los voluntarios de Maryland "cometían expolios que eran vergonzosos para la soldadesca voluntaria".[72] Las rivalidades entre las unidades de diferentes estados no se limitaban a las abundantes páginas escritas por los voluntarios, ya que los altercados verbales y las riñas físicas entre las unidades eran notablemente comunes: los de Ohio peleaban con los de Maryland, los de Kentucky con los de la Luisiana y los de Indiana también peleaban con los de la Luisiana, aunque, por supuesto, no al lado de los de Kentucky. En ocasiones, las peleas comenzaban como riñas entre un par de soldados, pero frecuente y rápidamente se convertían en batallas campales. La violencia podía desencadenarse por algo tan trascendental como fanfarronear sobre el va-

lor relativo de diferentes unidades o tan triviales como la posesión de un bagre recién pescado y, en ocasiones, aumentaban al grado de que casi se llegaba a echar mano a las armas.[73] Los soldados del ejército regular estadounidense también llevaban una existencia de muchas riñas, pero sus peleas solían ser entre individuos o, quizás, entre grupos de amigos cercanos; en cambio, las peleas entre los voluntarios aumentaban a menudo hasta estar al borde de la guerra. En cierto sentido, la movilización de las unidades de voluntarios para invadir un país vecino fue una prueba de la identidad nacional. Sin embargo, el apego de esos hombres a su pueblo, su condado y su estado natal era mucho más real y los estados les exigían cierto tipo de patriotismo; el historiador Paul Foos señala: "si la guerra contra México fue un paso adelante del 'nacionalismo' estadounidense, lo fue en el logro del homicidio patrocinado por el Estado por medio de una vaga confederación de comunidades".[74] El comportamiento entre las diversas unidades de voluntarios hace que el estallido y la violencia extrema de la Guerra Civil estadounidense sean más comprensibles.

La camaradería fue muy importante para los voluntarios: como en otras unidades militares, la necesidad de mantener la propia reputación y de no abandonar a los camaradas fue una motivación importante en el campo de batalla,[75] aunque también fue de capital importancia para hacer soportable la vida cotidiana. Los hombres establecían relaciones sociales a través de la música, el baile y el escándalo de las borracheras y mantenían a distancia a los que no pertenecían a su unidad, tanto así que resentían todo esfuerzo por incorporar nuevos hombres a ellas. Como en el caso de los otros tipos de soldados, sus relaciones eran alentadas por las dificultades compartidas, desde el aburrimiento hasta la mala comida, desde la enfermedad hasta el terror a la batalla, pero, entre los voluntarios, los camaradas habían sido amigos desde la niñez o la adolescencia. Jacob Oswandel, al escribir sobre su amigo Simon Schaffer, subrayó esa cercanía cuando explicó que los dos habían charlado a menudo sobre su pueblo natal y "éramos compinches, en el campamento, dormíamos juntos y, en la marcha, marchábamos juntos, dormíamos bajo la misma manta, compartíamos nuestras galletas y con frecuencia bebíamos agua de la misma cantimplora y nuestro café de la misma taza".[76] Los amigos cercanos de uno eran los cinco o seis que compartían las raciones, las cocinaban juntos y tomaban turnos para cocinar y lavar, situación que era conocida como el "sistema del rancho" y, aunque los voluntarios bromeaban sobre la mala calidad de los cocineros, la camaradería relacionada con los alimentos era lo que hacía soportable el aburrimiento y la inco-

modidad de la vida en el campamento. A veces, los oficiales trataban de reemplazar el sistema del rancho con una cocina mejor organizada para todos, pero los hombres solían resistirse con amargura, porque sus camaradas de rancho eran su familia militar.[77] Los camaradas también reemplazaban a la familia en el cuidado de los enfermos: los voluntarios eran vulnerables a una multitud de enfermedades, con frecuencia fatales, y la tarea de proporcionar alimentos, agua y cuidado personal a los inmovilizados recaía en los amigos. Daniel Runyon, de Maysick, Kentucky, escribió a su hermana Molly: "no debes temer por mis necesidades de consuelo o ayuda en caso de que me enferme, sabiendo que estoy rodeado de amigos"; los actos de ternura y cuidado estrechaban más los lazos de amistad entre esos hombres.[78]

Los relatos de los hombres que cocinaban unos para otros o que cuidaban a los amigos enfermos ponen de relieve una de las maneras en que su vida temporal en el ejército era diferente de la vida civil a la que esperaban regresar después de la guerra. Las unidades de voluntarios no contaban con las soldaderas que acompañaban a las unidades regulares del ejército mexicano, ni de las lavanderas que servían en las unidades regulares estadounidenses en tiempos de paz; eran entornos por completo masculinos y los hombres hablaban mucho de eso en las cartas que enviaban a sus hogares, refiriéndose no sólo a la cocina y el cuidado, sino también a la tarea más onerosa del lavado de la ropa, la que evitaban tanto como les era posible, al menos a juzgar por los comentarios que los soldados regulares de los ejércitos mexicano y estadounidense hacían sobre la limpieza de los voluntarios.[79] Los relatos de ficción aventurera escritos durante y después de la guerra incluyen unas supuestas memorias de una mujer que afirmaba haber servido en forma clandestina en una unidad de voluntarios, mientras que unos documentos más creíbles indican que al menos una mujer lo intentó, aunque, en realidad, el hecho de servir en un regimiento de voluntarios significaba que uno pasaba más tiempo entre los amigos.[80] Eso era desconcertante en muchos sentidos tanto para la gente del pueblo natal como para los hombres en el campo de batalla, pero, para estos últimos, tenía sus beneficios: los liberaba de las restricciones sobre el comportamiento impuestas por la vigilancia que las madres, las hermanas, las esposas o las posibles esposas imponían en la clase de espacio social que ellos sólo experimentaban temporalmente en las tabernas, en las partidas de caza o, quizás, en el día de las elecciones.[81]

Antes de integrarse por completo al medio ambiente masculino del ejército invasor, esos hombres recibieron una gran despedida en sus co-

munidades, con música, discursos y comida; incluso el viaje río abajo hacia la guerra se vio marcado por la gente que corría por las riberas para aclamar a los soldados que pasaban. Sin sorpresa alguna, las mujeres fueron un elemento importante de la despedida: en sus memorias, los voluntarios describieron vívidamente no sólo la comida que les ofrecieron sino la manera como las mujeres se apiñaban para hablar con los valientes guerreros. Oswandel escribió sobre las muchachas que se agolpaban "alrededor de los soldados como si estuvieran enamoradas de ellos".[82] Esas situaciones ofrecen un marcado contraste con lo negativo de las interacciones que los reclutas del ejército regular tenían con la población civil estadounidense, porque las mujeres despedían a los voluntarios no sólo con recuerdos agradables sino también con muestras tangibles de su estima: las unidades de voluntarios diseñaban sus propios uniformes y las mujeres de su comunidad solían confeccionar la vestimenta misma; asimismo, en ocasiones, cosían las tiendas para los voluntarios.[83] Quizá los talismanes más simbólicos que las mujeres confeccionaban eran los estandartes: el estandarte de una unidad constituía un punto de reunión en la confusión de la batalla y un símbolo de su identidad y su honor; los embellecían con el nombre de la unidad y, en ocasiones, con su lema. Y no sólo confeccionaban las banderas, sino que también las presentaban a las unidades en ceremonias muy elaboradas: el estandarte que las mujeres de Louisville entregaron a una unidad, por ejemplo, estaba bordado con las palabras "Kentucky confía en ustedes", mientras que las mujeres de Columbus, Indiana, dieron a la compañía allí formada un estandarte bordado con las palabras más alusivas: "Sólo los valientes merecen a las bellas".[84†]

Aunque unos cuantos voluntarios que se apresuraron a responder al primer llamamiento a tropas de James K. Polk estaban casados, la mayoría de ellos eran jóvenes en edad de cortejar: muchos todavía vivían con sus padres o, al menos, contribuían a la economía del hogar familiar, pero también consideraban activamente sus posibles intereses románticos, que los llevarían a formar nuevas familias nucleares, y podían contemplar ese paso porque tenían perspectivas económicas decentes, pero también estaban obligados a hacerlo por el hecho de que, de acuerdo con el historiador Malcolm Rohrbough, la "familia era la unidad de trabajo básica; su presencia aseguraba el desarrollo de las instituciones sociales

[†] "None but the Brave Deserve the Fair": el término *fair* en el inglés se refiere a la belleza. [N. del t.]

y culturales".[85] En consecuencia, el intercambio epistolar entre los hombres y su familia no sólo documenta su vida como soldados, sus aventuras y los lugares del extranjero que invadieron, sino que también se centra en las ansiedades de su sexo generadas por la ausencia del patrón normal que su vida habría seguido si no se hubieran marchado: los soldados escribían en tono jocoso que habían pedido a los amigos que cuidaran de su novia o de su posible novia mientras ellos estaban fuera o, como lo hizo Oswandel, que les habían pedido que expresaran su "amor a todas las muchachas bonitas; a las feas, no es necesario que lo hagan"; asimismo, escribían más quejosamente que echaban de menos a una muchacha en especial o todo lo que echaban de menos con respecto al galanteo. El día de san Valentín de 1847, Thomas Tennery, de Kentucky, escribió en su diario: "Como hoy es el día de san Valentín, sin duda los muchachos allá lo pasan cortejando o visitando amigas o recibiendo compañía y divirtiéndose."[86] Es más difícil encontrar cartas que la gente de las comunidades haya escrito a los soldados, porque éstos tendrían que haberlas conservado durante todo el tiempo de su prolongado despliegue, pero son incluso más sugerentes sobre ese tema: la familia y los amigos escribían a los soldados y les comunicaban con precisión quién se casaba con quién;[87] asimismo, les decían que habían visto a la novia del soldado o que la novia lo echaba de menos y, de forma más directa, mencionaban la posibilidad de que el soldado estuviera perdiendo oportunidades. William H. Massey, de Kentucky, escribió al soldado John Cox lo siguiente: "hay muchas muchachas bonitas que te esperarán hasta que regreses, todas las que ya están casadas son feas"; más alarmista, R. Marshall escribió a John Minton, camarada de Cox: "se están celebrando muchos casamientos; a menos que regreses muy pronto, me temo que todas las muchachas ya estarán casadas; creo que los muchachos hacen muy mal: ahora que todos ustedes están combatiendo en las batallas de su país, ellos se están acostando con todas las muchachas, bueno, casi todas, pero tú y John Cox no tienen por qué preocuparse, porque yo les apartaré una para cada uno."[88]

Tanto los soldados como la gente que dejaban atrás mostraban una clara ansiedad sobre la demora en la formación de nuevas familias, ansiedad que no ayudaban a disminuir las oleadas de artículos periodísticos e incluso las novelas en las que se alababa la posibilidad de que los soldados estadounidenses conquistadores pusieran en práctica su masculinidad superior para anexarse México por medio de su matrimonio con mujeres mexicanas, lo cual era la expresión más escalofriante de la obsesión con el destino manifiesto:[89] eso haría que la ausencia de esos hombres de

su familia fuese permanente, de la misma manera que la emigración al oeste lejano separaría a los migrantes de sus padres y sus hermanos menores: las mujeres jóvenes de Estados Unidos no serían las únicas personas que perderían si eso ocurriera, ya que muchos padres dependían de esos jóvenes para que los ayudaran con los asuntos familiares. En marzo de 1847, el padre de Cox le escribió: "Apenas puedo atender mi negocio yo solo y te necesito mucho en casa y creo que podrías ganar $5.00 dólares aquí contra uno en el ejército." Así, las familias escribían a los soldados para insistirles en que no volvieran a enrolarse y los padres se sentían divididos entre el orgullo por sus hijos y el temor por el daño que su enrolamiento causaría a la familia;[90] algunos incluso trataron de evitar que sus hijos se alistaran.[91]

Algunos hombres que se alistaban como voluntarios en los regimientos ya estaban casados e incluso tenían hijos; ¿qué suerte correrían esas familias en ausencia de su sostén? Un habitante de Kentucky escribió que algunos hombres casados decidieron no alistarse porque temían que "sus esposas se morirían de frío este invierno".[92] El gobierno estadounidense, a diferencia del mexicano, podía pagar a sus soldados; sin embargo, parece que no hubo disposiciones para que la paga se hiciera de forma directa a las familias, en lugar de a unos hombres que se encontraban a miles de kilómetros. Muchos hombres con esposa e hijos eran relativamente prósperos, con ambiciones políticas y de mayor edad; éstos estimularon la organización de unidades de voluntarios y a menudo más tarde llegaron a ser oficiales, por lo que sus esposas quizá pudieron arreglárselas, en especial con la ayuda de los parientes. Pero incluso cuando los hombres casados que se presentaban como voluntarios no tenían una buena situación económica, la prosperidad relativa de Estados Unidos, el entusiasmo popular por la guerra y la característica de las unidades de estar basadas en las comunidades generaban la posibilidad de que estas últimas cooperaran con el mantenimiento de las familias. En al menos algunos casos, las comunidades prometieron ese apoyo, aunque son muy pocas las pruebas existentes de que se hayan cumplido esas promesas.[93] Al final, la guerra llegó a ser menos popular, por lo que cada vez fue más difícil formar regimientos completos y, con frecuencia, los reclutas que sí se alistaban eran menos ricos; en muchos casos, esos nuevos reclutas trataron de que les pagara parte de su soldada antes de embarcarse a México, precisamente con el propósito de que pudieran dejar un poco de dinero en efectivo en manos de su familia.[94] A algunos hombres se les permitió abandonar su unidad antes de partir para México cuando expli-

caron que su familia se quedaría en la indigencia, mientras que otros que dejaron a su parentela expuesta a las dificultades económicas pronto se arrepintieron y llenaron sus cartas y diarios de lamentos.[95]

C. M. Reeves, uno de los pocos soldados del ejército regular que escribió sus memorias, señaló que las diferencias entre éste y los soldados voluntarios se debían en gran medida al hecho de que, "para nosotros, nuestro negocio era ser soldados; para ellos, era algo sólo por un breve tiempo".[96] Las relaciones de los voluntarios con su comunidad de origen impulsaron esa meta: su reintegración simbólica a esa comunidad, que por lo general tenía lugar después de un año de servicio, en el caso de los primeros regimientos de voluntarios, y después de la guerra, en el caso de los otros, era similar en muchos sentidos a su despedida: las unidades de voluntarios eran recibidas con desfiles, discursos, fiestas y banquetes en los que se alababan sus hazañas y se agradecía su servicio; una vez más, las mujeres preparaban la comida —como las 1500 tartas horneadas para una sola fiesta en Indianápolis— y se alineaban para dar la bienvenida a los hombres. Uno tiene la impresión de que parte de ese ritual era diseñado para mostrar a los hombres las parejas potenciales para el matrimonio. Oswandel, que al describir la despedida que se le ofreció a su unidad notó la tensión romántica del ambiente, escribió en su diario que, cuando su unidad llegó a Pensilvania, las mujeres abordaron el barco de vapor con canastos llenos de comida y, asimismo, "creo que algunas de las damas se están enamorando de algunos de los hombres y uno de los nuestros me dijo que se había enamorado de una de las muchachas".[97] Las unidades del ejército regular no eran recibidas con fanfarrias: sus hombres todavía no habían llegado al término de su contrato y, simplemente, estaban de paso hacia otros destinos; los familiares de los hombres de las unidades no se concentraban en ningún lugar en particular y la población civil seguía considerándolos como hombres de mala reputación. Como lo señaló el soldado regular Alonzo Sampson: "Muchos de nosotros no teníamos un hogar, estrictamente hablando, y yo era uno de ellos."[98] El final de la guerra no significó para ellos el retorno a una vida respetable basada en la comunidad y la familia.

La historiadora Amy Greenberg propone establecer la diferencia entre la noción de que el mejor hombre era comedido, moral y un buen sostén de su familia y la noción de que los hombres debían ser fuertes, agresivos y dominantes. Los dos modelos eran patriarcales y los dos dieron apoyo al expansionismo, pero es probable que los hombres comedidos consideraran el comercio y la difusión de las instituciones sociales y religiosas estadounidenses como el medio adecuado, mientras que a los marciales los fascinara la conquista violenta.[99] Parece ser que, tanto en los pueblos como en las granjas de la cuenca del río Misisipi y en las ciudades del este que más tarde proveyeron la segunda oleada de regimientos de voluntarios, esos dos modelos coexistieron en los mismos espacios e incluso en las mismas personas. En la vida civil, muchos hombres podían ser moderados y un buen sostén de su familia la mayor parte del tiempo, pero apreciaban las oportunidades que se les presentaban para adoptar formas más marciales de la masculinidad en las tabernas, las partidas de caza y los días de elecciones: esos escenarios eran bien conocidos como ocasiones para beber, alardear, dar prueba de proezas físicas y participar en riñas e incluso en duelos mortales. Los hombres defendían su honor y afirmaban su capacidad para dominar a otros, no sólo a las mujeres, sino a las personas de otras razas, y lo hacían de una manera extraordinariamente social que era más que notable porque no había mujeres presentes.[100] Los actos de los soldados voluntarios, desde el momento en que éstos se reunieron en los campamentos de Estados Unidos hasta el retorno a sus comunidades, pasando por sus experiencias vividas en México, indican que, en muchos sentidos, el hecho de haber estado en una unidad de voluntarios durante la guerra contra México fue como haber vivido un interludio inusualmente prolongado en una cacería, en una taberna o en unas elecciones.[101]

Por lo general, los voluntarios eran quienes elegían a sus oficiales y, en muchos casos, los hombres que ya habían ocupado posiciones de liderazgo político o aspiraban a ellas en su comunidad fueron quienes atrajeron a los primeros voluntarios, y esperaban ser oficiales de las unidades de voluntarios que los ayudarían en sus expectativas políticas futuras. Por ejemplo, los rumores indicaban que la formación del regimiento de voluntarios de Arkansas fue diseñada para impulsar la carrera de su coronel, Archibald Yell. La elección de los oficiales formaba parte de un sis-

tema político muy partidista, en el que los whigs y los demócratas se disputaban la supremacía y, en más de una unidad de voluntarios, los resultados de las elecciones fueron muy disputados: tanto las intrigas electorales como los sentimientos partidistas eran muy intensos.[102] Sin sorpresa alguna, las elecciones de los oficiales se parecían mucho a las otras elecciones estadounidenses, en las que los discursos iban acompañados de abundantes promesas e incluso de una distribución más abundante de bebidas alcohólicas —whisky, sobre todo— y también de alardes y muchas reyertas; como lo describe Oswandel: "Por lo general, como en todas las otras elecciones, las peleas y los golpes entre unos y otros estaban a la orden del día; algunos de nuestra compañía peleaban como bulldogs si alguien decía algo contra el capitán Small. El desorden era mantenido todo el día por los diferentes partidos."[103] Aunque en ocasiones los hombres elegían oficiales que resultaban ser líderes militares eficaces, las cualidades que llevaban al éxito electoral no necesariamente convivían con las necesarias para el mando militar, por lo que los voluntarios solían quejarse de que sus oficiales eran incompetentes, mientras que a los oficiales del ejército regular los confundía en particular el ver que algunos de los hombres elegidos habían resultado reprobados en la Academia de West Point.[104]

Los voluntarios eran soldados ciudadanos y, desde su punto de vista, la parte del ciudadano en su identidad se imponía a la parte del soldado: se consideraban exactamente iguales a sus oficiales e insistían en ser tratados de la misma manera. El teniente Daniel Harvey Hill del ejército regular hizo la siguiente observación sobre uno de los regimientos de Ohio: "los hombres piensan que son exactamente iguales a sus oficiales".[105] Con frecuencia, los voluntarios afirmaban de forma explícita que no deberían ser tratados como esclavos; Oswandel, irritado por los duros castigos que un general imponía a su unidad, escribió: "Recuerde que esos hombres no son sus esclavos en su plantación; no, son sus iguales en todas y cada una de las sociedades de todos los Estados Unidos de América."[106] Algunos voluntarios insistían incluso en el derecho a sostener reuniones para expresar sus opiniones sobre las órdenes o aun para destituir a los oficiales de su cargo por medio del voto.[107] Los enfrentamientos abiertos con los oficiales eran comunes; William Glass, un voluntario de Kentucky, se resintió cuando el teniente W. C. Jones le ordenó regresar al campamento y le dijo de manera enfática: "¡Demonios! Usted no es mejor que yo de ninguna manera [...]. Porque tiene unos galones en los hombros, cree que puede darme órdenes como a un perro."[108] Los hombres li-

bres estaban dispuestos a defender con violencia sus derechos, como el cabo Harvey, de Indiana, que, cuando el teniente James Epperance trató de confiscar un barril de whiskey robado, le dijo: "Usted es un oficial; ojalá pueda arreglarme con usted unos minutos; no siempre será oficial."[109] En teoría, los voluntarios estaban sometidos a las mismas formas de castigo corporal que los soldados regulares, pero insistían en que el castigo corporal no debía aplicárseles, porque eran ciudadanos estadounidenses libres; incluso llegaron a emprender acciones directas para impedirlo en las raras ocasiones en que los oficiales se atrevieron a sentenciar a algunos voluntarios al castigo corporal.[110] En el ejército, la práctica era leer en voz alta con regularidad el Código Militar, que especificaba las normas y los castigos permitidos; Richard Coulter escribió que, cuando un oficial leyó los artículos a su regimiento de voluntarios, su auditorio se mostró muy divertido porque los consideraba "completamente inaplicables a su caso"; más adelante, Coulter extendió la diferencia para incluir el adiestramiento cuando escribió: "la política de pasar lista y entrenar frecuentemente es buena cuando se aplica a los regulares, pero los voluntarios deberían estar exentos de todas esas tareas, con excepción de las absolutamente necesarias". La convicción de que su servicio era diferente al de los soldados regulares era tan fuerte que, después de que los voluntarios habían gastado los uniformes distintivos de su regimiento, se rehusaban a que se les dieran uniformes del mismo color que el de los soldados regulares.[111]

El hecho de que los oficiales de los voluntarios hubieran sido elegidos por sus hombres y de que, en general, esperaran seguir con una carrera política exitosa después de regresar a su comunidad natal reducía de manera drástica todo incentivo para que se esforzaran por mantener en línea a sus tropas. Todo el mundo sabía eso.[112] Por lo general, los oficiales eran unos cuantos años mayores que los hombres que mandaban y, a menudo, los que eran eficientes ejercían una especie de autoridad paternal y cordial. El capitán John Lowe escribió que tenía "80 muchachos alocados, irreflexivos y despreocupados de los que debía encargarse con tanto cuidado como uno haría con los miembros de su familia".[113] Un oficial de Indiana recomendaba a los otros oficiales que los voluntarios se comportarían bien si los trataban como ciudadanos a los que se les pueden pedir cosas razonables, pero más tarde descubrió que eso tampoco daba los resultados deseados.[114] Los problemas que los oficiales tenían para controlar a sus hombres empeoraban drásticamente debido a los orígenes de las unidades: los oficiales temían que, si castigaban a sus hombres, eso

perjudicaría su carrera política, pero lo más inquietante es que los soldados se mostraban renuentes a testificar sobre los crímenes de unos camaradas que aún serían sus vecinos. Las autoridades militares no lograban que los voluntarios admitieran los delitos que habían cometido o de los que habían sido testigos; la camaradería entre los voluntarios era tan fuerte que les permitía desafiar a sus oficiales, porque sus lazos sociales se extendían más allá del servicio militar, no sólo al pasado común en su juventud sino también a su futuro como vecinos. Como resultado, las autoridades militares se desesperaban por no lograr domeñar su comportamiento.[115]

La indisciplina de los voluntarios durante la guerra contra México era notoria y fue documentada no sólo en los partes de muchos oficiales regulares sino también en las memorias y las cartas de muchos de los propios voluntarios.[116] Las consecuencias de esta indisciplina son incontables: era difícil enseñarles las complejas maniobras y la firmeza bajo el fuego enemigo, que eran de capital importancia para la estrategia en la época de los mosquetes sin cañón estriado; asimismo, los voluntarios eran muy propensos a los accidentes y muchos resultaron muertos y heridos en percances ocurridos con las armas de fuego o en los incidentes en que confundieron a los camaradas con los enemigos;[117] lo más grave fue que los voluntarios se destacaron por rehusarse en forma directa a obedecer las órdenes que no les agradaban, como las de permanecer en el campamento o mantenerse en las columnas cuando marchaban, o las órdenes de hacer la guardia, adiestrarse o trabajar.[118]

Cuando unos hombres armados que tenían lo que, con benevolencia, podría llamarse una disposición independiente se rehusaban a obedecer las órdenes que recibían, la situación podía llegar a ser muy peligrosa, dado que, con mucha frecuencia, los oficiales tenían que hacer frente al abuso verbal o a las amenazas:[119] los insultos podían llevar al ataque físico, ya fuese por un solo soldado o por un grupo.[120] Los soldados descontentos con las órdenes se sentían envalentonados por el apoyo de sus camaradas, al grado de que las unidades se enfrentaban en desafíos verbales o físicos. En Estados Unidos, en la época jacksoniana, los motines y los actos en masa eran muy comunes y las unidades de voluntarios eran más que nada una extensión de ese tipo de país: los hombres descontentos acribillaban a los oficiales con huevos podridos o incluso iban más lejos;[121] a menudo, los oficiales tuvieron que hacer frente a los soldados amotinados apoyados por sus camaradas o transigir con ellos, pero más de una vez estalló la violencia:[122] El caso más famoso ocurrió cuando el

coronel Robert Paine de los Voluntarios de Carolina del Norte, irritado por la conducta pendenciera de sus hombres, los amenazó con aplicarles los castigos corporales comunes en el ejército regular; ultrajados, los hombres rodearon su tienda y se pusieron a apedrearla; los hombres que estaban de guardia se rehusaron a brindarle ayuda, por lo que Paine disparó contra la turba con sus pistolas y mató a uno de los hombres.[123] Los soldados voluntarios también llegaron a ejercer una violencia más subrepticia, valiéndose de la confusión de la batalla como la oportunidad para matar a los oficiales que los habían ofendido.[124] Los oficiales tenían la inclinación a satisfacer a sus hombres, no sólo con el propósito de impulsar su futura carrera política, sino también para evitar la posibilidad de que sus subordinados se amotinaran y dirigieran la violencia contra su propio oficial.[125] Los mismos oficiales de los voluntarios eran producto de esa orgullosa cultura jacksoniana en la que los hombres se sentían impelidos a defender con violencia su honor y hubo muchos casos en los que las disputas entre los oficiales llegaron al borde de la violencia; una de las más reveladoras tuvo lugar entre Joseph Lane y su primo James Lane: la disputa entre esos dos oficiales de Indiana llegó al grado en que se apuntaron uno a otro con las armas cargadas frente a todo un regimiento.[126]

Los voluntarios se consideraban hombres libres y algunos llevaron esa idea lo suficientemente lejos como para desertar antes de que terminara su tiempo de servicio. Los soldados del ejército regular también desertaban, pero, para los voluntarios, la deserción era diferente en muchos sentidos: alrededor de 13 por ciento de los soldados regulares desertó durante la guerra y alrededor de 6 por ciento de los voluntarios lo hizo; los regulares desertaron estando tanto en suelo estadounidense como en el mexicano y, en muchos casos, incluso ya en México, buscaron desertar en definitiva del ejército. Una vez que sus regimientos realmente se desplegaron en México, los voluntarios tendieron a permanecer apegados a sus unidades, salvo por las breves ausencias no autorizadas, que solían ser para ir a beber o atacar a los civiles mexicanos. Los voluntarios que sí abandonaron el ejército lo hicieron por lo general antes de que sus unidades llegaran a México; se trataba de los hombres que se habían alistado durante la fiebre de reclutamiento y que, más tarde, comprendieron que el servicio en el ejército durante la guerra sólo podía proporcionarles gloria y pillaje a cambio de una separación muy prolongada de su familia, por lo que muchos desertaron a los pocos días de alistarse, en ocasiones incluso con el permiso de sus propios comandantes. Parece ser que las autoridades hacían pocos esfuerzos, o ninguno, por obligarlos a continuar en el ser-

vicio contra su voluntad, aunque al menos una unidad humilló en forma pública a los que no estaban dispuestos a ir a México.[127]

Con todo, la gran mayoría de los voluntarios permaneció en sus unidades. Se alistaron arrastrados no sólo por la fiebre de la guerra, con las invocaciones al patriotismo y, lo más inquietante, al pillaje, sino también por las actividades que por lo general iban asociadas a los días de fiesta y de elecciones: beber, alardear y demás formas de parranda. Esas actividades siguieron adelante en los campamentos temporales mientras se formaban los regimientos en las poblaciones estratégicas a lo largo de los sistemas fluviales y, de nuevo, en los barcos de vapor que los llevaron a Nueva Orleans y en el campamento establecido en esa ciudad. Para entonces, los voluntarios estaban empezando a enfrentar, con sorpresa, la realidad de que los soldados pasaban poco tiempo combatiendo y de que había un interminable tiempo de espera, usualmente en condiciones incómodas, mientras los generales y los políticos planeaban las campañas y definían los detalles logísticos. Mientras aguardaban, los voluntarios continuaban bebiendo y apostando, en los campamentos y durante las visitas a la población local. La sociedad estadounidense era notoria por su alto consumo de alcohol y la reunión de hombres lejos de las mujeres —como en las partidas de caza, las tabernas o el día de las elecciones— era buena ocasión para beber un poco más. El aburrimiento de semanas de espera también contribuía: sin duda, los soldados del ejército regular también bebían, pero no podían hacerlo sin freno alguno porque el consumo excesivo de alcohol y el mal comportamiento mientras bebían llevaban directamente al violento castigo corporal, pero los voluntarios no tenían que hacer frente a ese problema y ellos y casi todos los que los observaban hicieron notar el predominio de la bebida, las reyertas, los juegos de azar y todo lo demás que iba con ello.[128] Unas pocas almas valientes, inspiradas por el creciente movimiento pro templanza, formaron clubes de abstinencia en sus unidades, pero ese tipo de esfuerzos fue definitivamente minoritario, pequeñas islas en un mar de alcohol.[129]

Esos voluntarios indisciplinados, a menudo ebrios, al margen de las restricciones que imponía la mitad más moderada de la sociedad local y al mismo tiempo envalentonados por la solidaridad de sus amigos, eran propensos a cometer delitos, incluso en contra de otros estadounidenses. Cuando el regimiento de caballería de Kentucky se abría paso a través de Arkansas, sus soldados robaron "puercos, pavos, gansos, melones y sartenes", en palabras de un voluntario. Los voluntarios de Indiana participaron en un disturbio de borrachos y robaron comida a los vendedores en

su primer campamento en la ribera del río Ohio: se informó que su primera baja, que ocurrió antes incluso de que se embarcaran río abajo hacia México, fue un voluntario muerto debido al envenenamiento con alcohol. Muchos voluntarios pasaron cierto tiempo en Nueva Orleans, aguardando a ser transportados a México, y no sólo se fueron de juerga, sino que cometieron robos, asaltos y vandalismo en contra de la población civil.[130] Algunos repitieron el comportamiento de robar a la población civil estadounidense incluso mientras viajaban por los ríos de regreso a su comunidad una vez terminado su servicio militar;[131] en la zona de guerra, los voluntarios robaron propiedades del gobierno y los efectos personales de otros soldados.[132]

Los voluntarios se vieron liberados de las restricciones sociales y, al mismo tiempo, envueltos en el abrazo aprobador de sus amigos, bajo el mando teórico de los oficiales, que necesitaban el favor de los soldados o estaban acobardados por su violencia. Esa receta perfecta para la indisciplina militar no fue un accidente de la historia: esos hombres no fueron reunidos para una partida de caza o unas elecciones, sino que lo fueron para combatir en una guerra contra los mexicanos, los que, según se les había enseñado, eran racialmente inferiores, al igual que los hombres sometidos a la esclavitud en el sur de Estados Unidos o los indios que habían sido invadidos en forma sistemática a lo largo de decenas de años de guerras sanguinarias.[133] No es de sorprender el hecho de que esos voluntarios hicieran de la población civil mexicana su víctima, sistemática y espantosamente. En el parte enviado al secretario de Guerra, Richard William Marcy, el general Winfield Scott, oficial de más alto grado del ejército estadounidense, ofrece una visión de conjunto a propósito de los voluntarios:

> si la décima parte de lo que se dice es cierto, han cometido en México atrocidades —horrores— suficientes para hacer llorar al cielo y hacer que todo estadounidense, de moral cristiana, *se avergüence* por su país. El asesinato, los robos y la violación de las madres y las hijas, en presencia de los hombres de la familia atados, han sido comunes a lo largo del río Bravo. Me sentí angustiado por lo que oí, no sólo de los mexicanos y los [soldados] regulares, sino de voluntarios respetables, de los capitanes y de la tripulación de nuestros barcos de vapor. Verdaderamente, parecería poco cristiano y cruel soltar contra la gente —incluso contra los salvajes— a unas personas tan desenfrenadas, saqueadoras, etc., etc.[134]

Tristemente, parece ser que mucho más de la décima parte de lo que Scott oyó fue cierto.

Los voluntarios robaban a los estadounidenses, pero robaban mucho más a los mexicanos, casi en todos los lugares adonde los llevaron las campañas. En sus memorias y cartas enviadas a sus familias, los propios voluntarios describían esos robos, aunque el hombre que escribía pocas veces admitía su involucramiento personal y, en lugar de ello, sólo informaba de las actividades de los otros. Durante su reclutamiento, los voluntarios se habían visto tentados por la posibilidad del pillaje y, aunque era algo completamente no oficial, era una oferta que aceptaban de todo corazón. Sin duda alguna, en la cultura militar de Europa y América se consideraba normal que los soldados robaran al enemigo muerto en el campo de batalla o que saquearan las ciudades tomadas por medio de ataques sanguinarios: tanto los soldados del ejército regular estadounidense como, por supuesto, los mexicanos, tuvieron ese tipo de comportamiento; sin embargo, los voluntarios llegaron mucho más lejos: despojaban a muchos mexicanos y sus hogares de sus objetos de valor y también saquearon en forma sistemática los recursos económicos de los que dependían los mexicanos. Todo, desde los productos alimenticios que las mujeres ofrecían para su venta en los mercados hasta el ganado, que era parte importante del capital de los colonos pobres del norte, pasando por los postes de las cercas y las casas, tan a la mano para las hogueras de los campamentos de los voluntarios: nada que pudieran consumir en México o que fuese valioso y suficientemente pequeño como para llevarlo consigo a Estados Unidos estaba a salvo y parecían considerarse con derecho a todo. Además, se irritaban ante los esfuerzos por refrenar sus robos. El voluntario Oswandel criticó a un general que reprendió a su unidad por robar, insistiendo en que ellos se merecían lo que habían robado, después de la marcha y el combate, y añadió: "los soldados que tienen que pelear contra su enemigo en un país enemigo jamás pasarán hambre mientras haya gallinas cerca".[135] Una de las cosas asombrosas sobre esos robos es lo bien documentados que están en las memorias y las cartas, y lo poco que se mencionan en los expedientes generados en los juicios militares. Casi sin duda, la discrepancia es resultado de que los voluntarios no testificaban en contra de otros voluntarios y, sin su testimonio, el sistema de la justicia militar era impotente.[136]

La promesa en el sentido de que los voluntarios tendrían la oportunidad de robar a los mexicanos no era oficial, pero la promesa de que el hecho de ser voluntarios les daría la oportunidad de combatir contra los

mexicanos sí lo era. Sin duda alguna, el presidente James K. Polk quiso decir que los voluntarios combatirían contra los soldados mexicanos, pero aquéllos se encontraron con que los encuentros con éstos eran más o menos raros y breves; ¿cómo, entonces, podían poner a prueba su masculinidad y relacionarla con el destino manifiesto? Para muchos, la respuesta estaba a la mano en los cuerpos de la población civil mexicana: en ocasiones, los dos grupos se llevaron bastante bien gracias al comercio, que los beneficiaba a ambos, y a unos impulsos más tiernos, como la amabilidad y la curiosidad, pero lo más frecuente fue que los voluntarios, borrachos, aburridos o simplemente irritados, acostumbrados como estaban a la interacción violenta incluso con sus iguales estadounidenses, volvieran su atención a la población civil mexicana; con un humor más despreocupado, podían participar en bromas violentas, como obligar a un mexicano a correr por las calles en su ropa de dormir. Las reyertas eran comunes: Henry Smith Lane, voluntario del estado de Indiana, escribió que una riña con algunos civiles mexicanos que superaron a algunos de sus camaradas llevó a la venganza por medio de un incendio intencional.[137] Los asaltos contra los mexicanos eran frecuentes cuando los estadounidenses estaban ebrios, pero, como ya se ha visto, esa condición parece haber abarcado una cantidad extraordinaria de las horas que los voluntarios pasaron en el ejército.[138]

Los delitos que los voluntarios cometieron en contra de la población civil mexicana a menudo abarcaron algo más que los robos y las agresiones: incluyeron el asesinato y la violación. En ocasiones, los estadounidenses informaron sobre esos crímenes con términos eufemísticos que también ocultaban los delitos menos atroces, usando palabras como *excesos, ultrajes* y *depredación*.[139] En ocasiones, esos términos generales pueden haber sido esfuerzos por ocultar los crímenes más brutales, pero, dado que, también en ocasiones, las mismas fuentes se refirieron a delitos específicos, es más probable que los términos generales fueran una manera abreviada de ahorrar papel cuando se informaba de un hecho conocido.[140] El asesinato de civiles mexicanos fue muy común desde el momento en que los primeros voluntarios llegaron por primera vez a la ribera del río Bravo a principios del verano de 1846 hasta el día en que los últimos abandonaron el territorio mexicano casi exactamente dos años después. Con frecuencia, los voluntarios asesinaban a los mexicanos que protestaban por el robo de sus bienes: un mexicano que no estuviera dispuesto a permitir que los voluntarios se marcharan con una manta o con su ganado sin protestar pronto podía convertirse en un mexicano muer-

to.[141] Con mucha frecuencia, no obstante, los asesinatos no parecen haber tenido un motivo tan bien definido, dado que hubo asesinatos de mexicanos en contextos muy variados: en las calles de los pueblos y ciudades, en los caminos e incluso en las afueras de los campamentos estadounidenses, pero lo más frecuente es que no se expusieran las razones. Era más probable que los voluntarios y los soldados regulares que escribieron sobre esos asesinatos afirmaran que los voluntarios no atribuían ningún valor a la vida de los mexicanos o que, simplemente, pensaban que se trataba de malas personas a que describieran los motivos específicos, y los mexicanos que también escribieron al respecto adoptaron una actitud similar.[142] Los comandantes estadounidenses no aprobaban los asesinatos casuales de civiles mexicanos, pero les era difícil llevar a juicio a los voluntarios criminales. Daniel Harvey Hill consignó un conmovedor relato respecto a que los padres de un muchacho asesinado llevaron el cadáver de su hijo a la tienda del general Taylor, a quien le dijeron que el asesino pertenecía al regimiento de Kentucky, pero ninguno de los camaradas del criminal comunicó a las autoridades el nombre del acusado, a pesar de que 40 de ellos fueron testigos del crimen.[143]

Los voluntarios admitían sin tapujos que otros voluntarios habían cometido asesinatos, pero nunca admitían haber cometido violaciones, aunque, tanto las fuentes mexicanas como los oficiales estadounidenses del ejército regular indican que a menudo los voluntarios violaban a las mexicanas. En ocasiones, las violaciones fueron consignadas con un lenguaje velado: el teniente Theodore Laidley del ejército regular dio parte de que los voluntarios "roban las casas, saquean las iglesias y arruinan a las familias", mientras que el civil mexicano José María Aldrete escribió que los voluntarios habían "hecho horrores con algunas familias".[144] El recurso al lenguaje velado sugiere lo atroz que era ese crimen para la gente y el lenguaje específico usado tanto en las fuentes estadounidenses como en las mexicanas sugiere que la violación era terrible en ambas culturas justo porque los ataques al honor y al cuerpo de las mujeres eran ataques a la familia, que en ambas culturas eran consideradas como los fundamentos de una sociedad moral: esos ataques también dañaban el honor de los padres y los hermanos de las mujeres a los que, en ocasiones —los voluntarios enfatizaron esto—, obligaron a ser testigos de las violaciones.[145] Esos hombres estadounidenses del siglo XIX se valían de la violencia sexual contra las mexicanas como una manera de poner de relieve su dominación racial, de la misma manera en que solían ejercer esa violencia contra las afroamericanas y las indias.[146] Muchos estadounidenses, en especial

los oficiales del ejército regular y los soldados regulares alistados, deploraron esas violaciones; su testimonio es la mejor corroboración de que el clamor de los mexicanos en contra de la violencia sexual de los voluntarios estadounidenses no era exagerado.[147]

Lo que ahora nos parecen actos de violencia sin sentido no eran anomalías, ni siquiera actos sin sentido, al menos si se toma “sin sentido” como un hecho “inexplicable”; eran el resultado lógico de lo que los voluntarios consideraban como su identidad antes de unirse al ejército, de sus razones para tomar la importante decisión de alejarse de su hogar y correr grandes riesgos, y de sus creencias respecto a los mexicanos. Por lo general esos crímenes no favorecían los objetivos militares ni fomentaban los objetivos políticos de los expansionistas; sin embargo, eran producto de los aspectos expansionistas y racistas de la cultura jacksoniana que impulsó a Estados Unidos a esa guerra. En consecuencia, parece apropiado examinar las razones por las que los voluntarios se alistaron y sus creencias respecto de la relación con Estados Unidos y sobre los mexicanos.

La mayoría de los voluntarios eran hombres jóvenes solteros y uno de los motivos que tuvieron para atender el llamamiento a alistarse fue, evidentemente, la aventura: querían “ver el elefante”, una frase que, en el lenguaje de la época, se refería a lo fuera de lo común y a lo emocionante.[148] Sin duda alguna, la gloria militar era considerada como una aventura, pero la oportunidad misma de viajar a tierras extranjeras también era importante: los primeros voluntarios estaban convencidos de que se dirigían a algo nuevo, ya fuese al nuevo y fascinante territorio de Texas, ya al lejano oeste, asociados ambos a las oportunidades de cada individuo. Algunos voluntarios pueden haber considerado como una oportunidad el unirse a la migración al oeste a expensas del gobierno; sin embargo, el Congreso no aprobó una ley que asignara tierras del oeste a los reclutas sino hasta febrero de 1847, después de que el reclutamiento de nuevas tropas se había vuelto difícil. Con todo, antes el Congreso había asignado tierras a aquellos que sirvieron en la guerra de independencia y en la de 1812, y es posible que incluso algunos voluntarios de la primera oleada creyeran que tal vez habría concesiones similares en el caso de la guerra contra México.[149] El beneficio más tangible que se ofreció a los voluntarios de la primera oleada fue la soldada, acaso más dinero en efectivo que el que esos jóvenes tendrían la posibilidad de ganar pronto; era un incentivo particularmente fuerte para los voluntarios reclutados más tarde en las ciudades del este, por las mismas razones que atraían a algunos de los hombres que servían en el ejército regular.[150]

Para los reclutas voluntarios, a diferencia de los del ejército regular, el patriotismo también era un motivo importante. Los dirigentes estadounidenses habían trabajado durante casi 50 años para imbuir un sentido de identidad nacional por medio de la educación y las conmemoraciones de la independencia, con discursos y música en un ambiente de fiesta. Los voluntarios eran patriotas de forma consciente, les gustaba cantar las canciones patrióticas y celebrar las fiestas patrióticas, incluso cuando se encontraban lejos de suelo estadounidense:[151] creían que estaban siguiendo el ejemplo de los patriotas militares y con frecuencia hablaban de sus antepasados de la guerra de independencia, pero también hablaban, incluso con mayor frecuencia, de sus antepasados de la guerra de 1812. Esto último fue particularmente cierto con la primera oleada de voluntarios de la cuenca del río Misisipi: en Nueva Orleans, antes de embarcarse a México, acamparon en el lugar donde Andrew Jackson había derrotado a los británicos en la batalla de Nueva Orleans. Esa batalla era una piedra de toque especial para ellos, en parte, porque eran eminentemente jacksonianos y, en parte, porque crecieron creyendo que la victoria de Jackson se había logrado con soldados ciudadanos como ellos. En muchas de sus memorias y cartas, los voluntarios describieron su relación emocional con ese campo de batalla;[152] para ellos, Jackson, incluso más que George Washington, fue el héroe guerrero por antonomasia, el hombre que, a partir de unos antecedentes modestos, se elevó hasta ser el comandante de los soldados ciudadanos en la batalla de Horseshoe Bend y humilló a los altivos británicos en Nueva Orleans.

Robert Johannsen puso de relieve la manera en que el romanticismo, quizá la vena más profunda de la cultura popular estadounidense en la época, moldeó los puntos de vista de esos soldados sobre la guerra. Muchos voluntarios habían leído la *Historia de la conquista de México* de William H. Prescott, cuyas románticas descripciones abrieron su apetito de echar una mirada a "los Palacios de los Moctezuma"; Walter Scott era un escritor querido y, como él, la literatura patriótica sobre las guerras estadounidenses del pasado también las describió con un tono caballeresco y romántico; en palabras de Johannsen:

> La idealización del pasado encontró analogías con las victorias mexicanas en los anales militares del mundo; una tendencia a considerar la guerra como un drama moral, la búsqueda de honores y gloria en el campo de batalla, y la reverencia hacia los héroes, el heroísmo y el ideal heroico.[153]

Esa visión tuvo importantes consecuencias para la manera en que se condujeron los voluntarios, al deslegitimar, por ejemplo, las tácticas de guerrilla de los mexicanos por ser deshonrosas; en términos más prosaicos, no obstante, la imagen romántica que los voluntarios tenían de la guerra significaba que no asociaban de manera alguna la guerra con el trabajo, a diferencia de los soldados del ejército regular. En ocasiones, los voluntarios se mostraban renuentes al adiestramiento, el trabajo que los oficiales consideraban como el más importante para los soldados, porque los preparaba para actuar en el campo de batalla; en ocasiones, asimismo, los voluntarios llevaban a cabo con mayor o menor disposición otras tareas típicas de los soldados, como la limpieza de los campamentos y otros cuarteles, ayudando a transportar los suministros y preparando las fortificaciones para los sitios;[154] por lo general, sin embargo, tenían una fuerte aversión al trabajo.[155] Oswandel consignó que, cuando se ordenó a los hombres de su unidad que barrieran sus cuarteles, la orden "hizo que los hombres despotricaran y maldijeran y dijeran al coronel Wynkoop que no barrerían las calles, porque no se habían alistado para barrer; y, si Estados Unidos no tenía dinero para contratar barrenderos, ellos mismos les pagarían con sus propios medios escasos, antes que ser esclavos".[156] Un voluntario de Arkansas hizo notar: "Vine aquí para combatir contra los mexicanos, no para convertirme en una mula y arrastrar carromatos, y repito, si esto es la guerra, ya no estoy en ella."[157] En febrero de 1847, mientras los estadounidenses se retiraban ante un ejército mexicano que avanzaba, los voluntarios de Arkansas se rehusaron de plano a obedecer las órdenes de cargar los carromatos y toneladas de provisiones tuvieron que ser quemadas para evitar que cayeran en manos del enemigo.[158]

LA OPINIÓN DE LOS VOLUNTARIOS SOBRE LOS MEXICANOS

Nuestro anónimo voluntario de Arkansas y sus hermanos de las otras unidades creían que estaban ahí para combatir a los mexicanos; sus ideas sobre éstos fueron importantes para la experiencia que tanto uno como otros tuvieron en la guerra. Esas ideas habían sido moldeadas por la manera en que los estadounidenses habían llegado a considerar a sus vecinos como miembros de una raza diferente e inferior: el momento clave de esta degradación a la condición de una raza inferior fue la guerra de independencia de Texas. Ésta no había comenzado como una extensión cons-

ciente del expansionismo de Estados Unidos, pero pronto llegó a serlo, cuando miles de estadounidenses acudieron en oleadas a Texas en ayuda de los rebeldes. Esa migración ilegal en grandes números fue incitada por una enorme campaña de propaganda en periódicos y reuniones públicas: los partidarios de los rebeldes argumentaban que los mexicanos no tenían la experiencia militar suficiente para derrotar a los indios, que eran demasiado perezosos para hacer que las magníficas tierras de Texas fueran productivas y que eran traicioneros y crueles con los texanos de origen inglés.[159] Las continuas batallas entre texanos y mexicanos atizaron esas creencias durante los diez años anteriores a 1846: en los partes sobre la guerra, las derrotas texanas fueron descritas como masacres llevadas a cabo por los crueles mexicanos y las victorias texanas, como la prueba de la cobardía o la debilidad de los mexicanos. Quizás esas imágenes negativas fueron más marcadas en la vasta cuenca del río Misisipi, porque muchos de los anglosajones que habían migrado a Texas durante y después de su independencia provenían de poblaciones de la cuenca.

Una de las ideas más importantes que los propagandistas de la revolución texana difundieron fue que los mexicanos eran demasiado perezosos para hacer un uso eficaz de los recursos naturales descubiertos en su territorio y, en sus escritos, los estadounidenses que habían vivido en México repetían esa noción.[160] Cuando los voluntarios llegaron a territorio mexicano, atribuyeron la pobreza persistente y la falta de actividad, visible en ocasiones, a la pereza de sus habitantes. En retrospectiva, resulta evidente que la pobreza y la inactividad se debían sin duda alguna a la escasez de capital, a la falta de agua para la agricultura y, sobre todo, a las dificultades del transporte, cuyos costos impedían que la mayoría de los productos fueran llevados a los mercados, que se encontraban a muchos kilómetros de distancia; por lo demás, una parte de la supuesta indolencia que vieron los voluntarios se debía sin duda alguna al hecho de que, en México, incluso la gente más trabajadora solía dividir su larga jornada diaria en dos mitades para descansar al mediodía, cuando la temperatura era más alta. Los voluntarios no estaban equipados culturalmente para observar esos detalles, porque esperaban ver mexicanos perezosos y la pereza era importante para sus ideas sobre su propia superioridad racial.[161] Los voluntarios, que observaron lo que creían que era un suelo rico y cálido, y un clima benigno, se convencían de que muchos mexicanos se contentaban con trabajar apenas lo suficiente para mantener un grado mínimo de subsistencia. Thomas Barclay escribió que los mexicanos "sólo trabajan lo suficiente para evitar pasar hambre", mientras que

William Carpenter escribió que la tierra mexicana estaba subutilizada porque "todo lo que sus ocupantes deseaban en este mundo era tener lo suficiente para comer de un día para otro, sin pensar nunca en proveer para el futuro".[162] La pereza de los mexicanos fue una de las principales justificaciones para arrebatarles su tierra; en noviembre de 1846, Henry Smith Lane escribió que la tierra

> a lo largo del río Bravo es muy fértil, pero muy mal cultivada; la gente es perezosa, ignorante y pérfida, sin patriotismo ni espíritu público, sin iniciativa, y se les haría un gran favor si se les quitara su país [...]. El clima aquí es singular, al menos para un hombre del norte; ahora hay en el mercado maíz verde, chícharos, frijoles, sandías, melones, cebollas, rábanos y toda la variedad de verduras que tenemos en la primavera en el norte, además de muchas más que son peculiares de este clima. En una palabra, Dios ha hecho mucho para bendecir y el hombre para maldecir este país como ninguna región de la Tierra.[163]

A. C. Pickett añadió: "vi muchos lugares en los que la industria y la empresa estadounidenses florecerían como un jardín".[164]

La revolución de Texas y las campañas de propaganda que generó también difundieron la idea de que los mexicanos no eran de fiar, lo que, de igual manera, moldeó lo que los voluntarios pensaban estar observando en México: creían que los varones mexicanos eran cobardes y ladrones dispuestos a robar o cometer actos de violencia de manera subrepticia.[165] Franklin Smith escribió: "como pueblo, los mexicanos son capaces de toda traición soborno corrupción fraude y robo [*sic*]" y "todo lo mexicano es pérfido y engañoso y falso".[166] Muchos estadounidenses creían que, en apariencia, los mexicanos del territorio ocupado estaban dispuestos a aceptar su presencia e incluso a venderles mercancías, pero que lo único que hacían era esperar la oportunidad de atacar sin que hubiera represalias; Robert Milroy hizo el siguiente comentario a su hermana: "los mexicanos parecen completamente sumisos en esta parte del país y se mezclan con nosotros y comercian con nosotros tan amistosamente como si nunca pensaran en la guerra, pero todos son unos demonios traicioneros y muchos de entre ellos son ladrones que se esconden por todas partes en el campo".[167] La idea de que los mexicanos no combatirían abierta y honestamente debido a los defectos de su carácter influyó en gran medida en las reacciones de los estadounidenses cuando algunos mexicanos empezaron a recurrir a las tácticas guerrilleras en su contra.

Estas opiniones sobre los hombres tuvieron mucho que ver con las

ideas sobre el género: se consideraba que los varones latinoamericanos eran afeminados y que quizás ésa era la causa principal de su pereza y de que fueran poco fiables. En ocasiones, los voluntarios hicieron comentarios al respecto: Amy Greenberg hace notar que esa imagen negativa de los varones mexicanos estaba relacionada con una imagen positiva de las mujeres mexicanas y que ambas imágenes sirvieron para justificar el expansionismo: "Las imágenes de la mujer mexicana atractiva y del varón mexicano afeminado descritas en la literatura popular sobre la guerra ayudaron a justificar la agresión contra México."[168] Demuestra que, en los escritos de los expansionistas, el atractivo de las mujeres mexicanas no era simplemente una idea abstracta; muchos de ellos escribieron que México podía ser absorbido por Estados Unidos por medio del matrimonio de hombres estadounidenses con mujeres mexicanas y esa idea fue adoptada de forma más categórica en las novelas y los relatos escritos durante la guerra; en ellos, las mujeres son por lo general relativamente más ricas y más españolas que las indias, el tono es marcadamente romántico y la idea última es que se pudo haber resuelto el conflicto por medio de la conciliación.[169]

Muchos de los voluntarios participaron en la aventura mexicana en un momento de su vida en el que se esperaba que estuvieran buscando a su posible esposa; cuando se combina ese hecho con la propaganda expansionista que los urgía a considerar la anexión a una escala más personal, si se puede expresar así, no debe sorprender el que muchos de ellos consideraran a las mujeres mexicanas como posibles parejas para el matrimonio. Con frecuencia hicieron comentarios sobre la apariencia de las mexicanas y valoraron en especial a las mujeres ricas y de piel más clara;[170] sin embargo, también hicieron comentarios sobre la amabilidad, la ética de trabajo y la moralidad sexual de las mujeres.[171] Este último aspecto era de capital importancia, porque, para que los voluntarios consideraran a las mexicanas como posibles esposas, tenían que ser mucho más fiables de lo que los voluntarios creían que eran los varones mexicanos, y muchos voluntarios llegaron a la conclusión de que no lo eran, ya que afirmaron que ellas eran infieles a sus esposos, aunque no todos estaban de acuerdo con ese punto de vista. Parece muy posible que la idea de que las mexicanas no eran castas adquirió parte de su fuerza en el hecho de que muchas mexicanas vestían de una manera que los estadounidenses consideraban poco recatada.[172] Los voluntarios eran plenamente conscientes de la propaganda que les sugería casarse con una mexicana y, en el intercambio epistolar con sus familiares y conocidos, ambas par-

tes hacían referencias burlonas a esa posibilidad;[173] no obstante, los voluntarios que se casaron con alguna mexicana en realidad fueron pocos, si bien algunos tuvieron relaciones sexuales con ellas, relaciones que, no obstante, parecen haber sido producto de la manera en que fueron arrancados de sus comunidades, lo que les ofrecía la posibilidad de tener aventuras sexuales sin las repercusiones de largo plazo, y no de la adopción de la idea expansionista de la anexión personal.[174]

Con frecuencia, las personas se convencen de que otras personas pertenecen a una raza diferente e inferior menospreciando su higiene; las mexicanas no se libraron de ese insulto.[175] También se acusaba a los varones mexicanos de carecer de higiene: los voluntarios a menudo se referían a ellos como "grasientos" y uno de ellos se refirió a las mexicanas incluso como "*greaseritas*".[176] La idea consistía en que los mexicanos tenían una apariencia sucia y eso parece haberse mezclado a menudo con las ideas más generales de las diferencias físicas entre los mexicanos y los estadounidenses blancos. En la época jacksoniana de Estados Unidos, los blancos estaban cada vez más obsesionados con las diferencias raciales y la jerarquía de las razas, y llevaron esa obsesión consigo a México. Los voluntarios examinaban la complexión de los mexicanos para asegurarse de que ellos mismos eran blancos y de que, dado que los mexicanos no lo eran, ellos podían dominarlos de forma justificada y sin peligro. Se criticaba a los mexicanos por ser descendientes de indígenas o africanos y la herencia mestiza o mulata de muchos mexicanos incomodaba a los voluntarios; así, Levi White, de Kentucky, escribió a su esposa sobre las mexicanas que observó en un baile: "No me gusta la complexión de las más bonitas; incluso las más blancas tienen una especie de apariencia de que están sucias y con manchas marrones que parece una mezcla de negro o de indígena; y el baile parecía más una especie de danza negra de Maryland que cualquier otra cosa con la que pueda compararlo."[177] Si las mexicanas no eran blancas, ¿cómo podía algún voluntario considerar el casarse con una? La respuesta para muchos fue ver a las mexicanas como blancas y a sus hombres como morenos; así, Adolphus Engelman escribió: "la única diferencia entre los hombres mexicanos y los mulatos reside en el grueso cabello lacio de los mexicanos; siendo así, nos asombra la complexión blanca de sus mujeres, que se parecen a nosotros".[178] La diversidad racial de México y las actitudes de los mexicanos con respecto a la raza desconcertaban a los voluntarios. Albert Brackett se mostró sorprendido al ver que, en el arte religioso, Jesucristo no siempre era representado como blanco y que su complexión variaba "de la piel blanca

de los europeos al matiz africano más oscuro. No puedo explicarme por qué lo pintan como blanco y como negro, a menos que sea para complacer a todas las clases."[179] La superioridad racial sirvió para justificar la guerra contra México, pero, en cierto sentido, México también representaba una amenaza precisamente porque los mexicanos no estaban dispuestos a aceptar la rígida separación entre las razas que cada vez era más fundamental para la identidad de los blancos estadounidenses.[180]

Aun cuando algunos aspectos de las opiniones de los estadounidenses sobre las razas eran fisiológicos, otros eran más culturales y, entre estos últimos, nada fue más importante que el catolicismo de los mexicanos. Como ya antes se mencionó, en la década de 1840, muchos estadounidenses abrigaban sentimientos anticatólicos:[181] los voluntarios llegaron preparados para despreciar a los mexicanos por su catolicismo, pero la mayoría de ellos nunca había visto una iglesia ni una ceremonia católicas; acostumbrados a un protestantismo relativamente austero y muy culto, los asombraba en particular lo mucho que los edificios y las ceremonias católicos dependían de los medios visuales y simbólicos para comunicar las sutilezas intelectuales y la profundidad emotiva de la religión a una población en la que muchos no sabían leer. Las ceremonias oficiadas por unos sacerdotes con complejas vestiduras les parecían a los voluntarios más teatrales que religiosas y los esfuerzos por valerse del arte para llegar al alma de los mexicanos a través de los sentidos les parecían extravagantes, en el mejor de los casos, y poco religiosas, en el peor.[182] Asimismo, algunas actitudes religiosas dejaban perplejos a los voluntarios, como el hecho de que los mexicanos solían representar los funerales de los niños como alegres despedidas a las almas destinadas a ir directamente al cielo.[183] Por lo general, los voluntarios interpretaron lo que vieron como la confirmación de que el catolicismo era una religión de ignorancia y superstición, y algunos lo vieron incluso como idólatra: con frecuencia se refirieron al ritual católico como una pantomima, lo cual implicaba que no sólo era ridículo sino también que los propios fieles estaban fingiendo.[184]

Los voluntarios culpaban al catolicismo de la pobreza y de la falta de democracia en México, y una y otra vez se refirieron al dinero que los mexicanos invertían en las iglesias y en el arte religioso, algo tan diferente de aquello a lo que los estadounidenses estaban acostumbrados. Para ellos, no obstante, ésa no era solamente una diferencia teológica o cultural: creían que esos gastos, junto con las propiedades que las instituciones eclesiásticas usaban para obtener ingresos y, así, llevar a cabo el culto

y proporcionar educación, empobrecían al pueblo de México para beneficiar a la clase sacerdotal. Thomas Barclay escribió: "Los santos padres, que, como las langostas de Egipto, oscurecen la tierra, están contentos con las vastas posesiones en bienes raíces, con los tesoros amasados mediante un sistema de robos y con los palacios, como residencias y como lugares de culto, que, con espléndida magnificencia, recuerdan los hermosos palacios de los cuentos árabes."[185] Los críticos estadounidenses del catolicismo en su país lo consideraban antidemocrático y, sin sorpresa alguna, los voluntarios consideraban el catolicismo de México como uno de los principales obstáculos a la democracia.[186]

El catolicismo también fue importante para la manera en que los voluntarios estadounidenses consideraron que los sacerdotes mexicanos eran inmorales y México, femenino; a los estadounidenses les resultaba difícil entender los votos de castidad que hacían las monjas y los sacerdotes católicos. El anticatolicismo estadounidense se alimentaba de los panfletos extraordinariamente populares y sensacionalistas que afirmaban que las monjas eran esclavas sexuales de los sacerdotes; si estos últimos no violaban su voto de castidad, eso era prueba de que no eran masculinos, mientras que, si lo hacían, eso era prueba de que eran unos farsantes.[187] Todas esas actitudes con respecto al catolicismo se conjugaron para hacer que los mexicanos varones les parecieran femeninos a la mayoría de los voluntarios y el género, la religión y las características físicas se mezclaron para convencerlos de que los mexicanos eran una raza inferior.[188]

Ni James K. Polk ni los generales estadounidenses deseaban provocar la ira de los mexicanos, porque querían que la guerra fuera contra un gobierno mexicano débil, antes que contra su población en general; asimismo, los operadores de la maquinaria política demócrata de las ciudades del este estaban ansiosos por atraer los votos de los inmigrantes católicos. En consecuencia, aun cuando los demócratas de la cuenca del río Misisipi también habían abrazado el anticatolicismo, Polk se esforzó por no mezclar la religión con la guerra, evitando criticar el catolicismo mexicano y apoyando los esfuerzos por impedir que los voluntarios atacaran a la iglesia católica. Por desgraciada, ni los generales ni los líderes del Partido Demócrata lograron controlar lo que había llegado a ser una poderosa fuerza ideológica: los voluntarios con frecuencia desobedecían las órdenes de no criticar el catolicismo[189] y, por ejemplo, algunos cometían incluso un sacrilegio deliberado, guardando sus caballos en las iglesias, mientras que otros se cuidaban de desafiar de forma abierta las costum-

bres que subrayaban el prestigio social de los sacerdotes católicos o trataban la Santa Eucaristía con mucho respeto. Por otra parte, unos cuantos voluntarios interrumpían adrede las ceremonias católicas, en especial la misa,[190] aunque la mayoría de los sacrilegios cometidos por los voluntarios se relacionaban con el robo: ya se ha visto que los voluntarios habían notado la rica ornamentación de las iglesias mexicanas, destinada a imprimir la majestad de Dios en los sentidos de los fieles. El culto católico suele utilizar vasos de metales preciosos o con incrustaciones de joyas, y los voluntarios lo sabían, sobre todo a través de las obras sobre México de mayor venta en Estados Unidos. Entre ellos, los voluntarios hablaban sin embozos de los "'Jesucristos' de oro" de México y de la posibilidad de convertirlos en botín. Parece que la novia de un voluntario le dijo que "una cama los acogería si, de acuerdo con su promesa, le llevaba su pequeño Dios de oro y su Jesucristo de plata"; por lo demás, los voluntarios incluso cantaban la siguiente canción con la melodía de *Yankee Doodle:*

Somos los muchachos rumbo a México
Canta, yanqui tonto petimetre
Imágenes de oro y plata,
A la mano y abundantes.
Grandes iglesias, con ricos altares
Santos con diamantes en collares
(Es lo que debe entenderse),
Con muchos dólares nuevos y brillantes.[191] †

Una vez en México, los voluntarios pusieron en práctica sus deseos: robaron muchos objetos religiosos de las iglesias, ultrajando de paso a los mexicanos.[192]

El anticatolicismo de muchos voluntarios estaba estrechamente relacionado con una violenta reacción creciente en contra de los inmigrantes católicos en Estados Unidos; asimismo, muchos voluntarios expresaron en sus escritos una marcada preferencia por los blancos nacidos en Estados Unidos: creían que los inmigrantes eran ordinarios y tontos, y criticaban a los que se habían alistado en el ejército.[193] Por lo demás, muchas de las compañías de voluntarios excluían a los inmigrantes de sus fi-

† *Yanqui tonto* es una canción escrita por un inglés para burlarse de los colonizadores ingleses en América; los soldados de George Washington la convirtieron en su himno patriótico durante la lucha por la independencia. [N. del t.]

las; sin embargo, los líderes entre los inmigrantes de las ciudades, la iglesia católica de Estados Unidos y los afiliados de las ciudades del este al Partido Demócrata comprendieron que la guerra representaba tanto una amenaza como una oportunidad: la asociación entre México y el catolicismo podría añadir más combustible a la idea de que los inmigrantes católicos no podían ser ciudadanos leales a la democracia de Estados Unidos. No obstante, si los inmigrantes podían demostrar que ellos también estaban dispuestos a sacrificarse por su nuevo país, su asimilación se aceleraría, lo que fortalecería al Partido Demócrata y ayudaría a proteger la iglesia; en consecuencia, esos líderes se esforzaron por organizar compañías de inmigrantes alemanes e irlandeses.[194] Esas compañías fueron incluidas en los regimientos en los que muchos soldados voluntarios veían a los inmigrantes con sospecha y desprecio, y los resultados no siempre fueron agradables: los que preferían a los nacidos en Estados Unidos no ocultaban sus sentimientos y uno de los amotinamientos más violentos visto en las filas de voluntarios fue una prolongada y encarnizada reyerta entre una compañía de irlandeses y las otras compañías del regimiento de voluntarios de Georgia.[195]

A medida que la guerra parecía llegar a su fin, los civiles estadounidenses fueron cada vez más conscientes del comportamiento de sus hijos en los regimientos de voluntarios y muchos de ellos no lo aprobaron. En tiempos de paz, los civiles despreciaban al ejército regular y a sus soldados, pero habían tratado de una manera diferente a los voluntarios, en cuanto ciudadanos ejemplares que iban a cumplir con su deber de defender a su nación en una aventura exótica lejos del hogar; sin embargo, pronto llegaron a sus comunidades informes inquietantes, sobre todo de los propios voluntarios, que empezaron a ver que su desordenada conducta y la presencia constante de la muerte por enfermedad estaban embruteciéndolos. Un domingo de descanso, en Matamoros, Henry Smith Lane escribió:

> En lugar del tañido de las campanas de la iglesia y el rumor de las oraciones y la multitud de miles de devotos cristianos, aquí tenemos los sonidos de las risas, los disturbios, las blasfemias y toda clase de irreverencias y poca piedad religiosa. Es extraño que los hombres se endurezcan y se vuelvan obstinados cada vez más cuando aumentan las probabilidades de una muerte repentina. Todas las tendencias de la vida en los campamentos son desmoralizadoras.[196]

Algunos hombres que en más de una ocasión vieron morir a sus camaradas de alguna enfermedad se volvieron insensibles y raramente prestaban atención a los funerales.[197] Por otra parte, a algunos soldados les perturbaban los crímenes que los estadounidenses cometían en contra de la población civil mexicana y así lo informaron a los periódicos de su país. Theodore Laidley escribió a su padre:

> la mayoría de los que vienen aquí parece haber dejado toda conciencia del bien y el mal en casa y sin vergüenza alguna cometen actos que los harían sonrojarse estando bajo las restricciones de la sociedad en casa. Tendrá que pasar mucho, mucho tiempo antes de que nos repongamos de las viles consecuencias de esta guerra.[198]

En sus comunidades, los civiles empezaron a expresar su desaprobación, en ocasiones, directamente a los soldados; la madre de Benjamin Franklin Scribner, un voluntario de Indiana, escribió a su hijo, diciéndole que estaba:

> avergonzada de ver en los impresos públikos [*sic*] que los voluntarios de Ohio y el 2º regimiento de los voluntarios de Indiana se han comportado de una manera indecorosa y deshonrosa con los infelices mexicanos, tomándose libertades y una ventaja indebida con las pobres hembras y también robándoles sus propiedades y provocando que huyan de sus hogares.[199]

El comportamiento común en las tabernas y en el día de las elecciones, que podría haber sido tolerable durante breves periodos en Estados Unidos, amenazaba con dañar a la sociedad estadounidense cuando dominaba la existencia de los hombres mes tras mes.

El servicio militar no sólo estaba corrompiendo a los jóvenes: estaba matándolos. La tasa de mortandad de los hombres que servían en México era diez veces más alta que la de la población de Estados Unidos, un hecho que tal vez no habría sorprendido a los jóvenes que se reunían para escuchar los discursos de reclutamiento: no podía haber gloria sin el riesgo de morir. Lo que no sabían cuando firmaban era que la mayoría de las bajas fatales no ocurrirían en el potencialmente glorioso campo de batalla, sino en los campamentos y los hospitales: fallecieron siete veces más hombres a causa de las enfermedades que en el campo de batalla.[200] Las enfermedades mortales, como la malaria, la viruela, el cólera, la fiebre amarilla y, en especial, varias formas de diarrea y disentería, afecta-

ron a las unidades tan pronto como éstas se organizaron. Las enfermedades acechaban a esos hombres en los barcos de vapor cuando se dirigían a Nueva Orleans, en el fangoso campamento de esa ciudad, donde muchos aguardaban el barco que los llevaría a México, y en todo campamento y ciudad donde fueron acuartelados; incluso muchos hombres enfermos murieron de regreso a su hogar, después de haber cumplido sus términos de servicio. La mortandad provocada por las enfermedades fue una de las experiencias determinantes para esos voluntarios, que una y otra vez escribieron al respecto en sus cartas, diarios y memorias.[201]

Ahora bien, los lugares más mortales fueron los campamentos cercanos al río Bravo: muchos de la primera oleada de voluntarios pasaron una gran parte de su tiempo de servicio en ellos, porque Zachary Taylor solamente tenía provisiones y transporte suficientes para llevar parte de sus tropas en la campaña contra México y también porque dudaba que esos regimientos estuvieran preparados para combatir cuando decidiera empezar la campaña. Los campamentos se convirtieron en osarios para los voluntarios: las enfermedades intestinales se propagaban como reguero de pólvora entre los hombres amontonados en un terreno pantanoso con tiendas inadecuadas y un suministro de agua de dudosa calidad. Murieron tantos hombres en los campamentos que los voluntarios ya no tenían madera para los ataúdes y los cenzontles aprendieron a cantar la marcha fúnebre. Henry Smith Lane, de Indiana, describió su campamento como "un cementerio, un verdadero infierno en la Tierra". Tres meses después de la llegada de su regimiento, Lane escribió a su hermano que habían perdido 70 hombres y que otros 200 o más habían sido dados de baja del ejército por su mala salud. Lane, que era un político ambicioso, había sido uno de los impulsores más vociferantes de la guerra en Indiana y, en junio de 1846, él mismo reunió una compañía del Primer Regimiento de Indiana; en septiembre, no obstante, después de haber sido testigo de otro funeral, escribió:

> Pensé en los galantes jóvenes a quienes induje a abandonar su hogar y todas sus comodidades por los pestilentes vapores y el venenoso aire de un clima sureño hasta que cada nota del funeral se hundió como un plomo en mi corazón y casi apagó sus latidos. No pude evitar pensar que, en cierta manera, yo era el responsable de su muerte, y ese pensamiento me clavó puñales en el alma.[202]

La moral se hundía, porque los soldados eran testigos todo el tiempo de los funerales; Isaac Smith escribió que "la marcha fúnebre se oía casi todos los días".[203]

Los médicos militares no podían hacer mucho por los enfermos y los soldados veían que los que ingresaban a los hospitales militares casi no recibían atención, que el alojamiento era inadecuado y que no recibían ningún cuidado.[204] Tanto los soldados como los oficiales criticaron la decisión de mantener sus unidades en los insalubres campamentos, lejos de la perspectiva de combatir, y también empezaron a cansarse de una guerra que les había parecido tan emocionante cuando los reclutaron.[205] Esas muertes chocaban con la romántica visión que los voluntarios tenían de la guerra, pero se podría decir que esa misma visión contribuyó en gran medida a las bajas por enfermedad: 15 por ciento de los voluntarios que sirvieron en la guerra murieron por enfermedad, mientras que solamente 8 por ciento de los soldados regulares murió de esa manera. Una parte de esa diferencia puede explicarse por el hecho de que muchos de los voluntarios de la primera oleada provenían de pueblos pequeños y de granjas, donde no habían desarrollado la inmunidad contra muchos agentes patógenos, mientras que los reclutas del ejército regular provenían por lo general de las grandes ciudades, donde ya habían sido expuestos a más microbios.[206] Sin embargo, las tasas de mortandad más altas entre los voluntarios también tuvieron otra causa: tanto los soldados como los políticos sabían desde hacía mucho tiempo que las enfermedades suelen ser más mortales que la violencia en las guerras, y, aunque los médicos militares y otros oficiales todavía no aceptaban la teoría de los gérmenes como causa de las enfermedades, ya habían desarrollado un respeto práctico por la importancia de la limpieza y el drenaje. Esas dos condiciones eran resultado del trabajo, que era algo que los soldados regulares del ejército esperaban que fuese parte de la vida militar y que la disciplina del ejército regular podía crear; sin embargo, los voluntarios asociaban el servicio militar con las batallas gloriosas, no con el tedioso y difícil trabajo que habría limitado la mortandad por enfermedades. Aun cuando los oficiales entendían el problema, no podían obligar a los voluntarios a trabajar y muchos observadores comprendieron que ello contribuyó en gran medida a las enfermedades que causaron estragos entre los voluntarios.[207]

3. Como las naciones civilizadas

La composición social y las creencias de las unidades de voluntarios llevaron directamente a la guerra de guerrillas entre los estadounidenses y los mexicanos en el norte de México. La guerrilla no era un concepto nuevo en México: los líderes políticos y los dirigentes militares fueron muy conscientes de su importancia durante la guerra para independizarse de España y la guerra de esta última contra la invasión de los ejércitos de Napoleón. En la guerra contra Estados Unidos, varios dirigentes mexicanos fomentaron la guerra de guerrillas y, en ocasiones, las tácticas de los guerrilleros fueron muy eficaces, y cuando terminó la guerra algunos políticos mexicanos llegaron a creer que México se habría beneficiado si se hubiera recurrido de una manera mucho más amplia a esas tácticas.[1] Sin embargo, en el verano de 1846, todo eso estaba en el futuro. Los líderes políticos y los dirigentes militares no hicieron ningún esfuerzo significativo por alentar la guerra de guerrillas antes de diciembre de 1846 y, para entonces, los soldados estadounidenses que peleaban en el norte ya estaban siendo emboscados por los guerrilleros;[2] en consecuencia, es necesario buscar en otro lugar para entender la razón de que los guerrilleros hayan empezado a oponerse a la invasión estadounidense en el norte.

Los territorios que el ejército de Zachary Taylor invadió en la primavera de 1846 habían quedado despoblados en parte debido a las incursiones de los comanches; éstos estaban usando el norte de México para adquirir ganado, tanto para su propio uso como para los mercados estadounidenses, así como para adquirir mano de obra para su propia economía. Para los mexicanos del norte, fue difícil contrarrestar las incursiones de los comanches porque la región era muy seca y no permitía la concentración de poblaciones muy densas; incluso una hacienda grande contaba, como mucho, con unas decenas de personas y su trabajo les exigía atender unos hatos muy dispersos. Las partidas de las incursiones comanches, que en ocasiones eran de cientos de guerreros, podían arrollar con facilidad toda posible defensa; sin embargo, los mexicanos no se mostraban pasivos ante esos ataques: había una larga tradición por la cual se reunían fuerzas de soldados informales que perseguían a los asaltantes para recuperar el ganado o liberar a los cautivos y, a su vez, hacer

que las incursiones les resultaran costosas a los comanches. Los mexicanos norteños se consideraban como guerreros que buscaban protegerse en un medio ambiente hostil y solían transmitir las noticias de los ataques con el propósito de reunir fuerzas de reacción, ya para perseguir a las partidas de asaltantes, ya para preparar emboscadas en los senderos usados por los comanches. Ésa fue una guerra extremadamente violenta. En la cultura comanche, la tortura ritual y la muerte de los cautivos servía para vengar y llorar la pérdida de los parientes caídos; los cuerpos mutilados parecen haber servido para demostrar su superioridad militar e infundir temor en los mexicanos; éstos, por su parte, pagaban con la misma moneda y, así, fueron creadas ciertas reglas culturales grotescas que tanto los comanches como los mexicanos seguían al recurrir a la violencia ejemplar para comunicarse entre sí.[3]

El primer indicio de que ese patrón de guerra podría extenderse para abarcar el conflicto entre los mexicanos y los estadounidenses se presentó en las batallas de Palo Alto y Resaca de Palma, donde, aparentemente, algunos hombres de la milicia informal de caballería del ejército de Mariano Arista mataron y mutilaron a los estadounidenses heridos.[4] Sin embargo, poco después de esas batallas hubo un periodo de calma, mientras los habitantes mexicanos del valle del río Bravo trataban de imaginarse cómo sería la vida bajo la ocupación estadounidense. Muchos de ellos habían perdido la fe en un gobierno que no los había protegido de los ataques de los comanches pero insistía en exigirles el pago de impuestos, y algunos se habían sentido tentados por la idea de separarse de México: el ejército estadounidense les compraba mercancías y era más fácil exportar el ganado a Estados Unidos que antes de la guerra; por lo demás, los dirigentes de ese país eran muy conscientes de que los habitantes del norte de México sufrían por las incursiones de los indios y aprovechaban ese hecho lo más que podían en sus proclamas, ofreciéndoles la protección que el gobierno mexicano no había sido capaz de proporcionarles.[5] La llegada de grandes cantidades de soldados voluntarios —primero las unidades temporales de Texas y Luisiana, después los regimientos de la cuenca del río Misisipi— cambió de manera radical la situación: los soldados regulares del ejército de Zachary Taylor, victoriosos en Palo Alto y Resaca de Palma, no habían molestado mucho a la población civil mexicana; en cambio, los voluntarios fueron en los hechos una versión más numerosa y mejor armada de los asaltantes comanches.

Los voluntarios se habían liberado de las restricciones que les imponía en la vida normal la presencia de su madre, sus hermanas y sus es-

posas o probables esposas; recibían órdenes de unos hombres que tenían poco que ganar y mucho que perder si castigaban sus infracciones; asimismo, su comportamiento se exacerbaba por los meses de retórica sobre la inferioridad y la perfidia de los mexicanos. Ya se encontraban en territorio conquistado, aburridos, ebrios, comiendo monótonos alimentos en lata y rodeados por la población civil mexicana; a las pocas semanas y, en ocasiones, a los pocos días de su llegada, empezaron a saquear los bienes y los cuerpos de esa población: como ya se ha dicho en los capítulos anteriores, mataban y se alimentaban de su ganado, robaban su maíz, usaban la madera de las cercas y las casas para hacer fogatas y se apoderaban de casi todo lo que fuera transportable. También violaban a las mujeres y asesinaban a los mexicanos que protestaban por todos esos crímenes.[6] En julio de 1846, apenas dos semanas después de la llegada de los primeros voluntarios, el teniente George Meade escribió a un amigo que los voluntarios:

> actúan, en realidad, más como un grupo de indios hostiles que de blancos civilizados. Sus propios oficiales no tienen autoridad ni dominio sobre ellos y, desesperado, el general ha renunciado a toda esperanza de imponer la disciplina. La consecuencia es que están provocando entre la gente un sentimiento que la llevará a levantarse en masa.

Otros soldados regulares llamaron "*mohawks*" o "godos" a los voluntarios.[7]

Cuando los soldados regulares estadounidenses comparaban a los voluntarios con los indios, se basaban en unas historias sensacionalistas y racistas de las guerras contra éstos que habían pasado a formar parte de la cultura popular estadounidense. Los mexicanos de los territorios septentrionales que habían combatido para resistir los ataques de los comanches también consideraban que los voluntarios estadounidenses actuaban como esos indios, por lo que pronto empezaron a referirse a ellos como "comanches blancos" o como los "comanches del norte";[8] tal como habían hecho con los comanches, rastreaban las unidades de los voluntarios que habían cometido crímenes y aguardaban la oportunidad para cobrar venganza. Así, a las pocas semanas de haber llegado, los voluntarios se vieron envueltos en la guerra de guerrillas: los mexicanos emboscaban a los voluntarios que abandonaban sus unidades solos o en pequeños grupos para ir a los pueblos, a cazar o a cometer delitos; en ocasiones, algunos vaqueros a caballo los arrastraban hasta que morían; en otras, los torturaban y, con frecuencia, mutilaban su cuerpo y abandonaban los

restos en lugares visibles como una manera macabra de comunicar a sus camaradas los ultrajes cometidos por los estadounidenses.[9] La violencia horrorizaba a los oficiales del ejército regular mexicano, que, sin embargo, no eran más capaces de poner orden en el comportamiento de las guerrillas que Taylor en el de los voluntarios. La población civil mexicana del territorio ocupado informó a su gobierno que Taylor había admitido ante ellos que no podía meter en cintura a los voluntarios y que dio a los mexicanos su aprobación tácita para que tomaran represalias contra ellos. Aunque esto último parece poco probable, es un indicio del estado de ánimo que predominaba entre los mexicanos en el territorio ocupado.[10] Muchos de los habitantes del lejano norte de México estaban insatisfechos con su gobierno porque no podía protegerlos de los asaltantes nativos estadounidenses y a algunos los atraían las posibilidades económicas que ofrecía la rápida expansión de la población, la economía e incluso el territorio de Estados Unidos. Sin embargo, el comportamiento de los voluntarios pronto hizo de ellos unos feroces enemigos, lo cual dio inicio a un conflicto desesperado, sucio y extremadamente violento que sangró tanto al ejército estadounidense como a la población civil mexicana durante más de un año.[11]

Cuando los voluntarios empezaron a perder camaradas por las represalias de los mexicanos, incrementaron sus ataques contra los civiles, a los que ya de por sí consideraban de una raza inferior y traicioneros. Los voluntarios asesinaban a los hombres, incendiaban sus pueblos y, como los mexicanos, abandonaban los cadáveres de sus víctimas a manera de macabro mensaje.[12] En otras guerras, los soldados que tenían que hacer frente a las tácticas de la guerra de guerrillas también habían respondido con violencia en contra de la población civil; en su obra sobre las guerras napoleónicas, David Bell rastrea esa actitud hasta la identificación que se establece entre el pueblo y el Estado, y que caracteriza a las guerras entre Estados-nación, una identificación que hace de la población civil un enemigo legítimo. Algunos historiadores estadounidenses, como Reginald Horsman, Wayne Lee y Mark Grimsley, argumentan que los soldados estadounidenses eran más inclinados a matar a los miembros de los grupos raciales despreciados que no eran combatientes, mientras que James McCaffrey y Eliud Santiago Aparicio señalan que la ira de los estadounidenses por las atrocidades cometidas durante la guerra de independencia de Texas alimentó la violencia en contra de la población civil mexicana.[13]

Aunque no existen dudas de que todos esos factores contribuyeron a la violencia, ni siquiera juntos constituyen una explicación del todo sa-

tisfactoria. Los extremos vistos en el norte de México fueron impulsados por las actitudes culturales de los voluntarios estadounidenses con respecto a los mexicanos y a la guerra misma. Los voluntarios tenían una visión romántica de la guerra: esperaban unas batallas convencionales en las que su valentía, su honor y su puntería los harían triunfar; las batallas podían ser aterradoras, pero por suerte eran breves; ninguna de las batallas de esa guerra duró más de dos días y la mayoría terminó en unas pocas horas. La guerra de guerrillas constituía un desafío diferente para la mente de los voluntarios: ellos eran una fuerza de ocupación, rodeada por mexicanos que, en ocasiones, visitaban sus campamentos para venderles cosas; no obstante, pronto les quedó claro que los que se alejaban incluso a corta distancia de sus unidades podían terminar muertos, abandonados a manera de mensaje en el camino o en una callejuela de algún pueblo. Por lo demás, creían que los mismos mexicanos a los que les compraban mercancías o que pasaban por la calle eran cómplices. William H. Daniel, de Kentucky, escribió en su diario que los mexicanos "son muy traicioneros, pretenden sentir una gran amistad por todo estadounidense y, si entonces tres o cuatro de ellos pudieran atraparlo con armas, no dudarían en matarlo".[14] Los voluntarios estadounidenses no consideraban que las tácticas de los guerrilleros fueran las de una guerra legítima y, una y otra vez, se refirieron a ellos como ladrones y asesinos, e incluso llegaron a afirmar que muchos guerrilleros habían sido ladrones antes de la guerra.[15]

La idea de que la guerra de guerrillas era criminal provocó que los mexicanos se parecieran incluso más a otro grupo racial despreciable: los indios. Los voluntarios llegaron a México con la inclinación de clasificar a los mexicanos junto con los indios, pero la violencia subrepticia y la mutilación de cadáveres inclinó su percepción en forma aún más drástica en esa dirección. William H. Daniel escribió en su diario: "los mexicanos llaman crueles a los comanches, dicen que son como lobos. Cierto, son crueles, pero creo que en crueldad y traición los mexicanos son perfectos hermanos de ellos, porque por mi parte los odio más de lo que odio a los comanches."[16] La mayoría de los voluntarios eran oriundos de regiones que habían sido la frontera de la colonización de los blancos apenas una generación antes. Como lo describe el historiador militar John Grenier, durante mucho tiempo la guerra contra los indios se había llevado a cabo de una manera particular: los colonos habían respondido a toda violencia de los indios que defendían sus tierras mediante la formación de grupos informales armados a propósito para ello. Esos grupos, que por

lo general carecían de la habilidad para identificar y encontrar a los indios específicos que habían atacado a los colonos, llevaban a cabo ataques en venganza contra cualquier asentamiento de indios que estuviera más cerca y su blanco eran los cultivos, el ganado y los hogares; asimismo, con frecuencia habían matado y mutilado a los indios que no eran guerreros. Las unidades de voluntarios reaccionaron a los ataques de los guerrilleros mexicanos precisamente de la misma manera, formando grupos informales para vengarse contra cualquier mexicano que, sin ser combatiente, tuviera la mala fortuna de encontrarse cerca.[17]

Otro patrón cultural moldeó la manera en que los voluntarios reaccionaron a la guerra de guerrillas. En el Estados Unidos de mediados del siglo XIX, en especial en las regiones de las que provino la mayoría de los voluntarios, había una tradición muy fuerte de vigilancia parapolicial: una comunidad de hombres se organizaba por sí misma de manera informal para decidir quién había cometido delitos y castigarlo con violencia. Los llamados "vigilantes" no se basaban en ninguna regla rigurosa sobre las pruebas y mucha gente que fue castigada era inocente.[18] Sin duda alguna, ese sistema de "justicia" se aplicó con mucha frecuencia a los marginados, los pobres y sobre todo a los desdeñados por su raza: los afroamericanos, los indios y, después de la independencia de Texas, los mexicanos. En Estados Unidos, en la época jacksoniana, muchos estadounidenses creían que los tribunales no castigaban muchos crímenes y que la comunidad debía actuar en su lugar; en realidad, la democratización de la época fortaleció esa tendencia, porque puso el énfasis en el legado de la revolución estadounidense, un legado de violencia popular,[19] y, dado que la "justicia" se había hecho de esa forma, los ciudadanos se protegían rehusándose a prestar testimonio ante las autoridades. Los voluntarios que salían de los campamentos estadounidenses para vengarse de los ataques de los guerrilleros, que ellos consideraban como actos criminales, no actuaban bajo las órdenes de nadie, sino que se organizaban ellos mismos como partidas de vigilantes. Cuando escribieron sobre sus acciones, a menudo citaron unas pruebas dudosas en el sentido de que los hombres a los que habían matado habían sido cómplices en los ataques de los guerrilleros.[20]

El alto mando del ejército estadounidense en el norte de México consistía sobre todo en oficiales regulares del ejército y, aunque Taylor y sus comandantes criticaban con severidad las atrocidades contra la población civil, se veían obstaculizados por su incapacidad para identificar a los responsables específicos, un resultado del rechazo de los voluntarios

a testificar en contra de sus camaradas. Como lo expresó el propio Taylor, era "casi imposible descubrir a los individuos que así deshonran su bandera y su patria".[21] Por lo demás, Taylor y sus generales se sentían perturbados por las continuas pérdidas que enfrentaban sus tropas, por la muerte y la mutilación de algunos soldados después de su captura y por la amenaza que las actividades de los guerrilleros significaban para sus líneas de aprovisionamiento, por lo que ordenaron a las tropas estadounidenses que mataran a todo guerrillero encontrado con armas en la mano y amenazaron con hacer que la población civil mexicana pagara las provisiones perdidas en los ataques de los guerrilleros. Esas medidas convencieron a algunos voluntarios de que los comandantes estadounidenses en verdad aprobaban los ataques de venganza contra la población civil mexicana.[22]

Un incidente que tuvo lugar en febrero de 1847 cerca de Agua Nueva, Coahuila, ejemplifica la maraña de represalias y justificaciones que experimentó el norte de México durante gran parte de la guerra. Seis voluntarios diferentes, otros escritores estadounidenses y al menos uno mexicano consignaron ese incidente; todos concuerdan en el resumen básico de los acontecimientos, pero difieren en varios detalles. Los guerrilleros mexicanos mataron a un soldado de caballería de Arkansas, llamado Samuel Colquit, mientras se encontraba solo; cuando los estadounidenses encontraron su cadáver, vieron que había sido arrastrado, amarrado por el cuello, sobre un terreno accidentado y por un lugar lleno de cactos. Un grupo de sus camaradas, seguido por algunos voluntarios de Illinois que se quedaron a la zaga porque no llevaban montura, se dispuso a vengarlo. Los estadounidenses se dirigieron a un lugar remoto y accidentado donde sabían que los habitantes de Agua Nueva habían acampado para evitar los expolios de los voluntarios; en ese lugar, descrito ora como una cueva, ora como una quebrada, los voluntarios de Arkansas llevaron a cabo una búsqueda y un breve interrogatorio antes de ponerse a asesinar de manera sistemática a los hombres, entre 25 y 30 de ellos —en la mayoría de los relatos se estimó que los muertos fueron 25—. Uno de los primeros hombres de Illinois que llegaron al lugar trató de detener la matanza, pero los voluntarios de Arkansas lo ignoraron hasta que les pidió que dejaran a algunos de los mexicanos para que los mataran sus camaradas; no obstante, cuando llegó el resto de los voluntarios de Illinois, lo que hicieron fue proteger a los sobrevivientes y llevarlos al campamento estadounidense. Decepcionados de que los de Illinois hubieran tomado como prisioneros a los sobrevivientes, algunos de los de Arkansas tra-



Figura 3.1. La masacre de la cueva: tropas de Arkansas masacran a varios civiles mexicanos cerca de Agua Nueva. Dibujo de Samuel Chamberlain.

taron de seguir adelante con la masacre, incluso disparando sus armas en dirección de los guardias.

El relato se basa en gran medida en el diario de uno de los voluntarios de Illinois y en las memorias de otro de Arkansas, pero es evidente que los soldados estadounidenses discutieron mucho sobre el incidente y que, durante esas discusiones, añadieron detalles o lo adornaron. En unas memorias, se afirma que los mexicanos que mataron a Colquit lo hicieron para vengar las violaciones que los soldados de Arkansas habían cometido en Agua Nueva; en todas las versiones se afirma que los voluntarios de Arkansas que buscaron vengarlo no lo hicieron bajo órdenes, sino que se organizaron de manera informal como partida de caza. La mayoría de los estadounidenses afirmó que los voluntarios de Arkansas encontraron pruebas físicas de que unos mexicanos habían participado en el asesinato de Colquit: el voluntario de Arkansas escribió que habían encontrado el portafusil de la carabina y, a medida que la historia circulaba, otros añadieron objetos, como la propia carabina y la ropa de Colquit. Es evidente que quienes participaron en la masacre o la aprobaron consideraron que era importante acusar a sus víctimas de criminales, como lo hacían los vigilantes justicieros en Estados Unidos y, cuando el relato se esparció, quienes lo contaban también añadieron detalles sobre el cadáver de Colquit, diciendo que había sido torturado y que su cuerpo había sido mutilado intencionalmente. Cuando se consideran todas las versiones juntas, el incidente parece haber sido más parecido a los actos de los vigilantes que a la guerra de contrainsurgencia y, aunque en algunas de las versiones escritas por los estadounidenses se condena por completo a los voluntarios de Arkansas, en la mayoría se considera que sus acciones estuvieran justificadas en cierto grado.[23]

La masacre horrorizó tanto al general John Wool, comandante de la zona inmediata, como a Zachary Taylor. Algunas versiones son en el sentido de que Wool escuchó los disparos y envió a los voluntarios de Illinois a investigar, aunque, en la mayoría de las versiones, estos últimos habían planeado ayudar en la búsqueda de los asesinos de Colquit. Sea lo que haya sido, Wool y Taylor decidieron tomar cartas en el asunto. Es probable que se hayan visto motivados en parte por el hecho de que las tropas de Arkansas eran una de las unidades de voluntarios menos disciplinadas, lo que es decir mucho: Arkansas era un accidentado estado fronterizo, notable por su violencia y por la carencia de orden; la vigilancia parapolicial era muy común ahí. Los voluntarios de ese estado ya se habían visto implicados en un buen número de crímenes en contra de los mexi-

canos y en otros problemas de disciplina.[24] Wood ordenó que se liberara a los mexicanos rescatados, con lo cual manifiestó que no creía que hubiera prueba alguna que los vinculara con la muerte de Colquit; asimismo, Wool y Taylor presionaron a los líderes de los voluntarios, tanto de Arkansas como de Illinois, para que identificaran a los asesinos, pero todos fingieron que no los conocían, por lo que Taylor decidió imponer un castigo colectivo: ordenó a los voluntarios de Arkansas que participaron en la masacre que regresaran a los campamentos del río Bravo, que para varias unidades de voluntarios habían resultado ser un infierno repleto de enfermedades; asimismo, condenó a los perpetradores en una carta que leyó en voz alta ante todo su ejército y en la que decía: "arrojan una vergüenza imborrable sobre nuestra armas y sobre la reputación del país", e insinuó que los hombres que mataran a unos mexicanos desarmados e inocentes eran unos cobardes cuyo comportamiento en la batalla no sería adecuado.[25] Los hombres de Arkansas permanecieron en el ejército debido a que no dieron crédito a los rumores de que se aproximaban numerosas tropas mexicanas y las palabras de Taylor sobre el comportamiento de esos voluntarios en el campo de batalla resultaron proféticas.

El ciclo de depredación de los voluntarios, represalias de los guerrilleros y ataques de los voluntarios contra la población civil mexicana, que empezó en el verano de 1846, se volvió más encarnizado en enero y febrero de 1847, cuando el ejército mexicano empezó a enviar fuerzas de la caballería regular para que ayudaran a los guerrilleros a cortar las líneas de aprovisionamiento de los estadounidenses. Los exitosos ataques de los mexicanos contra las caravanas de carromatos incluyeron la ejecución y, en ocasiones, la mutilación de los conductores estadounidenses, mientras que, en respuesta, los voluntarios actuaron por su parte con mayor violencia contra la población civil mexicana, convirtiendo varias poblaciones en eriales. En mayo de 1847, hubo un extraordinario intercambio epistolar entre el general Ignacio de Mora y Villamil, el comandante mexicano del frente septentrional, y Zachary Taylor: aquél le explicó que Pedro María Anaya, que había sido el interino del presidente de México mientras Antonio López de Santa Anna comandaba los ejércitos en el campo de batalla, le había ordenado que protestara por las atrocidades de los estadounidenses en contra de la población civil y le preguntara si quería que la guerra siguiera adelante "con arreglo al derecho de las gentes, como la hacen hoy las naciones civilizadas, o bien como se la hacen entre sí las tribus salvajes", y añadió que México actuaría como lo hicie-

ra Estados Unidos. También describió y condenó las diversas atrocidades de los estadounidenses, pero trató de suavizar el golpe al honor de Taylor, diciéndole que esperaba que éste todavía no se hubiera enterado de esas atrocidades y que actuaría para ponerles un alto. Con todo, a Taylor no le agradó que se echara la responsabilidad de manera tan descarada sobre sus hombros y, en respuesta a Anaya, le escribió a su vez que su carta implicaba un deliberado "insulto a mí y al gobierno que tengo el honor de representar". Y añadió, respecto de las atrocidades mencionadas:

> tuve conocimiento poco después de que ocurrieran y puedo asegurarle que ni usted ni el presidente de la república pudieron haber experimentado un mayor pesar que el mío en esa ocasión. Empleé todos los medios a mi alcance, de conformidad con nuestras leyes, aunque sin éxito en la mayoría de los casos, para identificar y castigar a los delincuentes. No puedo suponer que usted estuvo tan mal informado como para creer que tales atrocidades fueron cometidas con mi complicidad o consentimiento, o que constituyen un claro ejemplo del modo en que la guerra ha sido conducida en esta parte de México. En realidad, fueron excepciones desafortunadas, causadas por circunstancias fuera de mi dominio.

Taylor argumentó que algunos mexicanos habían "asesinado" a varios estadounidenses, dando a entender que la guerra de guerrillas era criminal, y añadió que los mexicanos habían matado a otros estadounidenses heridos en el campo de batalla, así como asesinado y mutilado a unos conductores de carromatos que no portaban armas. Ni Anaya ni De Mora y Villamil compararon realmente a los estadounidenses con las tribus de indios en sus cartas; por el contrario, Anaya se refirió en manera explícita a las tribus salvajes que habían invadido el Imperio Romano; sin embargo, después de que se filtraron las noticias sobre ese intercambio epistolar, Jonathan Buhoup, el voluntario de Arkansas que describió la masacre de Agua Nueva en sus memorias, escribió que el comandante mexicano había preguntado "si el general Taylor había decidido hacer una guerra similar a la de los comanches o una guerra como las naciones civilizadas".[26]

Los voluntarios estadounidenses que se habían alistado en busca de la gloria, la aventura, la oportunidad de defender su país y el saqueo se encontraron atrapados en un sórdido y sangriento ciclo de emboscadas, venganzas y atrocidades. Las ideas culturales de los estadounidenses sobre cómo hacer la guerra en contra de otras razas, como los indios, y sobre cómo enfrentar los crímenes los llevaron a ese desastre, pero sin duda

alguna no fue la guerra en la que esperaban combatir. Varios voluntarios hicieron notar que el ciclo de venganza llevó tanto a los mexicanos como a los estadounidenses a cometer actos que les habrían parecido repugnantes antes de la guerra; la violencia y la crueldad extremas engendraron más violencia y crueldad extremas.[27] Esa clase de guerra terminó empañando la reputación de los voluntarios: la mayoría de los informes publicados en los periódicos estadounidenses consistían en despachos escritos por los propios voluntarios, enviados a los periódicos de su comunidad respectiva y, en ocasiones, reimpresos luego múltiples veces en los periódicos de todo el país. Al principio, pasaron por alto las atrocidades cometidas por los propios voluntarios y las pocas de las que se informó fueron publicadas en periódicos que desde antes se oponían a la guerra; no obstante, después de la masacre de Agua Nueva, los corresponsales ya no pudieron ignorar lo que estaba ocurriendo y publicaron y condenaron las atrocidades.[28]

La guerra entre los voluntarios estadounidenses y los guerrilleros mexicanos continuó hasta que, al final, aquéllos se retiraron de lo que ahora es el norte de México ya al final de la guerra. Aunque las actividades de los guerrilleros mexicanos amenazaron en ocasiones las líneas de aprovisionamiento de los estadounidenses, no lograron expulsarlos de esas regiones. Algunos mexicanos que podrían haberse unido a los combates estaban demasiado ocupados tratando de defender a su familia y sus propiedades de las incursiones de los comanches, las cuales en realidad se multiplicaron, incluso mientras estaba teniendo lugar la invasión estadounidense: esas mismas incursiones provocaron la expulsión de los mexicanos de la región, lo cual redujo el apoyo a los guerrilleros.[29] La población civil del norte de México, ya escasa debido a las características naturales de la región, sufrió muchísimo durante ese periodo, porque la economía de Estados Unidos, en expansión, había provocado las incursiones de los comanches antes de la guerra y porque las ambiciones territoriales de James K. Polk llevaron a la invasión estadounidense y a la necesidad de que el gobierno de México proporcionara apoyo económico a las unidades regulares de su ejército que trataron de detenerla, a que los voluntarios agredieran a la población civil mexicana y a que los comanches continuaran con sus propias actividades violentas a todo lo largo de ese periodo.

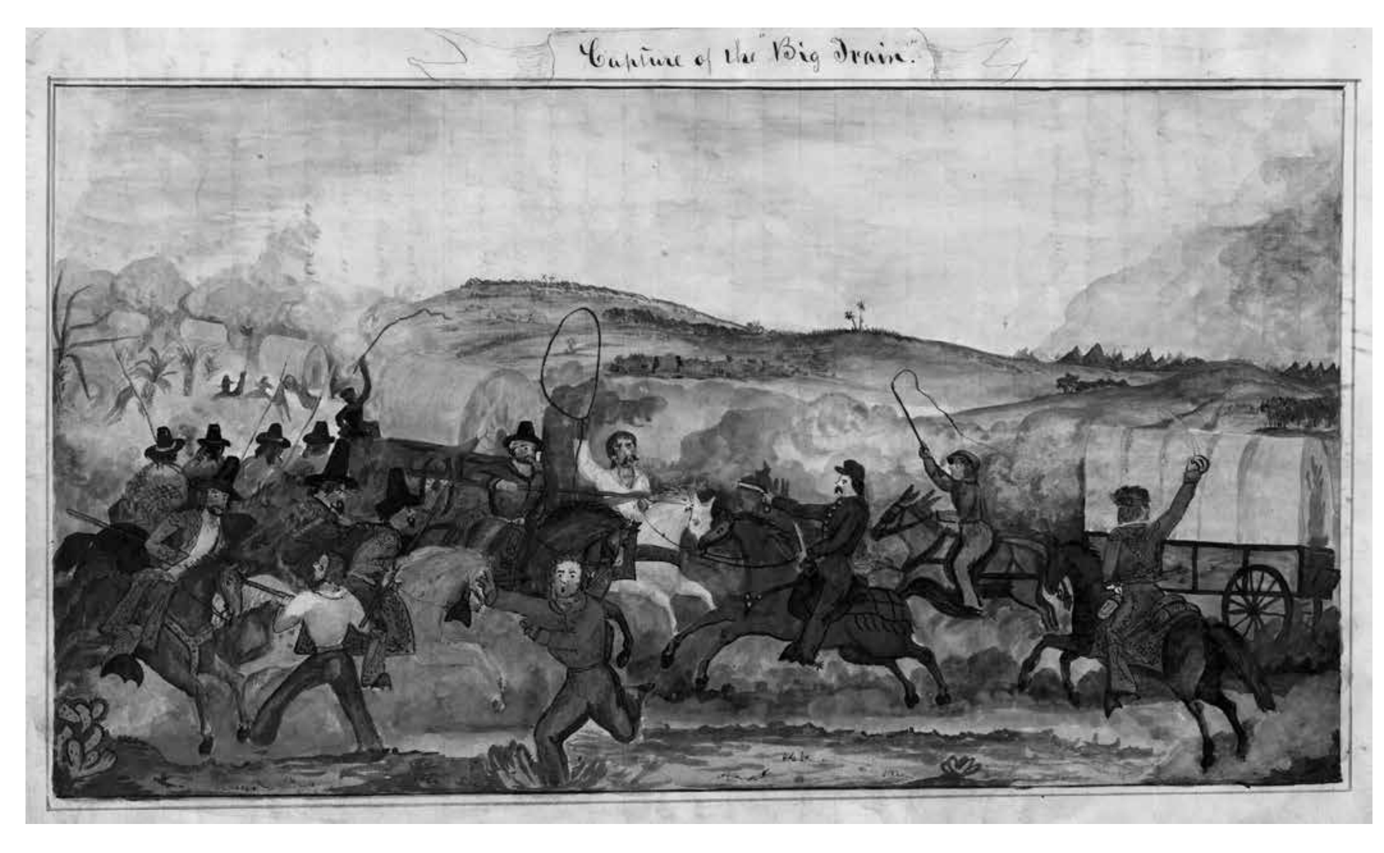
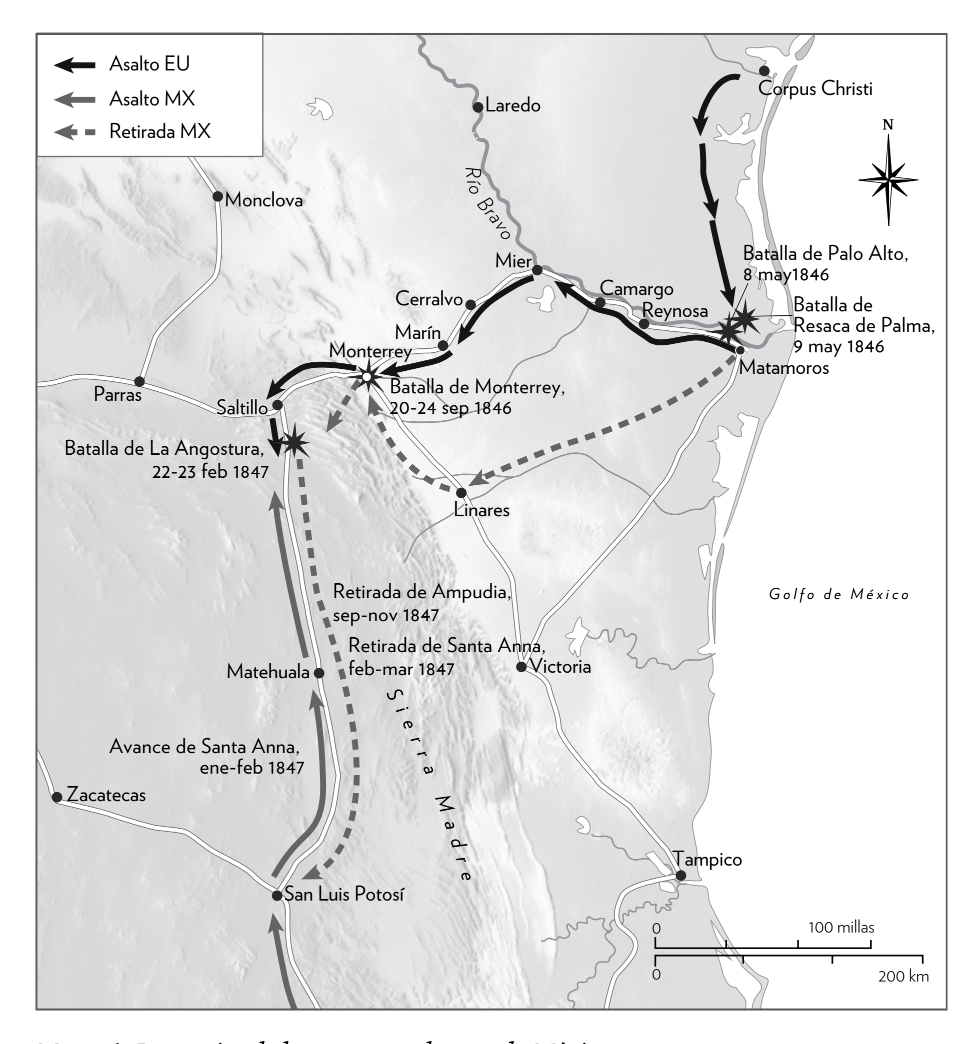


FIGURA 3.2. Guerrilleros mexicanos capturan una caravana de carromatos. Dibujo de Samuel Chamberlain.

LA CAMPAÑA DE MONTERREY

La guerra en contra de los guerrilleros no fue la única experiencia de los voluntarios en el combate. Cuando se interrumpió la narración más convencional de batallas y campañas, el ejército mexicano derrotado en Palo Alto y Resaca de Palma se había retirado a través del desierto, donde sufrió más muertes y muchas deserciones pues los hombres se dedicaban a buscar agua y comida por cuenta propia. Esa fuerza se retiró a Monterrey y, a la postre, muchos de los hombres que se habían separado se reintegraron por sí mismos. Monterrey, la ciudad más grande del norte de México, fue el objetivo más obvio para el ejército estadounidense, pero primero permaneció cerca del río Bravo durante varios meses, aguardando más provisiones y más hombres. Zachary Taylor, que había recibido órdenes de invadir México, enfrentó un difícil problema estratégico: ¿cómo lograr que su numeroso ejército avanzara sin percances a través del mismo terreno desértico que había significado una tortura para los soldados mexicanos? Los estadounidenses decidieron que era posible seguir una ruta más práctica hacia Monterrey: desplazaron las provisiones y las tropas río arriba, hasta Camargo, y de allí siguieron un camino con más fuentes de agua; pudieron hacerlo porque, por una afortunada circunstancia, las lluvias habían sido inusualmente fuertes ese año y cargaron el río lo suficiente para que fuera posible el viaje en barco de vapor; asimismo, se beneficiaron del poderío económico de Estados Unidos y de la geografía, que lo hicieron posible: simplemente, el gobierno alquiló barcos de vapor que habían sido armados para el rentable comercio en el sistema fluvial de ese país, el mismo sistema que ya antes había permitido transportar enormes cantidades de hombres y provisiones a Texas. Con todo, la marcha de Camargo a Monterrey fue difícil debido a las altas temperaturas: las tropas se levantaban en medio de la noche para completar su marcha diaria antes de que el calor fuese insoportable y tanto la cantidad como la calidad del agua los hicieran sufrir. El ejército también necesitó superar otras dificultades logísticas: sin suficientes carromatos y animales que tiraran de ellos, Taylor tuvo que contratar a decenas de mulateros mexicanos para que transportaran los alimentos y las municiones; asimismo, sólo llevó consigo alrededor de la tercera parte de los regimientos de voluntarios disponibles, porque no estaba seguro de que se pudieran transportar suficientes alimentos y municiones para sostener a más. Taylor no estaba dispuesto a usar los escasos animales de tiro para arrastrar las pesadas piezas de artillería que los ejércitos solían usar para des-



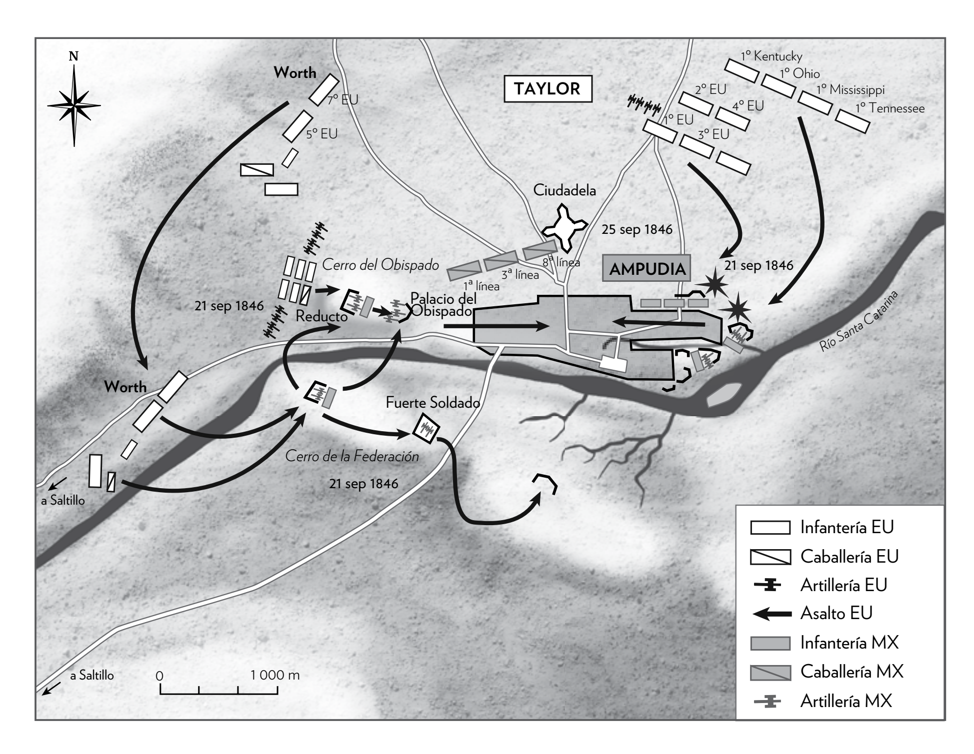
Mapa 6. Escenarios de la guerra en el norte de México.

truir las defensas de las plazas fortificadas, decisión que desconcertó a algunos de sus oficiales jóvenes. Las autoridades mexicanas trataron de que la marcha de los estadounidenses fuera aún más difícil, evacuando a la población civil y el ganado a lo largo del camino; los observadores estadounidenses hicieron notar el paisaje yermo por el que pasaron. Todo ello contribuyó a sus sentimientos de aprensión a medida que se acercaban a Monterrey, sentimientos que se hacían más fuertes cuando observaban el nerviosismo creciente de los mulateros mexicanos y de los pocos civi-

les con los que se toparon.[30] Desde Taylor hasta los soldados rasos, todos los estadounidenses sabían que Monterrey sería defendida.

En retrospectiva, la decisión de defender Monterrey parece obvia, porque, en definitiva, esa ciudad no era la frontera, sino una importante población rodeada de una activa economía regional: miles de mexicanos vivían en la capital del estado de Nuevo León y sus alrededores. Esa región era uno de los pocos lugares del norte de México con una actividad económica suficiente para mantener un ejército numeroso, por lo que, ¿cómo podía México no defenderla? A pesar de todo ello, Santa Anna, que había llegado recientemente a la ciudad de México para asumir la presidencia, aconsejó que no se hiciera frente allí al ejército estadounidense, porque no estaba seguro de que hubiera suficientes tropas disponibles para enfrentarlo. Es probable que Santa Anna, que conocía de primera mano las dificultades que enfrentaban los movimientos de tropas en el norte de México por su experiencia cuando las movilizó en contra de los rebeldes texanos, también hubiera creído que la barrera del desierto más al sur resultaría demasiado formidable como para que los estadounidenses lograran salvarla;[31] sin embargo, perdió la discusión con sus compañeros oficiales, por lo que los mexicanos se prepararon para defender Monterrey.

El ejército no podía defender la ciudad sin hombres: los primeros disponibles eran los sobrevivientes de las batallas cerca del río Bravo y de la retirada hacia el sur a través del desierto. El general Francisco Mejía hizo lo posible por restablecer la moral y convencer a los soldados que se habían separado durante la retirada de que se reintegraran a sus unidades. En julio de 1846, informó que la moral de sus hombres había mejorado y que ya no había soldados que desertaran. Desplazó esas tropas de Linares a Monterrey; sin embargo, temía que no pudiera mantener la ciudad sin más tropas y dinero para alimentar las que tenía. Mejía suplicó a sus superiores que lo apoyaran, pero el deterioro y el derrocamiento del gobierno de Mariano Paredes y Arrillaga disminuyeron las reservas de dinero y de hombres para defender el norte de México.[32] Por fortuna, Taylor también se había demorado mientras aguardaba tropas, barcos de vapor, animales de tiro y carromatos, lo cual dio a los mexicanos el tiempo que necesitaban y Pedro de Ampudia llegó el 1 de septiembre de 1846 con fuerzas frescas para comandar la defensa.[33] Ampudia estaba ansioso por defender la ciudad y aprobó los aspectos básicos del plan de Mejía para hacerlo. Los mexicanos habían sido derrotados en Palo Alto por la eficaz artillería ligera estadounidense, por lo que la fortificación de los lugares estratégicos en torno a Monterrey y la conversión de los edificios



Mapa 7. Batalla de Monterrey.

de piedra de la ciudad en fuertes contrarrestaría esa ventaja y obligaría a los soldados estadounidenses a avanzar por terreno abierto bajo el fuego de la artillería y los mosquetes mexicanos; no obstante, no había suficientes tropas para guarnecer todas las alturas en torno a la ciudad ni la ciudad misma, lo que provocó la indecisión sobre qué era precisamente lo que se debía defender. Los soldados y la población civil trabajaron para construir las fortificaciones, del todo conscientes de que podrían no ser capaces de terminarlas antes de que los estadounidenses llegaran. Algunos soldados todavía estaban desmoralizados por las derrotas sufridas en el valle del río Bravo, mientras que los que acababan de llegar del centro carecían de experiencia; por lo demás, los oficiales, siempre animales políticos, estaban divididos entre los que apoyaban a Mejía y los que favorecían el plan de Ampudia, y asimismo estaban divididos socialmente entre los veteranos del norte, acostumbrados a salir adelante sin recursos, y los recién llegados, que creían que su habilidad y valor prevalecerían en contra de los estadounidenses.[34]

Los 6 mil hombres de Zachary Taylor —de los cuales cerca de la mitad eran soldados regulares que habían combatido en Palo Alto y Resaca de Palma, mientras que el resto eran voluntarios de Texas, Misisipi, Ohio, Kentucky y Maryland— llegaron cerca de Monterrey el 19 de septiembre de 1846. Taylor acampó en un lugar agradable y envió zapadores a estudiar las defensas. Después de considerar sus opciones, envió una fuerza más numerosa al mando del general William Worth para que se desplazara por el norte y el oeste en torno a las principales defensas mexicanas y atacara la ciudad desde el otro lado. Taylor planeaba confundir a los mexicanos montando un ataque de distracción directamente contra sus defensas. Cuando se preparaban para la batalla, los soldados regulares, ya veteranos en el combate, notaron que los voluntarios bromeaban con nerviosismo sobre sus posibilidades.[35]

Las cosas no resultaron bien para los estadounidenses bajo el mando directo de Taylor. Las decisiones de último minuto de derribar y reconstruir varios fuertes habían agotado a muchos de los soldados mexicanos, pero, cuando Taylor dio inicio a su ataque de distracción, éste cesó pronto: los mexicanos estaban defendiendo una serie de fuertes pequeños y edificios fortificados que estaban tan cerca unos de otros que los ataques de los estadounidenses enfrentaron el fuego de cañones y mosquetes que provenía de múltiples direcciones. Cuando llegaron a las defensas, los estadounidenses se encontraron atrapados en unas callejuelas estrechas, todavía bajo el fuego de los mexicanos, la mayoría de los cuales estaban prácticamente a cubierto: oficiales y soldados por igual resultaron muertos o heridos y los hombres de la única unidad de voluntarios del ataque inicial se desbandaron y tuvieron que ocultarse. Taylor envió más regimientos al frente, pero éstos se toparon con problemas similares; el ataque de Taylor, que empezó como una distracción, se había convertido en un asalto a toda escala. Varias horas de esfuerzos sangrientos permitieron a los estadounidenses tomar un fuerte importante, pero los costos fueron enormes: casi 400 de los hombres de Taylor cayeron muertos o resultaron heridos. Tanto los regimientos de soldados regulares como los de voluntarios sufrieron mucho y es difícil considerar ese esfuerzo como algo distinto a una derrota para los estadounidenses; sin embargo, la perspectiva mexicana no era precisamente optimista, pues ellos también padecieron pérdidas y tuvieron que usar grandes cantidades de municiones, y sabían que los estadounidenses todavía no habían sido vencidos.[36]

Mientras tanto, la división del general William Worth tuvo mucho éxito: después de derrotar un intento de la caballería mexicana de im-

pedir su avance, capturó varias fortificaciones en las alturas occidentales de la ciudad. Los soldados que defendían los fuertes resistieron con gallardía, pero, en varios casos, lo escarpado de las laderas por las que los estadounidenses tuvieron que ascender los protegió del fuego de las armas mexicanas. En ese caso, las pérdidas estadounidenses fueron menores, ni siquiera la décima parte de las que experimentaron las fuerzas de Taylor en la otra ladera: las tropas de Worth ya habían logrado separar a las de Ampudia de todo posible refuerzo y también habían ocupado posiciones dominantes en las partes altas. Ampudia tuvo que retroceder de la parte más occidental de la ciudad, porque estaba al alcance de la artillería. El 23 de septiembre, Worth atacó la ciudad misma. En ese lado, él y sus hombres emplearon tácticas más adecuadas para la guerra urbana, tácticas que los voluntarios texanos que lo acompañaban habían aprendido en sus anteriores combates con los mexicanos: antes que tratar de avanzar calle abajo, expuestos al fuego de las casas de piedra que las flanqueaban, entraban a las casas con hachas y palancas, y luego horadaban los muros laterales de las casas vecinas para entrar en ellas, impidiendo que los mexicanos de las casas cercanas pudieran disparar en apoyo de los vecinos. Aunque los estadounidenses sufrieron algunas bajas, pudieron avanzar sin ser detenidos.

Ese mismo día, Taylor hizo nuevos esfuerzos por atacar la ciudad desde el norte. En ese ataque, sus tropas emplearon tácticas similares a las que los hombres de Worth empleaban en el oeste: pasaron a través de las casas y se apostaron en sus techos planos; esas tácticas permitieron a los estadounidenses anular las ventajas que su enemigo había aprovechado para rechazarlos dos días antes. Los mexicanos resistieron, pero se vieron obligados a ceder terreno; las fuerzas de Ampudia, atacadas por ambos flancos, estaban siendo literalmente comprimidas cada vez más en el centro mismo de la ciudad: la plaza central, que alojaba su catedral y los principales edificios de gobierno. En ese lugar fue también donde la mayor parte de la población civil se había refugiado. La situación de Ampudia empeoró aún más cuando los estadounidenses se aprovecharon de su proximidad para emplazar un mortero cuyos obuses explosivos de parábola alta podían ser disparados sobre la plaza principal. Ampudia ya sólo tenía unas cuantas balas de cañón para su artillería, pero todavía había toneladas de pólvora en la catedral, que estaba siendo utilizada como arsenal: existía un verdadero peligro de que un obús estadounidense provocara una explosión gigantesca, muy parecida a la ocurrida en Almeida, España, en 1810.[37] Una explosión así habría matado a cientos de civiles y

también es probable que muchos murieran si los estadounidenses rompían las defensas mexicanas. De acuerdo con las costumbres que gobernaban la guerra moderna, los soldados obligados a asaltar una ciudad fortificada inevitablemente atacaban a su población civil, saqueaban, violaban y mataban, ya como recompensa por los riesgos extremos que habían corrido, ya por su simple pérdida de dominio sobre sí mismos. Hasta ese momento, las tropas estadounidenses habían tratado a la población civil de los alrededores más o menos bien, pero Ampudia no tenía manera de saberlo.

Enfrentado a ese dilema, Ampudia decidió negociar la retirada, porque consideró que la vida de la población civil y la conservación de su ejército eran más importantes que sostener Monterrey,[38] decisión que es justo la que cabía esperar de un comandante militar educado en las costumbres de los primeros ejércitos profesionales de la época, los cuales eran tan difíciles y costosos de formar, adiestrar y alimentar que casi nunca se proseguía una batalla hasta su final más amargo. Al preservar su ejército, Ampudia mantuvo una fuerza militar considerable entre Taylor y su próximo objetivo importante posible: San Luis Potosí. Muchas personas, entre ellas, algunos de sus propios oficiales, criticaron su decisión de negociar, pero es difícil ver cómo podría haber derrotado a Taylor, además de que la destrucción de su ejército habría dañado en forma severa la capacidad de México para seguir adelante con la guerra. Para una negociación, como para bailar en pareja, se necesitan dos, por lo que es interesante hacer notar que Taylor creía que una retirada negociada también beneficiaba los intereses estadounidenses: su ejército estaba ganando la batalla de manera definitiva, pero continuaba perdiendo hombres; creía que lanzar un asalto contra el centro de la ciudad causaría muchas bajas tanto entre sus propios hombres como entre la población civil y, en todo caso, no contaba con suficientes tropas como para impedir que los mexicanos se retiraran. Asimismo, creía que el presidente Polk deseaba que se pusiera un fin negociado a la guerra, por lo que un armisticio en Monterrey facilitaría esa posibilidad.[39] A Taylor y muchos de sus hombres los había impresionado claramente la tenacidad con que los mexicanos habían defendido sus posiciones y, sin duda alguna, estaban un poco horrorizados por sus propias bajas, mucho más numerosas que las que habían sufrido en Palo Alto o en Resaca de Palma. Después de extensas negociaciones, se decidió que se permitiría que Ampudia se retirara con sus hombres, sus mosquetes, sus espadas y sus lanzas, e incluso parte de su artillería; a ello seguirían dos meses de armisticio, lo que daría

tiempo para que los gobiernos negociaran. Taylor enfrentó muchas críticas por su decisión de negociar y pudo haber deseado emular a Ampudia, quien respondió públicamente a sus críticos que, para unos hombres que se encontraban lejos del campo de batalla, era fácil explicar lo que se debería haber hecho.[40]

Ampudia y sus hombres se retiraron de la ciudad y se dirigieron al sur, observados por un ejército estadounidense mayoritariamente respetuoso. Dos aspectos llamaron la atención de muchos de los invasores. En primer lugar, la presencia de tantas mujeres que marchaban con los hombres: las soldaderas, esas que, al mismo tiempo, eran la fuente de una gran parte del apoyo logístico a los soldados mexicanos y la prueba de lo difícil que, en términos económicos, les resultaba a las mujeres sobrevivir en México sin la participación de su pareja. En segundo lugar, un grupo de soldados que evidentemente no eran mexicanos: un buen número de hombres que habían desertado del ejército estadounidense combatió del lado de los mexicanos en Monterrey, sobre todo como artilleros.[41] Más tarde se sabrá más respecto de esos hombres, pero por ahora baste decir que su presencia en las filas mexicanas es una prueba más de que tanto el ejército regular estadounidense como el mexicano eran ejércitos profesionales típicos, antes bien que ejércitos de soldados ciudadanos, a los que a menudo se asocia con las guerras entre los Estados-nación.

Dejando atrás a más de 200 hombres heridos al cuidado de los médicos mexicanos y estadounidenses, el ejército de Ampudia se retiró a Saltillo y, después, emprendió una marcha mucho más larga a San Luis Potosí. La retirada fue más que penosa: Ampudia y sus hombres tuvieron que desplazarse a través de un terreno extremadamente seco y escasamente poblado, pero no pudieron llevar mucha comida con ellos, en parte por la falta de medios de transporte, aunque también porque Ampudia no tenía dinero para comprarla. Las autoridades de San Luis Potosí enviaron avisos de que todos los que dieran alimentos al ejército en marcha serían reembolsados con los ingresos estatales, pero simplemente no había suficientes productos alimenticios en esa región poco poblada. Los hombres padecieron hambre y sed y, para cuando empezaron a llegar a San Luis Potosí bajo la mirada de Santa Anna, que había arribado a la ciudad hacía poco, se encontraban, según las propias palabras de éste, en un estado lamentable, mostrando "la desnudez, el hambre y la miseria". Muchos soldados habían enfermado, pero, sin suficientes carretas y animales de tiro para transportarlos, fue necesario dejarlos atrás para ser cuidados en los asentamientos que había a lo largo del camino.[42] No se dio parte oficial

de ningún número, pero es posible que el ejército de Ampudia haya perdido tantos hombres en su marcha al sur como los que había perdido en los severos combates de Monterrey.

SANTA ANNA Y LA CAMPAÑA DEL NORTE

En octubre de 1846, cuando Santa Anna llegó a San Luis Potosí, la situación era compleja: los estadounidenses le habían permitido entrar al país y hacerse cargo, porque les había hecho creer que él negociaría un rápido final de la guerra. Los estadounidenses avanzaron para ocupar Saltillo, la siguiente ciudad importante en el camino al sur, pero Santa Anna sabía que el desierto entre Saltillo y San Luis Potosí era extraordinariamente difícil de atravesar con un ejército. La interrogante era cuál sería el siguiente paso de los estadounidenses. Santa Anna había sugerido en forma explícita a James K. Polk que tomaran San Luis Potosí para forzar un acuerdo favorable a Estados Unidos; ahora, esperaba que los estadounidenses lo intentaran, permitiéndole defender una ciudad fortificada contra un ejército estadounidense debilitado y con el desierto a sus espaldas; sin embargo, Zachary Taylor estaba comenzando a comprender lo difícil que sería hacer campaña en el norte de México, debido a que incluso la marcha relativamente corta de Camargo a Monterrey había sido agotadora: no había podido llevar consigo todas sus tropas y sus armas, aunque había tenido la fortuna de poder hacer descansar sus regimientos en un lugar sombreado y con bastante agua antes de lanzar su asalto contra Monterrey; la toma de esta ciudad había sido la prueba de que, a pesar de su falta de recursos y sus armas ya muy desgastadas, los soldados mexicanos podían combatir con tenacidad cuando tenían un poco de protección de la artillería ligera que había acribillado a los estadounidenses en la batalla de Palo Alto. Taylor envió exploradores a investigar si el terreno al sur de Saltillo tenía suficiente agua y comida para apoyar el avance sobre San Luis Potosí, pero los partes de los exploradores y su experiencia en Monterrey lo convencieron de que tal avance sería muy imprudente, por lo que decidió ocupar Saltillo y hacerse fuerte allí, valiéndose de la barrera del desierto para ayudar a protegerse de cualquier contraataque de los mexicanos.[43]

Durante varios meses, Santa Anna no supo que sus deseos no se cumplirían. Desde octubre hasta enero, se dedicó a reunir un temible ejército en San Luis Potosí, pidiendo unidades auxiliares de caballería a Guana-

juato y Celaya, ciudades de la región agrícola más rica de México, el Bajío. Quizá tenía la intención de que esos hombres hostilizaran al ejército estadounidense cuando, una vez derrotado, se retirara a través del desierto desde San Luis Potosí; sin embargo, la mayoría de las unidades de Santa Anna procedían del ejército regular mexicano —que incluía las unidades que Paredes había mantenido en la ciudad de México para que apoyaran su gobierno— y de las tropas que se habían retirado de Monterrey. Santa Anna también convocó a otras unidades regulares de otras regiones de México y concentró la mayor parte de la fuerza militar del país en un solo lugar. No sólo hizo que los regimientos acudieran a San Luis Potosí, sino que exigió que se completaran sus números hasta que tuvieran toda su capacidad: por lo general, debido a la deserción, las enfermedades y otras pérdidas, las unidades mexicanas no estaban completas con todos los hombres que tenían autorizados; ahora, los mexicanos buscaron llenar las filas de las unidades acantonadas en San Luis Potosí y pidieron a los estados cercanos que enviaran miles de reclutas. Esos hombres fueron reclutados de la manera usual por los funcionarios locales, quienes, a pesar de la crisis militar, trataron de proteger a las familias de la población trabajadora de la mejor manera que pudieron: los funcionarios cumplieron sus cuotas con los hombres cuya ausencia podía ser soportada por la sociedad del lugar, hombres que no tenían la reputación de trabajadores cumplidos que mantenían a su familia. Pronto, miles de varones renuentes se encontraron en camino de San Luis Potosí, atados entre sí y supervisados por guardias armados.[44]

El hecho de reunir, armar y vestir a un ejército de alrededor de 20 mil hombres en San Luis Potosí entre octubre de 1846 y enero de 1847 fue una hazaña prodigiosa, tal vez uno de los más grandes logros del Estado-nación del siglo XIX en México. Sin embargo, el hecho de que haya sido todo un logro no significa que ese Estado estuviese altamente centralizado; después de todo, México acababa de adoptar de nuevo el federalismo: los hombres fueron reclutados por las autoridades locales, sobre todo las de San Luis Potosí y los estados cercanos, como Michoacán, Jalisco, Querétaro y Guanajuato; por lo demás, San Luis Potosí proveyó a ese ejército de la mayoría de los recursos económicos y armó a los hombres. Todo ello requirió la cooperación del gobierno del estado, de sus habitantes más ricos, de sus instituciones religiosas y de muchos pobladores del común. Casi todas las iglesias se convirtieron en cuarteles para alojar a los soldados o en polvorines para almacenar las municiones; los herreros y los carpinteros hicieron o repararon armas; las campanas de las iglesias fue-

ron fundidas para producir municiones, y se estableció una oficina para recaudar donaciones de maíz, frijol, leña, plomo, cobre y dinero para el ejército, donaciones que eran celebradas con música a medida que llegaban. La participación de las mujeres de la ciudad fue admirable: crearon comisiones para solicitar dinero y materiales, y una comisión de las damas más prominentes de la ciudad también supervisó el hospital donde tantos hombres de las tropas de Ampudia se estaban recuperando de alguna enfermedad.[45]

Las expresiones de nacionalismo abundaron en San Luis Potosí y mucha gente de ahí hizo un enorme esfuerzo por conformar el ejército y aprovisionarlo. Sin embargo, como en Estados Unidos, la nación no era una abstracción: estaba unida por otros valores e identidades, incluida la religión, la familia, la comunidad y el sentido que tenía la gente de la condición social o del valor personal. En esa situación particular, más habitantes podían creer con facilidad que sus valores e identidades estaban amenazados y que el unirse por la nación podía protegerlos. Mucha gente creía que el ejército estadounidense avanzaría pronto hacia el sur desde Saltillo y, para entonces, en muchos informes ya se había descrito la manera en que los voluntarios estadounidenses trataban a la población civil mexicana y la religión. Santa Anna, los funcionarios locales, el gobierno estatal y los sacerdotes locales hicieron hincapié en la necesidad de unirse como mexicanos para enfrentar la amenaza.[46] El hecho de que Santa Anna siguiera creyendo que los estadounidenses marcharían en contra de San Luis Potosí tal vez ayudó a aumentar el entusiasmo por la tremenda tarea de reunir y alimentar ese ejército. De hecho, Santa Anna urgió a la construcción de fortificaciones para proteger la ciudad, unas fortificaciones que requirieron gran cantidad de mano de obra, tanto de los criminales que había en las prisiones como de la gente ordinaria, que trabajó en forma voluntaria. A los observadores los impresionó en particular ver a los habitantes de algunas de las poblaciones circundantes destruir sus propias casas y huertos para construir los fuertes.[47]

El esfuerzo económico requerido para reunir y equipar el ejército en San Luis Potosí fue enorme, pero también fue necesario alimentar a esos hombres. Idealmente, el gobierno nacional debía enviar con frecuencia sumas de dinero a San Luis Potosí, pero no estaba haciéndolo. La situación fiscal del gobierno nacional había sido tambaleante desde la década de 1820: batallaba para hacer los pagos de su deuda externa y para pagar a sus empleados, incluidos los soldados, con los ingresos derivados de una economía altamente improductiva; la guerra hizo que la situación fiscal

fuera desastrosa: las demandas de ingresos gubernamentales aumentaban a medida que el bloqueo estadounidense interrumpía los ingresos aduanales en los que solía confiar el gobierno. Valentín Gómez Farías, el vicepresidente que encabezó el gobierno en la ciudad de México mientras Santa Anna reunía su ejército, tenía muy poco dinero para enviarlo al norte; al final, el gobierno nacional tomó medidas extremas para obtener fondos para la guerra, pero llegaron demasiado tarde como para enviarlos al ejército en San Luis Potosí. Al llegar noviembre, diciembre y enero, la situación se hizo más desesperada y Santa Anna varias veces pidió ayuda al gobierno del estado de San Luis Potosí. El estado dio lo que pudo de sus ingresos y embargó sus propiedades para garantizar los préstamos que obtuvo de los comerciantes; sin embargo, las solicitudes de fondos a otros estados fueron ignoradas, en gran medida porque todos estaban en una situación fiscal crítica y algunos temían la llegada de las tropas estadounidenses. A finales de enero, Santa Anna estaba desesperado, porque era muy probable que las tropas desertaran si no podían obtener su sustento en el ejército, por lo que empezó a gastar su propio dinero para alimentar a las tropas y después tomó la medida extrema de confiscar casi cien lingotes de plata que pertenecían a unos comerciantes extranjeros, prometiéndoles pagarlos con su riqueza personal, si fuera necesario; sostuvo que había dado ese paso porque "sin la comida el hombre no puede marchar, ni batirse".[48]

Durante ese forcejeo económico, llegó a manos de Santa Anna un informe confidencial que debe de haberlo decepcionado terriblemente: el 11 de enero, los guerrilleros habían emboscado y matado a un mensajero estadounidense que llevaba órdenes para que Taylor enviara muchos de sus regimientos a la costa y los pusiera al mando de Winfield Scott, para que éste estuviera en condiciones de invadir Veracruz. El gobierno estadounidense había decidido que sólo la invasión del centro de México produciría un llamamiento a la paz. Taylor no avanzaría a San Luis Potosí y el plan de Santa Anna de atrapar a su ejército entre la ciudad fortificada y el inhóspito desierto se frustraría.[49] Ahora, Santa Anna tenía dos opciones: la primera consistía en tratar de llevar sus fuerzas hacia el sur y, después, al este, hasta Veracruz, con la esperanza de defender el puerto mismo o de mantener al ejército de Scott en las tierras bajas de la costa, donde la fiebre amarilla lo debilitaría; sin embargo, eso significaría emprender una marcha muy larga y costosa por los caminos de México, casi todos malos, y no había garantías de que las tropas llegaran a tiempo. La segunda opción era muy arriesgada: el tamaño del ejército de Taylor se

había reducido y ya se encontraba cerca de Saltillo, mucho más cerca de San Luis Potosí que de Veracruz; el territorio entre esas dos ciudades era terrible, pero, si Santa Anna lograba llevar su ejército a Saltillo, podría aplastar por completo a las fuerzas de Taylor, dando un golpe que alentaría a los opositores estadounidenses a la guerra y que también alentaría a los mexicanos del territorio ocupado a levantarse contra el enemigo; si la caballería y la población civil mexicanas hostilizaban a los estadounidenses, se les podría forzar a retroceder hasta Texas. Ese plan tal vez era más factible que tratar de llevar el ejército a Veracruz; asimismo, era más acorde con las ambiciones de un hombre que tomó a Napoleón como su modelo a seguir. Como lo expresó un teniente estadounidense: el "plan era audaz y magistral". Y por supuesto fue la opción que eligió Santa Anna.[50]

El tamaño de la fuerza que partió de San Luis Potosí era impresionante, pero tenía una importante debilidad: la mayoría de sus hombres tenían apenas unos cuantos meses en el ejército y, aunque los oficiales hicieron esfuerzos serios por adiestrarlos e infundirles el espíritu de unión, la pobreza del gobierno parece haber disuadido al ejército de que los hombres realmente dispararan sus armas durante el adiestramiento: los mosquetes mismos habían sido usados sobre todo por el ejército británico de la época napoleónica y, por lo tanto, eran más viejos que los soldados que iban a usarlos: sus gastados cañones los hacían imprecisos y, por su antigüedad, era usual que se rompieran.[51] Con todo, la mayor desventaja de los mexicanos era que tenían que sobrevivir a una prolongada marcha a través de una región poco poblada y desértica para llegar hasta el enemigo, una marcha que sería incluso más difícil por la falta de comida. Durante los primeros días, la población de la región septentrional de San Luis Potosí podría proporcionarles algunos alimentos, pero, después de pasar por esa región, las cosas serían realmente difíciles. Santa Anna conocía el terreno y creía conocer las dificultades: ordenó a sus tropas que marcharan en grupos numerosos, separados más o menos por un día de marcha, con la esperanza de que no agotaran las fuentes de agua a lo largo del camino, así como los pocos alimentos que los pobladores pudieran proporcionarles. En total, tenía alrededor de 20 mil soldados y al menos 5 mil soldaderas; la ruta era bien conocida, porque las tropas mexicanas la habían seguido con frecuencia, y se esperaba que hubiera un número importante de bajas a lo largo de las tres semanas a través del desierto. Antes de partir, dijo a sus tropas que tendrían hambre y sed durante la marcha, pero que el hecho de soportarla era una forma de valor que demostraría su fortaleza; asimismo, apeló al orgullo de sus hombres y señaló:

> El soldado mexicano es bien conocido por su frugalidad y su sufrimiento, nunca ha necesitado almacenes para transitar por el desierto y siempre se ha contado con los recursos del enemigo, para aprovecharse de ellos. Hoy emprendemos la marcha por un despoblado, sin socorros y sin víveres, pero estad seguros que muy pronto seremos dueños de los del enemigo, y de sus caudales.[52]

Lo que Santa Anna no pudo haber previsto es que su ejército estaba emprendiendo camino durante el peor tiempo invernal que el norte de México había visto en varias décadas: de día y de noche tuvieron que enfrentar el frío, la lluvia y la nieve, y tanto los hombres como las mujeres empezaron a morir por la exposición a la intemperie. La lluvia y la nieve eran suficientes para resfriar a los soldados, pero no lo suficiente para abastecer por completo los embalses o los pozos de los que dependía el ejército, por lo que la sed siguió siendo un problema; por lo demás, los hombres en marcha quemaban mucho más calorías que las que obtenían de la poca comida disponible. Algunos desertaron, pero la mayoría mantuvo la disciplina, fortalecidos por los exhortos en el sentido de que la comida y el agua aguardaban adelante, no atrás. A medida que se acercaban a Saltillo, el frío no hizo sino empeorar: una de las últimas noches de la marcha, Santa Anna prohibió las hogueras en el campamento, porque temió que alertaran a los estadounidenses sobre la presencia de su ejército; pero fue una de las noches más frías, por lo que algunas de las soldaderas, creyendo que era imposible sobrevivir a ella con las pocas cobijas que los hombres habían llevado hasta ese lugar, prendieron fuego a algunos de los árboles que rodeaban el campamento; otras mujeres e incluso algunos soldados pronto siguieron su ejemplo y, en palabras del joven oficial mexicano Manuel Balbontín, "se veía el campo iluminado en todas direcciones, haciendo la luz vivo contraste con el fondo negro del cielo". Santa Anna, poco dispuesto a actuar frente a las soldaderas, no dijo nada. Para cuando su ejército estuvo cerca de los estadounidenses, ya había perdido a miles de hombres y, sin duda alguna, a muchas mujeres por la exposición a la intemperie, las enfermedades y la deserción, lo que redujo el ejército a quizá 14 mil hombres para la batalla.[53]

Aunque los mexicanos trataron de mantener en secreto su desplazamiento, Taylor comprendía el peligro: habiendo enviado a casi todos sus soldados regulares y a la mayoría de los voluntarios con las fuerzas de Scott, puso en riesgo su ejército y, habiendo comprobado que los mexicanos combatían bien, sin duda alguna entendió la magnitud de ese ries-

go mejor que Polk o que Scott; asimismo comprendió que el desierto era una barrera formidable para un ejército, lo cual explica tanto que no haya marchado contra San Luis Potosí como que haya desplazado su fuerza principal al borde del desierto al sur de Saltillo. Existen varios relatos sobre la manera en que Taylor se enteró del peligro específico que sus fuerzas enfrentaron a finales de febrero de 1847: Santa Anna culpó a un desertor que los estadounidenses capturaron cuando trataba de reunirse con su familia en Saltillo; otros informaron que los rumores de la cercanía de su ejército habían llegado a la población civil de Saltillo y que, cuando algunos de sus habitantes escondieron las imágenes sagradas, los estadounidenses comprendieron que algo estaba ocurriendo. Sea lo que haya sido, Taylor envió soldados de caballería al sur con el propósito de que confirmaran los rumores y, cuando aquéllos se toparon con un gran número de soldados de caballería mexicanos, se replegaron hasta Agua Nueva, donde Taylor tenía un almacén de provisiones. Los estadounidenses decidieron retroceder hasta una posición que pudieran defender con mayor facilidad: los voluntarios de infantería partieron a pie de inmediato, pero se dejó a los soldados de caballería de Arkansas para que cargaran los carromatos con tantas provisiones como pudieran; los de Arkansas se rehusaron a hacerlo, por lo que se envió a los soldados de caballería regulares a hacer ese trabajo, mientras los hombres de Arkansas los observaban. La caballería mexicana llegó de forma repentina y los de Arkansas huyeron asustados, seguidos por la caballería regular, que primero prendió fuego a las provisiones restantes, lo que iluminó los cielos en kilómetros a la redonda. Lo irónico es que la expresión de pánico en el rostro de los estadounidenses mientras prendían fuego a las provisiones en Agua Nueva ayudó a su causa, porque engañó a Santa Anna, quien creyó que había sorprendido completamente a sus enemigos y que todo el ejército estadounidense huía también presa del pánico. Ahora bien, en lugar de dar descanso, alimento y agua a su agotado ejército en Agua Nueva, Santa Anna envió a sus hombres en persecución del enemigo y ordenó a su caballería que tratara de situarse entre los estadounidenses y Saltillo mientras la infantería aceleraba el paso. Exhaustos por la larga y rápida marcha sin haber comido durante más de un día, los hombres del ejército mexicano llegaron al sitio que los estadounidenses conocían por el nombre de la hacienda establecida en ese lugar, Buena Vista, pero que los mexicanos conocían por su nombre geográfico local: La Angostura.[54]

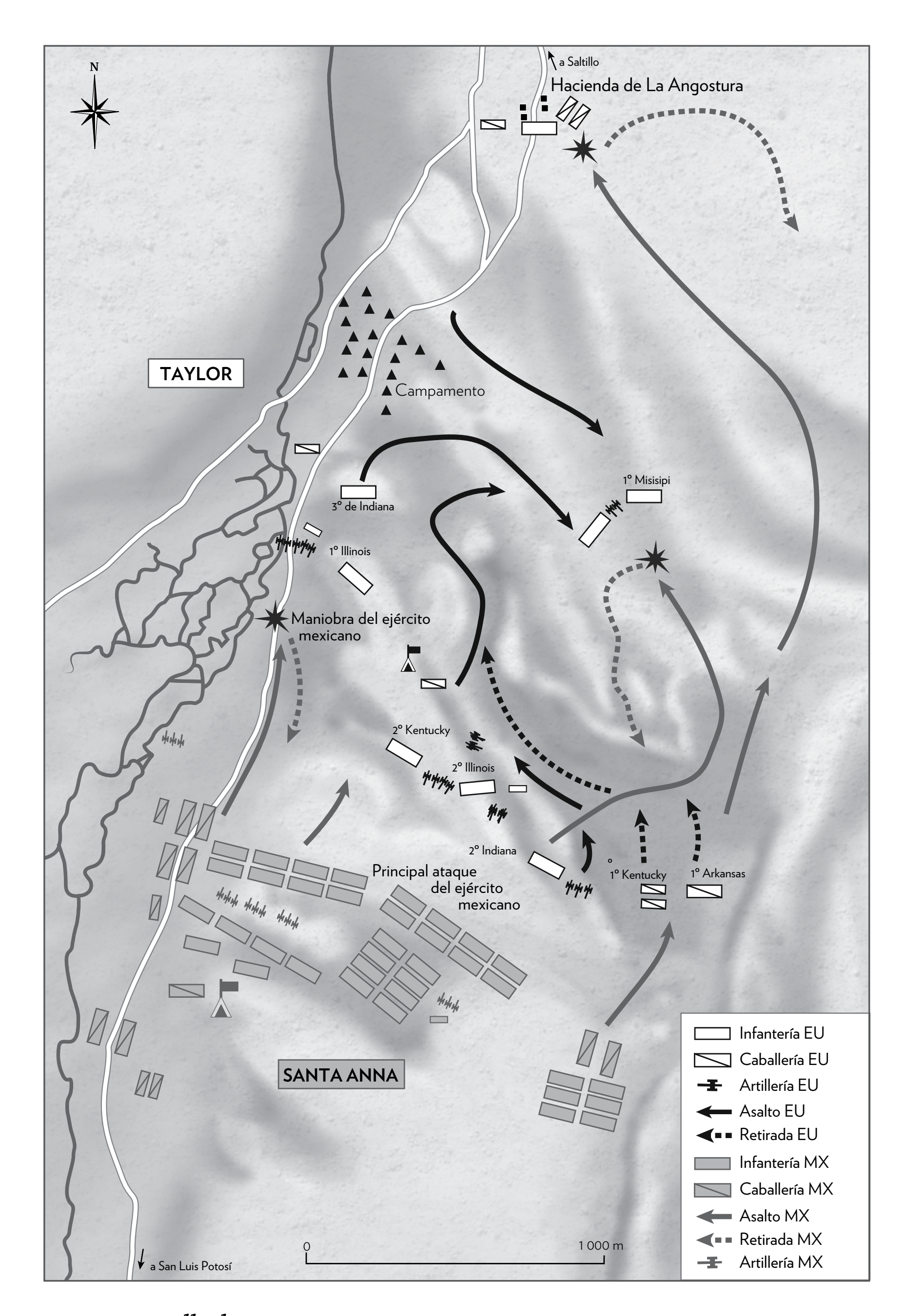
El nombre mexicano de La Angostura describe con exactitud la geografía del lugar: allí, el camino a Saltillo pasa entre unos escarpados peñascos al poniente y un laberinto de barrancos, que corren sobre todo hacia el oeste desde los altos cerros del este. El general Wool ya había decidido que ese lugar ofrecía a los estadounidenses la mejor posibilidad de sobrevivir a un ataque mexicano: la posición no era imposible de flanquear y el lugar era demasiado ancho como para defenderlo con los 5 mil estadounidenses presentes, pero el terreno restringiría los movimientos de un ejército atacante, por lo que Wool desplegó los regimientos y la artillería disponibles y aguardó el retorno de Taylor con unas cuantas unidades más. El 22 de febrero, los estadounidenses fueron testigos de la llegada de un ejército mexicano que los superaba en número en una proporción de casi tres a uno: muchos soldados estadounidenses se sintieron intimidados por la vista.

El combate resultante, que los mexicanos llaman batalla de La Angostura y los estadounidenses, batalla de Buena Vista, se extendió a lo largo de casi dos días y, como la mayoría de las batallas, en realidad consistió en muchos enfrentamientos breves pero muy violentos. Como solía ocurrir, incluso los generales al mando tenían dificultades para ver todo lo que estaba ocurriendo y las acciones eran incluso más confusas debido a que ninguno de los dos bandos tenía una descripción geográfica clara de las serpenteantes quebradas que había al este del camino y que ambos ejércitos se vieron obligados a recorrer para desplazar sus tropas a lo largo de ellas: cada vez que un oficial enviaba a un grupo de soldados por una quebrada, no sabía con precisión por dónde saldrían; por lo general, no obstante, se pueden resumir las acciones como una serie de esfuerzos de Santa Anna por enviar tropas a través del terreno al este del camino para flanquear a los estadounidenses, impedirles el paso a Saltillo y, algo que no era una coincidencia, hacerse con las provisiones que aquéllos habían almacenado.

El 22 de febrero, Santa Anna pidió a Taylor que se rindiera con todas sus tropas, marcadamente superadas por las mexicanas, pero pronto Taylor declinó. La tarde de ese día, el general mexicano fingió un ataque frontal por el camino que llevaba al grueso de las fuerzas de Taylor y, al mismo tiempo, envió su infantería ligera —que, como la de otros ejércitos, estaba compuesta por hombres seleccionados de entre los mejores tiradores y los soldados más motivados— a tratar de tomar los cerros que

se encuentran justo al este de las quebradas. Esos hombres se aproximaron a los cerros casi verticales a través de una quebrada que los ocultó a los estadounidenses hasta que empezaron a trepar por los cerros. El general Andrés Terrés recuerda que "estaban subiendo a ella nuestros batallones ligeros como gatos [...] estaban los tiradores perpendicularmente unos encima de otros formando un cordón como el de una lámpara; parecía increíble que los hombres después de haber andado 25 leguas sin parar y sin tomar alimento pudiesen superar aquellas intransitables alturas". Taylor envió a algunos soldados de su artillería ligera a que les dispararan y ordenó a algunos de los hombres de las unidades de Indiana y Kentucky que trataran de trepar por arriba de los mexicanos; sin embargo, no lo lograron, por lo que éstos se mantuvieron en el terreno más alto a medida que menguaba la luz del día. Durante la fría noche que siguió, los hombres de ambos ejércitos durmieron lo que pudieron y comieron lo que tenían, lo que, para la mayoría de las unidades mexicanas, fue poco o incluso nada; muchos mexicanos durmieron poco, porque Santa Anna desplazó más regimientos y artillería a una posición desde donde podría reanudar los ataques por el flanco al día siguiente. Mientras tanto, Taylor volvió a Saltillo con el propósito de asegurarse de que las provisiones estuvieran protegidas contra la caballería mexicana y dejó a Wool al mando.[55]

La mañana del 23 de febrero, Santa Anna ordenó un ataque de distracción por el camino, hacia el centro del ejército estadounidense, y también ordenó una serie de ataques más fuertes por el lado este del campo de batalla, tratando de valerse del enredado sistema de quebradas para situarse a espaldas de su rival. El dominio de las alturas importó menos de lo que habría sido en épocas más modernas, porque los mosquetes de cañones sin estrías tenían un alcance muy limitado y, por lo tanto, sólo podían disparar hacia una porción pequeña del campo de batalla. Al principio, las fuerzas principales que se defendían del ataque por el flanco eran las del Segundo Regimiento de Indiana, apoyadas por tres de cañones ligeros; cuando Wool se enteró de que había empezado un ataque en ese lugar, envió refuerzos de las unidades de Illinois y Kentucky. En ese momento, la composición social del ejército estadounidense entró realmente en juego: las únicas tropas regulares de Taylor eran las de su artillería y unas cuantas de caballería, pues Scott se había llevado la gran mayoría de los soldados regulares para la campaña de Veracruz; por lo demás, muy pocos de los voluntarios presentes habían participado en una batalla, porque Scott también se había llevado casi todos los regimientos



Mapa 8. Batalla de La Angostura.

de voluntarios que habían combatido en Monterrey. Las tropas que tenía consigo ese día eran regimientos que habían sido dejados en los campamentos del río Bravo durante la campaña de Monterrey precisamente porque Taylor no había considerado que fueran disciplinadas ni eficaces: su experiencia militar había consistido sobre todo en escaramuzas con los guerrilleros y, como ya se ha visto, en ataques de represalia en contra de la población civil mexicana; no estaban preparados para combatir en una batalla contra miles de tropas.

Es probable que el menos preparado para la batalla fuese el Segundo Regimiento de Indiana: Joseph Lane, su primer comandante, relativamente competente, había sido relevado del cargo y reemplazado por William Bowles, un médico propietario de un hotel que tenía relaciones políticas con el gobernador demócrata del estado, pero ninguna aptitud militar: había descuidado el adiestramiento de sus hombres y no inspiraba confianza. En parte por esa razón, cuando Wool comprendió que el sector oriental del campo de batalla era vulnerable, lo envió a que tomara el mando de ese sector. En un momento crucial, a primera hora del 23 de febrero, el Segundo Regimiento de Indiana se encontró en el centro de la acción: una fuerza mexicana que los superaba con mucho en número estaba trepando para salir de una quebrada y situarse frente a él, mientras la artillería bombardeaba al mismo tiempo a los estadounidenses. Apoyado por una batería de la artillería ligera, el regimiento sostuvo su posición durante varios minutos, disparando descarga tras descarga de sus mosquetes, al tiempo que casi la cuarta parte de sus camaradas caían muertos o heridos. Lane ordenó a sus hombres que avanzaran, con la esperanza de llegar a un lugar que la artillería mexicana no pudiera alcanzar y, así, acercarse más a la quebrada con el propósito de contener el ataque antes de que los voluntarios de Indiana quedaran rodeados; sin embargo, Bowles ordenó histéricamente al regimiento que retrocediera y tuvo que repetir la orden dos veces antes de ser obedecido. Pero lo que en mejores circunstancias podría haber sido una retirada ordenada se convirtió en una huida precipitada: los voluntarios de Indiana corrieron con toda la rapidez que pudieron, acompañados pronto por los hombres que habían estado combatiendo contra las tropas ligeras mexicanas en las alturas cercanas. Aunque los regimientos frescos de Illinois y Kentucky formaron una nueva línea para hacer frente a los mexicanos, en ese momento cerca de mil estadounidenses, es decir casi la cuarta parte de las fuerzas de Taylor, estaban huyendo, mientras la caballería enemiga iba ocupando el espacio ganado para dar un rodeo por el flanco del ejército estadouni-

dense y dirigirse a los edificios de la hacienda de Buena Vista, donde estaban apiladas las preciadas provisiones.

Por su parte, Taylor llegó a Saltillo junto con su yerno, el coronel Jefferson Davis, y el Regimiento de Misisipi comandado por este último, la única unidad de voluntarios presente que había combatido en Monterrey. Taylor había mantenido en reserva a ese experimentado regimiento y ahora lo necesitaba. Junto con el Tercer Regimiento de Indiana, que había estado protegiendo un sector que no había sido atacado, se prepararon para hacer frente a las numerosas fuerzas mexicanas que se dirigían hacia la hacienda. A las dos unidades estadounidenses se sumaron pronto muchos de los hombres que habían huido, porque sus oficiales se las habían arreglado para encontrarlos en las quebradas donde se habían refugiado y los habían llevado de nuevo a la batalla. Bowles, que se encontraba entre ese grupo, tomó un mosquete y combatió como soldado raso en las filas del regimiento de Misisipi, ignorando a los sobrevivientes del Segundo Regimiento de Indiana que se habían formado a unos metros de distancia, una actitud que muchos de ellos nunca le perdonarían; juntas, esas dos unidades detuvieron otro ataque por el flanco. Más o menos al mismo tiempo, una numerosa fuerza de la caballería mexicana puso en fuga a los soldados de caballería de los regimientos de voluntarios de Kentucky y Arkansas, mató al coronel Archibald Yell de este último y pronto alcanzó la hacienda; allí, no obstante, recibió una desagradable sorpresa: muchos estadounidenses que habían huido antes del combate se habían refugiado en los edificios y el patio amurallado de la hacienda y, una vez allí, los oficiales los convencieron de que defendieran esas posiciones. Muchos de ellos habían oído decir que todo esfuerzo por huir a Saltillo era inútil, porque Santa Anna había enviado allá una numerosa fuerza de caballería al mando del general José Miñón con el propósito de cortarles el camino, lo que, irónicamente, ayudó al ejército estadounidense, porque impidió que los que se habían refugiado en la hacienda huyeran del campo de batalla. Por consiguiente, cuando la caballería mexicana llegó a toda prisa a los edificios de Buena Vista, llenos de provisiones que creyeron que ya eran suyas, fueron recibidos con un fuego mortal. La sorpresa fue demasiado para esos hombres exhaustos, por lo que se retiraron, acosados por algunos de los mismos soldados de caballería estadounidenses que apenas unos momentos antes habían estado huyendo de ellos. Más tarde ese día, Santa Anna organizó otro ataque importante, esta vez enviando tropas de manera directa al norte, cerca del camino, con el propósito de dividir el grupo central de los estadounidenses. Una



Figura 3.3. La captura de los cañones de O'Brian: tropas mexicanas capturan los cañones estadunidenses en la hacienda de La Angostura. Dibujo de Samuel Chamberlain.

vez más, superados en número, los regimientos de Illinois y Kentucky se dispersaron y huyeron antes de que el ataque de los mexicanos por fin fuera detenido por la artillería ligera estadounidense y otros regimientos de infantería. Entre los hombres que murieron en ese episodio, estaba el coronel Henry Clay Jr., de Kentucky, hijo de un famoso político whig.

En el fluir y refluir de la matanza de ese día, varias unidades estadounidenses rompieron filas aterrorizadas, para después volver a formarse. Los hambrientos y sedientos mexicanos sacaron el mejor partido de muchos de sus ataques, pero algunos de los reclutas recientes se pusieron a cubierto o huyeron cuando tuvieron que hacer frente al poder de fuego de los estadounidenses. A menudo, los ataques de los mexicanos se vieron debilitados, menos por los esfuerzos de los regimientos de infantería, cada vez más ralos —y, en ocasiones, en franca huida— que por la habilidad de un puñado de artilleros del ejército regular estadounidense para desplazar aprisa su artillería de un punto de crisis a otro, causando graves bajas entre las unidades atacantes, a las que el terreno obligaba a amontonarse. Muchos soldados de uno y otro bando cayeron bajo el fuego de la artillería y lo irónico es que algunos de los artilleros más eficientes del ejército mexicano eran hombres que antes habían desertado del estadounidense. Con mucha frecuencia, los contendientes estaban tan cerca unos de otros que las bayonetas y las lanzas se convirtieron en las armas más importantes y ambos lados mataron a enemigos que estaban huyendo, heridos o tratando de rendirse. Fue un día de ataques y contraataques desesperados que enfrentaron a unos conscriptos mexicanos hambrientos, sedientos y exhaustos, con sus gastados mosquetes, contra unos estadounidenses mejor armados pero marcadamente inferiores en número que estaban encontrando más aventuras en México que las que se habían imaginado: el deseo de sangre se mezclaba con el terror en ambos ejércitos. Después de muchas horas de batalla, una tormenta de paso soltó torrentes de agua en los cerros y las quebradas: Terrés escribió en sus memorias que el agua estaba teñida de rojo por la sangre, pero que muchos soldados estaban tan sedientos que, de todos modos, bebieron de ella. Una vez pasada la tormenta, el ciclo de ataques y contraataques se reanudó hasta que la caída de la noche hizo que todo combate careciera de sentido.[56]

Muchos soldados estadounidenses comprendieron que habían estado al borde del desastre en varias ocasiones y se sentían profundamente impresionados por la valentía y lo numeroso de las tropas mexicanas; cuando los combates se reanudaron al día siguiente, creían que el ejérci-

to estadounidense se derrumbaría pronto. Lo que no sabían es que Santa Anna creía que su ejército también se encontraba al borde del derrumbe, no a causa de las fuertes bajas que había sufrido, sino debido a que la mayoría de sus hombres había pasado días comiendo poco o sin comer; un oficial mexicano dio parte incluso de que, durante los combates, algunos de los hombres estaban tan hambrientos y sedientos que lanzaron ataques no autorizados sólo para poder quitarles la comida a los estadounidenses. Hasta que cayó la noche, la posibilidad de abrirse paso hasta las provisiones de los estadounidenses había mantenido a la mayoría de los hombres en sus unidades, pero Santa Anna sabía muy bien que el hambre era siempre el factor más importante que los llevaba a la deserción y que no era probable que sus sargentos y oficiales lograran impedir por la fuerza la deserción de unos soldados dispersos en pequeños grupos por todo el campo de batalla. Unos cuantos kilómetros más atrás, en Agua Nueva, había algunas reses y otras provisiones disponibles, pero Santa Anna no contaba con medios de transporte para llevarlas al campo de batalla, por lo que decidió hacer retroceder sus tropas hasta Agua Nueva para que pudieran comer al menos un poco. Algunos soldados y oficiales mexicanos se mostraron en desacuerdo con esa decisión, creyendo que se podía arrear el ganado hasta donde estaban las tropas y que un día más de combates destruiría al ejército estadounidense y podrían capturar sus provisiones.[57]

Durante la noche, los mexicanos retrocedieron hasta Agua Nueva, pero dejaron encendidas las hogueras del campamento para confundir a los estadounidenses. Cuando estos últimos comprendieron lo que había ocurrido, la mayoría de ellos se sintieron completamente aliviados; ante sí tenían una vista que casi ninguno olvidaría: grandes extensiones de tierra salpicada de hombres muertos y heridos de ambos ejércitos. John Halsey, de Kentucky, escribió a su familia:

> Los heridos mexicanos se arrastraron desde sus escondites y empezaron a suplicar de la manera más conmovedora que se les diera agua. Más allá, en la ladera de la montaña, vimos a los pobres desdichados agitando sus camisas blancas como banderas, gritando "amigo, amigo" con una voz débil; aquí vimos el lugar donde explotó una bomba y muchos lanceros gallardos con sus finos caballos regados por el suelo, algunos sin cabeza, algunos sin brazos ni piernas, algunos con las entrañas completamente de fuera. *¡Una vista, horrible, horrible, horrible!* [el subrayado es del original].

Mientras que algunos mexicanos suplicaron a los estadounidenses que los ayudaran, otros se ocultaron, convencidos de que lo único que podían esperar de ellos sería una muerte rápida y el robo de sus pertenencias. Los perros y los coyotes devoraron a los muertos y los heridos por igual. Los estadounidenses enviados a buscar a los heridos se encontraron con las soldaderas y sus hijos entregados a la misma tarea. Muchos de los heridos de ambos bandos fueron transportados a la catedral de Saltillo, cuyo piso pronto quedó cubierto por la sangre, mientras los médicos amputaban miembros y vendaban heridas. El saldo de la carnicería fue espeluznante para ambos bandos: casi 300 estadounidenses murieron y casi 400 quedaron heridos, mientras que casi 600 mexicanos murieron y más de mil quedaron heridos. Casi 2 mil soldados mexicanos también rompieron filas durante la batalla, aunque, como se verá, muchos de esos hombres se reincorporaron más tarde a sus unidades. Los huesos de muchos de los muertos todavía yacen expuestos hoy en día, ya sea porque nunca fueron encontrados y sepultados, ya sea porque la erosión los expuso tiempo después. Por supuesto, es imposible afirmar de qué nacionalidad eran los hombres a los que pertenecieron.[58]

En Agua Nueva, Santa Anna y sus oficiales enfrentaron un nuevo dilema: él tenía la intención de reanudar pronto el ataque contra los estadounidenses. Por su parte, Taylor envió a un subordinado a ofrecer una tregua y un intercambio de prisioneros. Santa Anna aceptó el intercambio, pero rechazó la tregua y se aseguró de mostrar al oficial estadounidense que su ejército todavía era numeroso y disciplinado. Mientras lo hacía, las soldaderas se acercaron a los soldados de la caballería estadounidense que escoltaban al oficial: dado que veían que los estadounidenses estaban rodeados por miles de soldados mexicanos, las mujeres supusieron que eran prisioneros y les ofrecieron un poco de comida, mientras que los estadounidenses, comprendiendo que los propios mexicanos estaban hambrientos, entregaron todos sus víveres a las mujeres. Ese conmovedor incidente pone de relieve lo delicado del dilema de Santa Anna: en Agua Nueva, no había suficiente comida para sostener a su ejército, ni siquiera durante unos cuantos días; los hombres hambrientos seguían desertando y una epidemia de disentería minó aún más la fortaleza de las tropas. Mientras las soldaderas se esforzaban por limpiar las heridas con unos harapos mojados con la única agua disponible, agua que la sangre y el lodo ya había oscurecido, Santa Anna y sus oficiales de mayor grado analizaron sus opciones: comprendieron que un ejército hambriento no podría reanudar el ataque y, peor aún, que un ejército hambriento sería

pronto un ejército inexistente. Por consiguiente, decidieron retroceder a San Luis Potosí. Más tarde, Santa Anna escribiría que, en Agua Nueva, se había enterado de la guerra civil que agitaba a la ciudad de México, por lo que decidió que necesitaba apresurarse a volver a ella, pero, en sus primeros partes sobre la decisión, no mencionó ese detalle.[59]

El ejército mexicano emprendió la marcha hacia el sur, llevando consigo a sus heridos de la mejor manera posible: a hombros de otros soldados o en camillas improvisadas con los mosquetes. Un testigo mexicano describió la fuerza más como un hospital ambulante que como un ejército en marcha. Después de una breve jornada, muchos heridos fueron abandonados en Encarnación; unos días después el ejército estadounidense se enteró de que había cientos de mexicanos heridos en ese poblado, sin alimentos ni ayuda médica, y envió a algunos soldados de caballería con carromatos llenos de vituallas y medicamentos. Algunos de esos soldados dieron parte de que la escena ahí era peor que la del propio campo de batalla; Chamberlain la llamó

> guarida de horrores, la muerte estaba en todas partes, mientras los miserables restos de humanidad con heridas espantosas yacían en la plaza, en pleno suelo, mientras en las casas y en la pequeña capilla casi 300 desgraciados heridos yacían sin camas ni mantas en el duro piso de cemento, revolcándose en una masa de suciedad, mientras los gusanos y las sabandijas reptaban, entrando o saliendo de las horrorosas heridas sin vendar.[60]

Mientras los hombres todavía en condiciones de caminar continuaban la marcha al sur, sus raciones se limitaron a un poco de mascabado y carne podrida; los abrevaderos eran escasos y el agua que contenían era demasiado salada como para poder beberla; las enfermedades intestinales que ya plagaban al ejército empeoraron y más y más hombres simplemente se debilitaron tanto que ya no podían seguir caminando. Terrés, que marchaba con la retaguardia, escribió que el ejército dejaba un rastro de hombres enfermos tras de sí y añadió que la retirada fue peor que la que Napoleón hizo desde Moscú, porque los soldados mexicanos enfrentaron no sólo el tiempo invernal sino también la falta de agua.[61]

Luchando por sobrevivir, muchos hombres se desviaban solos en busca de comida y agua: durante semanas, algunos grupos pequeños de esos hombres se esforzaron por llegar a los pueblos y las haciendas del norte de San Luis Potosí, donde se dirigieron a los funcionarios locales para pedir comida, agua y ayuda para regresar a sus unidades; pero incluso los

que no se reincorporaron pronto fueron arrestados, porque esos esqueletos ambulantes no se confundían fácilmente con la población local, sin importar lo pobre que ésta fuera. Lo más inquietante fue que unos cuantos robaron o incluso mataron a sus oficiales para obtener el dinero en efectivo que pudiera ayudarlos a abrirse camino hasta su región de origen o a otros lugares muy alejados del ejército.[62] Éste perdió más hombres por muerte o deserción durante su retirada que en el sangriento campo de batalla. A medida que los soldados fueron llegando a lugares habitados en el norte del estado de San Luis Potosí, las propias autoridades y los habitantes que se habían esforzado por alimentarlos en su marcha al norte volvieron a entrar en acción: reunieron a los soldados enfermos, los alimentaron y los transportaron de pueblo en pueblo hasta la capital del estado, donde el gobernador seguía recolectando alimentos y dinero entre ricos y pobres por igual. Las mujeres prominentes de la ciudad habían trabajado mucho para ayudar a alimentar y equipar el ejército de Santa Anna cuando se preparaba para su ofensiva y ahora organizaron en poco tiempo un hospital para los numerosos enfermos y heridos. Muchos de los soldados que lograron volver se apresuraron a ir a las iglesias, donde se les observó orando durante largo tiempo, sin duda para dar gracias por haber sobrevivido o en busca de un bálsamo que los aliviara de las escenas que la sangrienta batalla y la terrible retirada habían dejado marcadas en su memoria.[63]

Las noticias sobre la batalla viajaron con mayor rapidez que el ejército en retirada y, en sus primeros artículos, los periodistas mexicanos la describieron como una victoria mexicana. En algunas ocasiones, esos artículos fueron las primeras noticias de la batalla recibidas incluso por los estadounidenses establecidos en México. Cuando las diferentes unidades de Estados Unidos se disolvían en confusión, los mexicanos capturaron dos estandartes que los regimientos usaban para reunirse y tres cañones abandonados por los artilleros en su huida: ésa era la clase de talismanes que señalaban la victoria en la cultura militar. No obstante, el ejército estadounidense había quedado en posesión del campo de batalla, lo que, por otra convención militar, indicaba que habían sido los vencedores. Los informes que clamaban victoria se abrieron camino hasta el centro de México por medio de los periódicos de Nueva Orleans, para alivio de los estadounidenses que se habían preocupado por los relatos de los mexicanos; las pérdidas que el ejército de México había sufrido en su retirada finalmente fueron conocidas y deprimieron a los mexicanos. En retrospectiva, es evidente que la supervivencia del ejército invasor impi-

dió que los mexicanos expulsaran a los estadounidenses del norte de México, lo que, después de todo, era el objetivo de Santa Anna. En ese sentido, la campaña fue una derrota mexicana y esa derrota parece haber sido más dañina cuando se contemplan las pérdidas sufridas durante la marcha de regreso a través del desierto. No obstante, la batalla misma quedó inconclusa y la mayoría de los testigos de uno y otro bando estaba segura de que, si los mexicanos hubieran podido sostener la batalla durante un día más, los estadounidenses habrían sido aplastados; su incapacidad para seguir combatiendo tuvo poco que ver con las pérdidas sufridas durante la batalla y todo que ver con el desafío del desierto, un desafío que se intensificó de manera drástica por el tiempo invernal, inusualmente severo, que torturó a los soldados. Sin importar quién crea que ganó la batalla misma, lo evidente es que fue el desierto el que derrotó a la campaña militar mexicana.[64]

Después de mayo de 1846, la guerra en el norte de México fue dominada por la inyección masiva de soldados provenientes de las unidades de voluntarios estadounidenses. Como se mencionó en el capítulo 2, esos soldados ciudadanos eran muy diferentes de los soldados regulares de uno y otro país que se enfrentaron en las batallas de Palo Alto y Resaca de Palma: provenían de antecedentes sociales más cómodos y, en gran medida, su motivación tenía su origen en la ideología, antes que en la economía; eran el tipo de soldados que los defensores de los Estados-nación imaginaban como sus abanderados, por lo que no es sorprendente que menospreciaran a los soldados regulares procedentes de las clases bajas, esos que habían decidido renunciar a su libertad por la feroz disciplina de las unidades regulares; los voluntarios insistían a menudo en que eran más valientes y más eficientes que los soldados regulares,[65] mientras que los oficiales regulares experimentaban una aversión casi visceral por la desaliñada apariencia y la falta de disciplina de los voluntarios y les horrorizaban los crímenes de éstos contra la población civil; asimismo, señalaban que, durante las batallas, las unidades de voluntarios se habían disuelto con frecuencia, huido o puesto a cubierto cuando se suponía que debían estar peleando. Es probable que Abner Doubleday haya resumido muy bien las opiniones de sus camaradas oficiales sobre las unidades de voluntarios cuando las describió como "antes bien unas turbas organizadas que unas fuerzas militares".[66]

Quizá ningún regimiento de voluntarios fue mejor conocido por haberse desbandado bajo la tensión del combate que el Segundo Regimiento de Indiana, que llevó a cabo una de las retiradas más espectaculares e

inoportunas en la batalla de La Angostura. En el ejército de Zachary Taylor, los hombres de otras unidades pronto empezaron a llamarlos "la infantería fugaz", un insulto que escocía profundamente; pero lo peor fue que la noticia de su comportamiento pronto se conoció en sus lugares de origen y, en el camino, se incluyó a los otros dos regimientos de Indiana presentes en el norte de México: el Tercero, que en realidad se mantuvo firme en la batalla, y el Primero, que se encontraba a kilómetros de distancia, protegiendo el campamento. El 5 de abril, Mary Gibson escribió a Thomas Gibson, alistado en el Tercer Regimiento de Indiana, para expresarle su alivio por no haber visto su nombre en las listas de hombres heridos o muertos, para después añadir: "aquí se informó que los soldados de Indiana se comportaron como unos verdaderos cobardes, se dice que todos huyeron cuando empezó la batalla [...] todos hubiéramos preferido que ustedes se hubieran mantenido firmes como buenos soldados, puesto que habían decidido ir allá".[67] El daño fue incluso mayor, porque, en su parte oficial, el general Zachary Taylor mencionó la desordenada retirada de los voluntarios de Indiana, pero restó importancia al gran número de los que regresaron para combatir: esos hombres se mantuvieron firmes en situaciones que, según se dice, eran tan desesperadas como la que antes había provocado su huida, ayudando al ejército estadounidense a sobrevivir dos de los últimos momentos difíciles que enfrentó ese día. Esos voluntarios de Indiana hicieron lo necesario para salvar su reputación: escribieron cartas explicativas a los periódicos de su estado, en las que también mencionaban los actos heroicos que llevaron a cabo más tarde esa misma jornada; presionaron para que el tribunal militar hiciera una investigación, la cual arrojó la culpa de su retirada sobre los hombros de su incompetente coronel. Dos de las primeras memorias publicadas por los voluntarios estadounidenses sobre esa guerra fueron escritas por soldados de Indiana que dedicaron un espacio importante a defender las acciones de los voluntarios de Indiana en esa batalla;[68] sin embargo, esos voluntarios que habían sido tan festejados el día de su partida a la guerra nunca lograron recuperar su reputación por completo.

4. Incluso los padres de familia

Como se expuso en el capítulo 2, el gobierno estadounidense, que carecía de suficientes soldados profesionales para llevar a cabo una guerra ofensiva contra México, reclutó numerosos soldados ciudadanos cuyo servicio, que sería temporal, estaba relacionado en forma explícita con el nacionalismo. Ese esfuerzo tuvo resultados diversos desde el punto de vista tanto de sus comandantes como de la población civil mexicana; no obstante, esos hombres fueron fundamentales para las difíciles victorias obtenidas por los estadounidenses en las batallas de Monterrey y La Angostura y, en general, habría sido imposible que Estados Unidos ganara la guerra sin esas tropas. México también movilizó a muchos soldados ciudadanos para la guerra, pero, debido a la política y la geografía del país, ellos no combatieron en las batallas del norte; en cambio, sus momentos de terror y gloria llegaron cuando los estadounidenses invadieron el centro del país. Como se verá, el comportamiento de los soldados ciudadanos en esa guerra, tanto los mexicanos como los estadounidenses, fue variado: aunque su adiestramiento era insuficiente y, como otros soldados de México, estuvieron mal alimentados y aprovisionados, en ocasiones desplegaron en la batalla una valentía y una cohesión notables, infligiendo muchas bajas al ejército de Estados Unidos; sin embargo, la organización de esos soldados ciudadanos y su aprovisionamiento de armas también exacerbaron en forma desastrosa las tensiones en la política mexicana.

LOS SOLDADOS CIUDADANOS DE MÉXICO

Con la caída del gobierno conservador y centralista de Mariano Paredes y Arrillaga, se restableció el federalismo en agosto de 1846. El federalismo mexicano, en especial en sus variedades más radicales, ponía el énfasis no sólo en la descentralización del poder sino también en la extensión de la ciudadanía incluso a los mexicanos pobres, subrayaba la ciudadanía como la base del Estado-nación y, sin sorpresa alguna, ensalzaba el ideal del soldado ciudadano, lo que se expresó a comienzos del otoño de 1846 por medio del reclutamiento de nuevos regimientos de la Guardia Nacio-

nal. Ahora bien, los hombres de la Guardia Nacional organizados ese otoño estaban lejos de ser el primer ejemplo de soldados ciudadanos en México: el país tenía una fuerte tradición de milicias que iba hasta el periodo colonial y un antecedente de la Guardia Nacional posterior a la Independencia fue la llamada milicia cívica. Durante los primeros años de la nación, se requería que la mayoría de los hombres hiciera el servicio militar y quienes no lo prestaban tenían que pagar un impuesto especial. Por lo general, la milicia cívica no participaba en las campañas militares, sino que servía en las comunidades para mantener el orden.[1] En la pendenciera política mexicana, las simpatías políticas de las unidades de esa milicia cívica variaban de acuerdo con la región y a menudo tomaron parte en las guerras civiles o en los golpes de Estado. Después de que los centralistas llegaron al poder en 1835, restaron importancia a esas unidades y dirigieron los recursos al ejército regular y, aunque las élites regionales siguieron considerando como una necesidad práctica el mantenimiento de una fuerza de tiempo parcial para vigilar las áreas rurales, en los hechos la milicia cívica desapareció. Cuando las tensiones por la situación en Texas aumentaron en 1845, hubo un débil intento de crear una nueva fuerza de tiempo parcial compuesta de ciudadanos respetables para mantener el orden, dado que las unidades militares regulares fueron desplazadas al norte; sin embargo, en esa época, sólo los hombres relativamente acaudalados podían ser ciudadanos y muy pocos se unieron a dicha fuerza.[2]

Cuando los federalistas volvieron al poder, en los hechos su mayor prioridad fue revivir las unidades de soldados ciudadanos y, en septiembre de 1846, emitieron un decreto con el que restablecieron la Guardia Nacional. En muchos sentidos, sus unidades eran similares a las de los voluntarios estadounidenses y, como ellas, se organizaron a una escala marcadamente local: se reclutó a hombres de diferentes poblaciones, vecindarios, lugares de trabajo, escuelas y gremios, y las unidades se organizaron en regimientos con el nombre de su ciudad o su estado. Así, en el Distrito Federal, que comprendía tanto la ciudad de México como los diversos pueblos rurales que la rodeaban, se compuso un batallón de empleados de una fábrica de puros y se reclutaron varias compañías en los diferentes pueblos rurales o en los lugares de trabajo con pocos empleados, como la Casa de Moneda o los teatros; otro batallón completo se compuso con hombres que trabajaban en el comercio; en Xalapa, Veracruz, cada compañía incluyó miembros de distintas ocupaciones o de un conjunto de ocupaciones; en San Luis Potosí, el abogado y líder político Ponciano Arriaga organizó una compañía que, según explicó, debía con-

sistir sobre todo en empleados de las casas comerciales, pero que estaba abierta a otros miembros de la clase media urbana, y con una intimidad cautivadora hizo un llamamiento "a todos mis amigos y conciudadanos" a que se alistaran como voluntarios.[3] El orgullo local era fuerte en el México rural y, en ocasiones, los organizadores de las unidades de la Guardia Nacional pidieron de manera explícita que sus compañías no se agruparan con las compañías de otros distritos o incluso de otros pueblos. Entre las compañías organizadas en los barrios o entre los gremios de las áreas urbanas, existían rivalidades similares;[4] sin embargo, como en el caso de las unidades de voluntarios estadounidenses, las referencias más explícitas al orgullo geográfico y a la solidaridad en el seno de las unidades fueron a los estados de donde éstas provenían: el orgullo por la propia unidad se simbolizó mediante el mismo tipo de estandartes que usaban las unidades estadounidenses, elaborados con frecuencia también por las mujeres de cada comunidad y presentados a las unidades en unas ceremonias muy elaboradas.[5]

Los hombres de la Guardia Nacional eran soldados ciudadanos, hombres que tomaban las armas porque eran ciudadanos respetables y, dado que la nación representaba su voluntad, debían defenderla. El decreto que estableció las unidades declaraba que ésta era "inherente a las instituciones democráticas" e insistía en que los oficiales de la Guardia Nacional se condujeran "como ciudadanos que mandan a ciudadanos". Los llamamientos a los reclutas estaban llenos de elogios retóricos a la ciudadanía; por ejemplo, Ponciano Arriaga escribió que los hombres de la Guardia Nacional nunca debían olvidar que eran ciudadanos con iguales derechos. La Guardia Nacional fue establecida precisamente cuando los federalistas volvieron al poder y la ciudadanía recuperó de manera oficial las dimensiones igualitarias que los centralistas le habían negado; en muchos lugares, la Guardia Nacional se cubrió con ese manto igualitario. Los observadores hicieron notar que los hombres de todas las condiciones sociales participaron en las unidades, mientras que los políticos federalistas, como el prefecto Juan María Balbontín, de San Luis Potosí, señaló que la Guardia Nacional permitía que "el paisano y el soldado, el pobre y el opulento, el artesano, el labrador, el comerciante, en una palabra, todo el que puede honrarse con el título de ciudadano" se convirtiera en un "soldado republicano"; asimismo, Balbontín puso énfasis en que esas unidades eran diferentes a las unidades del ejército regular reclutadas entre la escoria de la sociedad y, con una gran euforia, escribió: "Bendito mil veces el día que ha alumbrado la verdadera igualdad entre todas

las clases. Bendito mil veces, puesto que imponiendo a todos el dulce deber de defender a la patria, quita a la clase menesterosa la pesada carga de cubrir por sí sola, esta sagrada obligación."[6] Claramente, la Guardia Nacional no sólo era una institución militar sino también la expresión de la extravagante adopción, por parte de los federalistas, de la ciudadanía igualitaria y del ideal de México como una nación de ciudadanos.

Al igual que los voluntarios estadounidenses, los hombres de la Guardia Nacional elegían a sus propios oficiales: de forma directa a los oficiales de menor grado y a los sargentos, quienes a su vez elegían a los oficiales de los regimientos. En México, con frecuencia esas elecciones eran llevadas a cabo durante las primeras reuniones de organización de las unidades y las actas de tales reuniones son muy similares a los documentos generados durante las elecciones civiles. Como en el caso de los voluntarios estadounidenses, la cultura de las reuniones se extendió en ocasiones a áreas no autorizadas por los reglamentos: los miembros de una unidad de la Guardia Nacional organizaron la baja forzada de un comandante del que creían que no estaba dispuesto a prepararlos para el combate, mientras que los de otra unidad votaron por disolverse después de una controversia política.[7]

Debido a que las unidades de la Guardia Nacional se organizaban en torno a un grupo local específico, cada una de ellas solía tener una inclinación política distinta, en lo cual se parecían a las unidades de voluntarios del norte, pero en Estados Unidos, entre 1783 y 1860, los soldados ciudadanos no emplearon la fuerza en la política interna, mientras que en México sí lo hicieron, empezando por las unidades de la milicia durante la guerra de Independencia y continuando con la milicia cívica después de esa revolución. Las unidades de la Guardia Nacional, establecidas en teoría para mantener el orden y ayudar a rechazar la invasión estadounidense, también tuvieron una gran importancia en la política interna: los federalistas radicales habían moldeado la ley de la Guardia Nacional y la retórica que la rodeaba, dando a una y otra un tono igualitario, pero no todas las unidades apoyaban a los radicales. Las inclinaciones políticas de cada una de las unidades iban de sus orígenes geográficos a los conflictos políticos, los intereses económicos y la ideología locales, con un fuerte indicio de patronazgo y clientelismo, en el sentido de que la gente prestaba su apoyo a los líderes y recibía a cambio beneficios materiales. En ocasiones, el resultado fue un fascinante mosaico de una complejidad que provoca vértigo: en la Mixteca, en el estado de Oaxaca, Antonio de León organizó unas unidades con inclinación al conservadurismo,

mientras que, en la mayoría de las regiones que más tarde se convirtieron en los estados de Guerrero y Morelos, así como en algunas regiones de Veracruz, las unidades tenían una clara afinidad con el federalismo radical. Por lo demás, en todos esos lugares, los soldados rasos eran campesinos que estaban desarrollando su propia visión de lo que debería ser el Estado-nación, con base en sus preocupaciones culturales y en sus intereses materiales, a través de procesos mediados por sus líderes políticos; no obstante, si se usa una lente de mayor aumento para observar el mosaico, la complejidad crece de manera similar. En consecuencia, incluso en la región que se convirtió en el estado de Guerrero, que en la actualidad no es uno de los más grandes de México, las diferentes unidades de la Guardia Nacional agrupaban a trabajadores agrícolas negros que durante mucho tiempo fueron partidarios del federalismo radical, a campesinos indígenas que habían adoptado el federalismo radical después de unas revueltas rurales inicialmente autónomas, a mestizos que habían combatido a esos revoltosos e incluso a jornaleros negros de otra región que se habían opuesto tanto a los campesinos indígenas como a los federalistas radicales durante décadas.[8] Todos esos grupos fueron legitimados, armados y movilizados para combatir unos junto a otros en contra de los invasores estadounidenses. Esa situación parecía madura para hacer estallar un conflicto político desastroso; no obstante, las únicas unidades de la Guardia Nacional que realmente combatieron entre sí fueron las unidades de radicales y las de moderados de la ciudad de México, que se enfrentaron en febrero y marzo de 1847.

Como ya antes se indicó, la vasta mayoría de los hombres que llenaban las filas del ejército regular mexicano habían sido reclutados porque no se consideraba que fueran hombres de familia respetables y trabajadores; sin embargo, la Guardia Nacional heredó algunas de las connotaciones culturales positivas de la antigua milicia colonial, en la que se consideraba que el servicio era una marca de honor, y fue incluso más lejos, porque México era ya una república de ciudadanos. La ciudadanía, la respetabilidad y el patriarcado responsable iban de la mano y la Guardia Nacional fue diseñada para ser una fuerza de soldados ciudadanos: los ciudadanos que no se alistaban y que no estaban exentos de hacerlo perdían su derecho al voto. Lo raro es que, en teoría, los residentes extranjeros que vivían en México también debían alistarse, a menos que su país de origen estuviera en guerra con México, restricción que se pasó por alto en medio de la retórica de los soldados ciudadanos que está presente en muchísimos documentos relacionados con la Guardia Nacional, pero que tal vez tuvo

su origen en la función esencial de la milicia de mantener el orden público. Ese momento de euforia federalista radical hizo que la ciudadanía —y la respetabilidad— se extendiera deliberadamente a la mayoría de las clases bajas de México; en los reglamentos, no obstante, también se reconoció que sería cruel obligar a los varones más pobres a servir en la Guardia Nacional, puesto que lo único que permitía sobrevivir a sus familias eran los ingresos diarios de esos hombres. Por consiguiente, los hombres de verdad pobres, identificados como jornaleros rurales, fueron excluidos del servicio, junto con algunos otros considerados también como necesarios para el funcionamiento social cotidiano: sacerdotes, empleados gubernamentales, médicos, maestros, miembros del ejército regular, sirvientes domésticos, marineros y trabajadores de las minas; no obstante, se permitió a todo aquel que no fuera sacerdote o ciudadano de países en guerra con México servir como voluntario, y muchos hombres más o menos pobres también se alistaron en las unidades de la Guardia Nacional.[9]

Uno de los aspectos más sorprendentes de la Guardia Nacional es la frecuencia con que los contemporáneos la relacionaron con la familia. Guillermo Prieto describió de manera extravagante la vista de las unidades de la Guardia Nacional que marchaban a enfrentar a los estadounidenses: “era la familia que combatía en defensa del hogar grande que se llama patria”. Cuando esos hombres combatían en un lugar cercano a su tierra natal, su familia los despedía públicamente, con orgullo e incluso con lágrimas; en el calor de la batalla, con frecuencia se pedía a los hombres que pelearan en nombre de su familia y todo ello era posible porque, a diferencia de los soldados del ejército regular, los miembros de la Guardia Nacional eran considerados como hombres de familia, como padres e hijos respetables.[10] El hecho de formar parte de una fuerza militar compuesta de ciudadanos y hombres de familia respetables fue importante desde el punto de vista ideológico, porque subrayó el deber de los mexicanos con su nación y creó una fuerza militar cuya imagen era inherentemente positiva. Por desgracia, las unidades militares compuestas de hombres de familia también eran de una utilidad militar inherentemente limitada: ¿cómo podía el gobierno poner en servicio esas unidades sin causar un daño severo y quizá fatal a las familias mexicanas?

El problema surgió por primera vez al formarse las unidades: los mexicanos ya estaban familiarizados con las reglas del reclutamiento para el ejército regular, las cuales habían sido diseñadas para proteger la precaria economía familiar de la devastadora pobreza causada por la ausencia de los hombres. En esas reglas, el propio gobierno refrendó la idea de que la

supervivencia de la familia era más importante que el servicio a la nación y a todas luces algunas respuestas a los esfuerzos por incluir a los hombres de familia en la Guardia Nacional estaban influidas por ese principio.[11] Con todo, se debe tener en mente la realidad práctica detrás de esa idea: dada la limitada productividad de la economía de México y la falta de toda protección social gubernamental, la pobreza extrema, quizá fatal, acechaba a la mayoría de las familias y sólo se la mantenía a raya gracias al trabajo de casi todos sus miembros: el esposo, la esposa y la mayoría de los hijos; incluso las familias a las que se podría considerar como de clase media, encabezadas por profesionales urbanos o por propietarios de pequeños ranchos, podían ahorrar poco o nada y, por el contrario, vivían de sus ingresos regulares; sin ellos, la pobreza estaba muy cerca. En consecuencia, cuando se estaban organizando las primeras unidades de la Guardia Nacional, los funcionarios locales enfrentaron con frecuencia las solicitudes para eximir del servicio a algunos hombres para que pudieran mantener a su familia y, en el caso de los jornaleros rurales, pidieron que se les explicara con detalle quién entraba en la categoría de la exención.[12] No sería correcto interpretar los escrúpulos de los hombres para no hundir a su familia en la pobreza como una falta de voluntad para combatir y defender a su propia familia: muchos de ellos expresaron su disposición a combatir si los estadounidenses de verdad atacaban sus comunidades; lo que no podían hacer era dejar de trabajar durante meses, semanas o incluso días para ir a combatir.[13] Muchos hombres se alistaron, se organizaron en unidades y se adiestraron ellos mismos, pero sólo pudieron hacerlo porque su servicio no era de tiempo completo: con excepción de las jornadas de adiestramiento, que por lo general tenían lugar los domingos, o el servicio periódico haciendo guardia en los cuarteles de las unidades, los hombres podían seguir manteniendo a su familia, pero incluso ese servicio temporal podía hacerlos pasar apuros, un problema que era mayor para los que eran electos como oficiales y, por lo tanto, tenían que dedicar más tiempo a las tareas de organización.[14] En teoría, los hombres de la Guardia Nacional en servicio recibían una paga, pero, como ocurría con los soldados regulares, las penurias del gobierno significaban que la paga era, en el mejor de los casos, poco frecuente. Cuando desertaban los hombres de la Guardia Nacional que habían sido movilizados, se debía con frecuencia a que necesitaban trabajar para mantener a su familia.[15]

Los gobernadores de los estados tenían un mando real sobre las unidades de la Guardia Nacional y, en varias ocasiones durante la guerra, se

rehusaron a enviarlas a participar en campañas lejos de sus hogares, lo cual solía interpretarse como la prueba de un federalismo excesivo que ponía las necesidades locales antes que las de la nación. Algunos gobernadores argumentaron que las necesidades de la defensa local tenían preferencia, en especial en el norte de México, donde las incursiones de los indios se aceleraron durante la guerra, lo que con frecuencia representó una amenaza tan peligrosa como los soldados estadounidenses.[16] No obstante, incluso los gobernadores de los estados que no enfrentaron amenazas directas de los indios asaltantes o de los soldados estadounidenses en ocasiones se mostraron renuentes a enviar las tropas de la Guardia Nacional, renuencia que debe entenderse como derivada de los posibles daños que el despliegue de la guardia causaría a las familias, una cuestión que tanto el gobernador de Michoacán como el de Guanajuato expusieron de manera explícita.[17] Esto hace más notable el hecho de que, en ocasiones, algunas unidades de la Guardia Nacional hayan abandonado a las familias de sus soldados durante semanas para que éstos combatieran en las campañas más importantes de la guerra: las unidades del Distrito Federal, Puebla y Veracruz combatieron en la batalla de Cerro Gordo, que se analiza más adelante en este capítulo, y las unidades de Michoacán, Oaxaca y el ahora estado de Guerrero combatieron en la campaña de la ciudad de México, como se verá en el capítulo 6. En todos los casos, a sabiendas, esos hombres dejaron a un lado el bienestar económico de su familia: Juan de Dios Ovando, prefecto de Tlapa, Guerrero, describió la escena cuando un batallón de ese pueblo partió a la ciudad de México y explicó que los hombres habían puesto oídos sordos a los gritos de las mujeres que dejaban atrás, pero que el entusiasmo de los soldados no había disminuido por "la miseria en que dejaban a sus familias de que son único amparo, ni el sentimiento en otros de dejar abandonados sus pequeños sembrados, fruto de mil afanes y en la época más crítica para la labranza".[18] En ocasiones, a pesar del espinoso problema que representaba su deber con la familia, los hombres de la Guardia Nacional mostraron gran entusiasmo por la guerra, lo que, en cierto sentido, fue similar al entusiasmo inicial de los voluntarios estadounidenses: en el otoño de 1846, durante las primeras campañas de reclutamiento, muchísimos hombres se alistaron de manera voluntaria en ciudades como San Luis Potosí y la de México. En septiembre de 1846, el naturalista austriaco Karl Heller, intelectual de un lugar donde la norma eran los ejércitos profesionales de soldados que no eran ciudadanos, escribió con desconcierto:

todas las grandes ciudades han sido testigo de reuniones y discursos en las plazas con el propósito de formar tropas de voluntarios, que carecen no sólo de armas, sino de toda munición. En muchos lugares —y ése es especialmente el caso aquí—, los demagogos ya tienen a la población tan entusiasmada que incluso los padres de familia se sienten inclinados a ir al campo de batalla.[19]

Muchas de las unidades de la Guardia Nacional se formaron sobre todo con voluntarios, antes bien que con conscriptos, durante toda la guerra. En las reuniones de reclutamiento, los hombres manifestaban su disposición a combatir; una unidad de la ciudad de México depuso a su comandante cuando juzgó que no se mostraba entusiasmado por llevar a su unidad en campaña, mientras que, en algunos lugares, el entusiasmo por el servicio en la Guardia Nacional realmente aumentó cuando la gente se enteró de las batallas perdidas ante los estadounidenses. La disposición para combatir era incluso más grande cuando los estadounidenses amenazaban de forma directa alguna localidad: en mayo de 1847, el comandante de un buque de guerra estadounidense ordenó al pueblo de Papantla, en Veracruz, que se sometiera a la autoridad invasora, pero los habitantes del pueblo se reunieron de inmediato para organizar una nueva unidad de la Guardia Nacional; el administrador del distrito, Hilarión Pérez y Olaso, escribió al respecto: "jamás había visto en la plaza un reunión tan numerosa de todas las clases en que se hallaban mezclados hasta muchos ancianos y otros pidiendo ser armados con el objeto de impedir que el infame usurpador se interne hasta este punto".[20]

En su calidad de soldados ciudadanos, los hombres de la Guardia Nacional se consideraban muy diferentes de la clase de hombres que eran reclutados para el ejército regular. Como ya se ha visto, se reclutaba a los conscriptos porque no cumplían con las normas culturales que les exigían ser trabajadores diligentes, mantener a su familia y tratar a sus padres con respeto. Los soldados ciudadanos resentían los esfuerzos por incluir a esos hombres en sus unidades, diciendo que ello hacía que el servicio en la Guardia Nacional fuera deshonroso.[21] En su calidad de ciudadanos libres, tampoco querían verse sometidos a los duros castigos corporales que se aplicaban para disciplinar a los soldados regulares: la ley de la Guardia Nacional especificaba la sentencia a prisión en el caso de varias ofensas, pero no mencionaba el castigo corporal. El gobierno de San Luis Potosí emitió un reglamento más específico para su propia guardia, que prohibía esa clase de castigo. Los hombres de la Guardia Nacional se quejaban amargamente cuando sus superiores los golpeaban

con sus bastones de mando[22] y tenían una idea muy negativa del ejército regular, por lo que, en ocasiones, las autoridades amenazaron con transferir a ese ejército a los soldados ciudadanos que cometieran crímenes.[23]

Al igual que los soldados regulares, los hombres de la Guardia Nacional carecían de utilidad militar antes de ser adiestrados en el uso de las armas de fuego —que debían cargarse por el cañón—, las espadas y las bayonetas, así como en las tácticas para emplearlas. Tenían que aprender a desplazarse en unidades coordinadas, mantenerse unidos en la confusión de la batalla y repetir con cuidado los pasos necesarios para cargar y descargar las armas de fuego entre el humo, el ruido y los gritos de agonía que caracterizaban al campo de batalla. Los mejores instructores eran los oficiales y los sargentos que tenían experiencia en el ejército regular; por suerte, en muchos casos, esos hombres estaban disponibles, ya fuera porque se habían retirado o porque se encontraban de manera temporal sin unidad; en ocasiones, los comandantes de la Guardia Nacional pagaban a tales hombres, aunque, en esa crisis nacional, muchos instructores estuvieron de acuerdo en trabajar sin paga. Sin embargo, había otro problema: ¿cuándo tendrían el tiempo para adiestrarse los hombres de la Guardia Nacional que seguían trabajando para alimentar a su familia?; éstos dedicaban al adiestramiento los domingos y otros momentos de su tiempo libre, pero en general el tiempo disponible no era suficiente para que se adiestraran de conformidad con las reglas comunes que la mayoría de los reclutas del ejército regular aprendían antes de ser lanzados al combate.[24]

¿Qué efectividad tuvieron los hombres de la Guardia Nacional durante la guerra? Sus unidades, de diversos orígenes sociales, tomaron parte en algunos de los combates más aterradores que tuvieron lugar en el centro de México: en la batalla de Cerro Gordo, rechazaron un ataque de los estadounidenses y sólo se rindieron después de haber sido rodeados; en la de Churubusco, combatieron hasta que se les agotaron las municiones; en la de Molino del Rey, rechazaron un ataque estadounidense e incluso contraatacaron, antes de ser superados por unas tropas enemigas frescas; y en la de Chapultepec, sostuvieron su posición al pie del cerro hasta que la cima fue tomada por los estadounidenses. En cada caso, a pesar de las deficiencias de su adiestramiento y de su armamento, causaron muchas bajas al ejército estadounidense;[25] por lo demás, muchos de ellos combatieron lejos de su familia, aunque, como en el caso de otros soldados mexicanos, tuvieron que hacer frente al problema de servir a un gobierno que con frecuencia no pudo hacerse de los recursos fiscales necesarios

para alimentarlos. Los líderes se esforzaban por mantener a los hombres en las filas, no porque esos hombres no estuvieran dispuestos a combatir, sino porque la vida en el ejército era una vida de hambre, un hambre que, sin duda alguna, les recordaba la que su familia estaba sufriendo al mismo tiempo en su hogar.[26]

EL DESASTRE FISCAL DE MÉXICO

Durante muchos años, el gobierno mexicano se había esforzado por obtener suficientes ingresos de una economía improductiva para hacer frente a los servicios básicos. La dificultad se exacerbaba debido a la indisposición de los mexicanos acaudalados a pagar impuestos directos, lo cual llevó a un sistema fiscal que dependía de forma exagerada de los impuestos al comercio exterior, que nunca satisficieron unas expectativas más que optimistas, por lo que los sucesivos gobiernos siempre tuvieron que cubrir los déficits presupuestarios con préstamos de los comerciantes nacionales y extranjeros, préstamos cuyas tasas de interés eran cada vez más desfavorables. El problema fiscal tuvo un enorme impacto en la capacidad de México para defenderse: aun antes de la guerra, los oficiales cuyos hombres no habían recibido su soldada o sus raciones recurrían en ocasiones a incautar por la fuerza recursos que no habían sido asignados a sus unidades.[27] Cuando el gobierno trató de movilizar más tropas, sus problemas financieros no hicieron sino aumentar, porque era necesario alimentar, vestir y equipar a cada soldado; hambriento como estaba, el ejército que Antonio López de Santa Anna llevó a La Angostura había sido equipado con miles de artículos: vestimenta, sillas de montar, utensilios de cocina y hachas, por no hablar de sus armas. Los expertos estiman que los alimentos, la paga y el equipo para cada soldado costaron alrededor de un peso diario por cada soldado en el ejército, hubiera participado directamente o no en una batalla. El costo de la guerra, una vez iniciada, aumentó cada vez más los números rojos del gobierno mexicano. Y el gobierno estadounidense lo sabía.[28]

Éste aprovechó esa situación para agravarla. Estados Unidos no sólo era más rico que México, sino que sus ciudadanos poseían muchos barcos mercantes que comerciaban en todo el mundo, por lo que el deseo de proteger ese comercio había llevado al país a invertir en una marina de guerra de una magnitud considerable, mucho más numerosa que la mexicana. Sus buques de guerra y sus marinos bloquearon México; en

consecuencia, ya no fue posible importar bienes a través de los principales puertos mexicanos, donde las aduanas cobraban los aranceles que eran la fuente de ingresos más importante del gobierno nacional. La interrupción del flujo normal del comercio perjudicó los intereses de algunos mexicanos, en especial los de los comerciantes que habían estado participando en forma activa en el comercio exterior legítimo; no obstante, el comercio nunca se interrumpió por completo: México tenía un litoral muy extenso y se podían importar o exportar bienes a través de una multitud de puertos pequeños. Por lo demás, después de que Estados Unidos capturara algunos puertos, permitió que las importaciones y las exportaciones siguieran adelante; desde luego, el comercio de contrabando, por definición, no producía ingresos al gobierno mexicano y, en realidad, el comercio que se hacía a través de los puertos controlados por las tropas estadounidenses era gravado por el propio Estados Unidos, no por México. El efecto más importante del bloqueo lo sufrieron los recursos del gobierno nacional: parece haber eliminado alrededor de la mitad de sus ingresos regulares y haberlo hecho justo cuando necesitaba aumentarlos.[29]

Lo que impidió que el Estado nacional montara una defensa exitosa en contra de la agresión estadounidense fue, más que ninguna otra cosa, la falta de recursos fiscales, la cual también fue lo que definió la experiencia que la mayoría de los soldados y los civiles tuvo durante la guerra: las fuerzas mexicanas siempre tuvieron menos y peores armas, menos animales para transportar esas armas o las provisiones, peores ropas y, sobre todo, menos comida que las fuerzas estadounidenses a las que hicieron frente. Aunque tanto Zachary Taylor, en el norte de México, como Winfield Scott, en el centro del país, creían que el gobierno estadounidense debía de haberles enviado más recursos para sus ejércitos, su situación siempre fue mucho mejor que la de los generales mexicanos. Los observadores mexicanos se maravillaron a menudo ante la riqueza de las fuerzas rivales: los soldados estadounidenses recibían su soldada con gran regularidad, tenían mejores armas, podían contratar peones civiles para transportar sus provisiones o construir fortificaciones, podían comprar y alimentar a los caballos y las mulas que necesitaban para transportar provisiones y la artillería y, sobre todo, podían pagar por sus alimentos, mientras que, en la vacilante economía de México, muchos mexicanos, desde los terratenientes ricos hasta las mujeres campesinas pobres, estaban dispuestos a venderles la comida por dinero en efectivo, sobre todo cuando era evidente que rehusarse podía provocar la confis-

cación, sin pago alguno, o incluso la violencia física contra los que se resistieran a venderla.[30]

Las fuerzas mexicanas carecían de todas esas ventajas. Ya antes vimos que la falta de recursos dio origen a la situación estratégica que Santa Anna y su ejército enfrentaron a finales de 1846 y principios de 1847, situación que lo llevó a correr el desesperado riesgo de cruzar el desierto para enfrentar a Taylor, lo que, a su vez, condujo a los sangrientos combates de La Angostura y a la tragedia aún mayor de la retirada, de nuevo, a través del desierto, uno de los momentos definitorios de la guerra. Con todo, ésa estuvo lejos de ser la última vez que la falta de dinero del gobierno mexicano afectó la situación militar: durante toda la guerra, los oficiales mexicanos se quejaron con sus superiores de la falta de recursos. El problema más acuciante que enfrentaron fue el de alimentar a sus tropas; en el norte, eso se exacerbó por el árido clima, pero, incluso en los lugares donde el clima permitía a los mexicanos cultivar más productos alimenticios, los comandantes estaban paralizados por la carencia de dinero, lo cual le ocurrió a los de Monterrey, una región viable para la agricultura; al ejército de Santa Anna en San Luis Potosí antes de la campaña de La Angostura, y de manera sorpresiva a los comandantes mexicanos que se preparaban para defender las tierras de la costa del Golfo de México, con una irrigación relativamente buena y muy productivas en lo que a la agricultura respecta. Cuando ya las tropas estadounidenses avanzaban desde la costa del golfo hacia el valle de México y las batallas climáticas que los aguardaban allí, los comandantes mexicanos que operaban en la región más populosa y próspera del país seguían teniendo problemas para obtener el dinero necesario para alimentar a sus hombres.[31] Las consecuencias militares de ese problema fueron inmensas; como ya se ha visto, en múltiples ocasiones el hambre fue la razón más importante de que los soldados mexicanos desertaran; la disciplina y la lealtad a los amigos podían hacer que las tropas del ejército regular fueran eficaces en la marcha o en la batalla, y la ideología política y la lealtad a los amigos podían hacer lo mismo en el caso de las unidades de la Guardia Nacional, pero tales fuerzas, útiles para la cohesión, palidecieron frente al simple imperativo del hambre: la gente hambrienta va en busca de comida y ese impulso es incompatible con el mantenimiento de unas fuerzas militares organizadas.

La escasez de recursos fiscales tuvo otras consecuencias militares: los oficiales profesionales dependían de su paga para alimentarse, no sólo ellos, sino también a su familia, pero era frecuente que no recibieran su

paga durante meses y su estado de ánimo estaba por los suelos.[32] Las armas fueron otro problema enorme: a menudo, la artillería mexicana era anticuada, la pólvora no era tan potente como la que usaban los estadounidenses y los mosquetes que usaban los mexicanos eran restos gastados de las guerras europeas, terminadas 30 años antes, y habían sido comprados como material de segunda mano a los británicos. Esos mosquetes se rompían fácilmente y sus gastados cañones los hacían más imprecisos que muchos de los mosquetes de cañón liso y más nuevos usados por los estadounidenses. El material de guerra que los mexicanos se vieron forzados a usar era de tan mala calidad que, cuando las tropas estadounidenses lo capturaban, no podían encontrarle uso; en cuanto a la pólvora, la hacían explotar, colocando sobre ella grandes pilas con los mosquetes mexicanos capturados, para así quemarlos.[33]

Además de sus efectos estrictamente militares, la crisis fiscal mexicana tuvo contradictorias consecuencias para la política mexicana durante la guerra. Lo sorprendente es que generó tanto la unidad como el disenso: la unidad provino de la manera en que mantuvo los costos de la guerra abiertamente frente a todos los habitantes, incluidos aquellos que vivían lejos de las batallas y no conocían a ninguno de los soldados; a todos se les recordó, de manera constante, el hecho de que se trataba una guerra mexicana y de que, por lo tanto, todos los mexicanos debían pagar por ella. Por otra parte, la crisis fiscal también generó el disenso: México ya estaba dividido en lo político antes de la guerra y la presión constante por allegarse el dinero suficiente para financiarla aumentó en forma drástica las tensiones políticas, lo cual llevó a lo que, para muchos mexicanos, fue el peor momento de su breve historia política: el espectáculo de unos mexicanos armados enfrentándose entre sí en la capital de la nación, precisamente cuando los estadounidenses estaban invadiendo el país.

La crisis fiscal moldeó la experiencia de la población civil mexicana al aumentar severamente la urgencia y la frecuencia de los esfuerzos de los políticos por comunicarse con ella. Las necesidades financieras impuestas por los combates y la disminución simultánea de las fuentes usuales de fondos obligaron al gobierno a recurrir a medios extraordinarios: en todo México, los dirigentes gubernamentales y los ciudadanos preocupados organizaron lo que, en esencia, fueron campañas de recaudación de fondos. Esos esfuerzos por obtener donaciones tuvieron todo el boato que hoy en día se asocia a las donaciones de caridad, incluidos comités de ciudadanos prominentes, promesas de donación, actos benéficos, discursos emotivos y publicación de listas de donantes. Nada de ello carecía

por completo de antecedentes: en Europa hubo campañas similares durante las guerras de finales del siglo XVIII y principios del XIX que poco a poco transformaron unos sistemas de gobierno monárquicos en entidades más parecidas a los Estados-nación. El territorio que más tarde se convertiría en México también experimentó durante esa época intensas campañas para recaudar fondos para las guerras;[34] sin embargo, éstas palidecen en comparación con la intensidad de las llevadas a cabo en el país a lo largo del periodo de 1846 a 1848.

Durante esas campañas se recaudó tanto dinero en efectivo como promesas de donaciones, incluso promesas de donar pequeñas cantidades mensuales, que a menudo fueron consideradas como destinadas al gasto cotidiano de un soldado. Las donaciones así marcadas como apoyo para alguien en particular pueden haber sido una manera de personalizar la guerra y darle un contenido más emocional, lo cual puede haber sido cierto también en el caso de las donaciones marcadas en concreto para el cuidado de los soldados heridos. Algunos empleados gubernamentales incluso donaron parte de sus salarios atrasados, que el gobierno crónicamente empobrecido ya les debía, una decisión que no es tan ingenua como parece, porque eliminaba una obligación de las cuentas gubernamentales y, al mismo tiempo, sacrificaba un activo que el empleado podía haber usado para conseguir un préstamo para sus gastos cotidianos. Obviamente, los ciudadanos acaudalados donaron más dinero en efectivo, pero lo asombroso es que muchas personas de ingresos mucho más bajos también donaron, entre ellas artesanos, vaqueros, pastores y campesinos.[35] Los herreros ofrecieron reparar o hacer armas y, después de que los estadounidenses capturaron Tampico, las autoridades, desesperadas por impedir que también capturaran la artillería pesada, encontraron a cientos de campesinos dispuestos a entregarse al arduo trabajo de arrastrar cañones por los caminos rurales que acababan de reparar para la tarea; los terratenientes contribuyeron con caballos o ganado y muchas personas mucho menos acomodadas también donaron ganado; otras entregaron productos alimenticios, especialmente maíz, el alimento básico de la dieta del centro de México; los pobladores de Villa Alta, en Oaxaca, muy lejos de las batallas, donaron fanegas de tortillas secas, producto no sólo de los indígenas que trabajaban en las milpas sino también de las mujeres que con esfuerzo molían el grano y hacían las tortillas; los zapateros donaron huaraches o zapatos y las costureras y los sastres donaron ropa o vendas.[36]

Las iniciativas para recaudar donaciones voluntarias lograron que mucha gente colaborara con el esfuerzo bélico; miles de personas partici-

paron en comisiones o asistieron a las reuniones y las mujeres se destacaron en esas iniciativas: patrocinaron actividades teatrales para reunir dinero, consiguieron donativos y emplearon su tiempo en coser vendas, ropa, sábanas y estandartes para los regimientos de la Guardia Nacional. Sus actividades en apoyo de la guerra recibieron una gran publicidad. Junto con las largas listas de donadores de todas las clases sociales que publicaron los periódicos, hubo artículos sobre los esfuerzos de las mujeres que claramente tenían la intención de poner de relieve una cuestión sobresaliente: todos los mexicanos debían contribuir con su riqueza, su trabajo y, si fuera necesario, su sangre.[37] En cierto sentido, las acciones de las mexicanas fueron similares a las de algunas estadounidenses que habían confeccionado ropa o tiendas para las unidades de voluntarios de sus comunidades; en Estados Unidos, no obstante, esas relaciones intensas y tangibles entre las mujeres y la guerra se redujeron a unas cuantas comunidades y a un breve periodo; en México, por el contrario, los esfuerzos de las mujeres fueron más generalizados y continuaron durante todo el tiempo que se prolongó la guerra. Las campañas para reunir fondos permitieron que la guerra fuera algo real, no sólo para quienes enfrentaron físicamente a los soldados estadounidenses, sino también para todos los que se encontraban lejos de los combates, porque pudieron participar de forma indirecta y práctica mediante la donación y, al hacerlo, todos pudieron sentirse mexicanos. Los habitantes de Mazatlán, en Sinaloa, recaudaron dinero para ayudar a los hombres heridos en la batalla de La Angostura y, con sus propias palabras, expresaron la esperanza de que "el soldado mexicano verá en este pequeño socorro que sus servicios y su sangre derramada como unos valientes en defensa de la Independencia y decoro de la Nación, son debidamente apreciados por aquellos de sus conciudadanos que aunque distantes del teatro de guerra elevan sus votos al cielo por el triunfo de las armas de la República en la más justa de las causas". Los donativos fluyeron de las regiones sureñas —cercanas a Centroamérica, principalmente indígenas—, de la costa del océano Pacífico, de las principales ciudades y de los pueblos de campesinos o de las haciendas.[38] Lo paradójico es que la penuria misma del Estado estaba ayudando a muchos de los habitantes del país a expresar su deseo de ser considerados como mexicanos.

No todos los fondos recolectados para la guerra fueron dados de manera voluntaria; las autoridades mexicanas también buscaron recaudar más impuestos: una de las primeras señales de desesperación fiscal fue cuando, en mayo de 1846, el gobierno de Mariano Paredes restableció el impuesto

per cápita nacional. Ese impuesto, profundamente impopular, había sido suspendido en febrero de 1845, después de que la resistencia de los campesinos contribuyera a la caída del anterior gobierno nacional, y Paredes lo restableció a pesar de la creciente oposición a su gobierno.[39] El impuesto per cápita fue eliminado pronto, pero, durante todo el tiempo que duró la guerra, tanto el gobierno federal como los gobiernos de los estados buscaron obtener fondos por medio de una recaudación más rigurosa de los impuestos existentes o mediante impuestos extraordinarios para el esfuerzo bélico. Sin embargo, la economía mexicana seguía debatiéndose y la debilidad del gobierno mexicano dificultaba la recaudación; como consecuencia, la imposición de gravámenes implicó que las autoridades fueran más persuasivas y llevaran a cabo más negociaciones que lo que se esperaría: buscaron convencer a los contribuyentes de la urgencia que la guerra imponía, pero éstos pudieron negociar casi siempre la posposición del pago o hacer pagos parciales.[40]

En varias ocasiones durante la guerra, el gobierno nacional o los gobiernos de los estados recurrieron a "préstamos forzosos": los individuos estaban obligados a prestar dinero al gobierno, pero también recibían la promesa de que se les pagaría, a veces en forma de exención de impuestos futuros. La suma que el gobierno esperaba reunir por medio de ese tipo de préstamos fue prorrateada entre diferentes individuos, supuestamente en proporción de sus activos. Para las personas adineradas, un préstamo forzoso era sin duda algo mejor que un impuesto extraordinario, pero llevaba consigo sus propios problemas: ¿era razonable la suma que se les pedía prestar al gobierno? Sin sorpresa alguna, las personas que estaban sujetas a los préstamos forzosos con frecuencia buscaron negociar cuotas más bajas, con el pretexto de que tenían dificultades financieras o presentando una lista de las contribuciones que ya habían hecho. Por lo demás, las negociaciones eran injustas en sí mismas: algunas personas acomodadas tenían más relaciones políticas que otras; en ocasiones, asimismo, algunos extranjeros afirmaban, en vano, que el hecho de ser ciudadanos de otro país los eximía de esos préstamos. Las personas que hicieron los préstamos forzosos enfrentaron un problema adicional: sus activos no necesariamente eran líquidos, por lo que conseguir el dinero podía requerir que los remataran en un mercado poco favorable; en tiempos de guerra, era muy difícil vender la tierra y la urgencia de un préstamo forzoso podía incluso provocar que un terrateniente vendiera de inmediato unos activos por los que más adelante habría obtenido mejores precios. En la vacilante economía de México, los préstamos forzosos fue-

ron una verdadera dificultad incluso para algunas personas más o menos acaudaladas y algunas cayeron en la bancarrota como resultado de ellos.[41]

Las recurrentes campañas en busca de donaciones, el establecimiento de impuestos extraordinarios y la exigencia de préstamos forzosos mantuvieron la guerra en un lugar destacado de las discusiones públicas en todo el país, lo cual hizo de ella una experiencia nacional y ayudó a fortalecer la identidad mexicana; no obstante, como ya dijimos, al mismo tiempo que la crisis fiscal generaba unidad, también generaba disenso. Al igual que la demanda de hombres para el ejército regular y la Guardia Nacional llevó a muchos mexicanos al borde de la ruina, lo que podía significar que una familia pobre pasara hambre o a que una familia acaudalada fuera a la quiebra. Enfrentados a las demandas de sacrificio, los mexicanos trataban de ver si otros también estaban sacrificándose de la misma manera; asimismo, se preguntaban si todo ello valía la pena. En enero de 1847, Nazario López, de Matehuala, San Luis Potosí, escribió que era un "buen mexicano" y detalló los más de mil pesos que había dado al gobierno en forma de préstamos o donaciones a lo largo de los tres meses anteriores, pidiendo ser eximido de más sacrificios; asimismo, enlistó a un buen número de otros ciudadanos de los que creía que podían donar más. Balthazar Cuebas, administrador de la hacienda de Saucedo, también detalló las contribuciones que había hecho y mencionó una hacienda cercana que, en su opinión, no había aportado lo suficiente. A medida que la guerra se desarrollaba, más y más quejas del mismo tipo llegaban a oídos de los políticos: en abril de 1847, el administrador del distrito de Río Verde, temiendo que las fuerzas estadounidenses que habían tomado Tampico pudieran avanzar y atacar ese distrito, reunió a los principales ciudadanos para discutir cómo se debía organizar la defensa; sin embargo, la tercera parte de los convocados no asistió y los que estuvieron presentes respondieron a su solicitud de sugerencias por medio de un incómodo silencio, a pesar de que, inútilmente, el administrador exhortó dos veces más a los presentes a que hablaran. Después de dar por terminada la reunión, el administrador interrogó por separado a muchos de los asistentes y varios de ellos le dijeron que ya habían dado mucho y que, durante la reunión, habían estado esperando a que tomaran la iniciativa quienes ellos consideraban que eran más ricos.[42]

Los efectos del problema fiscal en la política nacional mexicana fueron similares: durante casi todo el tiempo que duró la guerra, ninguna de las facciones políticas favoreció de manera franca la paz o que se hicieran las

concesiones territoriales que Estados Unidos estaba buscando, pero, a pesar de ese notable consenso, la escasez de recursos llevó la política nacional a punto de estallar y ahí la mantuvo. Las penurias del gobierno fueron un tema constante de las discusiones políticas; los debates en el Congreso iban acompañados de caricaturas políticas sarcásticas sobre el tema, en las que se satirizaba tanto la ineptitud del gobierno para organizar la situación como la falta de disposición de la gente a pagar realmente la guerra que con tanto entusiasmo parecía aprobar. La presión enturbió la política no sólo en la capital sino también en muchos estados; en algunos casos, llevó a la población rural pobre a movilizarse y, de manera más general, socavó la legitimidad de las autoridades.[43]

LA REBELIÓN DE LOS POLKOS

La desesperación del gobierno mexicano por encontrar la manera de cubrir los costos de la guerra hizo estallar la llamada "rebelión de los polkos", en la que, a fines de febrero de 1847, varias unidades de la Guardia Nacional de diferentes inclinaciones políticas se enfrentaron entre sí en la ciudad de México. Muchos mexicanos consideraron la revuelta como el peor momento de la guerra, en el que los políticos facciosos minaron la defensa del país precisamente cuando los estadounidenses amenazaban el centro de la república: el conflicto facilitó en gran medida que los estadounidenses lanzaran la invasión del centro, invasión que, a la larga, significó la derrota del país. La rebelión de los polkos echó por tierra los esfuerzos por usar la riqueza de la iglesia católica para solucionar los problemas financieros más urgentes y, en la historia de México, se interpreta sobre todo como un crudo ejemplo de las luchas entre la iglesia y el Estado, que finalmente llevaron a las violentas guerras civiles de finales de la década de 1850 y principios de la de 1860. Los vencedores de esas guerras civiles incluyeron la rebelión de los polkos en los libros de historia que estudiaban los niños mexicanos como un ejemplo de que la iglesia católica puso sus intereses por delante del interés nacional en medio de una guerra con un país extranjero.[44] Con todo, la historia es más compleja: si la iglesia pudo actuar para proteger sus intereses financieros fue sólo porque, en la organización de la Guardia Nacional, habían sido creadas unidades de soldados de tiempo parcial que representaban a las diferentes facciones políticas. La existencia de esas unidades permitió que la iglesia tuviera aliados armados: el grupo que tomó las armas al lado

de la iglesia también tenía motivos arraigados en el temor a la violencia de clases; por lo demás, los dirigentes eclesiásticos ya habían dedicado a la guerra miles y miles de pesos, así como otros recursos, porque creían que eso era importante desde el punto de vista religioso. Finalmente, aun cuando algunos partidarios de la controvertida ley que echaba mano de los bienes de la iglesia la consideraron como una manera de frenar el poder de la iglesia, su oportunidad sólo se presentó debido a la profunda crisis fiscal provocada por la guerra.

El numeroso ejército de Santa Anna formado en San Luis Potosí se organizó y alimentó con recursos de ese estado, pero, a medida que sus efectivos aumentaban, Santa Anna envió petición tras petición al gobierno nacional, insistiendo en la urgente necesidad de fondos para el equipamiento, las armas y, sobre todo, la alimentación.[45] A medida que la presión para actuar aumentaba, el gobierno nacional, encabezado por el vicepresidente Valentín Gómez Farías, recurrió al Congreso, el cual, el 11 de enero de 1847, después de una acalorada discusión, autorizó al gobierno a reunir 15 millones de pesos por medio de la hipoteca o la venta de propiedades pertenecientes a varias organizaciones de la iglesia católica.[46] Muchos federalistas radicales apoyaron la ley y muchos federalistas moderados se opusieron a ella. Después de que Gómez Farías explicara a Santa Anna que no había más fondos disponibles, este último aprobó la idea; sin embargo, el gobierno sabía desde el principio que la ley sería controvertida e incluso algunos federalistas pensaban que haría que el asidero de los radicales al poder fuera muy frágil si no se reunía mucho dinero para el esfuerzo de la guerra.[47]

La ley asumía, al igual que muchos radicales, que las distintas entidades de la iglesia poseían una gran riqueza en forma de inversiones, con las que financiaban sus actividades, y que esa riqueza podía convertirse rápidamente en dinero contante y sonante. Sin duda alguna, el primer supuesto era correcto: muchos monasterios, conventos, escuelas y otras organizaciones religiosas habían acumulado bienes raíces que arrendaban o fondos que prestaban para obtener ingresos constantes con el propósito de financiar sus actividades, de una manera muy semejante a como en la actualidad muchas instituciones utilizan los ingresos de sus fundaciones. El segundo supuesto era más difícil de sostener: ¿quién compraría esos bienes en la situación por la que atravesaba México, con su débil economía y la amenaza de una invasión extranjera? Algunos de los radicales también creían que las organizaciones eclesiásticas no habían aportado lo que les correspondía para pagar los costos de la guerra; creían que,

aunque los dirigentes eclesiásticos apoyaban de manera abierta la guerra, se habían mostrado reacios a entregar los fondos con el propósito de proteger sus bienes.[48]

La evaluación de la actitud de la iglesia católica con respecto a la guerra antes, durante y después de la rebelión de los polkos es compleja. La iglesia no era de ninguna manera una entidad simple: cada cura tenía diferentes puntos de vista respecto de la importancia relativa de ganar la guerra y financiar las continuas actividades religiosas, además de que algunos bienes eclesiásticos estaban bajo el dominio de legos que administraban las finanzas de varias organizaciones religiosas. Muchos dirigentes católicos autorizaron copiosos pagos al gobierno, tanto antes como después de la rebelión de los polkos; muchos más predicaron la importancia de resistir a los estadounidenses y también muchos contribuyeron con parte de su riqueza personal al esfuerzo de la guerra, por lo que sólo se puede entender el momento de la ruptura, cuando algunos de ellos desafiaron de manera frontal al gobierno, si se consideran de entrada las razones de que hayan apoyado la guerra.

Muchos creían que la victoria de los estadounidenses podría obstaculizar gravemente su misión de ofrecer la salvación religiosa a los mexicanos. James K. Polk y sus comandantes insistieron una y otra vez en que Estados Unidos respetaría los derechos de la iglesia católica y en que su guerra era contra el gobierno mexicano, no contra la iglesia; sin embargo, su insistencia se ahogó en la retórica anticatólica de la política y las discusiones sobre la guerra en los medios de comunicación estadounidenses. Como ya se ha expuesto, muchos partidarios de la guerra en Estados Unidos consideraban que el catolicismo era antidemocrático, corrupto e incluso anticristiano; creían que el catolicismo detenía a México y provocaba ignorancia, autoritarismo y pobreza, mientras la iglesia amasaba riquezas. Los mexicanos eran muy conscientes de esa retórica, que los hacía temer que, por lo menos, los estadounidenses insistirían en que se permitiera que las diferentes confesiones protestantes actuaran en México, una situación que los sacerdotes mexicanos creían que tentaría a algunos mexicanos a abandonar la única fe que podía llevarlos a la salvación eterna; algunos también creían que los estadounidenses podrían confiscar los mismos activos financieros a los que se les estaba pidiendo que recurrieran para apoyar la guerra. Por lo demás, el anticatolicismo no era algo abstracto y distante: los dirigentes eclesiásticos y otros católicos se horrorizaban ante los relatos de los ataques físicos y simbólicos contra los objetos sagrados, los lugares de culto y las ceremonias que muchos

voluntarios estadounidenses estaban cometiendo en territorio ocupado. En consecuencia, era más que lógico que la mayoría de los dirigentes eclesiásticos trabajaran en contra de los invasores y lo más probable es que sólo unos cuantos curas hayan creído las promesas de que el gobierno estadounidense protegería la iglesia y el catolicismo.[49]

Existen pruebas abrumadoras de que muchos dirigentes eclesiásticos y otros sacerdotes trabajaron mucho para sostener la guerra en contra de los estadounidenses: organizaron numerosas ceremonias públicas para orar por la victoria y procesiones con imágenes religiosas, todo ello para pedir la intervención divina, pero también contribuyeron a aumentar el apoyo popular al esfuerzo de la guerra, fortaleciendo con ello la idea ya bien establecida de que México tenía un destino religioso como nación católica.[50] En muchas ocasiones, los sacerdotes se valieron de los sermones para exhortar a los mexicanos a contribuir con su dinero y su persona a la defensa del país y de su religión, en contra de los estadounidenses. En noviembre de 1846, el padre Luis García, por ejemplo, explicó que estaba haciendo todos los esfuerzos posibles por instruir a sus feligreses sobre "la necesidad de unirnos todos hoy más que nunca para la defensa de nuestra amada patria contra un enemigo que, según se ve, no sólo quiere usurpar parte de nuestro territorio, sino que parece intenta atacar los derechos de nuestra religión".[51] Desde la llegada de las primeras noticias sobre los combates a lo largo del río Bravo hasta después de la caída de la ciudad de México, los curas continuaron urgiendo a sus feligreses a que se opusieran a los estadounidenses.

Los dirigentes eclesiásticos también transfirieron recursos financieros al gobierno: desde mediados de la década de 1830 en adelante, el gobierno había apremiado insistentemente a la iglesia católica para que le prestara más y más dinero, y la presión no hizo sino aumentar con los aciagos acontecimientos de los años 1845, 1846 y 1847. La riqueza de la iglesia estaba invertida en su mayor parte en bienes raíces, por lo que esas rentas regulares proporcionaban unos ingresos constantes para sostener las actividades de sus diversas ramas, pero, dado que el gobierno recurrió a menudo a la iglesia para que le proporcionara dinero, sus necesidades superaron dichos ingresos, lo cual llevó a que se difiriera el mantenimiento de muchos edificios. A finales de la primavera de 1846, la iglesia también estaba vendiendo propiedades en un mercado poco favorable, para poder prestar lo recaudado al gobierno, sin la esperanza de un pronto reembolso; a medida que los efectos del bloqueo debilitaban cada vez más la situación fiscal del gobierno, éste presionaba a la iglesia

por más y más dinero. Ésta siguió concediendo préstamos y los dirigentes y las instituciones eclesiásticas también donaron dinero para el esfuerzo de la guerra, por lo que la situación financiera de la iglesia se debilitó cada vez más y más. Asimismo, muchas iglesias y conventos donaron sus campanas, que fueron fundidas con el propósito de hacer cañones o municiones.[52]

En retrospectiva, la opinión de los radicales anticlericales en el sentido de que la iglesia no estaba poniendo su parte parece haber provenido de un punto de vista exagerado sobre los recursos eclesiásticos y de la predilección por culparla de los problemas de México, y no de una consideración sensata de la situación financiera de esa institución; asimismo, se basaba en el supuesto de que la iglesia, en cuanto institución mexicana, debería haber subordinado por completo sus objetivos a la necesidad del Estado-nación de defender a México en contra del invasor. Con todo, muchos funcionarios de la iglesia no creían eso: cooperaron con el esfuerzo de la guerra como parte de su propia misión para tratar de llevar tantos mexicanos como les fuera posible a su salvación eterna; en otras palabras, la iglesia apoyó el esfuerzo de la guerra porque consideraba que su misión era congruente con la guerra del Estado-nación, no porque éste hubiera subordinado al Estado la misión de la iglesia: esta misión había existido durante siglos antes de que hubiera un Estado-nación y continuaría, literalmente, hasta el final de los tiempos. En enero de 1847, los dirigentes religiosos no creían que su misión a largo plazo fuera compatible con la noción radical de que el gobierno podía decretar simplemente la disposición de las propiedades de la iglesia: el gobierno ya no sólo estaba pidiendo, sino que estaba tomando y suponiendo que tenía derecho a hacerlo.

En consecuencia, el 11 de enero de 1847, los jerarcas eclesiásticos se opusieron de forma categórica a la ley: señalaron que la iglesia ya había contribuido ampliamente a sostener la guerra y argumentaron que, conforme a los cánones de la propia iglesia, su riqueza debía destinarse sólo a su misión religiosa y que no podían llevar adelante sus deberes espirituales sin la riqueza que el gobierno le estaba confiscando; amenazaron con excomulgar a los funcionarios gubernamentales que aplicaran la ley y a los individuos que compraran unas propiedades que debían seguir dedicándose a la misión de la iglesia católica.[53] La amenaza puso de relieve la seriedad de la postura eclesiástica y, sin duda, atizó el conflicto que habría de suscitarse; no obstante, el hecho de que los dirigentes también hayan recurrido a los ricos de México es revelador: en algunos panfletos, se señalaba que la ley por fuerza reduciría la función que las institu-

ciones eclesiásticas habían desempeñado como bancos de facto, prestando dinero a los empresarios: ¿quién podría encontrar dinero en efectivo para pagar tales préstamos en esa débil economía?; en otros, se argüía, de manera más ominosa, que, si el gobierno podía confiscar los bienes de la iglesia, entonces ninguna propiedad estaba a salvo. Es notable que quienes finalmente recurrieron a la fuerza para oponerse a la ley se valieron de ese argumento.[54]

Sin duda alguna, los hombres que más tarde se rebelaron en contra del gobierno de Gómez Farías apoyaban la posición de la iglesia en lo concerniente a la importancia de su misión de salvación: la posibilidad de la vida eterna tenía un gran poder emotivo en un mundo decimonónico en el que la vida en la Tierra era demasiado breve, lo cual era cierto tanto en Estados Unidos como en México;[55] asimismo, se hacía eco de los temores de muchos mexicanos ricos y aun de las clases medias acerca de su sino más inmediato en la Tierra: no sólo temían el infierno, sino también la posibilidad de que la política extremadamente democrática que había regresado a México en agosto de 1846 amenazara la riqueza con que contaban para proporcionar una vida decente a su familia y sus descendientes. La urgencia financiera podía llevar al gobierno a confiscar no sólo los bienes de la iglesia, sino también los de los ricos; la percepción de ese riesgo no hizo sino aumentar debido al igualitarismo exaltado que muchos federalistas radicales adoptaron en las ciudades de México. Esos hombres, los mismos que habían aprobado la ley del 11 de enero, parecían estar llevando la democracia y el republicanismo a un extremo peligroso. Ese temor, más que ninguna otra cosa, permitió a la iglesia encontrar aliados dispuestos a tomar las armas en contra del gobierno.

Aun cuando hubo algunos incidentes dramáticos de oposición a la ley de desamortización en algunos otros lugares, el incidente que marcó la diferencia fue la rebelión de los polkos en la propia ciudad de México: esa revuelta tuvo por objetivo la derogación de la ley del 11 de enero y contó con el respaldo de importantes dirigentes eclesiásticos, al menos en sus etapas iniciales, pero también fue producto de los conflictos políticos que tenían lugar en la ciudad misma y que se habían prolongado durante decenas de años, conflictos que fueron moldeados más por las cuestiones de clase que por las relaciones entre la iglesia y el Estado.[56] El término mismo de *polkos* era una referencia a las diferencias entre las clases urbanas: la polka, recientemente llegada de Europa en esa época, era un tipo de danza de moda que predominaba entre las distracciones de los jóvenes más ricos de la ciudad; sus opositores políticos llamaron "polkos"

a esos jóvenes para satirizarlos, un género que también utilizaban para mostrar su desprecio por la manera como los jóvenes ricos se vestían y manifestaban su piedad: en un poema, se insistía en que asistían a misa en la catedral sobre todo para encontrarse con las mujeres jóvenes de su clase.[57] Los conflictos políticos que finalmente espolearon la revuelta incluyeron en ocasiones algunas referencias explícitas a la política económica; sin embargo, se centraron con mucho mayor frecuencia en argumentos sobre el significado social del republicanismo: ¿qué significaba el establecimiento de un Estado-nación independiente y republicano para las relaciones sociales?, ¿ofrecía la identidad como ciudadanos mexicanos, incluso a los habitantes urbanos pobres, la posibilidad de ser considerados contribuyentes y miembros honorables de la sociedad, independientemente de sus antecedentes raciales?, ¿invalidaba la Independencia las jerarquías sociales coloniales, en oposición a las jerarquías políticas? Los federalistas radicales urbanos creían que sí y estaban profundamente conscientes de que sus enemigos, a los que identificaban con la riqueza, los privilegios y un sentido de sí mismos como más blancos que los otros habitantes de las ciudades, seguían creyendo que eran más honorables que la mayoría de los mexicanos. Nótese que las primeras manifestaciones de ese conflicto se habían caracterizado por las expresiones extremas de nacionalismo, en especial en los intentos, violentos y no violentos, de expulsar de México a una gran cantidad de españoles. Los partidarios urbanos de los radicales se consideraban como los más leales defensores de la nación mexicana.[58]

Los conflictos debidos a las implicaciones sociales del republicanismo y la Independencia se habían exacerbado por la caída de los centralistas en agosto de 1846. El giro al federalismo trajo consigo no sólo la descentralización consciente del poder del gobierno nacional a los estados, sino también el retorno al voto generalizado y un igualitarismo abiertamente entusiasta: para los habitantes pobres y la clase media baja de las ciudades, el igualitarismo era la expresión del valor y el honor propios pero, para la clase media alta y la clase rica, amenazaba con la anarquía y los posibles ataques a la propiedad privada; temían que, con el poder del voto o por medio de las armas, los pobres de las ciudades atacaran a sus superiores sociales y robaran su riqueza. Las reuniones que a los radicales les parecían extremadamente democráticas a los ricos les parecían revueltas extremas, debido en especial a que, en muchos discursos, se criticaba no sólo a los estadounidenses sino también a las élites. Carlos María de Bustamante describió a los participantes en esas reuniones como "la

más vil canalla de aquel populacho". Incluso antes de que los centralistas tomaran el poder en 1835, las personas relativamente acaudaladas, que se consideraban como las guardianas del republicanismo ordenado y sobrio, habían tratado de limitar la participación electoral, por lo que las escandalosas elecciones que experimentó la ciudad de México en el otoño de 1846 las atemorizaron: circulaban rumores de que el gobierno se valdría del apoyo de los pobres para confiscar la propiedad privada, supuestamente para enfrentar el esfuerzo de la guerra. Bustamante despreciaba a los políticos federalistas radicales porque no entendían que "siempre han estado en pugna los pobres con los ricos tan sólo porque éstos tienen el dinero de que ellos carecen y quisieran hacer suyo de cualquier modo. Y veo desbordarse de momento en momento la democracia."[59] Pronto, la ley de la Guardia Nacional, que alentaba a los grupos de hombres afiliados a formar sus propias unidades de soldados de tiempo parcial, hizo que la temperatura política de los barrios de la ciudad de México aumentara aún más: durante las siguientes semanas se organizaron varias unidades de la Guardia Nacional, cada una con una identidad política distinta, asociada a una profesión o a un barrio y representada por los hombres elegidos para ser sus oficiales. Algunas unidades estaban compuestas por hombres de orígenes relativamente humildes, suficientemente pobres como para ser confundidos en ocasiones con los conscriptos del ejército regular. Bustamante llamó a esos hombres de la Guardia Nacional "léperos encuerados… llenos de piojos y miseria". A medida que su temor aumentaba, los ricos organizaron unidades cuyo fin específico era proteger sus intereses políticos y sus propiedades en contra de esa "canalla".[60] Esas diferentes unidades casi llegaron a los golpes en el otoño de 1846 y su existencia dio a los dirigentes católicos la esperanza de que podría tener éxito la protesta armada en contra de la ley de desamortización del 11 de enero de 1847. Cuando por fin estalló la rebelión de los polkos, sus críticos se enfocaron tanto en el odio que los rebeldes tenían por la igualdad como en el problema de las propiedades eclesiásticas; uno de los principales dirigentes de la revuelta admitió más tarde que sus líderes estaban más interesados en derrocar al gobierno radical que en lo que ocurriera con las propiedades de la iglesia.[61]

La rebelión de los polkos fue una alianza de conveniencia entre los dirigentes eclesiásticos, que creían que su misión de largo plazo se vería en peligro si el gobierno establecía el principio de que las propiedades de la iglesia eran propiedad de la nación, y los residentes acaudalados de la ciudad de México, que temían que la guerra permitiera a los partidarios ur-

banos y pobres del federalismo radical amenazar las jerarquías sociales e incluso la propiedad privada misma; la revuelta también tuvo el apoyo de los propietarios de bienes raíces, que temían que el hecho de arrojar al mercado, de golpe, millones de pesos en propiedades de la iglesia afectaría sus intereses. El primer grupo proporcionó los fondos cruciales para los rebeldes, mientras que el segundo aportó los hombres armados y el tercero, una audiencia receptiva fuera de la ciudad de México; sin embargo, los historiadores de esta rebelión han pasado por alto en ocasiones uno de los factores de mayor importancia: los polkos eran relativamente pocos, alrededor de 3 mil hombres; ¿cómo podía ese grupo aspirar a derrocar al gobierno nacional? La respuesta es simple: el grueso del ejército regular, incluidas las unidades que normalmente proporcionaban seguridad al gobierno, se encontraban a cientos de kilómetros al norte, con Santa Anna, en campaña en contra de los estadounidenses; por consiguiente, los polkos sólo tenían ante sí la oposición de alrededor de 2 mil elementos, la mayoría de los cuales eran soldados radicales de la Guardia Nacional:[62] la propia guerra había dado a un puñado de hombres la oportunidad de derrocar el gobierno.

Aunque la ley que autorizó al gobierno a apropiarse de los bienes de la iglesia fue aprobada el 11 de enero, los polkos no se rebelaron abiertamente sino hasta el 27 de febrero. Durante las semanas entre una y otra fechas, las tensiones aumentaron en el Distrito Federal y en varios estados; los funcionarios eclesiásticos publicaron panfletos en los que criticaban la ley y algunos fueron más lejos: el 13 de enero, cerraron las puertas de la catedral, quizá para provocar una revuelta popular en contra de la ley; el gobierno nacional solicitó al ayuntamiento de la ciudad que lo ayudara a arrestar a cualquiera que amenazara el orden, incluidos los curas; a su vez, el ayuntamiento solicitó a éstos que reabrieran la catedral y aprobó la publicación de una carta en la que se señalaba que el gobierno necesitaba la riqueza de la iglesia para defender no sólo la nación, sino también el propio catolicismo. El 19 de enero, los soldados que custodiaban el Palacio Nacional tuvieron que valerse de sus armas para rechazar a una multitud armada.[63] Mientras tanto, las protestas en contra de la ley siguieron aumentando, incluida una de un grupo de comerciantes: la oposición a la ley fue muy abierta en Puebla, Guanajuato, Estado de México, Querétaro, Oaxaca y Durango. En algunos lugares, las multitudes se rebelaron y las legislaturas estatales y los ayuntamientos criticaron la ley de manera frontal; el gobernador de Durango prefirió renunciar, antes que aplicar esa ley.[64]

El gobierno nacional, encabezado por el vicepresidente Valentín Gómez Farías, era muy consciente de que la ley era extremadamente controvertida, y no sólo enfrentó el descontento popular y la ira de la iglesia, sino también las feroces críticas de sus enemigos en los periódicos, a las que respondió haciendo hincapié en la crisis de la guerra y en el apoyo del propio Santa Anna a que se recurriera a la riqueza eclesiástica. Ahora bien, el gobierno parece haber comprendido que los batallones de polkos de la Guardia Nacional en la ciudad de México representaban una amenaza inmediata: los informes secretos en el sentido de que esas unidades estaban complotándose en contra de Gómez Farías llevaron al ministro de Guerra a prohibir las reuniones no autorizadas de la Guardia Nacional y también a ordenar que una de las unidades transfiriera su cuartel lejos del centro de la ciudad, donde estaba ubicada. El batallón obedeció la orden, pero lo hizo de forma muy notoria, acompañado por una multitud que cantaba lemas antigubernamentales.[65] El colmo fue cuando Gómez Farías, habiéndose enterado de la inminente invasión del puerto de Veracruz, decidió hacer uso de su autoridad para enviar varias unidades de polkos a esa ciudad. El razonamiento parece claro: la invasión estadounidense de la costa era casi un hecho, el grueso del ejército regular se encontraba en el norte con Santa Anna y, si las unidades de la Guardia Nacional eran las únicas disponibles para reforzar Veracruz, ¿por qué no evitar un posible golpe de Estado alejando de la capital a las unidades desleales?

La táctica fue contraproducente: el 25 de febrero de ese año, el gobierno ordenó que los batallones Independencia, Hidalgo, Bravo, Victoria y Mina partieran a Veracruz, pero dos días más tarde, en lugar de hacerlo, esos batallones se declararon en rebeldía. En consecuencia, la resistencia armada empezó más de seis semanas después de la aprobación de la ley que desamortizaba las propiedades de la iglesia y el detonador inmediato fue un lance en la compleja política de clases de la ciudad de México: la transferencia a Veracruz habría separado de sus familias a los hombres de clase media y a los acaudalados de esas unidades, los habría expuesto a las peligrosas enfermedades propias del medio ambiente costeño y habría dejado la seguridad de sus propiedades y sus familias en manos de las unidades radicales de la Guardia Nacional, a las que consideraban semejante a la chusma codiciosa; para los rebeldes, la resistencia armada al gobierno era preferible, incluso en tiempos de guerra.[66] Ahora bien, el hecho de que la rebelión fuera la continuación de la política facciosa entres las clases de la capital no significa que los dirigentes eclesiásticos y la

oposición a la ley de desamortización del 11 de enero no fueran también de enorme importancia. Los rebeldes siguieron la tradición mexicana de establecer sus objetivos políticos en un documento formal: en su plan, sostuvieron que ellos eran verdaderos federalistas, pero que el Congreso había actuado de manera inconstitucional; llamaron al derrocamiento del Congreso y de Gómez Farías, pero también a la continuación del federalismo, de conformidad con la propia Constitución. Todo ello estaba destinado a destituir a los radicales de sus funciones; sin embargo, en el preámbulo también criticaron al Congreso por haber aprobado la ley de desamortización del 11 de enero, diciendo que ultrajaba "los principios que arreglan la propiedad de los particulares y las corporaciones" y que no había tomado en consideración "el enlace de la riqueza del clero con las otras clases", por lo que se exigía la inmediata abolición de la ley.[67] Algunos miembros del clero que tenían a su cargo parte de la administración de la riqueza eclesiástica se involucraron de forma directa. Como todas las tropas, los hombres de las unidades de polkos necesitaban raciones, porque los soldados de tiempo parcial que fueron movilizados no estaban ganándose la vida en su trabajo como civiles. En los comienzos de la rebelión, el dinero para ello fue proporcionado por los administradores de varios conventos y monasterios; existen informes de que ellos habían participado en la elaboración del plan.[68] Los soldados de los batallones rebeldes llevaban abiertamente medallas religiosas, con lo que indicaban el contenido de su causa; sumado ese hecho al grave conflicto entre la iglesia y el Estado que caracterizó a México en las décadas de 1850 y 1860, no es sorprendente que la rebelión se interpretara posteriormente como resultado de que la iglesia había puesto sus propios intereses antes que los de la nación.[69]

Los partidarios de la rebelión esperaban que el golpe de Estado fuera rápido y sin derramamiento de sangre, pero ni Gómez Farías ni sus aliados se sintieron intimidados: durante más de un mes, las unidades radicales y moderadas de la Guardia Nacional se enfrentaron entre sí en la ciudad de México, mientras que las pocas tropas del ejército regular estacionadas en la ciudad permanecieron leales al gobierno. El resultado militar fue un punto muerto, con algunos enfrentamientos callejeros, pero, cosa sorprendente, pocas bajas. La mayoría de los gobiernos de los estados apoyó a Gómez Farías o mantuvo una neutralidad de facto. El callejón sin salida político se prolongaba mientras los estadounidenses se preparaban para invadir Veracruz y el ejército de Santa Anna llevaba a cabo su épica campaña en el norte. Los rebeldes insistían en que el hecho de

armar a los pobres y confiscar las propiedades de la iglesia amenazaba a la sociedad mexicana con la anarquía y no ayudaba a ganar la guerra. Por su parte, los partidarios del gobierno señalaban que la rebelión estaba socavando los esfuerzos bélicos de México y que, si los estadounidenses ganaban la guerra, el catolicismo mexicano estaría en peligro; asimismo, acusaron a las unidades de los polkos de ser demasiado cobardes para ir a Veracruz y combatir a los estadounidenses. Tratando de ampliar sus bases de apoyo, los rebeldes dejaron de cuestionar tanto el asunto de las propiedades de la iglesia, pero siguieron insistiendo en que Gómez Farías debía abandonar el cargo, un cambio de actitud que no fue popular entre quienes los apoyaban financieramente, por lo que, al final, no fue muy provechosa.[70]

Debido a que el punto muerto se prolongaba, el gobierno nacional no podía enviar tropas ni dinero a Veracruz y llegó a ser evidente que sólo Santa Anna podía resolver la situación. Mientras él se dirigía al sur, los enviados de ambas partes buscaron su apoyo. En un primer momento, Santa Anna pareció inclinarse por apoyar a Gómez Farías, dado que, en un principio, la rebelión parecía estar dirigida también en contra del propio Santa Anna; sin embargo, los enviados moderados insistieron en que el malestar de las clases acomodadas y el peligro para la propiedad privada era lo que los había llevado a actuar. Es probable asimismo que hayan prometido a Santa Anna una inyección inmediata de fondos de la iglesia al esfuerzo bélico si él se mostraba dispuesto a renunciar a la ley ofensiva. Santa Anna se decidió por los moderados: Gómez Farías fue removido de su cargo mediante el simple expediente de abolir el decreto que había creado la vicepresidencia, la iglesia aportó millones de pesos, los regimientos de los polkos desfilaron ante sus partidarios en la ciudad de México; lo irónico es que las unidades radicales de la Guardia Nacional fueron enviadas a Veracruz. Algunos de los oficiales de esas unidades renunciaron, arguyendo sus deberes familiares, pero Vicente Carbajal, comandante de una de ellas, no partió tan tranquilamente: en su carta de renuncia a Santa Anna, insistió en que los radicales habían estado defendiendo la independencia de México y la presidencia de Santa Anna, mientras sus oponentes habían estado socavando la defensa del país; al final, escribió que se rehusaba a ser como "los traidores que para pronunciarse fueron comprados con el oro del clero y del enemigo extranjero".[71]

Las palabras de Carbajal contienen una de las acusaciones más perdurables en contra de los polkos: que fueron unos traidores alentados o incluso financiados por el gobierno de Estados Unidos, el cual, en efec-

to, tuvo como agente a Moses Beach, periodista estadounidense y católico prominente que había sido enviado a trabajar en la búsqueda de una solución negociada a la guerra; no sólo logró tener acceso a muchos líderes católicos mexicanos, sino que más tarde afirmó que él había planeado la rebelión de los polkos —sin duda alguna, hizo lo que pudo por alentar la resistencia a la controvertida ley y se encontró con muchos de los actores principales—; es probable, además, que haya transferido dinero a los polkos. Sin embargo, su interesado informe no es una prueba muy buena de la eficacia de sus esfuerzos. Como ya se vio con respecto a los tratos previos de Santa Anna con el gobierno de James K. Polk, los estadounidenses con frecuencia fueron ingenuos acerca de sus discusiones con mexicanos prominentes: algunos líderes se mostraron más que dispuestos a aceptar dinero o algún otro apoyo, pero después los utilizaron para sus propios fines.[72] La rebelión de los polkos estuvo firmemente arraigada en la política mexicana y, casi con toda seguridad, habría tenido lugar sin los esfuerzos de Beach. La mayoría de los líderes católicos mexicanos siguieron oponiéndose a la invasión de Estados Unidos; los horrorizó la agresión de los voluntarios estadounidenses contra el catolicismo y les preocupaba el impacto que una victoria de Estados Unidos podría tener en su misión de largo plazo; asimismo, contribuyeron con millones de pesos al esfuerzo de la guerra tan pronto como el gobierno renunció a la idea de que podía disponer de la riqueza de la iglesia en contra de la voluntad de ésta; además, renovaron sus esfuerzos por convencer a los mexicanos de que pelearan en contra de los estadounidenses.[73]

LA CAMPAÑA DE INVASIÓN DE WINFIELD SCOTT

Estados Unidos ganó la guerra al lanzar una nueva invasión, esta vez contra el centro de México desde la costa del golfo. El cambio de táctica del ejército estadounidense fue en parte la respuesta a la inhóspita realidad geográfica, que evitó que aquél avanzara al sur desde Saltillo; el camino hasta la ciudad de México era muy largo y además, durante la primera parte de la campaña, el ejército invasor enfrentó un difícil desierto. Ese cambio fue asimismo la respuesta a la sorprendente magnitud de la resistencia que ofrecieron los mexicanos en el norte. La decisión de lanzar la campaña contra el centro de México fue la admisión tácita de que, a pesar de los repetidos éxitos tácticos del general Zachary Taylor, su campa-

ña del norte fue en realidad una derrota estratégica, porque no logró obligar a México a buscar la negociación, por lo que la única manera de ganar la guerra era ir directamente al corazón de las zonas más pobladas del país, lo cual resultaría ser una tarea difícil. El Estado era fuerte en esa región y era arriesgado enviar lo que habría sido un ejército relativamente poco numeroso a una situación en la que se vería rodeado por el enemigo; por lo demás, ese ejército habría tenido que desembarcar primero en una costa hostil y establecer una base segura. Asimismo, James K. Polk comprendió que la guerra planteaba riesgos políticos para el Partido Demócrata, su partido: Taylor, que había salido victorioso en las batallas de Palo Alto, Resaca de Palma y Monterrey, era un whig con ambiciones presidenciales evidentes; por lo tanto, Polk necesitaba un nuevo general para la campaña decisiva y, con cierta inquietud, se decidió por Winfield Scott, otro whig ambicioso pero que era más competente desde el punto de vista militar y menos competente desde el punto de vista político. Lo paradójico es que, sin duda cada uno por separado, tanto Taylor como Scott habían sugerido el plan de Veracruz, aunque Scott sería quien cosechara las condecoraciones. Este último, un soldado muy profesional y estudioso ávido de la historia militar, era un gran partidario de las maniobras de flanqueo, en las que una fuerza atacante se esfuerza por rodear el centro de la resistencia del enemigo para atacar algún costado donde éste ofrezca una defensa débil. El plan completo de la invasión era, con tino, una maniobra de flanqueo a gran escala, con la cual se eludirían tanto las fuerzas mexicanas reunidas con grandes costos en el norte como los obstáculos geográficos que separan los territorios septentrionales del país de la ciudad de México.[74]

La maniobra de flanqueo tiene como objetivo un punto débil de la defensa del enemigo y es difícil imaginar un punto más débil que Veracruz en la primavera de 1847: aunque la ciudad estaba protegida por una fortaleza colosal, San Juan de Ulúa, muchos de sus cañones eran antiguos y no había suficientes hombres que pudieran vigilar toda la extensión de sus murallas. Lo mismo ocurría con la propia ciudad, en la que un conjunto mixto de unidades del ejército regular y de la Guardia Nacional del estado de Veracruz y los estados colindantes combatían en contra del enemigo más común que enfrentaban las tropas mexicanas: la pobreza; no tenían suficientes provisiones, municiones ni ropas y, en enero y febrero de 1847, nada de eso les llegó de la ciudad de México por todas las razones que ya han sido mencionadas. Existen partes militares que dan cuenta de que los soldados tenían que ir de puerta en puerta mendigando el di-



Figura 4.1. Teniente general Winfield Scott.

nero suficiente para comer. Las mujeres de la ciudad organizaron un concierto de beneficencia para reparar la artillería de San Juan de Ulúa, pero, cuando la numerosa flota estadounidense que transportaba al ejército de Scott arribó a principios de marzo, Juan Morales, el comandante de la ciudad, escribió a sus superiores que para hacer frente a ese desafío sólo podía contar con "un puñado de valientes, descalzos, mal pagados y mal vestidos".[75] La amenaza que representaba el fuerte de San Juan de Ulúa impidió que los estadounidenses navegaran directamente hasta el puer-

to, pero Morales no tenía tropas suficientes para defender todo el litoral del estado y los estadounidenses simplemente desembarcaron en la playa, a unos cuantos kilómetros de ahí. Aunque ésa fue la primera gran operación anfibia en la historia del ejército y la armada de Estados Unidos, las dos armas cooperaron en forma adecuada y, muy pronto, una abrumadora fuerza estadounidense empezó a prepararse para poner sitio a la ciudad. Lo único que Morales pudo hacer fue sentarse a esperar refuerzos.

Aun si Scott podía hacer desembarcar tropas y pertrechos en las playas cuando el tiempo era bueno, el sostenimiento de una campaña en el interior del país requeriría un puerto donde los buques pudieran estar protegidos mientras se hacía la descarga, por lo que no podía evitar hacerlo en Veracruz; además, Scott libraba una carrera contra el reloj: tenía que tomar la ciudad y llevar el grueso de su ejército lejos de las tierras costeras antes de que llegara la temporada de la fiebre amarilla, pues de no hacerlo esa enfermedad transmitida por los mosquitos diezmaría al ejército invasor: no sólo necesitaba tomar Veracruz, también tenía que hacerlo pronto. Las armas y tácticas de la época planteaban a Scott tres opciones. En primer lugar, podía sitiar la ciudad e impedir su abastecimiento hasta que el hambre y las enfermedades la obligaran a rendirse; no obstante, un sitio es un proceso prolongado y no tenía el tiempo para llevarlo a cabo. En segundo lugar, también podía lanzar sus tropas a un asalto frontal, ya que, dada la ventaja numérica de los estadounidenses, era probable que tuvieran éxito; sin embargo, un asalto de ese tipo sería muy costoso para los atacantes, como los estadounidenses habían comprobado en Monterrey: las pérdidas podrían debilitar su ejército lo suficiente como para condenar al fracaso su posterior invasión del centro de México. La tercera opción, en fin, era el bombardeo: lanzar bombas sobre las murallas de la ciudad provocaría muerte y destrucción entre todos sus habitantes, soldados y civiles por igual, y ello podría preparar el terreno para un asalto frontal, y también podría forzar la rendición sin recurrir a ese tipo de asalto; con un poco de suerte, un bombardeo exitoso también causaría un número de víctimas civiles tal que sería más probable que otras ciudades se rindieran rápidamente.[76] Scott se inclinó por la tercera opción.

Las fuerzas estadounidenses cortaron la comunicación de la ciudad con el interior del país, desembarcaron sus cañones y prepararon unos emplazamientos fortificados para colocarlos; además, la artillería del ejército se vio reforzada por la artillería naval pesada, maniobrada por los marinos. El 22 de marzo de 1847, los estadounidenses abrieron fue-

go; los defensores mexicanos contestaron con su propia artillería, pero los cañones y los artilleros estadounidenses, atrincherados entre las dunas que rodeaban la ciudad, eran casi completamente inmunes al fuego de respuesta. Los muros de piedra y las casas de la ciudad no ofrecían una protección efectiva; las fortificaciones de piedra habían quedado obsoletas debido al desarrollo de la tecnología artillera: los cañones estadounidenses, que disparaban directamente a los muros o los edificios de la ciudad, generaban una energía cinética suficiente para romper la piedra y, además, muchas de las piezas de la artillería estadounidense lanzaban balas de cañón explosivas con una trayectoria que las hacía pasar por encima de los muros y caer directamente sobre la ciudad, destrozando los frágiles techos de teja, madera o paja, y explotando en los edificios mismos donde la población civil se vio obligada a refugiarse. El bombardeo se prolongó tres días y medio, durante los cuales las raciones y las municiones de las tropas mexicanas fueron agotándose, al tiempo que cientos de soldados eran abatidos; por lo demás, su estado de ánimo decayó mucho más por la aparente inutilidad del sacrificio: su fuego de respuesta, aunque preciso, no era efectivo, porque la arena tras la que los estadounidenses se habían refugiado simplemente absorbía la energía cinética de las balas de cañón de los mexicanos y ahogaba la explosión de sus bombas. Como es natural, los estadounidenses parecían poco dispuestos a abandonar sus trincheras y a atacar abiertamente, pero lo peor fue que los oficiales y los soldados mexicanos eran completamente conscientes de las bajas que el bombardeo estadounidense causaba entre la población civil, en muchos casos entre los miembros de su propia familia. Atemorizadas y heridas, las mujeres, al igual que los niños, vagaban por las calles, llorando a sus muertos y tratando de encontrar un lugar seguro donde refugiarse. Los cónsules extranjeros presentes en el puerto solicitaron una entrevista al general Scott con el propósito de pedirle que les permitiera evacuar a los extranjeros y a los que no eran combatientes, pero Scott se rehusó incluso a recibirlos, porque sabía que la grave situación de la población civil significaba contar con una ventaja muy grande sobre los soldados mexicanos. Con plena conciencia, Scott prefirió mantener plena su capacidad para concluir su prolongada misión y conservar la vida de sus soldados antes que proteger la vida de la población civil mexicana; en sus memorias, declaró descaradamente: "sentir compasión por las mujeres y los niños —en la forma de una demora— podría, por sus consecuencias, haber llevado a la pérdida de la campaña y, en realidad, a la pérdida del ejército: dos tercios por la pestilencia y el resto, por la rendición".[77]

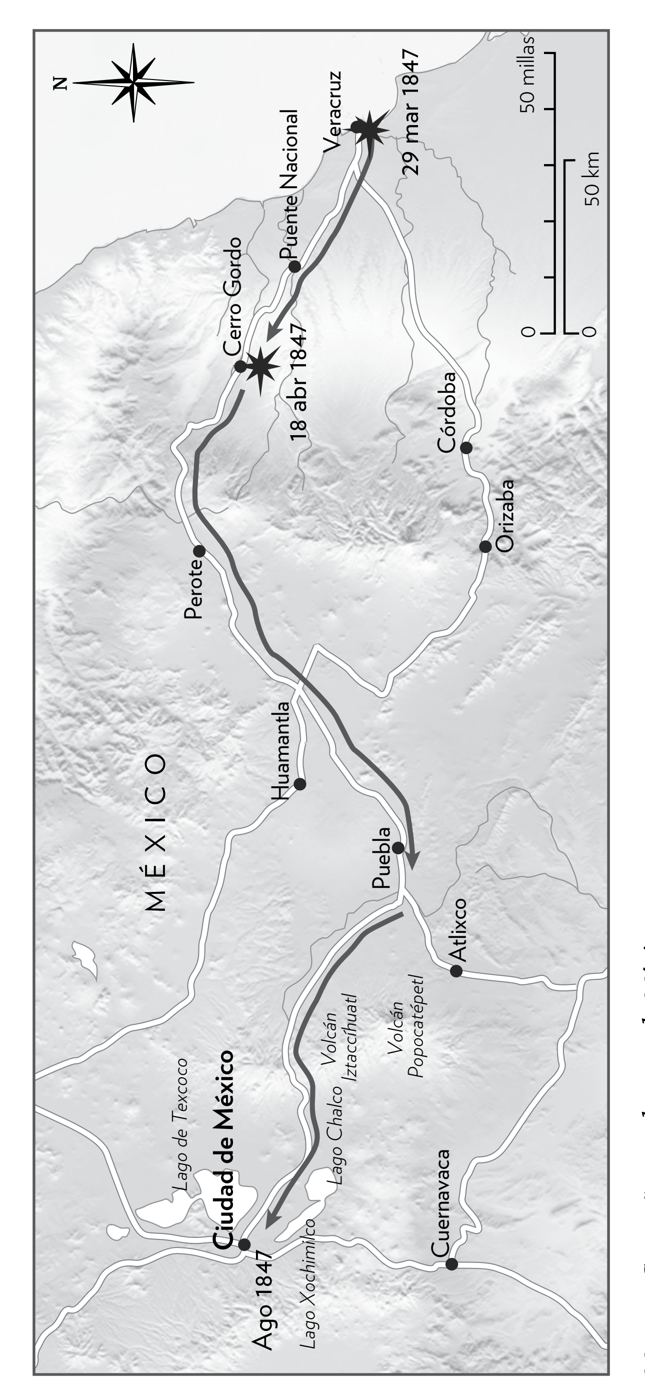
Los comandantes mexicanos enfrentaban unas presiones tremendas. Los soldados y los oficiales exigían que se les permitiera retirarse de la ciudad y unirse a otras tropas mexicanas con el propósito de seguir adelante con la resistencia en otro lugar. Algunas mujeres pensaron en abandonar la ciudad con sus hijos y dirigirse hacia las líneas estadounidenses, con la esperanza de que las tropas enemigas dejaran de masacrarlas si podían ver los resultados de sus ataques, mientras que otras imploraron a los oficiales mexicanos que se rindieran para salvar a la población civil. Morales resistió tanto como pudo: el honor le exigía que la ciudad no se rindiera hasta que la situación fuera desesperada y los rumores indicaban que el ejército mexicano estaba avanzando desde el interior para socorrer la ciudad. Sin embargo, finalmente se enteró de que algunas mujeres afirmaban que él no concedía ningún valor a la vida de la población civil de la ciudad porque no era originario de la región. Morales renunció al mando y Juan Landero, su sucesor, acordó la capitulación: se permitiría que los hombres se marcharan y quedaran en libertad, bajo palabra de honor de que no volverían a tomar parte en la guerra. Los estadounidenses temían que la fortaleza del puerto de San Juan de Ulúa resistiera e impidiera que los buques estadounidenses entraran al puerto; sin embargo, Landero también la rindió, porque se consideraba que formaba parte de las defensas de Veracruz, aunque lo probable es que no creyera tener suficientes pertrechos como para resistir durante un tiempo considerable. Las tropas mexicanas se retiraron y rindieron sus armas bajo la respetuosa mirada de las estadounidenses. En palabras de Jacob Oswandel, voluntario de Pensilvania:

> Todo ocurrió tranquilamente; nadie hizo comentarios insultantes ni burlones respecto de los mexicanos a medida que pasaban; los vimos como unos enemigos conquistados que habían combatido por sus hogares y sus bienes, lo mismo que nosotros habríamos hecho si nos hubiera atacado un enemigo extranjero.[78]

La rápida capitulación de la ciudad de Veracruz fue comentada extensamente en México, Estados Unidos y Europa, lo cual fue resultado en parte del exagerado sentido de lo defendible que era la ciudad: la mayoría de la gente todavía no entendía que los avances en el desarrollo de la artillería habían hecho vulnerables las antiguas fortificaciones de piedra y, en Europa y Estados Unidos, muchos todavía no entendían que la pobreza del gobierno mexicano hubiera significado que todos los soldados estu-

vieran siempre mal equipados y mal alimentados. Sin embargo, la mayor parte del revuelo fue por la manera en que Scott había tomado el puerto: el bombardeo había matado a alrededor de 350 soldados mexicanos y a entre 300 y 600 civiles, y herido a cientos más. Los sagaces observadores mexicanos comprendieron que las muertes de los civiles habían sido lo que obligó a la capitulación: los estadounidenses habían demostrado que estaban dispuestos a valerse de las bajas causadas entre la población civil para lograr sus objetivos y que esa estrategia podía ser usada en otras ciudades. Guillermo Rode, por ejemplo, sugirió guarnecer las tierras altas fuera de las ciudades para evitar que las piezas de la artillería enemiga fueran dispuestas en posiciones desde donde pudieran bombardear a la población civil, mientras que Juan Álvarez aconsejó a los comandantes que evacuaran a las mujeres y los niños de toda ciudad antes de su defensa, porque, en sus propias palabras, "Los hombres más endurecidos y acostumbrados a ver con serenidad los estragos y horrores de la guerra suelen no tener energía cuando se trata de la muerte de niños, ancianos y mujeres."[79] Ahora bien, la mayoría de los comentarios sobre el bombardeo fueron sobre su moralidad: corresponsales de guerra estadounidenses, como George Wilkins Kendall y Jane McManus Storms, informaron sobre las muertes de los civiles, aunque las describieron como una necesidad militar; sin embargo, no ocurrió lo mismo fuera de Estados Unidos: los observadores mexicanos condenaron categóricamente la moralidad de la decisión de Scott y se valieron de ella como evidencia de lo injusto de la invasión y de la necesidad de los mexicanos de sacrificarse para defender su nación. Algunos corresponsales extranjeros reaccionaron de manera similar al bombardeo de Scott; los editores de *The Times* en Londres escribieron: "rara vez hemos tenido la ocasión de informar sobre una operación de guerra más repugnante para todo sentimiento de humanidad y justicia que el bombardeo y la captura de la ciudad y la fortaleza de Vera Cruz"; en su opinión, el bombardeo había sido "uno de los actos más atroces y bárbaros cometidos en los tiempos modernos por las fuerzas de una nación civilizada".[80]

A pesar de que los estadounidenses habían triunfado en Veracruz, Santa Anna estaba reuniendo nuevas fuerzas para hacerles frente; su núcleo eran soldados de infantería del ejército regular que habían combatido en la batalla de La Angostura, los mismos hombres que habían marchado a lo largo de casi mil kilómetros en siete semanas, un recorrido cuyo primer tercio iba a través del terrible desierto entre La Angostura y San Luis Potosí, donde habían descansado muy poco antes de apre-



MAPA 9. Campaña por el centro de México.

surarse para situarse entre el ejército de Scott y el altiplano central. Las tropas mexicanas eran bien conocidas por su velocidad y resistencia en la marcha, pero ese desplazamiento fue francamente espectacular:[81] esos veteranos que tanto habían sufrido eran experimentados y resistentes, pero no existen dudas de que sufrieron físicamente las penurias de su marcha. Santa Anna contaba también con dos regimientos del ejército regular de la guarnición de la ciudad de México, dos batallones federalistas radicales de la Guardia Nacional también de la ciudad de México y varias unidades de la Guardia Nacional de los estados de Puebla y Veracruz; no obstante, esas unidades de voluntarios, como las otras del resto de México, habían recibido poco adiestramiento.[82]

LA BATALLA DE CERRO GORDO

La decisión de Santa Anna sobre dónde debía combatir fue resultado del medio ambiente de México. En la campaña de La Angostura, el entorno había favorecido a los estadounidenses, provocando la muerte de muchos soldados mexicanos en el desierto; en la nueva situación, podría favorecer a los mexicanos. Santa Anna comprendió que tenía que disponer sus fuerzas en una posición para detener a los estadounidenses antes de que ascendieran las montañas a partir de las tierras bajas de la costa, donde se podía esperar que la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales causaran numerosas bajas entre ellos, dado que se trataba de enfermedades muy peligrosas para unos hombres que nunca antes se habían visto expuestos a ellas. La fiebre amarilla, que había sido traída al Nuevo Mundo por los esclavos africanos, era tan peligrosa que contribuyó a diezmar enormemente la población de las tierras bajas de México después del siglo XVI: en lo militar, había frustrado el intento de los españoles de reconquistar México en 1829 y el esfuerzo de los franceses por reconquistar Haití en la primera década del siglo XIX, e incluso era una seria amenaza para los soldados mexicanos que eran transferidos a esas regiones. En los informes de la inteligencia mexicana sobre las actividades del invasor a lo largo del litoral, se siguió con gran detalle el avance de la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales entre los soldados y los marinos, incluso cuando todavía se encontraban a bordo de sus buques, porque todo el mundo sabía que las enfermedades podían ser un factor decisivo de la guerra.[83]

La decisión de Santa Anna sobre dónde preparar la siguiente batalla se vio influida también por otro factor: en las alturas cercanas al puerto

de Veracruz, al pie de los cerros entre el puerto y las tierras altas templadas, Santa Anna estaba en terreno conocido, pues había crecido en esa región, había combatido allí durante la guerra de Independencia y allí había amasado su fortuna política y económica como agente del poder y como propietario de grandes latifundios; allí podía solicitar favores para conseguir información y alimentar a sus tropas. Esto último era de particular importancia, porque, aunque los funcionarios eclesiásticos le habían proporcionado una nueva inyección de dinero en efectivo, ese dinero habría de agotarse pronto; para cuando los soldados mexicanos se encontraron en posición, de nuevo estaban pasando hambre. Además, Santa Anna creía conocer el terreno. A partir de los partes sobre la batalla de Palo Alto y de su propia experiencia personal en la batalla de La Angostura, comprendió que la mayor ventaja de los estadounidenses era su habilidad para desplegar aprisa su artillería en contra de las concentraciones de tropas mexicanas desplegadas en campo abierto, por lo que ahora buscaba un campo de batalla cuyo terreno no les ofreciera esa ventaja; en consecuencia, eligió un lugar llamado Cerro Gordo. En ese sitio, la carretera entre Veracruz y las tierras altas serpenteaba entre las lomas al sur y los cerros al norte; además, los movimientos de los estadounidenses se verían dificultados aún más por un escarpado cañón más al sur y un terreno muy accidentado cubierto por una densa maleza más al norte. Santa Anna creía que los estadounidenses ascenderían directamente por la carretera, por lo que el emplazamiento de las tropas y la artillería mexicanas, no sólo a través de la ruta de los estadounidenses sino también en las cumbres y los cerros al norte y al sur, haría que el ascenso por la carretera fuera un error mortal. El comandante de los zapadores de Santa Anna, el teniente coronel Manuel Robles Pezuela, se mostró en desacuerdo, porque temía que el terreno al norte de la carretera no fuera demasiado difícil para los estadounidenses y, por lo tanto, prefería una posición a unos cientos de metros más lejos, donde la carretera salía por entre los cerros y la caballería mexicana podía ser más efectiva; sin embargo, Robles Pezuela no había visto la artillería ligera estadounidense en acción y Santa Anna se impuso. Entonces, Robles Pezuela trató de convencer a Santa Anna de que dispusiera más tropas al norte de la carretera para protegerse de un ataque estadounidense de flanqueo, pero Santa Anna se opuso a ello, quizá simplemente porque su ejército no era tan numeroso como para cubrir todos los posibles lugares por donde podría acercarse el enemigo; sólo podía prepararse para las contingencias más probables y un ataque estadounidense importante a través de ese difícil terreno pare-

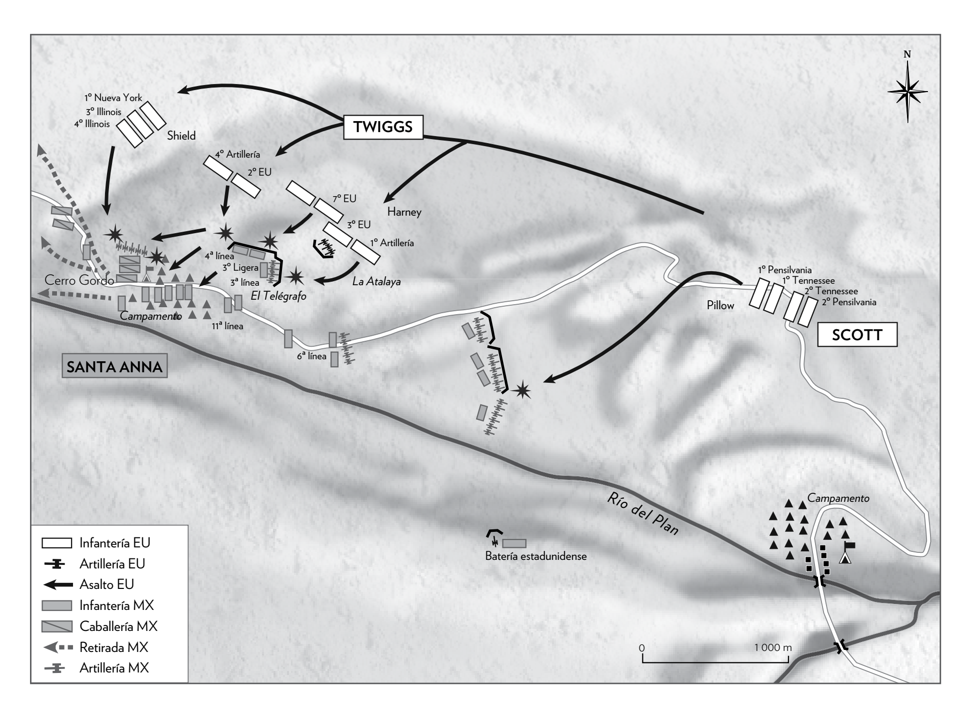
cía poco probable; al menos, creía que un ataque por ese lugar no podría ser apoyado por la artillería.[84]

Mientras Santa Anna reunía sus tropas y se apresuraba a desplegarlas en posición, Scott trabajaba en la organización de su ejército para avanzar tierra adentro y llegar al altiplano antes de que empezara la temporada de la fiebre amarilla. La toma de Veracruz le había procurado un puerto, facilitando en gran medida la llegada de más provisiones; sin embargo, las ventajas de Scott en lo concerniente al transporte terminaron a la orilla del mar: la armada estadounidense y la numerosa flotilla de barcos civiles podían garantizar un transporte relativamente rápido y muy barato desde los puertos estadounidenses, como Nueva Orleans, pero en tierra las carreteras mexicanas impusieron límites a Scott: la movilización de tropas y provisiones por ellas exigía una planeación cuidadosa, carromatos, animales y pienso para los animales, por lo que no podría iniciar la marcha a partir de Veracruz hasta que tuviera todas esas cosas, y eso llevó tiempo. Los estadounidenses aguardaron en el puerto durante más de una semana después de la caída de Veracruz y, aun entonces, sólo una parte del ejército comandado por el general David Twiggs pudo partir. En su marcha bajo el sol tropical, descubrieron que la espesa arena de la carretera cercana a Veracruz la hacía muy penosa y, pronto, muchos empezaron a deshacerse de parte de la ropa o incluso de sus mochilas completas. El 11 de abril, los exploradores de la patrulla de reconocimiento cruzaron fuego con los exploradores de la patrulla mexicana a unos cuantos kilómetros de Cerro Gordo. Twiggs hizo avanzar a sus tropas y ordenó a la siguiente división, comandada por el general Robert Patterson, que acelerara la marcha. Twiggs quería atacar de inmediato, pero una patrulla de reconocimiento enviada previamente volvió con los primeros indicios sobre la magnitud y la fuerte posición del ejército mexicano, por lo que Twiggs aguardó durante un día las tropas de Patterson, pero éstas estaban tan exhaustas por su rápida marcha que tuvo que aguardar un día más. Twiggs aprovechó la demora para recabar información y despachó a un joven oficial llamado Pierre Beauregard con el propósito de que examinara la zona norte de la posición mexicana. Después de horas de una ardua marcha bajando y subiendo por barrancos y cerros cubiertos de una espesa maleza, Beauregard llegó a un lugar cercano a la retaguardia del ejército mexicano, donde unas cuantas decenas de soldados, con un puñado de cañones, ocupaban el cerro más alto, llamado El Telégrafo, pues antes había habido ahí una estación de telecomunicaciones por semáforo utilizada para transmitir las noticias de la costa al alti-

plano. Esos soldados eran el flanco izquierdo extremo del ejército mexicano, pero no había un número suficiente de ellos para mantener el cerro en contra de un ataque importante: Beauregard había encontrado el equivalente militar del oro; todo lo que tenía que hacer era convencer a Twiggs, que todavía estaba al mando, porque Patterson, que era su superior, había caído enfermo.

Beauregard comunicó a Twiggs lo que había descubierto y este último modificó su idea previa sobre el ataque frontal e incluyó también un ataque de flanqueo sobre El Telégrafo para el amanecer del día 14. Ese plan preocupó tanto a Beauregard como a Patterson y éste se levantó de su cama de enfermo en medio de la noche para tomar el mando y cancelar el plan. Muchos observadores creyeron que su decisión evitó un ataque frontal desastroso. Scott llegó al mediodía y, los días 15 y 16, envió más zapadores, uno de los cuales, el joven Robert E. Lee, se abrió paso hasta el norte de la posición mexicana, confirmó lo que Beauregard había descubierto, exploró más el terreno y encontró un camino que llevaba hasta la carretera, tras la posición mexicana. Scott se decidió por lo que, en abstracto, parece haber sido, en términos clásicos, un excelente plan: una división, bajo el mando del general Gideon Pillow, asaltaría el frente mexicano, distrayendo su atención, mientras otra, al mando de Twiggs, emprendería el camino del norte recorrido por Beauregard y Lee para lanzar un ataque por sorpresa contra el flanco del enemigo. En la realidad, no obstante, los planes no se aplican en abstracto: atacar por los flancos al enemigo exigiría que los estadounidenses desplazaran numerosas tropas a través de un terreno que Santa Anna consideraba prácticamente intransitable; por lo demás, siendo estadounidenses, llevarían su artillería consigo, lo cual fue una tarea difícil en extremo, porque tuvieron que abrirse camino entre la maleza: el terreno era tan accidentado que los soldados tuvieron que repetir la maniobra de hacer descender los cañones con cuerdas por una ladera de los barrancos para después subirlos con cuerdas por la otra ladera. El aspecto positivo de esas maniobras fue que el accidentado terreno ocultó el lento avance de los estadounidenses a los exploradores mexicanos durante varias horas.

Después de que los estadounidenses fueron descubiertos, los oficiales mexicanos enviaron más tropas a El Telégrafo y a un cerro vecino llamado La Atalaya. Mientras tanto, Twiggs ya no estaba seguro del lugar donde estaban sus tropas entre los espesos bosques y envió una partida de exploradores a que ascendiera a La Atalaya. Allí comenzaron los combates, cuando unos grupos relativamente poco numerosos de mexicanos y



Mapa 10. Batalla de Cerro Gordo.

estadounidenses se disputaron la posesión de un modesto cerro; sin embargo, los mexicanos tenían muy pocos hombres en posición como para sostener La Atalaya y, después de un feroz combate, se retiraron a El Telégrafo, donde se reunieron y se sostuvieron en contra del intento de los estadounidenses de desalojarlos, por lo que estos últimos se retiraron a La Atalaya, seguidos por un aluvión de bromas insultantes.[85] Durante la tarde y la noche, ambos ejércitos reforzaron ese lado del campo de batalla: los estadounidenses llevaron una brigada de voluntarios y los mexicanos desplegaron varios regimientos de soldados regulares, arrastraron más cañones a la cima de El Telégrafo y emplazaron más artillería en el lado izquierdo de su campamento principal; sin embargo, con gran eficacia, los estadounidenses dedicaron una gran parte de sus esfuerzos a llevar tres de sus cañones más pesados por la difícil senda de los bosques y los arrastraron hasta la cima de La Atalaya, disponiéndolos en posición para poder dispararlos casi a quemarropa contra El Telégrafo, en manos de los mexicanos. Por su parte, Santa Anna seguía creyendo erróneamente que los estadounidenses destinarían sus mayores esfuerzos a atacar el

flanco derecho de los mexicanos, lo cual significó que, dado el limitado número de tropas disponibles, los soldados del flanco izquierdo que enfrentarían el principal ataque de los estadounidenses se verían superados en número de forma abrumadora. Lo paradójico es que los bosques mismos con los que Santa Anna había contado para proteger su flanco izquierdo sirvieron para ocultar la magnitud de las fuerzas estadounidenses enviadas a atacar por ese lado.

En la mañana del 18 de abril, las fuerzas de Scott lanzaron tres ataques que, se suponía, debían tener lugar más o menos al mismo tiempo: la brigada de Pillow, que consistía sobre todo de voluntarios, lanzó un ataque frontal contra el flanco derecho mexicano, al sur de la carretera, ataque que originalmente había sido planeado como una distracción, pero, al decidir sus órdenes finales, Scott mandó que ese grupo penetrara realmente la línea mexicana. La artillería y la infantería estadounidenses, bajo el mando de William Harney, atacaron El Telégrafo y la tercera fuerza estadounidense, bajo el mando de James Shields, se abrió paso más al norte de El Telégrafo para cortar el paso por la carretera detrás del ejército mexicano. Esos tres ataques tuvieron unos grados de éxito muy diferentes, pero el resultado final fue una de las victorias más completas del ejército estadounidense en la guerra.

El ataque de Pillow al sur de la carretera fue un fracaso total: sus cuatro regimientos de voluntarios avanzaron con mucha lentitud a través de los cientos de metros de maleza que los separaban de los mexicanos, porque las unidades tuvieron que abrirse paso a través de la espesura y algunas perdieron el rumbo. Ninguno de los dos ejércitos podía ver al otro debido a la vegetación, pero ambos se oían con claridad: las tropas mexicanas, sobre todo hombres de la Guardia Nacional de la ciudad de México y de Puebla, estaban completamente listas cuando los desorganizados estadounidenses, que llegaron más de una hora tarde, por fin lograron abrirse paso entre la enmarañada maleza hasta el claro que los mexicanos habían limpiado precisamente para tener un lugar desde donde disparar: los desorganizados voluntarios habían salido a un matadero, barridos por el fuego rival. Lo más fuerte del combate recayó en el Segundo Regimiento de Tennessee, que había combatido en Monterrey, pero que descubrió que triunfar aquí era algo mucho más difícil: incapaces de avanzar, los que no habían sido heridos o no estaban muertos buscaron ponerse a cubierto o retirarse, mientras que las otras unidades nunca llegaron a su posición y el ataque llegó a su fin. En ese primer enfrentamiento entre soldados ciudadanos de los dos países, los estadounidenses

habían fracasado; por fortuna para ellos, pronto les llegaron noticias de que el resto del ejército mexicano se estaba retirando: en cierto momento, las unidades mexicanas que habían mantenido su posición comprendieron que no podían aprovisionarse ni de comida ni de agua y tuvieron que rendirse. Habían detenido a los estadounidenses, les habían infligido muchísimas bajas y, de acuerdo con una fuente, sólo habían sufrido una baja, pero su situación había llegado a ser desesperada debido a los acontecimientos en otros lugares del campo de batalla.

El segundo gran esfuerzo del ejército estadounidense tuvo lugar en el ataque contra El Telégrafo. Los soldados de la fuerza al mando de William Harney descendieron o ascendieron por la escarpada ladera del cerro La Atalaya, para después trepar por el otro cerro, donde también sufrieron muchas bajas, pero la aventura no fue unilateral: los ayudó en gran medida la protección del fuego de su artillería y, después de un tiempo, llegaron a un área a unos metros de la cima, donde la curva del cerro los protegió del fuego mexicano. Santa Anna había comenzado a comprender que la verdadera amenaza estaba al norte y envió algunos refuerzos, pero el número de los atacantes les daba a éstos una ventaja abrumadora, ventaja que aumentó después de que Twiggs destacara más tropas de las fuerzas de Shields y las enviara a asaltar una unidad mexicana que acababa de apostarse para proteger el flanco occidental de El Telégrafo. Los hombres de Harney se organizaron en su posición resguardada y entonces avanzaron los últimos metros cerro arriba, por lo que sufrieron unas cuantas bajas más por los disparos que provenían de la primera línea mexicana; en un fuerte combate cuerpo a cuerpo, se abrieron paso a través de ella y, después de un breve intercambio de fuego de mosquete con la segunda línea de defensa mexicana, los estadounidenses cargaron con éxito también contra ella; en un violento combate cuerpo a cuerpo, los hombres se infligieron unos a otros heridas con espadas, bayonetas y culatas de mosquete; los mexicanos, superados en número, se desalentaron y emprendieron la retirada. Los estadounidenses tenían ya en su poder el escarpado cerro que miraba sobre el campamento donde aguardaban las reservas del ejército de Santa Anna; siguieron atacando a los mexicanos que se retiraban del cerro y, en el calor de la persecución, mataron a algunos de los mexicanos heridos. En ese momento, los estadounidenses prácticamente habían ganado la batalla: habiendo sido flanqueado, era evidente que el ejército mexicano no podía mantener la carretera y que tenía que retirarse.

El tercer ataque convirtió la derrota en un desastre para los mexi-

canos: mientras perdían la lucha por El Telégrafo, la brigada de Shields completaba su prolongado y difícil ascenso por el escarpado bosque al norte de la carretera y atacaba la retaguardia del ejército mexicano, cortándole la retirada. Su aparición fue una desagradable sorpresa para los soldados mexicanos que aguardaban allí y, aunque algunos se reagruparon rápidamente e hicieron frente a los estadounidenses, no había suficientes mexicanos cerca que protegieran la ruta de escape de su ejército. Al comprender el peligro, unidades enteras de soldados mexicanos comenzaron la desbandada y algunos soldados solos o en pequeños grupos buscaron la manera de salir de la trampa: un número sorprendente de ellos logró huir carretera arriba, hacia Xalapa, o abriéndose paso por unos angostos senderos, pero muchos dejaron atrás su equipo, mientras que otros fueron víctimas de una de las paradojas de la guerra decimonónica: con mucha frecuencia, los soldados de infantería eran los más vulnerables cuando se retiraban en desorden, porque sólo el trabajo en equipo podía protegerlos de los enemigos que los perseguían. Santa Anna y sus oficiales pronto abandonaron la carretera y sobrevivieron, pero los estadounidenses capturaron su coche y todo su contenido, incluida una pierna de madera de repuesto y miles de pesos en efectivo.[86]

Los estadounidenses también se vieron en posesión de varias hectáreas cubiertas de heridos y muertos de ambos ejércitos, alrededor de 3 mil prisioneros mexicanos, 43 cañones y varios miles de mosquetes ingleses usados y desvencijados, que los estadounidenses quemaron aprisa, porque incluso un ejército que operaba en territorio enemigo al final de una larga y precaria línea de aprovisionamiento no podía darles uso. Más de 400 estadounidenses yacían muertos o heridos, junto con dos o tres veces más de sus rivales. Unos 600 mexicanos lograron escapar, pero se habían dispersado y su estado de ánimo era de abatimiento. Los rumores sobre las proezas físicas de los soldados estadounidenses empezaron a circular, así como sobre la posibilidad de que Santa Anna hubiera huido incluso antes de que la batalla se inclinara contra su ejército.[87] Más tarde, la mayoría de los soldados dispersos se reintegrarían a sus unidades para participar en otras batallas, pero por el momento ya casi no había nada que impidiera a Winfield Scott llegar a la ciudad de México.

Sin duda, las decisiones de Santa Anna, en especial las que tomó en contra de que se ocuparan más cerros en el lado norte de su posición y la de disponer destacamentos en los bosques para obtener información oportuna sobre la magnitud de las fuerzas estadounidenses que participaban en el movimiento de flanqueo, llevaron a esa derrota; sin embar-

go, también se vio obstaculizado por lo reducido de su ejército: aunque los estadounidenses creyeron que enfrentaban a unos 12 mil mexicanos en Cerro Gordo, sólo enfrentaron a cerca de 9 mil, una fuerza más o menos igual a la suya. Santa Anna no pudo mantener esas fuerzas concentradas lo suficiente como para detener al enemigo y, a la vez, guarnecer todo acceso posible. El carácter social del ejército mexicano también fue un factor: aunque, por lo general, los conscriptos del ejército regular mexicano combatían bien en grandes unidades, los hombres enviados en pequeños grupos o solos como centinelas solían simplemente desertar, por lo que tal vez los piquetes dispersos en los bosques al norte de la carretera hayan sido inútiles. Si Santa Anna quería mantener a los estadounidenses en la región de la fiebre amarilla, tenía que bloquear su avance con una fuerza poderosa y Cerro Gordo fue una elección adecuada como la posición para hacerlo. En realidad, los estadounidenses estuvieron cerca del desastre: si Twiggs hubiera lanzado realmente su ataque antes de que Scott llegase, quizás habría sido un costoso fracaso, como lo fue el de Pillow, y los estadounidenses podrían no haber contado con suficientes hombres disponibles para llevar a cabo más tarde el plan, más adecuado, que Scott puso en práctica.

Es paradójico que, en Cerro Gordo, las tropas de Scott lograron hacer lo que las tropas de Santa Anna casi habían logrado en La Angostura: se habían desplazado en grandes números a través de un terreno difícil y habían logrado flanquear al enemigo. A los historiadores militares estadounidenses les agrada citar los esfuerzos de Beauregard y Robert E. Lee, profesionales educados en la academia de West Point, que se las arreglaron para rodear la posición enemiga; no obstante, las tropas de soldados rasos fueron las que en realidad hicieron que la información fuera útil: el laborioso esfuerzo físico que implicó el abrirse paso a través de los escarpados y enmarañados bosques y establecer una ruta que les permitiera transportar la artillería pesada a través de ese terreno fue asombroso.[88] Las tropas estadounidenses sólo lograron hacerlo porque estaban bien descansadas y alimentadas: los días pasados en el campamento aguardando para entrar en combate y la salud de esos soldados contrastaron marcadamente con la experiencia de los mexicanos en La Angostura, batalla a la que éstos llegaron desesperados por atacar cuanto antes, porque su mayor esperanza de saciar su hambre era capturar las provisiones del enemigo. Una gran parte del trabajo de los estadounidenses en Cerro Gordo se hizo por la noche, aunque no dejaron de hacerlo durante el día, porque la vegetación prácticamente ocultaba sus maniobras a la

observación de los mexicanos, y eso les permitió darles una desagradable sorpresa que podía haber hecho entrar en pánico incluso a las tropas más disciplinadas. Eso fue justo lo que ocurrió: aunque los soldados regulares mexicanos combatieron fuertemente en contra de la maniobra de flanqueo de los estadounidenses, una vez que su retirada estuvo en peligro de ser cortada, supieron que su única salvación era la huida.

La victoria estadounidense en la batalla de Cerro Gordo dispersó al ejército mexicano y permitió a Scott y los estadounidenses abandonar la región de la mortal fiebre amarilla y avanzar pronto unos cuantos kilómetros carretera arriba, hacia la hermosa y templada Xalapa; sin embargo, todavía se encontraban al comienzo de una muy larga campaña. Scott y sus tropas aprovecharon el desorden de su rival como mejor pudieron y avanzaron para dejar atrás Xalapa en dirección de Puebla, una de las ciudades más grandes de México. De manera sorprendente, Santa Anna había sido capaz de reunir allí, una vez más, varios miles de soldados, incluso los regulares que habían escapado de Cerro Gordo y los hombres de la Guardia Nacional de Oaxaca, Puebla y Veracruz. Cuando los estadounidenses se acercaron, Santa Anna trató de lanzar un fulgurante ataque de caballería para aprovechar la ventaja de que el enemigo se había dispersado mientras marchaba, pero con rapidez los estadounidenses desplegaron su característica artillería ligera para dispersar la caballería mexicana. Sin suficientes tropas para mantener la ciudad, Santa Anna se retiró y Puebla cayó sin un combate significativo. En realidad, fue la única ciudad mexicana importante que lo hizo durante la guerra, distinción que, durante y después de la guerra, llevó a algunos mexicanos a poner en duda el patriotismo de sus habitantes. Santa Anna contribuyó a esa reputación al criticar públicamente el espíritu marcial de los poblanos, diciendo que se habían mostrado renuentes a apoyar a su ejército.[89]

Es necesario decir que la actitud de los poblanos fue compleja: los líderes civiles y religiosos estaban desmoralizados por la derrota de Cerro Gordo, que había consumido tanto el dinero que habían recolectado como a los hombres de los batallones de la Guardia Nacional del estado; asimismo, les preocupaba que un intento infructuoso de resistir provocara que las tropas estadounidenses saquearan la ciudad y mataran y violaran a la población civil. En la cultura militar occidental de la época, se aceptaba que, una vez que estuvieran en sus calles, era imposible contener a las tropas que hubieran sufrido bajas al asaltar una ciudad defendida, y eso era un arma psicológica que los ejércitos atacantes usaban a menudo cuando negociaban con los líderes enemigos. Scott estaba muy

interesado en impedir que sus tropas cometieran la clase de excesos que se habían visto en el norte y sus oficiales estaban dispuestos a ofrecer garantías a los dirigentes civiles y religiosos de la ciudad, si éstos acordaban no exhortar a los habitantes a la resistencia. La oferta era demasiado tentadora como para rechazarla, a pesar de que algunos testigos escribieron que los pobres de Puebla deseaban ardientemente defenderla; en consecuencia, los estadounidenses entraron en la ciudad sin ser molestados, rodeados por multitudes de mexicanos curiosos y entristecidos.[90] Ahora bien, una vez en Puebla, los estadounidenses se encontraron en una posición inusual y a menudo incómoda: muchas de las familias acaudaladas de la ciudad, así como sus dirigentes civiles y religiosos, querían mantener la paz con el propósito de proteger sus propiedades y la vida de toda la población civil, para lo cual incluso desplegaron a la policía municipal en contra de los guerrilleros.[91] Sin embargo, muchos de los pobres estaban molestos por la presencia de los estadounidenses y algunos de éstos que se alejaron de sus cuarteles por la noche fueron asaltados y asesinados; en los primeros días de la ocupación, hubo rumores de que había planes de un levantamiento y de que la gente ayudaba a los guerrilleros que con osadía se adentraban en la ciudad.[92] Sin embargo, algunos soldados estadounidenses escribieron que las mujeres mexicanas pobres que les vendían alimentos finalmente llegaron a apreciarlos, o al menos su ocupación, al grado de que les pasaban información o incluso intervinieron para proteger a los estadounidenses heridos.[93] La historia de la ocupación de Puebla desmiente las respuestas simples a la interrogante sobre si los mexicanos perdieron la guerra porque no estaban lo suficientemente imbuidos de la idea de nación como para combatir por ella.

5. Cada capítulo que escribimos con sangre mexicana

El ejército de Winfield Scott se mantuvo estacionado durante dos meses en Puebla por razones que tenían que ver tanto con la política estadounidense y la composición social del ejército como con la resistencia del ejército mexicano. La constante expansión del territorio de Estados Unidos a lo largo de las décadas entre 1776 y la Guerra Civil ha oscurecido en parte la realidad de que no todos los estadounidenses deseaban la expansión o aprobaban los métodos usados para llevarla a cabo. Durante la primavera y los comienzos del verano de 1846, a medida que las noticias del ejército de Zachary Taylor en el río Bravo llegaban al norte, muchos estadounidenses se mostraron entusiastas respecto de la idea de hacer la guerra a México y obtener más territorios, pero, incluso en lo más fuerte de la fiebre de la guerra, el apoyo a ésta de ninguna manera fue unánime. No pocos en Estados Unidos se sintieron incómodos respecto de la moralidad de la agresión y el posible efecto negativo que apoderarse de territorios tendría en la democracia y la unidad del país: desde el principio, hubo una significativa oposición a la guerra.[1] Una parte de la más vociferante provino de lo que entonces se consideraban como grupos marginales, en especial el de los abolicionistas y los defensores de los derechos de la mujer; no obstante, esos grupos estaban compuestos de gente muy ilustrada y con un buen financiamiento, lo que les permitió publicar muchos periódicos y panfletos, y mantuvieron en el debate político las cuestiones de la moralidad de la guerra y la posibilidad de que, en realidad, una victoria podría perjudicar a Estados Unidos, incluso cuando las primeras noticias sobre la vulnerabilidad del ejército de Taylor y, después, sobre sus repetidas victorias en el norte de México inundaron las zonas pobladas del país. Los abolicionistas creían que los demócratas estaban haciendo la guerra en nombre de los propietarios sureños de esclavos, que siempre necesitaban más tierras debido a que su obsesión con el algodón pronto agotaba los suelos.[2] Los defensores de los derechos de la mujer, algunos de los cuales también eran abolicionistas, pero a los que se consideraba más alejados de la corriente política predominante, consideraban que la guerra fomentaba una versión

agresiva de la masculinidad que marginaba aún más a las mujeres de la política.[3]

En 1846 y 1847, los partidarios de la guerra tenían poco que temer de los abolicionistas y los defensores de los derechos de la mujer, que contaban con el apoyo de una reducida parte del electorado; sin embargo, no se podía desestimar tan a la ligera a los whigs: como ya se ha visto, éstos creían que la influencia estadounidense en el mundo debía aumentar por medio del comercio, no de la conquista, porque incluso una conquista exitosa debilitaría a Estados Unidos, dado que socavaría su moralidad; asimismo, temían que, si Estados Unidos se extendía por un territorio tan inmenso, el país estaría menos unido y sería menos democrático, en especial si ese territorio contenía muchos habitantes de razas inferiores.[4] Desde el principio mismo, la guerra contra México los intranquilizó, aunque James K. Polk supo entrampar hábilmente a la gran mayoría de los miembros whigs del Congreso para que votaran en favor de la guerra al vincular su autorización con la precaria situación de las fuerzas estadounidenses en el río Bravo: la mayoría de los whigs no estaban dispuestos a convertirse en chivos expiatorios si el ejército fracasaba por completo. Por lo demás, los whigs de los estados donde el reclutamiento de voluntarios intensificó la fiebre de la guerra encontraron que el hecho de mantenerse al margen era impráctico desde el punto de vista político y quizás imposible desde el punto de vista psicológico, por lo que también se unieron a los nuevos regimientos de voluntarios, pero ni siquiera las noticias de los éxitos de Taylor lograron convencerlos de aprobar la guerra: mantuvieron la autorización para el aprovisionamiento del ejército, sin dejar de criticar a Polk. Ahora bien, algunos de los whigs que se oponían a la guerra eran oficiales en el ejército regular de Estados Unidos que se guardaban para sí sus creencias, a pesar de que sirvieron como instrumentos de la agresión estadounidense: los más exaltados no sólo denunciaron la inmoralidad fundamental de la agresión contra México, sino que declararon que, si fueran mexicanos, resistirían la agresión extranjera o incluso alentarían a los soldados invasores a desertar, antes que participar en ella.[5]

Contra lo que se puede intuir, la oposición a la guerra aumentó, a pesar de la cadena de victorias estadounidenses —en apariencia interminable— que tanto hacían cacarear a los partidarios de la guerra; ni siquiera los esfuerzos por tachar de traidores a los opositores parecieron detener la marea, esfuerzos entre los que estuvo la declaración pública que hizo Polk de que los opositores a la guerra estaban proporcionando ayuda y

comodidades al enemigo.[6] La posibilidad de que Estados Unidos llegara a apoderarse de grandes territorios de México, densamente poblados de habitantes racialmente inferiores, hizo que incluso algunos demócratas sureños se volvieran en contra de la guerra, porque su racismo era abrumadoramente superior a su avaricia[7] y algunos demócratas norteños se mostraron escépticos respecto de las afirmaciones de Polk, porque éste al final no había apoyado su demanda de conseguir concesiones territoriales importantes del Reino Unido en Oregón, pero ahora parecía ansioso por obtener territorios mexicanos. David Wilmot, un demócrata norteño, dio muestras de ese descontento al forzar a que, cuando se votó en el Congreso una de las solicitudes de fondos que hizo Polk, se incluyera una cláusula que prohibía la esclavitud en todo territorio adquirido de México. La condición de Wilmot fue aprobada por la Cámara de Representantes con el apoyo de los norteños de ambos partidos, pero nunca fue aprobada por el Senado.[8]

La política interior estadounidense impulsó la oposición a la guerra, pero es difícil imaginar que ésta habría aumentado sin que hubiera una mayor conciencia de sus costos, costos generados sobre todo por la resistencia de los mexicanos. Sin duda alguna, James K. Polk esperaba que el Estado mexicano estuviera dispuesto a hacer concesiones territoriales después de perder las batallas a lo largo de la frontera de Texas, pero eso no ocurrió: en lugar de una guerra breve, Polk provocó una guerra prolongada, una guerra que fue costosa incluso para Estados Unidos. La campaña de Zachary Taylor no obligó a México a sentarse a la mesa de negociaciones, ni siquiera después de la inyección de miles de tropas de voluntarios, y ese fracaso había llevado a la campaña de Winfield Scott; incluso muchos voluntarios que se habían unido durante la fiebre de la guerra encontraron que la verdadera guerra era desalentadora: veían a sus amigos sufrir una muerte violenta o consumirse por las enfermedades en el aburrimiento de los campamentos, y se preguntaban si todo ello valía la pena. Mientras el sanguinario conflicto con la población civil y su interminable serie de crímenes, represalias y contrarrepresalias causaban estragos en el norte de México, los voluntarios empezaron a preguntarse sobre la manera en que la guerra había cambiado a sus amigos y vecinos: los partes sobre los crímenes cometidos por los voluntarios se filtraron a la prensa estadounidense y ello hizo que la población de sus comunidades de origen temiera el daño que la guerra estaba causando a la moralidad de los hombres.[9]

La oposición a la guerra generó varias declaraciones elocuentes de

ciertos hombres cuyas ideas tendrían un efecto perdurable en la vida política estadounidense: el escritor y filósofo Henry David Thoreau se inspiró para infringir la ley a propósito y después explicar sus actos en su famoso ensayo *La desobediencia civil*. Para el otoño de 1846, la guerra ya era tan impopular que los whigs ganaron la mayoría en la Cámara de Representantes, desde donde un joven congresista llamado Abraham Lincoln cuestionó a James K. Polk en diciembre de 1847, poniendo en tela de juicio su afirmación de que la guerra había sido provocada por la pérdida de vidas estadounidenses en suelo estadounidense. Lincoln insistió en que el territorio entre el río Nueces y el río Bravo era mexicano y que, por lo tanto, Estados Unidos ya estaba invadiendo México cuando tuvo lugar la primera escaramuza. Afirmar que Polk era un mentiroso no fue bien recibido en muchos ámbitos, por lo que Lincoln fue acusado de traición.[10] La fama de otros opositores igualmente importantes y elocuentes no llegó hasta nuestra época. Thomas Corwin, whig de Ohio, no fue un político secundario: había servido en la legislatura local como representante y después fue gobernador de su estado, antes de ser elegido como senador; más adelante, fue secretario del Tesoro y sirvió como embajador ante México, nombrado nada menos que por Abraham Lincoln. El 11 de febrero de 1847, en su encargo como senador, Corwin dio un prolongado discurso ante sus pares en el que dijo que la guerra contra México era una grave amenaza para la democracia estadounidense y afirmó que "cada capítulo que escribimos con sangre mexicana puede poner fin al volumen de nuestra historia como un pueblo libre". Corwin insistió en que Polk había arrebatado al Congreso, sin fundamento constitucional, la facultad para declarar la guerra, señaló que la anexión estadounidense de Texas había sido una provocación y, con gran osadía, afirmó —varios meses antes de que Lincoln hiciera lo propio— que la franja de tierra entre el río Nueces y el río Bravo formaba parte de México, no de Texas, tildando a Polk de mentiroso y culpable de una "descarada falsificación de la historia"; puso énfasis en el hecho de que los mexicanos que vivían en ese territorio habían huido del ejército de Zachary Taylor y que el gobierno mexicano había aplicado sus leyes y cobrado los impuestos allí, sin ser molestado, durante los siete años que pasaron entre la independencia de Texas y su anexión a Estados Unidos. A lo largo de todo su discurso, Corwin citó con ingenio a varios oficiales del ejército estadounidense y a políticos demócratas que apoyaban los hechos en que basaba su argumentación; asimismo, insistió en que los mexicanos tenían derecho a defender su territorio recurriendo a la violencia, una afirmación que fue considerada por muchos como una

incitación a que los mexicanos siguieran resistiendo; ridiculizó los argumentos de los expansionistas, diciendo que codiciar un territorio no justificaba el robo y, al planteamiento de que Estados Unidos debía apoderarse de San Francisco porque era el mejor puerto en el océano Pacífico, replicó que, a pesar de ser un abogado penal experimentado, "nunca había oído a un ladrón procesado por robar un caballo aducir que era el mejor caballo que había podido encontrar". Corwin citó varios ejemplos de la historia humana para demostrar que los que hacían una guerra de conquista resultaban humillados más tarde y terminó prediciendo correctamente que el hecho de seguir adelante con la guerra contra México llevaría a una guerra civil en Estados Unidos.[11]

Ahora bien, a pesar de todo el ardor de Corwin, el discurso que más influencia tuvo en contra de la guerra pudo haber sido el que pronunció Henry Clay el 13 de noviembre de 1847. Clay ya era conocido como uno de los oradores más elocuentes del país y uno de los políticos más poderosos de la época jacksoniana; había representado al estado de Kentucky tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado y había sido presidente de aquélla y secretario de Estado; había competido por la presidencia en contra de Andrew Jackson en 1832 y fue el candidato whig en contra de James K. Polk en 1844, cuando su preocupación por el mejoramiento del país y su oposición a la anexión de Texas contrastaron con la defensa abierta que Polk hacía del expansionismo. Clay perdió esas últimas elecciones por un estrecho margen, lo que tal vez haya sido determinado al final por unos cuantos miles de votos del estado de Nueva York que fueron para un tercer partido que atacaba de manera directa la esclavitud.[12] En 1846, Clay se encontraba cerca del fin de una prolongada y azarosa vida política y se opuso a la decisión de su hijo del mismo nombre, Henry Clay Jr., de unirse a los voluntarios de Kentucky: el político quedó devastado cuando se enteró de la muerte de su vástago en la batalla de La Angostura.[13] Personalmente, Clay continuó oponiéndose a la guerra pero, con excepción de una broma que fue mal interpretada por todo el mundo, no volvió a hacer ninguna declaración pública al respecto hasta su discurso, esperado con ansiedad, de noviembre de 1847, en el que afirmó sin ambages que la guerra era un acto de agresión innecesario y que nunca habría votado por ella; lamentó la pérdida de vidas y dijo que la guerra había vuelto tan violentos y revoltosos a algunos voluntarios que sería difícil que retornaran a la vida civil; afirmó que la guerra había mancillado la reputación de Estados Unidos en el exterior y que le preocupaba que añadir a tantas personas racialmente diferentes a Esta-

dos Unidos fuera un error. El discurso de Clay fue publicado y debatido en todo el país y dio cierto impulso a las reuniones en las que los whigs norteños y otros opositores a la guerra la condenaron.[14]

En Estados Unidos, la oposición a la guerra quizá limitó su duración y obligó a Polk a conformarse con menos territorio que el que creía que los soldados estadounidenses habían ganado. En México, muchos de estos soldados se irritaron por las noticias sobre la oposición, creyendo que ésta criticaba su moralidad, socavaba sus propios logros y alentaba a los mexicanos a la resistencia.[15] Los estadounidenses que argumentaron esto último no estaban del todo equivocados: los mexicanos seguían muy de cerca las noticias políticas de Estados Unidos, en especial las que parecían pertinentes a sus propios problemas, porque con frecuencia tuvieron la esperanza de que las opiniones de unos políticos tan claramente poderosos como Clay podrían influir en la política del gobierno estadounidense. Una vez que se desató la guerra, informaron de manera obsesiva acerca de las noticias sobre las críticas a la guerra, pero tuvieron dificultades para interpretar la oposición; en particular, no entendieron lo efectivas que eran las instituciones estadounidenses para encauzar el disentimiento por sendas no violentas. Cuando se enteraron de que algunos estadounidenses se quejaban por los costos de la guerra, predijeron que habría rebeliones en contra de los nuevos impuestos. Es muy revelador el hecho de que, cuando el discurso de Corwin se conoció en Morelia, los mexicanos no sólo lo reimprimieron, sino que preguntaron a los estadounidenses que residían en esa ciudad si Corwin podría reunir una fuerza militar y rebelarse en contra del gobierno de Polk.[16] Tal idea pareció absurda a los estadounidenses, pero, si se compara la acalorada retórica de Corwin con la usada en los llamamientos formales a la rebelión que con tanta frecuencia se veían en la política mexicana o incluso con la Declaración de Independencia de Estados Unidos, el error de los mexicanos es muy comprensible. Corwin había dicho de Polk que era un mentiroso que violaba la Constitución, y en México un político poderoso que usaba esas palabras se estaba preparando para la revuelta. Lo que los mexicanos no entendieron fue que las instituciones estadounidenses todavía eran lo suficientemente fuertes y elásticas como para contener un disenso tan franco, aunque eso cambiaría en 1860.

Algunas noticias procedentes de Estados Unidos fueron más fáciles de interpretar: en noviembre de 1846, el gobierno de James K. Polk, comprendiendo que la primera oleada de voluntarios era insuficiente, hizo un nuevo llamamiento a formar más regimientos. Pronto, algunas noti-

cias empezaron a circular, primero en Estados Unidos y después en México, en el sentido de que los nuevos regimientos no se completaban con la velocidad vista en el verano de ese año: la fiebre de la guerra había remitido y, para el invierno de 1846-1847, las noticias sobre lo que ocurría en México empezaron a desalentar a los nuevos voluntarios. Los posibles reclutas ya tenían conocimiento de las enfermedades fatales que acechaban a las unidades de voluntarios y la resistencia mexicana había convencido a muchos de que la guerra se prolongaría indefinidamente. Este último aspecto preocupaba a los nuevos voluntarios en particular, porque, aunque el primer grupo había firmado sólo por un año de servicio, se pidió a los nuevos voluntarios que se comprometieran por el tiempo que durara la guerra, pero ningún regimiento se completó con nada parecido al entusiasmo visto durante el primer brote de la fiebre de la guerra. Los mexicanos comprendieron muy bien que la dificultad de reclutar nuevos voluntarios era la prueba de que estaba decayendo el entusiasmo de los estadounidenses por la guerra.[17]

Los nuevos regimientos formados a lo largo de la vasta cuenca del río Misisipi, que había sido un terreno tan fértil para reclutar durante el verano de 1846, se llenaron poco a poco, quizá porque en esa región eran bien conocidas las experiencias negativas de la primera oleada de voluntarios. En Kentucky, Henrietta Blackburn escribió a su esposo que un hombre de su ciudad que trataba de reunir una compañía habló ante una "gran multitud" que se encontraba en la localidad para asistir a un juicio en el tribunal de circuito, pero sólo pudo convencer a 15 hombres, todos "muchachos sin experiencia, obstinados y de poca edad. Si van, será una lección que aprenderán a un gran costo para ellos." Otros regimientos trataron de reclutar más hombres en nuevas regiones, como la de Nueva York y Boston, donde del mismo modo el reclutamiento fue muy lento, tan lento que, en Massachusetts, se permitió al regimiento reclutar dos compañías en Nueva Hampshire, donde, sin sorpresa alguna, en un cartel se criticaba la renuencia de los hombres del estado a firmar. El cartel incluía parte de la grandilocuencia ideológica que se esperaría ver en un llamamiento a los soldados ciudadanos: decía que Nueva Hampshire era el "fresal del patriotismo", criticaba a Antonio López de Santa Anna por ser un traidor y llamaba a los mexicanos "medio civilizados"; asimismo, tocaba una nota diferente, pues hacía hincapié en que se pagarían 10 dólares mensuales a los voluntarios, con 30 dólares de adelanto, y también que recibirían 65 hectáreas de tierra. El énfasis puesto en la compensación económica pone de relieve una de las características clave de

la segunda ronda de los regimientos de voluntarios: muchos de los nuevos reclutas eran en realidad habitantes pobres de las ciudades, más parecidos a quienes solían alistarse en las unidades del ejército regular que a los hombres de familias respetables que se habían alistado durante el verano de 1846; los incentivos económicos eran más importantes para ellos y, tanto en Nueva York como en Boston, los nuevos reclutas hicieron campañas para que se les pagara por adelantado, evidentemente para poder dejar parte del dinero a su familia.[18] Las autoridades estadounidenses también satisficieron su necesidad de carne de cañón mediante la autorización para añadir nuevos regimientos al ejército regular, pero en esa autorización había gato encerrado: los regimientos —primero el Regimiento de Fusileros Montados de Estados Unidos, autorizado en mayo de 1846, y más tarde diez regimientos más, autorizados en febrero de 1847— sólo existirían mientras se mantuviera la guerra contra México, y se prometieron a los reclutas concesiones de tierras cuando su servicio terminase. Polk nombró oficiales de entre los civiles que consideró aptos para el servicio, haciendo caso omiso de los muchos oficiales capaces que habían pasado por la academia de West Point. En muchos sentidos, las nuevas unidades eran parecidas a las de voluntarios, pero de la variedad que se vio en la segunda oleada, con hombres de medios más modestos que se sintieron atraídos por los beneficios materiales.[19]

Cuando Winfield Scott invadió el centro de México, se hizo sentir la aguda necesidad de más hombres para el ejército estadounidense. Scott estuvo atascado en Puebla durante varios meses debido a que no contaba con suficientes tropas para avanzar hacia la ciudad de México. Aunque se le había puesto al mando de la mayor parte del ejército regular, así como de lo mejor de los voluntarios que habían firmado por un periodo de 12 meses en el verano de 1846, el problema fue que ese periodo iba a expirar antes de que él pudiera tener la más mínima esperanza de tomar la capital de México. La mejor solución para las fuerzas invasoras habría sido que esos hombres volvieran a alistarse para servir durante toda la guerra, pero la aplastante mayoría de esos voluntarios se rehusó a hacerlo.[20] Su actitud era en realidad la continuación de un patrón: los de Luisiana que habían firmado por un periodo de tres meses al comenzar la guerra habían decidido volver a sus lugares de origen, antes que seguir sirviendo, y lo mismo había ocurrido con los voluntarios de Texas que habían firmado por un periodo de seis meses.[21] No obstante, lo asombroso es que, a medida que los meses de mayo y junio de 1847 se aproximaban, sólo un puñado de los miles de hombres cuyo alistamiento llegaría a su fin estaba dis-

puesto a continuar sirviendo. Para algunos voluntarios destacados en el norte de México, la decisión fue influida por el hecho de que el frente era un lugar inactivo, donde los voluntarios vivían en campamentos aburridos, cuando no estaban participando en la lucha de contrainsurgencia, sucia y desesperada, con sus emboscadas repentinas y las represalias en contra de la población civil; ésa no era la clase de guerra para la que habían firmado.[22] Para los hombres del ejército de Scott, todavía había muchas posibilidades de obtener la gloria pero, a medida que se acercaban al fin del año sirviendo al ejército, también adquirían mayor conciencia de los costos: la muerte en el campo de batalla sería un mal mayor, pero había más muertes por las enfermedades que por ninguna otra causa. Una nueva campaña de guerra de guerrillas estaba empezando en ese teatro de operaciones y los combates de ese tipo eran más aterradores que gloriosos; los hombres no creían que Scott estuviera recibiendo suficiente apoyo del gobierno estadounidense para capturar pronto la ciudad de México y tampoco estaban seguros de que incluso la toma de la capital pondría fin a la guerra: en cuanto veteranos de las batallas de Monterrey y Cerro Gordo, estaban impresionados por la habilidad de los mexicanos para llevar nuevos ejércitos a los campos de batalla después de cada derrota. Esos hombres consideraban que habían cumplido su parte del trato y que ahora era el turno de alguien más; desilusionados por la guerra, estaban listos para volver a casa.[23] Los observadores mexicanos se sintieron animados por esos sentimientos que socavaban la fortaleza estadounidense y sugirieron que una firme resistencia todavía podría dar la victoria a México. Algunos estadounidenses criticaron el patriotismo de los hombres que dejaban el servicio militar después de los 12 meses de su contrato,[24] lo cual plantea un aspecto interesante: el resultado de esa guerra fue interpretado en gran medida como prueba de que Estados Unidos era una nación y México todavía no, porque los mexicanos ponían con frecuencia sus intereses personales por delante del bien nacional; pero, ¿no fue exactamente eso lo que hicieron los voluntarios? En realidad, tanto para los mexicanos como para los estadounidenses, el patriotismo tenía sus límites.

LA GUERRA Y LA IDENTIDAD EN MÉXICO

La cuestión del patriotismo invita a considerar la manera en que la guerra misma pudo haber cambiado la relación de los mexicanos con su nación y haber determinado quién se sentía mexicano, qué tan profundamen-

te lo sentía y qué otras partes de su identidad pudieron haberse entretejido con su nacionalidad. Mientras Winfield Scott aguardaba con impaciencia en Puebla, los combates ya se habían extendido durante más de un año y ahora los estadounidenses se encontraban en la región más poblada de México. Durante meses, la élite política del país había tratado de convencer al pueblo de que eran mexicanos y que ello requería que hicieran sacrificios por su país. ¿Qué formas de comunicación emplearon en un país cuyos habitantes tenían muchos menos estudios que la población estadounidense? ¿Qué argumentos emplearon los intelectuales y los políticos mexicanos para inspirar el patriotismo y qué tan exitosos fueron? ¿Cumpliría Scott su deseo de hacer la guerra en contra del gobierno mexicano y mantener a la población mexicana al margen?

Aun cuando la mayoría de los mexicanos no sabía leer y escribir, los archivos y las bibliotecas están repletos de documentos que demuestran que los intelectuales y los políticos mexicanos se valieron ampliamente de la palabra escrita en sus esfuerzos por inspirar la resistencia a los estadounidenses. Decenas de periódicos en México centraron la mayor parte de su energía en la guerra, llamando a la acción a los mexicanos; asimismo, las imprentas publicaron muchos panfletos y carteles políticos con los mismos temas, algunos de los cuales tuvieron orígenes oficiales: por lo general, las proclamas y los decretos del gobierno eran publicados tanto en periódicos como en carteles, y otros muchos carteles fueron publicados por diferentes grupos políticos. Sin duda alguna, los mexicanos que sabían leer y escribir estaban bien informados de los acontecimientos e inundados por la propaganda; no obstante, es importante entender que había una antigua tradición de lectura en voz alta y de discusión —en las calles, las plazas y las cantinas— sobre lo publicado en periódicos, panfletos y carteles; incluso en algunas comunidades indígenas, donde muy pocas personas hablaban o leían en español, había especialistas que sabían leer y escribir, y que interpretaban los materiales escritos para los ancianos de los pueblos y otros dirigentes, lo que, sin duda alguna también, llevaba a discusiones en las que participaban grupos más numerosos.[25] Con todo, los intelectuales y los políticos mexicanos sí hicieron algunas concesiones al analfabetismo generalizado: los políticos y los generales hacían discursos públicos y muchos curas pronunciaron sermones sobre la guerra; asimismo, los mexicanos hicieron de la guerra el tema central en muchas ceremonias religiosas y cívicas, donde, una vez más, la idea era que la información y las ideas fueran accesibles a grandes grupos de personas que en su mayoría eran analfabetas.[26]

¿Cómo trataron esos líderes de inspirar la resistencia? En un plano esencial, consideraban que la guerra era un combate a favor de la soberanía, es decir, de la independencia de México, la noción de que el pueblo de México debía decidir sobre sus propios asuntos. Cientos de discursos y documentos incluyeron esa idea, pero la independencia, como la nación misma, es una idea muy abstracta cuando uno la considera de manera aislada, por lo que los propagandistas tuvieron que hacerla algo más tangible. Uno de los métodos más comunes para hacer ver que la nación era algo por lo que valía la pena luchar fue recordar al pueblo aquello por lo que México había luchado en el pasado: los líderes mexicanos invocaron la prolongada y sangrienta guerra de Independencia, poniendo de relieve que los antepasados de la generación actual habían sacrificado mucho para lograr independizar a México de España.[27] Ensalzando los sacrificios y hazañas de las generaciones pasadas, los propagandistas insistían en que su generación debía demostrar que era digna de sus padres mediante la defensa del legado familiar; los líderes de la década de 1840 también trataron de hacer que la idea de nación fuera real poniendo en relación a la gente común de su propia época con los que habían luchado por la Independencia. El hecho de que los combates se hubieran generalizado durante la guerra de Independencia fue un factor útil: al pronunciar un discurso público en un aislado valle del sur de México, Eugenio Vázquez señaló que la gente del lugar había estado entre los primeros que hicieron suya la causa de la Independencia de México y habían combatido durante años, incluso después de que el resto del país se hubiera pacificado.[28] Las referencias a los sacrificios hechos durante esa guerra eran particularmente evocadoras cuando las hacían personas que en verdad habían combatido en esa guerra: muchos veteranos todavía estaban vivos. El propio Santa Anna había participado en la campaña final por la Independencia, junto con un buen puñado de otros oficiales del ejército regular mexicano que habían comenzado su carrera combatiendo por la corona española; otros oficiales del ejército, como Juan Álvarez, había empezado y terminado la guerra de Independencia en el bando insurgente. En los años de 1846 y 1847, incluso los combatientes por la Independencia que habían vuelto a la vida civil durante mucho tiempo regresaron a la refriega.[29]

La religión tuvo un lugar extraordinariamente importante en la propaganda usada para alentar a los mexicanos a hacer frente a los estadounidenses. La creencia de que México era un país católico estaba ligada de forma estrecha a las ideas de la nacionalidad: la guerra de Independencia había sido iniciada por el cura Miguel Hidalgo y sostenida por muchos

otros sacerdotes durante años; la idea de que México tenía una función especial en el destino religioso del planeta constituyó una parte prominente del discurso político.[30] A mediados del siglo XIX, la devoción por la virgen de Guadalupe había llegado a ser el símbolo del destino religioso nacional y los mexicanos expresaban tanto sus súplicas de que se la protegiera como sus llamamientos a proteger su imagen durante la guerra.[31] Ahora bien, la función de la religión para inspirar la resistencia también tenía raíces más íntimas: en una época en que la esperanza de vida era reducida, la mortandad infantil era alta y era más probable que la muerte ocurriera en el hogar o en el espacio público que fuera de la vista, quizás en un hospital, la fe y la otra vida —donde los seres queridos se reunirían— tenían una gran importancia emocional: la enorme mayoría de los mexicanos creía que sólo el catolicismo y los sacramentos católicos podían abrirles las puertas a la otra vida. Aun cuando se pueda considerar que la diversidad religiosa es deseable, en la década de 1840 la mayoría de los mexicanos la veían como la prueba de que muchas personas estaban cometiendo errores que no sólo eran terribles sino permanentes; consideraban que la diversidad y la tolerancia religiosas de Estados Unidos no eran prueba de una mayor libertad, sino de que los estadounidenses estaban equivocados: un comité de ciudadanos de San Luis Potosí dijo que los estadounidenses eran "un pueblo sin religión, que admite todas las creencias, y se mofa de lo más sagrado". Como ya antes se indicó, muchos mexicanos temían que los invasores les impusieran la tolerancia religiosa y construyeran iglesias protestantes, alejándolos del único camino a la vida eterna: Juan Martín de la Garza y Flores, gobernador de Tamaulipas, creía que la victoria de los estadounidenses llevaría a los mexicanos a "las necias supersticiones de mil sectas ridículas y extravagantes y a la inmoralidad más completa"[32] y muchos mexicanos creían que, si se perdía la guerra, podrían llegar a perder su religión. Vale la pena hacer notar que incluso algunos personajes que más tarde llegarían a ser conocidos como liberales anticlericales, como los gobernadores Ramón Adame de San Luis Potosí y Francisco Modesto de Olaguíbel del Estado de México, expresaron ese temor.[33]

El gobierno de James K. Polk y los comandantes que envió a México hicieron grandes esfuerzos por convencer a los mexicanos de que no estaban haciendo la guerra al catolicismo, pero sus esfuerzos fueron contrarrestados por el predominio de las opiniones anticatólicas y las críticas específicas al catolicismo mexicano vistas en la prensa estadounidense, amén de que fueron superados muy ampliamente por el comportamien-

to de los voluntarios estadounidenses en México. Como ya se ha visto, a menudo esos soldados mostraron su desprecio por las creencias católicas, robando los bienes de las iglesias mexicanas y cometiendo sacrilegios, un comportamiento que horrorizaba a los mexicanos y al que los propagandistas mexicanos hicieron publicidad como prueba de que la conquista estadounidense amenazaba al catolicismo, señalando que la mejor manera de impedir que cometieran más sacrilegios era detener a los invasores. Alejandro Ihary motivó a los hombres de la Guardia Nacional de Real de Catorce al mencionar la "conducta depravada, inmoral e irreligiosa" de los estadounidenses cuando éstos actuaban "profanando las iglesias y usando de un modo fiero los vasos sagrados", mientras que en el editorial de un periódico de San Luis Potosí se advirtió que, si los mexicanos no combatían, verían "nuestros templos profanados por la inmunda planta de los asesinos; nuestras imágenes destruidas y despojadas de las alhajas que la piedad cristiana les ha consagrado; el tabernáculo mismo de la divinidad destrozado para convertir en monedas los relicarios y vasos purísimos que guardan a la Suprema majestad".[34] Este último comentario demuestra la importancia de la creencia en que la hostia consagrada era el verdadero cuerpo de Jesucristo: cuando la hostia era dada a los moribundos o expuesta en las calles durante las procesiones, los transeúntes se arrodillaban y se descubrían e inclinaban la cabeza. Los líderes mexicanos señalaban que los soldados estadounidenses no le mostraban el debido respeto y, en ocasiones, incluso se burlaban de las procesiones, y sugerían que, en un México ocupado, sería difícil administrar los sacramentos imprescindibles para la vida eterna.[35]

El comportamiento de los voluntarios estadounidenses en México también tuvo una gran importancia para otro de los temas principales de la propaganda mexicana: a menudo los ejércitos invasores han sido acusados de tener malas intenciones sobre el cuerpo y la virtud de las mujeres conquistadas y esa idea ha sido usada para urgir a los hombres a defender su propio honor masculino por la fuerza de las armas.[36] Los escritores de un país agresor raramente se han mostrado tan abiertos respecto a su interés por la conquista sexual como lo estuvieron en este caso.[37] Esos escritores se referían a la conquista romántica de los corazones y los cuerpos de las mexicanas, algo que en ocasiones sí ocurrió; por desgracia, no obstante, existen muchas más pruebas, tanto en las fuentes mexicanas como en las estadounidenses, de que los soldados invasores, en especial los voluntarios, violaron brutalmente a muchas mexicanas.[38] Esos crímenes fueron asaltos contra el cuerpo de las mujeres, pero

también fueron ataques contra el honor de las familias y los patriarcas que las encabezaban. El honor era un valor social de enorme importancia: lamentándose por las violaciones llevadas a cabo por los estadounidenses, el ayuntamiento de la ciudad de Zacatecas afirmó que el honor es "la prenda más cara de la sociedad [...] en todas sus relaciones ante el mundo y la moral"; el honor era una posesión de la sociedad mexicana, pero lo era aún más de las familias, una posesión que los patriarcas debían defender con su vida.[39]

En decenas de editoriales periodísticos, poemas, carteles, discursos y sermones, se criticó a los soldados estadounidenses por haber violado a mujeres mexicanas y se hicieron llamamientos a vengar esos crímenes y luchar para proteger a las hijas, a las esposas e incluso a las monjas. Esos argumentos empezaron a aparecer con el comienzo mismo de la agresión estadounidense a lo largo del río Bravo y continuaron hasta el final de los combates, casi dos años más tarde; fueron expuestos por políticos y dirigentes militares de todos los grados y tipos, desde el propio Santa Anna hasta los comandantes de la Guardia Nacional en los pueblos apartados, desde los obispos y los gobernadores de los estados hasta los curas y los ciudadanos comunes.[40] Las violaciones permitieron a los líderes mexicanos describir a los soldados estadounidenses como los peores hombres, como lo hizo en 1847 Benito Juárez, gobernador de Oaxaca y futuro presidente del país, cuando los llamó "viles mercenarios" que venían "a saquear nuestras casas, a violar a nuestras esposas y a nuestras hijas".[41] Las referencias a la violación de mujeres vírgenes ponían de relieve con mucha más fuerza la pérdida del honor, al igual que las referencias al hecho de que se obligara a los hombres a presenciar con total impotencia la violación de sus hijas y esposas por los estadounidenses: Máximo Albarrán, de Guanajuato, dijo de forma explícita que prefería morir combatiendo que soportar "la desgracia de presenciar la violación de mi cara esposa".[42] Esas imágenes, gráficas y emocionalmente impresionantes, tenían la intención de aguijonear a los mexicanos para que actuaran. En un editorial de octubre de 1846, se cuestionó: "¿cómo podría concebirse que un mexicano tolerara que esa irrupción del norte cebara su desenfreno en el honor virginal de nuestras casta hijas, de nuestras inocentes y fieles esposas, sin preferir antes mil muertes?", mientras que, en julio de 1847, en otro editorial, se afirmó que la paz no se podía hacer "¡con los asesinos de nuestros padres, con los violadores de las doncellas, con los que deshonran a nuestras esposas, con los viles, cuyas manos están empapadas en la sangre de nuestros hijos!".[43]

Los temas de la independencia, la religión y la necesidad de defender o vengar a las mujeres mexicanas eran todos muy impactantes y, en cada caso, una parte de su fuerza emocional provenía de las relaciones con la familia, una relación que es menos obvia en el caso de la independencia: a primera vista, ésta parece ser un ideal político abstracto pero, como ya se ha visto, cuando los líderes mexicanos la mencionaban, por lo general ponían de relieve que los padres de la generación presente habían sacrificado mucho para lograrla y que esa generación sólo podía demostrar que era digna combatiendo para preservarla. La religión estaba vinculada con la identidad nacional, pero los llamamientos a defender el catolicismo se centraban en la idea mucho más abstracta de que esa religión era el único camino a la vida eterna, una idea cuya fuerza emocional tenía sus fuentes, al menos en parte, en la posibilidad de la unión eterna con los seres queridos de la familia. Por último, defender a las mujeres mexicanas contra la violación era defender tanto su cuerpo como el honor de la familia. Cada uno de esos tres elementos tenía una enorme fuerza por sí mismo, pero los propagandistas solían invocar más de uno y, con frecuencia, los tres en todo documento o discurso. Se repetía a los mexicanos que su deber era combatir, en palabras de un periódico, "por la Independencia, por la religión y por el honor de nuestras familias".[44]

Ésos fueron sin duda alguna los tres cañones más poderosos de la artillería retórica disponible para los propagandistas mexicanos, pero los escritores también emplearon otras eficaces armas: argumentaron que la justicia estaba de parte de México y que la opinión mundial no aprobaba el descarado atraco estadounidense de tierras mexicanas.[45] Los intelectuales y otros líderes mexicanos a menudo criticaron a los estadounidenses por ser excepcionalmente avariciosos; Manuel Zavala, que estaba al mando de las fuerzas mexicanas en Aguascalientes, afirmó que su "dios es el oro" y, según un editorial, para los estadounidenses "no hay más religión, no hay más patria, no hay más virtud, que un *dollar*". La codicia estadounidense fue objeto de la sátira y la ira mexicanas: un periódico publicó una broma, diciendo que en Estados Unidos alguien había patentado un método para revivir a los muertos: "Para resucitar a un yanqui, aunque haya estado enterrado tres días, no necesita más que hablarle de dinero, o registrarle los bolsillos." Los mexicanos estaban particularmente indignados de que los estadounidenses consideraran que los mexicanos eran violentos y deshonestos incluso mientras aquéllos invadían México y cometían crímenes en el país; al enterarse de que Zachary Taylor había decretado que los guerrilleros mexicanos serían tratados

como bandidos, el cura de una parroquia del norte de México le dijo a una unidad de guerrilleros: "esto es la mayor de las infamias: ellos son hambrientos bandidos, y a nosotros nos dan tal nombre, porque defendemos nuestros derechos".[46] Los mexicanos eran muy conscientes de que los estadounidenses los consideraban menos que civilizados y señalaban que el comportamiento de aquéllos probaba quiénes eran los menos civilizados. Una comisión de sacerdotes de San Luis Potosí describió los crímenes cometidos por las tropas estadounidenses y comparó a los soldados con las hordas de bárbaros que habían invadido el Imperio Romano, llamándolos "esos vándalos vomitados por el infierno".[47] Las referencias a los bárbaros del Viejo Mundo eran comparables a las referencias a las tribus del Nuevo: el ayuntamiento de la ciudad de México se refirió a los estadounidenses como "caribes", un pueblo de la región del mar Caribe al que los conquistadores españoles describían como caníbales y, como se vio en el capítulo 3, con frecuencia se equiparaba con los comanches a los voluntarios estadounidenses que cometían saqueos.[48]

Esas últimas referencias nos acercan a la cuestión de la raza. Tanto los intelectuales mexicanos como los estadounidenses consideraban que la raza era un conjunto de características, en parte biológicas y en parte culturales, que se heredaba, la más sobresaliente de las cuales podía haber sido la religión. Hemos visto que los estadounidenses llegaron a considerar a los mexicanos como parte de una raza inferior.[49] ¿Cómo reaccionaron a ello en México? Los intelectuales mexicanos eran muy conscientes de que muchos estadounidenses creían que la suya, dado que era anglosajona, era una raza superior a la mexicana, descrita como mestiza debido a la mezcla de las razas indígena, africana y española, e incluso consideraban que los españoles eran inferiores a los anglosajones.[50] Algunos escritores aceptaban la idea de que se trataba de una guerra racial y la usaron para agudizar las actitudes de los mexicanos respecto a la guerra: en muchos escritos de propaganda, se hace referencia a la necesidad de luchar en contra de la "raza anglosajona" y su deseo de dominación. El hecho de llevar el conflicto al terreno de la raza aumentó su gravedad: como lo expresó Carlos María de Bustamante, los mexicanos que entendían los puntos de vista de los estadounidenses llegaron a ver la guerra como "una guerra de razas interminable y profunda".[51] La guerra racial o, como se la llamaba con mucha frecuencia, la guerra de castas, no era una idea nueva en México: las imágenes de la guerra entre razas que tuvieron su origen en las descripciones de la Revolución haitiana habían sido el pan de todos los días de los políticos conservadores en México durante decenas de

años, y la actividad política armada de los indígenas mexicanos a menudo fue considerada como la prueba de su deseo de dominación o incluso de exterminación de otras razas. En la época que nos ocupa, esas ideas fueron aplicadas a la guerra contra Estados Unidos: poco tiempo después de la primera batalla, Pedro de Ampudia declaró que "la guerra que ha estallado es de castas". En la propaganda mexicana, se afirmaba con frecuencia que los invasores querían destruir o exterminar la raza mexicana.[52]

Ahora bien, el hecho de aceptar que los estadounidenses consideraban que la guerra era una guerra de razas no obliga a aceptar que éstos fueran una raza superior: algunos mexicanos argumentaban que la raza anglosajona se había degenerado a partir de una versión antigua más noble. Más a menudo, algunos comentaristas mexicanos astutamente se centraron en la noción predominante de que las razas mestizas eran inferiores y describieron a los estadounidenses como un grupo heterogéneo que comprendía los desechos de otras naciones.[53] Con todo, el hecho de socavar el mito de los estadounidenses como raza superior no fue suficiente: si se trataba de una guerra entre razas, ¿a qué raza pertenecían los mexicanos? Para los intelectuales conservadores, la respuesta era a la raza española o hispánica, una elección relacionada con su posición en la política mexicana: no se sentían cómodos en absoluto con la interpretación igualitaria del republicanismo y la ciudadanía que igualaba a todos los mexicanos honestos y trabajadores, independientemente de su ascendencia y de sus ingresos, porque el hecho de poner el énfasis en las raíces españolas de México sugería que los mexicanos de piel más clara que se encontraban en la cima de la estructura socioeconómica eran los mejores mexicanos; por lo demás, también servía de base a otro argumento hacia el que los conservadores empezaban a inclinarse: la noción de que los que creían en un México más igualitario y democrático estaban contribuyendo a la inestabilidad política del país al ignorar las mejores características del pasado colonial de México, más ordenado.[54] Es posible que su principal interés por la raza como una categoría social haya hecho que los intelectuales y los políticos conservadores se contaran entre los primeros en comprender que los estadounidenses consideraban que todos los mexicanos eran racialmente inferiores.[55] Sin embargo, aun cuando incluso los comentaristas del centro político y de la izquierda mencionaron en ocasiones las raíces raciales españolas, con frecuencia se refirieron también a la herencia indígena de México; por ejemplo, un editorialista habló del mexicano como "el último de la raza española, el último de los hijos de Moctezuma".[56] Aunque no usaron la palabra *mestizo,* esa mezcla de es-

pañol e indígena era a la que apuntaban en sus esfuerzos por describir el conflicto como una guerra de razas; es paradójico que, al hacerlo, les pareció útil invocar la desesperada resistencia de los aztecas contra la conquista española de México.[57]

Algunos astutos observadores mexicanos de la escena política y cultural de la época jacksoniana llegaron a comprender que muchos estadounidenses los consideraban similares a los indios, a los que los blancos robaron sus territorios, y a los negros que esclavizaron;[58] los horrorizaba lo rápido que el endurecimiento general de la dominación racial durante el periodo jacksoniano y la campaña propagandística por la independencia de Texas redujeron la condición de los mexicanos, que pasaron de ser ciudadanos de una república hermana honrada a ocupar la condición de una presa racialmente inferior. Dado que el objeto del expansionismo era la tierra, no es sorprendente que las referencias a los mexicanos tratados como indios hayan salido pronto a la superficie,[59] aunque no eran tan comunes como las referencias a la posible esclavización de los mexicanos, posibilidad contra la que los escritores, antes y durante la guerra, advirtieron a menudo. Una explicación de la frecuencia de esos argumentos es que, tanto en Estados Unidos como en México, la esclavitud tenía ya un lugar prominente en la retórica política como símbolo de tiranía: era la antítesis de la libertad, por lo que la idea de que cierta acción política o cierto desarrollo social podrían reducir la autonomía personal llevó a los críticos a verla con frecuencia como la imposición de una forma de esclavitud a un pueblo que debía ser libre; en México, por lo demás, la esclavitud también simbolizaba la desigualdad racial.[60] Parece probable que los mexicanos también comprendieran que toda tierra adquirida por medio de la conquista sería inútil sin agricultores que la trabajaran y, al menos en Texas, los agricultores eran, en su mayoría, esclavos; en otras palabras, la cuestión de la esclavitud en los territorios adquiridos hacía poco, que fue tan importante en la política estadounidense durante y después de la guerra, tenía una inflexión diferente en México. Los mexicanos argumentaron una y otra vez que el racismo de los estadounidenses los llevaría a esclavizar a los mexicanos, en especial a los que tuvieran raíces indígenas o africanas. El general Zavala, de Aguascalientes, advirtió que, si los mexicanos no les ponían un alto, los estadounidenses habrían de "estampar en nuestra frente el infame sello de una esclavitud oprobiosa cual la sufre la desgraciada raza que ellos llaman gente de color", mientras que Bustamante informó sobre unos rumores que corrían en el sentido de que los mexicanos de las tierras ocupadas estaban siendo herrados y ven-

didos en el mercado de esclavos de Nueva Orleans.[61] Los propagandistas basaban esas funestas predicciones en lo que veían que estaba ocurriendo en el Estados Unidos de la época jacksoniana: ¿por qué los estadounidenses no habrían de rehacer México a su propia imagen, oprimiendo a los que tuvieran orígenes africano o indígena, restableciendo la esclavitud, robando la tierra de los indígenas de México y aún exterminando a los indios?[62]

Esas observaciones de los mexicanos de la escena jacksoniana también permitieron ver la contradicción entre los ideales estadounidenses que los defensores del destino manifiesto afirmaban estar difundiendo y la realidad de la vida en Estados Unidos: el país no era la tierra de la igualdad y la libertad. Como lo expresó un editorialista, era un país que "rinde culto a la libertad y protege y fomenta la esclavitud, para el que la igualdad es una burla, pues distingue a los hombres por sus colores". Bustamante señaló con ironía que "por una extraña anomalía en el país más libre del mundo se venden a los esclavos".[63] Asimismo, en repetidas ocasiones, los mexicanos pusieron de relieve la hipocresía estadounidense: a pesar de todos sus alardes de libertad y civilización, Estados Unidos era un país que exterminaba a los indios, oprimía a las razas minoritarias, compraba y vendía personas, y las torturaba para obligarlas a trabajar, mientras que México era un lugar donde todas las razas gozaban de los mismos derechos legales, no existía la esclavitud y se permitía que los indios conservaran sus tierras.[64] El contraste era tan fuerte que algunos mexicanos creían que los esclavos y los indios de Estados Unidos podrían aprovechar la guerra para rebelarse en contra de sus opresores en ese país.[65]

Con todo, esos optimistas mexicanos no consiguieron su deseo: los esclavos y los indios de Estados Unidos no ayudaron a la causa mexicana uniéndose en una gran guerra de resistencia. Por fortuna, los propagandistas mexicanos no tenían que ver más allá de la frontera septentrional para encontrar ejemplos de guerras de resistencia que pudieron usar para inspirar a sus compatriotas: algunos argumentaron que los esfuerzos de México tendrían más éxito que los fallidos esfuerzos de China por derrotar a los británicos o los de Argelia por derrotar a los franceses; por lo general, no obstante, los propagandistas prefirieron citar los éxitos de la resistencia. Ramón Adame, el gobernador de San Luis Potosí, por ejemplo, comparó la situación de México con el conflicto entre los combatientes por la independencia de Grecia y sus señores otomanos, un conflicto que no sólo había inspirado a los poetas románticos sino que también había atraído la decisiva intervención de las potencias más importantes de Eu-

ropa. Otro ejemplo citado varias veces fue el de la resistencia a la invasión británica de Buenos Aires en 1807, una de las muchas campañas secundarias que marcaron las guerras napoleónicas.[66] Sin embargo, el ejemplo más citado más a menudo fue el de la resistencia española a los ejércitos de Napoleón, que incluyó muchos de los elementos que los mexicanos vieron en juego finalmente en México: sitios, resistencia heroica de la población civil en las ciudades, enfrentamientos entre los ejércitos y la guerrilla más famosa en la historia europea. Ese tipo de guerra era bien conocido en México, en parte porque estuvo ligado a la propia guerra de Independencia del país y en parte porque las prolongadas y titánicas batallas de las guerras napoleónicas fueron de capital importancia en todo el mundo occidental para las ideas decimonónicas tanto sobre la guerra como sobre la historia. Como se verá más adelante, el ejemplo español fue algo que los planificadores estadounidenses temieron y que muchos mexicanos adoptaron.[67]

Las fuerzas de Zachary Taylor habían alcanzado varios éxitos militares en el norte y, ahora, el ejército de Winfield Scott ya había obtenido dos victorias, en Veracruz y en Cerro Gordo, y había llegado a Puebla, una de las ciudades más grandes de México. Por su parte, los líderes mexicanos no podían referirse a ningún éxito militar cuando trataban desesperadamente de movilizar a la población civil del centro del país, amenazado por el ejército estadounidense. ¿Tuvieron algún efecto positivo los argumentos expuestos en las páginas anteriores? Este interrogante es de una importancia extrema, porque la derrota final de México en esa guerra, como ya dijimos, a menudo se ha interpretado como la prueba de la inexistencia de identidad nacional. Para examinarla, es necesario entender que la historia de los esfuerzos por convencer a los mexicanos de que adoptaran una identidad nacional no comenzó cuando el primer soldado estadounidense cruzó el río Nueces en 1846, y lo mismo puede decirse de la historia relacionada con ella, en la que los mexicanos de muchos estratos sociales y de muchas profesiones trataron de integrar sus diferentes sueños en el más ambicioso proyecto político y social de la hechura de México. De maneras desiguales y titubeantes, México estaba convirtiéndose en una nación y muchos mexicanos estaban convirtiéndose en miembros de ella, al menos desde las guerras napoleónicas, cuando la participación de España llevó a argumentar que todos los súbditos del Imperio Español arriesgaban algo. Paradójicamente, esos esfuerzos se abrieron paso hasta la propia y prolongada guerra de Independencia y los líderes de ésta habían tratado de establecer distinciones entre los españoles y los mexicanos que

tendrían significado incluso para los mexicanos pobres, con unos resultados a menudo efectivos, aunque sangrientos.[68] Esos procesos siguieron adelante después de la Independencia, a medida que la lucha entre las visiones más igualitarias y las más jerárquicas sobre México se entremezclaron con la actuación de los españoles en la sociedad y la economía mexicanas, así como con los argumentos sobre la lealtad a la nación. Los conflictos incluyeron una retórica elevada pero, en ocasiones, produjeron actos sangrientos de xenofobia en contra de los españoles y otros extranjeros residentes en el país.[69] Esa relación entre la política igualitaria y la xenofobia se extendió a la guerra contra Estados Unidos: el presidente Mariano Paredes y Arrillaga había sido apoyado por algunos monarquistas, entre los que estuvieron el embajador español en México y, en un pueblo de San Luis Potosí, la revolución en contra de Paredes provocó el asesinato de unos comerciantes españoles acusados de explotar a los mexicanos. El igualitarismo nacionalista de los federalistas radicales, dirigido por lo general contra los comerciantes extranjeros, empezó a mezclarse con la lucha contra los estadounidenses.[70]

San Luis Potosí fue un estado en el que la guerra inspiró la ira popular en contra de los estadounidenses: éstos nunca lo invadieron, pero había desempeñado una prolongada e importante función en la organización, el aprovisionamiento y el reclutamiento de los ejércitos que se dirigieron al norte. Por lo demás, en los primeros días de la guerra, los estadounidenses ocuparon territorios justo al norte y al este del estado, lo que hizo sentir a muchos de sus habitantes que se encontraban en la línea del frente. El gobierno estatal mantuvo un estrecho seguimiento de los extranjeros e indicó qué estadounidenses debían ser expulsados; además, todos los actos de los extranjeros se vieron sujetos a la vigilancia popular y la gente informaba a las autoridades de cualquier señal de entusiasmo por la causa estadounidense o sobre cualquier acto subrepticio. William Ward Duck, un comerciante británico que vivía en Guadalcázar, San Luis Potosí, se quejó de que sus rivales de la élite del pueblo habían provocado ira en su contra entre los pobres al afirmar que, en realidad, era estadounidense e incluso un espía que se había visto obligado a huir por temor a perder la vida.[71]

Las sospechas populares y el odio por los estadounidenses llegaron a ser importantes en otros lugares del país, incluso en algunos ocupados por el ejército estadounidense. Ya se ha visto lo ambigua que era la situación en Puebla, donde los líderes religiosos y civiles trataron de impedir la costosa violencia mientras que muchos habitantes comunes mostra-

ron su ira por la ocupación estadounidense; en Saltillo, los extranjeros informaron sobre el fuerte sentimiento antiestadounidense tanto antes como después de la llegada del ejército invasor.[72] Ese sentimiento parece haber sido común entre los pobres en muchos lugares del país. William Carpenter, un soldado de Estados Unidos que viajó a través de amplias regiones del norte y el occidente de México, primero como prisionero y después como fugitivo, relató que en ocasiones lo trataron bien, en especial las mujeres y los mexicanos educados, pero que con frecuencia sintió temor por su vida al encontrarse con grupos de mexicanos pobres; en un pueblo, lo rodearon varias veces unas multitudes que "me insultaron con toda clase de palabras viles e incluso me arrojaron lodo y piedras"; otros estadounidenses prisioneros relataron experiencias similares. Ese tipo de violencia popular en contra de los nacidos en Estados Unidos continuó a todo lo largo de la guerra; incluso los estadounidenses que, en mayo de 1848, entregaron el tratado final al Congreso mexicano reunido en Querétaro, fueron apedreados por una muchedumbre.[73]

El ejército de Winfield Scott recibió la tarea de someter el centro del país, por lo que tuvo que hacer frente no sólo al ejército, sino a una densa población, a muchos literatos mexicanos y a muchas imprentas. Además, se encontraba en regiones que, a diferencia del norte, habían experimentado una importante y prolongada movilización durante la guerra de Independencia. Sin sorpresa alguna, el sentimiento antiestadounidense era común, en especial entre la gente relativamente pobre; el naturalista austriaco Karl Heller escribió desde la ciudad de México en septiembre de 1846, un año antes de que el ejército de Scott llegara a ella, que

> la animosidad contra los extranjeros, que hasta ahora estaba adormecida, se vuelve más virulenta con cada día que pasa y, ayer por la tarde, en la vecindad de la Plaza de los Voladores, sonó un grito: "¡Mueran los extranjeros y los invasores!", por lo que nadie puede mostrar la más ligera simpatía por Estados Unidos si quiere salvar la vida. En los días más recientes, varios han caído víctimas de esa manera.

Casi un año después, en el cercano pueblo de San Ángel, el súbdito británico Alexander Marshall fue lapidado por una multitud al grito de "¡Mueran los yanquis!"[74] Los hombres que parecían ser extranjeros, en especial si hablaban inglés o si se les podía identificar con el ejército invasor, siguieron siendo atacados por las muchedumbres en la ciudad de México hasta que ésta por fin cayó.

EL EJÉRCITO DE WINFIELD SCOTT, LA POBLACIÓN CIVIL MEXICANA Y LA GUERRA DE GUERRILLAS

La campaña de Winfield Scott tenía la intención de forzar al gobierno mexicano a entregar enormes extensiones de su territorio por medio de un acuerdo. El historiador Timothy Johnson señala que Scott buscó ese objetivo con una disposición derivada de una tradición militar occidental del siglo XVIII conocida como "guerra limitada".[75] Sin embargo, las decisiones de Scott también estuvieron moldeadas por las tendencias más recientes de la guerra: las que habían conmocionado Europa durante más de 20 años, entre la Revolución francesa y la batalla de Waterloo de 1815, habían estado estrechamente entrelazadas con la noción cada vez más popular de que los gobiernos representaban naciones, pueblos vinculados a un territorio, una historia y un destino comunes y que, por lo tanto, las guerras entre Estados necesariamente implicaban un conflicto entre los pueblos de esos Estados. Aunque el Estado revolucionario francés había sido el primero en fomentar esa visión de la guerra, también fue el Estado francés el que demostró lo mucho que la ecuación de los Estados y los pueblos podía obstaculizar a un ejército invasor: miles de soldados franceses murieron en manos de los guerrilleros españoles. Como la mayoría de los líderes militares de su época, Scott había estudiado con fruición las guerras napoleónicas y entendía que la campaña en el centro de México, densamente poblado, podía verse obstaculizada de forma seria y quizás incluso contenida por una población movilizada: la guerra de guerrillas podía mantenerse durante mucho tiempo y podía significar la sentencia de muerte no sólo para muchos soldados estadounidenses, sino también para los sueños de Estados Unidos de conseguir derechos sobre los territorios mexicanos.[76] Scott también era muy consciente de los crímenes que los voluntarios estadounidenses habían cometido en el norte y de que esos crímenes habían encolerizado a los habitantes de la región y los había puesto en contra del ejército estadounidense, y creía que la mejor manera de evitar la movilización de la población civil en contra de su ejército era prevenir actos similares. En consecuencia, desde el principio Scott se esforzó por evitar que sus tropas cometieran crímenes contra la población civil; asimismo, insistió en que su ejército pagaría todas las provisiones que adquiriera a los civiles, pero ninguna de esas medidas fue particularmente popular entre sus tropas, en particular entre los voluntarios.[77]

Muchos de éstos tampoco estaban contentos con el muy público esfuerzo de Scott por convencer a los mexicanos en general y a los clérigos influyentes en particular de que el catolicismo tenía poco que temer con la invasión. En ese caso, estaba aplicando la política del gobierno de James K. Polk, con la que se quería evitar la idea de que se trataba de una guerra contra los católicos con el propósito de atraerse el apoyo de los votantes inmigrantes para el Partido Demócrata y enfriar el fervor de la resistencia mexicana. Scott llevó esa política mucho más lejos que los demócratas, debido tal vez a que entendió por qué las acciones de los voluntarios anticatólicos en el norte de México habían inflamado la resistencia mexicana allí y debido quizás a su comprensión de las causas de que el ejército francés hubiera inspirado tanto odio en España. En consecuencia, en lugar de simplemente evitar que sus tropas saquearan iglesias y llevaran a cabo otros actos sacrílegos, Scott y sus oficiales llevaron a cabo una ofensiva de persuasión: el propio Scott asistió a misa poco después de haber capturado Veracruz, llevando consigo un cirio en una de las procesiones que muchos voluntarios anticatólicos consideraron como una superchería supersticiosa; muchos de los oficiales de las fuerzas de Scott pertenecientes al ejército regular siguieron su ejemplo. Por lo demás, Scott ordenó tanto a sus oficiales como a los soldados que mostraran el debido respeto por los rituales católicos.[78]

En mayo de 1847, el coronel Thomas Childs, un oficial del ejército regular estadounidense que era el comandante de las tropas en Xalapa, tomó tan en serio las órdenes de Scott de respetar el catolicismo que dio lugar a una extensa controversia al participar en una procesión en la que los curas y los dirigentes civiles acompañaron los Santísimos Sacramentos por las calles: Childs y varios otros oficiales del ejército regular iban con la cabeza descubierta y llevaban cirios. Por lo demás, el coronel había ordenado antes al comandante de las tropas estadounidenses que se encontraban de guardia en la plaza pública que se descubrieran la cabeza y se prosternaran al pasar la procesión; las tropas de guardia incluían a soldados del ejército regular, que obedecieron la orden sin chistar, y a voluntarios de Pensilvania, que la rechazaron de plano. El voluntario Thomas Barclay explicó su punto de vista, señalando que muchos de los voluntarios eran protestantes piadosos y "los principios religiosos de un hombre deben ser respetados y considerados sagrados, y obligar a unos hombres de principios puritanos a que se arrodillen ante una procesión de esa clase es tan justo como obligar a los católicos a pisotear la santa cruz. Los protestantes consideran que esas ceremonias son idólatras." Añadió

que muchos voluntarios dijeron que preferían ser castigados que obedecer esas órdenes. Los voluntarios de Pensilvania estaban furiosos y las noticias del incidente pronto se abrieron paso hasta los periódicos anticatólicos de Estados Unidos, con inclinación por los blancos nacidos en el país, en los que se criticó severamente a Childs por ser una especie de procurador de la iglesia católica dada su actitud permisiva con los católicos mexicanos.[79]

¿Qué éxito tuvieron los esfuerzos de Scott por mantener unas relaciones relativamente cordiales con la población civil? Él y sus oficiales proclamaron en diversas ocasiones que su ejército respetaría la vida, las propiedades y la religión de los mexicanos, pero éstos entendían la diferencia entre la política y las creencias: aunque podrían apreciar el aparente respeto de los oficiales estadounidenses en las ceremonias religiosas, sabían que se trataba de un medio de conquista consciente y que esos oficiales, que no eran católicos, sólo estaban obedeciendo órdenes de manera mecánica;[80] además, afirmar que las tropas se conducirían bien y lograr que lo hicieran no era precisamente lo mismo: el anticatolicismo era muy común entre las muchas unidades de voluntarios asignadas a la campaña de Scott, que lanzaron diversos ataques burlones contra las ceremonias y cometieron muchos robos de objetos religiosos. Los voluntarios del ejército de Scott también robaron y, en ocasiones, asesinaron a los mexicanos y quedaron impunes por esos crímenes, por las mismas razones que habían quedado impunes los voluntarios de las fuerzas de Taylor: se rehusaban a declarar unos contra otros, mientras que los testigos mexicanos rara vez declaraban en su contra por temor a represalias. Con todo, parece ser que los soldados estadounidenses del ejército de Scott cometieron menos crímenes contra la población civil que los del ejército de Taylor, lo cual hizo que los costos de la guerra para la población civil fueran menores durante la mayor parte de la campaña de Scott.[81]

Es probable que la población civil mexicana se haya beneficiado de los esfuerzos de Scott, pero esos esfuerzos no evitaron la resistencia de los guerrilleros, puesto que, en el verano de 1847, muchos de ellos actuaban a lo largo de la carretera entre Puebla y Veracruz, dificultando las cosas para el ejército de Scott: la guerra de guerrillas en el este y el centro de México empezó después de la batalla de Cerro Gordo y continuó hasta el final del conflicto armado. En las zonas septentrionales ocupadas por el ejército de Taylor, la guerrilla surgió sin mucha planeación, porque los mexicanos reaccionaron a los expolios de los voluntarios estadounidenses utilizando las mismas tácticas que habían empleado en los con-

flictos con los indios. La respuesta de los estadounidenses a los guerrilleros en esa región fue también natural, pues emplearon tanto las tácticas como las referencias culturales de la prolongada historia, por un lado, de la guerra de las unidades estadounidenses informales contra los indios y, por otro, de la inclinación de los estadounidenses a la vigilancia parapolicial en la época jacksoniana. Sin duda alguna, los crímenes de los estadounidenses en contra de la población civil mexicana inspiraron a algunas personas del centro y el este de México a resistir la ocupación, pero en general los orígenes de la guerra de guerrillas en esas regiones fueron diferentes: ahí, los combates durante la guerra de Independencia habían sido encarnizados y en ellos se había recurrido no sólo a las tácticas guerrilleras sino también a unos procesos políticos intensos gracias a los cuales muchos habitantes habían llegado a considerarse distintos a los extranjeros.[82] Se trataba de las regiones más pobladas del país, donde las densas redes de las instituciones gubernamentales y la comunicación escrita habían ayudado a difundir el sentido de identidad nacional durante las décadas entre la Independencia y 1846. Una vez que la guerra estalló, esas mismas redes fueron utilizadas para alentar a la gente de todos los grupos sociales a contribuir al esfuerzo de la guerra y a resistir al ejército de Winfield Scott. En otras palabras, eran unas regiones que estaban preparadas para el conflicto; por lo demás, muchas personas creían que tanto la exitosa separación de México de España como la derrota de los ejércitos de Napoleón en España eran pruebas de la eficacia de las tácticas guerrilleras.[83]

Ahora bien, no todos los políticos mexicanos apoyaban la guerra de guerrillas contra los estadounidenses. Las actitudes al respecto se dividieron a lo largo de las líneas que separaban tanto a los partidos como a las clases: muchos mexicanos conservadores y acaudalados recordaban la insurgencia de la guerra de Independencia no como un triunfo heroico de la identidad nacional, sino como un periodo de anarquía y disturbios sociales durante el que habían padecido la cólera popular. Esos hombres creían que un pueblo armado y movilizado podría volverse contra ellos;[84] además, sabían que la guerra de guerrillas y los esfuerzos de la contrainsurgencia dirigidos contra aquélla habían sido muy costosos incluso para la población civil humilde: con frecuencia, se había obligado a los campesinos a apoyar a los guerrilleros con provisiones y, después, habían sido castigados por las fuerzas realistas por haberlo hecho. Las actitudes en el otro lado del espectro político eran muy diferentes: para muchos federalistas radicales, el éxito de los guerrilleros durante la guerra de Indepen-

dencia fue de capital importancia para la fundación de la nación y dieron por sentado que las tácticas guerrilleras darían al traste con las ventajas organizativas y tecnológicas de los estadounidenses. Esos federalistas radicales, entre ellos los gobernadores Melchor Ocampo, de Michoacán, y Ramón Adame, de San Luis Potosí, así como el antiguo líder insurgente Juan Álvarez, confiaban en la guerra de guerrillas, en parte porque creían que incluso los mexicanos relativamente pobres podían comprender la importancia del nacionalismo y participar en la política de un Estado nacional.[85]

Algunos oficiales del ejército regular mexicano habían combatido como guerrilleros del lado de los insurgentes durante la guerra de Independencia. La mayoría de esos hombres se habían alineado políticamente con los federalistas radicales y, no es de sorprenderse, muchos defendían las tácticas guerrilleras contra los estadounidenses. No obstante, la mayoría de los oficiales regulares se sentían más cómodos con la tradición de los ejércitos profesionales del siglo XVIII: las tácticas guerrilleras iban en contra de su propia concepción cultural de la guerra limitada. Los veteranos de la guerra de Independencia habían combatido del lado de los realistas casi hasta el final de la guerra, con mucha frecuencia en las campañas de contrainsurgencia; respetaban a regañadientes lo difícil que era para un ejército convencional derrotar a los guerrilleros, pero también comprendían que la campaña que estos últimos llevaron a cabo de 1810 a 1821 había devastado a la población civil y dañado de forma severa la economía de México; por lo demás, aunque esos oficiales sabían que la prolongada guerra de guerrillas había ayudado a conseguir la independencia, también sabían que esa campaña sola no había sido suficiente: la autoridad española en México no fue derrotada sino hasta que una gran parte del ejército realista cambió de bando y dio comienzo a las operaciones militares convencionales en contra de los realistas restantes. Esos oficiales del ejército regular también sabían que el éxito de la resistencia española a Napoleón había dependido tanto de los guerrilleros como de los ejércitos convencionales y la mayoría de los oficiales mexicanos creían que los guerrilleros podían ser útiles en conjunción con las operaciones regulares, pero veían que los federales radicales se mostraban demasiado entusiastas con respecto a los guerrilleros.[86] En el norte, Santa Anna no fomentó la guerrilla mientras no estuvo listo para avanzar hacia San Luis Potosí y, cuando avanzó, envió al general José Urrea con algunos hombres de la caballería regular para que ayudaran a los guerrilleros a hostigar a los estadounidenses y a cortar sus líneas de aprovisionamiento:

con los recursos humanos extraordinarios proporcionados por la caballería regular, esas fuerzas fueron capaces de derrotar, capturar y destruir varias caravanas de carromatos con provisiones para los estadounidenses. Las actividades de los guerrilleros aumentaron en todo Tamaulipas y Nuevo León,[87] y algo similar ocurrió en el este y el centro del país: aunque unas cuantas unidades de guerrilleros habían comenzado a formarse antes de la batalla de Cerro Gordo, los militares regulares no las alentaron sino hasta después de esa derrota, pues las consideraron como un complemento útil para hostigar a los estadounidenses y forzarlos a dedicar una parte de sus limitadas tropas a proteger su línea de aprovisionamiento. El interés del ejército por los guerrilleros aumentó drásticamente cuando los estadounidenses iniciaron su avanzada final hacia la ciudad de México, que es el tema del capítulo 6. Aunque la mayoría de las unidades de guerrilleros estaban compuestas por civiles, Santa Anna dio a Álvarez el encargo de coordinarse con algunos oficiales de la caballería regular con el propósito de dar más efectividad a los ataques de la guerrilla: se suponía que los guerrilleros de los alrededores del valle de México debían recabar información, dificultar los movimientos de los estadounidenses y, como era lógico, hostilizar al ejército estadounidense en su retirada después de que fracasaran en su intento de penetrar las defensas en manos de las fuerzas convencionales del ejército mexicano.[88]

En la primavera de 1847, la victoria de los estadounidenses en Veracruz hizo aumentar el interés de los políticos por la guerra de guerrillas: en muchas regiones, los políticos alentaron a las personas con influencia a que organizaran unidades de guerrilleros, lo cual fue aceptado con gran entusiasmo. Después de la batalla de Cerro Gordo, Pedro María Anaya, el presidente interino, emitió un decreto en el que hizo un llamamiento a los ciudadanos preocupados, con medios e influencia en sus regiones, a establecer "secciones ligeras de la Guardia Nacional". El decreto constituyó un marco de trabajo administrativo nacional, aunque evidentemente ya había muchas unidades en formación. Como lo señala el historiador Irving Levinson, el decreto es una muestra de que los federalistas moderados entonces a cargo del gobierno creían que las unidades de guerrilleros debían ser comandadas por hombres con el prestigio y la riqueza necesarios para reclutar, armar y alimentar a unos grupos de 50 o más hombres; la riqueza era necesaria porque, aunque el gobierno prometía reembolsar sus gastos, lo más probable era que el reembolso fuera lento e incierto. Asimismo, el hecho de poner a los guerrilleros bajo el mando directo de las élites locales también reduciría la posibilidad de que se

volvieran en contra de los ricos, en lugar de contra los estadounidenses.[89] En ese caso, las consideraciones prácticas se entrelazaron con las preocupaciones sociales: los habitantes acaudalados del campo contaban con los recursos económicos necesarios y podían reclutar a sus propios empleados y arrendatarios; incluso podían valerse de su poder económico para alentar a los hombres a unirse a esas azarosas empresas. En San Luis Potosí, por ejemplo, Paulo Antonio Verástegui invitó a los hombres a integrarse a una unidad de guerrilleros, ofreciéndoles ayudar en la alimentación de sus familias, pagar su equipamiento y cubrir una pensión a todos los hombres que quedaran inválidos o resultaran muertos; asimismo, declaró que, cuando volviera a arrendar sus tierras, daría preferencia a los que hubieran servido como guerrilleros y ofreció premios a todos los que se distinguieran en ese servicio. Por lo demás, los hombres ricos podían aumentar su influencia política local mediante ese tipo de generosidad. Con todo, ello no significa que los dirigentes de los guerrilleros y estos últimos no hayan actuado también debido a cierto sentimiento nacionalista; después de todo, ¿qué diferencia había entre las acciones de Verástegui y las de los políticos estadounidenses que reclutaron unidades de voluntarios y acosaron a los hombres con alcohol para ganar las elecciones o las de los políticos mexicanos de las ciudades que organizaron unidades de la Guardia Nacional? En todos esos casos, la gente estaba integrando sus objetivos políticos y sociales con la idea de la nación.[90]

Los hombres ricos e influyentes no eran los únicos que buscaban esa integración. La naturaleza de los documentos encontrados en los archivos dificulta conocer los orígenes sociales y comprender los motivos de muchas personas comunes que se unieron a los guerrilleros o los sostuvieron. En Veracruz, algunos dirigentes de la guerrilla habían combatido al lado de los insurgentes durante la guerra de Independencia, lo cual sugiere no sólo la existencia de cierto patriotismo, sino también la orientación hacia la población rural pobre; también se sabe que algunos guerrilleros eran campesinos y quizás algunos habían sido miembros de las unidades de la milicia antes de 1846 o habían tenido otras experiencias en la tumultuosa vida política de México posterior a la Independencia. Sin duda alguna, también se vieron expuestos a los argumentos manifestados en la propaganda escrita sobre la independencia: la necesidad de proteger a las mujeres mexicanas y el honor de las familias y luchar contra la amenaza que los estadounidenses representaban para el catolicismo. La participación en las unidades de guerrilleros organizadas por los políticos locales y otros hombres influyentes representó la posibilidad de

obtener beneficios personales junto con el honor que significaba formar parte de la nación. En ocasiones, la gente del campo apoyó en gran medida a los guerrilleros: a finales de julio de 1847, Juan Clímaco de Rebolledo, dirigente de los guerrilleros en Veracruz, dio parte de que había podido reunir a 800 hombres para un ataque importante gracias al "sumo entusiasmo" de los habitantes del campo; no obstante, apenas dos semanas más tarde, los hombres de la Guardia Nacional de Misantla, Veracruz, se mostraron renuentes a unirse a los ataques de los guerrilleros, porque su participación los obligaría a abandonar a su familia.[91]

No todos los guerrilleros ni todos sus dirigentes eran mexicanos. En ocasiones, los desertores del ejército estadounidense también combatieron en la guerrilla al lado de los mexicanos: el escocés Santiago Humphrey, que había sido cirujano en el ejército mexicano, solicitó que se le permitiera reunir una unidad de guerrilleros que incluiría extranjeros residentes en el país.[92] El dirigente guerrillero más famoso de la guerra fue el cura español llamado Celedonio Domeco de Jarauta, quien había emigrado a México hacía poco, después de participar en el lado de los conservadores durante las guerras civiles españolas, y que había sido nombrado capellán de un regimiento del ejército mexicano en Veracruz: después de la caída del puerto, encabezó las fuerzas guerrilleras, primero en Veracruz y luego en otros lugares del este y el centro de México. Su fama se propagó y generó la escritura de poemas sobre sus proezas y la acusación de los estadounidenses en el sentido de que, en realidad, ni siquiera era un sacerdote: para los estadounidenses, Jarauta se convirtió en el odiado símbolo tanto de los guerrilleros como de los curas que alentaban la resistencia. Aunque muchos mexicanos celebraron durante meses la intransigencia y eficacia de Jarauta, finalmente su deseo de seguir adelante con la guerra después de la caída de la ciudad de México lo alejó de la élite política; en julio de 1848, ayudó a encabezar una rebelión conservadora, pero fue capturado y ejecutado.[93]

Durante el verano y el otoño de 1847, los guerrilleros mexicanos se mostraron muy activos en la carretera de Veracruz al altiplano: capturaron o mataron a muchos estadounidenses que se habían rezagado de sus unidades en marcha o dispersado en pequeños grupos para robar o comprar comida. Muy pronto, la fuerza invasora comprendió que todo hombre, dinero o provisiones que necesitara hacer llegar desde Veracruz hasta el altiplano sólo podía desplazarlos en caravanas escoltadas por cientos o incluso miles de soldados; no obstante, incluso esas caravanas a menudo perdieron muchos hombres y carromatos de provisiones. A prin-

cipios de junio, por ejemplo, los guerrilleros lanzaron múltiples ataques contra una larga caravana escoltada por más de 800 soldados estadounidenses, pero la escolta no pudo evitar que los guerrilleros capturaran carromatos, mulas y dinero en efectivo. Un oficial estadounidense describió una escena de terror: "el fuego [de las armas] era muy intenso y produjo una enorme confusión entre los grupos, volcaron y destrozaron los carromatos y las ambulancias, y provocaron una enorme consternación entre los carreteros". Un poco más tarde, tuvo lugar otro ataque que "causó un pánico y una confusión infinitos: los carreteros abandonaron sus tiros y huyeron a la maleza, los tiros siguieron corriendo por la carretera, rompieron sus correas y volcaron y rompieron los herrajes de los carromatos". La caravana se vio obligada a adoptar una posición defensiva y a aguardar a que medio millar de refuerzos llegara con un cañón para dispersar a los guerrilleros.[94] Los soldados estadounidenses llegaron a respetar y temer a los guerrilleros. En su descripción de un encuentro en la carretera de Veracruz, Jacob Oswandel escribió que los guerrilleros "combatieron como otros tantos tigres"; más tarde, dijo que él y sus camaradas voluntarios preferían enfrentar a diez soldados mexicanos regulares que a un guerrillero. Con frecuencia, las acciones de los guerrilleros fueron éxitos tácticos, y el éxito táctico había eludido durante mucho tiempo al ejército convencional de México.[95]

El ejército de Winfield Scott permaneció en Puebla de junio a agosto. Las fuentes estadounidenses indican que Scott hizo una pausa para permitir que hubiera negociaciones y que necesitaba aguardar refuerzos, pues sus soldados voluntarios no habían vuelto a alistarse; sin embargo, los guerrilleros estaban dificultando todo lo que hacían los estadounidenses y ello contribuyó a la demora. Por ejemplo, cuando las unidades de voluntarios llegaron a Veracruz, no pudieron marchar de inmediato al interior para escapar al riesgo de la fiebre amarilla, por lo que, en lugar de ello, los oficiales estadounidenses tuvieron que esperar a que se acumularan suficientes tropas en el puerto para tener la posibilidad de defenderse de los resueltos ataques de los guerrilleros. Scott, que no contaba con los medios para controlar la carretera de Puebla a Veracruz, ahorró hombres, distribuyéndolos en un par de grupos, cada uno suficientemente numeroso como para poder defenderse; mantuvo una fuerza en Puebla para proteger a heridos y enfermos, y así tener una segunda línea de defensa en la retaguardia, y se dirigió con el resto de su ejército hacia el valle de México, abandonando los pueblos entre Puebla y Veracruz. Ni siquiera la guarnición de Puebla era suficiente para estar completamente

a salvo de los guerrilleros, que atacaron los puestos de avanzada y persiguieron a las patrullas estadounidenses hasta el centro mismo de la ciudad, apoyados por muchos poblanos.[96]

Muchos mexicanos mostraban su enorme contento cuando se enteraban de las hazañas de los guerrilleros, difundidas ampliamente, no sólo como la prueba de que se podía ganar la guerra, sino también como señales de que muchos compatriotas estaban dispuestos a combatir por su país. Mariano Riva Palacio, político y terrateniente, escribió con orgullo: "los cadáveres encontrados en distintos puntos ya heridos, ya horrendos, desbarrancados o echados en los pozos, demuestran el espíritu público de los habitantes".[97] No obstante, no todos los mexicanos apoyaban la guerra de guerrillas y algunos se mostraban de acuerdo con los estadounidenses respecto de que la línea que separaba a los guerrilleros de los bandidos era realmente muy delgada. Los guerrilleros necesitaban una motivación y recursos: las reglas permitían que los grupos de guerrilleros compartieran lo tomado al enemigo y, debido a que el comercio con los invasores era ilegal, la captura de esos bienes del ejército estadounidense y la confiscación de los bienes ilegales de los comerciantes eran casi lo mismo, por lo que con frecuencia estos últimos llegaron a detestar a los guerrilleros, quienes a su vez necesitaban alimentos, caballos y abrigo, y cuando los hombres armados buscaban esas cosas entre la población civil era poco lo que ésta podía hacer, salvo dárselas y más tarde quejarse ante las autoridades. Los modales imperiosos de los guerrilleros no mejoraban su imagen, como tampoco lo hacía el hecho de que algunos de ellos habían sido ladrones antes de la guerra.[98]

Los daños que la guerrilla causó entre la población civil fueron superados por la respuesta de los estadounidenses, quienes cada vez con mayor frecuencia hacían responsable a la población civil de las actividades de los guerrilleros. Al principio, esa responsabilidad recayó sobre las autoridades políticas locales: poco después de la batalla de Cerro Gordo, Winfield Scott decretó que multaría a las autoridades que no capturaran y entregaran a los guerrilleros, a los que el general describió como "asesinos y ladrones";[99] sin embargo, su orden fue infructuosa y, finalmente, como se verá con todo detalle más adelante, los comandantes militares estadounidenses emplearon contra la población civil el mismo tipo de represalias que los estadounidenses habían tomado de manera informal en su contra en el norte.[100]

¿Habría habido alguna diferencia si el Estado mexicano hubiera destinado más recursos a los guerrilleros y menos a los ejércitos convencio-

nales que formó una y otra vez? De lo que no hay duda es de que algunos mexicanos así lo creyeron.[101] Levinson afirma que la guerra de guerrillas desgastó a los estadounidenses, causándoles cientos y quizá miles de pérdidas de vidas humanas. La posibilidad de que esa guerra hubiera podido continuar de manera indefinida provocó que los soldados y los civiles estadounidenses se mostraran ansiosos por salir de México más pronto que lo que fue realmente el caso, y también hizo que algunos estadounidenses comprendieran que la anexión de todo el país llevaría a una guerra interminable. Asimismo, es probable que la guerrilla haya provocado que las exigencias territoriales del gobierno de James K. Polk se redujeran.[102] Sin embargo, la acción de los guerrilleros fue extremadamente costosa para la población civil mexicana y por sí misma no habría sido suficiente para derrotar al ejército estadounidense mientras éste pudiera aprovisionarse comprando sus alimentos en México. La campaña de los guerrilleros en contra del ejército de Winfield Scott proporciona las pruebas de que muchos mexicanos estaban dispuestos a combatir por su país, pero también que su lucha no podía ser eficaz mientras tuvieran que enfrentarse a un enemigo tan rico.

6. Murieron yanquis como hormigas

La pausa que hizo el general Winfield Scott en Puebla se prolongó durante diez semanas completas: se alargó debido tanto al lento reclutamiento de nuevas tropas en Estados Unidos como a la intensidad de los ataques de los guerrilleros mexicanos, lo cual provocó que las tropas estadounidenses sólo pudieran marchar de Veracruz a Puebla en grandes contingentes. El 7 de agosto de 1847, el ejército de Scott, de alrededor de 10 mil hombres, por fin pudo partir, dejando en Puebla sólo una pequeña guarnición, compuesta sobre todo de soldados enfermos. Durante las cinco semanas siguientes, ese ejército combatiría en varias batallas sangrientas antes de capturar finalmente la ciudad de México. Esas semanas fueron el *crescendo* de la guerra: aunque los combates continuaron en otros lugares, la caída de la capital convenció en definitiva al gobierno mexicano de que tenía que ceder territorios para poner fin a la guerra. La campaña contra la ciudad fue un importante triunfo para el ejército estadounidense y el Estado nacional que representaba, aunque tuvo lugar a un alto costo. Para México, no obstante, esas cinco semanas fueron más ambivalentes: la politización de su cuerpo de oficiales profesionales contribuyó a las derrotas y, durante toda la campaña, los esfuerzos militares mexicanos se vieron dificultados por la falta de recursos económicos, aunque se trató también de un periodo durante el que el Estado nacional mostró una enorme capacidad para movilizar recursos y, sobre todo, para convencer a la gente de muchos grupos sociales distintos de pelear en su nombre. Dada la debilidad de la economía mexicana, la naturaleza facciosa de la política interna y el fracaso del ejército al no haber podido vencer al estadounidense en ninguna de las seis principales batallas previas, el hecho de que los mexicanos hayan ofrecido una tenaz defensa de la capital del país es nada menos que extraordinario.

La prolongada pausa de Winfield Scott en Puebla dio al gobierno mexicano varias semanas para sanar algunas de las heridas políticas abiertas por la rebelión de los polkos y para convencer a los habitantes del centro del país de que el sacrificio era ya imperativo. En sus comunicados, el gobierno puso de relieve la idea de que, en los difíciles momentos que se avecinaban, sería necesario que todos los habitantes, sin importar sus creencias políticas o su condición social, se unieran para hacer frente a

una invasión que amenazaba los valores más importantes, como la familia y la religión,[1] y una vez más el voluble Antonio López de Santa Anna fue el centro de esos esfuerzos: en lo político, buscó convencer a los moderados y a los radicales de que, unidos, tenían que colaborar y, a la iglesia, de que debía estar dispuesta a hacer más. En lo militar, aunque nunca fue un genio de la estrategia, Santa Anna no tuvo parangón como organizador; en cierto sentido, sus habilidades militares fueron en realidad habilidades políticas: pudo convencer a muchas clases diferentes de agentes políticos de que se dedicaran a reunir, armar y aprovisionar fuerzas militares. No tuvo igual en esa habilidad, que ya había empleado dos veces durante esa guerra: primero, para reunir el ejército que llevó de San Luis Potosí a La Angostura y, después, para reunir las fuerzas que habían bloqueado la marcha de los estadounidenses al altiplano en la batalla de Cerro Gordo.[2] En ese nuevo momento crucial, volvió a hacerlo.

LOS PREPARATIVOS PARA LA DEFENSA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

El ejército que Antonio López de Santa Anna reunió con la ayuda de prácticamente todos los grupos sociales y todas las facciones políticas en la ciudad de México fue la fuerza más diversa que México haya enviado a un campo de batalla: estaba compuesta por muchas unidades del ejército regular, incluidas algunas que habían combatido en las batallas del norte, e incluso una unidad de soldados extranjeros, poco numerosa. Los hombres reunidos también incluyeron miles de soldados de tiempo parcial de diversos orígenes sociales y diversas inclinaciones políticas, organizados en las unidades de la Guardia Nacional; resulta sorprendente el que algunos de esos hombres hayan viajado desde lugares distantes, como Oaxaca, Michoacán y el ahora estado de Guerrero: los de Oaxaca y Guerrero eran habitantes del campo y pobres, muchos de ellos campesinos indígenas que ni siquiera hablaban español, mientras que la unidad de Michoacán provenía de la ciudad de Morelia y consistía sobre todo en mestizos urbanos de clase media. Otras unidades de la Guardia Nacional se habían organizado en lugares mucho más cercanos a la ciudad de México: la mayoría de los pueblos enviaron contingentes y la propia capital contribuyó con muchos hombres organizados en batallones de gente con inclinaciones radicales o moderadas que, si bien había estado matándose entre sí apenas unos cuantos meses antes, en agosto y septiembre de 1847 dejó a

un lado sus desacuerdos políticos. La diversidad misma de ese ejército reafirmó el argumento del gobierno de que esas batallas eran asunto de todos los mexicanos, sin importar su clase social o su inclinación política.[3] Vale la pena explorar esa diversidad para tratar de entender cómo pudo el Estado nacional seguir organizando la resistencia a los estadounidenses y cómo el carácter social de las diferentes unidades afectó los acontecimientos en los diversos campos de batalla.

Muchos de los soldados que Santa Anna reunió para hacer frente a los estadounidenses en el valle de México pertenecían al ejército regular y, como ya hemos visto, la mayoría de los soldados regulares habían sido reclutados entre las clases bajas de México, a menudo debido a que se los consideraba como personas menos útiles para la sociedad local que sus pares, pero, una vez que estuvieron en el ejército, la intensa disciplina, el adiestramiento intensivo, los lazos de camaradería y la fuerte identidad de las unidades hicieron de ellos unos instrumentos eficaces para la guerra de la época napoleónica, cuyas intrincadas tácticas fueron moldeadas por la inexactitud de las armas de fuego de cañón liso. Los soldados del ejército regular mexicano eran muy parecidos a los del ejército estadounidense, aunque, en un aspecto clave, eran muy diferentes: a los mexicanos se les pagaba de manera muy irregular y con gran frecuencia pasaban hambre, lo cual llevó a muchos de ellos a desertar si no eran supervisados de cerca.

Algunas de las unidades regulares disponibles para la campaña habían participado en la batalla de Cerro Gordo y, aunque algunas se habían disuelto durante la precipitada retirada, la mayoría de los soldados dispersos volvió a integrarse a sus unidades. Mientras los estadounidenses reunían sus fuerzas en Puebla, el gobierno mexicano transfirió al centro del país el equilibrio de las unidades del ejército regular que todavía mantenían el frente septentrional en San Luis Potosí. Muchos de esos soldados eran veteranos de La Angostura y algunos habían combatido en todas las batallas que tuvieron lugar en el norte; la mayoría de ellos había sido reclutada en los estados al norte de la ciudad de México, entre ellos Querétaro, Aguascalientes, Guanajuato y, especialmente, San Luis Potosí. Diezmadas por la deserción durante la mortal retirada de La Angostura, las unidades se habían reconstituido durante los meses siguientes mediante la reintegración voluntaria e involuntaria de los mismos desertores y con nuevos reclutas.[4] Una de las características sorprendentes de la historia social del ejército regular mexicano es la manera en que las autoridades civiles y militares lograron convencer a muchos desertores de

que se reintegraran al ejército durante la guerra. El gobierno asignó una y otra vez a las comunidades nuevas cuotas de reclutamiento y las comunidades prefirieron cumplirlas con hombres que ya habían sido conscriptos, que habían desertado y que habían regresado. Eso hizo muy difícil para los desertores vivir en sus comunidades de origen, aunque vivir en un nuevo lugar también era difícil: la demanda de mano de obra en la vacilante economía de México era baja y ganar suficiente dinero para llevar una vida satisfactoria o incluso sobrevivir era difícil sin las redes familiares y sociales con que se contaba al vivir en la propia comunidad de nacimiento. En repetidas ocasiones, el gobierno ofreció a los desertores reintegrarse al ejército sin castigo alguno; por ejemplo: un decreto de julio de 1847 amenazaba a los desertores con un castigo severo, pero ofrecía la amnistía a todos los que regresaran e incluso les permitía servir en la unidad de su elección,[5] con lo cual se logró que, a pesar de que el ejército había reclutado ya a muchos hombres nuevos en preparación para las batallas que se avecinaban, muchos desertores se reintegraran a las filas.[6]

Muchos de los hombres que se reunieron para hacer frente al ejército estadounidense en el valle de México eran soldados de tiempo parcial organizados en las unidades de la Guardia Nacional y, como ya se ha dicho, estos reclutas, a diferencia de los "buenos para nada" enlistados en el ejército regular, usualmente eran hombres que cumplían de manera responsable sus obligaciones familiares, lo cual hace más notable que tantos miembros de la Guardia Nacional que combatieron en el valle de México hayan sido originarios de otras regiones del país. Esos hombres no sólo se estaban exponiendo a los daños físicos sino que, al descuidar sus cultivos y otras actividades económicas, también estaban exponiendo a su familia al hambre. Un contingente era originario de lo que los mexicanos llamaban "el sur", una región que ahora forma el estado de Guerrero, pero que en 1847 fue dividida entre varios estados, mientras que otro contingente era originario de la región de Oaxaca llamada la Mixteca Baja. Esos dos grupos estaban compuestos de campesinos, en especial de campesinos indígenas que habían sido atraídos a unas alianzas políticas que se extendían más allá de sus regiones, en un esfuerzo por hacer realidad sus aspiraciones; no obstante, a pesar de esa similitud, las unidades de Guerrero tenían una inclinación política a la izquierda, mientras que las de Oaxaca se orientaban en la dirección opuesta.

El general Juan Álvarez, una de las figuras políticas más controvertidas de la época, encabezaba a los campesinos de Guerrero. En 1810, siendo aún muy joven, Álvarez había ingresado a la política mexicana comba-

tiendo en pro de la independencia en una coalición regional compuesta de aparceros mulatos de la costa y de familias de terratenientes opuestas a los comerciantes, casi todos españoles, que monopolizaban el comercio del algodón y despreciaban a los mulatos. En los primeros 20 años posteriores a la Independencia, esos hombres y sus descendientes desarrollaron una forma de política federalista igualitaria y nacionalista en la que se asociaba a los extranjeros con el gobierno centralista y tiránico, y con la explotación económica;[7] algunos de los hombres de la Guardia Nacional que marcharon con Álvarez al valle de México pertenecían a ese grupo social. Muchos habían sido atraídos a la política nacional más recientemente: la mayoría de los habitantes de las montañas de Guerrero eran indígenas, a los que, justo después de la Independencia, el sistema federalista de México había permitido cierta autonomía local, pero, a mediados de la década de 1830, el centralismo puso la autoridad política local de manera firme en manos de los mestizos relativamente ricos que vivían en los pueblos con mercado y que, en ocasiones, eran propietarios de pequeñas haciendas. A principios de ese decenio, esas élites locales trataron de expandir sus latifundios a expensas de algunos de los pueblos indígenas, lo cual llevó a la rebelión de los campesinos. Los disturbios se propagaron a muchos otros pueblos cuando el Estado centralista impuso el impuesto per cápita, por lo que Álvarez alentó a esos campesinos a desarrollar una versión de federalismo popular que tuviera como objetivo la autonomía local y la reducción de los impuestos, así como, siguiendo el ejemplo de los primeros federalistas populares, la oposición a los extranjeros explotadores. Tanto los mulatos de la costa como los indígenas federalistas de la montaña participaron en el movimiento que derrocó a Mariano Paredes y Arrillaga y restauró el federalismo en 1846. Su afiliación al federalismo tenía una dimensión ideológica y, al mismo tiempo, práctica: los campesinos indígenas retuvieron todas las tierras en disputa, dejaron de pagar impuestos y obtuvieron más autonomía política.[8] Habían participado en la política nacional y, en cierto grado, habían adoptado la identidad de mexicanos, algo que hicieron explícito en sus proclamas: en 1847, se les unieron en el valle de México algunos hombres de la Guardia Nacional de los pueblos mercantiles que se habían opuesto a los rebeldes indios,[9] y todos esos hombres de la Guardia Nacional fueron movilizados para la guerra por medio de cierta combinación de compromiso ideológico, presión de sus pares y alianzas políticas. Las familias enviaron a sus hombres y también reunieron alimentos y animales para que los llevaran consigo durante su viaje. Juan de Dios Ovando, administra-

dor de uno de los distritos de la montaña, alabó los sacrificios que sus habitantes habían hecho y alardeó de que, si el resto del país estuviera dispuesto a sacrificar tanto como ellos, ni siquiera Napoleón sobreviviría si invadiera México.[10] No obstante, esos hombres estaban preocupados por los daños económicos que su ausencia provocaba a sus familias, mientras que Álvarez insistía en que sólo su propia presencia podía impedir su deserción.[11] ¿Hacía eso de ellos unos campesinos pueblerinos "prepolíticos" sin sentido de la identidad nacional? Si tal fue el caso, probablemente se podría decir lo mismo de los miles de estadounidenses que no se unieron al ejército durante la guerra.

Algunos de los hombres de la Guardia Nacional de la Mixteca Baja de Oaxaca también eran indígenas, pero el patrón de movilización política que finalmente los llevó al valle de México fue diferente: en Oaxaca, la élite del estado en forma deliberada había permitido a los pueblos indígenas una autonomía de facto muy amplia, incluso bajo el centralismo, y por lo general las élites locales no habían tratado de despojar a los indígenas de sus recursos agrícolas. Además, el impuesto per cápita que tan impopular fue en el estado de Guerrero tuvo una aceptación generalizada en Oaxaca; por lo demás, en la Mixteca Baja, la iglesia católica tenía una fuerte presencia institucional y las élites locales cooperaban al mismo tiempo que florecían las formas indígenas del culto católico. Juntos, los campesinos indígenas y las élites locales forjaron una paz social en la que se combinaban la autonomía indígena y la religiosidad popular, un discurso relativamente conservador y el apoyo a los centralistas en el plano nacional. En la década de 1840, cuando los campesinos rebeldes del vecino estado de Guerrero empezaron a afectar a la región, fueron considerados como intrusos que perturbaban la paz social, por lo que muchos campesinos de la Mixteca Baja fueron movilizados como soldados de tiempo parcial en unidades militares para combatir a aquéllos, unas fuerzas que finalmente se regularizaron como unidades de la Guardia Nacional. Antonio de León, un líder político regional que había sido oficial realista durante la guerra de Independencia y que durante los decenios siguientes sirvió como intermediario de varias alianzas políticas en su calidad de centralista moderado, llevó esas unidades a la lucha en la ciudad de México; asimismo, los pueblos rurales también contribuyeron con provisiones y dinero para sostener esas tropas. En resumen, muchos habitantes de la Mixteca Baja, incluidos los campesinos indígenas que no hablaban español, habían llegado también a entender que formaban parte de México, aunque el México que ellos imaginaban no fuera precisamente el mismo

que imaginaba la mayoría de los campesinos de Guerrero.[12] No obstante, como sus iguales de Guerrero, los hombres de la Mixteca Baja que combatieron en el valle de México arriesgaron su vida y dejaron a sus seres queridos en unas circunstancias económicas difíciles para participar en la guerra.

Lo mismo se puede decir de los hombres de la Guardia Nacional de Morelia, la capital de Michoacán: esa unidad había sido organizada hacía relativamente poco tiempo, después de que las noticias de la caída de Veracruz llegaron a la ciudad. El 2 de abril, domingo de Pascua, más de 1500 hombres se reunieron para establecer la Guardia Nacional de Morelia y 800 de ellos formaron el Batallón Matamoros, nombrado en honor del héroe de la guerra de Independencia; se adiestraron durante dos meses y partieron a la ciudad de México después de recibir el estandarte de su unidad en una ceremonia en la que hablaron tanto Melchor Ocampo, el gobernador abiertamente anticlerical de la ciudad, como un sacerdote católico. El batallón estaba compuesto de artesanos, hombres de familia y jóvenes de las familias distinguidas y, como los guardias de Guerrero y Oaxaca, dejaron atrás a sus afligidas familias. Mientras esperaba que Winfield Scott partiera de Puebla, el comandante del batallón, Gabino Ortiz, se quejó de que los hombres no habían recibido su paga y añadió que eran

> artesanos laboriosos y honrados que han abandonado sus casas y familias, porque creyeron que cuando más un mes permanecerían en ésta porque se les dijo que en este tiempo quedaría terminada la cuestión. Pero cuando ven que el tiempo del combate se prolonga y que sus familias sufren las consecuencias de la miseria y ellos también están sujetos a los de la falta de recursos no podrán menos que abandonar una causa que abrazaron con tan buena fe.

Le preocupaba que pudieran regresar a sus hogares sin permiso y pidió que se permitiera que todo el batallón regresara a Morelia hasta que de verdad se le necesitara; no obstante, el batallón permaneció en la ciudad de México y desempeñó una función importante en las batallas que se avecinaban.[13]

Otras unidades de la Guardia Nacional incluían las pequeñas compañías de los pueblos del valle y los mucho más numerosos batallones de la ciudad. Esas unidades se habían organizado durante la efervescencia política del otoño de 1846: los federalistas radicales habían orquestado unas reuniones, muy concurridas, en las que los políticos de la ciudad

y los artesanos relativamente pobres se comprometieron a resistir a los estadounidenses, criticaron el centralismo, arguyeron que todo el mundo, incluidos los ricos, debían hacer sacrificios para el esfuerzo de la guerra y organizaron los batallones de artesanos de la Guardia Nacional; por su parte, los federalistas moderados, advertidos de la posible guerra de clases, respondieron formando sus propios batallones. Esas unidades de la Guardia Nacional de diferentes inclinaciones políticas llegaron a enfrentarse cuando comenzó la revuelta de los polkos, en febrero de 1847: varias semanas de escaramuzas entre esos grupos paralizaron la capital, pero causaron pocas bajas. Santa Anna decidió la cuestión en favor de los moderados y envió algunas de las unidades de radicales a Veracruz, donde combatieron con ardor en la batalla de Cerro Gordo. En el valle de México, combatieron tanto las unidades de radicales como las de moderados y, cuando desfilaron por la ciudad, a menudo atrajeron multitudes que las admiraban. Un observador anónimo hizo notar que sus unidades incluían a ricos y pobres, "de todas las opiniones, de todos los partidos, de todas las edades, de todas las clases de la sociedad, unidos con un vínculo fraternal, el de mexicanos".[14]

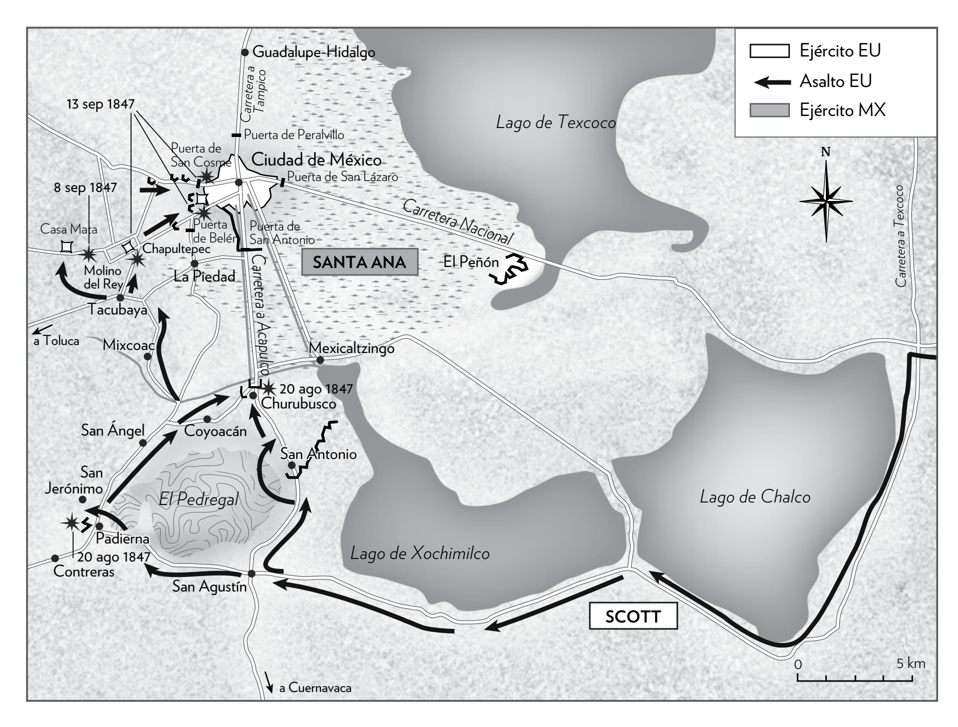
Santa Anna tenía a su mando alrededor de 20 mil hombres organizados en unidades militares formales, así como un número desconocido de guerrilleros preparados para informar sobre los movimientos de los estadounidenses y capturar a los rezagados. Esa numerosa fuerza le daba la posibilidad de montar una defensa exitosa, pero muchos otros factores intervinieron en su contra. El mayor problema, como siempre, fue el financiero: ¿cómo podía el gobierno alimentar a tantos hombres, ya no se diga equiparlos? Durante todo el tiempo que duró la guerra, la paga de los soldados mexicanos fue errática y ese problema tendió a empeorar con el tiempo: el bloqueo estadounidense había impedido la recaudación de los ingresos arancelarios y la incertidumbre de la guerra había hecho disminuir los negocios, lo cual reducía los ingresos de los impuestos locales al comercio, al tiempo que los nuevos impuestos directos generaban muy pocos ingresos.[15] El ejército también necesitaba armas, por lo que Santa Anna y sus oficiales se esforzaron de manera incansable por comprar todos los mosquetes disponibles, enviaron a la policía a buscar mosquetes nuevos que estuvieran en manos de la población civil y pusieron a los artesanos a repararlos —debido a que todos eran mosquetes ya gastados, empleados en las guerras napoleónicas—, trasladaron cañones de otros estados y renovaron la artillería más vieja, confiscaron mulas para el transporte, ordenaron que se fundieran las campanas de las igle-

sias para hacer balas de cañón y de mosquete; las mujeres confeccionaron uniformes y tanto los oficiales como los sargentos se empeñaron mucho en adiestrar a los hombres en el uso de las armas de fuego y en las maniobras militares. En general, sin embargo, la calidad de ese ejército era inferior a la de los ejércitos que Santa Anna había comandado en la batalla de La Angostura e incluso en la batalla de Cerro Gordo. Aunque la moral del ejército era sorprendentemente alta, la mayoría de las unidades no contaba con el adiestramiento y el equipo suficientes como para pasar a la ofensiva en contra de los estadounidenses y, en todo caso, la ventaja que representaba la artillería ligera del enemigo hacía que la batalla formal en campo abierto fuera muy poco atractiva: la campaña de Santa Anna tendría que ser defensiva. Pese a que 20 mil hombres pueden parecer un gran número de soldados, la ciudad de México era una de las ciudades más extensas del mundo y era imposible cubrir todo posible ataque estadounidense con tan pocos hombres. Más tarde, cuando los oficiales invasores describieron las batallas que tuvieron lugar en el valle, invariablemente sobrestimaron, para su mayor gloria, el número de mexicanos que participaron en ellas, pero en realidad, en todas esas batallas, gracias a su capacidad de maniobra, los hombres de Scott se concentraron contra pequeños grupos del ejército de Santa Anna y lograron lo que los dirigentes militares llaman una "superioridad local".[16]

La calidad de las tropas mexicanas y el simple tamaño de la ciudad dificultaron su defensa, pero también debe tenerse en mente que las ciudades de la época eran muy difíciles de defender; tanto física como socialmente, las ciudades eran un entorno complejo y frágil que la guerra podía convertir en una trampa mortal: la mayoría de los alimentos, con excepción de los cereales, se producía en el campo y se llevaba a las ciudades casi a diario, por lo que un sitio podía cortar ese aprovisionamiento y una ciudad grande como la de México pronto podía agotar incluso su provisión de granos almacenados, lo cual produciría hambruna. Como se vio con lo ocurrido en Veracruz, los edificios no representaban una protección contra el bombardeo de la artillería y la tasa de mortandad podía resultar trágica para la población civil. Por su parte, los residentes acaudalados de la ciudad de México también se preocuparon por la clase de daño generalizado a la propiedad privada que había ocurrido en Veracruz; además, estaban más que conscientes de su inestable lugar en la cima de una población que en su mayoría llevaba una vida precaria y a la que la élite temía y despreciaba debido a su composición de razas mezcladas. En parte, el temor a esa "chusma" había inspirado la

rebelión de los polkos y el fin de esa rebelión no logró mitigar tales temores. De acuerdo con la cultura militar occidental, se suponía que, si los soldados se lanzaban al asalto de una ciudad defendida, su temor y su sed de sangre serían tan abrumadores que sus oficiales no serían capaces de evitar que robaran, mataran y, además, violaran a los civiles. Esa idea era predominante en la cultura militar, una de las cosas que todo soldado parecía saber; asimismo, podía ser usada para intimar al enemigo a rendirse y, antes incluso de que los estadounidenses partieran de Puebla, Nicholas Trist, su representante diplomático, había comunicado de forma explícita al gobierno mexicano, por medio de un intermediario, que los oficiales estadounidenses temían que sus tropas saquearan, violaran y mataran si se veían forzadas a asaltar la ciudad y combatir calle por calle.[17] El ayuntamiento de la ciudad representaba realmente a sus élites y, de acuerdo con la tradición política española establecida, estaba encargado en particular de proteger a la población durante las hambrunas, las epidemias, las guerras y otros desastres. En consecuencia, a principios de junio, después de algunos debates, trató de disuadir a Santa Anna de que expusiera a la población a la hambruna, el bombardeo, el malestar social y el saqueo; sin embargo, Santa Anna consideró el intento como la prueba de una alarmante falta de patriotismo y aprovechó la ocasión para explicar que tenía planeado detener al ejército estadounidense fuera del área poblada.[18]

El plan de Santa Anna dependía de la particular geografía del valle de México, valle que en realidad es una planicie volcánica que, por las montañas y los cerros que lo rodean, parece una especie de olla. En 1519, cuando los españoles llegaron, la mayor parte del valle estaba cubierta por lagos y Tenochtitlan, la capital del imperio azteca, había sido edificada en una isla; los gigantescos proyectos de obras públicas habían drenado una gran parte del agua de los lagos, pero éstos seguían existiendo y la tierra que los rodeaba era pantanosa, en especial durante la temporada de lluvias, que empezaba en el mes de junio, por lo que los caminos principales habían sido levantados y, en muchos lugares, eran realmente calzadas elevadas. Los zapadores militares decidieron mejorar esa defensa natural mediante la destrucción de los diques que evitaban que el agua inundara los campos de cultivo y los pastizales, una medida que restringiría en gran medida los accesos disponibles para el enemigo y, en especial, para su artillería;[19] asimismo, planearon fortificaciones que dominaban las carreteras que podrían utilizar los estadounidenses, en especial la carretera más directa de Puebla, que rodea los lagos hasta aproximar-



Mapa 11. Campaña por el valle de México.

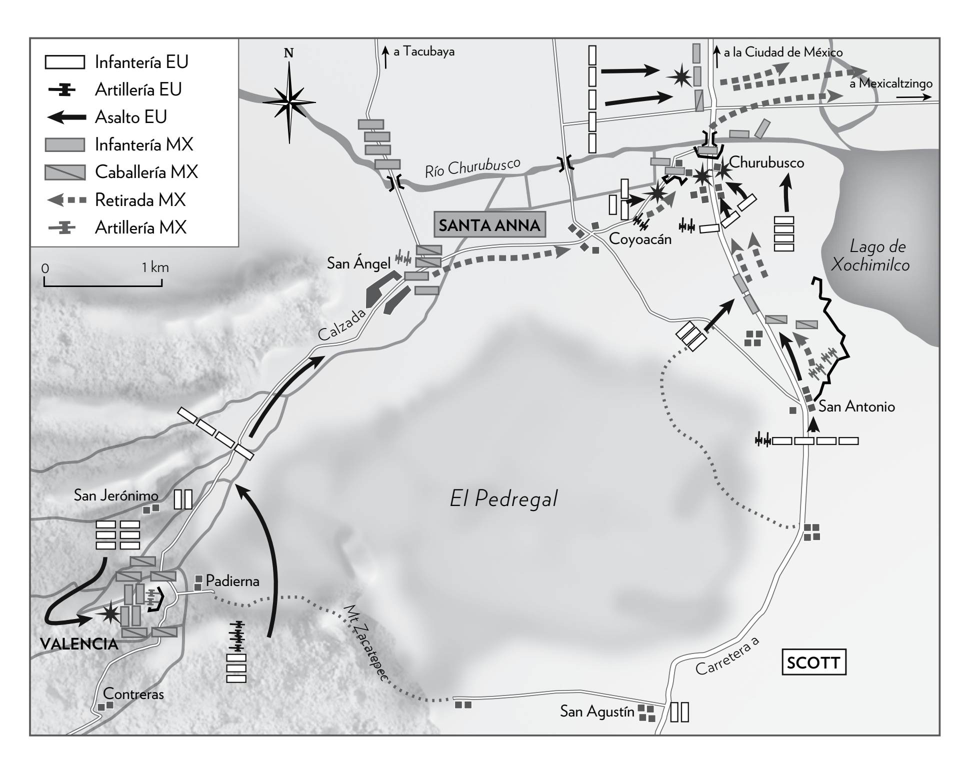
se a un cerro llamado El Peñón, que los zapadores mexicanos fortificaron para convertirlo en la principal defensa de la ciudad. El gobierno de Santa Anna invirtió muchos esfuerzos en esos dos proyectos de ingeniería, los cuales exigieron una enorme cantidad de mano de obra y muchos residentes del valle de México contribuyeron con su trabajo; el problema era cómo pagarlo. Santa Anna ordenó al gobierno de la ciudad que contribuyera con todos sus trabajadores de obras públicas y sus herramientas, y puso a algunos hombres de la Guardia Nacional a participar en las fortificaciones.[20] Sin embargo, esos dos grupos no eran suficientes para unas obras tan grandes, por lo que el ayuntamiento recurrió a las autoridades locales de los pueblos de los alrededores con el propósito de que reclutaran trabajadores; asimismo, tanto las autoridades militares como las de la ciudad reclutaron gente para que trabajara en las fortificaciones.[21] En teoría, esos trabajadores, ya fueran de la Guardia Nacional, hombres de la ciudad recludados a fuerza o campesinos indígenas enviados por las autoridades de sus pueblos, recibían una paga al menos suficiente para comer, pero la urgencia de las obras, la pobreza del gobierno

y el hecho de que, de entrada, habían sido coaccionados para trabajar los llevaron a padecer grandes privaciones: las raciones y la paga eran intermitentes y los que estaban a cargo de completar las fortificaciones recurrieron en ocasiones al castigo corporal para espolear a los obreros. Por lo demás, esos hombres no podían enviar dinero a sus familias, las que sufrían debido a que no tenían ahorros ni una ayuda social en la cual apoyarse: los esfuerzos por lograr que sus hombres fueran relevados de ese trabajo para, así, proveer de alimentos a sus familias dan prueba de la desesperación que agobiaba a esas familias.[22] El trabajo forzado y los malos tratos no dejaron de provocar protestas: los dirigentes del pueblo de Iztapalapa, por ejemplo, se quejaron de que sus hombres estaban siendo tratados como esclavos, sometidos a golpizas y obligados a trabajar con el agua hasta el cuello y sin las herramientas necesarias, mientras que, al mismo tiempo, sus cosechas se habían perdido por la inundación deliberada de los campos.[23]

Santa Anna esperaba que el terreno inundado del valle de México obligaría a los estadounidenses a atacar sus defensas fijas, que incluían no sólo las formidables fortificaciones de El Peñón, sino también varias líneas de defensa y puestos fortificados secundarios: las posiciones fijas serían sostenidas por los hombres de la Guardia Nacional y algunos de los regimientos con menos experiencia, mientras que sus soldados regulares más experimentados, el Ejército del Norte, que recientemente había llegado de San Luis Potosí, serviría como una reserva móvil, dispuesta para reforzar donde fuera necesario o atacar cualquier fuerza estadounidense desorganizada por ataques fallidos contra las defensas fijas. Asimismo, Santa Anna envió una fuerza de caballería a obtener información, hostigar a los estadounidenses y atacar también a las fuerzas estadounidenses desorganizadas;[24] por último, contaba con los guerrilleros para incomodar y espiar a los estadounidenses: los mexicanos sabían que el ejército invasor era pequeño y que una retirada a Puebla en medio de una población hostil podía resultarle desastrosa. Ese plan era esperanzador y en apariencia razonable. Santa Anna sabía que las unidades mexicanas habían logrado repeler los asaltos de los estadounidenses en Monterrey y Cerro Gordo, y que las defensas de El Peñón eran extremadamente fuertes: el enemigo tendría que avanzar muchos metros por una angosta calzada —dominada por numerosos cañones mexicanos—, incluso para acercarse lo suficiente y poder cargar contra las fortificaciones, y tendrían muy poco espacio para desplegar su artillería y recibir su apoyo.[25]

Mientras el ejército estadounidense ingresaba al valle de México, Winfield Scott reunía información y consideraba sus posibilidades: los zapadores le informaron de la fortaleza de las defensas de El Peñón y comprendió que incluso un ataque exitoso allí dejaría a los estadounidenses relativamente lejos de la ciudad, separados de ella por sus formidables defensas secundarias, por lo que consideró emprender una ruta menos directa a través de Mexicaltzingo, pero un ataque en ese lugar plantearía el mismo problema. Por lo tanto, al final se decidió por un acercamiento que implicaba un rodeo mucho más amplio: una carretera poco usada y mal mantenida pasaba del este al oeste, lejos, al sur de la ciudad, y cruzaba unos barrancos fangosos hasta llegar a los cerros del lado oeste del valle. Al principio, Scott se enteró de que esa carretera no era adecuada para el transporte de su ejército y, en especial, de su artillería, pero otros informes más optimistas en el sentido de que los zapadores estadounidenses podían mejorar la carretera lo suficiente lo convencieron de que ésa era su mejor opción, por lo que empezó a movilizar sus fuerzas a lo largo de ese camino, que fue reparado con la ayuda de los soldados estadounidenses y la mano de obra forzada de los campesinos indígenas.[26] Ahora bien, si Scott lograba llevar su ejército suficientemente hacia el oeste, llegaría a dos carreteras que corrían al norte hacia la ciudad: una vez más, estaba tratando de flanquear al ejército mexicano, su táctica preferida. En esa ocasión, Santa Anna estaba mucho mejor preparado: aunque, sin duda alguna, estaba decepcionado porque los estadounidenses no cayeron en la trampa que les había preparado en El Peñón, todavía se mantenía una posición interior; desplegó sus tropas para cubrir las carreteras que Scott tendría que seguir desde el sur para llegar a la ciudad, llevó consigo al pueblo de San Antonio muchas de las tropas bajo su mando directo para bloquear una de esas carreteras y envió al Ejército del Norte, bajo el mando del general Gabriel Valencia, a que bloqueara la otra carretera en el pueblo de San Ángel.[27]

Santa Anna y Scott estaban entablando una elaborada partida de ajedrez, pero los peones de ese juego eran hombres, extraídos de diferentes clases sociales de México y Estados Unidos, y llevados a participar en la campaña por medio de complejas ecuaciones de pobreza, presión entre pares, ambición, coacción y patriotismo. Las jugadas de esa partida de ajedrez, muy diferentes al rápido emplazamiento de peones inertes



Mapa 12. Batallas de Contreras-Padierna y Churubusco.

en una superficie llana y en impecable estado, eran ejecutadas por unos hombres abrumadoramente cargados y ansiosos que marcharon durante muchos días por los fangosos caminos y entre las filosas rocas volcánicas. El primer enfrentamiento armado al que llevó esa partida fue la batalla de Padierna, que fue notable no sólo como un desastre estratégico para los mexicanos, sino también como el mayor fracaso de la guerra para el cuerpo de oficiales: más de 20 años de golpes de Estado y rebeliones —encabezadas por unos ambiciosos políticos militares con diferentes ideologías políticas y seguidas por ascensos para los vencedores— habían creado muchas rivalidades personales entre ellos, rivalidades que se pusieron de manifiesto en muchos momentos durante la guerra, pero que, hasta antes de la batalla de Padierna, habían tenido relativamente pocas consecuencias para los resultados de las batallas; en Padierna, se revelaron de una manera desastrosa, porque echaron por tierra los esfuerzos de Santa Anna por presentar una defensa coordinada en los accesos meridionales a la ciudad de México.

Una vez que Santa Anna se enteró de que Scott estaba tratando de flanquear sus defensas fijas, envió a Valencia y sus tropas a San Ángel, un pueblo situado en el lado occidental del valle y comunicado con la ciudad de México por una carretera. Valencia, que era rival político de Santa Anna y uno de los pocos generales mexicanos que hasta entonces todavía no se habían enfrentado a los estadounidenses en batalla, decidió que San Ángel no era defendible, desobedeció sus órdenes y llevó a sus hombres a Padierna, a unos cuantos kilómetros al sur. Allí, el camino que los estadounidenses tenían que seguir pasaba entre una suave colina donde Valencia formó a sus cerca de 4800 hombres y una extensa zona de rocas volcánicas, llamada El Pedregal, que Valencia creía inaccesible. Por su parte, Santa Anna había atrincherado sus propias fuerzas más lejos al este y desplegó más hombres en medio, en Coyoacán. Habiendo llegado a entender la manera de pensar de Scott, pronto comprendió que éste estaba tratando una vez más de rodear las defensas mexicanas más fuertes y decidió retroceder a una línea de defensa secundaria más cercana a la ciudad, donde incluso unas fuerzas estadounidenses que se acercaran por el oeste del valle se verían obligadas a emplear las pocas calzadas elevadas sobre los fangosos campos, lo cual angostaría las líneas de los estadounidenses y les dificultaría las cosas aún más. Con todo, el problema era que la retirada tendría que ser ordenada: para continuar con la defensa de la ciudad, tendría que mover sus tropas, su artillería y sus municiones por las mismas calzadas elevadas y, al mismo tiempo, mantener a raya a los estadounidenses. Como primer paso de ese delicado proceso, ordenó a Valencia que se desplazara al este, de San Ángel a Coyoacán, con el propósito de concentrar más las fuerzas mexicanas; sin embargo, el ejército de Valencia no se encontraba donde debía estar y Valencia se rehusó llanamente a obedecer la orden de retroceder: arguyó que si sacaba sus fuerzas de Padierna, dejaría al descubierto la carretera a la ciudad de México a través de San Ángel y los estadounidenses podrían avanzar desde allí hasta la ciudad; asimismo, creía que su posición en Padierna era fuerte y que, si resistía un ataque allí y los mexicanos que se encontraban en San Antonio atacaban la retaguardia de los estadounidenses, era posible obtener una gran victoria. Lo que resulta claro de su intercambio de mensajes y de la manera como ambos lo describieron más tarde es que Valencia simplemente no aceptó la autoridad de Santa Anna. Esta desobediencia encolerizó a este último, pero un consejo de oficiales lo convenció de tratar de salvar la situación de una manera más o menos diplomática, diciendo a Valencia que era responsable de sus propias decisiones.

Mientras tanto, Scott se preparaba para atacar por el norte contra la posición de Santa Anna en San Antonio y también envió las tropas de Gideon Pillow al oeste, a través de El Pedregal, a lo largo de un camino de herradura que ampliaron con el propósito de permitir el paso de los cañones y los carromatos. Scott ordenó a Pillow que preparara ese camino, pero que no entrase en combate con los mexicanos; éste, sin embargo, violó pronto sus órdenes y se enredó en un enfrentamiento con las fuerzas del general Valencia, quien se sorprendió mucho cuando los estadounidenses se las ingeniaron para hacer pasar varias piezas de artillería a través de El Pedregal y así disparar contra sus tropas, pero la artillería de Valencia, más numerosa, causó numerosas bajas entre los artilleros de Pillow, por lo que el ataque de la infantería estadounidense contra la posición mexicana fracasó y ésta también sufrió numerosas bajas. En ese momento, Valencia creyó que los mexicanos estaban venciendo; sin embargo, Pillow envió algunos hombres a que se abrieran paso por el norte, a través de la aglomeración de rocas, por donde no había caminos, con el propósito de flanquear a Valencia y contar con tropas entre éste y un posible apoyo. De manera sorprendente, el apoyo ya se encontraba en camino: aunque Santa Anna se sentía frustrado por la desobediencia de Valencia, también comprendió que sus propias fuerzas se encontraban en peligro de verse aisladas y se dirigió con una fuerza numerosa a San Ángel y, después, al sur, hacia Padierna; sin embargo, cuando llegó, casi al anochecer, las fuerzas estadounidenses ya estaban en posición para impedir todo acercamiento a la posición de Valencia. La soga en torno al cuello del Ejército del Norte se estaba apretando.

Un fuerte aguacero hizo que las tropas de ambos lados pasaran una noche deprimente. Aunque Santa Anna comprendía la gran dificultad en que Valencia se encontraba, también era muy consciente de la necesidad de retroceder a su segunda línea de defensa de una manera ordenada: llevó el grueso de sus fuerzas de regreso a Coyoacán y ordenó a Valencia que abandonara su artillería y sacara a sus hombres y sus otras armas de esa trampa por todos los caminos disponibles. Una vez más, Valencia se rehusó, por lo que Santa Anna decidió hacer otro esfuerzo para unírsele por la mañana; sin embargo, los estadounidenses no se mantuvieron ociosos: en la oscuridad de la noche, bajo la lluvia torrencial, encontraron un camino que los llevaría al sur, tras las fuerzas de Valencia, y planearon un ataque que tendría lugar al amanecer, mientras otras fuerzas estadounidenses preparaban un ataque de distracción contra el frente mexicano. Después de algunas horas de descanso bajo el aguacero, en la negrura

de la noche, marcharon por un sendero explorado por los zapadores estadounidenses. Aunque Valencia se había enterado de esa posibilidad y había enviado algunas tropas para que protegieran su retaguardia, esas unidades no apostaron centinelas en los barrancos por los que los estadounidenses podían acercarse, quizá porque se pensaba que podrían desertar los soldados regulares mexicanos a los que se les asignara ese deber. Al amanecer, cuando los estadounidenses atacaron, sorprendieron a las tropas mexicanas, exhaustas y empapadas, las cuales, no obstante, todavía pudieron oponer una feroz resistencia, pero el desorden y el pánico se generalizaron entre los soldados regulares mexicanos y, pronto, cuando comprendieron que la victoria no era posible y que su salvación parecía exigirles huir de forma precipitada, sus unidades empezaron a disolverse. Una vez más, la retirada hizo más vulnerables a los soldados y muchos mexicanos cayeron. Santa Anna se topó con esa masa de hombres que huía y comprendió que era imperativo tratar de salvar lo más que se pudiera de su ejército para defender la siguiente línea.[28]

El continuo rechazo de Gabriel Valencia a seguir órdenes había llevado a la disolución de los regimientos más experimentados y disciplinados de México, y expuesto al resto del ejército a la misma posibilidad. Lo extraño de esa historia es que, cuando Valencia hizo pública la justificación de sus acciones, de manera repetida confirmó su rechazo a seguir las órdenes e insistió en que Santa Anna debió de haber seguido su ejemplo, enviando fuerzas para atacar a los estadounidenses que se enfrentaron a las fuerzas de Valencia en Padierna, mientras que Santa Anna, en su propio relato de los acontecimientos, lo criticó pero también describió que repetidamente había tratado de apoyarlo, a pesar de su insubordinación. Ahora bien, la victoria estadounidense no debe hacer que uno pase por alto el hecho de que Valencia no fue el único general que desobedeció órdenes: la batalla tuvo lugar porque Pillow no obedeció las órdenes de Scott. Como Santa Anna, Scott llegó al campo para tratar de salvar una batalla que no había querido combatir y el ejército estadounidense la ganó porque, una vez más, pudieron desplazar a sus hombres e incluso un cañón a través de un terreno que los oficiales mexicanos consideraban infranqueable. En el caso de la batalla de Padierna, la historia social de los dos ejércitos entra en juego; es probable que una de las razones de que los oficiales mexicanos tendieran a sobrestimar el reto que significaba el mero hecho de desplazarse por un terreno difícil sea ésta: como las unidades del ejército regular mexicano no lograban marchar en formaciones cerradas, sus oficiales no podían impedir que un importan-

te número de sus hombres se librara del hambre permanente de la vida militar; no entendieron que era menos probable que las tropas estadounidenses, bien alimentadas, desertaran en esas circunstancias. El mismo problema de la deserción también evitó que los oficiales mexicanos apostaran soldados en lugares alejados para advertir de los ataques del enemigo y eso, junto con la inclinación estadounidense a flanquear las posiciones fuertes, hizo que las fuerzas mexicanas fueran vulnerables a los ataques desde direcciones inesperadas.

La mañana del 20 de agosto, después de la derrota de las fuerzas de Valencia, los mexicanos y los estadounidenses enfrentaron diferentes desafíos: éstos necesitaban perseguir y destruir al ejército mexicano o, al menos, evitar que estableciera una nueva línea de defensa, pero los soldados mexicanos que huían en desorden eran una tentación que ningún oficial estadounidense podía resistir. A pesar de los primeros temores de Valencia, los estadounidenses no avanzaron al norte desde San Ángel, hacia la ciudad, sino que siguieron a los mexicanos en su retirada al este, hacia Coyoacán; sin embargo, muchos soldados estadounidenses estaban exhaustos y hambrientos y su propio éxito llevó a la desorganización, cuando los soldados de diferentes unidades se mezclaron en su ansiedad de dar seguimiento a su victoria. El desafío para los mexicanos era simple: tenían que salvar lo que pudieran y establecer una línea de defensa más cercana a la ciudad, por lo que Santa Anna y sus oficiales se esforzaron desesperadamente por hacer que varias unidades apostadas en San Ángel, Coyoacán y San Antonio se pusieran en marcha con su valiosa artillería y sus municiones; sin embargo, sus esfuerzos se vieron dificultados por el pánico y el caos: temerosa de los estadounidenses, la población civil también emprendió la fuga por las angostas y fangosas veredas con sus bienes, impidiéndoles la retirada.[29] Sabiendo que podía perder la ciudad ese día, Santa Anna necesitaba tiempo; por suerte, también sabía qué debía hacer.

Los caminos que siguieron los mexicanos que estaban cerca de Padierna iban de San Ángel a Coyoacán y, después, se encontraban con la carretera que las fuerzas mexicanas en retirada de San Antonio estaban usando antes de cruzar por un puente en Churubusco, cerca del convento de San Mateo Churubusco. Cuando las fuerzas mexicanas convergieron allí, la escena fue caótica, pero también se convirtió en un cuello de botella para los estadounidenses que las perseguían y, en los días anteriores, mientras reflexionaba sobre los movimientos de Scott y reñía con Valencia, Santa Anna había pensado con toda claridad cómo proteger una

posible retirada: ya había apostado fuerzas en el terraplén de la fortificación del puente y dentro de las murallas del convento y, ahora que los momentos difíciles se le venían encima, Santa Anna las reforzó con tropas frescas y artillería cuya tarea era simple: retener a los estadounidenses mientras el ejército mexicano se retiraba, una tarea que cumplieron mucho mejor de lo que Santa Anna se hubiera atrevido a esperar. Cuando los desorganizados estadounidenses desembocaron por la carretera, chocaron con ese puesto fortificado en una batalla terriblemente violenta.

Las tropas que defendían el pequeño fuerte junto al puente, conformadas en su mayoría por soldados regulares, sostuvieron su posición durante horas, usando la artillería y los mosquetes para hacer retroceder los asaltos de los estadounidenses a través de las milpas, causándoles cientos de bajas. El soldado regular estadounidense C. M. Reeves describió que trató de sacar a un soldado herido de una zanja fangosa sólo para ver que otra bala lo alcanzaba y lo mataba ante sus ojos. Las acciones justo al este, en el convento, siguieron el mismo patrón: las tropas mexicanas tenían una ligera ventaja de posición y suficiente determinación para sostenerla: en palabras de un mexicano: "murieron yanquis como hormigas". La persecución había sido detenida por una resistencia obstinada. Los comandantes estadounidenses siguieron enviando más y más hombres al combate y Scott envió a otros con el propósito de cruzar por otro puente y así cortar el camino a la ciudad, más al norte. Esa fuerza se abrió paso hasta la carretera por la hacienda de Portales, sólo para verse enfrentada a las unidades que Santa Anna había emplazado precisamente allí para detener ese tipo de ataque de flanqueo. En ese lugar, el comandante estadounidense se avergonzó al ver que sus tropas de voluntarios se ponían a cubierto y se rehusaban a avanzar bajo el fuego; mientras tanto, a medida que los preciosos minutos se convertían en una hora y, después, esa hora se alargaba a tres horas, el resto del ejército mexicano se estaba abriendo paso por la carretera, hacia la ciudad de México, llevando consigo un gran número de cañones y muchas de sus valiosas municiones.

Al fin, el fuego de los mexicanos disminuyó a medida que sus mosquetes se rompían o simplemente porque se les habían agotado las municiones, lo que permitió a las fuerzas estadounidenses acercarse, primero al puente y después al convento y, al hacerlo, algunos de los mexicanos se retiraron por la carretera, mientras que otros se mantuvieron en posición para hacer sus últimos disparos o resistir con sus bayonetas y sus espadas. Los soldados estadounidenses finalmente lograron irrumpir en el convento, pero el combate cuerpo a cuerpo continuó adentro hasta que

el capitán estadounidense James Smith hizo ondear una bandera blanca para impedir que sus hombres siguieran masacrando a los enemigos acorralados. Los estadounidenses habían vencido, pero a un enorme costo: murieron casi 140 de ellos y unos 900 resultaron heridos. Por primera vez, los estadounidenses habían atacado sin una exploración y un análisis cuidadosos, y ello los había llevado a enfrentarse a una posición fuertemente defendida. Los mexicanos también pagaron un precio muy alto, con quizás el doble de hombres muertos y también muchos heridos; además, casi 2 mil mexicanos fueron capturados. Sin embargo, el resultado más importante de la batalla fue la preservación del ejército mexicano: la resistencia en el puente, el convento y la hacienda de Portales había evitado que los estadounidenses destruyeran al ejército en retirada y marcharan directamente contra la ciudad de México. Scott pudo enviar a unos cuantos hombres de caballería por la calzada y algunos llegaron incluso a la siguiente línea de defensa, pero pronto fueron repelidos y no representaron una amenaza seria para la ciudad.[30]

La retaguardia que combatió con tanta destreza en el puente y el convento de Churubusco constituía realmente un microcosmos de las clases de fuerzas que Santa Anna había reunido para defender la ciudad de México, aunque no queda claro cómo hizo para elegir a quién apostar allí: es posible que simplemente haya elegido las unidades que estaban cerca y todavía relativamente organizadas, aunque algunos sospechan que seleccionó las unidades que él estaba dispuesto a sacrificar.[31] El puente y el río cercano al convento fueron defendidos por una brigada de soldados regulares que, como ya se ha visto, eran conscriptos en su mayoría, hombres seleccionados para servir porque no eran padres de familia responsables, a los que incluso otros mexicanos pobres despreciaban, pero cuyo adiestramiento y disciplina impuesta por oficiales y sargentos, combinada con los sentimientos mutuos, hizo de ellos unos enemigos temibles en el campo de batalla. Lo notable es que muy pocos de esos combatientes fueron capturados en Churubusco y la mayoría de los que no cayeron muertos o heridos se unió al ejército mexicano en su exitosa retirada. Quizá los oficiales regulares relativamente experimentados sabían cómo juzgar cuándo habían ganado suficiente tiempo para que sus camaradas se retiraran, cómo calcular cuándo se agotarían sus municiones y cómo sacar a sus soldados del combate en el último momento. Los defensores del convento eran diferentes: un grupo desplegado allí era de la Guardia Nacional del actual estado de Guerrero;[32] sin embargo, la mayoría de los hombres provenían de dos grupos más famosos: el primero era el de

los batallones Bravo e Independencia de la Guardia Nacional, dos batallones que, en realidad, estaban compuestos de artesanos, por lo que no eran tan ricos como los de algunas unidades de moderados, pero habían participado en la rebelión en contra de Valentín Gómez Farías por temor a su política radical y por fidelidad a la iglesia. Habían sido convocados para combatir a los estadounidenses y lo habían hecho con una gran valentía, a pesar de no contar con una enorme habilidad: en cierto momento de la batalla, los hombres de la Guardia Nacional instalados en los techos del convento apuntaban tan mal con sus mosquetes que mataban a sus propios camaradas apostados en las afueras; cuando estos últimos se quejaron, los comandantes retiraron todas las tropas de la techumbre. No obstante, esos batallones causaron muchísimas bajas entre los estadounidenses y combatieron hasta que se quedaron completamente sin municiones, e incluso después.[33]

La otra unidad que defendía el convento estaba formada únicamente por unos 200 hombres, alrededor del uno por ciento de las fuerzas que Santa Anna había reunido para defender la ciudad de México, pero fue el más famoso de los grupos que combatieron en la guerra. Su nombre era Batallón de San Patricio y se conocía a sus hombres con el mote de "los san patricios", y todas sus tropas eran soldados que antes habían pertenecido al ejército estadounidense.[34] Ésa no fue la primera batalla en la que esos hombres enfrentaron a sus antiguos camaradas: unas pequeñas unidades de san patricios habían combatido en Monterrey y La Angostura en el norte, sobre todo como artilleros. En el convento, no obstante, se había desplegado un grupo más numeroso, sobre todo de infantería, que combatió de manera desesperada, en parte porque sabían que su captura significaría su ejecución; además, resistieron hasta el final y fueron los últimos que todavía tenían municiones, porque el único reaprovisionamiento que recibieron los defensores durante la batalla no era el correspondiente a los mosquetes del batallón Bravo ni a los del Independencia, pero sí a los del Batallón de San Patricio. Cuando los hombres de la Guardia Nacional, que habían agotado sus municiones, trataron de hacer ondear una bandera blanca, algunos de los san patricios los detuvieron. Aunque algunos de éstos escaparon cuando se rindió el convento, más del 60 por ciento cayeron muertos o fueron capturados en el lugar. Algunos soldados estadounidenses que participaron en esa batalla afirmaron que los san patricios apuntaban en especial a los oficiales estadounidenses, que se habían ganado su odio por la severa disciplina a que habían sido sometidos.[35] La historia de esos 200 hombres es tan sorpren-

dente que ha sido interpretada en libros de texto, historias populares, novelas y un largometraje, así como en un álbum de música estadounidense del músico Ry Cooder y de The Chieftains, una banda especializada en música folklórica irlandesa.[36]

LOS SAN PATRICIOS

Es muy difícil determinar con certidumbre los motivos de los san patricios, en parte porque la mayoría de ellos eran analfabetas; en parte porque, cuando algunos de ellos hablaron de manera directa sobre sus motivos, lo hicieron al ser sometidos a un juicio en el que su vida estaba en juego o en circunstancias en las que claramente buscaron las palabras para dirigirse a algún auditorio específico, y en parte porque muchas personas diferentes habían tratado de entenderlos y utilizaron su historia para desarrollar sus propios argumentos sobre la identidad nacional. Con todo, lo que sí se puede asegurar sobre ellos a partir de la lectura de los documentos disponibles en el contexto de la historia social europea, estadounidense y mexicana dice mucho sobre esa guerra, sobre la experiencia de la gente pobre del siglo XIX y sobre los esfuerzos por formar el Estado nacional, tanto en México como en Estados Unidos.

¿Por qué unos hombres que antes habían pertenecido al ejército estadounidense llegaron a combatir junto a los mexicanos? La explicación debe comenzar con la manera en que se apartaron del ejército estadounidense. Todos los san patricios a los que se puede identificar como antiguos soldados del ejército estadounidense habían servido en el ejército regular, no en los regimientos de voluntarios, por lo que se puede presumir que, como la mayoría de los hombres alistados ahí, lo hicieron por razones económicas; como ya se ha visto, ese ejército experimentó una gran deserción en tiempos de paz, un patrón que siguió repitiéndose durante la guerra. En marzo de 1846, cuando el ejército de Zachary Taylor llegó al río Bravo, frente a Matamoros, fueron tantos los soldados regulares que desertaron y cruzaron a nado el río que Taylor se sintió obligado a ordenar a los centinelas que mataran a todos aquel que lo intentara. Con todo, los soldados del ejército regular desertaron en grandes cantidades durante toda la guerra, abandonando tanto las fuerzas de Taylor en el norte de México como las de Winfield Scott en el centro del país. Muchos de los desertores no habían nacido en Estados Unidos: alrededor de 40 por ciento de los hombres del ejército regular estadounidense eran

extranjeros, a menudo inmigrantes irlandeses o alemanes que se habían alistado en ciudades del este de Estados Unidos.[37]

¿Por qué desertaban esos hombres? Sin duda alguna, la preferencia por los hombres blancos nacidos en Estados Unidos forma parte de esa historia, dado que muchos estadounidenses despreciaban a los inmigrantes, en especial a los católicos: en ocasiones, los oficiales del ejército regular, en su mayoría protestantes, presionaban a los soldados inmigrantes para que asistieran a los servicios religiosos, los sometían a un adiestramiento físico excesivamente severo y les aplicaban unos castigos arbitrarios que eran una parte rutinaria de la vida en el ejército regular.[38] Un hombre apellidado Reeves que se había alistado en el ejército regular escribió sobre Matamoros: "un gran número de hombres desertó del ejército en este lugar y eso fue causado en gran medida por ciertos incentivos ofrecidos, por los mexicanos y por esos hombres a los que era fácil embaucar y porque, sin duda, en algunos casos sus oficiales habían abusado de ellos".[39] En este caso, se observa otro acontecimiento que ayuda a entender a los san patricios: las autoridades mexicanas eran muy conscientes del descontento entre los hombres del ejército regular estadounidense y buscaron aprovecharlo, aumentando los incentivos para que desertaran:[40] durante todo el conflicto, se esforzaron por alentar a esos soldados a abandonar las filas estadounidenses; parte de los estímulos fueron orales: las autoridades mexicanas se dirigieron a los soldados regulares por intermedio de la población civil, tanto mexicana como extranjera, de los territorios ocupados por los estadounidenses. Los mexicanos también redactaron muchos documentos que distribuían subrepticiamente entre las filas estadounidenses.

En algunos de esos documentos sólo se alentaba a los soldados estadounidenses a la deserción, pero en otros se ofrecían beneficios adicionales a los hombres que también aceptaran unirse al ejército mexicano. Por supuesto, esos documentos no son prueba directa de los motivos de los desertores; no obstante, no fueron producidos en el vacío: las autoridades mexicanas interrogaban a los desertores sobre sus motivos personales y sobre las creencias de los otros soldados y usaban la información obtenida para elaborar los mensajes para alentar la deserción. Sabían, por ejemplo, que muchos de los probables desertores eran extranjeros en Estados Unidos: casi inmediatamente después de la llegada de Zachary Taylor al río Bravo, el general Pedro de Ampudia envió al otro lado del río un folleto, escrito a mano en inglés y dirigido a los extranjeros del ejército de Taylor, en el que ofrecía a los desertores un buen trato y apoyo económico;[41]

Ampudia no mencionó en su folleto la posibilidad de que los desertores se unieran al ejército mexicano, pero sí afirmó que serían enviados al sur, a la ciudad de México. Mariano Arista, el sucesor de Ampudia como comandante en Matamoros, insistió en ello con un segundo folleto: escribió que los extranjeros se habían alistado en el ejército estadounidense en tiempos de paz y ahora se les exigía que combatieran en una guerra injusta en contra de una nación poderosa que, sin duda alguna, los derrotaría; les ofreció tierras y la oportunidad de hacerse ciudadanos mexicanos si desertaban, pero tampoco hizo mención alguna a su alistamiento en el ejército mexicano.[42] Más tarde, en septiembre de 1846, a medida que los estadounidenses se aceraban a Monterrey, los mexicanos abordaron públicamente la posibilidad de que los soldados extranjeros podrían querer combatir por el ejército mexicano si se les ofrecía que conservaran cualquier grado que tuvieran en el ejército estadounidense.[43] Tiempo después, corrieron rumores de que los hombres que aceptaran combatir por México también recibirían primas y ascensos;[44] no obstante, lo que más a menudo les ofrecieron las autoridades mexicanas fue la posibilidad de llevar una vida como civiles en México. Después de la batalla de Cerro Gordo, Santa Anna ofreció a los desertores que quisieran servir en el ejército mexicano la oportunidad de hacerlo y también ofreció primas en efectivo y tierras a todos los desertores. En junio de 1847, Juan Álvarez escribió un llamamiento que fue traducido al alemán y distribuido en Puebla: él también ofreció apoyo económico a los desertores y dijo que los que quisieran permanecer en México recibirían suficientes tierras para tener una vida decente.[45]

En ocasiones, las autoridades mexicanas hicieron llamamientos más ideológicos en los que expusieron argumentos tal vez basados en las conversaciones con los desertores. En los folletos, se señalaba que los estadounidenses habían emprendido una guerra agresiva con el propósito de apoderarse de los territorios mexicanos para esclavizar al país. La visión de la justicia presentada en esos folletos se relacionó de manera explícita con la religión: se criticó la guerra agresiva desde el punto de vista religioso y los redactores de los folletos se dirigieron en particular a los soldados católicos. En junio de 1847, Juan Soto, gobernador de Veracruz, afirmó que los soldados católicos, irlandeses, franceses y alemanes del ejército estadounidense no deberían matar a los mexicanos católicos, y viceversa; terminó su llamamiento con el lema "¡Viva nuestra Santa Religión!" John Riley, el comandante de los san patricios, escribió a los potenciales desertores que los irlandeses amaban la libertad y que los mexicanos estaban

combatiendo por la misma sagrada religión que los irlandeses profesaban. En abril de 1847, el propio Santa Anna hizo también un llamamiento explícito a los irlandeses, afirmando: "nuestra religión es el más fuerte de los lazos", y criticó tanto el hecho de que los estadounidenses, que preferían a los blancos nacidos en Estados Unidos, quemaran las iglesias católicas en ese país como los crímenes que los voluntarios estadounidenses cometían en contra de las iglesias católicas en México.[46]

Los llamamientos públicos iban acompañados de un trabajo clandestino de los tenderos, los curas y los residentes alemanes o irlandeses que vivían en los territorios ocupados. Esos llamamientos irritaban a los oficiales estadounidenses: varios hombres fueron juzgados en los tribunales militares por alentar a la deserción y por distribuir los folletos entre los soldados. Se puso en alerta a los soldados estadounidenses sobre esa posibilidad y algunos trataron de ganarse el favor de sus superiores informando sobre los llamamientos, en ocasiones con resultados cómicos.[47] Los esfuerzos por impedir la deserción fueron motivados por la persistencia de los problemas ante las repetidas victorias estadounidenses: a todo lo largo de la guerra, hubo una corriente constante de soldados del ejército regular estadounidense que abandonaron sus unidades y se entregaron a las autoridades mexicanas: lo hicieron en el norte de México y también desertaron del ejército de Scott a medida que se abría paso de Veracruz al valle de México; otros desertaron de las fuerzas de la marina estadounidense que desembarcaron y atacaron los puertos, o de sus buques cuando navegaban cerca de la costa. Es imposible determinar con exactitud cuántos hombres pasaron de esa manera a los territorios en manos de México, pero es claro que cientos de ellos dieron ese paso. Cuando los oficiales mexicanos les preguntaban por qué desertaban, algunos hablaban de su deseo de no combatir contra los católicos; otros, de los incentivos económicos que se les ofrecían y otros más, por no haber recibido su paga con regularidad; la mayoría de ellos mencionó también la severa disciplina que les imponían en el ejército estadounidense.[48] Ya en noviembre de 1845, cuando Zachary Taylor todavía se encontraba en Corpus Christi, las autoridades mexicanas habían anticipado la deserción; ordenaron a la población civil y a los guerrilleros que trataran bien a los desertores y que los enviaran a la población más cercana que no estuviera ocupada por los invasores, donde los funcionarios locales los alimentaban, les daban salvoconductos y los enviaban a un lugar seguro, usualmente en grupos con escoltas de mexicanos que les mostraban el camino y evitaban las fricciones con la población civil. Muchos desertores reco-

rrieron toda la distancia desde el río Bravo hasta la ciudad de México y posteriormente, en algunos casos, hasta otros destinos en el país.[49] Podría decirse que en cualquier momento de la guerra había decenas de desertores que hacían esa peregrinación a través del paisaje mexicano; ¿cuál consideraban que era su propósito y por qué algunos de ellos terminaron en Churubusco?

Algunos de los san patricios se unieron al ejército mexicano muy poco tiempo después de haber abandonado sus unidades estadounidenses. El ejército regular mexicano, al igual que el estadounidense, tenía una antigua tradición de acoger extranjeros en sus filas; más aún, era algo típico de muchos ejércitos profesionales de la época: el servicio militar no se asociaba culturalmente con la ciudadanía, sino con el empleo. Incluso en tiempos de paz, los soldados a menudo desertaban del ejército estadounidense, en especial cuando consideraban que éste había incumplido las promesas, explícitas o implícitas, que les habían hecho cuando fueron reclutados; tenían una especie de visión contractual del servicio militar. En consecuencia, si un soldado abandonaba el ejército estadounidense y el ejército mexicano le ofrecía una mejor soldada o mejores condiciones, era insensato no aceptar; cuando se añaden esos hechos a los factores religiosos e ideológicos anteriormente citados, no debe sorprender el hecho de que algunos de los hombres que eran llevados de un pueblo a otro de México buscaran unirse al ejército mexicano.[50] Aunque no existen pruebas de que los desertores del ejército estadounidense hayan combatido al lado de los mexicanos en la batalla de Palo Alto o en la batalla de Resaca de Palma, los documentos indican que un número significativo de ellos combatió a su lado en Monterrey, en especial como artilleros: cuando el ejército mexicano se retiró de esa ciudad, algunos testigos estadounidenses vieron a varios de esos hombres marchar con los soldados mexicanos.[51] El ejército que Santa Anna reunió en San Luis Potosí durante el otoño de 1846 incluía una unidad de artillería compuesta por más de cien desertores que cruzaron el desierto hasta La Angostura y causaron numerosas bajas a los estadounidenses. En esa batalla, 22 soldados de esa unidad resultaron heridos y 6 murieron, y el ejército mexicano los condecoró por su valentía y eficiencia. En esa batalla, los desertores se encontraban en una unidad definida, con un estandarte verde confeccionado por las monjas de San Luis Potosí.[52] Después de la batalla, las fuerzas de Zachary Taylor capturaron al menos a tres de ellos: el soldado Samuel Chamberlain escribió que Taylor decidió que el peor de los castigos posibles sería enviarlos de regreso al ejército mexicano, mientras que

Isaac Smith afirmó que fueron enviados a prisión; por su parte, los registros militares indican que Isaac Mansfield primero fue sentenciado a muerte, pero que después fue dado de baja deshonrosamente, mientras que John Gomery fue azotado y enviado a prisión por el tiempo restante de su alistamiento.[53]

El llamativo comentario de Chamberlain pone de manifiesto uno de los problemas que moldearon la experiencia de los san patricios, junto con la de todos los hombres del ejército mexicano: el gobierno carecía de los recursos económicos necesarios para pagar, alimentar y vestir adecuadamente a sus soldados. Después de haber visto al grupo desfilar cuando abandonaban Monterrey, William Carpenter señaló que en el ejército estadounidense estaban bien pagados y alimentados, pero que en el mexicano estaban "andrajosos y sucios, no recibían ni media paga y la alimentación era peor".[54] Las condiciones fueron particularmente malas durante la retirada de La Angostura y algunos de los san patricios que combatieron en esa batalla decidieron que estaban hartos de los ejércitos, una opción que no estaba a disposición de sus colegas mexicanos, ni siquiera de los estadounidenses, aunque, evidentemente, una vez que habían firmado, los extranjeros habían hecho un acuerdo verbal que sólo los obligaba a tres meses de servicio; sin embargo, México necesitaba con urgencia más hombres y, sin duda alguna, el acuerdo estaba tan lejos de las prácticas normales que los burócratas del ejército se mostraban renuentes a cumplirlo. Unos 60 san patricios recurrieron a John Davis, el cónsul británico en San Luis Potosí; creían que, en su calidad de irlandeses, eran súbditos británicos con derecho a su ayuda, por lo que, cuando él les dijo que, al servir en el ejército estadounidense, habían renunciado a ese derecho, replicaron literalmente: "un irlandés pobre no puede ganarse el pan en su propio país ni protección en uno extranjero"; después de consultar con sus superiores, Davis intervino ante las autoridades mexicanas, que liberaron a esos san patricios del servicio en junio de 1847.[55]

¿Qué opciones enfrentaban los desertores que nunca habían servido en el ejército mexicano o que sólo lo habían hecho temporalmente? Por extraño que parezca, al menos diez de los irlandeses que abandonaron el ejército mexicano después de la batalla de La Angostura se unieron a una fuerza de guerrilleros del norte de México: es evidente que servir en esa fuerza era una opción más atractiva que hacerlo en el ejército regular mexicano, debido a lo escaso de la comida y la paga; sin embargo, esos guerrilleros despojaban por la fuerza de sus bienes y de dinero a los mexicanos que, afirmaban los guerrilleros, comerciaban en forma ilegal con

los estadounidenses, por lo que fueron disueltos después de unas cuantas semanas.[56] Algunos de los san patricios también sirvieron en una fuerza especial que protegía de los bandidos el tráfico comercial cerca de la ciudad de México;[57] sin embargo, la mayoría de los san patricios liberados del servicio en el ejército mexicano y la mayoría de los otros cientos de desertores que no se unieron de inmediato al ejército buscaron trabajo como civiles. George Cook y Henry McLean, por ejemplo, dijeron a las autoridades "ser artesanos y desear dedicarse exclusivamente a trabajar en los oficios que profesan".[58] Esos hombres habían abandonado las zonas empobrecidas de Europa para ir a Estados Unidos y tratar de mejorar su situación económica, pero se encontraron con que las oportunidades económicas en el este del país eran muy limitadas y, por lo tanto, habían hecho caso al llamamiento de los reclutadores del ejército: la paga constante, la vestimenta decente, la alimentación regular y el abrigo que les ofrecían los reclutadores eran atractivos por sí mismos, pero, sin duda alguna, muchos de esos hombres sabían que era común que los hombres se unieran al ejército en el este y después desertaran cuando eran transportados a la frontera, donde un hombre laborioso podía ganarse una vida decente. No es posible asegurar que ellos creyeran que la vida en México también les ofrecía ese tipo de oportunidades, pero sí se sabe que las autoridades mexicanas buscaron deliberadamente convencer a los probables desertores de que así era.

Las autoridades mexicanas también trataron de que tuvieran esa clase de vida: el método que utilizaron para hacerlos pasar de pueblo en pueblo los encauzó hacia lugares donde podrían encontrar empleo, en especial en la ciudad de México y en los estados de San Luis Potosí e Hidalgo. En este último, los inversionistas ingleses habían comprado varias minas y traído mineros ingleses para que los ayudaran a explotarlas; en realidad había tantos ingleses en Mineral del Monte, que el oficial estadounidense Daniel Harvey Hill lo describió como "un pueblo inglés con casas inglesas, modales ingleses y costumbres inglesas"; según parece, ése fue también el pueblo al que Davis envió los hombres a los que había ayudado a abandonar el ejército mexicano.[59] Al menos por un tiempo, muchos desertores trabajaron en varios oficios en San Luis Potosí, Hidalgo y la ciudad de México; Herman Schmidt incluso abrió una escuela en Guadalajara.[60] Ahora bien, hay un grave problema con cualquier trayecto que haya seguido de Europa al este de Estados Unidos un hombre pobre de Irlanda o Alemania, de allí al ejército estadounidense y, después, a México, dado que el último lugar era el que tenía la economía menos productiva

y los salarios más bajos: ni siquiera los extranjeros de la clase trabajadora estaban acostumbrados a vivir en esa pobreza y los desertores tenían una enorme desventaja, pues no contaban con la familia y los parientes de los que los mexicanos pobres dependían como red de seguridad social y fuente de información y favores, o sea aquello que les permitía tener una vida pasadera. Carpenter, un prisionero de guerra que escapó y viajó a través de México haciéndose pasar por desertor, intentó varias maneras de ganarse la vida, explicando que "no se podía encontrar trabajo con un sueldo suficiente para el alma y el cuerpo unidos".[61]

En junio de 1847, había muchos desertores del ejército estadounidense en la ciudad de México, a donde los habían conducido las autoridades desde Matamoros, Monterrey, Saltillo y Tampico, en el norte, y desde Veracruz y Puebla, en el oriente. Mientras los estadounidenses se preparaban para marchar a la ciudad de México, esos hombres sabían que, si eran capturados, enfrentarían un severo castigo. Algunos de los antiguos soldados estadounidenses que se encontraban en la capital del país ya se consideraban más como prisioneros de guerra que como desertores, pues habían sido arrestados por las autoridades mexicanas después de haber abandonado sus unidades, sobre todo durante sus borracheras, y también habían sido conducidos a la ciudad de México, pero también temían a la justicia militar estadounidense: era común que los soldados que faltaban durante unas cuantas horas o incluso días fueran castigados ligeramente, pero el hecho de haber pasado varias semanas de ausencia en manos del enemigo era un asunto más grave; por lo demás, a medida que el ejército estadounidense se acercaba, la gente común de la ciudad de México se inclinaba más a considerar a esos extranjeros menos como una curiosidad que como unos enemigos odiados, lo cual les dificultaba más su desplazamiento por la ciudad. Las autoridades militares mexicanas habían proporcionado alojamiento a esos hombres y les habían dado dinero para que se alimentaran, pero los constantes problemas fiscales y la nueva crisis que se aproximaba llevaron al gobierno a destinar todos los fondos a la formación de un ejército que defendiera la ciudad. Meses antes, el gobierno había dejado de pagar a los empleados gubernamentales y ya no podía darse el lujo de sostener a los desertores; por último, los propios desertores representaron una fuente posible de tropas para el ejército, por lo que con frecuencia se les ofreció, al igual que a los prisioneros de guerra estadounidenses, la oportunidad de servir en el ejército mexicano y, a los que en ese momento se encontraban en la ciudad de México, se les dijo que el gobierno sólo los alimentaría si se alistaban.[62]

Las presiones para que esos hombres se unieran al ejército mexicano aumentaron cuando la unidad recién creada de los san patricios llegó a la ciudad en junio de 1847. Aunque algunas fuentes indican que estuvieron en Cerro Gordo, parece ser que, en esos documentos, se los confunde con un grupo distinto de civiles irlandeses que marcharon con Santa Anna a Veracruz para ayudar a los heridos. Los san patricios permanecieron en San Luis Potosí hasta junio de 1847 y marcharon con el Ejército del Norte de Gabriel Valencia al valle de México; en ese momento, ya sólo quedaban unos 50, los hombres que no habían querido abandonar el ejército mexicano después de la batalla de La Angostura.[63] Ese pequeño grupo volvió a aumentar y terminó reconstituido como una unidad de infantería llamada Legión Extranjera o Compañía de San Patricio.[64] Aunque un oficial mexicano llamado Francisco Moreno, que hablaba inglés, permaneció al mando de esa unidad, más a menudo se asocia a los san patricios con su segundo al mando, el irlandés John Riley. Éste y Moreno visitaron en repetidas ocasiones a los antiguos soldados estadounidenses que se encontraban en la ciudad de México y trataron de persuadirlos de que se unieran a los san patricios; sin duda, les hablaban de lo justo de la causa mexicana pero, tiempo después, cuando esos hombres testificaron ante las autoridades militares estadounidenses, hicieron hincapié en los aspectos menos positivos del discurso: les dijeron que, independientemente de cómo hubieran llegado a encontrarse allí, los estadounidenses los ejecutarían a todos por ser desertores, que sólo había alimentos disponibles para ellos en el ejército mexicano y que el hecho de portar uniforme mexicano les permitiría desplazarse por las calles de la ciudad sin ser molestados por la muchedumbre. Algunos de los hombres también se quejaron de que Riley y Moreno los golpearon para que aceptaran alistarse; es notable que Riley fue el oficial que había tratado de mantener a muchos de los san patricios en San Luis Potosí. Por despreciable que pueda parecer ahora esa coacción, es necesario ponerla en contexto: era muy común que los ejércitos de la época reclutaran hombres para sus filas y así fue como la mayoría de esos hombres llegaron a pertenecer al ejército regular mexicano. Y aunque las autoridades mexicanas siguieron exaltando a los san patricios como un ejemplo de los hombres que habían elegido combatir por la justa causa de México, también parecen haber hecho la vista gorda con los esfuerzos de Moreno y Riley por presionarlos a unirse al ejército.[65]

Riley escribió su apellido de diversas maneras y fue un personaje impresionante, del que sus contemporáneos gustaban hablar, a menudo con poca información. Se sabe que nació en Irlanda y que, como muchos ir-

landeses pobres, sirvió en el ejército británico, posiblemente en Canadá; más tarde, emigró al estado de Michigan y, después de trabajar en la isla Mackinac durante un tiempo, se alistó en el Batallón Primero de Infantería del ejército estadounidense ahí estacionado. Poco después, su unidad fue enviada a Texas y marchó con el ejército de Zachary Taylor al río Bravo, de donde Riley, que había sido un soldado eficiente y confiable durante los pocos meses que había servido en el ejército estadounidense, desertó y se integró al ejército mexicano con el grado de teniente.[66] En el juicio que se le siguió, afirmó haber sido capturado mientras asistía a misa y haberse unido al ejército mexicano porque unos oficiales lo amenazaron con ejecutarlo,[67] lo cual parece poco probable, porque los mexicanos no tenían la costumbre de nombrar como oficiales a los hombres reclutados. Una vez en las filas mexicanas, Riley demostró ser un hábil artillero y un buen líder de sus antiguos camaradas estadounidenses, con quienes combatió en la batalla de Monterrey y, después, en La Angostura. Asimismo, ayudó a redactar en inglés varios de los folletos distribuidos para alentar la deserción y pronto ascendió al grado de mayor, grado mucho más alto que el que podría haber alcanzado en el ejército estadounidense. En una carta que escribió a su antiguo patrón en Michigan, Riley afirmó que era un combatiente por la libertad de Irlanda y se vanaglorió de que los san patricios habían combatido bajo la bandera "del glorioso emblema de los derechos de los nativos, la bandera que debió haber ondeado en nuestro suelo nativo hace muchos años; era san Patricio, el arpa de Erin, el trébol del verde campo".[68] En los vaivenes del mundo del proletariado internacional, flotante y siempre con hambre, al que pertenecían los hombres como Riley, un hombre que aspirara a una condición social más alta y luchara por un ideal como la independencia de Irlanda podía ser fácilmente un hombre que se valía de la fuerza física para imponer su voluntad a los otros y, asimismo, que podía hilar relatos diferentes para manipular a diferentes auditorios, algo que Riley hizo todo el tiempo.

Cuando en los tribunales militares estadounidenses se sometió a juicio a los san patricios que habían sido capturados, pocos admitieron haberse unido voluntariamente al ejército mexicano; la mayoría dijo haber sido capturada mientras se encontraba temporalmente ausente de sus unidades durante una borrachera, algo que ocurría muy a menudo entre los soldados del ejército regular, como ya se ha indicado;[69] otros dijeron que habían salido a robar ganado mexicano o a cazar cuando fueron capturados, y algunos afirmaron simplemente haber sido obligados a unirse a los san patricios, mientras que otros especificaron que fueron golpea-

dos hasta que finalmente cedieron o explicaron que les dijeron que sólo saldrían de la prisión si aceptaban combatir por México.[70] Con todo, uno de los motivos expuestos con más frecuencia, ya sea solo o junto con los antes mencionados, fue el hambre: a muchos se les agotaron las opciones económicas después de que el gobierno mexicano decidiera que ya no podía dedicar nada de sus escasos recursos a alimentarlos, a menos que estuvieran dispuestos a defenderlo. Algunos irlandeses, y por lo tanto súbditos británicos, buscaron la ayuda de su cónsul y éste pudo darles apoyo económico durante un tiempo, pero sus fondos terminaron agotándose y ya no pudo darles dinero para ir a los distritos mineros y ni siquiera a Belice, colonia inglesa que algunos consideraban como un refugio posible; sin esas opciones disponibles, el servicio en el ejército mexicano parecía imperativo: James Doyle declaró que fue "obligado a alistarse porque se moría de hambre".[71] En la empobrecida economía mexicana, a esos hombres les habría sido difícil encontrar trabajo incluso si el bloqueo y la invasión no hubieran disminuido aún más las actividades económicas, pero también enfrentaban un desafío más letal: en junio, Alexander McGrotty y William Dwire escribieron al cónsul británico que estaban "constantemente sometidos a insultos y en peligro de ser asesinados por las clases más bajas del pueblo".[72] A John Welden, un inglés que había servido en el batallón de los san patricios, pero que nunca había pertenecido al ejército estadounidense, se le exigió declarar como testigo de cargo en los juicios contra McGrotty y Dwire; ahí afirmó que, por lo general, los ex soldados estadounidenses que se encontraban en la ciudad de México "eran maltratados y se abusaba de ellos cuando salían a la calle. En realidad, ésa fue la razón por la que me alisté." Roger Hogan, del Batallón de San Patricio, testificó que los hombres "no podían salir a la calle por temor a que los apedrearan y los golpearan y por el riesgo de que los mataran si salían vestidos con indumentaria estadounidense".[73] Varios hombres trataron de escapar de la trampa mortal en la que se encontraban abandonando la ciudad, pero las muchedumbres los golpearon y tuvieron que volver.[74] Esos hombres, de diversas nacionalidades, obligados por el hambre a emigrar a Estados Unidos y más tarde a unirse al ejército estadounidense, se vieron obligados, también por el hambre, a unirse al ejército mexicano, con la particular ironía de que la creciente conciencia nacional de algunos mexicanos ayudó a hacer imposible que se asimilaran a la clase trabajadora nacional.

El problema consiste en cómo interpretar las actas de las cortes marciales: aun cuando esos hombres hubieran tenido más motivos ideológi-

cos para combatir por México, sabían que hacerlos públicos en esos juicios habría significado una muerte segura; por supuesto, afirmaron que nunca habían tenido la intención de desertar y que fueron obligados a combatir contra los estadounidenses. Algunos de ellos se oponían al anticatolicismo y a la preferencia de los estadounidenses por los blancos nacidos en Estados Unidos, o creían que el servicio en el ejército mexicano les proporcionaría lo que el servicio en el ejército estadounidense no les daba: el respeto y la oportunidad de convertirse eventualmente en ciudadanos honorables. En una carta en la que pedía al ayuntamiento de la ciudad de México fondos que lo ayudaran a volver a alistarse en el ejército mexicano, Thomas O'Connor, quien resultó herido en la batalla de Churubusco pero logró evitar que lo capturaran, insistió en que había combatido por México porque su causa era justa.[75] Es probable que otros hayan desertado del ejército estadounidense para escapar a la severa disciplina o para buscar mejor fortuna económica en México, pero dijeron que sólo se alistaron en el ejército mexicano cuando les pareció que no había ninguna otra manera de sobrevivir.[76] Al final, los relatos que presentaron a los tribunales militares estadounidenses no mejoraron su destino: la gran mayoría de ellos fueron sentenciados a la horca después de un juicio sumario. Unos cuantos escaparon a la muerte gracias a que Winfield Scott les conmutó la sentencia o, con mayor frecuencia, porque técnicamente habían desertado antes de la declaración de guerra; es paradójico que Riley, el más notorio de los san patricios, fuera uno de ellos. Quienes escaparon a la muerte fueron torturados y enviados a prisión. Sin duda alguna, esos severos castigos estaban motivados por el odio que los oficiales estadounidenses sentían por los prisioneros, pero sobre todo porque eran útiles: el ejército de Scott seguía perdiendo hombres debido a las deserciones y quería reducir la hemorragia poniendo a los san patricios como ejemplo:[77] 16 de ellos fueron ejecutados en un ahorcamiento multitudinario en San Ángel el 10 de septiembre y 29 fueron ejecutados en otro ahorcamiento en el cercano pueblo de Mixcoac el 13 de septiembre; sin embargo, los draconianos ejemplos no pusieron un alto a la deserción: los hombres siguieron abandonando el ejército y algunos incluso se unieron al mexicano, que volvió a formar el batallón de extranjeros. La búsqueda de mejores opciones mediante la deserción continuó hasta el final de la guerra y aún después.[78]

Desde las primeras pruebas de la existencia de los san patricios, con su participación en la batalla de Monterrey en septiembre de 1846 hasta su castigo un año después, tanto los soldados de las unidades regulares

como los de las unidades de voluntarios con frecuencia hicieron comentarios sobre ellos: los voluntarios en particular tendieron a considerarlos con dureza y fueron también los que más probablemente los consideraban como traidores a su país y no como traidores a sus camaradas. William H. Daniel, voluntario de Kentucky, escribió: "deberían ser fusilados; para cualquier hombre que deserte y combata contra su país, la muerte es demasiado buena para él"; Carpenter, otro voluntario de Kentucky, dijo de un san patricio con el que se encontró que era "una desgracia para sí mismo y para su país". Los voluntarios que asaltaron el convento de Churubusco querían matar a los san patricios donde los encontraran; Jacob Oswandel escribió que los voluntarios de la unidad de Pensilvania desenterraron los cadáveres de algunos de los san patricios ejecutados con la intención de vender sus cráneos en Estados Unidos.[79] Algunos soldados regulares también fueron muy violentos. C. M. Reeves consignó vívidamente que un san patricio fue ejecutado en el acto cuando sus antiguos camaradas se toparon con él en el campo de batalla y se dice que los soldados irlandeses del ejército regular odiaban especialmente a los san patricios porque su deslealtad deshonraba a todos los irlandeses del ejército estadounidense;[80] sin embargo, algunos soldados regulares reconocieron que tanto la religión como el severo tratamiento que se les daba pudieron haber motivado a los san patricios a desertar y combatir por los mexicanos.[81]

La opinión de los mexicanos sobre los san patricios era muy diferente. Los oficiales del ejército y los políticos eran muy conscientes de que muchos extranjeros que servían en el ejército regular de Estados Unidos habían emigrado a ese país en busca de oportunidades económicas y se habían alistado en el ejército en tiempos de paz porque tenían dificultades para ganarse la vida; creían que esos hombres, a diferencia de los soldados voluntarios, no estaban haciéndole la guerra a México voluntariamente.[82] En cierto grado, los extensos esfuerzos por convencer a la población civil mexicana de que ayudara a los desertores tuvo el propósito de proporcionarles una salida, pero los propagandistas nunca mencionaron que el hambre pudo haber impulsado a algunos desertores a unirse al ejército mexicano o que, como otros soldados regulares, algunos pudieron incluso haber sido obligados a servir en él; en lugar de ello, los autores mexicanos consideraron el servicio de los san patricios bajo una luz diferente y escribieron que esos hombres se habían unido a las fuerzas mexicanas para defender el catolicismo o porque creían que la causa del país era justa. En realidad, los san patricios fueron tratados en la

propaganda mexicana precisamente para poner de manifiesto lo justo de la causa mexicana y lo importante del catolicismo,[83] pero, ¿en qué medida lo creían el común de los mexicanos? Las mejores pruebas sobre la actitud popular con los san patricios las proporciona William Carpenter, un prisionero de guerra estadounidense que había escapado y que en diversas ocasiones pretendió ser un san patricio irlandés: aunque el pueblo común y las autoridades locales le mostraron cierto resentimiento de vez en cuando, en general hicieron todo lo posible por ayudarlo cuando se hizo pasar por uno de ellos, porque, según sus propias palabras, creían que los san patricios "habían peleado en defensa de su país y su religión".[84] Esa versión de los motivos llegó a ser incluso más conocida después de la guerra y es la razón de las conmemoraciones que todavía tienen lugar anualmente en México e Irlanda; asimismo, fue la razón de los intensos esfuerzos que las autoridades mexicanas y la población civil hicieron por ayudar a los san patricios después de haber sido capturados. Los esfuerzos por evitar las ejecuciones fracasaron, pero los mexicanos y, en especial, las mexicanas, siguieron tratando de ayudar a los que habían escapado a la ejecución, sobre todo llevándoles comida, algo que no hicieron por los prisioneros de guerra del ejército regular mexicano que habían sido capturados junto con ellos. Cuando se les preguntó por qué ayudaban a los san patricios, una de esas mujeres dijo a Daniel Harvey Hill que "habían peleado por su país [México] y ahora estaban presos en tierra extraña". Uno de esos san patricios incluso escapó disfrazado como una de las mujeres que habían ido a prestar socorro al grupo.[85] Hayan tenido o no una motivación ideológica, los san patricios sobrevivientes se beneficiaron de haber sido considerados como hombres que habían combatido voluntariamente por la causa de México.

Después de la batalla de Churubusco, los san patricios tuvieron distintos destinos: a los que habían sido capturados pero no ejecutados se les azotó, se les marcó en el rostro con la letra D de *desertor,* se les obligó a hacer trabajos forzados y a llevar collares de hierro con puntas que no les permitieron acostarse para dormir cómodamente durante los nueve meses que todavía duró la guerra. Después de haber sido puestos en libertad, en junio de 1848, algunos de ellos, incluso Riley, se reintegraron al ejército mexicano, mientras que otros abandonaron México con destino desconocido; sin embargo, el hecho de seguir sirviendo en el ejército mexicano los mantuvo en una fuerza que retornó a sus métodos más politizados del pasado: pronto se sospechó de algunos de ellos que habían participado en un intento de golpe de Estado y, después de que algunos de sus ofi-

ciales fueran arrestados, muchos de los san patricios se amotinaron y se desbandaron. Riley se retiró del ejército mexicano en 1850 y se le asignó una pensión; a partir de ese momento, desapareció de los registros. Varios san patricios y algunos extranjeros que afirmaban haberlo sido permanecieron en México al menos durante un año o dos después de la guerra, trabajando o dependiendo de la bondad de los mexicanos que todavía se sentían en deuda de gratitud con ellos.[86]

En los años recientes, las interpretaciones sobre los san patricios han sido muy variadas, pero existe un acuerdo general en el sentido de que no hubo sólo un motivo de su actuación;[87] no obstante, lo que su caso expone, más claro que nada, son las limitadas opciones que tenía la clase trabajadora en Europa, Estados Unidos y México, una falta de opciones que obligaba a la gente a desplazarse de un país a otro, de una región a otra e incluso de un trabajo a otro, de tal suerte que los san patricios pertenecieron más que nada a la variedad de los soldados no ciudadanos que era común en la época y, por lo tanto, representaron en esa guerra tanto al ejército regular mexicano como al estadounidense.[88] Ahora bien, ni los intelectuales estadounidenses ni los mexicanos se sintieron cómodos con el hecho de que muchos de los hombres que derramaron su sangre en esa lucha entre dos nacientes Estados-nación no hubieran sido motivados por una identidad nacional, lo cual llevó a muchos estadounidenses a llamar traidores a los san patricios y a muchos mexicanos a verlos como héroes de una causa justa. Ese incómodo arreglo entre, por un lado, la manera en que los san patricios y otros soldados regulares llegaron a pertenecer a los ejércitos y, por otro, la percepción de que fue una guerra entre Estados-nación es lo que provoca la fascinación que, incluso en la actualidad, se siente por ellos.[89]

7. La gente de la ciudad estaba disparando

Los estadounidenses experimentaban sentimientos encontrados sobre las batallas de Padierna y Churubusco. La de Padierna había sido una clara victoria para ellos y un desastre para los mexicanos; algunos oficiales estadounidenses querían creer que la de Churubusco también había sido una gran victoria para ellos, pero el hecho de que el ejército mexicano hubiera logrado retirarse les impidió convencerse. Cuando describieron ambas batallas, los estadounidenses exageraron en forma espectacular el número de soldados mexicanos que realmente participaron en ellas y con frecuencia omitieron mencionar que ellos sólo pudieron triunfar en Churubusco porque a los defensores se les agotaron las municiones; a pesar de todo, también alabaron la valentía de los soldados rasos mexicanos en ambas batallas.[1] Un cínico podría sugerir que los oficiales estadounidenses hicieron esas cosas con el propósito de poner de relieve sus propias hazañas y su valentía. Sea lo que haya sido, el general Winfield Scott no intentó de inmediato continuar lo que sus tropas habían logrado, y es difícil ver cómo hubiera podido hacerlo: sus hombres habían sufrido muchas bajas, estaban exhaustos y se habían desorganizado, tenían poca comida a su disposición inmediata y Antonio López de Santa Anna se había retirado con éxito a su línea de defensa secundaria, en la que astutamente se valió de los lagos y los campos inundados para forzar a los estadounidenses a atacar los puestos fortificados y reforzados con guarniciones, por lo que, si se apresuraba, Scott tendría que hacer frente a otra batalla como la de Churubusco y su poco numeroso ejército no podría resistir un gran número de bajas.

En esa situación, tanto Scott como Santa Anna estaban dispuestos a hacer una pausa en las operaciones, por lo que pronto la formalizaron con un armisticio explícito. Como argumenta el historiador Timothy Johnson, el objetivo de Scott en esa campaña era llevar a los mexicanos a negociar una paz por medio de la cual se concediera al gobierno de James K. Polk lo que deseaba y un armisticio permitiría tales negociaciones. Santa Anna también estaba interesado en la paz, pues, aunque había logrado retirar a la mayoría de sus soldados hasta su línea de defensa

secundaria, había perdido casi la mitad de su artillería, así como muchos hombres; por lo demás, esa línea de defensa todavía no había sido suficientemente fortificada, debido en gran medida a que los oficiales mexicanos habían dedicado la mayor parte de sus esfuerzos a fortificar los accesos por El Peñón, que Scott había evitado. El tiempo era algo valioso y el armisticio lo proporcionó. Es probable que Santa Anna también haya creído que los estadounidenses en verdad podrían ofrecer unos términos para la paz que fueran políticamente aceptables.[2]

El presidente estadounidense James K. Polk había enviado a Nicholas Trist a negociar el final de la guerra. Durante el armisticio, Trist se entrevistó varias veces con los representantes mexicanos y, en sus discusiones, ambas partes presentaron propuestas de acuerdo que excedían las instrucciones que habían recibido de sus gobiernos respectivos, pero no alcanzaron un acuerdo. Los comisionados mexicanos estaban dispuestos a reconocer la soberanía de Estados Unidos sobre Texas, pero no a conceder que la franja de tierra entre el río Nueces y el río Bravo formaba parte de Texas. Trist estuvo de acuerdo en someter la cuestión a Polk, pero eso solo habría bastado para echar por tierra el acuerdo: Polk tenía que insistir en que ese territorio formaba parte de Texas, porque su justificación más sólida para la guerra era que se había derramado sangre estadounidense en suelo estadounidense. De forma sorprendente, los representantes mexicanos se mostraron dispuestos a conceder a los estadounidenses la mayor parte de las provincias de Nuevo México y California a cambio de una indemnización y de garantías para los residentes mexicanos en esos territorios; sin embargo, cuando se presentó ese acuerdo al gabinete mexicano, sus miembros lo rechazaron y, después de una tormentosa reunión, convencieron a Santa Anna de que, en vez de aceptar el acuerdo, siguiera adelante con la guerra. Los políticos mexicanos que se oponían a ceder territorios todavía eran poderosos, algo que hizo creer a algunos estadounidenses que Santa Anna se había valido de las negociaciones sólo para ganar tiempo, engañándolos una vez más.[3]

Tanto Santa Anna como Scott aprovecharon el armisticio para fortalecer la posición de sus fuerzas. Santa Anna siguió fortificando su línea de defensa secundaria, mientras que el ejército de Scott hizo venir más unidades con el propósito de fortalecerse y estudió las nuevas defensas mexicanas. Los esfuerzos de este último por mejorar su situación provocaron un incidente que lo único que logró fue fortalecer la determinación de Santa Anna de continuar combatiendo. Los términos del armisticio permitían que el ejército estadounidense comprara productos alimenti-

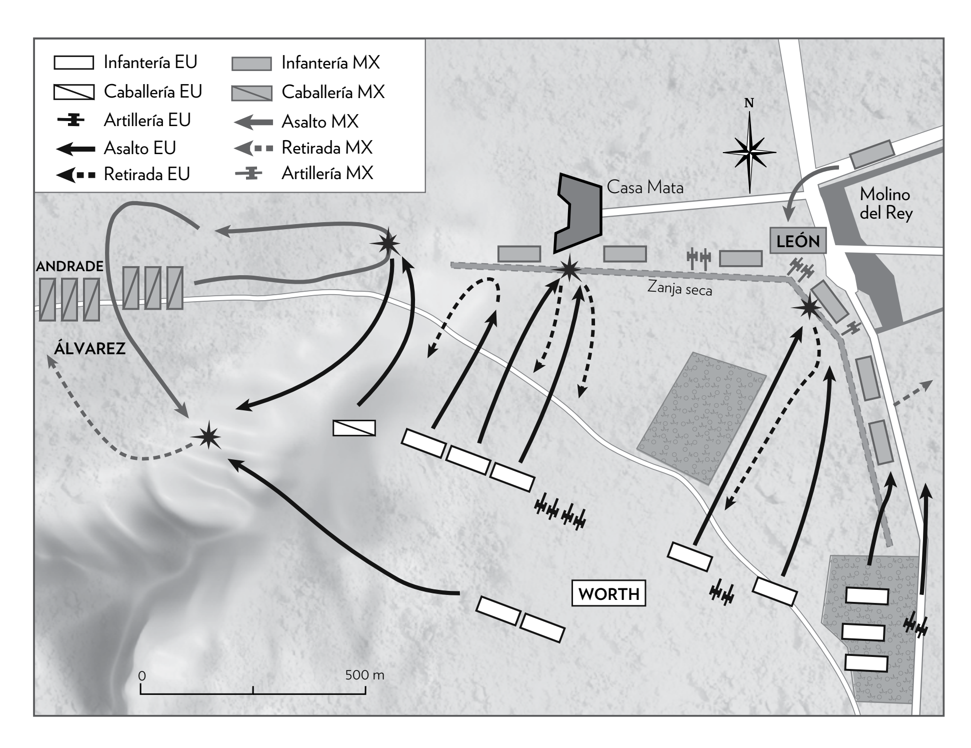
cios en la ciudad, por lo que los intendentes enviaron una caravana de más de cien carromatos para recogerlos. Los carromatos eran conducidos por conductores civiles que trabajaban para el ejército estadounidense; muchos de esos conductores eran ex voluntarios que habían sido contratados después de haber terminado su servicio militar, mientras que otros eran inmigrantes que habían sido contratados en las ciudades portuarias de Estados Unidos. Por lo general, los conductores de carromatos eran hombres pendencieros que, en ocasiones, habían cometido crímenes contra los mexicanos, por lo que Scott advirtió a los oficiales mexicanos de que podrían comportarse mal una vez que se encontraran entre la población civil de la ciudad.[4]

Los conductores llevaron los carromatos directamente al centro de la ciudad, donde los mexicanos de las diversas clases sociales solían frecuentar los mercados al aire libre. Ahora bien, pese a que el armisticio les daba el derecho a hacer eso, no se había notificado a ningún funcionario mexicano el día que los estadounidenses irían a recoger las provisiones, por lo que los habitantes que vieron aparecer de pronto a ese grupo se quedaron estupefactos: algunos empezaron a gritar que los conductores eran la vanguardia del ejército estadounidense y que Santa Anna había traicionado a la ciudad al permitir a los invasores entrar en ella. Multitudes de habitantes acudieron a los gritos y estalló la violencia: algunos afirmaron que estalló porque los conductores no mostraron el debido respeto ante una procesión religiosa que portaba los Santísimos Sacramentos. Primero los niños y después las mujeres se pusieron a arrojar piedras a los conductores; una mujer que había perdido a un hijo en una batalla reciente arrojó algunas piedras, hirió a un conductor y, cuando la policía la detuvo, gritó que estaba tratando de matarlo y declaró que "los mataría a todos: por ellos he perdido a mi pobre hijo, y ahora en vez de vengarnos, les hemos de dejar que vengan a sacar qué comer; esto es muy injusto". Unas 30 mil personas, más del diez por ciento de la población de la ciudad, rodeó a los conductores, lanzándoles piedras y abucheándolos; dos de los conductores resultaron muertos. Por fortuna para los demás, la zona comercial donde ocurrió el incidente era adyacente al Palacio del Ayuntamiento y al Palacio Nacional, por lo que, primero la policía municipal y después las tropas mexicanas, intervinieron para tratar de salvarlos. El general José María Tornel, gobernador de la ciudad y, vaya paradoja, uno de los más feroces partidarios de la guerra contra los estadounidenses, trató inútilmente de tranquilizar a la muchedumbre: el furor de la multitud no empezó a amainar sino hasta que el ex presidente

José Joaquín de Herrera se mezcló con la turba, gritando que debían ser valientes en la batalla pero humanitarios con los hombres indefensos, como los conductores. Aunque era un federalista moderado y difícilmente un agitador, Herrera logró salvar a la mayoría de los conductores apelando al honor y la humanidad de esos mexicanos pobres; no obstante, es necesario hacer notar que Herrera insinuó que, más adelante, la población civil mexicana tendría su participación en los combates.[5]

Para el 6 de septiembre de 1847, el general Winfield Scott creía que el armisticio ya no convenía a los intereses del ejército estadounidense, por lo que le escribió al general Antonio López de Santa Anna que los mexicanos lo habían violado al impedir que su ejército adquiriera provisiones y al seguir fortificando la ciudad. A su vez, Santa Anna acusó a los estadounidenses de violar el armisticio al no permitir que los molinos de las zonas bajo su dominio enviaran harina a la ciudad y al completar las fortificaciones que estaban edificando los propios estadounidenses; añadió que los partes indicaban que los soldados extranjeros estaban robando iglesias, cometiendo sacrilegios y violando mujeres.[6] Parece probable que, para esa fecha, ambos generales hubieran obtenido todo lo que podían esperar de la pausa: las tropas estadounidenses ya estaban bien descansadas y alimentadas y Scott había desarrollado algunas ideas sobre la manera de derrotar la nueva línea de defensa de Santa Anna; por su parte, los oficiales mexicanos habían reorganizado sus fuerzas, se habían asegurado de contar todavía con el apoyo popular y habían establecido una sólida línea de defensa —Ulysses S. Grant describió esas defensas como muy fuertes—. Los estadounidenses tendrían que acercarse a la ciudad a lo largo de las calzadas fortificadas en varios lugares y bordeadas por campos inundados;[7] los ataques de flanqueo eran imposibles, mientras que los ataques frontales serían muy costosos.

Después de considerar un ataque frontal desde el sur por las calzadas de Niño Perdido y San Antonio Abad, Scott se sintió nervioso por el aumento de las defensas a lo largo de esas rutas y decidió intentar algo diferente. Más hacia el oeste, el terreno estaba más seco y Scott se enteró de que un molino de harina de esa zona había sido convertido en una fundición de cañones, por lo que, haciendo a un lado los reparos de algunos oficiales que creían que en realidad esa información era obsoleta, ordenó un ataque frontal contra Molino del Rey y un edificio de piedra cercano —conocido hoy como Casa Mata—: más de 3500 estadounidenses avanzaron en las primeras horas de la mañana del 8 de septiembre. La artillería que los apoyaba hizo varios disparos, pero, dado que nadie disparó



Mapa 13. Batalla de Molino del Rey.

en respuesta, los soldados avanzaron, creyendo que los edificios carecían de defensas, pero no podían estar más equivocados. Santa Anna había considerado la posibilidad de que Scott tratara de flanquear los inundados accesos meridionales de la ciudad y había apostado varios cañones y miles de hombres de infantería para impedir ese movimiento. Entre los mexicanos se encontraban los campesinos oaxaqueños de la Guardia Nacional bajo el mando de Antonio de León, soldados tanto radicales como moderados de las unidades de la Guardia Nacional de la ciudad de México y soldados regulares. Esos hombres se mantuvieron ocultos y contuvieron su fuego hasta que el enemigo se encontró al alcance de sus mosquetes: los estadounidenses que atacaron fueron diezmados por el fuego de los cañones y las descargas de los mosquetes y, cuando titubearon y empezaron a retirarse, la infantería mexicana contraatacó, obligando a los estadounidenses a retirarse y, en algunos casos, rematando a los que habían quedado heridos. Scott envió más fuerzas al frente y, con grandes costos, logró hacer retroceder a la infantería mexicana hasta su línea

de defensa. A medida que la batalla arreciaba, los mosquetes de los mexicanos empezaron a romperse o a obstruirse con los residuos de la pólvora, al punto de que ya no era posible utilizarlos; además, las municiones empezaron a agotarse. Los estadounidenses lograron ingresar al complejo de edificios, pero tuvieron que combatir pieza tras pieza para despejarlas. El soldado C. M. Reeves, que sobrevivió a esos combates cuerpo a cuerpo, afirmó que los mexicanos "se mantuvieron firmes valientemente; la verdad es que los mexicanos pelearon encarnizadamente en esa batalla". Después de varias horas de violentos combates, los estadounidenses lograron tomar los edificios y descubrieron que no habían sido utilizados para fundir cañones, sino que en realidad eran una posición militar desventajosa, que ni siquiera podría ser ocupada como guarnición por el ejército de Scott, cada vez menos numeroso.[8]

A pesar de que la batalla de Molino del Rey fue una victoria del ejército estadounidense, se trató de una victoria pírrica: 116 de sus soldados, entre ellos muchos oficiales, cayeron muertos y más de 600 resultaron heridos en una batalla sin sentido. Winfield Scott actuó, en contra de las objeciones de algunos de sus oficiales, con base en una información de inteligencia errónea: los estadounidenses no habían determinado la fortaleza de las defensas antes de lanzarse al ataque y atacaron a una fuerza mexicana atrincherada sin hacer un uso significativo de la artillería para debilitar esas defensas. El resultado fue un desastre desmoralizador para los estadounidenses; no obstante, la habilidad y la valentía mostradas por los oficiales mexicanos y sus hombres no fueron suficientes para que la batalla terminara en una victoria para ellos, pues perdieron todos los cañones que tenían en el lugar, su infantería sufrió muchas bajas y también se sintieron desmoralizados después de la batalla: Antonio de León, el comandante mexicano, y algunos otros oficiales de la Guardia Nacional resultaron muertos. Además, si bien la batalla de Molino del Rey puso de manifiesto la disfuncional estructura de mando de los estadounidenses, la del ejército mexicano tuvo quizás un peor desempeño. En realidad, el ejército mexicano perdió la oportunidad de seguir adelante con su éxito inicial en Molino del Rey y de desbandar a los soldados estadounidenses en su retirada. La historia de lo ocurrido puede explicar muchas cosas tanto sobre los militares mexicanos como sobre la propia sociedad mexicana.

La caballería era la rama más costosa de los ejércitos de la época, porque los caballos eran costosos y frágiles al mismo tiempo y era necesario alimentarlos constantemente. La mayoría de los ejércitos consideraban

que era el arma más prestigiosa y los oficiales de caballería eran hombres de alta cuna y adinerados, pero sus soldados tenían poca utilidad en el campo de batalla en la era de la pólvora: eran útiles para explorar y perseguir a los enemigos derrotados y desorganizados, pero una infantería disciplinada y bien organizada podía derrotar casi siempre a la caballería, porque los caballos eran muy grandes y eso los hacía extremadamente vulnerables, incluso ante los imprecisos mosquetes de cañón liso; por lo demás, los caballos tenían la sensata inclinación a considerar cualquier grupo numeroso de hombres con mosquetes con la bayoneta calada como un obstáculo peligroso contra el que no debían cargar. En la doctrina militar, se suponía que las unidades de caballería sólo debían atacar cuando la infantería enemiga se encontraba demasiado desorganizada como para presentar un frente sólido, lo que solía ocurrir cuando se estaba retirando en desorden después de un enfrentamiento con otra unidad. Santa Anna había concentrado casi toda la caballería del ejército regular y, en las campañas iniciales, la había usado para observar los movimientos de los estadounidenses; debido quizás a que esas operaciones requerían la cooperación con los guerrilleros, la había puesto bajo el mando del general Juan Álvarez, el antiguo líder de la Independencia originario del actual estado de Guerrero. Álvarez era un federalista radical que había logrado con mucho éxito integrar a los campesinos indígenas y mulatos al federalismo, ofreciéndoles tanto beneficios tangibles como una vía para considerar que sus deseos culturales y sociales eran compatibles con un México más democrático e igualitario; no obstante, no era un hombre de caballería, pero las heridas sufridas durante la guerra de Independencia le impedían caminar sin muletas, por lo que pasaba más tiempo a caballo que muchos oficiales de esa arma.

Cuando Santa Anna creyó que los estadounidenses atacarían por los accesos occidentales a la ciudad, emplazó varias divisiones de caballería en una hacienda que se encontraba a corta distancia, con órdenes de aprovechar toda oportunidad que tuvieran para lanzar ataques con esa arma. Tanto la hacienda como los campos por los que los estadounidenses atacaron estaban casi secos y libres de obstáculos y, por lo tanto, eran un buen terreno para la caballería, pero los dos lugares estaban separados por un profundo barranco y sólo había un punto donde sus laderas eran suficientemente suaves como para permitir que los caballos lo cruzaran; por ello, para lanzar un ataque, los soldados de caballería mexicanos tendrían que formarse en columnas antes de pasar por ese angosto pasaje y después volver a formarse del lado de Molino del Rey, por lo que, duran-

te su paso, serían muy vulnerables a la artillería estadounidense. Cuando los estadounidenses iniciaron la retirada después de su asalto inicial, Álvarez aprovechó el momento y ordenó a sus tres divisiones que se desplegaran; dos lo hicieron, pero una, al mando del general de caballería Manuel Andrade, no se movió, a pesar de las repetidas órdenes de que lo hiciera. Dado que había pasado el momento ideal en el que un ataque de la caballería habría sido devastador para los estadounidenses en retirada, éstos comprendieron el peligro y cambiaron la posición de su artillería para disparar contra la caballería mexicana que aguardaba la orden de cargar; pronto, fue demasiado tarde. Frustrado, Álvarez relevó a Andrade de su mando.

¿Por qué Manuel Andrade no obedeció sus órdenes? Algunos pensaron que, simplemente, era un cobarde, mientras que ciertos oficiales del ejército regular creyeron que Álvarez había fracasado porque no sabía cómo comandar la caballería; sin embargo, existen pruebas importantes de que había en juego algo más profundo. En su correspondencia anterior, Juan Álvarez había insinuado que Andrade era un inepto y que no se esforzaba por mantener a sus hombres bien alimentados para prevenir la deserción; por lo demás, el día anterior a la batalla, Andrade se había rehusado a obedecer otra orden de Álvarez, diciendo que no reconocía el derecho de éste a darle órdenes, con lo que le dio a entender que lo consideraba como su inferior desde el punto de vista social. Álvarez no era pobre, pero era mestizo y, entre la élite de México, tenía reputación de ser mulato, en una época en que las élites consideraban que la gente de sangre africana era estúpida y salvaje. Más tarde, cuando Andrade se vio obligado a defender su comportamiento ante una corte militar, ridiculizó a Álvarez, llamándolo estúpido e incompetente. Es difícil afirmar que Álvarez haya tenido alguna responsabilidad por haber perdido el momento de atacar; no obstante, Santa Anna culpó a Andrade definitivamente, lo cual es sorprendente, porque, durante mucho tiempo, se le había identificado con el cuerpo de oficiales del ejército regular y Álvarez era un enemigo político que, apenas unos años antes, había ayudado a remover a Santa Anna de la presidencia. Cuando Andrade se presentó ante Santa Anna después de la batalla, el general le arrancó a Andrade la insignia del grado y le dio una bofetada con ella. Poco más de un mes más tarde, los oficiales del propio regimiento de Andrade lo acusaron de haber buscado un lugar seguro donde el regimiento pudiera evitar a los estadounidenses, pero siguió cobrando su paga, y esos mismos oficiales afirmaron que Andrade se había mostrado como un cobarde varias veces durante la gue-

rra.[9] Es claro que Manuel Andrade no se había ganado el respeto de muchos de sus pares en el ejército regular.

Por extraño que parezca, después de la batalla de Molino del Rey, los dos ejércitos se encontraban en malas condiciones: los estadounidenses habían sufrido numerosas bajas y no lograron abrir ningún acceso en torno a las calzadas defendidas que preocupaban a Winfield Scott, mientras que los mexicanos también habían sufrido cuantiosas bajas y su estado de ánimo se estaba debilitando. El ejército mexicano, con sus orígenes y grupos sociales diversos, su armamento inferior y su pobreza, había sobrevivido derrota tras derrota, pero para entonces apenas se sostenía: las unidades destrozadas en la batalla de Molino del Rey no pudieron ser reconstituidas en poco tiempo y Santa Anna sólo contaba con un número limitado de unidades útiles para cubrir los diversos accesos por los que los estadounidenses podrían entrar a la ciudad; sólo podía tratar de determinar por dónde sería el siguiente ataque de Scott y desplazar sus tropas por las calles de la ciudad para hacer frente a la amenaza. Mientras tanto, los oficiales estadounidenses exploraban y discutían las diferentes posibilidades: los accesos meridionales eran los más directos, pero Santa Anna había emplazado muchas tropas en ellos y cientos de albañiles seguían construyendo fortificaciones para ellas. Otras dos calzadas llevaban a la ciudad desde el oeste, pero estaban dominadas por Chapultepec, un cerro bajo rematado por un gran edificio de piedra que era el asiento del Colegio Militar: para ingresar a la ciudad por los accesos occidentales, los estadounidenses tendrían que tomar primero Chapultepec, para después enfrentarse con las tropas mexicanas que defendían las calzadas. A Scott todavía le parecía más atractivo ese acceso, en parte porque el terreno estaba más seco, lo cual facilitaba el emplazamiento de su artillería para ablandar las defensas mexicanas y apoyar un ataque. Finalmente, se decidió por intentar el ataque por ese lugar.[10]

Atacar Chapultepec implicaba exponerse a los mismos peligros que habían causado tantas bajas entre los estadounidenses en las batallas de Molino del Rey, Churubusco, Cerro Gordo y Monterrey, pues las tropas mexicanas se habían mostrado repetidamente tenaces y eficaces cuando defendían posiciones fortificadas: incluso un apoyo reducido pareció darles confianza y aun los muros relativamente débiles o las trincheras menos profundas les ofrecieron una protección en contra de la artillería ligera que los estadounidenses habían tenido que usar para romper la cohesión de las unidades mexicanas en campo abierto en las batallas de Palo Alto y La Angostura. Con cierto cinismo, se sospecha que a los ofi-

ciales mexicanos de menor grado y a los sargentos les resultaba más fácil impedir la deserción cuando sus hombres se encontraban en posiciones encerradas y que era más difícil para los hombres que huían eludir la mirada de sus camaradas en tales situaciones. Sea lo que haya sido, Winfield Scott y sus oficiales decidieron llevar a cabo el ataque contra el cerro de Chapultepec de una manera muy diferente: construyeron posiciones para su artillería más pesada: los cañones que usaban para destruir las posiciones fortificadas; después, usaron esas armas para bombardear el cerro, el edificio y a sus defensores durante todo un día, antes de intentar el asalto; asimismo, Scott envió una parte de sus tropas a fingir un ataque por las calzadas del sur.

Esos preparativos fueron eficaces: sin tropas suficientes para defender eficazmente tanto Chapultepec como las calzadas meridionales, Santa Anna pasó la mayor parte de las importantes horas poco antes y durante el ataque estadounidense en Chapultepec convencido de que era un ataque fingido y de que el verdadero sería en el sur. Para cuando buscó reforzar las tropas que defendían el cerro de Chapultepec, era demasiado tarde; por lo demás, a pesar de la imponente vista del edificio de piedra encaramado en el abrupto cerro, Chapultepec no era una posición fuerte: aunque tanto los estadounidenses como los mexicanos se referían al edificio como un castillo, se trataba de una mansión de piedra construida en el siglo XVIII como lugar de residencia, y la piedra, como ya se ha visto antes, era fácil de romper para la artillería pesada del siglo XIX. Los mexicanos habían hecho varios esfuerzos esporádicos por construirle defensas mediante la excavación de trincheras y levantando puntos fuertes con tierra o sacos de arena, pero esos esfuerzos habían sido considerados menos importantes que la fortificación de las calzadas meridionales; en particular, no había un lugar seguro donde las tropas mexicanas pudieran protegerse durante todo un día de bombardeo. Nicolás Bravo, el anciano comandante general, no contaba con suficientes tropas para defenderlo, debido sobre todo a que se podía ascender por el cerro fácilmente desde el sur a través de los bosques, que sus pocos cañones no podían cubrir con efectividad. Cuando comenzó el bombardeo estadounidense, la mañana del 12 de septiembre de 1847, Bravo contaba en realidad con unos 900 hombres en el cerro, divididos en pequeños grupos de diferentes unidades del ejército regular y, lo que es conmovedor, varias decenas de cadetes del colegio que se habían ofrecido como voluntarios para defenderlo. Sin embargo, la situación exigía que esas tropas hicieran una de las cosas más difíciles que se les podía pedir. Aunque los artilleros mexicanos pu-

dieron hacer varios disparos en respuesta al bombardeo estadounidense, los cientos de hombres de la infantería tuvieron que permanecer sin moverse durante todo el día mientras los artilleros estadounidenses, a los que los mexicanos no podían hacer daño, los mataban y demolían su entorno, incluidos los muros de piedra, las pilas de sacos de arena y las trincheras de las que dependían para protegerse durante el inminente ataque de la infantería enemiga. Para muchos de los soldados mexicanos, eso fue demasiado: empezaron a escabullirse, primero, de uno en uno o en pequeños grupos, pero después por decenas. Mientras tanto, Santa Anna comprendió finalmente que el bombardeo generalizado y prolongado significaba que el verdadero ataque estadounidense tendría lugar en Chapultepec, por lo que llevó su reserva de alrededor de 2 mil hombres al terreno bajo cercano al cerro, pero en ese lugar quedaron más expuestos que los hombres que estaban arriba y, para no verlos morir inútilmente, Santa Anna hizo que retrocedieran, con la intención de llevarlos a la cima una vez más cuando terminara el bombardeo y los estadounidenses dieran comienzo al asalto. Esa noche, Bravo y Santa Anna se reunieron para examinar la situación: Bravo le explicó que el bombardeo había desmoralizado a sus hombres y le solicitó más tropas; Santa Anna replicó que las de reserva también se encontraban desmoralizadas y que enviar cualquier porción de ellas al cerro antes de que terminara el bombardeo equivaldría simplemente a enviarlas a una muerte sin sentido, pero le prometió llevar más hombres al frente tan pronto como los estadounidenses iniciaran el ataque con su infantería. El grado de desesperación manifiesto durante esa conversación es impresionante.[11]

La artillería estadounidense hizo una pausa durante la noche, pero, en la oscuridad previa al amanecer del 13 de septiembre, abrió fuego otra vez, mientras los estadounidenses preparaban sus tropas de asalto: un grupo bajo las órdenes del general Gideon Pillow se aproximaría al cerro desde el oeste y enviaría a algunos hombres a rodear el cerro por el norte con el propósito de cerrar el paso a los refuerzos mexicanos, algunos hombres ascenderían por las laderas del lado occidental y algunos más tratarían de abrirse paso entre las defensas mexicanas desde el sur. Otra fuerza, encabezada por el general John Quitman, se desplazaría a lo largo de la calzada de Tacubaya y atacaría después desde el sur; esas fuerzas incluían tanto soldados regulares como voluntarios, así como unos cuantos marinos de la armada estadounidense. Ahora bien, los estadounidenses descubrieron que, a pesar de su cuidadosa preparación y de los crecientes problemas de los mexicanos, no sería fácil tomar Chapultepec:

los defensores que habían permanecido en el cerro combatieron desesperadamente, tanto con los mosquetes como con la artillería; por lo demás, la Guardia Nacional de Michoacán, que ocupaba el punto fuerte sobre la calzada de Tacubaya, detuvo por completo el avance de las fuerzas de Quitman, que se refugiaron en las zanjas y quedaron prácticamente fuera de los combates hasta que Quitman les ordenó alejarse en diagonal de los hombres de la Guardia Nacional y acercarse al cerro por otro camino. Los estadounidenses aprovecharon el momento en que los mosquetes de los hombres de la Guardia Nacional empezaron a quebrarse o a atascarse y, pronto, emprendieron el ascenso hacia la cima del cerro desde varias direcciones: muchos de ellos cayeron muertos o heridos pero, paso a paso, la enorme cantidad de estadounidenses simplemente abrumó a los reducidos grupos de soldados mexicanos que enfrentaron en diferentes lugares de las laderas o en el camino que llevaba a la mansión. Pronto, los restantes defensores mexicanos se vieron obligados a subir hasta el patio e incluso a entrar en la mansión, por lo que, para la mayoría de los que estaban dentro de ella, ya no hubo salida. Los soldados estadounidenses, dominados por la enorme tensión nerviosa experimentada durante el asalto o deseosos de vengar a sus camaradas heridos que habían sido rematados en Molino del Rey, hicieron lo que solían hacer los soldados de los ejércitos de la época tras asaltar una fortificación defendida: siguieron matando a los soldados mexicanos, incluso mientras éstos trataban de huir o de rendirse. Los oficiales mexicanos, que se distinguían por medio de sus insignias y sus espadas, fueron puestos bajo custodia, al igual que la mayoría de los jóvenes cadetes. Seis cadetes que murieron en esa batalla fueron inmortalizados como Niños Héroes y, más tarde en ese siglo XIX, la gente empezó a decir que al menos uno había tomado una bandera mexicana y saltado hacia su muerte, antes que rendirse, pero en ningún relato de la época se hace mención de tales actos.[12]

Las reservas de Santa Anna enviadas al lugar llegaron demasiado tarde y, dado que los estadounidenses ya tenían el dominio del cerro, el general mexicano no tuvo más alternativa que retirarlas junto con los defensores supervivientes para ponerlas fuera del alcance de la artillería rival: todas se retiraron a la ciudad a lo largo de las calzadas de San Cosme y Belén. Como todas las calzadas, esas carreteras entraban a la ciudad a través de unas puertas de mampostería donde, en tiempos normales, se cobraban las alcabalas sobre las mercaderías, pero que habían sido convertidas en fortificaciones temporales; desde una gran distancia, dominaban los accesos a la ciudad por la mayoría de las calzadas elevadas, lo que hacía que

un ataque contra ellas fuera una propuesta desalentadora; sin embargo, los acueductos de piedra corrían a lo largo de las calzadas de San Cosme y Belén, por lo que constituían una importante protección para los atacantes. Scott deseaba lanzar su principal ataque a lo largo de la calzada de San Cosme, porque era el lugar más aislado del apoyo de los soldados mexicanos, y envió la brigada del general William Worth con ese propósito. Entorpecidos en su avance por los pequeños grupos de soldados mexicanos apostados en la calzada para demorarlos, los estadounidenses pasaron corriendo bajo el fuego de un arco del acueducto a otro, hasta que se acercaron a la puerta. Allí se toparon con una formidable fuerza mexicana que incluía cañones y soldados de infantería apostados en los edificios que flanqueaban la entrada, lo que les permitió tener un ángulo de tiro que hizo que el acueducto dejara de ser útil como protección. La artillería y la infantería mexicanas barrieron la calzada con su fuego, deteniendo el avance de los estadounidenses, pero éstos hicieron venir su propia artillería, incluido un obús de montaña que un joven teniente llamado Ulysses S. Grant se las arregló para colocar en el techo de una iglesia cercana. La infantería estadounidense irrumpió en los edificios a ambos lados de las defensas principales de la puerta y horadó los muros, desalojando a las tropas mexicanas de cuarto en cuarto, para después disparar contra los defensores de la puerta desde las azoteas. Ahí no había suficientes defensores para repeler ese ataque, por lo que, hacia el final de la tarde, los estadounidenses pudieron atacar la puerta desde el frente, obligando a los defensores supervivientes a retirarse a la ciudad. Santa Anna llegó al lugar del combate y encaminó tantos hombres como pudo a su propio cuartel, pero, sin duda alguna, algunos se escabulleron en busca de un lugar seguro, descanso y comida.[13]

Mientras los hombres de Worth se abrían paso hasta la puerta de San Cosme, Quitman dirigía una fuerza similar por la calzada de Belén, donde el acueducto también proporcionó protección a los atacantes y donde, asimismo, las tropas mexicanas entorpecieron su avance, con acciones de combate en la retaguardia; no obstante, las fuerzas de Quitman tuvieron que recorrer un trecho mucho más corto de la calzada y pronto se encontraron a distancia de tiro de la puerta. Al frente de las fuerzas mexicanas que la resguardaban estaba el general Andrés Terrés, un español que se había alistado en el ejército de su país en 1790 y combatido en muchas batallas en Europa antes de ser enviado a México, en 1812, para combatir en contra de los insurgentes y que, en 1821, se unió al movimiento en pro del acuerdo que llevó a la Independencia de México. Terrés se mantuvo en

el ejército mexicano y, gradualmente, ascendió de grado y se distinguió en la batalla de La Angostura. En la puerta de Belén, este general contaba únicamente con unos 200 hombres tomados de varias unidades y un poco de artillería ligera, pero había otras unidades que no estaban bajo su mando y que habían sido apostadas para proteger sus flancos. Las fortificaciones todavía no habían sido terminadas, pero lo peor era que el parapeto para proteger su artillería se encontraba justo bajo el arco de la puerta, por lo que las balas de los cañones estadounidenses que alcanzaron ese arco provocaron sobre los artilleros mexicanos una lluvia de piedras que mataron e hirieron a muchos de ellos. Las unidades mexicanas que se retiraron en tropel a lo largo de la calzada hasta más allá de la posición de Terrés estaban desmoralizadas y habían agotado sus municiones, y ya no tenían reservas; no obstante, Terrés y su puñado de hombres resistieron durante horas, haciendo que los intentos de los estadounidenses por avanzar les resultaran extremadamente costosos. Después de la una de la tarde, Terrés comprendió que las fuerzas que protegían sus flancos habían desaparecido por completo y que ya no había municiones para su artillería, por lo que retrocedió con esta última y los 80 hombres restantes un par de calles, hasta la Ciudadela, una antigua fábrica de cigarros que para entonces era un cuartel del ejército mexicano. Allí, un Santa Anna encolerizado reclamó a gritos a Terrés por haber abandonado su puesto y ordenó que fuera ejecutado. En el caos, su orden no se cumplió; todo el mundo estaba demasiado ocupado disparando a los estadounidenses, los que comprendieron que, aunque técnicamente ya se encontraban dentro de la ciudad, la resistencia de los mexicanos todavía era acérrima. La noche cayó sin que pudieran avanzar un paso más.[14]

Esa noche, los estadounidenses dispusieron su artillería pesada cerca de la puerta de San Cosme y dispararon algunos morteros contra el centro de la ciudad.[15] El mensaje estaba implícito, pero fue entendido por todos: los estadounidenses se encontraban ya lo bastante cerca de la urbe densamente poblada como para hacer lo que habían hecho en Veracruz, es decir, obligar a la capitulación por medio del bombardeo de la población civil. Santa Anna y sus comandantes de alto grado se dieron cuenta de que tenían municiones suficientes para cuando mucho un día más de combate y de que no tenían raciones para sus soldados, de que la artillería pesada estadounidense podía destruir sus cuarteles fácilmente y de que todo esfuerzo por combatir calle por calle provocaría un gran número de bajas entre los habitantes, por lo que llegaron a la conclusión de que debían retirarse para preservar la vida de los civiles y la sobreviven-

cia de su ejército, lo que les permitiría seguir adelante con la guerra.[16] La evacuación tendría que llevarse a cabo de manera oculta con el propósito de protegerse de un ataque estadounidense, lo cual generó más problemas: algunos oficiales heridos habían ido a sus casas para recibir tratamiento médico y otros para enterarse de la situación de su familia, por lo que muchos de ellos no se enteraron de que el ejército estaba abandonando la ciudad hasta que fue demasiado tarde. Los hombres de la Guardia Nacional de la ciudad se mostraron renuentes a abandonar a sus familias, que no contaban con medios para subsistir sin ellos. El ejército, que comprendió la situación, desbandó sus unidades y algunos de los soldados se llevaron consigo sus armas cuando se marcharon a casa.[17] Una vez que el ejército salió de la ciudad, Santa Anna lo dividió en dos: la infantería, que tendría poca utilidad para hostigar a los estadounidenses, fue enviada a Querétaro, la nueva sede del gobierno nacional, porque Santa Anna creía que existía la posibilidad de alimentarlo ahí, en una de las regiones más ricas del país, mientras que mantuvo a la mano la caballería, con el propósito de aguardar la oportunidad de atacar a los invasores. Mientras la infantería partía a Querétaro, unos cuantos soldados saquearon casas y, una vez que salieron de la ciudad, los hombres más hambrientos empezaron a desertar. A lo largo de las horas y los días siguientes, a medida que se alejaban de la posibilidad de entrar en combate, el hambre entre las filas parece haber hecho que muchos soldados se sintieran inútiles y muchos de ellos desertaron. El número de hombres del ejército disminuyó drásticamente y los desertores tuvieron que mendigar o robar comida a los campesinos o en las haciendas.[18]

LA POBLACIÓN CIVIL OPONE RESISTENCIA A LOS ESTADOUNIDENSES

El ayuntamiento colaboró de manera un tanto renuente en los esfuerzos por fortificar la ciudad, porque creía que era su deber preservar la vida y la propiedad de sus habitantes y no quería que la capital del país fuera bombardeada como el puerto de Veracruz, pero lo que lo preocupaba con aún mayor intensidad era que un ejército estadounidense victorioso podría recorrer la ciudad saqueando, asesinando y violando, lo que, como ya se hizo notar, la cultura militar de la época consideraba inevitable si la ciudad derrotada era defendida hasta el último aliento.[19] Los concejales de la ciudad estaban inquietos debido a esa posibilidad y, cuando se en-

teraron de que el ejército mexicano se estaba retirando, decidieron pedir garantías a Winfield Scott sobre el comportamiento de sus tropas a cambio de someterse formalmente a su autoridad; la delegación que enviaron también solicitó que se salvaguardaran las iglesias y se permitiera el funcionamiento del gobierno de la ciudad. Winfield Scott respondió que trataría de mantener el orden entre sus tropas, pero que no estaba seguro de poder hacerlo debido a los intensos combates a los que acababan de sobrevivir.[20]

Ni Scott ni el ayuntamiento de la ciudad sabían que el derramamiento de sangre todavía no había terminado. Temprano por la mañana del 14 de septiembre, las tropas estadounidenses ingresaron en la ciudad, marchando en forma precavida por las silenciosas calles hacia el centro de la capital del país. Esos exhaustos sobrevivientes de semanas de combates se mostraron cautelosos porque, apenas unas horas antes, la encarnizada resistencia del ejército mexicano había repelido su primer intento de avanzar a través de las puertas; la mayoría de ellos no sabía que las tropas mexicanas habían abandonado la ciudad. La magnitud y el estilo de los edificios de piedra, que parecían aumentar a cada paso que los soldados daban hacia el centro, maravillaron a algunos; para muchos de ellos, era la ciudad más grande que habían visto en su vida. A medida que los estadounidenses avanzaban hacia el centro, el recelo y el asombro empezaron a ceder el paso al alivio y la sensación de que habían triunfado. Las emociones fuertes también se apoderaron de la población civil: los combates del día anterior habían tenido lugar muy cerca y fueron audibles, por lo que la creencia de que los estadounidenses atacarían la ciudad no era una sorpresa. Lo que sí fue una sorpresa fue que pudieran entrar con tanto silencio: la mayoría de los habitantes tampoco sabía que el ejército mexicano había partido, por lo que la presencia fantasmal de las columnas de estadounidenses asombró a las pocas personas que se encontraban en las calles tan temprano; sin embargo, pronto se reunió más y más gente y empezaron los murmullos y, cuando las tropas estadounidenses se acercaban a la plaza principal, un disparo hirió a uno de sus oficiales. A ese disparo, pronto siguieron otros; una lluvia de piedras cayó sobre esos soldados desde las llanas azoteas de la ciudad y las multitudes hicieron frente a los estadounidenses. Cuando éstos ingresaban en la plaza, la multitud gritaba "¡Mueran los americanos!" y "¡Muera Santa Anna!" Después de que los estadounidenses ocuparon Palacio Nacional, Winfield Scott salió a un balcón para felicitar a sus tropas, pero varias mujeres interrumpieron al general, particularmente corpulento, gritándole "¡Cálla-

te, costalón!" y los enfrentamientos se sucedieron.[21] No era día para discursos de victoria.

Los violentos combates se prolongaron a lo largo de todo el 14 y gran parte del 15 de septiembre. Los mexicanos disparaban con mosquetes y pistolas desde las entradas y las azoteas de las casas y siguieron arrojando piedras también desde lo alto; algunos grupos enfrentaron a los estadounidenses en las calles con cuchillos y garrotes, y algunos habitantes se expusieron intencionadamente para atraer a los estadounidenses a emboscadas. El soldado raso F. Brough dio parte de que algunos mexicanos

> estaban disparando desde los edificios y otros estaban combatiendo en las calles. Nuestras tropas los rodearon desde diferentes direcciones y entonces los mexicanos corrieron [...]. Iban vestidos de diferentes maneras: algunos tenían capas de soldado, algunos vestían de blanco, algunos tenían cajas de cartuchos y otros tenían sacos. Algunos estaban armados con mosquetes y escopetas, otros, con garrotes y piedras, como una muchedumbre normal.

El coronel mexicano Nicomedes de Callejo se perdió la partida de su ejército porque estaba de permiso para ir a su casa con un camarada a comer y descansar; en medio del caos, vio que Bernardino Belazco, el juez de paz de su barrio, reunía a un grupo de vecinos para enfrentar a los estadounidenses. Hasta ese momento, la intención de Callejo había sido alcanzar al ejército, pero Belazco invitó a los dos oficiales a unirse a los civiles. Callejo declaró que, "como nos hallábamos de uniforme y armados, nos fue vergonzoso no presentarnos a aquella invitación y contribuimos a los tiros que se les hicieron". El amigo de Callejo, el teniente coronel Manuel Andonagui, declaró que Belazco había reunido a muchos civiles y soldados dispersos e invitado a los oficiales a hacerse cargo porque "el enemigo venía en mucha y le estaban haciendo fuego por diferentes puntos, y aproximándose a éste lo verificamos hasta el extremo de haberle causado algunos males".[22] Callejo y Andonagui fueron protagonistas y testigos oculares de apenas una pequeña parte de los combates que se extendieron por muchas manzanas. El general estadounidense Persifor Smith escribió: "la gente de la ciudad estaba disparando en todas direcciones desde las casas contra nuestras tropas y en especial desde las tiendas de las esquinas y sólo pudimos hacerlos retroceder después de una severa contienda de casi dos días".[23] Los estadounidenses, que apenas unos minutos antes habían creído haber capturado una de las ciudades más grandes del mundo, se vieron envueltos en un encarnizado combate urbano.

Los partes oficiales de los estadounidenses restaron importancia a esos combates en ciertos sentidos, cuyo análisis se hace más adelante, pero no existe un recuento oficial de las bajas estadounidenses. Los oficiales que se encontraban en esos lugares consignaron en sus diarios o memorias que las bajas fueron numerosas. John Henshaw escribió que los estadounidenses perdieron más hombres en los combates callejeros que los que habían perdido en la batalla de Chapultepec y en las puertas de la ciudad el día anterior, mientras que Daniel Harvey Hill estimó que casi 200 estadounidenses cayeron muertos o heridos; en otras fuentes, se estimó que las bajas llegaron a 300.[24] Algunos de los cadáveres fueron mutilados. Los combates amainaron a la caída de la noche del día 14, pero se reiniciaron a la mañana siguiente y continuaron con variada intensidad a todo lo largo del día; no fue sino hasta el día 16 cuando los que habían disputado el dominio de las calles a los estadounidenses pasaron de la resistencia abierta a las actividades clandestinas, atacando por la noche a los estadounidenses aislados. Pasaron varios meses antes de que esos mortales ataques nocturnos disminuyeran y los estadounidenses se sintieran relativamente a salvo en la ciudad.[25]

La respuesta de los estadounidenses es una indicación de la severidad de la resistencia: rápidamente desplegaron su artillería y destruyeron las casas desde las que los mexicanos disparaban sus armas o arrojaban piedras; asimismo, apuntaron la artillería contra las multitudes, usando metralla, el tipo de munición que se usaba durante las batallas para atacar directamente a la infantería; además, se ordenó a los soldados que forzaran y saquearan todos los edificios desde donde les dispararan y que mataran o capturaran a sus habitantes. En ocasiones, con base en su particular interpretación de esas órdenes, los soldados afirmaban haber oído disparos desde algunas mansiones para después saquearlas. Los mexicanos que fueron capturados combatiendo a los estadounidenses fueron ejecutados en el acto y, en algunos casos, sus cadáveres fueron expuestos como advertencia. Hubo incluso mexicanos desarmados que fueron ejecutados; el 14 de septiembre, Ethan Allen Hitchcock escribió en su diario: "muchos mexicanos han sido asesinados [...]. Hace apenas unos momentos, vi que un mexicano desarmado era asesinado deliberadamente y me pareció horrible"; en palabras de Daniel Harvey Hill, fue "un día de tanto derramamiento de sangre y brutalidad como espero no volver a ver nunca".[26] Winfield Scott también envió emisarios al arzobispo y al ayuntamiento de la ciudad para que les dijeran que ordenaría a sus soldados el saqueo de todas las iglesias y las casas si la resistencia continuaba.[27] Evi-

dentemente, consideraba que la resistencia era un gran problema que requería usar todas las armas a su disposición.

¿Por qué salieron miles de mexicanos a las calles a combatir a los estadounidenses? ¿Qué pueden decirnos sus acciones sobre México y, en especial, sobre la ciudad de México en ese año de 1847? Lo primero que resalta es que muchos de sus habitantes se sintieron amenazados por la cercanía de las tropas estadounidenses. A lo largo de todo el verano, las autoridades habían lidiado con los peligros que planteaba la invasión estadounidense y está claro que sus temores eran compartidos por importantes sectores de la población urbana. La posibilidad de que hubiera violaciones en masa fue tomada tan en serio que, en junio de ese año, el ayuntamiento de la ciudad sugirió que se evacuara a los cientos de monjas de los conventos y, el 6 de septiembre, los funcionarios públicos autorizaron la evacuación de todas las mujeres, aunque no tuvo lugar un éxodo generalizado.[28] Las autoridades también estaban preocupadas por la posibilidad de la hambruna, una amenaza constante para los pobres de la ciudad, que dependían de lo que pudieran ganar cada día para comer por la noche; a esa gente le estaba siendo cada vez más difícil alimentarse, debido a que la economía de la ciudad padecía por la incertidumbre de tener al enemigo a sus puertas.[29] Los estadounidenses que ingresaron en la ciudad el 14 de septiembre entraron en contacto con una población que había llegado a un grado extremo de ansiedad.

En contra de los puntos de vista de algunos historiadores, esa población fue capaz de entender la guerra como un conflicto entre dos naciones.[30] Existen muchas pruebas de que incluso los pobres de la ciudad con menos educación habían desarrollado un sentido de sí mismos como mexicanos que se enfrentaban a unos extranjeros a los que definían como "americanos". Ya mencionamos la violencia ejercida contra los desertores y los conductores estadounidenses durante el armisticio; en ocasiones, los residentes civiles extranjeros que hablaban inglés fueron entregados a las autoridades como posibles espías yanquis y, durante la batalla de Molino del Rey, unos grupos de mexicanos pobres habían corrido por las calles gritando "¡Viva México" y "¡Mueran los yanquis!"[31] El acercamiento de las tropas estadounidenses avivó el fuego del nacionalismo en la ciudad, pero, para entender la magnitud que alcanzó los días 14 y 15 de septiembre de 1847, es necesario entender también que la ciudad de México era el centro de la vida política del país. Durante más de 20 años, los líderes políticos habían luchado por convencer a los habitantes de que eran mexicanos por medio de rituales cívicos, como el juramen-

to de las sucesivas constituciones y las celebraciones del día de la Independencia, que solían ir acompañados de servicios religiosos, discursos, música y fuegos artificiales en las mismas calles que las tropas estadounidenses invadirían. Diferentes líderes políticos habían tratado también de hacer participar a los residentes de la ciudad en la política partidista, buscando su apoyo en las elecciones y en los golpes de Estado. Incluso antes de la guerra, con sus torrentes de propaganda, se había dicho a toda una generación que eran mexicanos; por lo demás, las ideas expresadas en la propaganda política escrita llegaba a oídos de los analfabetas por medio de la antigua tradición de la lectura en voz alta y la discusión de los documentos políticos y los periódicos en los espacios públicos. Por consiguiente, no debe sorprender el hecho de que, apenas unos meses después de que la guerra comenzara, el viajero austriaco Karl Heller informara que los pobres de la ciudad de México ya mostraban un virulento nacionalismo popular.[32]

Las autoridades y los intelectuales hicieron grandes esfuerzos por alentar ese nacionalismo popular después de la caída de Veracruz en marzo de 1847 y, como ya se hizo notar, los llamamientos a la resistencia se centraron en la necesidad de defender la independencia de México, el acceso de los mexicanos a la vida eterna por la intermediación de la iglesia católica y el honor y el cuerpo de las mujeres. Estos últimos dos temas hicieron que el conflicto con Estados Unidos estuviera lejos de ser abstracto y que la atención popular se centrara directamente en el comportamiento de las tropas estadounidenses en las zonas ocupadas, contribuyendo sin duda alguna al aumento de la fiebre de ansiedad que alcanzó la ciudad en septiembre de 1847.[33] Uno de los esfuerzos más reveladores por fomentar la resistencia popular se llevó a cabo el día 7 de ese mes, cuando el gobierno nacional envió al arzobispo una carta en la que le explicaba que, debido al sacrilegio que habían cometido las tropas estadounidenses, los curas mexicanos debían alentar al pueblo a que "muera, si es preciso, defendiendo su patria y religión"; añadía que las codiciosas tropas invasoras podrían tratar de robar la sagrada imagen de la virgen de Guadalupe y ordenaba al arzobispo que hiciera lo necesario para protegerla. La carta iba dirigida al arzobispo, pero se tenía la intención de que llegase a un auditorio mucho más numeroso: la impresión fue de 300 ejemplares, que fueron pegados en todas las esquinas de la ciudad. La virgen de Guadalupe estaba ya en camino de convertirse en un símbolo de la identidad nacional en todo el país y, sin duda, era la figura religiosa más popular en la ciudad de México.[34]

Hasta la invasión estadounidense del puerto de Veracruz, la mayor parte de la propaganda hecha en el centro del país había buscado convencer a los mexicanos de que contribuyeran con su dinero o su tiempo a los esfuerzos por sostener la guerra. Los objetivos explícitos cambiaron a medida que los estadounidenses se acercaban a la capital: los propagandistas exhortaron cada vez más a los mexicanos a resistir físicamente a los invasores. En agosto de 1847, el gobierno nacional ordenó a las autoridades locales que convencieran a los mexicanos de "levantar sus poblaciones en masa para que con las armas que cada individuo tenga, grande o pequeña, larga o corta, en fin cuando no hay más que un palo y piedras, le hostilicen de cuantas maneras estén a su alcance"; en ese documento se señalaba que, cuando los británicos invadieron Buenos Aires en 1807, su población civil había defendido con éxito la ciudad e incluso algunos soldados británicos habían caído muertos cuando las mujeres les arrojaron muebles o agua hirviente.[35] Cuando el gobernador del Distrito Federal transmitió el documento al ayuntamiento de la ciudad, le ordenó que se llevaran a las azoteas las piedras del pavimento de la ciudad con el propósito de poder arrojarlas contra los estadounidenses. La orden fue obedecida y un testigo declaró que pidieron a algunas mujeres que apilaran por separado las piedras de tamaño medio para que ellas las usaran llegado el momento;[36] después de que terminó el armisticio, se pidió a los curas que predicaran la resistencia en las calles. José María Tornel, el nuevo gobernador del Distrito Federal, que había sido testigo de los disturbios contra los conductores de los carromatos estadounidenses, fue uno de los más feroces partidarios de la resistencia a los estadounidenses y ahora buscaba llevar a cabo el trabajo preliminar para la resistencia dentro de la ciudad. En teoría, cada barrio contaba ya con un juez de paz y en cada manzana había un capitán para mantener el orden; muchos de esos cargos habían quedado vacantes, pero se ordenó a los funcionarios restantes que reunieran a los residentes y los prepararan para combatir a los ocupantes y está claro que algunos se tomaron esas órdenes muy a pecho. Cuando se examinan de cerca los documentos sobre los preparativos, es evidente que Tornel, que era un oficial militar, creyó que los defensores civiles entrarían en acción después de que los estadounidenses se abrieran paso entre la resistencia militar organizada en las orillas de la ciudad, y que, cuando las tropas mexicanas retrocedieran por las calles, la población civil las ayudaría, defendiendo una manzana tras otra. Es probable que esa situación habría sido incluso más letal para las tropas estadounidenses que lo que realmente ocurrió: el 14 de septiembre, las unidades

organizadas del ejército mexicano ya habían abandonado la ciudad, por lo que los civiles se vieron sorprendidos por el silencio de la entrada del enemigo y, en gran medida, se encontraron solos.[37]

¿Quiénes fueron los mexicanos que se enfrentaron tan desesperadamente al ejército estadounidense? En su relato, el soldado raso F. Brough puso énfasis en la diversidad de las personas que participaron; señaló que algunas vestían de blanco, probablemente la ropa de algodón que solía usar la mayoría de los mexicanos pobres. Luis Fernando Granados, autor de un libro excelente sobre los combates callejeros, explica que muchos relatos hechos por testigos oculares de los combates muestran que la resistencia fue más fuerte y más prolongada en los barrios pobres e identifica a obreros de los rastros, carpinteros, sastres y vendedores de billetes de lotería como parte de las multitudes. La mayoría de los testigos citó específicamente a los *léperos*, un término usado para describir a la gente pobre y, supuestamente, poco decente de la ciudad.[38] John Henshaw, por ejemplo, escribió que los protagonistas de los levantamientos contra los estadounidenses fueron los léperos y añadió que eran "las mismas personas que atacaron nuestra caravana de carromatos cuando vino en busca de las provisiones durante el armisticio".[39] Los relatos de los testigos oculares dejan pocas dudas respecto de que muchas de las personas que combatieron y murieron en los enfrentamientos con los estadounidenses pertenecían a las clases más pobres de la ciudad.

Y esas personas no estuvieron solas. Como ya antes se mencionó, cuando el ejército mexicano salió de la ciudad, se permitió que los soldados de la Guardia Nacional de la ciudad de México volvieran a sus hogares con su familia; muchos se llevaron sus armas consigo y muchos de ellos no tenían la intención de quedarse sin hacer nada mientras los estadounidenses ocupaban la ciudad. En consecuencia, en muchas de las descripciones de los combates se dice que los hombres de la Guardia Nacional, solos o en pequeños grupos, disparaban desde los edificios o encabezaban a los civiles en las calles.[40] A ellos se unieron algunos oficiales del ejército regular sorprendidos por la repentina partida del ejército, quienes no estaban dispuestos a dejar que la población civil combatiera sin ellos.[41] Sin duda alguna, los hombres de la Guardia Nacional y los oficiales del ejército regular fueron útiles debido a su conocimiento de las armas de fuego y las tácticas militares y, en ocasiones, los civiles les pedían que se pusieran al mando; no obstante, al menos un oficial del ejército regular que trataba de sobrevivir en las disputadas calles de la ciudad ese día dio parte más tarde de que algunos léperos lo insultaron y le die-

ron una paliza, probablemente porque estaban decepcionados de que el ejército hubiera abandonado la ciudad. Lo anterior concuerda con los informes en el sentido de que, cuando los estadounidenses ingresaron en la gran plaza, las multitudes ahí reunidas no sólo gritaron "¡Mueran los americanos!" sino también "¡Muera Santa Anna!"[42]

También otros grupos sociales participaron en la resistencia: los propietarios de muchas pequeñas tiendas de venta al menudeo presidían los lugares donde los vecinos se congregaban para enterarse de las noticias y discutirlas y, sin sorpresa alguna, esos hombres participaron en la resistencia; uno de ellos dijo a la gente reunida que el honor del barrio estaba en juego y les entregó comida y municiones.[43] Muchos curas y frailes predicaron la resistencia e incluso salieron a las calles con armas para encabezar a las multitudes en contra de los estadounidenses. El ayuntamiento de la ciudad consignó en actas que "un religioso del convento de la Merced, a caballo y con lanza en mano, anda por los barrios de Sta. Catarina y Sta. Ana excitando al pueblo, para que se levante contra el ejército norteamericano que ocupa ya esta capital. Igual conducta poco más o menos observan otros eclesiásticos [...] continúan moviendo al pueblo para que se defienda y lo excita a la guerra"; algunos de ellos enarbolaban estandartes con la imagen de la virgen de Guadalupe.[44] Las mujeres arrojaban piedras desde las azoteas, blandían cuchillos y garrotes entre las multitudes, se burlaban de los estadounidenses y atendían a los mexicanos heridos.[45]

Miles de personas combatieron al ejército estadounidense en las calles, pero todavía eran una minoría de la población de la ciudad, de más de 150 mil habitantes. Sin duda alguna, mucha gente de diversos grupos sociales se atrincheró con el propósito de evitar todo contacto con los estadounidenses y reducir al mínimo los riesgos para su persona, su familia y sus propiedades. Muchos mexicanos y extranjeros acaudalados desaprobaron la resistencia, porque creían que los soldados estadounidenses podían pretextar los combates para justificar el saqueo, los asesinatos y las violaciones;[46] algunos trataron de proteger sus propiedades haciendo ondear la bandera de alguna nación neutral, especialmente la de España, país por el que muchas familias de la élite seguían sintiendo un fuerte apego cultural. El general estadounidense Persifor Smith declaró que, durante los combates, en más de cien casas en las que no habitaban ciudadanos españoles, ondeó la bandera española;[47] no obstante, el espectro de miles de mexicanos pobres en las calles, armados con cualquier arma que hubieran podido improvisar, también hizo renacer un temor

más antiguo y más profundamente arraigado en las élites. Las élites de las urbes de la época vivían en una estrecha relación con los pobres, con los que compartían las mismas calles y, en la ciudad de México, incluso los mismos edificios; despreciaban y temían a los pobres andrajosos, a los que consideraban desesperados, intrigantes, violentos e irracionales, predispuestos a la embriaguez y los delitos menores. Las élites temían la violencia de las masas de pobres contra sus superiores y creían que, en cualquier rompimiento del orden, las multitudes de hombres y mujeres harapientos saquearían sus residencias y negocios; muchos miembros de las élites consideraban que los combates callejeros eran como esa especie de rebelión urbana y, sin duda alguna, sus prejuicios se vieron fortalecidos cuando, en ocasiones, los mexicanos pobres entraban también en las casas en las que los soldados estadounidenses habían irrumpido y robaban las cosas que estos últimos habían desdeñado o pasado por alto.[48]

Las sospechas de las élites sobre los verdaderos motivos de los pobres determinaron en gran medida la actuación del ayuntamiento de la ciudad. Scott respondió a la resistencia, no sólo dando órdenes a sus tropas de que la reprimieran, sino también diciendo al ayuntamiento que sus tropas saquearían toda la ciudad si la resistencia continuaba. El cabildo, encabezado por Manuel Reyes Veramendi, el alcalde en funciones, respondió de inmediato por escrito, adoptando muy conscientemente la función de representante pero no de todos los habitantes, sino sólo de los hombres adinerados y respetables, "varias familias que forman la parte sensata y juiciosa de la sociedad", a las que llamó "víctima de la imprudencia de una plebe que obra sin objeto ni fin determinado";[49] unas horas más tarde, dijo a Scott que "el fuego no se comenzó ni está sostenido por el pueblo respetable de esta capital sino por unos cuantos del pueblo bajo sin sentimientos nobles".[50] Las autoridades marginaron rápidamente aún más a los resistentes: los jueces de paz y los capitanes de manzana de uno de los barrios más ricos de la ciudad solicitaron al ayuntamiento que dijera a Scott que quienes resistían en su barrio no eran los residentes, sino "la multitud de criminales que han salido de las cárceles cuyas miras de éstos no son otras más que el robo y exterminio de las familias honradas pues ninguno de éstos tienen amor patrio ni amor al orden". El ayuntamiento envió de inmediato la carta a Scott y añadió que "el desorden que se ha ocasionado en esta capital no ha tenido ni tiene otro origen que el de la depravación de unos cuantos criminales, de un puñado de hombres que no conocen más patria, más honor, más moralidad que la rapiña y el crimen".[51] Muchos estadounidenses insistirían más tarde

en que los combatientes eran criminales que las autoridades mexicanas habían puesto en libertad cuando evacuaron la ciudad, versión que llegó directamente a manos de los estadounidenses desde el propio ayuntamiento.

El cabildo escribió de inmediato a los funcionarios públicos de los barrios que antes habían organizado la resistencia para comunicarles las amenazas de Winfield Scott y ordenarles que convencieran a la población civil de no seguir combatiendo; asimismo, publicó en las esquinas de las calles un cartel impreso en el que explicaba que Scott no garantizaría la seguridad de los habitantes de la ciudad mientras la resistencia continuara y que había ordenado a sus tropas que destruyeran todas las casas usadas por los resistentes y que mataran a sus habitantes; además, se pedía a todos los habitantes de la ciudad que dejaran de combatir a los estadounidenses. El comunicado no fue bien recibido por las airadas multitudes que habían participado con gran intensidad en los sangrientos combates callejeros, por lo que rasgaron muchos de los carteles o los cubrieron con excrementos.[52] El cabildo de la ciudad también escribió directamente a un grupo de resistentes que se estaba organizando en el convento de Santo Domingo, apenas a un par de cuadras del palacio del ayuntamiento, para decirles que "podría ser muy bien que ese comportamiento merezca reputarse como el más patriótico", pero los resistentes debían desistir, porque sus actos daban a los soldados estadounidenses licencia para saquear la ciudad y matar a los que no eran combatientes.[53]

Santa Anna todavía estaba en las afueras, al norte de la ciudad, con la caballería mexicana y algunos hombres de la infantería de la Guardia Nacional, cuando los mensajeros de los resistentes lo alcanzaron, hicieron hincapié en sus éxitos contra los estadounidenses y le pidieron que enviara tropas. Santa Anna detuvo la retirada para reunir información y consultar ampliamente con Juan Álvarez, quien, en el contexto de la guerra, pese a ser uno de los enemigos políticos más feroces de Santa Anna, había llegado a ser uno de sus colaboradores más cercanos. Uno y otro se sintieron muy conmovidos por lo que escucharon y de inmediato emprendieron el camino de regreso al centro de la ciudad con las tropas disponibles. Santa Anna y Álvarez se adelantaron y cabalgaron hasta la parte septentrional del distrito central de la ciudad y, para cuando llegaron, los combates del 14 de septiembre ya estaban perdiendo intensidad, lo cual los decepcionó; no obstante, apostaron a algunos de los hombres de la Guardia Nacional en los límites del distrito central y enviaron parte de la caballería del ejército regular a recorrer las calles. La mañana

siguiente, cuando comenzaron los combates, Santa Anna envió de nuevo unos destacamentos de caballería a la ciudad, pero los combates no eran tan severos y la intensidad del movimiento de resistencia claramente estaba menguando. Santa Anna perdió la esperanza de cambiar el rumbo de la guerra en las calles de la ciudad y decidió marchar con la caballería a Puebla.[54]

Antes de que Santa Anna partiera, alguien le llevó uno de los carteles que había publicado el ayuntamiento de la ciudad de México. Al leerlo, se indignó y escribió a Manuel Reyes Veramendi para criticarlo por tratar de poner un alto a la resistencia del pueblo a "bárbaro enemigo que saquea la población y los templos y viola a las mujeres"; Santa Anna añadió que, si Reyes Veramendi y el cabildo de la ciudad persistían, serían tratados como traidores. El alcalde le escribió para replicar que únicamente buscaba la protección de la población y que su conciencia estaba limpia; asimismo, le dijo que no creía que los combates en las calles fueran realmente resultado del patriotismo o de un pueblo que trataba de defenderse de los saqueadores y violadores, sino, por el contrario, que eran producto del deseo de los pobres de aprovechar la situación para robar. Ese intercambio epistolar confirma aún más el hecho de que Reyes Veramendi, un federalista moderado con una preocupación típica por las tensiones de clase en la ciudad, consideraba a las multitudes como una amenaza mayor que los estadounidenses.[55]

Los soldados y los oficiales estadounidenses tuvieron mucho qué decir sobre la naturaleza de la resistencia. Sus respuestas fueron producto de sus propios prejuicios sobre los mexicanos y de lo que el ayuntamiento de la ciudad había comunicado a Winfield Scott acerca de la gente que combatía en las calles: de manera general, creían que los mexicanos eran capaces de ejercer la violencia, pero no de expresar patriotismo, lo cual llevó a muchos a restar legitimidad a la resistencia o, por extraño que parezca, incluso a ignorarla en sus relatos; las contradicciones incluso en un mismo relato son asombrosas. El teniente Daniel Harvey Hill escribió que casi 200 estadounidenses y muchos mexicanos resultaron muertos o heridos tan sólo en el primer día de los combates callejeros y exageró la violencia empleada por los estadounidenses, pero, apenas dos páginas más adelante, afirmó que la ciudad fue ocupada por los estadounidenses "casi sin combatir".[56] C. M. Reeves, el soldado del ejército regular, también hizo hincapié en la severidad de los combates y en las bajas estadounidenses, pero menospreció los motivos de los mexicanos; había estado presente cuando los invasores habían tomado Puebla unos meses antes

y, según él, los mexicanos no habían podido defender la ciudad y las multitudes habían visto a los estadounidenses entrar marchando en ella; asimismo, escribió que los "tipos grandes y fornidos" presentes en las calles de Puebla "no salieron valientemente a pelear por su país". Las cosas fueron claramente diferentes en la ciudad de México, pero Reeves no pudo admitir tampoco la posibilidad de que los mexicanos que combatían en las calles estuvieran haciéndolo por su país; por el contrario, escribió que eran unos "bribones" que combatieron "más con el propósito de pillar que por un sentimiento de patriotismo";[57] George Ballentine, otro soldado raso del ejército regular estadounidense, parece haber estado más confundido cuando escribió sobre la resistencia de unos "patriotas" que eran "criminales en su mayoría".[58] Ahora bien, es probable que Winfield Scott haya escrito la interpretación más incoherente de todas: en su parte oficial, afirmó que los estadounidenses fueron atacados por "unos 2 mil convictos, puestos en libertad la noche anterior por el gobierno provisional, a los que se unió un número probablemente igual de soldados mexicanos que se habían desbandado y despojado de sus uniformes", y añadió que su objetivo era "satisfacer el odio nacional y aprovechar la alarma general y la confusión para saquear a los habitantes acaudalados". Vale la pena detenerse unos segundos para reflexionar en esa afirmación: si hubo mexicanos que se opusieron a los estadounidenses, fue para "satisfacer el odio nacional". Pero, ¿cuál era exactamente la razón de que las tropas estadounidenses estuvieran allí? Desde luego no se trataba de turistas. Siguiendo el ejemplo del ayuntamiento de la ciudad, Scott también afirmó que muchos de los combatientes eran criminales que en realidad querían robar las posesiones de los ricos.[59] ¿Cómo es posible que creyese que unas personas que en realidad sólo querían robar arriesgaran su vida, disparando contra los soldados estadounidenses, arrojándoles piedras desde las azoteas o reuniéndose en multitudes para combatirlos cuerpo a cuerpo? Sin duda alguna, tanto algunos mexicanos como muchos soldados estadounidenses aprovecharon el desorden para robar, pero eso no explica la resistencia. Algunos oficiales estadounidenses llevaron la deslegitimación de los combates callejeros a extremos ridículos: el 16 de septiembre, formaron un consejo de guerra a un oficial mexicano llamado Enrique García por violar las leyes de la guerra al "amenazar y atentar contra la vida de las tropas de Estados Unidos después de que las tropas mexicanas se habían retirado de la ciudad y de que las autoridades apropiadas habían capitulado"; García fue exonerado, pero, durante su juicio, el teniente G. W. Lay, secretario de Winfield Scott, declaró que no se podía llamar resis-

tencia a los combates en las calles y dijo: "considero asesinato lo que estaba ocurriendo".[60] Las tortuosidades lógicas a que recurrieron los estadounidenses para negar la legitimidad de la resistencia de la población civil mexicana fueron excesivas.

La resistencia no podía continuar de forma indefinida: a los esfuerzos del gobierno de la ciudad por convencer al pueblo de que pusiera alto a la resistencia, pronto se unieron los de las autoridades religiosas, que temían la amenaza específica que Winfield Scott había hecho a las iglesias; sin embargo, la terminación de los combates callejeros parece haber sido sobre todo resultado de la represión estadounidense y de que la gente comprendía cada vez más que el ejército mexicano no regresaría: dicho en otras palabras, el pueblo perdió la esperanza. Al final del segundo día, la resistencia abierta había terminado casi por completo, aparte de algunas amenazas furtivas que los soldados estadounidenses enfrentaban por la noche. Durante varias semanas, los invasores se mostraron preocupados de que tuviera lugar otro levantamiento generalizado, por lo que se ordenó que se bajaran las piedras de las azoteas, se dispuso que muchos soldados hicieran guardia y se dijo a todos que mantuvieran sus armas al alcance de la mano; tanto los estadounidenses como el ayuntamiento de la ciudad se sentían nerviosos por los repetidos rumores de la existencia de planes de alzamiento. El primer domingo de la ocupación, los oficiales estadounidenses notaron que había un extraño silencio, cuando lo que esperaban era escuchar las campanas de las iglesias llamando a misa, y de inmediato sospecharon que los curas habían decidido cancelar las misas para provocar otro levantamiento. Una vez más, los oficiales estadounidenses amenazaron con dejar que sus soldados saquearan las iglesias, por lo que, pronto, las misas fueron oficiadas de acuerdo con su programación habitual.[61]

Poco más de cinco meses después del desembarco en Veracruz en marzo de 1847, el ejército estadounidense había logrado capturar la capital de México, que también era su ciudad más grande. Algunos historiadores militares atribuyen ese éxito a la inteligencia y el profesionalismo de Winfield Scott, así como a la alta calidad de su ejército, y hay algo de verdad en ello.[62] Sin duda alguna, Scott cometió algunos errores garrafales, pero, indudablemente, fue un mejor estratega que Antonio López de Santa Anna. En ocasiones, en algunos relatos más generales sobre la guerra se presenta la campaña como la prueba de que el gobierno estadounidense estaba mejor organizado y, una vez más, ese punto de vista tiene una validez importante. En los relatos mexicanos, se hace hincapié en los fra-

casos personales de sus dirigentes, en especial de Santa Anna, y con frecuencia se sugiere que la mayoría de los mexicanos simplemente carecían de un apego firme por el Estado nacional. Santa Anna cometió errores tácticos y, en ocasiones, otros dirigentes militares fracasaron en sus intentos de cooperar efectivamente. En general, los relatos de la guerra rodean el éxito de Winfield Scott con el aura de lo ineluctable.

Con todo, las batallas combatidas en el valle de México no fueron fáciles para los estadounidenses. John Henshaw calificó su costo como "terrible" y afirmó que más de 2700 de los hombres de Scott murieron o fueron heridos en los combates,[63] por lo que ese nefasto número de bajas invita a considerar de otra manera lo ocurrido en esos combates. Sin duda alguna, el Estado mexicano fue menos eficaz que el estadounidense; las divisiones ideológicas y sociales obstaculizaron sus esfuerzos por llevar a cabo una guerra efectiva, pero lo más importante fue que, al frente de una economía débil, nunca logró desarrollar un sistema fiscal adecuado ni siquiera para cubrir sus gastos más rutinarios y la guerra empeoró dramáticamente su situación al provocar el constante aumento de sus erogaciones e impedirle recaudar los impuestos aduanales, que eran su más importante fuente de recursos. La principal ventaja de Winfield Scott a todo lo largo de la campaña fue que siempre pudo pagar y alimentar a sus soldados, algo que el ejército mexicano sólo podía soñar con hacer. Cuando se considera esa desventaja, la historia de la pérdida de la ciudad de México parece ser muy diferente. De alguna manera, el gobierno mexicano, encabezado por la figura de Antonio López de Santa Anna, a menudo oscura, pero ayudado por muchos otros políticos y oficiales de todos los grupos ideológicos, se las arregló para montar una defensa seria, organizada y tenaz: pudo reclutar hombres, armarlos, organizarlos en unidades militares eficaces y, en ocasiones, incluso alimentarlos; sus cuerpos de oficiales, aunque justamente difamados en gran medida por la politiquería interna, comandaron a esos hombres con una efectividad sorprendente; por lo demás, los propios hombres, ya fueran reclutas o voluntarios, combatieron muy valerosamente.

Los que combatieron, trabajaron o hicieron sacrificios económicos para defender la capital del país lo hicieron por muchas razones: a algunos los coaccionó eficazmente el Estado mexicano para que colaboraran en las acciones emprendidas, lo cual sugiere que este último no fue tan ineficaz como en ocasiones se le describe; no obstante, una vez que los soldados coaccionados se encontraron en las filas, incluso ellos llegaron con frecuencia a apreciarse entre sí y a sentirse orgullosos de perte-

necer a sus unidades del ejército regular, lo que los hizo ser eficaces; otros que ayudaron en la defensa fueron motivados por el temor a perder la vida y la de sus seres queridos, por simple presión o por la esperanza de que su participación les procuraría más tarde ventajas sociales o políticas. Cuando se estudian las unidades de soldados ciudadanos, parece claro que su servicio fue motivado, al menos en parte, por la idea de que estaban combatiendo por México, aun cuando se tratara de un México que los diferentes grupos imaginaban de diferentes maneras. Lo mismo se puede decir de los grupos menos organizados, como los de la población civil que hicieron frente a los conductores de los carromatos estadounidenses durante el armisticio o los que salieron a las calles los días 14 y 15 de septiembre, armados no sólo con armas improvisadas, sino también con ideas sobre lo que eran y sobre lo diferentes que eran de los invasores: estaban confirmando que eran mexicanos, y esa confirmación resultó muy costosa para muchos de ellos.

8. Avergonzado de mi país

Cuando la ciudad de México cayó, Antonio López de Santa Anna ya había enviado a Querétaro a la mayoría de los soldados que habían sobrevivido a la defensa, creyendo que, en la capital provisional, situada en una región relativamente rica, era más probable que encontraran sustento; renunció a la presidencia, pero mantuvo consigo unos mil soldados de caballería del ejército regular y algunos cientos de hombres de la Guardia Nacional del actual estado de Guerrero, al mando de Juan Álvarez. Santa Anna había perdido todas las batallas contra el ejército de Winfield Scott, pero sabía que éste había dejado en la ciudad de Puebla una fuerza poco numerosa de soldados, en su mayoría heridos, y que el gobierno de ese estado había reunido más de 2 mil hombres de su propia Guardia Nacional; esas tropas, junto con los alrededor de 500 guerrilleros encabezados por Joaquín Rea, habían aislado la guarnición estadounidense. Santa Anna llevó sus tropas allí, esperando poder vencer a la guarnición con el apoyo de la población civil de Puebla, la que, según había oído, estaba ansiosa por expulsar a los estadounidenses; al llegar, fue recibido con aplausos y música que debieron de ser audibles para los soldados estadounidenses atrincherados en sus posiciones fortificadas. Alrededor de 400 de los defensores estadounidenses se encontraban en condiciones de combatir, pero se complementaban con casi 2 mil soldados que convalecían de sus heridas o enfermedades, muchos de los cuales ayudaron a defender los pocos edificios que ocupaban los invasores. A lo largo de las tres semanas siguientes, los hombres de la Guardia Nacional y de la caballería del ejército regular mantuvieron sitiados bajo fuego a los estadounidenses y a cada momento se acercaban más a ellos.[1]

Santa Anna esperaba que esa victoria en Puebla dejaría al ejército estadounidense aislado en el centro de México; sin embargo, mientras el sitio seguía adelante, 3 mil elementos estadounidenses marcharon hacia la ciudad de Puebla desde el puerto de Veracruz. Esa fuerza, al mando del general de brigada Joseph Lane, logró liberar Puebla debido sobre todo al mismo problema que había perjudicado a los mexicanos a lo largo de la toda guerra: Santa Anna llevó consigo algunos soldados del ejército regular y de la Guardia Nacional para detener el avance de Lane, pero no tenía recursos para alimentar a sus hombres, por lo que éstos empezaron a

desertar: primero los de la Guardia Nacional y luego incluso los del ejército regular. Después de unos cuantos días, Santa Anna comprendió que ya no contaba con suficientes hombres para detener a Lane, aunque esperaba poder seguir hostigando al enemigo. Por su parte, Lane, ansioso de gloria, se enteró de que Santa Anna se encontraba en Huamantla y se apresuró a ir allá con su fuerza, evitando así accidentalmente la emboscada que le había preparado Santa Anna a unos cuantos kilómetros de distancia. La avanzada de la guardia de caballería de Lane expulsó a los pocos soldados mexicanos que había en Huamantla y después los estadounidenses se dispersaron para saquear la población. Por desgracia para ellos, Santa Anna se dio cuenta del error de Lane, se apresuró a volver a Huamantla y derrotó a la caballería rival; no obstante, los mexicanos a su vez fueron expulsados del pueblo por la llegada tardía de la infantería más numerosa de Lane, cuyos hombres saquearon la población antes de desplazarse a Puebla. Álvarez ordenó a los pocos soldados mexicanos que todavía estaban en esa ciudad que la abandonaran, en lugar de tratar de enfrentar una fuerza superior en las calles; algunos se rehusaron, diciendo que preferían ser ejecutados por desobedecer órdenes que retirarse: permanecieron en la ciudad y se enfrentaron a las tropas de Lane, pero al final debieron abandonarla.[2]

En resumidas cuentas, lo esencial está claro: incluso cuando los mexicanos pudieron reunir suficientes tropas para alcanzar la superioridad numérica, las probabilidades se acumularon en su contra. Santa Anna y sus comandantes habían identificado una fuerza estadounidense vulnerable, habían concentrado varias unidades militares en su contra y habían logrado la cooperación entusiasta de la población civil; sin embargo, para lograr la victoria, había que mantener unidas las tropas, pero, simplemente, no contaron con los recursos financieros necesarios para alimentarlas. El gobierno federal no tenía dinero para enviarles y el gobierno estatal ni siquiera podía alimentar a las tropas de la Guardia Nacional, mucho menos a los soldados del ejército regular. Lo que pudo haber sido una operación militar exitosa se vio socavada y finalmente fracasó por la falta de alimentos, porque las hambrientas tropas mexicanas tomaron la única decisión disponible para ellas: dispersarse en busca de comida. En esas condiciones, el ejército mexicano quedó, en los hechos, fuera de combate.

Lo mismo se puede decir de Santa Anna. Consternado porque ni el gobierno nacional ni los gobiernos estatales habían sido capaces de sostener sus esfuerzos para revertir la situación, empezó a desplazarse al sur, hacia Oaxaca, solamente para enterarse de que el gobernador de ese estado, su acérrimo enemigo político y futuro presidente, Benito Juárez, no lo quería allá. Las tropas estadounidenses estuvieron a punto de alcanzar a Santa Anna en Tehuacán, donde escapó de ser capturado, pero perdió los efectos personales que todavía le quedaban. Relevado del mando militar, se ocultó hasta que los estadounidenses le permitieron partir al exilio en marzo de 1848; no obstante, antes de retirarse, dio inicio a una continua campaña de relaciones públicas para dar a conocer su versión de la defensa de la capital, explicando con todo cuidado no sólo sus decisiones, sino también que varios subordinados frustraron sus planes al no cumplir sus órdenes: Gabriel Valencia había socavado personalmente la defensa en Padierna por desobedecer las órdenes, Manuel Andrade se había negado a cumplir las instrucciones de Juan Álvarez en Molino del Rey y Andrés Terrés se había retirado de la puerta de Belén; asimismo, criticó a Nicolás Bravo por haber perdido Chapultepec. Las rencillas entre los líderes mexicanos siguieron adelante, tanto en los panfletos que publicaban como en el sistema de tribunales militares, durante muchos meses después de que la guerra hubiera terminado. Lo indecoroso de las acusaciones y contraacusaciones fue superado por la acusación formal del diputado Ramón Gamboa en el sentido de que Santa Anna había traicionado a México en repetidas ocasiones durante sus campañas y de que había perdido la guerra a propósito. Esa acusación ha tenido resonancia entre algunos mexicanos hasta el presente: a principios del siglo XX, incluso el afamado Diego Rivera pintó en uno de sus murales históricos la figura de Antonio López de Santa Anna entregando las llaves de la ciudad de México a Winfield Scott. Con todo, esa dramática acusación contra Santa Anna simplemente no se sostiene cuando se examina lo que en verdad ocurrió durante la guerra. Santa Anna no fue un gran estratega y tuvo muchos defectos como político, pero solamente su extraordinario talento político y organizativo, y su compromiso en combate permitieron que, a partir de octubre de 1846, una y otra vez México enviara al campo de batalla ejércitos convencionales;[3] dicho en otras palabras, si Santa Anna hubiera querido realmente perder la guerra, lo hizo de la manera más ineficaz posible.

Parece obvio que los oficiales del ejército y los políticos que presidieron una causa perdida hayan discutido respecto de quién fue el responsable, en especial en un sistema político que ya era muy faccioso antes de que la guerra estallara; lo que parece más sorprendente es que las rencillas entre los mexicanos probablemente hayan sido superadas por las rencillas entre los estadounidenses. Los mexicanos solían discutir sobre la responsabilidad por las derrotas militares, mientras que los oficiales estadounidenses discutían sobre el crédito por las victorias, pero la vehemencia fue asombrosamente similar. Los conflictos entre los oficiales estadounidenses empezaron incluso antes de la guerra: cuando Zachary Taylor reunió su ejército en Corpus Christi, se pidió a los oficiales del ejército que se encontraban en la frontera y que habían estado separados por cientos de kilómetros que cooperaran con él, lo cual planteó la cuestión de quién era superior a quién en grado. David Twiggs había sido coronel más tiempo que William Worth, pero este último tenía también el grado temporal de general brigadier; ambos habían hecho campaña públicamente por la precedencia y la espinosa cuestión fue llevada hasta el comandante superior, el presidente James K. Polk. Cuando éste se decidió en favor de Twiggs, Worth renunció enfadado, se mantuvo al margen durante los primeros meses de la guerra y sólo regresó al servicio después de que su conciencia le recordó sus deberes con su país o cuando comprendió que la guerra contra México era una gran oportunidad para obtener prestigio y ganarse un ascenso.[4] Las rencillas entre los oficiales estadounidenses no hicieron sino aumentar cuando el reclutamiento de voluntarios, cuyos oficiales debían su puesto por lo general a la política partidista del día, elevó a más del doble las fuerzas del ejército invasor. Los oficiales del ejército regular que habían sobrevivido al extenuante programa de la Academia de West Point y después servido muchos años sin lograr ascensos durante el periodo previo a la guerra se encontraron superados en grado por unos hombres sin experiencia, algunos de los cuales incluso habían sido reprobados y dados de baja en West Point. En ocasiones, el descontento mostrado en los campamentos llegó a convertirse en conflictos en el campo de batalla: el teniente del ejército regular Daniel Harvey Hill se rehusó a obedecer una orden del general voluntario Gideon Pillow, llamándolo "cachorro ignorante" y blandiendo su espada frente al general.[5] Los soldados del ejército regular y los voluntarios discutieron sobre quién había sido el responsable de las victorias en las batallas de Monterrey, Cerro Gordo, Churubusco y otras más.[6] No es sorprendente que el conflicto más agudo haya surgido después de la campaña con-

tra la ciudad de México; incluso la decisión de Polk de nombrar a Winfield Scott como comandante de esa campaña fue impulsada sobre todo por el deseo de evitar que el whig y posible candidato a la presidencia, Zachary Taylor, ganara aún más laureles. Scott era muy competente, pero también era un hombre orgulloso que disfrutaba el prestigio que daba el mando y fue el personaje central de las rencillas más sórdidas de la guerra. Al principio, se mostró amable cuando trató de frenar los esfuerzos de Pillow, viejo amigo de Polk en Tennessee y antiguo socio de éste como abogado, por reclamar el crédito indebido por varias victorias en el valle de México. Por lo demás, Scott se indignó cuando, en un relato anónimo publicado en los periódicos estadounidenses, se atribuyó a Gideon Pillow el mando central de la campaña, dándole repetidamente el crédito de unas decisiones que realmente fueron tomadas por Scott, y cuando, en otro relato anónimo, se atribuyeron algunas decisiones de Scott a William Worth, aquél recordó al ejército que era ilegal que los oficiales publicaran relatos anónimos, por lo que, pronto, tanto Pillow como Worth pidieron a Polk intervenir. Al enterarse de ello, Scott arrestó a ambos, pero Polk relevó a aquél y lo sometió a una corte marcial, lo cual descarriló temporalmente la carrera de Scott y lo enfadó mucho más. En resumen, incluso el general más consumado que Estados Unidos había visto en los años entre la guerra de independencia y la Guerra Civil se vio arrastrado por el lodo debido a las murmuraciones y las mezquindades.[7]

Lo paradójico es que la naturaleza extrema de las murmuraciones de los líderes tanto mexicanos como estadounidenses sugiere que a todos los unía un valor clave: el honor masculino, que muchos de esos hombres consideraban como su posesión más preciosa. Los historiadores de ambos países han escrito en extenso respecto de que ese honor se valoraba tanto que, en ocasiones, era defendido mediante la violencia física. La forma más extrema fue la de los duelos formales, que ya eran poco comunes en México pero todavía se practicaban en Estados Unidos: el propio Andrew Jackson había matado a un hombre en un duelo. El honor estaba relacionado con la reputación: era de capital importancia para esos hombres porque también lo era para la opinión que la sociedad tenía de ellos y su prestigio como hombres de honor cuya palabra tenía que ser considerada valiosa era de trascendental importancia para su posición social. Por lo tanto, a pesar de lo romántico de los duelos, la mayoría de las batallas por el honor tuvieron lugar en los tribunales o en los medios impresos, donde, en ocasiones, los recursos empleados para proteger la reputación personal fueron casi igualmente violentos.[8] Por lo demás, la carrera de

los oficiales militares y los políticos dependía de su reputación: un hombre al que se le negaba el crédito debido por sus logros mediante las distorsiones de otros podría igualmente haberse quedado en casa junto a la chimenea. Así, todo encuentro militar fue descrito en relatos escrupulosamente sopesados y documentados, y esos relatos fueron diseccionados bajo los equivalentes sociales y culturales del microscopio. Tanto la culpa como el crédito por las decisiones militares y la valentía o la falta de ésta tenían que ser distribuidas de manera correcta. Las discrepancias de los recuerdos y las diferencias de perspectiva, comunes en la confusión y la tensión de la batalla, pronto podían llevar a conflictos, porque era mucho lo que estaba en juego. Es paradójico, por consiguiente, que al conflicto en el campo de batalla le siguiera un mayor encarnizamiento en los tribunales y los medios impresos, aunque, por suerte, esas batallas eran menos letales físicamente.

LA GUERRA DE GUERRILLAS Y LAS ATROCIDADES

Mientras los generales se peleaban por el crédito y la culpa de los resultados en las batallas convencionales, seguían adelante otros tipos de combates más letales: los éxitos de los guerrilleros habían obligado a Winfield Scott a abandonar los intentos de mantener una línea de comunicación permanente con Veracruz y continuaron incluso después de la caída de la ciudad de México. Los guerrilleros causaron importantes bajas a unidades incluso más numerosas del ejército estadounidense y a todo soldado invasor que se rezagaba en la marcha lo mataban o lo capturaban pronto. Las actividades de los guerrilleros mostraron a los estadounidenses que su conquista de la ciudad de México no había puesto fin a la guerra. Para la mayoría de los invasores, el padre Celedonio de Jarauta llegó a ser el rostro de los guerrilleros: creían verlo dondequiera que los guerrilleros operaban y los intrigaba que un hombre que vestía hábito pudiera ser también un dirigente militar; lo llamaron el "sacerdote bribón" y el "príncipe de los bandidos" y se esforzaron intensamente por capturar esa elusiva presa.[9]

La actitud de los estadounidenses hacia los guerrilleros se vio influida por el comportamiento de estos últimos; los que empezaron a operar en el norte en 1846 en respuesta a los crímenes de los invasores en contra de la población civil trataron a los voluntarios como lo hacían con los

asaltantes indios: llevaron a cabo una guerra de emboscadas impulsada por la lógica cultural de la venganza y una violencia más que ejemplar, torturando a los estadounidenses y exhibiendo sus cadáveres mutilados para poner de manifiesto su ira e inspirar temor. Las operaciones de los guerrilleros en el centro de México tuvieron su origen más en las decisiones políticas oficiales y quizá surgieron más de un sentimiento convencional de identidad nacional, pero en ocasiones esos guerrilleros también mutilaron los cadáveres de los estadounidenses y los abandonaron en lugares donde seguramente los verían las tropas enemigas.[10] Los estadounidenses consideraban que la guerra de guerrillas no era una prueba del nacionalismo mexicano, sino la prueba de que muchos mexicanos eran inferiores desde un punto de vista racial, violentos y traicioneros. Los voluntarios que combatieron en el centro de México respondieron a los ataques de los guerrilleros de manera muy similar a como lo habían hecho en el norte del país: salían en grupos informales para atacar la vida y las propiedades cercanas de la población civil mexicana. Al describir uno de esos ataques de venganza, el voluntario Thomas Barclay, de Pensilvania, escribió que los estadounidenses "mataban a todos los grasientos que veían, algunos sin duda inocentes. Un mexicano, según entiendo, resultó muerto mientras araba la tierra; sin embargo, ésa es la única manera de tratar con tales hombres."[11]

La pregunta sobre cómo "tratar con tales hombres" también le preocupaba a los oficiales estadounidenses de alto grado. Como muchos oficiales del ejército regular, Winfield Scott también se sintió genuinamente horrorizado por los crímenes que los voluntarios habían cometido contra la población civil en el norte y creía que la prevención de esos crímenes durante su campaña en el centro de México le ayudaría a evitar la guerra de guerrillas; no obstante, ésta tuvo lugar de todos modos, obstaculizando sus operaciones y cobrándose cientos de vidas. ¿Cómo respondió Scott? Algunas de sus respuestas fueron oficiales y, por lo tanto, están bien documentadas, pero otras fueron deliberadamente extraoficiales, por lo que se requiere mucho trabajo para distinguirlas. En el plano oficial, Scott siempre creyó que podría ser necesario hacer pagar a la población civil el precio de la guerra de guerrillas pero, después de capturar Veracruz en abril de 1847, proclamó que su ejército no haría la guerra al pueblo de México, sino a su gobierno, y declaró que castigaría a los soldados estadounidenses que cometieran crímenes en contra de la población civil; no obstante, añadió que los ataques de la guerrilla, a los que calificó como "contrarios a las leyes de la guerra", serían castigados y que,

si las autoridades mexicanas no entregaban a los guerrilleros, el castigo caería "sobre todas las ciudades, pueblos o barrios"; los mexicanos interpretaron la orden como una amenaza de destrucción generalizada de las propiedades de la población civil. Más tarde, Scott también amenazó a las autoridades civiles: si no entregaban a los guerrilleros, serían multadas con rigor.[12] A pesar de las amenazas, los oficiales estadounidenses no autorizaron de forma explícita muchas represalias contra la población civil antes de septiembre de 1847; en lugar de ello, simplemente declararon que la guerra de guerrillas era ilegítima e hicieron la vista gorda cuando sus soldados llevaron a cabo ataques de venganza. Más tarde, los oficiales se involucraron más y, en diciembre, Scott ordenó que se fusilara a los guerrilleros que hubieran sido capturados; en sus memorias, quiso justificar esa orden, diciendo que los guerrilleros solían matar a los soldados que capturaban, incluso a los enfermos y los heridos.[13]

La orden de Winfield Scott de matar a los prisioneros de guerra indefensos no fue el acto más importante que el mando estadounidense llevó a cabo contra los guerrilleros y los civiles que los apoyaron: su primera declaración en el sentido de que las tácticas de los guerrilleros eran contrarias a las leyes de la guerra fue una clara señal enviada a los soldados estadounidenses, por lo que se había fusilado a muchos guerrilleros que ya habían sido capturados. Con todo, la decisión más importante y, finalmente, la más sangrienta que tomó el alto mando estadounidense en contra de la guerrilla fue encomendar a sus unidades más violentas las tareas de persecución. Scott no menciona esa decisión en sus memorias y tampoco se explica en forma explícita en ningún documento redactado por él o sus superiores, por lo que es necesario reconstruir esos acontecimientos a partir de unos indicios más bien fragmentarios. La mayoría de las unidades encargadas de las operaciones de contrainsurgencia pertenecían a una categoría particular. El ejército incluía unidades de soldados regulares, cuyos hombres habían firmado por cinco años de servicios y, como ya se ha expuesto, de voluntarios, quienes solían estar convencidos de que los mexicanos eran inferiores racial y religiosamente, por lo que con frecuencia hacían de la población civil su presa. En febrero de 1847, el Congreso estadounidense autorizó el reclutamiento de diez nuevos regimientos que no entraban del todo en ninguna clasificación y que constituyeron una especie de categoría híbrida. En términos administrativos, esos regimientos formaban parte del ejército regular, pero sus hombres solamente firmaron por el tiempo que durara la guerra, cada una de las unidades fue reclutada por lo general en una región geográfica específica

y los nombramientos de sus oficiales fueron producto de decisiones políticas; esas unidades recibieron un número como regimientos del ejército regular, pero muchas de ellas usaron de manera informal el nombre del estado donde habían sido reclutadas. Como lo señala el historiador Richard Bruce Winders, se trataba en esencia de unidades de voluntarios reclutadas por el gobierno nacional, no por los gobiernos de los estados,[14] y muchos de sus oficiales y sus hombres habían servido en regimientos de voluntarios que habían combatido en el norte de México, hasta que terminó su alistamiento: los nuevos regimientos de Texas incluyeron a muchos hombres que ya habían servido con las unidades de voluntarios de ese territorio, notorias por sus robos a la población civil mexicana y por sus vengativos ataques después de las actividades de los guerrilleros. El 16 de junio de 1847, Zachary Taylor, al mando en el norte de México, escribió a sus superiores en Washington para quejarse de que los texanos recién alistados en los nuevos regimientos con frecuencia cometían atrocidades y para solicitar que no se le enviaran más tropas de Texas. El 17 de julio, probablemente unos cuantos días después de haber recibido la carta de Taylor, el secretario de guerra, William Marcy, ordenó a uno de los nuevos regimientos de Texas que partiera a Veracruz "con el propósito de dispersar a los guerrilleros que infestan la línea entre ese lugar y el interior de México". El hecho de asignar a esos hombres a las tareas de contrainsurgencia los autorizaba de manera implícita a emplear en contra de la población civil del centro de México los mismos métodos que les habían dado tan mala reputación en el norte del país. Poco después de llegar a Veracruz, esos hombres fueron enviados a perseguir a los guerrilleros. Empezaron por quemar pueblos, ranchos y haciendas con el dudoso pretexto de que había pruebas de que los guerrilleros se ocultaban en esos lugares; por lo demás, simplemente ejecutaban a todo guerrillero que capturaban, y otros regimientos nuevos hicieron lo mismo.[15]

Otras pruebas de que la jerarquía militar fue cómplice en el creciente número de ataques contra la población civil tienen que ver con los oficiales militares elegidos para las tareas de contrainsurgencia: el coronel Jack Hays, del regimiento de Texas mencionado arriba, había sido uno de los comandantes más eficaces de las campañas de limpieza étnica que la república de Texas desató a principios de la década de 1840 contra los indios que habitaban ese territorio. Durante tales campañas, cuando algún indio atacaba a los colonizadores, los texanos mataban a todos los indios que podían encontrar, incluidas las mujeres y los niños de los grupos pacíficos. Los hombres involucrados en esas actividades fueron los soldados

de las tropas de asalto de Texas, denominados *rangers*.[16] El *ranger* Samuel Walker fue famoso por su odio feroz por los mexicanos: originario del estado de Maryland, Walker, que había emigrado a Texas cuando el territorio era independiente y participado como *ranger* en algunas campañas tanto contra indios como contra mexicanos, fue capturado durante una incursión de los texanos en México, aunque logró escapar y regresó a Texas. En 1847, algunos soldados estadounidenses afirmaron a menudo que Walker odiaba a los mexicanos porque habían ejecutado a su padre y su hermano después de que algunos prisioneros texanos trataran de escapar pero, en el relato del propio Walker sobre el incidente, no mencionó a ningún pariente. En ese mismo año, Walker y sus hombres ejecutaron más de una vez a los guerrilleros mexicanos capturados y castigaron a la población civil por los ataques de los guerrilleros.[17] Incluso unos soldados estadounidenses que odiaban a los guerrilleros se mostraron horrorizados por Walker y sus hombres: George Ballentine escribió que Walker, ansioso por vengar a los muertos de su familia, había vuelto a México para "vaciar el veneno de su ira sobre los desdichados campesinos", mientras que Barclay escribió en su diario que Walker "siente un odio inveterado contra los mexicanos y, cuando tiene el poder, lleva a cabo la guerra de acuerdo con sus propios sentimientos peculiares. No creo que sea una política muy buena permitir al aguerrido capitán que exaspere a toda la gente de esa manera."[18] Walker tuvo un final irónico: comandó a los soldados de caballería que se apresuraron para llegar a Huamantla el 9 de octubre de 1847 y, después de expulsar a los pocos soldados mexicanos presentes en la población, dispersó a sus hombres para que la saquearan, pero fueron sorprendidos por un contraataque, en el que Walker resultó muerto. Después llegaron más tropas invasoras, que, junto con los hombres de Walker, saquearon y mataron a muchos civiles mexicanos. Durante los siguientes meses, la compañía de Walker vengó en varias ocasiones su muerte mediante la ejecución de todo varón mexicano que cayó en sus manos.[19]

En Huamantla, Walker estuvo bajo las órdenes de otro oficial famoso por sus operaciones de contrainsurgencia: Joseph Lane, un comerciante y político de Indiana que había sido electo coronel de uno de los regimientos de voluntarios de ese estado, después ascendido a general brigadier, elogiado por haber combatido bien en la batalla de La Angostura. Más tarde, Lane fue enviado a Veracruz y estuvo al mando de las fuerzas que atacaron Huamantla y rompieron el sitio de Puebla.[20] Con mucha frecuencia, encabezó las tropas enviadas a buscar a los oficiales mexica-

nos más famosos, como Santa Anna, al que estuvo a punto de atrapar en una ocasión, o a los guerrilleros mexicanos, en especial a Celedonio de Jarauta. Lane trataba de sorprender a los enemigos más elusivos cubriendo rápidamente largas distancias, a menudo durante la noche, razón por la que alguien comenzó a llamarlo el "Francis Marion de México", en honor del líder de la guerra de independencia de Estados Unidos célebre por sus tácticas similares. Lo irónico es que Marion se había ganado su fama comandando a los guerrilleros que luchaban por la independencia de Estados Unidos, mientras que Lane encabezó los intentos de los invasores por derrotar a los guerrilleros mexicanos.[21] Las fuerzas de Lane también fueron famosas por asesinar a los guerrilleros que caían prisioneros, por quemar pueblos y ranchos, y por saquear todo lugar al que llegaban: asolaron Huamantla después de la muerte de Walker y saquearon Puebla después de haber liberado a la guarnición estadounidense sitiada; un intento a la postre fallido de atrapar a Jarauta en Tulancingo terminó en un saqueo y en violaciones generalizadas.[22] En cada caso, los oficiales de Lane explicaron el comportamiento de sus soldados diciendo que habían perdido el dominio de sus hombres durante los caóticos combates, pero la repetición de esos hechos sugiere que los oficiales realmente condonaron sus actos. El teniente William D. Wilkins, oficial de uno de los nuevos regimientos híbridos, escribió a su padre que en realidad Lane había ordenado a sus hombres que saquearan Huamantla para vengar la muerte de Walker, y añadió:

> su orden fue obedecida bien y espantosamente. Primero, entraron por la fuerza en las licorerías y, una vez enloquecidos por el licor, cometieron toda clase de ultrajes. Despojaron a las viejas y las muchachas de sus ropas, y muchas de ellas sufrieron ultrajes aún mayores. Mataron a decenas de hombres que estaban ocultando sus propiedades y saquearon las iglesias, las tiendas y las viviendas [...]. Espero no volver a ver nunca escenas como ésas. Me dejaron una lamentable impresión de la naturaleza humana, despojada de todo disfraz y liberada de toda contención y, por primera vez, me hizo sentirme avergonzado de mi país.[23]

Los guerrilleros mexicanos eran muy conscientes de las represalias sistemáticas de los soldados de Lane. El 12 de noviembre de 1847, Joaquín Rea dio parte de que algunos guerrilleros se mostraban renuentes a combatir porque temían que los estadounidenses atacaran sus pueblos en venganza, pues "talan y roban hasta los vasos sagrados como sucedió en Tlaxca-

la, estuprando además a infelices mujeres cuyos nombres están sepultados bajo la loza del silencio por el honor de ellas mismas".[24]

Las fuerzas del general de brigada Joseph Lane cometieron una de las peores atrocidades de la guerra justo antes de que el armisticio pusiera fin a los combates: en febrero de 1848, Lane estaba al mando de unas fuerzas que incluían al coronel Jack Hays y al coronel William H. Polk, hermano del presidente James K. Polk. Las fuerzas consistían en unidades como las antes descritas, que en el papel formaban parte del ejército regular pero que en realidad eran regimientos de voluntarios comandados por unos oficiales que habían sido nombrados con base en sus preferencias políticas; asimismo, incluía a algunos bandidos mexicanos que trabajaban para los estadounidenses, los tristemente famosos contraguerrilleros. Lane y sus hombres se dedicaron a cazar guerrilleros, en especial a Celedonio de Jarauta, y su cacería los llevó a Teotihuacan y Tulancingo, pero, como no encontraron guerrilleros, saquearon ambos poblados. Al amanecer del día 25 de ese mismo mes, finalmente encontraron a Jarauta y a unos 200 guerrilleros mexicanos en Zacualtipán: su ataque matutino sorprendió a los guerrilleros y mataron a algunos, aunque el propio Jarauta logró escapar una vez más. En ese momento, el horror dio comienzo: los soldados mutilaron y quemaron el cadáver de un dirigente guerrillero; saquearon el pueblo y robaron todo lo que pudieron, tanto a los habitantes ricos como a los pobres; prendieron fuego a muchas casas y mataron a muchos de los habitantes; en la iglesia parroquial robaron los vasos sagrados que se usaban en las ceremonias y también la vestimenta de los sacerdotes y defecaron en la sacristía; más tarde, los estadounidenses llevaron a muchas mujeres del pueblo a la iglesia y allí las violaron.[25] En todos sus partes oficiales, Joseph Lane, Jack Hays y William H. Polk encomiaron su habilidad y valentía para sorprender y derrotar a los guerrilleros, pero solamente Lane mencionó algunos daños a la población civil y las propiedades, afirmando que, durante la batalla, se inició accidentalmente un incendio que destruyó parte del pueblo.[26] Otros relatos de los militares invasores son más explícitos; el mayor Roswell Ripley escribió: "en la confusión, las tropas cometieron varios excesos"; el teniente Daniel Harvey Hill, que vio a las tropas de Lane justo después de Zacualtipán, dio parte de que iban sobrecargadas de lo robado durante el saqueo y añadió: "las tropas de Lane cometieron toda clase de atrocidades, masacraron indiscriminadamente a los habitantes, violaron a las mujeres, etc.".[27] No existen pruebas directas de que Lane, Hays o Polk hayan ordenado a las tropas atacar a la población civil o siquiera de que les

hubieran autorizado de manera explícita a hacerlo, pero la recurrencia de incidentes similares bajo su mando sugiere que el hecho de castigar a la población civil fue, en la práctica, una política deliberada; por supuesto, la presencia del hermano del presidente de Estados Unidos en ese escenario en particular resulta más que desagradable.

La guerra de guerrillas costó mucho a los estadounidenses: los guerrilleros lograron con frecuencia el tipo de victorias tácticas que las fuerzas militares convencionales de México no habían alcanzado. Desde los comienzos de la guerra, los oficiales estadounidenses, familiarizados con los problemas que habían enfrentado los ejércitos de Napoleón en España, temieron la guerra de guerrillas. Winfield Scott trató primero de prevenirla conteniendo a sus tropas; al final, no obstante, resulta evidente que una segunda estrategia triunfó: los oficiales buscaron separar a los guerrilleros de su base de apoyo en la población civil, aterrorizando a esta última. Así, es cierto que la guerra de guerrillas costó mucho a los invasores, pero su costo indirecto para la población civil mexicana fue mayor; por lo demás, las enormes ventajas financieras de que disfrutaba el ejército estadounidense anularon algunos de los éxitos obtenidos por los guerrilleros. Es usual que los guerrilleros entorpezcan a los ejércitos convencionales, porque interrumpen los flujos de aprovisionamiento, pero los estadounidenses no tuvieron que transportar alimentos, la necesidad más constante de un ejército, porque pudieron comprárselos a los mexicanos, razón por la cual los guerrilleros solos no habrían podido derrotar a sus rivales.[28]

EL DEBATE SOBRE LA CONTINUIDAD DE LA RESISTENCIA

Incluso pese a que la guerra de guerrillas le causaba estragos al enemigo, los políticos mexicanos enfrentaron decisiones difíciles: ¿podría México seguir resistiendo?, ¿qué se podría ganar con la resistencia? A primera vista, se trataba de interrogantes a los que debía dar respuesta el gobierno nacional, establecido ya en la ciudad de Querétaro, pero en realidad la capacidad para resistir dependía más de los políticos de cada estado. La resistencia parecía exigir la intervención de las fuerzas militares convencionales, pero éstas estaban dispersándose. Sin duda alguna, la desmoralización que siguió de forma inevitable a las derrotas fue un factor de la dispersión, pero, por mucho, el mayor problema fue el hambre. Des-

pués de levantar el sitio de la ciudad de Puebla, Juan Álvarez llevó sus tropas restantes a la zona de la ciudad de Cuernavaca. En octubre de 1847, se quejó amargamente de tener que recurrir a los terratenientes locales "como un mendigo" para obtener comida y dinero para sus soldados, los que, estaba seguro, se irían simplemente a sus casas si no lograba alimentarlos. Sus superiores le dijeron que enviara a los hombres de sus unidades de la Guardia Nacional a casa para que descansaran y se reorganizaran, pero también tenía bajo su mando varios regimientos de la caballería del ejército regular; Álvarez señaló que incluso los veteranos de esos regimientos estaban comenzando a desertar y que, sin ellos para servir como núcleo de las tropas, sus unidades simplemente dejarían de existir.[29] En noviembre, Álvarez fue al ahora estado de Guerrero a reorganizar las unidades de la Guardia Nacional y reclutar más hombres, confiando una vez más en los campesinos indígenas de la región; escribió que había convencido a algunos de los campesinos de que la lucha contra los estadounidenses era la única manera de que recuperaran sus tierras de los terratenientes que se las habían robado y que "los mexicanos no debemos tener otros principios que la unión, porque sólo ella nos salvará de los enemigos verdaderos que invaden nuestra patria". Álvarez también obtuvo productos alimenticios de los campesinos para alimentar a sus hombres, pero aclaró que solamente podía llevarlos al campo de batalla si el gobierno le entregaba el dinero en efectivo de sus ingresos.[30]

El dinero en efectivo tendía que ser recaudado por los gobiernos de los estados y algunos políticos estatales llegaron a la conclusión de que, cualquier cosa que se ganara prolongando la guerra, no valdría el costo material ni el sufrimiento humano. Los políticos del estado de Puebla renunciaron prácticamente a la guerra después del fallido intento por recapturar su capital. A finales de octubre, Joaquín Rea, comandante de las fuerzas militares estacionadas allí, se quejó con sus superiores de que, simplemente, iba a tener que abandonar el estado porque el gobierno estatal se rehusaba a mantener a sus soldados. A principios de noviembre, volvió a escribir para advertir de que el gobernador José Rafael Ysunza informaría al gobierno nacional que el estado ya no tenía más dinero; Rea insistió en que el estado podía mantener a 3 mil hombres, suficientes para inmovilizar a 10 mil estadounidenses.[31] En su carta de noviembre, Rea dijo que Álvarez, "un antiguo y respetable patriota", podía respaldar sus quejas, lo cual es revelador, porque antes de la guerra Álvarez y Rea eran acérrimos enemigos políticos: Rea incluso había acusado a Álvarez de complotarse para que lo asesinaran;[32] no obstante, uno y otro

creían fervientemente que la guerra debía continuar. En el caso de Álvarez, eso lo puso en desacuerdo con el gobernador del Estado de México, Francisco Modesto Olaguíbel, su amigo y camarada federalista radical: hasta la caída de la ciudad de México, Olaguíbel había logrado el equilibrio entre un compromiso muy fuerte con la autonomía de su estado y un compromiso ideológico muy intenso con la guerra, e incluso había encabezado personalmente las tropas de la Guardia Nacional durante la defensa de la capital; no obstante, después de la caída de la ciudad de México, la opinión pública en Toluca, la capital de su estado, dio un viraje tan fuerte en contra de la continuación de la guerra que los oficiales mexicanos ya no sintieron que fueran bienvenidos en esa ciudad.[33] Olaguíbel se opuso a seguir haciendo sacrificios por una causa perdida y pidió que ya no se enviaran soldados mexicanos a Toluca, pretextando que atraerían la atención de los estadounidenses, porque no podría defender la ciudad. En la región sur de ese estado, Álvarez y el resto de sus tropas se encontraron con que los funcionarios estatales no estaban dispuestos a apoyar sus necesidades materiales, por lo que recurrió a Olaguíbel, quien le respondió que el estado no tenía dinero para las tropas, pero que se aseguraría de que los funcionarios estatales pagaran la soldada del propio Álvarez. Indignado, Álvarez replicó que no quería que se le pagara mientras sus tropas padecían hambre y que el simple ofrecimiento de Olaguíbel era un insulto para su amistad. Álvarez envió algunos hombres a tomar dinero de la oficina recaudadora del estado y Olaguíbel lo acusó públicamente de robo. La disputa siguió en aumento hasta que Álvarez fraguó un golpe de estado que removió a Olaguíbel del cargo de gobernador. Uno imagina que la disputa también puso fin en definitiva a la amistad entre esos dos hombres.[34]

A medida que las noticias sobre la ciudad de México se difundían por todo el país, algunos políticos regionales se mostraron menos dispuestos a aportar más de su escaso dinero e incluso más sangre valiosa a una causa perdida;[35] no obstante, a diferencia de Olaguíbel, la mayoría de los federalistas radicales hicieron presión para continuar la guerra. Entre la anexión de Texas y la caída de la ciudad de México, el apoyo a la guerra había unido a varios partidos políticos, pero ya para entonces se trataba de una cuestión partidista. Los federalistas moderados rompieron tanto con los radicales como con los conservadores, que consideraban a los estadounidenses como una amenaza para el catolicismo. Las elecciones al Congreso, de agosto a octubre de 1847, tuvieron lugar únicamente en los territorios que no habían sido ocupados por las tropas invasoras; las ga-

naron los moderados y se prepararon para iniciar las negociaciones con Estados Unidos. Por su parte, los radicales controlaban varios de los gobiernos estatales e incluyeron su postura desafiante ante los estadounidenses como parte de la ideología de su partido, lo cual los diferenció de sus oponentes, a los que acusaron amargamente de haber traicionado a México durante la revuelta de los polkos.[36] En consecuencia, algunos políticos aumentaron en realidad su apoyo retórico a la guerra, a pesar de que muchos mexicanos la consideraban ya perdida. Uno de los radicales más famosos fue Melchor Ocampo, gobernador del estado de Michoacán, quien, en enero de 1848, declaró fervientemente: "La guerra debe hacerse bajo la pena, si no se continúa, de que nuestros enemigos vuelvan mañana a quitarnos lo que crean que hoy nos dejan por su sola munificencia. La guerra debe hacerse, si no queremos que en lo sucesivo nuestra nacionalidad sea un vano simulacro." Para él, la guerra equivalía a poner a prueba la cuestión misma de si México era o no una nación.[37]

En San Luis Potosí, la cuestión sobre seguir o no seguir adelante con la guerra fue de capital importancia en el feroz y antiquísimo conflicto de la política regional. Aun antes de la caída de la ciudad de México, los radicales que dominaban el gobierno del estado habían declarado que se rehusarían a reconocer a cualquier gobierno que firmara un tratado por el que se cedieran territorios mexicanos; Ramón Adame, el gobernador, defendió ferozmente la continuación de la guerra.[38] Después de que los estadounidenses tomaran Monterrey y Saltillo en el otoño de 1846, muchos habitantes de San Luis Potosí consideraron que se encontraban realmente en la línea del frente. San Luis Potosí había sido importantísimo para el esfuerzo bélico, por haber sido el lugar donde se organizaron los ejércitos mexicanos que se dirigían al norte. Durante muchos meses después de la batalla de La Angostura, tanto los dirigentes militares como los civiles temieron que Zachary Taylor marchara con las fuerzas estadounidenses hacia el sur, hasta la capital del estado.[39] La postura de los radicales potosinos respecto de la guerra también estaba estrechamente vinculada con sus puntos de vista sobre la clase de país que México debería ser: los radicales querían un México más igualitario y democrático, y estaban dispuestos a decretar fuertes impuestos y préstamos obligatorios por parte de los ricos para financiar los gastos de la guerra. Esas dos cuestiones eran inseparables y, en una parte de su retórica más radical sobre la guerra, también ponían énfasis en el problema de la distribución de la riqueza. Cuando el radical Ponciano Arriaga se enteró del armisticio de agosto firmado por Antonio López de Santa Anna y Winfield

Scott, propuso la formación de nuevas unidades militares locales y abogó por que se exilara a quienes se opusieran a la guerra; asimismo, criticó a los comerciantes que no dejaban que sus empleados asistieran al adiestramiento de la Guardia Nacional y sugirió que la riqueza privada fuera confiscada para financiar la guerra. Los moderados creían que Arriaga estaba valiéndose de la guerra contra los estadounidenses para incitar a la guerra de clases y difundieron rumores en el sentido de que los pobres estaban planeando levantarse y saquear los negocios de los ricos. Arriaga respondió que no consideraba a los que criticaba como una clase, sino como unos parásitos: "a todos los egoístas, a todos los que pudiendo no quieren tomar las armas en medio de los peligros de la patria, a todos los que abundando en recursos los escasean y esconden mientras nuestros valientes están en la miseria".[40] Nada de ello hizo descender la temperatura política: cuando los radicales de San Luis Potosí se enteraron de que era probable que el gobierno nacional de los moderados negociara un tratado de paz con Estados Unidos, empezaron a levantarse en contra del gobierno nacional, pero sus enemigos locales intervinieron rápidamente y los removieron de sus cargos.[41]

Lo irónico es que la postura de los radicales mexicanos fue imitada por personas en el extremo opuesto del espectro político. Algunos sacerdotes encabezaron pequeñas rebeliones en pro de la continuación de la guerra, pero la más amplia fue la resultante de la combinación de los esfuerzos del general centralista Mariano Paredes y Arrillaga y el padre Celedonio de Jarauta:[42] Paredes se había mantenido en el exilio durante la mayor parte de la guerra, pero después de la caída de la ciudad de México regresó para tratar de hacerse de un lugar en el escenario político; por su parte, para la gran molestia del gobierno mexicano, Jarauta encabezó a los guerrilleros que continuaron con sus operaciones mientras se negociaba y ratificaba el tratado que puso fin a la guerra. En junio de 1848, después de la ratificación del tratado, Paredes y Jarauta dieron comienzo a una rebelión en contra del gobierno moderado: argumentaron que el tratado que ponía fin a la guerra cedía territorios a Estados Unidos sin sustento constitucional y que el gobierno había vendido a los mexicanos que habitaban en los territorios cedidos. Resulta irónico que su retórica haya sido en esencia la misma que la de los federalistas radicales como Valentín Gómez Farías, que había insistido en que la Constitución no facultaba al gobierno a ceder territorios y que los moderados estaban preparándose para vender a los residentes de los territorios cedidos "como una manada de ovejas o una partida de esclavos". Paredes y Jarauta pudieron reunir

un gran número de fuerzas militares tanto del ejército regular como de la Guardia Nacional en la importante ciudad de Guanajuato, pero fueron derrotados por las fuerzas gubernamentales en julio de 1848: Jarauta fue ejecutado de manera sumaria después de haber sido capturado, mientras que a Paredes se le permitió ir de nuevo al exilio, sin duda alguna porque él contaba con mejores relaciones políticas.[43]

CALIFORNIA EN LA GUERRA

Los políticos mexicanos terminaron aceptando los términos que eran aceptables para el presidente James K. Polk y el Senado de Estados Unidos. ¿Por qué lo hicieron? Obviamente, el gobierno mexicano carecía de los recursos económicos necesarios para formar y llevar un nuevo ejército convencional al campo de batalla y el consenso militar a que se llegó fue que la resistencia de los guerrilleros no bastaba para derrotar a un ejército convencional invasor; sin embargo, la razón más importante de que México estuviera dispuesto a ceder los territorios que Polk deseaba fue que los políticos mexicanos acabaron por comprender que esos territorios irremediablemente ya se habían perdido. Toda la sangre y los recursos económicos que los mexicanos habían gastado, desde los llanos de Palo Alto hasta las calles de la ciudad de México, no habían contribuido en nada a la defensa de Nuevo México y California; simplemente, estaban demasiado lejos de las regiones más populosas y ricas del país, y demasiado cercanas a la población y la economía en expansión de Estados Unidos. A ese respecto, resulta útil pensar, no desde el punto de vista de la distancia en kilómetros, sino de la manera en que la gente podía viajar y transportar objetos a mediados de la década de 1840: los ferrocarriles todavía no habían llegado a ser comunes en el hemisferio occidental y el motor de combustión interna, necesario no solamente para que el viaje por carretera fuera eficaz sino también para construir miles de kilómetros de carreteras con una superficie dura y lisa a través de toda clase de terrenos, todavía no se había inventado. Todo ello significaba que las aguas navegables, ya fueran las de los ríos, los mares o los canales, todavía eran el mejor medio para el transporte; esos cuerpos de agua acercaron tanto Nuevo México como California a la capacidad económica y el poder militar estadounidenses, mientras que la falta de ellos los distanció de la capacidad económica y el poder militar mexicanos: el gobierno de México no podía enviar de manera efectiva un número significativo de solda-

dos a Nuevo México o a California. Los comparativamente pocos mexicanos que vivían en esos territorios tuvieron que hacer frente a la agresión estadounidense sin ayuda; resistieron más de lo que mucha gente cree, pero fueron superados de forma abrumadora.

Considérese primero el problema de California, porque parece ser un poco contrario a lo que se pudiera pensar intuitivamente: después de todo, si se examina un mapa, el océano Pacífico conecta claramente California con México; no obstante, a mediados del siglo XIX, la costa de México en el Pacífico estaba muy lejos del altiplano central, donde se concentraban la población y la riqueza del país: el puerto de Acapulco era un pequeño pueblo separado del altiplano por varios cientos de kilómetros de terreno montañoso, sin siquiera una carretera adecuada para los carromatos. Aunque hacia la década de 1840 había cierto comercio a través del puerto, difícilmente generaba suficientes ingresos para mantener abierta una oficina aduanal; el puerto de San Blas, más al norte, estaba incluso más aislado y era muy pobre, mientras que los puertos de California hacían mucho más negocios con los puertos estadounidenses de la costa este porque sus poblaciones numerosas y sus industrias nacientes constituían mercados para los productos de California. Con un transporte barato por medio de los barcos de vela, los productos de California podían ser exportados a la costa este de Estados Unidos de manera mucho más rentable que si se enviaran a las ciudades del altiplano de México. Cuando se piensa en la proyección del poderío militar, el desequilibrio es aún mayor: a mediados de la década de 1840, las crecientes actividades comerciales y el creciente poder político de los comerciantes y los propietarios de los barcos habían llevado al desarrollo de una armada estadounidense mucho más grande que su equivalente mexicana, y California estaba fácilmente al alcance de sus buques de guerra. Incluso antes del conflicto armado, la armada de Estados Unidos tenía un escuadrón en el océano Pacífico para proteger los intereses comerciales del país y la flota ballenera del Pacífico. Sin duda alguna, se requirió mucha paciencia para llevar tanto los barcos mercantes como los buques de guerra desde los puertos del este de Estados Unidos, alrededor del cabo de Hornos, hasta California y de regreso, pero la tecnología fue puesta a prueba con éxito y era muy barata; por lo demás, el dominio de la armada estadounidense significó que, incluso si el gobierno mexicano hubiera podido movilizar rápidamente sus fuerzas militares y llevarlas hasta el litoral mexicano del océano Pacífico, cualquier barco que las transportara habría sido interceptado antes de reforzar California.

Nuevo México también estaba en los hechos más cerca del este de Estados Unidos que de la ciudad de México; el transporte fluvial por los ríos navegables, cada vez más eficaz a partir de la introducción generalizada de los barcos de vapor, hizo que San Luis e Independence, en el estado de Misuri, estuvieran también claramente cerca del este de Estados Unidos, ya fuera a través de Nueva Orleans o por el río Ohio y el río Misisipi. Aunque San Luis estaba separada de Santa Fe por más de 1600 kilómetros por tierra, el camino de Santa Fe que cruzaba esas tierras era relativamente llano en su mayor parte y, por lo general, a todo lo largo, había tanto agua como forraje disponibles para los animales. El Camino Real de Tierra Adentro, que se extendía desde Nuevo México hasta la ciudad de México, era más largo y la mayor parte de su extensión pasaba a través de montañas y desiertos, lo cual hacía que el transporte de bienes o fuerzas militares resultara difícil y costoso. Aunque, con gran fortaleza y altos costos, los mexicanos se las arreglaron para llevar algunas tropas a la frontera de Texas, cerca de Matamoros, durante la intensificación de la guerra no hicieron esfuerzos similares para reforzar Nuevo México. Los mismos factores que facilitaron los viajes comerciales entre San Luis y Nuevo México hicieron que el desplazamiento de las fuerzas estadounidenses que terminaran conquistando Nuevo México fuera relativamente fácil.

La dura realidad de la geografía hizo imposible el envío de tropas de las regiones densamente pobladas del centro de México que podrían haber defendido con eficacia California y Nuevo México, y ello permitió que unas fuerzas militares estadounidenses relativamente poco numerosas terminaran estableciendo su dominio militar en esas dos vastas regiones. En las batallas en esos territorios, aunque feroces, participó un número comparativamente reducido de gente, no obstante lo cual son varias las razones para explorar los combates por California y Nuevo México en esta historia social de la guerra. La más obvia de esas razones es que la adquisición de esas regiones fue el principal objetivo de la política en torno a México del gobierno de James K. Polk, el presidente de Estados Unidos: aunque la mayoría de las batallas tuvieron lugar en otras regiones, esos territorios fueron el objetivo de la guerra. Además, también ofrecen una perspectiva convincente sobre los problemas de identidad nacional con los que tanto México como Estados Unidos estaban lidiando a mediados del siglo XIX. En ambos países, la identidad era multifacética y cambiante; aunque algunas personas que habitaban en el lejano norte de México se sentían un tanto indiferentes respecto de la autoridad central y atraídas por las oportunidades que ofrecía la floreciente economía de Estados

Unidos, muchas de ellas se resistieron al dominio político y militar de los estadounidenses.

California y Nuevo México eran sociedades muy diferentes y sus diferencias se reflejaron en la historia de cada una durante la guerra. La presencia mexicana en California era no sólo más reciente sino mucho menos numerosa que en Nuevo México: en la segunda mitad del siglo XVIII, los frailes españoles construyeron misiones en California para evangelizar a la población indígena; los acompañaban colonizadores de habla hispana del norte de México que habían servido como soldados en la protección de las misiones y habían cultivado la tierra para sostenerse. Tiempo después, esos soldados y sus descendientes también emplearon a indios parcialmente aculturados para cultivar sus campos y atender su ganado; no obstante, antes de la década de 1820, esos grupos de colonizadores eran secundarios con respecto a la tarea evangelizadora de los misioneros. Además, toda la región de California constituía la verdadera periferia de México: debido a que los indios hostiles tenían el dominio de las rutas terrestres, la emigración a California requería hacer un arduo viaje a la costa del océano Pacífico y, después, una travesía por mar, dos propuestas costosas que parecían aún peores en comparación con el costo relativamente bajo de las tierras mucho más cercanas a los mercados mexicanos; por ello, en 1821, la población hispanohablante de California era inferior a 3500 habitantes.[44] Quizás el único acontecimiento que pudo haber atraído a grandes cantidades de mexicanos a emigrar a California habría sido el descubrimiento de metales preciosos, pero, vaya ironía, ese descubrimiento no ocurrió sino hasta 1848, precisamente después de que México perdiera su dominio sobre ese territorio.

Las posibilidades de la prosperidad cambiaron significativamente en la década de 1820: México se hizo independiente del Imperio Español y su gobierno legalizó el comercio con los extranjeros, pero lo mejor fue que ese cambio político llegó justo cuando los comerciantes y los dueños de barcos estadounidenses en los puertos de la costa este de Estados Unidos empezaron a recorrer el océano Pacífico en busca de nuevos productos y mercados: en California encontraron ambas cosas. Lejos de la región soleada y cálida, la gente de los estados del este de Estados Unidos, en rápida industrialización, necesitaban zapatos para caminar a las fábricas, velas para iluminar los espacios de trabajo interiores en los sombríos días de invierno de Nueva Inglaterra y jabón para unos habitantes urbanos que ya no destazaban sus propios animales para comer carne, por lo que pronto California empezó a exportar cueros para las fábricas de zapa-

tos y cebo para las velas y el jabón. La disponibilidad de contar con vastas cantidades de ganado para ese comercio no fue un resultado simple del benigno clima de California; lo facilitaron los cambios políticos y sociales. Los vendedores de cueros y sebo necesitaban mano de obra para arrear y matar el ganado y, en un alto grado, esa mano de obra se puso a su disposición gracias a la decisión política de secularizar las misiones californianas en la década de 1830. Los indios aculturados que antes habían cultivado la tierra y criado el ganado bajo la supervisión de los frailes para mantener a las comunidades de las misiones estaban disponibles para trabajar para los rancheros mexicanos y estaban dispuestos a hacerlo para contar con una provisión constante de productos alimenticios y tener acceso a los bienes manufacturados; con frecuencia, esos mismos indios aculturados ayudaron a los rancheros a proteger sus hatos de ganado de las tribus de indios independientes, en una especie de guerra endémica de baja intensidad. Los rancheros también necesitaban tierras y el cambio político también ayudó en ese caso: mientras que los funcionarios españoles habían considerado esa región como una zona donde la colonización existía para apoyar la evangelización, los funcionarios mexicanos consideraron la colonización y el desarrollo económico como una manera de proteger California de la posible usurpación por potencias extranjeras. De manera general, las concesiones de tierras fueron más fáciles de obtener y también fueron usadas a menudo para recompensar a los aliados políticos.[45]

Algunos comerciantes estadounidenses emigraron a California en la década de 1820 y los primeros años de la de 1830 para vender bienes de consumo importados de la costa este de Estados Unidos y comprar cueros y sebo para enviarlos al este. A menudo, esos comerciantes descubrieron que el matrimonio con mujeres mexicanas y la adquisición de la ciudadanía mexicana les facilitaban aún más el acceso al comercio e incluso a las concesiones de tierras; asimismo, muchos comerciantes inmigrantes se adaptaron también en términos culturales a la sociedad mexicana, algo que fue más fácil para ellos desde el punto de vista psicológico que para los inmigrantes que más tarde llegaron a California: habían abandonado una sociedad estadounidense en la que el fervor religioso y la diversidad estaban floreciendo, pero los prejuicios contra los católicos todavía no alcanzaban la altísima temperatura que tendría en la década de 1840; asimismo, se trataba de una sociedad en la que los prejuicios contra los mexicanos todavía no habían llegado al grado en que se dejó de considerarlos como hombres blancos. Sin duda alguna, esos comerciantes eran

biculturales, pero no hay razones para creer que su conversión religiosa, su integración a las familias mexicanas y sus parientes, y la adopción de las costumbres mexicanas sobre vestimenta y comportamiento no fueran sinceras. Algunos estadounidenses de clase baja que habían trabajado con las tripulaciones de los barcos mercantes o balleneros —tripulaciones que se distinguían por pertenecer a diversas razas— también se asentaron en California, se casaron y adoptaran la cultura de la sociedad local.[46] En la década de 1820 y principios de la siguiente, todavía era posible ser estadounidense y mexicano al mismo tiempo, lo cual es la prueba de la fluidez y la flexibilidad de la identidad nacional.

Entre 1820 y 1830, la sociedad de California no era una utopía: aun cuando los estadounidenses no habían establecido una dominación racial sobre los mexicanos, juntos, los inmigrantes de Estados Unidos y de México dominaron tanto a los indios aculturados que trabajaban en los ranchos como a los que vivían en tribus independientes. Esa sociedad también era inestable desde el punto de vista político, debido a que las élites del sur de California y las del norte competían por la supremacía; las crecientes oportunidades económicas hacían más deseable tener dominio sobre los gobiernos locales, los cuales podían otorgar concesiones de tierras y resolver las disputas. California estaba muy lejos de los debates políticos del centro de México, pero esos debates tenían repercusiones, porque los sucesivos gobiernos mexicanos enviaban a los administradores, las constituciones y las leyes a las que se podía recurrir en las disputas locales, algunas de las cuales se resolvían mediante la violencia o, al menos, mediante una exhibición de fuerza. Con el tiempo, llegó a ser evidente que el gobierno central realmente no podía ejercer su jurisdicción en California; la única vez que envió un numeroso contingente de tropas a la región, sus intenciones se vieron frustradas por la misma falta de ingresos que paralizó al gobierno de México de tantas maneras: no se pudo alimentar ni pagar a los soldados y, pronto, los mexicanos locales se cansaron de que los soldados robaran comida para sobrevivir, por lo que hicieron dimitir al gobernador que había solicitado su presencia y establecieron una independencia de facto respecto de la dominación política central. Muchos mexicanos de California estaban convencidos de que, en el mejor de los casos, las órdenes y los administradores enviados por el gobierno nacional desde la ciudad de México eran innecesarios y, en ocasiones, perjudiciales;[47] no obstante, ello no significa necesariamente que estuvieran dispuestos a unirse a otro país y mucho menos a aceptar, en una sociedad con jerarquías raciales, un nuevo lugar bajo el dominio esta-

dounidense, lugar que la democracia jacksoniana terminaría obligándolos a ocupar. En muchos sentidos, los mexicanos californianos tenían un fuerte apego a la cultura mexicana, con su lengua, su catolicismo, la importancia que se atribuía a las relaciones y el honor familiares e incluso la manera en que los prejuicios raciales coexistían con la igualdad racial legal y el reconocimiento de que los individuos podían cambiar de identidad racial por medio de sus actos.

El modelo socioeconómico con el que la California mexicana prosperaba, gracias a la exportación de productos a la pujante economía de Estados Unidos, pronto se vio asediado por lo que había ocurrido en Texas: los contactos cada vez más frecuentes con California por medio de la ruta marítima llevaron a más estadounidenses a la región. A principios de la década de 1840, los que escribieron sobre California pusieron de relieve cada vez más no sólo su potencial comercial sino también sus fértiles tierras y la relativa falta de población. Como antes en el caso de Texas, se llegó a considerar que California era una tierra de grandes oportunidades agrícolas para los colonizadores estadounidenses; algunos de esos escritores también hicieron propaganda a los estereotipos antimexicanos que implicaban que una industriosa población estadounidense prosperaría en esa región. Si, como escribió Richard Henry Dana, los californianos eran "una gente ociosa y despilfarradora", ¿no harían los estadounidenses que esa región resultara próspera? Los escritores que eran del todo conscientes de lo que había ocurrido en Texas y consideraban a los mexicanos como racialmente diferentes, demasiado perezosos o poco previsores como para mantener sus territorios septentrionales, se esforzaron por convencer a la opinión pública de Estados Unidos de que California ya estaba madura para ser colonizada.[48] Al principio, los colonizadores fueron disuadidos por las cordilleras montañosas que separan California de los valles de los ríos Misisipi y Misuri, con su fácil transporte fluvial, y pocos agricultores migrantes partieron directamente de la costa este a estas otras fronteras. Por lo general, quienes llegaron a California por la ruta relativamente fácil del mar fueron los comerciantes y quienes se establecieron allí se sintieron suficientemente felices como para integrarse a la sociedad californiana más o menos como era.

Algunos tramperos se decidieron a abrir rutas terrestres desde el valle del río Misuri hasta el norte de California: en un principio, avanzaron a través de las montañas, buscando nuevas poblaciones de castores, después de haber diezmado las de más al este. No obstante, la demanda de gorros de castor también iba en descenso y, pronto, los tramperos pasa-

ron a otro negocio por completo diferente: pusieron a trabajar sus conocimientos duramente adquiridos sobre los pasos de montaña factibles y los lugares donde los viajeros podían encontrar agua, pastizales para sus animales y otras formas de satisfacer sus necesidades, sirvieron de guías a los grupos de colonizadores incitados por los promotores de la inmigración, que cantaban las maravillas de las fértiles tierras de California. Las rutas terrestres eran tan largas y difíciles que los inmigrantes llegaban en el otoño con poca comida y con sus animales exhaustos, por lo que los funcionarios mexicanos no se animaban a obligarlos a regresar a una muerte prácticamente segura en las montañas nevadas; por su parte, ellos creían poder ayudar a la economía local, por lo que incluso legalizaron su presencia por medio del otorgamiento de permisos. El problema fue que esos nuevos inmigrantes no eran como los comerciantes que antes se habían integrado a la comunidad local: los nuevos inmigrantes llegaban con el sentido de su superioridad racial y con la creencia de que, tarde o temprano, la emigración estadounidense a California separaría esa región de México. Se trataba de los demócratas jacksonianos clásicos, convencidos de la superioridad del hombre blanco sobre cualquier otro que pudieran encontrar: ya habían estado completamente expuestos tanto a los estereotipos raciales sobre los mexicanos que habían llegado a ser comunes en Estados Unidos después de la anexión de Texas como al renovado anticatolicismo que se desencadenó por la emigración católica europea a Estados Unidos. No existía la posibilidad de que los recién llegados siguieran el camino de los anteriores comerciantes: convertirse al catolicismo y contraer matrimonio con una mujer mexicana para integrarse a su familia. Se establecieron en localidades separadas, empezaron a cultivar en tierras sin título de propiedad y no hicieron ningún esfuerzo, o muy pocos, por llegar a ser mexicanos, aunque fuera nominalmente; por lo demás, la rebelión de Texas no sólo desencadenó los prejuicios antimexicanos, sino que sugirió a los inmigrantes un plan de acción: la idea de que, si llegaban suficientes estadounidenses, podrían declarar la independencia política del gobierno de México y otorgarse ellos mismos las concesiones de tierras.[49]

Mientras tanto, el gobierno estadounidense también había puesto el ojo en California: ofrecía un excelente puerto natural en el océano Pacífico, una región de gran interés para los comerciantes; asimismo, ofrecía tierras agrícolas, el bien más preciado para el corazón del Partido Demócrata jacksoniano. En 1846, los comandantes navales, cuyos buques se encontraban oficialmente en el océano Pacífico para proteger los barcos

mercantes y balleneros estadounidenses, tenían órdenes de capturar los puertos californianos si se enteraban de que la guerra con México había comenzado. Lo extraño es que esas órdenes les indicaban que repitieran un acto que un comandante, Thomas Jones, hijo de Catesby Jones, había cometido por error en 1842: con base en un antiguo rumor de que la guerra entre los dos países ya había comenzado, Jones tomó Monterey, en California, solamente para pedir disculpas al otro día, cuando el cónsul estadounidense, Thomas Larkin, lo convenció de que su información era errónea. En 1846, mientras el presidente James K. Polk aumentaba la presión sobre el gobierno mexicano a lo largo de la frontera de Texas, también estaba preparando la invasión naval de California; parece ser que Polk ya había ido más lejos en sus planes de contingencia: el funcionario militar estadounidense John C. Fremont, que había explorado la región occidental e incluso visitado California, fue enviado al frente de una numerosa expedición exploratoria en junio de 1845, cuando apenas el ejército de Zachary Taylor se estaba reuniendo en Texas. Fremont y unos 60 hombres bien armados llegaron a California a finales de 1845; su llegada alarmó a las autoridades mexicanas, pero, en lugar de enviar al grupo de regreso a las montañas nevadas, aceptaron dejar que Fremont y sus hombres pasaran allí el invierno, siempre y cuando se mantuvieran lejos de los asentamientos mexicanos; sin embargo, Fremont no cumplió con esa condición, por lo que los mexicanos reunieron las tropas de la milicia para expulsar a su grupo. En marzo de 1846, desafiante, Fremont estableció un puesto defensivo e izó la bandera estadounidense, pero pocos días después dio marcha atrás y abandonó el lugar. Su bravata sólo pospuso el enfrentamiento: en mayo, Fremont y sus hombres incitaron una revuelta de colonizadores estadounidenses, los cuales, siguiendo el modelo de Texas, se declararon una república libre. No se sabe si las instrucciones oficiales de James K. Polk indicaban a Fremont que hiciera estallar la revuelta, porque no se sabe con certeza cuáles fueron esas instrucciones; no obstante, sí se sabe que Fremont estaba extremadamente bien relacionado con los intereses expansionistas.[50]

La historia de la llamada Bear Flag Republic [República de la Bandera del Oso] relaciona el comportamiento no autorizado de los aventureros jacksonianos clásicos con la agresión más organizada, dirigida desde la capital de Estados Unidos, de la guerra de 1846 a 1848; a decir verdad, la línea entre las dos agresiones se ha desdibujado durante decenas de años: el propio Andrew Jackson invadió ilegalmente la Florida española en 1818 y James K. Polk incluso alabó a Thomas Jones después de su paso en fal-

so de 1842. El breve enfrentamiento de John C. Fremont con las autoridades mexicanas en California y, más tarde, sus tratos con los sublevados de la Bandera del Oso concuerdan con ese patrón: los estadounidenses recién llegados a California confiaban en su superioridad racial y estaban convencidos de que las privaciones que habían padecido en su recorrido por tierra les daban derecho a colonizar la región. Pero también estaban temerosos: debido a que las autoridades mexicanas habían comprendido lo diferentes que eran esos nuevos colonizadores de los estadounidenses que antes se habían integrado por sí mismos a la sociedad californiana, algunos funcionarios empezaron a discutir la posibilidad de expulsar a los nuevos inmigrantes ilegales. Cuando esos rumores llegaron a oídos de los recién llegados, se convencieron aún más de la idea de que las autoridades gubernamentales podrían alentar a los indios a atacar a los colonizadores o a prenderle fuego a sus cultivos. Los estadounidenses que habían viajado a través de las cadenas montañosas solían creer en ese rumor en particular porque sus relaciones con los indios eran especialmente inciertas: las partidas de inmigrantes habían tratado a todos los indios con sospecha y, en ocasiones, habían atacado sin provocación alguna a los grupos que encontraron durante sus desplazamientos. Incluso en California, tenían dificultades para distinguir entre los indios amistosos y los que no lo eran, y la idea de que los mexicanos se valieran de esa población en contra de los recién llegados tenía mucho sentido para ellos. Pero las tribus de indios se mantuvieron al margen, sin ayudar a ninguno de los dos bandos durante la revuelta de la Bandera del Oso y la subsecuente invasión oficial estadounidense de California. Con todo, impulsados por una fuerte mezcla de temor, ambición y prejuicios raciales, los colonizadores declararon su intención de fundar una república independiente: empezaron por confiscar el ganado de las autoridades mexicanas y capturaron a algunos mexicanos prominentes, todo ello antes de que se enteraran de los combates que habían tenido lugar a miles de kilómetros de distancia, cerca de Matamoros, y del comienzo oficial de la guerra contra México.[51]

En julio de 1846, los buques de guerra estadounidenses transmitieron la noticia del comienzo oficial de la guerra contra México y sus marineros y marinos empezaron la captura de las poblaciones costeras. John C. Fremont y los colonizadores pronto se manifestaron de acuerdo con la declaración, convirtiéndose nominalmente en soldados estadounidenses, aunque no con la misma disciplina. Los problemas que enfrentaron las autoridades mexicanas fueron graves: en la vasta región californiana ha-

bía apenas unos 7 300 mexicanos, de todas las edades y de ambos sexos y, como era usual en las sociedades ganaderas, estaban muy dispersos, por lo que sólo se pudo reunir a unos cuantos hombres en cada lugar para hacer frente a los estadounidenses. Gracias a la importancia de la economía ganadera, muchos de los vaqueros eran excelentes montando a caballo, pero contaban con pocas armas de fuego. Los estadounidenses de la frontera del norte de México estaban bien armados y los varios cientos de disciplinados marinos de la armada y su artillería también eran relativamente temibles, incluso en tierra. Los mexicanos también estaban divididos por los anteriores conflictos políticos y, al principio, algunos de ellos se mostraron ambivalentes sobre la posibilidad de la conquista por parte de Estados Unidos: muchos tenían experiencias personales con los comerciantes que habían facilitado la economía de exportación y esos mismos estadounidenses se habían integrado a la cultura y las familias locales; muchos mexicanos conocían a personas provenientes de Estados Unidos, a las que consideraban como amigos o como parte de su parentela, por lo que pensar que estos estadounidenses eran invasores extranjeros que amenazaban su modo de vida no es algo en lo que esos mexicanos pensaran de manera natural. Esas ventajas militares y políticas permitieron a los estadounidenses establecer pronto el dominio de las áreas más pobladas del estado.[52]

Ahora bien, la conquista no resultaría ser tan rápida ni tan fácil: asegurar California era solamente una de las tareas asignadas a los buques de guerra de Estados Unidos en el océano Pacífico, porque los comandantes navales también tenían órdenes de imponer el bloqueo en la costa occidental de México. Tan pronto como la situación pareció tranquilizarse en California, los buques y los hombres disciplinados que habían sido tomados de sus tripulaciones para guarnecer las poblaciones se retiraron y emprendieron rumbo hacia el sur, lo cual cambió tanto el equilibrio numérico de poder como el carácter de la ocupación, porque la mayoría de los marinos y marineros fueron reemplazados sobre todo por los aventureros de la frontera, otrora miembros de la Bandera del Oso de Fremont, que despreciaban a los mexicanos. Esos hombres se parecían mucho más a los voluntarios estadounidenses cuyos expolios desencadenaron la resistencia de los guerrilleros mexicanos en el norte del país, por lo que en California sus acciones tuvieron resultados similares; un prominente mexicano llamó a esos hombres de la frontera “indios blancos” y pronto se ganaron la reputación de robar y tratar a los mexicanos con muy poco respeto. En Los Ángeles, el comandante estadounidense Archi-

bald Gillespie empeoró la situación al imponer castigos draconianos a los mexicanos que cometían delitos menores, pero, en septiembre de 1846, el cambio en el equilibrio de poder con la retirada de la mayoría de las fuerzas navales lo despertó en forma brusca a la realidad: los locales se rebelaron y lo obligaron a aceptar la retirada de sus hombres a la costa mientras aguardaban ser evacuados; sin embargo, Gillespie hizo tiempo en la costa, en espera de refuerzos de la fuerza naval, aunque los estadounidenses no pudieron volver a apoderarse del área ni siquiera cuando llegaron esos refuerzos. La resistencia se extendió a otros lugares, en especial al sur de California: en diciembre, una fuerza mexicana derrotó con gran derramamiento de sangre a los pocos soldados del ejército regular estadounidense que Stephen Kearny había llevado por tierra desde Nuevo México.[53] Como puede verse, pues, a pesar incluso de la inexistencia de unos lazos políticos estrechos con México o de la esperanza de recibir ayuda militar del gobierno nacional, muchos mexicanos del sur de California no estuvieron dispuestos a aceptar la conquista estadounidense.

La violenta resistencia al dominio de Estados Unidos continuó durante muchos meses, pero lo hizo con enormes desventajas: la población estaba dispersa y los hombres que se reunieron para oponerse a los estadounidenses no podían sostener a su familia económicamente, los habitantes de la región contaban con pocas armas de fuego y las que tenían eran de mala calidad. El norte de California se mantuvo en una relativa calma, lo cual permitió que Fremont reuniera una fuerza numerosa de sus hombres de frontera e iniciara una lenta marcha hacia el sur. Los sobrevivientes de la derrota de Stephen Kearny pudieron establecer vínculos con las fuerzas navales, que fueron ampliamente reforzadas cuando regresó el grueso del escuadrón naval estadounidense del océano Pacífico, llevando artillería y cientos de disciplinados marinos y marineros. Al final, los estadounidenses pudieron desplegar realmente muchos hombres y un gran poder de fuego, pero lo más importante fue que quienes resistían permanecieron completamente aislados del centro de México y no podían esperar refuerzos. En enero de 1847, los estadounidenses volvieron a apoderarse de Los Ángeles y, unos días más tarde, los dirigentes mexicanos decidieron que seguir adelante con la resistencia era inútil. La llegada del nuevo orden, en el que los estadounidenses blancos dominaron tanto a los mexicanos como a los indios californianos, acercó aún más la región a Estados Unidos tras el descubrimiento de oro en el norte de California: la fiebre del oro atrajo a miles de estadounidenses a la región y aceleró el ritmo al que ambos grupos fueron desposeídos de

sus tierras por medio de la violencia y los tribunales. Para algunos mexicanos, ese proceso resultó ser mucho más desgarrador que la guerra de 1846 a 1847.[54]

NUEVO MÉXICO EN LA GUERRA

La mayor parte del resto de los territorios entregados a Estados Unidos formaba parte de la provincia llamada Nuevo México, que desde hacía mucho tiempo había sido colonizada por los españoles. A los colonizadores españoles les pareció mucho más atractiva que la mayor parte del lejano norte de la Nueva España: los valles de sus ríos permitían la agricultura y, lo que era más importante, ya estaban poblados por los indios pueblo, o anasazi, unos indígenas sedentarios a los que los españoles habían conquistado y convertido al catolicismo. En el transcurso del periodo colonial, la población de los indios pueblo había menguado enormemente, pero las poblaciones católicas de esta etnia todavía constituían una parte importante de la sociedad. Los colonizadores españoles ocuparon extensiones cada vez más vastas de las tierras cultivables del valle y criaron ovejas en las montañas. Los habitantes de Nuevo México exportaban productos agrícolas, animales y textiles a Chihuahua, donde compraban bienes manufacturados que habían hecho el larguísimo viaje desde el centro de México. El potencial para el crecimiento económico se vio limitado por la distancia que debían cubrir los habitantes hasta donde se encontraban los proveedores y los mercados, por lo que no había suficientes oportunidades económicas que atrajeran a más mexicanos y, como en el caso de California, quizá lo único que podría haber cambiado esa situación habría sido el descubrimiento de metales preciosos; después de todo, las bonanzas minerales ya antes habían motivado el establecimiento de numerosas poblaciones mexicanas en otras regiones septentrionales semidesérticas, lo cual había llevado al desarrollo de las grandes ciudades de la plata, como Zacatecas y San Luis Potosí.[55] Ahora bien, lo irónico es que los descubrimientos de minerales que más tarde salpicarían Nuevo México y Arizona de pueblos mineros no ocurrieron sino hasta después de que fueran cedidos a Estados Unidos, de manera muy parecida a lo ocurrido con el norte de California.

Antes de 1846, las actividades económicas se circunscribieron también a las relaciones con varios grupos de indios independientes. Esas relaciones ya habían existido desde decenas de años antes, aunque la po-

lítica entre los diferentes grupos de indígenas cambiaba con frecuencia. En diferentes momentos, cualquier grupo dado podía asaltar los asentamientos españoles o los de los indios pueblo o a los grupos nómadas para robar ganado o visitarlos pacíficamente con el propósito de ofrecerles bienes a cambio; durante los últimos años del periodo colonial, el gobierno había alcanzado cierta paz, ofreciendo tratados y obsequios a las tribus de indios. Después de la Independencia, los problemas fiscales del gobierno mexicano socavaron esas políticas y también redujeron el tamaño de las fuerzas militares que el gobierno podía ofrecer para la protección de los asentamientos del lejano norte, por lo que las incursiones de los indios se hicieron comunes. Los habitantes de origen español y sus aliados pueblo perseguían frecuentemente a los invasores, y los combatían ferozmente para vengar a sus muertos y recuperar su ganado o hacer cautivos, pero la naturaleza misma de la geografía de la región y la economía limitaban las fuerzas que podían desplegar contra ellos: el pastoreo de ovejas o de caballos en el seco clima de las montañas significaba que los pastores se veían expuestos con mucha frecuencia lejos de toda ayuda y los valles donde se desarrollaba la agricultura eran tan angostos que incluso los asentamientos eran poco numerosos y se encontraban necesariamente muy apartados. La expansión estadounidense en la mitad occidental de la cuenca del río Misisipi empeoró la situación al obligar a los diferentes grupos de indios a concentrarse en un área más reducida y a competir por los recursos; la floreciente economía estadounidense también significó que contaran con un nuevo mercado para los bienes robados durante sus incursiones: los comerciantes estadounidenses estaban muy dispuestos a proporcionar armas y otros bienes valiosos a cambio del ganado robado o incluso de habitantes cautivos de Nuevo México. De manera general, el poder relativo de esas tribus de indios independientes iba en aumento, mientras que el desarrollo de la economía agrícola española parecía haberse estancado.[56]

Nuevo México estaba vinculado a México de manera mucho más estrecha que California gracias a las relaciones económicas con Chihuahua, los vínculos religiosos con Durango y las relaciones políticas con el gobierno colonial en la ciudad de México. La población de la provincia, más numerosa, le permitía sostener una red más densa de instituciones y autoridades. Cuando México obtuvo su independencia de España y puso en práctica su nuevo sistema político, las autoridades trataron de inculcar en los habitantes de Nuevo México la nueva identidad nacional por medio de la educación, los juramentos y las ceremonias, como las que te-

nían lugar en las localidades mucho más densamente pobladas del centro del país; asimismo, buscaron convencer a los indios pueblo de que debían lealtad al nuevo Estado nacional, por lo que los habitantes de Nuevo México políticamente activos pronto se encontraron inmersos en los debates sobre el federalismo y el centralismo que caracterizaron la política independiente de México. Las cuestiones sobre el lugar que debía ser la sede del poder del gobierno eran más que pertinentes para los esfuerzos de los habitantes de Nuevo México por labrarse una vida satisfactoria en la frontera, lo cual requería acceso a los mercados, arbitraje de las disputas locales y ayuda para mantener una relación aceptable con los indios independientes. En ocasiones, como en otros lugares de México, las disputas políticas desencadenaban violencia: una de las revueltas más importantes contra el gobierno centralista tuvo lugar en Nuevo México en 1837.[57]

La independencia de México fue casi simultánea con otro acontecimiento de gran importancia para Nuevo México: a medida que los estadounidenses poblaban la cuenca del río Misisipi, los habitantes de Nuevo México se relacionaban cada vez más con la economía estadounidense como consumidores y como productores. La independencia de México permitió que los empresarios de Nuevo México y San Luis se comunicaran entre sí a través de las grandes llanuras y, pronto, el Camino de Santa Fe llegó a ser una ruta comercial famosa; así, en los 20 años transcurridos entre el inicio del comercio a lo largo del Camino de Santa Fe y 1843, el comercio se multiplicó más de 30 veces. Nuevo México ya tenía acceso a los bienes manufacturados, en especial a las prendas de vestir y las herramientas, a precios mucho más bajos, porque podían transportarse a un costo menor por las vías fluviales desde su lugar de fabricación hasta Misuri y, después, transportarse por el Camino de Santa Fe, que era relativamente llano casi en toda su extensión y cruzaba lugares con buenos pastos para los animales de tiro, mientras que el transporte de los productos enviados desde el centro de México era más difícil y costoso. Los habitantes de Nuevo México pagaban por los bienes enviados desde Estados Unidos sobre todo con dinero en efectivo que obtenían del envío de ovejas, textiles de lana y productos agrícolas a Chihuahua y las regiones cercanas; asimismo, enviaban mulas, pieles de castor y cueros de búfalo a los mercados del este de Estados Unidos a través de Misuri. Al cabo de unos cuantos años, los consumidores, productores y comerciantes estadounidenses llegaron a ser fundamentales para los medios de vida económicos de los habitantes de Nuevo México.[58]

El comercio a través del Camino de Santa Fe modificó las posibilida-

des económicas de Nuevo México, pero también transformó el paisaje social de la región, en especial para los neomexicanos ricos de esa provincia, porque los comerciantes locales participaban en ese comercio, frecuentemente como socios de sus colegas estadounidenses. Los comerciantes que hacían el viaje hasta Nuevo México eran ambiciosos y aventureros, y también eran el producto de una cultura social en la que las redes familiares eran de capital importancia para el comercio. En el mundo del siglo XIX, las alianzas matrimoniales eran quizá tan comunes entre los comerciantes como lo eran entre las familias reales y nobles; la historiadora Anne Hyde señala que los matrimonios formales e informales eran los puntales de las redes comerciales que conectaban a personas de muchos antecedentes étnicos diferentes en lo que ahora es el oeste de Estados Unidos.[59] En Nuevo México, algunos comerciantes estadounidenses contrajeron matrimonio con hijas de las familias más ricas de origen español, una estrategia que abría las puertas a más comercio y a los favores políticos, incluidas las concesiones de tierras. La asimilación parcial cultural e incluso religiosa a la sociedad de origen español era un pequeño precio que se debía pagar por esas ventajas; lo irónico es que, incluso cuando la propaganda provocada por la separación de Texas hizo que muchos estadounidenses consideraran a los mexicanos como seres distintos desde los puntos de vista racial y religioso, algunos estadounidenses se mexicanizaron deliberadamente, aunque ello no requirió que renunciaran a otras formas de identidad, por lo que mantuvieron un pie en su cultura originaria incluso cuando ya se habían unido a la parentela de alguna familia mexicana, se habían convertido al catolicismo y habían aprendido a hablar español. Charles Bent, por ejemplo, se casó con la hija de una familia neomexicana rica y se estableció en Taos, donde hizo muchas amistades entre los mexicanos; en otros sentidos, no obstante, era un jacksoniano clásico, inclinado a usar la violencia y castigar los actos o palabras que consideraba ofensivos para su honor. Esos comerciantes también se mantuvieron interesados en la rápida expansión de los asentamientos estadounidenses en el oeste: la inmigración ayudó a que Nuevo México tuviera una población de alrededor de 65 mil habitantes en 1846, a pesar de que, a través del Camino de Santa Fe, se encontraba a muy corta distancia de Misuri, cuya población pasó de 140 mil habitantes en 1830 a más de 380 mil en 1840.[60]

El Camino de Santa Fe y las estrechas relaciones entre Nuevo México y la élite de mexicanos de origen español, la economía y los comerciantes de Estados Unidos fueron de capital importancia para la conquis-

ta estadounidense de Nuevo México. El gobierno del presidente James K. Polk preparó unos detallados planes de contingencia para invadir ese territorio más de nueve meses antes de que su provocación en Texas hiciera estallar la guerra contra México. Una vez que Polk obtuvo su declaración de guerra, el coronel Stephen Kearny organizó una fuerza mixta de voluntarios de Misuri y soldados regulares cerca de San Luis y se puso al frente de ella en una marcha de más de 1600 kilómetros hasta Nuevo México. Aunque tuvieron muchas dificultades en su recorrido, los soldados marcharon por un camino que conocían bien, pues a lo largo de los previos 20 años había sido usado por miles de carromatos que transportaban mercancías.[61] Cuando los soldados llegaron a Nuevo México, se encontraron con que el comercio había constituido no sólo su avanzada física sino también su avanzada política: los comerciantes estadounidenses tenían múltiples negocios y relaciones de parentesco con las familias más ricas de la región y el gobernador de la provincia, Manuel Armijo, formaba parte por completo de esa élite recientemente integrada. Esos comerciantes hicieron un gran esfuerzo por convencer a sus pares, socios comerciales y parientes políticos, de que los neomexicanos, en especial los ricos, estarían mejor bajo el gobierno estadounidense; Armijo fue uno de los objetivos principales de su cabildeo y se reunieron con él en múltiples ocasiones. Esa campaña de convencimiento estuvo acompañada por las proclamas públicas de Kearny en el sentido de que Estados Unidos respetaría el catolicismo y de que su misión era llevar a los neomexicanos la ciudadanía estadounidense, el buen gobierno y la protección contra los indios independientes;[62] sin embargo, los neomexicanos de ascendencia española consideraron a los estadounidenses como unos herejes codiciosos que buscaban imponerse como conquistadores, por lo que Armijo se sintió fuertemente presionado por esa sociedad para organizar algún tipo de resistencia. El gobernador reunió una numerosa fuerza de milicianos pero, cuando los estadounidenses se encontraban ya a sólo unos cuantos kilómetros de distancia, de manera misteriosa ordenó a la milicia que regresara y se retirara con sus pocos soldados regulares. Kearny ocupó Santa Fe, proclamó que los neomexicanos eran ya ciudadanos estadounidenses y procedió a establecer el gobierno con Charles Bent como gobernador.[63]

Pronto, Kearny consideró que la posesión estadounidense de Nuevo México era suficientemente segura como para enviar algunas tropas a invadir Chihuahua y llevó el resto de las tropas hacia California, dejando en Nuevo México una fuerza de ocupación relativamente pequeña, com-

puesta por voluntarios de Misuri. Como todos los voluntarios que participaron en la guerra en otros lugares, éstos tenían ideas jacksonianas sobre el lugar apropiado de los hombres blancos y el de las otras razas, incluidos los mexicanos, y su inclinación a emborracharse, pelear y fanfarronear contradecía el tono conciliador que Kearny trató de establecer; asimismo, los estadounidenses requisaron las provisiones de los neomexicanos, y el propio Bent mostró un enorme desprecio por esos habitantes, lo cual no ayudó en forma activa a los objetivos de los invasores.[64] Las relaciones de los estadounidenses con muchas de las familias más ricas de Nuevo México no iban aparejadas con la lealtad de todos los neomexicanos, porque la provincia estaba dividida por las tensiones políticas y de clase: incluso entre la élite de ese territorio había familias que entendían que el gobierno estadounidense socavaría su acceso privilegiado a los cargos militares y políticos, así como gente que creía de manera genuina que el debilitamiento del acceso exclusivo de la iglesia católica al corazón y la mente de los neomexicanos expondría a los habitantes al peligro de la condenación eterna, por lo que pronto los sacerdotes y otras personas prominentes se pusieron a conspirar contra los estadounidenses.

La oposición no se redujo a una pequeña facción de la élite de la provincia, pues muchos neomexicanos de ascendencia española que no eran ricos compartían el compromiso con el catolicismo y su temor al ostracismo social. Los indios pueblo se opusieron por razones religiosas y algunos creían que sus tierras se verían amenazadas por las concesiones que Armijo había hecho antes de la invasión a los estadounidenses prominentes, entre ellos el propio Bent. Tanto los indios pueblo como los mexicanos de ascendencia española creían que los comerciantes estadounidenses habían alentado realmente las violentas incursiones de las tribus de indios mediante el robo de ganado e incluso la captura de personas; asimismo, algunos estaban llenos de amargura por la violencia que los texanos habían ejercido contra algunos asentamientos de neomexicanos durante el periodo de la independencia de Texas. El aventurero británico George Ruxton, que recorrió Nuevo México en diciembre de 1846 y enero de 1847, escribió:

> el sentimiento de amargura más fuerte y más resueltamente hostil era en contra de los estadounidenses, quienes, sin duda alguna, no se habían mostrado ansiosos por conciliar a los habitantes ni de Santa Fe ni de otros lugares, sino que, por su acoso y su comportamiento autoritario con ellos, fueron en gran medida la causa de ese odio.

Los neomexicanos, que creían que Ruxton era estadounidense, lo hostigaron y lo llamaron "burro", pero, cuando se detuvo en un rancho aislado, su anfitriona neomexicana declaró que le alegraba que fuera inglés y, por lo tanto, cristiano, a diferencia de los estadounidenses.[65]

En diciembre de 1846, los estadounidenses descubrieron un complot en contra de su gobierno: arrestaron a los conspiradores, pero en Santa Fe una multitud de más de cien neomexicanos se rehusó a permitir que se arrestara a un conspirador. En enero del año siguiente, estalló una revuelta en Taos, donde algunos indios pueblo y algunos mexicanos de ascendencia española mataron a decenas de estadounidenses y colaboracionistas hispánicos; Bent se encontraba allí visitando a su familia mexicana y los rebeldes lo hirieron primero, después le cortaron el cuero cabelludo y, finalmente, lo mataron. El grado de violencia sugiere que se creía que los estadounidenses representaban el tipo de amenaza que también representaban los indios independientes, porque estos últimos y los neomexicanos habían intercambiado desde hacía mucho tiempo su odio y dolor entre sí por medio de esa violencia ejemplar. Los estadounidenses no ignoraban ese tipo de intercambio y, cuando se enteraron de la revuelta, un grupo de tramperos y de comerciantes se desplazó a Nuevo México, jurando arrancar la cabellera a todos los mexicanos que encontraran; otra fuerza de voluntarios de Misuri y de comerciantes marchó hacia el norte de Nuevo México desde Santa Fe: usaron la artillería para destruir los intentos de oponérseles y, finalmente, sitiaron la comunidad de indios pueblo de Taos, donde muchos rebeldes se habían refugiado. Los estadounidenses tomaron el pueblo después de un ataque sangriento en el que mataron a muchos defensores en la iglesia; asimismo, quemaron otro pueblo que se les había opuesto y, dondequiera que fueron, llevaron a cabo una represión extrema. Algunos de los dirigentes rebeldes fueron ejecutados después de unos juicios sumarios en los que los miembros del jurado y otro personal incluyeron a los estadounidenses cuyos parientes habían caído muertos a manos de los rebeldes. El joven comerciante Lewis Garrard participó en la lucha para acabar con la revuelta pero, cuando participó como observador en los juicios, se mostró horrorizado y, más tarde, escribió: "ciertamente, de parte de los estadounidenses, se asumió con claridad que fueron a conquistar un país y después acusaron a los habitantes revoltosos de traición". La resistencia de los guerrilleros siguió adelante durante varios meses y los propagandistas del centro de México urgieron a la gente a seguir el ejemplo de los neomexicanos.[66]

Tanto en California como en Nuevo México, la disposición de los comerciantes estadounidenses a contraer matrimonio con mujeres mexicanas, convertirse al catolicismo y hacerse ciudadanos mexicanos habla de la anterior fluidez de las identidades en lo que más tarde llegaría a ser el oeste de Estados Unidos. Su asimilación no fue definitiva y, en las dos provincias, muchos de los inmigrantes recientes terminaron facilitando la conquista estadounidense, pero vale la pena hacer notar la facilidad relativa con que se integraron a la sociedad mexicana antes de la guerra. Es paradójico que la naturaleza de su presencia en esos lugares antes de la guerra influyera sin duda alguna en algunos mexicanos para no oponerse de manera incondicional a los estadounidenses. Es probable que algunos mexicanos hayan imaginado fácilmente una era posterior a la conquista por parte de Estados Unidos, en la que serían socios apreciados por los estadounidenses antes que unos extranjeros despreciados por su raza y cerca del fondo de la jerarquía social.

Había otros grupos cuya posición y cuyas acciones también proporcionan pruebas de la fluidez de las identidades en el oeste antes de la guerra. Los más obvios son las tribus de indios independientes: aunque, en 1846, los estadounidenses pregonaron su habilidad para dominar a esas tribus, en realidad no lograrían vencerlas durante varias décadas. Un conjunto de personas menos obvio demuestra también la fluidez de las identidades: en 1846, los que estaban planeando la invasión estadounidense de Nuevo México y esperaban su continuación con la conquista del sur de California necesitaban tropas, pero los asentamientos estadounidenses todavía no eran particularmente numerosos en Misuri, Kansas e Iowa, y las unidades de voluntarios reclutados en Misuri no parecían ser suficientes, por lo que el gobierno de James K. Polk recurrió a los inmigrantes mormones para formar una nueva unidad. Los mormones eran uno de los grupos más controvertidos que habían surgido del fervor religioso del segundo gran despertar: primero trataron de establecerse juntos en Misuri y, más tarde, en Illinois pero en cada ocasión tuvieron que hacer frente a una violencia extrema y el fundador de ese grupo religioso, Joseph Smith, fue asesinado en Illinois en 1844, por lo que sus miembros se encontraban en plena búsqueda de un lugar en el oeste donde establecerse como grupo y practicar su religión. Cuando el gobierno estadounidense quiso reclutarlos, muchos hombres se mostraron renuentes a enlistarse; estaban resentidos por la violencia que se les había infligido y no

sentían ninguna lealtad política en particular por una sociedad que los había perseguido. Algunos mormones creían que Dios podría hacer que Estados Unidos perdiera la guerra para castigar a su pueblo por haberlos tratado mal; no obstante, los dirigentes mormones sabían que para seguir desplazándose hacia el oeste se requería dinero, un dinero que se podría obtener por medio de los hombres que sirvieran en el ejército. Asimismo, necesitaban la autorización federal para vivir de manera temporal en las tierras que pertenecían a los indios antes de continuar su viaje a Utah. Los reclutadores del gobierno también prometieron a los mormones que su unidad seguiría adelante desde Nuevo México hasta California, donde algunos podrían establecerse; lo más radical era que se permitiría a esos hombres llevar a sus familias consigo, una excepción extraordinaria para la práctica militar en Estados Unidos. Los dirigentes de los mormones convencieron a cientos de sus seguidores de unírseles y el grupo dio comienzo a una larga jornada. El batallón de mormones llegó a Nuevo México después de que la conquista inicial y la revuelta habían terminado y, más tarde, continuaron su marcha hacia California, construyendo un camino para carromatos a medida que avanzaban, pero, cuando los comandantes estadounidenses no permitieron que los hombres con familia la llevaran consigo de Nuevo México a California, experimentaron un fuerte rencor: los reclutas mormones se habían sentido motivados casi totalmente por el deseo de que su fe y sus familias sobrevivieran y, en ese sentido, eran diferentes tanto de los reclutas del ejército regular como de los hombres de todos los otros regimientos de voluntarios.[67] Lo irónico es que, decenas de años más tarde, el deseo de practicar libremente los controvertidos aspectos de su fe llevaría a muchos de los mormones a abandonar Estados Unidos y establecerse en el norte de México.

9. La ley del más fuerte

El gobierno del presidente James K. Polk había conquistado Nuevo México y California, obteniendo de facto la posesión de los territorios que desde el principio había esperado conseguir mediante la simple intimidación o quizá por medio de una guerra breve; sin embargo, la guerra estuvo lejos de serlo. Los mexicanos de diferentes facciones políticas y entornos sociales participaron activamente en la oposición a Estados Unidos y, en esas circunstancias, ningún gobierno mexicano estuvo dispuesto a cederle de manera oficial los territorios conquistados, por lo que la mera posesión de ellos no era suficiente: Polk necesitaba el reconocimiento oficial de que ya formaban parte de Estados Unidos y eso sólo podría obtenerse negociando. Por fortuna para Polk, durante el otoño de 1847, el equilibrio político cambió en México: aunque tanto los federalistas radicales de la izquierda como algunos conservadores de la derecha seguían comprometidos con la idea de continuar la resistencia, los moderados que dominaban el gobierno nacional habían llegado a creer que la guerra debía terminar. Solos, o sea sin unas fuerzas convencionales, los guerrilleros no podían vencer y era imposible mantener las fuerzas convencionales porque el bloqueo estadounidense y la ocupación de los puertos habían privado de ingresos al gobierno; además, incluso si la resistencia en el centro del país hubiera podido continuar, la reconquista de Nuevo México y California era una clara imposibilidad. En noviembre de 1847, los moderados creyeron que el futuro de México exigía el sacrificio de sus posesiones septentrionales.

Algunos estadounidenses, embriagados por las noticias de las victorias en México y la retórica del destino manifiesto, creían que Estados Unidos debía absorber más que esos territorios septentrionales; varios demócratas abogaron por que Estados Unidos absorbiera por completo a México o por el establecimiento de un protectorado: ¿por qué el expansionismo no debería aprovechar todas las ventajas de haber derrotado a un enemigo racialmente inferior? Otros eran un poco menos ambiciosos y ejercieron presión para adquirir algunos territorios que aún hoy forman parte del norte de México. Esas personas tenían diferentes visiones sobre la posesión estadounidense de México: algunos creían que la raza superior de los vencedores llevaría a los mexicanos finalmente a su altu-

ra, mientras que otros suponían que México siempre sería gobernado por una élite estadounidense, esencialmente como una posesión colonial.[1] El movimiento en favor de retener el dominio de todo México enfrentó una importante oposición, porque la anexión de todo el país podría perturbar gravemente el equilibrio entre las facciones que con tantas dificultades se mantenía en Estados Unidos: algunos sureños creían que, bajo el dominio estadounidense, México quedaría abierto a la esclavitud, mientras que otros temían que la aversión de los mexicanos a ese sistema significaría que su territorio se dividiría en estados libres donde no se permitiría, mientras que los norteños que se oponían a la expansión de la esclavitud creían que la incorporación de México a Estados Unidos favorecería a los estados del sur.[2] Con todo, los esfuerzos por anexarse más territorio de México o el país completo se vieron obstaculizados menos por las diferencias entre las facciones que por la preocupación por la inferioridad racial de los mexicanos: si el éxito estadounidense en el mundo realmente estaba basado en la superioridad de los hombres blancos, anglosajones y protestantes, ¿qué bien podría obtenerse con la conversión de millones de hombres católicos de piel oscura en ciudadanos estadounidenses? Y si esos nuevos residentes fueran súbditos coloniales, antes bien que ciudadanos, ¿no serían una amenaza para la democracia de Estados Unidos? Dados esos problemas, parecía tener sentido incorporar únicamente los territorios que contaban con una población muy reducida de mexicanos, en otras palabras, Nuevo México y California; es paradójico que muchas de las declaraciones más racistas y anticatólicas hechas en el Congreso durante la guerra fueron hechas no para justificar la expansión ilimitada de Estados Unidos, sino, por el contrario, para limitarla.[3]

El hecho de que algunos políticos estadounidenses creyeran que Estados Unidos tenía suficiente poder militar para anexarse todo el país no implica que fuera cierto: incluso después de la caída de la ciudad de México, muchos mexicanos, tanto de la derecha como de la izquierda, estaban dispuestos a gastar sus riquezas y derramar su sangre para mantener la resistencia; estaban convencidos de que su país tenía un conjunto básico de valores y creencias, y que los estadounidenses amenazaban unos y otras por la manera en que lo habían demostrado tanto en la retórica racista y anticatólica relativamente abstracta como en el modo en que los soldados estadounidenses se habían comportado en México. ¿Acaso habrían consentido esas personas alguna vez convertirse en parte de Estados Unidos? Winfield Scott no lo creía: el 25 de diciembre de 1847, dio parte a sus superiores de que algunos mexicanos favorecían la anexión,

pero que ello significaría la ocupación militar más o menos permanente de México:

> La anexión y la ocupación militar, si se mantiene la anexión, significarían lo mismo en cuanto a la cantidad de fuerzas empleadas por nosotros; porque, si, después del acto formal, mediante un tratado o de otra manera, retirásemos nuestras tropas, no se puede dudar de que México o, más bien, la parte activa de él, volvería a caer en un estado de revolución permanente, a comenzar una *en contra de* la anexión.[4]

Scott formuló esa declaración con base en las ideas, expresadas muy a menudo por los estadounidenses, de que pocos mexicanos participaban en la política y de que eran incapaces de tener un gobierno propio pacífico, pero también concedió que la posesión estadounidense de México tendría que basarse en la fuerza. No se puede separar el desprecio racial de Scott del hecho de que la resistencia todavía era continua.

A finales de 1847, después de más de un año y medio de guerra, los moderados y Nicholas Trist, el diplomático que James K. Polk había enviado a negociar con México, estaban dispuestos a alcanzar un acuerdo aceptable por las dos partes. Es probable que a ello haya ayudado el hecho de que la dificultad de las comunicaciones en gran medida había aislado a Trist de los debates en Estados Unidos sobre lo prudente de anexarse más territorios mexicanos y el hecho de que el propio Trist estaba firmemente convencido de que anexarse todo México sería perjudicial para su país. Meses antes, el gobierno de Polk le había dado instrucciones estrictas sobre lo mínimo que debía incluirse en el tratado, pero Trist no sabía que, a medida que la guerra se prolongaba, Polk, molesto, había comenzado a mostrarse en favor de exigir incluso más territorios para castigar a México por su resistencia, e incluso se irritó aún más cuando, durante el armisticio de agosto de 1847, Trist se desvío de sus instrucciones originales al sugerir que el gobierno estadounidense podría aceptar el río Nueces como la frontera de Texas, algo que habría debilitado por completo el alegato original de Polk en favor de la declaración de guerra y lo habría llevado a hacer un ridículo político. Por lo tanto, el 6 de octubre de 1847, James Buchanan, el secretario de Estado de Polk, envió a Trist una carta llamándolo a volver a Estados Unidos. La carta le llegó a Trist el 16 de noviembre, precisamente cuando creía que el gobierno mexicano ya estaba dispuesto a hacer un acuerdo con Estados Unidos que correspondía o incluso superaba ligeramente los deseos originales del presidente James K. Polk. Trist

creía que su gobierno estaba actuando con base en una información errónea y obsoleta, y que obedecer las instrucciones de Polk demoraría el tratado durante meses, y decidió quedarse y negociar. Ese acto puede parecer incomprensible en nuestra época de las comunicaciones instantáneas pero, antes de que el mundo estuviera tan estrechamente enlazado, los funcionarios militares y los diplomáticos que operaban lejos de los centros de poder tenían una amplia libertad y eran juzgados de acuerdo con sus éxitos o fracasos, antes bien que por la adhesión estricta a unas instrucciones detalladas. Finalmente, Trist pagó un precio por su rebeldía: su carrera como servidor público se fue al traste.[5]

Los moderados hicieron tiempo durante varias semanas, con la esperanza de que podrían convencer a los británicos de limitar las exigencias de los estadounidenses o garantizar que Estados Unidos no violara los acuerdos alcanzados, pero las negociaciones comenzaron en enero de 1848. El gobierno mexicano siguió tratando de que la frontera fuera el río Nueces, pero estaba dispuesto a ceder Nuevo México y California a cambio de una suma cuantiosa y de garantías de que los habitantes de los territorios cedidos podrían mantener sus propiedades y practicar el catolicismo sin ser molestados. Los negociadores mexicanos cedieron en lo concerniente a la cuestión del río Nueces y varios detalles fueron aceptados a regañadientes; de forma paradójica, las negociaciones se apresuraron probablemente debido a la precaria situación de Trist, quien insistió en que los mexicanos cedieran pronto en varios aspectos, porque cualquier día podía recibir una nueva carta de Polk ordenándole poner fin a las negociaciones.[6]

El Tratado de Paz, Amistad, Límites y Arreglo Definitivo entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América se conoce como Tratado de Guadalupe Hidalgo por el suburbio de la ciudad de México donde se firmó el 2 de febrero de 1848, por lo que, irónicamente, se combinó el nombre de la patrona religiosa de México y el apellido del hombre que dio inicio a la guerra de Independencia. En el tratado se reconoció oficialmente la posesión estadounidense de Texas, al igual que la frontera del río Bravo. Estados Unidos recibió también todos los territorios que actualmente forman los estados de California, Arizona, Nevada, Utah y Nuevo México, así como partes de Colorado, Wyoming y Oklahoma; en compensación, Estados Unidos pagó a México 15 millones de dólares y acordó pagar las reclamaciones de los ciudadanos estadounidenses por las propiedades dañadas durante los conflictos internos de México. Esas disposiciones, especialmente la transferencia de terri-

torios, son las que los estadounidenses y los mexicanos más informados recuerdan sobre el tratado, el cual, en general, es considerado como el hito del expansionismo de Estados Unidos y la prueba de la fortaleza de los deseos expansionistas personificados sobre todo por el presidente James K. Polk.

Con todo, el tratado también es una indicación de por qué y contra quién el gobierno mexicano todavía estaba dispuesto a pelear en el punto más bajo de su poder, aun cuando fuera sólo por medio de la diplomacia. Envió a sus representantes a la mesa de negociaciones con instrucciones explícitas y ellos lograron muchos de sus objetivos. Como lo señala el historiador Brian DeLay, una de las disposiciones clave del tratado fue el artículo XI, que comprometía a Estados Unidos a impedir las incursiones en México de las tribus de indios que habitaban en los territorios recientemente transferidos, pero, desde el punto de vista más práctico, hizo ilegal que los estadounidenses que residían en esos territorios compraran mexicanos capturados durante las incursiones indias, así como que adquirieran ganado o propiedades robadas. El gobierno de Estados Unidos también debía tratar de rescatar a todos los mexicanos que fueran cautivos de los indios y aún estuvieran en territorio estadounidense. Las incursiones de los indios habían devastado a los residentes del norte de México antes y durante la guerra, causando mucho sufrimiento humano y la pérdida de propiedades; los expansionistas estadounidenses estaban convencidos de que esas incursiones habían provocado que fuera casi imposible que los mexicanos incluso poblaran los territorios transferidos, por lo que la idea de que los mexicanos no podían dominar a los indios ni defenderse de ellos alivió la conciencia de los expansionistas, convencidos de que los mexicanos realmente estaban perdiendo poco con la cesión de esos territorios. Lo irónico es que la intensificación de las incursiones indias fue en parte una respuesta al mercado que la economía estadounidense ofrecía al ganado robado y a otros bienes producidos por numerosos mexicanos a los que los comanches habían esclavizado. En consecuencia, en la mesa de negociaciones los representantes mexicanos hicieron lo posible por proteger a los habitantes del norte del país mediante la eliminación de ese mercado.[7]

Ahora bien, los negociadores de México no sólo trataron de proteger a los mexicanos que vivían en los territorios que todavía seguirían perteneciéndole al país después de la guerra, sino que también tenían instrucciones de esforzarse por proteger a los habitantes de los territorios cedidos de acuerdo con el tratado. Los comisionados mexicanos sabían que

el expansionismo estadounidense no significaba simplemente la transferencia de la soberanía sobre esos territorios de un gobierno al otro, sino también la transferencia de los derechos de uso de las tierras de unos propietarios que no eran blancos a los estadounidenses blancos, y no querían que los mexicanos de California y Nuevo México fueran tratados como lo habían sido repetidamente los indios. Los comisionados lograron que Trist aceptara el artículo XVIII, que obligaba a Estados Unidos a respetar las propiedades de los mexicanos de California y Nuevo México. Ese mismo artículo les otorgaba el derecho a continuar viviendo en esos territorios: podían elegir seguir siendo ciudadanos mexicanos pero, si no declaraban su intención de conservar esa ciudadanía, se convertirían automáticamente en estadounidenses. Esa disposición podría parecer simplemente lógica ahora, pero, en el Estados Unidos de la época jacksoniana, la extensión de la ciudadanía a unas personas consideradas racialmente diferentes era una concesión importante. El artículo X estipulaba que los mexicanos de los territorios cedidos tendrían garantías aún más explícitas de que les respetarían las tierras que el gobierno mexicano les había concedido. Asimismo, los negociadores eran completamente conscientes de lo fuerte que eran los prejuicios anticatólicos en Estados Unidos y lograron que Trist aceptara la protección específica del culto católico en los territorios cedidos: el artículo IX garantizaba que los sacerdotes católicos desempeñarían su ministerio sin trabas en los territorios transferidos, que las propiedades de las instituciones católicas serían protegidas y que se permitiría a los obispos mexicanos comunicarse libremente con sus feligreses en esos territorios. En otras palabras, los negociadores mexicanos se esforzaron por proteger a los compatriotas que ya no estarían bajo la protección del gobierno mexicano; en el largo plazo, no obstante, no todos sus esfuerzos tendrían buenos resultados.

Una de las razones del fracaso de algunas de las disposiciones negociadas fue que los gobiernos de los dos países debían ratificar el tratado. El primer interrogante era si el presidente James K. Polk aprobaría un tratado que no le cedía todos los territorios que quería y que había sido negociado por un representante al que ya había retirado. La respuesta a ese interrogante fue un tanto sorpresiva: sí. Polk simplemente llegó a creer que era el mejor tratado que podría obtener y que, si lo rechazaba, la facción del Congreso estadounidense que se oponía a la guerra, cada vez mayor, reduciría el apoyo financiero para su ejército en México. Polk puso objeciones al artículo X, arguyendo que podría complicar los derechos a

la tierra en Texas pero, después de anotar sus objeciones, envió el documento al Senado. Éste eliminó ese artículo; sin embargo, sus deliberaciones y modificaciones no se detuvieron allí: algunos congresistas expansionistas estaban molestos porque Estados Unidos no había adquirido más territorio, mientras que algunos whigs adoptaron la postura opuesta, valiéndose de los debates para criticar la guerra y la adquisición de nuevas tierras. No obstante, la cláusula más controvertida fue el artículo IX: el anticatolicismo era fortísimo en Estados Unidos y muchos senadores simplemente no estaban dispuestos a aprobar un tratado que otorgaba derechos explícitos a los católicos. En tres días de feroces debates sobre la redacción concreta, los senadores cambiaron poco a poco el artículo hasta establecer simplemente que los habitantes de los territorios cedidos gozarían de libertad religiosa hasta que se convirtieran en ciudadanos estadounidenses, momento en el que tendrían la misma libertad religiosa conferida por la propia ciudadanía.[8] El 10 de marzo de 1848, el Senado aprobó el tratado con enmiendas, pero aún faltaba que el Congreso mexicano lo ratificara. Los representantes de ambos países firmaron un memorándum en el que declaraban que la enmienda al artículo IX no reducía realmente los derechos de los mexicanos en los territorios cedidos; los proponentes de la ratificación señalaron que el hecho de consagrar los derechos de los mexicanos en el tratado significaba que las leyes internas de Estados Unidos no podrían invalidarlos. Luis de la Rosa, ministro plenipotenciario de México, argumentó ante el Congreso mexicano que seguir adelante con la guerra era imposible; no había suficiente dinero para sostener las fuerzas militares organizadas y los gobernadores de los estados ya no estaban cooperando; además, existía la amenaza de rebelión de los campesinos indígenas, rebeliones que, dijo, algunos ex soldados estadounidenses estaban fomentando para sus propios propósitos; por lo tanto, es probable que el temor a los conflictos sociales haya pesado fuertemente en la ratificación final del tratado. Por desgracia, los derechos de los mexicanos establecidos en el documento enmendado fueron pisoteados con mucha frecuencia en las décadas subsecuentes; los negociadores mexicanos se esforzaron por proteger los derechos e incluso la vida de los mexicanos en un territorio occidental de Estados Unidos dominado en lo sucesivo por la violenta intervención del racismo en los conflictos sociales y por una intensa lucha por los recursos agrícolas y minerales, cada vez más valiosos.[9]

LA OCUPACIÓN Y ALGUNAS DECISIONES SEVERAS

Nada representa la derrota de un país de manera más convincente que su capital ocupada por el ejército invasor. El otoño de 1847 fue una estación amarga para la ciudad de México. Las negociaciones sobre la paz todavía no habían comenzado y la presencia de miles de soldados estadounidenses recordaba todo el tiempo a sus habitantes lo que ya habían perdido y lo que todavía podrían perder en el futuro. Los mexicanos conmemoran a sus muertos cada 2 de noviembre, el Día de Todos los Santos, conocido como Día de los Muertos o de los Fieles Difuntos: visitan los cementerios, adornan las tumbas, celebran la vida de los caídos y los lloran. En 1847, en el editorial de un periódico de la ciudad de México, se decía que la presencia de los estadounidenses dio a la ocasión un tono diferente; el anónimo editorialista escribió:

> Las familias en donde falta el padre, el hijo, el esposo, etc., gimen a la vista de sus asesinos, pues los deudos que lloran fueron sacrificados en Churubusco, Molino del Rey y otros puntos, y en un día en que se hace recuerdo de los fieles difuntos, ostentan sus armas y nos insultan con sus músicas militares, vienen a nuestra plaza de armas a ejecutar en nuestra presencia evoluciones prácticas, como para decir a nuestras mujeres: nosotros os hemos dejado viudas, huérfanas, y sin apoyo: pues bien, aún estamos aquí instruyéndonos en el manejo de las armas para seguir llenando de luto vuestras ciudades, si no condescendéis con nuestras ideas: vuestros hombres son menos fuertes que nosotros y vuestro territorio nos pertenece por herencia. La ley del más fuerte nos constituye en árbitros de vuestra suerte futura y presente.[10]

Como para demostrar el punto de vista del editorialista, las autoridades militares estadounidenses amenazaron de inmediato con clausurar el periódico si volvía a publicar otros artículos similares.

Los habitantes de la ciudad de México se vieron en una situación sombría, pero el dilema que enfrentó un grupo en particular puede ayudar a entender la razón de que la guerra haya obligado a muchas personas a tomar decisiones muy severas. Los mexicanos atribuyen un gran valor a la familia y el bienestar de las familias fue el principio que guio muchas de esas decisiones. El valor que se le da a esa institución inspiró a muchos mexicanos a combatir: no fue un accidente el hecho de que en la propaganda se mencionara la posibilidad de que los estadounidenses mataran,

esclavizaran o violaran a las familias de los mexicanos. En otras épocas, el valor que se atribuía a la familia tenía un efecto más ambiguo en el esfuerzo bélico; como ya se ha expuesto, el reclutamiento forzado del ejército regular estaba diseñado para proteger a la familia tanto como fuera posible, para lo cual se centraba en los hombres que no tenían que mantener esposa, hijos, padres ancianos o hermanos menores: muchos estaban dispuestos a unirse a las unidades de la Guardia Nacional, pero, por lo general, las autoridades políticas locales querían mantener esas unidades cerca de su lugar de origen con el propósito de que los hombres pudieran seguir manteniendo a su familia. Cuando se preguntaba tanto a los soldados regulares como a los miembros de la Guardia Nacional por qué abandonaban sus unidades sin permiso, a menudo mencionaban la necesidad de alimentar a su familia: el sostenimiento de la mayoría de esas familias dependía de la mano de obra pagada y el trabajo no remunerado de todos sus miembros: no existía una red de seguridad social que llenara el vacío dejado por los hombres ausentes. Cuando el terrateniente Paulo Antonio Verástegui estaba reclutando guerrilleros en mayo de 1847, trató de dar solución a ese problema mediante la oferta de apoyo económico a las familias de los guerrilleros. El mismo problema surgió cuando se puso a trabajar a los hombres en las fortificaciones de la ciudad de México: la gente se esforzó por equilibrar lo que consideraba su deber con México y su deber con su familia;[11] el propio gobierno señaló con frecuencia que el deber con la familia era tan importante como el deber con la nación. Uno de los ejemplos más irónicos de esa manera de pensar fue expresado por el congresista Ramón Gamboa: en agosto de 1847, acusó formalmente a Antonio López de Santa Anna de traición y repitió la acusación varias veces durante los dos años siguientes. En su argumentación, Gamboa consideró que cada uno de los intentos fallidos de Santa Anna por alcanzar la victoria había sido un esfuerzo consciente por ayudar a los estadounidenses. Lo más pertinente en ese caso fue que, cuando uno de los defensores de Santa Anna preguntó a Gamboa por qué no había tomado las armas él mismo, éste declaró que, "siendo yo el único que sostiene a mi familia y no teniendo a quien encomendarle su custodia y subsistencia, me fue imposible dejarla abandonada a sí propia y a su buena o mala suerte".[12]

Como se mencionó en el capítulo 7, cuando el ejército mexicano salió de la capital, sus comandantes permitieron que los hombres de la Guardia Nacional permanecieran en la ciudad para mantener a sus familias. Los oficiales del ejército regular con familia ahí tuvieron que hacer frente a un conjunto de decisiones más severas: el ejército regular tenía un

cuerpo de oficiales muy numeroso, en parte, porque los frecuentes golpes de Estado obligaban tanto a los líderes políticos como a los dirigentes militares a recompensar a sus aliados con nombramientos y ascensos; algunos de esos oficiales resultaron menos que inútiles durante la guerra contra Estados Unidos, pero otros se mostraron competentes y valerosos. En septiembre de 1847, cientos de oficiales se encontraban en la ciudad de México debido a que el ejército se había concentrado en ella y muchos de ellos, sin una misión específica, residían en la capital. En una situación en la que había más oficiales que misiones específicas, el hecho de presentarse en los cuarteles para solicitar una misión o una paga atrasada era al menos una necesidad económica y social al mismo tiempo. Los oficiales que se estaban recuperando de sus heridas o de alguna enfermedad también estaban congregados en la ciudad de México porque estar allí era la mejor oportunidad que tenían de recibir parte de su paga; otros oficiales estaban empleados en tareas administrativas. Había tantos oficiales en la ciudad en agosto y septiembre que la mayoría de las unidades tenía oficiales de más, y algunos de los que carecían de unidad específica organizaron una compañía de infantería compuesta exclusivamente de oficiales.

Esos hombres se habían unido al ejército regular como oficiales por diversas razones: el servicio era, al mismo tiempo, una vía para acercarse al poder, una manera de ayudar a su país y un medio honorable y respetable de mantener a la familia; esta última razón era difícil de cumplir: con mucha frecuencia, el destino al que eran enviados los separaba de los suyos, un problema común para el personal militar que era más grave para esos mexicanos porque no había manera de que el gobierno entregara parte de la paga de un oficial directamente a sus parientes, lo que llevaba a los hombres a ahorrar o a pedir dinero prestado para dejárselo a su familia.[13] Lo peor era que la paga de los oficiales casi siempre se atrasaba varios meses, problema que empeoró a medida que evolucionaba la guerra.[14] El servicio como oficial del ejército regular mexicano era una base precaria para la subsistencia de una familia.

Con todo, ya sea que carecieran de opciones o que valoraran en mucho su identidad social, en el otoño de 1847 muchos oficiales del ejército regular deseaban de forma desesperada mantener su grado. Los que fueron dejados atrás en la ciudad de México se encontraban en un predicamento: los estadounidenses decretaron que a todo oficial mexicano en territorio ocupado se le dejara en libertad condicional, para lo cual debía dar su palabra de honor de que ya no participaría en la guerra, a menos que fuera inter-

cambiado por un prisionero estadounidense de grado equivalente; ambos bandos otorgaron frecuentemente la libertad condicional a algunos prisioneros de guerra.[15] Aunque ahora puede parecernos curioso, la costumbre de la libertad condicional era muy valorada en la cultura militar de la época: permitía que los prisioneros de guerra fueran liberados rápidamente de su confinamiento, donde solían enfrentar escasez de alimentos y una creciente amenaza de caer enfermos; asimismo, liberaba a los captores de la carga de alimentar y vigilar a los prisioneros. La libertad condicional se tomaba muy en serio y los oficiales que la violaban eran ejecutados, porque ese incumplimiento amenazaba una de las pocas costumbres que aliviaban la inhumanidad de la guerra.[16] Los estadounidenses sabían que algunos oficiales mexicanos desesperados por contar con más hombres habían reincorporado a su ejército a algunos soldados en libertad condicional después de la batalla de Cerro Gordo, por lo que aquéllos estaban muy resentidos;[17] no obstante, los generales de México consideraban que los oficiales se regían por un código de honor diferente e insistieron en que no debían faltar a su palabra.[18] Los oficiales presentes en la ciudad de México no querían que se les dejara en libertad condicional, en parte porque deseaban poder combatir otra vez contra el invasor, pero también porque el ejército no pagaba a quienes estaban en libertad condicional, a menos que se les pudieran asignar tareas que no requirieran combatir contra el enemigo. Por su parte, los oficiales dispersos se enteraron pronto de que los estadounidenses estaban ofreciendo recompensas a cualquiera que les ayudara a encontrarlos, debido quizás al temor de que esos oficiales encabezaran un nuevo levantamiento en contra de la ocupación.[19]

El gobierno mexicano consideraba que los oficiales militares que permanecían en territorio ocupado eran desertores que debían perder su grado, salvo que fueran exonerados por una corte marcial. Esa regla puso en una situación todavía más difícil a los oficiales que estaban en la capital, pero también llevó a los tribunales militares algunos casos en los que los oficiales que buscaban su reincorporación testificaron sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad, las luchas que debieron librar y las decisiones que tomaron. Los documentos resultantes dan una idea de cómo esos oficiales veían su vida y sus decisiones: muchos testificaron que no pudieron partir de inmediato porque estaban enfermos y les resultaba imposible viajar; otros dijeron que, después de meses de muy poca paga o sin ella, simplemente no contaban con el dinero en efectivo necesario para hacerlo;[20] pero muchos otros mencionaron el deber con su familia: ¿qué podía hacer un hombre de familia en esas

circunstancias? El capitán Marcelino Argumendo explicó que sentía una responsabilidad particular por cuidar de su madre anciana y su padre demente; este último, él mismo un capitán retirado, había estado en peligro mortal durante la rebelión callejera del 14 de septiembre, hasta que su hijo lo encontró y lo arrastró hasta un lugar seguro temporalmente. Más tarde, Argumendo comprendió que sus padres podrían morir de hambre si se iba de la ciudad, por lo que decidió quedarse. Algunos otros oficiales testificaron en el mismo sentido, diciendo que no podían abandonar a sus familiares heridos o enfermos,[21] y otros más dijeron haber hecho todo lo posible por llevar a su familia consigo, que partieron con esposa e hijos pequeños en peligrosos viajes a pie o que trataron de encontrar una salida segura para su familia entre los combates callejeros.[22]

Uno de los casos más conmovedores es el de Lorenzo Pérez Castro, que había servido durante más de 30 años y combatido en las batallas de Monterrey y La Angostura. En esta última, había tomado el mando de su regimiento después de que su superior cayera herido; aunque lo elogiaron por su comportamiento en esa batalla, lo pasaron por alto cuando se otorgó un ascenso a un oficial menos experimentado, pero con mejores relaciones políticas. Pérez Castro también había combatido en la retaguardia durante la batalla de Churubusco y había logrado salvar del combate dos cañones, para luego encabezar a los hombres que, a falta de caballos, arrastraron esas piezas de artillería varios kilómetros, a mano, hasta llegar a la nueva línea de defensa. El 8 de septiembre, cuando él y sus camaradas oficiales sin misión específica oyeron los disparos en Molino del Rey, se apresuraron para formar una compañía de infantería y combatieron como soldados rasos para defender la ciudad. El hermano de Pérez Castro cayó muerto en la batalla de Chapultepec el 13 de septiembre y uno de sus hijos era uno de los cadetes que fueron hechos prisioneros. La tarde de ese día, Pérez Castro fue a su casa para ver por su familia, porque, en sus propias palabras, “no podía mirar con ojos serenos los males de personas a quienes se hallaba tan estrechamente unido”; ya en su casa, trató de calmar la ansiedad y el dolor de su esposa y su cuñada. A la mañana siguiente, se enteró de que el ejército había salido de la ciudad, pero, cuando se preparaba para seguirlo, ocho soldados estadounidenses saquearon su casa y robaron todo su dinero y toda la ropa de su familia. En ese momento, se dedicó al deber “más preciso para un padre: el de alimentar a una numerosa familia a quien acaban de condenar a la mayor miseria”. Durante dos meses, recibió la ayuda de los amigos de su familia y, después, habiendo perdido la esperanza de que el gobierno mexicano

continuara la guerra, buscó "una ocupación, aunque humilde honrosa", para cumplir con "sus deberes de esposo y padre después de haber llenado cumplidamente los de militar y ciudadano". Antes, había dado órdenes a su esposa de que enviara a sus dos hijos al ejército; asimismo, señaló que, durante el año anterior, no había recibido más de tres meses de soldada. Con todo, Pérez Castro insistió en que, si hubiera creído que el gobierno de verdad estaba dispuesto o era capaz de continuar con la guerra, él habría encontrado la manera de seguir combatiendo para vengar a su hermano muerto.[23] Como muchos otros oficiales que buscaron redimir su honor y su grado por medio de esos juicios, Lorenzo Pérez Castro fue absuelto.

Quizás el deber del varón de ver por sus seres queridos era igualmente importante para los estadounidenses, pero el peso de ese deber durante la experiencia de la guerra fue menor para ellos. Simplemente, la mayoría de quienes se habían alistado en el ejército regular aún no había tenido la clase de empleo necesario para formar una familia; un puñado llevó a su esposa consigo como lavandera, pero la mayoría de ellos probablemente esperaban permanecer solteros durante su enganche con el ejército, si no es que más tiempo. En la primera ola de reclutamiento, en 1846, la mayoría de quienes se ofrecieron como voluntarios para ser soldados rasos eran jóvenes y solteros: su alistamiento pospuso el cortejo y el matrimonio, lo cual causó ansiedad tanto entre los soldados como entre sus familiares, pero los liberó por completo de tener que elegir entre combatir y alimentar a los suyos.[24] Durante la segunda ola de reclutamiento, se alistaron más hombres casados; aunque trataron de que se les pagara una parte antes de partir a México, no lo lograron, por lo que ese fracaso causó amargura en algunos de ellos;[25] el voluntario Albert Lombard escribió:

> Si es algo cruel *arrancar* a los hombres negros de su hogar, ¡es mucho más cruel *sacar a rastras* a los hombres blancos de su hogar con incentivos *falsos* y obligarlos a abandonar a su esposa y sus hijos, sin dejarles un *centavo* o protección alguna, en la estación más fría del año, para morir en un clima extranjero y malsano! "Pero —dice el lector—, ¿por qué se alistan y dejan a su familia en la penuria?" La respuesta es que muchos se alistaron por el *bien* de su familia, por no tener empleo y porque les ofrecieron "tres meses de adelanto", y les prometieron que podrían dejar parte de su paga para que su familia la cobrara en su ausencia. Esos pobres hombres embaucados, pero con sentimientos patrióticos y nobles por su esposa y sus hijos, sacrificaron todo con el *único* propósito de mantenerlos.[26]

Lo notable es que el tono del relato se parece más al de los documentos mexicanos. En ocasiones, durante el reclutamiento tanto de la primera como de la segunda oleada de voluntarios, los líderes de las comunidades ofrecieron apoyo a las familias que se quedaban solas, pero no existen pruebas de que la promesa se haya cumplido. Usualmente, los oficiales de los voluntarios eran de mayor edad y a menudo dejaban atrás a su esposa y sus hijos, pero también eran más ricos y, aunque la separación fue muy difícil para algunos, pocas veces mencionaron haber tenido dificultades económicas. Muchos oficiales del ejército regular estaban casados; para ellos, el servicio militar era una carrera y el hecho de posponer el matrimonio hasta después del servicio no tenía casi ningún sentido; no obstante, se les pagaba con regularidad lo suficiente como para mantener alimentadas a sus familias y parecen haber descubierto la manera de hacerles llegar esos fondos, pero aun así la separación era dolorosa. Por lo general, la economía de Estados Unidos, mucho más productiva, y las circunstancias particulares en las que sirvieron evitaron que los hombres del ejército estadounidense tuvieran que elegir entre esas dos obligaciones.

La vida bajo la ocupación de la ciudad de México era complicada y tensa para todos: los ricos seguían viviendo en el lujo; la clase media, que había dependido en gran medida del empleo del gobierno nacional, padecía económicamente, y los pobres estaban indignados y aprovechaban el cobijo de la noche para contraatacar a los estadounidenses.[27] El ayuntamiento de la ciudad estaba preocupado sobre todo por el orden: después de que la resistencia abierta llegó a su fin, le preocupaban los actos criminales de los pobres, de los soldados estadounidenses y de los contraguerrilleros empleados por éstos, por lo que rápidamente les pidió que permitieran que la policía local llevara a cabo la vigilancia, pero muchos de los jueces de paz de los barrios y de los capitanes de las manzanas —de quienes dependían las labores básicas de mantenimiento del orden— renunciaron porque tenían que trabajar más arduamente para mantener a flote a su familia; el hecho de que los estadounidenses estuvieran utilizando la cárcel principal para internar a los prisioneros de guerra también dificultaba los esfuerzos en contra de los delitos.[28] Con todo, lo principal era que los estadounidenses estaban actuando como conquistadores: robaban en las casas, les quitaban su mercancía a los vendedores callejeros de comida y se rehusaban a pagar por ella, obligaban a los propietarios de las tabernas a mantenerlas abiertas fuera del horario permitido, abusaban de los serenos y de los recogedores de la basura de los que el ayuntamiento dependía para mantener limpia la ciudad y con frecuencia provocaban re-

yertas con los mexicanos en las calles; muchos mexicanos creían que los estadounidenses mataban a sus compatriotas de manera arbitraria por el simple hecho de caminar cerca de los edificios utilizados para acuartelar a las tropas invasoras.[29] No es necesario basarse en las fuentes mexicanas para afirmar todo lo anterior: los estadounidenses también dejaron constancia de que sus tropas cometieron robos y asesinatos.[30]

Los habitantes de la ciudad simplemente no aceptaron la ocupación. Como lo expresó el soldado raso C. M. Reeves: "El pueblo mexicano no tenía inclinación a la paz." A lo largo de todo el otoño, las calles de la ciudad todavía eran una zona de guerra, en especial por la noche: los estadounidenses que vagabundeaban solos o en pequeños grupos eran apuñalados, envenenados o golpeados hasta la muerte; no obstante, no toda la violencia era subrepticia: en las tabernas y en las calles, los mexicanos pobres estaban más que dispuestos a reñir de forma abierta con los estadounidenses y en ocasiones los apedreaban; aquéllos respondían golpeando o azotando a los mexicanos que podían atrapar. Juan de la Granja describió con sarcasmo la "gran bienvenida" con que la plebe de la ciudad estaba desangrando al ejército estadounidense, razón por la que el general Winfield Scott ordenó a sus soldados que se mantuvieran unidos y portaran sus armas y por la que algunos de ellos fingían estar ebrios para atrapar a los posibles asaltantes o simplemente atacaban a las personas de quienes sospechaban que estaban tramando actos violentos. Daniel Harvey Hill informó que, durante los primeros dos meses de la ocupación, casi 200 soldados estadounidenses habían caído muertos. Aunque durante la mayor parte de la guerra los soldados del ejército regular en general supieron llevarse bien con la población civil mexicana, también se encontraron batallando con los habitantes de la capital; por ejemplo, el soldado raso Frederick Zeh escribió:

> después de que ocupamos la ciudad de México, casi no pasó noche en la que cinco o seis soldados borrachos no cayeran víctimas de la traicionera sed de sangre de los mexicanos. Recurrían al veneno y la daga con igual éxito para disminuir las filas de su odiado enemigo; sin embargo, nuestros soldados sabían cómo cobrarse una venganza plena, porque organizaban incursiones nocturnas regulares contra las furtivas bandas de asesinos y, de esa manera, trataban de hacerlas inofensivas.

Quizá la dura disciplina del ejército regular estadounidense se relajó después de haber tomado la ciudad de México o la gente de la capital no es-

taba interesada en hacer la distinción entre los voluntarios y los soldados regulares; se rumoraba que, durante la ocupación, un mexicano mató al primer soldado que izó una bandera de Estados Unidos en el Palacio Nacional.[31]

El general Winfield Scott dio órdenes a sus soldados de que respetaran las ceremonias católicas, pero claramente eran unas órdenes que ninguno de los conquistadores de la ciudad de México estaba dispuesto a obedecer. Daniel Harvey Hill llamó a las tropas estadounidenses "sucios canallas" que entraban en las iglesias sin descubrirse la cabeza o sin mostrar ninguna otra señal de respeto. Los estadounidenses acuartelados en el convento de Santo Domingo interrumpieron la misa arrojando dentro de la iglesia unas balas de cañón que hicieron un ruido tremendo; Frederick Zeh creía que la religión inspiraba la ira que los mexicanos sentían en contra de los estadounidenses y, aunque era protestante, portaba un rosario en la ciudad de México porque "proporciona más protección real contra el asesinato que mi sable". Cuando los sacerdotes mexicanos ofrecían la comunión para reconfortar a los enfermos o los moribundos, llevaban las hostias en procesión ceremonial, y los transeúntes mostraban un profundo respeto por Jesucristo, quitándose el sombrero y prosternándose cuando pasaba la procesión. Al ayuntamiento de la ciudad le preocupaba que las faltas de respeto de los estadounidenses podrían llevar a combates abiertos entre ellos y los habitantes de la ciudad, pero, impotentes para influir en el comportamiento de los invasores, los concejales solamente sugirieron que el arzobispo ordenara a los sacerdotes llevar las hostias de manera subrepticia; el arzobispo estuvo de acuerdo con que los sacerdotes las llevaran ocultas entre sus ropas.[32] La modificación de las prácticas religiosas en público, que eran una manifestación del respeto colectivo a Dios, fue otra de las amargas píldoras que los habitantes de la ciudad de México tuvieron que tragar.

Los comandantes estadounidenses y el ayuntamiento de la ciudad temían una resistencia en masa contra la ocupación: los invasores recordaban vívidamente los combates que habían ocurrido en la ciudad durante sus primeros días en ella y sabían que un nuevo levantamiento podría causar muchas bajas entre sus tropas,[33] mientras que el ayuntamiento sabía que muchos mexicanos también perderían la vida en un levantamiento y temían que, durante el desorden, tanto los soldados estadounidenses como los mexicanos pobres saquearan las casas de los ricos. En septiembre, octubre y noviembre, en diferentes ocasiones, el ayuntamiento discutió sobre los rumores de levantamientos inminentes, mien-

tras que los estadounidenses sospechaban que tanto los sacerdotes como los oficiales de la Guardia Nacional estaban preparando una nueva resistencia abierta y se preocuparon especialmente cuando, en los versos satíricos de unos carteles pegados de manera subrepticia en las calles, se sugirió que habría una violencia generalizada.[34] Es probable que lo más cerca que la ciudad estuvo de una nueva explosión social haya comenzado el 9 de noviembre: las leyes mexicanas prohibían el castigo corporal de los civiles, y muchos mexicanos, especialmente los pobres, consideraron la prohibición como un símbolo de su condición de ciudadanos. Ese día, los estadounidenses se disponían a azotar públicamente a un mexicano en la plaza central por haber intentado matar a un oficial, cuando la multitud reunida empezó a arrojar piedras contra los guardias estadounidenses, por lo que, pronto, la caballería del ejército invasor debió cargar contra la muchedumbre, golpeando a los mexicanos con la hoja de sus espadas y arrestando a los supuestos cabecillas: las relaciones entre los soldados estadounidenses y la población civil de la capital llegaron a su punto más bajo. El cabildo de la ciudad explicó inmediatamente a las autoridades estadounidenses que, si se intentaba azotar nuevamente a un mexicano, eso podría hacer estallar un levantamiento y les pidió que al menos no lo hicieran en público. John Quitman, el gobernador militar, respondió que, si los soldados de su propio ejército eran azotados por sus crímenes, era simplemente justo aplicar el mismo castigo a los criminales mexicanos y añadió que desplegaría suficientes soldados para reprimir cualquier posible intento de interrumpir el castigo: en la siguiente ocasión en que se impartieron azotes hubo 1 500 soldados estadounidenses como protección.[35] Durante muchos meses, la ciudad ocupada fue un polvorín, aunque al final ninguna chispa lo hizo estallar.

Los mexicanos más acaudalados no participaron en la violencia en contra de los invasores, pero sí les parecía que su presencia era extraña y mortificante: se burlaban de los soldados estadounidenses por no mantenerse limpios, se maravillaban por la diversidad de sus ritos funerarios —que variaban según la religión de los soldados— y les parecía que sus hábitos culinarios eran extraños. Pronto, los extranjeros empezaron a frecuentar incluso las distracciones más refinadas de los ricos, en especial el teatro, en el que se presentaban obras tanto en inglés como en español, pero los mexicanos acaudalados dejaron de asistir a él de inmediato, desanimados no sólo por la guerra sino también por los gritos escandalosos de los admirados estadounidenses que asistían a las funciones. Al principio, las mujeres mexicanas respetables evitaban los inten-

tos de los oficiales extranjeros de visitarlas, no sólo porque eran enemigos de la nación, sino también porque esos hombres eran protestantes y, por lo tanto, resultarían inaceptables para ellas como esposos; más adelante, no obstante, suavizaron su postura, en especial después de que empezaron las negociaciones de paz.[36]

Las transacciones económicas fueron muy importantes para la vida durante la ocupación, pues los estadounidenses tenían copiosas cantidades de algo que escaseaba en la tambaleante economía mexicana: dinero. La riqueza relativa del gobierno de Estados Unidos había permitido que el ejército lograra todo lo que logró durante la larga campaña; la paga que fluía de manera regular hasta los soldados destacados en México les permitía a éstos comprar muchas cosas: además de los boletos para el teatro, compraban libros, tabaco, ropa y, como se verá más adelante, compañía sexual; frecuentaban no sólo las tabernas, sino también los hoteles, los restaurantes y los cafés; empleaban costureras para hacerse ropa y, en general, reactivaron la economía urbana, que no había sido muy productiva antes de la guerra y que se había visto abatida por el bloqueo y los combates. Los mexicanos de todas las clases se familiarizaron pronto con todas las diversas denominaciones de las monedas venidas del norte, dado que, en ocasiones, los estadounidenses incluso daban pan a los pobres. Con amargura, Guillermo Prieto escribió: "El dinero y el maíz parece que son para estos caribes los medios de seducción de nuestra plebe, y que mucho consiguen"; sin embargo, incluso los ricos especularon con los numerosos artículos necesarios para esos miles de hombres y, a regañadientes o no, muchos habitantes aprovecharon esas nuevas oportunidades.[37] ¿Era eso la prueba de que no sentían lealtad a México o, simplemente, de que contar con un medio de vida para sí y para su familia era algo fundamental? Los individuos que se rehusaran a vender cosas a los estadounidenses no causarían un impacto importante en la capacidad de éstos para mantener la ocupación y, si algún grupo hubiera intentado un boicot organizado, habría perjudicado más a los habitantes de la capital que a la ocupación militar; después de todo, los estadounidenses ya habían dado abundantes muestras de su disposición a apoderarse de lo que no pudieran comprar.

Los límites de la lealtad al Estado nacional fueron mucho más explícitos en la política del gobierno de la ciudad durante la ocupación. Cuando los estadounidenses se acercaban a la capital, el ayuntamiento federalista moderado de la ciudad, encabezado por Manuel Reyes Veramendi, se había inquietado por las consecuencias de la guerra para todos sus ha-

bitantes. Durante los combates callejeros, los moderados pronto habían pasado a lo que para ellos era una postura política más natural: la idea de que necesitaban proteger a los habitantes más ricos y más respetables, no sólo de los estadounidenses, sino también de los pobres de la ciudad; no obstante, una vez que aquéllos se establecieron como ocupantes, el ayuntamiento de la ciudad se encontró con que no eran de trato muy fácil. A pesar de las garantías de que el alto mando estadounidense estaba tratando de poner orden entre sus tropas, éstas siguieron cometiendo abusos: ocupantes y residentes parecieron estar muy a menudo al borde de la guerra declarada. La situación no era muy cómoda para el cabildo de la ciudad y su cooperación a regañadientes con los estadounidenses se deterioró poco a poco: los partes de la policía municipal sobre los crímenes de los estadounidenses encontraron camino cada vez más hasta los periódicos y aquéllos se irritaron cada vez más en contra del ayuntamiento; este último también comprendió que su postura durante la resistencia había socavado sus posibilidades en las elecciones municipales programadas para diciembre de 1847. Al principio, parecía que los moderados locales serían salvados por el dominio de los moderados en el gobierno nacional, que había prohibido que hubiera elecciones en los territorios ocupados; sin embargo, los militares estadounidenses insistieron en que las hubiera. Los radicales procedieron a llevarlas a cabo y las ganaron a pesar de haber sido boicoteadas por los moderados. Persifor Smith, el gobernador militar, despidió al cabildo moderado de la ciudad antes de que terminara su periodo en el cargo, alegando que no estaba cooperando lo suficiente para encontrar cuarteles para las tropas invasoras.[38]

El resultado fue la instalación de un nuevo cabildo, encabezado por el radical Francisco Suárez Iriarte. A escala nacional, los radicales argumentaban en favor de continuar la guerra de manera indefinida, pero Suárez Iriarte y sus colegas trataron de suavizar las tensiones con los estadounidenses, arguyendo que su verdadero deber era proteger a la población civil. Los ocupantes hicieron concesiones, como dejar de sentenciar a los civiles mexicanos que iba a ser azotados, y a cambio el ayuntamiento ofreció entregar a los desertores estadounidenses a sus unidades; incluso convenció a Winfield Scott de que enviara a algunos oficiales de zapadores a realizar un reconocimiento topográfico de los lagos para mejorar el control de las inundaciones. Por lo demás, incluso mientras el cabildo de la ciudad trataba de suavizar las relaciones entre los ocupantes y la población, los concejales participaban en debates sobre el futuro de México: buscaban lograr que el gobierno de la capital fuera más autónomo del

gobierno federal, de tal manera que pudiera parecerse más a un estado conforme a la visión federalista; incluso algunos radicales de la ciudad de México conversaron informalmente con algunos oficiales estadounidenses sobre la posibilidad de establecer un protectorado de Estados Unidos en México. Esas conversaciones, en las que parece que Suárez Iriarte no participó, se convirtieron muy pronto en municiones en el amargo conflicto político entre moderados y radicales. Cuando estos últimos invitaron a Winfield Scott y a los oficiales que habían hecho el levantamiento topográfico de los lagos a un banquete de agradecimiento, sus críticos lo consideraron como una muestra de sumisión y afirmaron que los comensales en realidad habían brindado por la anexión de México a Estados Unidos. Lo irónico es que, aunque criticaban a los radicales por tratar de quedar bien con los estadounidenses, los moderados se las arreglaron para que estos últimos disolvieran el cabildo radical de la ciudad a cambio de acordar un armisticio oficial mientras el Tratado de Guadalupe Hidalgo era enviado a Estados Unidos para su ratificación. El ayuntamiento moderado de 1847 fue restablecido y también cooperó estrechamente con los estadounidenses durante los últimos meses de la ocupación. Más tarde, Suárez Iriarte fue acusado de traición, pero murió antes de que se llevara a cabo su juicio. En realidad, ambos partidos habían comprendido que un gobierno local responsable de una gran ciudad ocupada por una fuerza invasora debe cooperar, a pesar de que esto tuviera altos costos políticos.[39]

Las tensiones políticas entre los radicales y los moderados, así como el temor de estos últimos a las clases bajas, generaron una renovada ansiedad cuando las tropas estadounidenses se preparaban para salir de la ciudad de México una vez que se ratificó el tratado. En mayo de 1848 empezaron a esparcirse las noticias sobre las rebeliones de los indígenas campesinos en la Sierra Gorda, en Yucatán e incluso en el estado de México, cerca de la capital. Los mexicanos acaudalados nunca creyeron que las rebeliones de los campesinos estuvieran motivadas por el deseo de éstos de progresar, sino que eran "guerras de castas", intentos por exterminar a los mexicanos blancos y mestizos. El cabildo moderado de la ciudad de México se enteró de que los campesinos indígenas de las cercanías habían pedido al ejército estadounidense armas para apoyar una rebelión que, en palabras del concejal Juan Ycaza, "tiende al exterminio de las razas de la nación mexicana, que no sean de las aborígenes";[40] no obstante, el ayuntamiento temía sobre todo que los radicales, que desde hacía mucho tiempo se habían organizado en el plano electoral entre los po-

bres de la ciudad y habían ayudado dirigir la resistencia de septiembre de 1847, aprovecharan la salida del ejército invasor. Circulaban rumores en el sentido de que los radicales planeaban un levantamiento generalizado para hacerse con el dominio de la ciudad en cuanto los estadounidenses la abandonaran. Los concejales, que combinaban su desprecio por los individuos de clase baja que eran partidarios de los radicales con su creencia visceral de que el crimen y el malestar social estaban vinculados, temían que los pobres recibieran la ayuda de los criminales liberados de la cárcel y que, juntos, usaran las armas que habían sido ocultadas en la ciudad después de la retirada del ejército mexicano, por lo que el gobierno de la ciudad reclutó nuevas unidades de hombres armados bajo su mando, nombró capitanes de manzana para espiar a sus posibles opositores y pidió a los estadounidenses que les advirtieran con suficiente anticipación de su partida. Asimismo, prohibió la venta de bebidas alcohólicas durante el día de la partida de los estadounidenses. La ansiedad llegó a tal grado que el cabildo consideró pedir a los ocupantes que se marcharan de la ciudad sin llevar a cabo la ceremonia en la que se arriaría su bandera y en su lugar se izaría la mexicana, temiendo que ese acto podría ser usado como una señal para dar inicio a la violencia.[41]

Al final, se impusieron los hombres de mente más serena: unos pelotones simbólicos de los dos ejércitos se hicieron un saludo mutuo y el gobierno oficial de la ciudad fue entregado a los mexicanos. No obstante, en los momentos previos a la ceremonia, aún no estaba claro si todos los soldados estadounidenses saldrían realmente de la ciudad; todavía había muchos desertores en ella, pero el cabildo se rehusó sin rodeos cuando se le pidió que hiciera saber a la población civil que los estadounidenses pagarían una buena suma —30 dólares— a cualquier mexicano que les entregara a un desertor.[42] ¿Qué había tras ese rechazo repentino apenas dos días antes de que se arriara la bandera de Estados Unidos? En realidad, el ayuntamiento de la ciudad se sentía un poco ofendido por los comandantes del ejército invasor: los dirigentes de ambos bandos habían discutido la posibilidad de que algunos estadounidenses permanecieran en la ciudad como empleados del gobierno mexicano para ayudar a mantener el orden, lo cual es otra prueba más de que los moderados desconfiaban de las masas. El principal estadounidense que abogó por esa idea fue John Peoples, editor de un periódico en lengua inglesa que se publicó en la ciudad de México durante la ocupación: Peoples creía que se podría convencer hasta a 5 mil soldados de Estados Unidos de que se quedaran y discutió esa idea con José María Flores, gobernador del Distrito Federal,

a quien dijo que esas tropas estarían conformadas por irlandeses y alemanes, con lo cual implicaba que eran soldados regulares católicos. Finalmente, Flores obtuvo el permiso del gobierno mexicano para formar esa fuerza; sin embargo, los mexicanos la consideraron como una versión de los san patricios, con lo cual se seguía con la primera tradición moderna de los trabajadores que buscaban empleo en los ejércitos extranjeros. En un principio, el comandante William Butler se mostró de acuerdo con la idea y consideró que era un paso necesario, dado que podría dar de baja a tales hombres en México, en vez de aguardar a que volvieran a Estados Unidos. Sin embargo, ése fue el quid de la cuestión: Peoples había insinuado que estaba reclutando soldados regulares, pero éstos estaban obligados por contratos que duraban varios años y los soldados no podían ser dados de baja al término de la guerra, por lo que, en realidad, los hombres interesados en trabajar para el gobierno mexicano tendrían que ser voluntarios, como Daniel Runyon, del estado de Kentucky, quien escribió a su casa el día 20 de mayo para decir a su familia que se uniría a esa fuerza si se le ofrecía un grado de oficial. La carta debe de haber alarmado a los suyos, pero, por fortuna para él, Butler recibió órdenes de Washington en el sentido de que las bajas sólo se podrían autorizar una vez que las tropas estuvieran en Estados Unidos. Esas órdenes echaron por tierra el plan para la ciudad de México pero, sin dejarse intimidar, Peoples buscó formar una fuerza similar que ayudara a combatir la insurrección campesina en Yucatán. En efecto, algunos estadounidenses veteranos estaban dando vueltas a la idea de hacerse filibusteros, mercenarios que seguirían en busca del destino manifiesto sin la aprobación del gobierno de Estados Unidos. En el verano de 1848, varios cientos de soldados estadounidenses que fueron dados de baja en el estado de Alabama aceptaron ir a pelear a Yucatán por ocho dólares mensuales y una concesión de tierras; no obstante, no fueron rivales a la altura de los campesinos rebeldes y, evidentemente, los sobrevivientes se evaporaron.[43]

¿ENAMORADOS Y EN GUERRA??

La partida del ejército estadounidense del valle de México dejó un panorama asombroso que permitió ver las incómodas verdades sobre la guerra. Cuando su unidad partió, C. M. Reeves, un soldado raso del ejército regular estadounidense, escribió:

> muchas jóvenes y mujeres nos siguieron a cierta distancia. Habían venido acompañando a algunos de nuestros hombres, que en muchos casos les habían prometido que cuando el ejército se fuera ellos se quedarían [en México, con ellas]. Muchos de nuestros hombres se habían unido a algunas mexicanas, seguían con ellas y les habían prometido que se casarían con ellas. También había mujeres jóvenes que habían sentido apego por algún favorito entre los hombres; varias jóvenes muy bonitas que sin duda le habían echado el ojo a algún soldado guapo y habían esperado que se casara con ellas; ellas salieron a despedirnos. Sin duda había algunos corazones tristes entre esas doncellas, siguiendo a su gallardo soldado; y, cuando finalmente nos alejamos de las orillas de la ciudad, había muchos *ojos húmedos* entre esas pobres criaturas.

Reeves añadió que algunas de las mujeres siguieron la unidad hasta el puerto de Veracruz, con la esperanza de que su hombre pudiera desertar y quedarse, pero "la mayoría de *las confiadas muchachas* estaban condenadas a la decepción".[44] Otros relatos de los estadounidenses indican también que las mujeres que habían hecho planes duraderos con los soldados extranjeros lamentaron su partida y trataron de seguirlos y que parecen haber tenido lugar escenas similares en otros lugares donde los estadounidenses habían estado destacados por largo tiempo.[45]

Es grande la tentación de considerar esas historias como los adornos de unos soldados que fanfarroneaban sobre haber conquistado México en más de un sentido. Probablemente fueron ciertas algunas de esas historias, como la de Samuel Chamberlain, cuya picaresca crónica de la guerra incluye varias escenas de ese tipo.[46] Sin embargo, los mexicanos también creyeron que algunas de sus compatriotas habían establecido una relación duradera con los soldados estadounidenses; las llamaban "margaritas" y cantaban canciones satíricas sobre ellas.[47] En algunos comentarios retóricos de los invasores sobre la guerra, se afirmaba estridentemente que los estadounidenses muy varoniles les parecerían irresistibles a las mexicanas y que la anexión tendría lugar tanto en el plano personal como en el territorial. Al menos algunos esperaban que los soldados se casaran con alguna mexicana y, por lo tanto, los soldados escribieron en varias ocasiones sobre las mujeres a las que consideraban como una posible esposa;[48] creían que ellos les parecían muy atractivos a las mexicanas y estaban convencidos de que cualquier atención que ellas tuvieran con ellos era una prueba más de su atractivo marcial.[49] La interpretación de esos soldados no debe tomarse al pie de la letra: la mera curiosidad de las mujeres o, en ocasiones, incluso su lástima podía provocar que los esta-



FIGURA 9.1. Fandango en el norte de México. Dibujo de Samuel Chamberlain.

dounidenses pensaran en un posible romance. En ocasiones, sin duda alguna, las mexicanas —acostumbradas quizás al duro sino de los soldados de su país, que tenían que marchar con poca comida y agua— ayudaron a los soldados estadounidenses en circunstancias similares; lo notable es que, en cada caso, ayudaron a los soldados regulares, no a los odiados voluntarios.[50]

Algunas mexicanas también socializaron con ellos. Los mexicanos de las diversas clases sociales y de regiones distintas llevaban una animada vida social y tenían la tradición de la hospitalidad; los tesoneros habitantes del norte de México estaban dispuestos a viajar muchos kilómetros para asistir a los fandangos. Después de que llegaran los estadounidenses, también ellos empezaron a asistir a esas fiestas y, a pesar de la barrera del lenguaje y de la extraña apariencia de los recién llegados, a menudo fueron bien recibidos, siempre y cuando se comportaran de manera correcta. Estos hombres también provenían de una cultura en la que el baile social era común y se sentían muy felices de poder bailar con las mexicanas. Con frecuencia, la persona que organizaba el baile vendía co-

mida y bebida para financiar la fiesta y los estadounidenses comprendieron que se esperaba que compraran bebidas refrescantes para las mujeres con las que bailaban y también descubrieron que, en los lugares rurales del norte de México, la gente de todas las clases sociales asistía a los mismos bailes. Estos últimos eran comunes en las ciudades, aunque en ellos había una mayor segregación de las clases. Las familias urbanas ricas también tenían costumbres sociales que giraban en torno a hacerse visitas mutuas y a conversar. Al principio, las familias respetables no aceptaron a los estadounidenses en su mundo: antes de la caída de la ciudad de México, Juan de la Granja escribió a una amiga que se encontraba en una zona ocupada del valle de México que su familia nunca debería perder de vista el hecho de que "esa gente nueva" eran "los enemigos de la patria, digo esto, porque aquí se critica mucho que ya entran en casa de V. con mucha familiaridad, y son varias y distintas las personas que me han dicho que Petrita se va a casar con un oficial de ellos, con quien va a pasear de bracero". En ocasiones, después de que comenzaran las negociaciones de paz, algunos oficiales estadounidenses eran invitados a participar en ese tipo de círculo social; en la ciudad de México, una vez que la paz parecía avecinarse, los mexicanos también empezaron a asistir a las mismas obras de teatro, aunque los estadounidenses notaron que los mexicanos acaudalados estaban más dispuestos a socializar con ellos que los pobres.[51]

Además de participar en esas formas de vida social de los mexicanos, los soldados estadounidenses desarrollaron un tipo de vida social muy diferente, como lo hacen a menudo los hombres jóvenes y bien pagados que se encuentran lejos de su hogar, lo cual fue especialmente claro en la ciudad de México, donde muchos mexicanos se escandalizaron por el reprobable comportamiento en torno a un establecimiento conocido como Hotel Bella Unión. En ese establecimiento y otros parecidos, los estadounidenses podían socializar, apostar en los juegos de azar, consumir comida y bebidas, y pagar por compañía femenina, lo que a algunos otros de sus compatriotas les parecía una conducta infame, mientras que muchos otros disfrutaron de esos placeres, sin detallarlos en sus memorias.[52] Los mexicanos consideraban que el Hotel Bella Unión era un lugar vergonzoso donde el dinero inducía a las mujeres mexicanas que asistían a él a participar en orgías. En sus memorias, Guillermo Prieto reprodujo una carta de un amigo, al que no nombró, que escribió lo siguiente sobre el Bella Unión:

> Todo era en aquel salón chillante, intenso, febril. Sus vivísimos hombres desmelenados, con sus levitas y chalecos desabrochados, mujeres casi desnudas; todo lo que tiene de más repugnante la embriaguez, de más asqueroso la mujer desenvuelta, de más repelente el grito y la carcajada de orgía, se veía allí presentando un conjunto de degradación que habría podido servir para sonrojo del salvaje y de la bestia, y dejo a la sombra mucho de este cuadro, porque aunque ésta sea una carta íntima, así lo exige la decencia.[53]

El Bella Unión y el recurso de los estadounidenses a las prostitutas en otros lugares de México generaron una doble imagen de las mujeres en la mente de muchos mexicanos, en especial en los varones, quienes creían que las que tenían relaciones sexuales con los estadounidenses eran mujeres que se prostituían y se deshonraban por dinero, y algunos incluso cantaban canciones sarcásticas sobre la avaricia y la traición de esas damas.[54] No obstante, ciertos escritores mexicanos reconocieron que algunas mujeres tenían ese tipo de relaciones con los estadounidenses, no porque fueran prostitutas deshonrosas, sino porque necesitaban dinero para alimentar a sus hijos.[55]

Ahora bien, es probable que la inseguridad económica haya sido también un factor para las mujeres que tuvieron relaciones duraderas con soldados estadounidenses: la economía de México eran muy poco productiva y muchas familias luchaban por sobrevivir. Por lo general, la gente que no tenía una relación doméstica sabía que ganarse la vida era aún más difícil y, entre los habitantes de la ciudad de México, eran más las mujeres que los hombres que pensaban así, por lo que, sin duda alguna, los trastornos provocados por la guerra, con el reclutamiento militar forzado y la alta tasa de mortandad entre los varones, dejaron a muchas mujeres en una situación difícil. En esas circunstancias, las atenciones de carácter sexual de un soldado estadounidense gentil y amable podían ser toleradas e incluso bienvenidas;[56] ese tipo de seducción podía llevar a arreglos más duraderos en los que la mujer agradecía al hombre su apoyo económico, no solamente por medio de su compañía, sino también cocinándole y lavándole la ropa. Los arreglos duraderos se hicieron muy comunes y, en ocasiones, llevaron a un matrimonio formal,[57] aunque probablemente lo más común fue que llevaron al establecimiento de relaciones informales pero duraderas en las que los soldados estadounidenses y las mujeres de la clase baja formaron pareja. Después de todo, había una vieja tradición de ese tipo de arreglos entre las mujeres y los soldados mexicanos: convertirse en soldadera era una opción económica atracti-

va, porque probablemente los soldados tenían a su disposición alimentos e ingresos más abundantes y frecuentes que los que esas mujeres podían obtener por otros medios. Una versión extrema de ese tipo de arreglo parece haber tenido lugar después de la batalla de La Angostura, en el invierno de 1847: miles de soldaderas acompañaron al ejército de Antonio López de Santa Anna en su desgarradora marcha a través del desierto hasta el campo de batalla; cuando el ejército comenzó su retirada aún más desesperada a través del mismo desierto, dejó a muchos heridos en una hacienda. Al enterarse los estadounidenses de la difícil situación de esos hombres, enviaron carromatos llenos de provisiones escoltados por la caballería; se encontraron con más de 400 soldaderas que alimentaban a los hombres gravemente heridos, mientras un pequeño destacamento de soldados mexicanos medio muertos de hambre se esforzaba por enterrar a los que hubieran fallecido hacía poco: los estadounidenses trataron de atender a los heridos y distribuyeron comida entre las mujeres. Cuando se marcharon, muchas prefirieron irse con ellos, antes que hacer frente al viaje de regreso a San Luis Potosí, que probablemente les habría resultado fatal.[58] Aunque algunos mexicanos pudieron haber considerado las relaciones domésticas, románticas o simplemente sexuales entre las mexicanas y los estadounidenses como un deshonor o incluso como una traición, esas relaciones fueron en muchos casos, al menos en parte, una estrategia de supervivencia, como las mismas relaciones entre los soldados mexicanos y las soldaderas. El imperativo de la supervivencia no excluye los lazos del romance o del afecto entre los soldados de los dos ejércitos y sus compañeras temporales.

Durante la Revolución mexicana, que empezó en 1910, y después de ella, las soldaderas se convirtieron para muchos mexicanos en un icono casi nacional, un símbolo de la resistencia de las mujeres pobres y de su participación en los grandes acontecimientos de la historia; sin embargo, las soldaderas que establecieron relaciones con los hombres estadounidenses en el periodo de 1846 a 1848 no fueron consideradas en absoluto de la misma manera. Es posible que muchos de esos soldados hayan prometido matrimonio a esas mujeres: los mexicanos de clase baja solían iniciar una relación sexual o incluso la cohabitación antes de contar con los medios para casarse y las promesas hechas en esas situaciones eran tomadas con tanta seriedad que las mujeres engañadas podían demandar a los hombres y obtener una compensación.[59] No obstante, aunque los soldados estadounidenses hayan hecho esas promesas de buena fe, el ejército invasor no estaba dispuesto a autorizar su baja en México y no



FIGURA 9.2. Soldaderas transportando a unos soldados mexicanos heridos. Dibujo de Samuel Chamberlain.

hizo arreglos para que las mexicanas acompañaran a los soldados cuando éstos debieron regresar a Estados Unidos. En esencia, esas mujeres eran viudas, situación que se subrayó sarcástica y cruelmente en una canción en la que se las llamaba "viuditas" y se les amenazaba con violencia.[60] Tristemente, las amenazas no eran vanas, porque algunas mujeres que tuvieron relaciones con soldados estadounidenses fueron señaladas para recibir un castigo horroroso: les raparon la cabeza, las marcaron o les cortaron las orejas, una vejación física que deliberadamente se añadió a una vergüenza pública persistente: las muchedumbres las lapidaron o las azotaron, algunas fueron violadas y otras, asesinadas.[61] Se trató de una violencia de muchedumbres en la que las autoridades no participaron, pero ninguna hizo nada para ponerles un alto. Se trató de un alto grado de tolerancia a la violencia contra las mujeres consideradas deshonrosas, lo que, junto con la frustración acumulada por la guerra, parece haber tenido resultados que provocan un nudo en el estómago:[62] algunas de las mexicanas más indefensas se convirtieron en chivos expiatorios por el hecho de que México había perdido la guerra.

En junio de 1848, miles de estadounidenses empezaron a abandonar el territorio mexicano, hubieran dejado atrás o no a una mexicana. Sin duda alguna, habían causado muchas cicatrices en México, pero también sin duda su experiencia en el país había dejado cicatrices en muchos de ellos. Tanto los soldados regulares como los voluntarios regresaron en su mayoría por las rutas que antes habían usado los voluntarios, que volvieron a sus hogares después de un alistamiento más corto. En general, esas rutas llevaron a los hombres a Nueva Orleans, en donde pudieron abordar los buques que los llevaron a la costa este de Estados Unidos y los barcos de vapor para ir a los muchos lugares de la gran cuenca del río Misisipi. Durante esas jornadas, muchos reflexionaron sobre los amigos que habían dejado atrás, víctimas de la violencia y las enfermedades, y algunos incluso llevaron consigo los cuerpos embalsamados de sus amigos. No era poco común que una enfermedad contraída durante el servicio militar matara a los hombres de regreso a su hogar o incluso ya en su población de origen.[63] En las secuelas de la guerra, el sino de los soldados regulares y de los voluntarios fue muy distinto: los primeros habían firmado por un tiempo de servicio de cinco años, por lo que el alistamiento de pocos de esos soldados llegó a su término al final de la guerra; para ellos, la paz significó no la libertad, sino un nuevo destino en el ejército, con mucha frecuencia en algún puesto de frontera o un fuerte de la costa. El ejército estadounidense se deshizo pronto de sus unidades de voluntarios y

volvió a ser una fuerza de soldados de la clase trabajadora que no eran ciudadanos, comandados por oficiales profesionales de la clase media, y no volvería a expandirse sino hasta el cataclismo de la Guerra Civil, cuya demanda de hombres provocó inmediatamente que tanto el norte como el sur volvieran al modelo del servicio militar con soldados ciudadanos.

Ahora bien, en 1848, los soldados ciudadanos de los regimientos de voluntarios y cuasi voluntarios, comandados por hombres cuyo alistamiento también llegó a su término con la guerra, regresaron a sus hogares: muchos fueron dados de baja tan pronto como pisaron suelo estadounidense, usualmente en Nueva Orleans. No obstante, los regimientos viajaron juntos a su estado de origen, por lo que fueron aplaudidos por los habitantes de los pueblos ribereños por los que iban pasando y, después, festejados en toda forma en su lugar de origen. Con todo, antes de que eso ocurriera, la mayoría de ellos recibió lo que, a primera vista, parecía una pequeña fortuna: como ya antes se mencionó, en febrero de 1847, el Congreso decretó que cada alistado nuevo que hubiera completado 12 meses de servicio recibiría unas 65 hectáreas de tierras públicas en el oeste; en cierto sentido, se ofreció a esos hombres un trozo personal del destino manifiesto de Estados Unidos. Los veteranos de guerra recibieron certificados por esas tierras cuando fueron dados de baja en Nueva Orleans e inmediatamente fueron abordados por los especuladores, que afirmaban que la conversión de esos documentos en tierras verdaderas exigía contar con un conocimiento arcano y mucha influencia política. En palabras del soldado Isaac Smith, de Indiana:

> [los] especuladores eran elocuentes en su descripción de las grandes dificultades que implicaba el procurarse los títulos de las tierras, como si el proceso legal fuera excedido únicamente por los cálculos matemáticos del número de centímetros cuadrados de la superficie de la Luna o el peso agregado de los peces voladores del Golfo [de México]; pero esos tiburones de tierra eran tan *patrióticos* y tan *benevolentes* que, para lograr nuestra aceptación, nos pagaban 65 dólares por cada certificado de esas 65 hectáreas de tierra y por correr el riesgo de calcular las complejas cuestiones antes de que el mundo llegara a su fin.[64]

A algunos hombres les ofrecían mucho menos: 35 dólares por unos certificados que sus oficiales creían que valían hasta 200. El negocio procedió a un ritmo frenético a partir del momento en que los especuladores se enteraron de que la mayoría de los hombres a los que se les debían tie-

rras pasarían por Nueva Orleans y, de allí, se dirigirían a su región de origen a mediados de julio.[65] En la estridente economía de mercado de Estados Unidos, incluso un trozo, o quizás especialmente un trozo del destino manifiesto comprado con sangre sudor y lágrimas era tan sólo otra mercadería.

Conclusión

La guerra te romperá el corazón. El 7 de agosto de 1847, Francisco de Garay, comandante de las fuerzas militares mexicanas en una aislada región de México conocida como la Huasteca, escribió a sus superiores desde el pueblo de Huejutla para dar parte de la muerte de James Taneyhill, un teniente estadounidense que resultó gravemente herido y pasó las últimas semanas de su vida en calidad de prisionero de guerra. Los mexicanos hicieron lo que pudieron por él, pero una bala de mosquete le había hecho astillas un fémur y la herida era tan profunda que no pudieron evitar que se gangrenara: según parece, incluso antes de su muerte, el cuerpo de Taneyhill literalmente estaba pudriéndose, pues De Garay informó que el grado de descomposición era tan avanzado que no se permitió que el cadáver fuera sepultado en la iglesia del lugar, como era costumbre en México; por el contrario, fue enterrado fuera del pueblo, seguido por un cortejo fúnebre del que formaron parte todos los oficiales mexicanos presentes en el pueblo y sus autoridades civiles y religiosas, así como la mayoría de los ciudadanos prominentes y una guardia de honor de 20 soldados. Muy probablemente, Taneyhill y los mexicanos sabían que la herida era mortal aun antes de ser llevado a Huejutla. Sus camaradas estadounidenses, que lo abandonaron durante una retirada, creyeron que sólo resistiría unas cuantas horas; no obstante, sobrevivió tres semanas más y el propio De Garay pasó un tiempo considerable al lado del hombre agonizante. Más tarde contó que Taneyhill le pidió que lo bautizaran antes de morir y que, a solicitud del moribundo, él fungió como su padrino de bautismo. Muy claramente, los dos oficiales, uno estadounidense y el otro mexicano, habían establecido un vínculo emocional importante; quizá se comunicaban en español, porque Taneyhill ya había pasado más de un año en México, primero en servicio con un regimiento de voluntarios del estado de Maryland y después con uno de los nuevos regimientos de soldados regulares temporales formados más tarde durante la guerra.[1]

La muerte de Taneyhill careció de sentido de un modo inusual, porque la batalla en la que cayó herido había tenido su origen en varios malentendidos: 180 prisioneros de guerra estadounidenses habían sido llevados a Huejutla para facilitar un posible intercambio de prisioneros; du-

rante varios meses en custodia de los mexicanos, esos hombres habían marchado desde el desierto cercano a Saltillo hasta el sur de la ciudad de México y, después, hacia el pueblo de Huejutla, que tal vez fue seleccionado como lugar para aguardar el intercambio porque, aunque estaba cerca de la guarnición estadounidense en Tampico, había pocos combates en las cercanías. Los invasores no se habían movido de Tampico durante meses y los mexicanos habían hecho poco para hostigarlos, porque ambos lados estaban dedicando todos sus esfuerzos a las batallas en el centro de México. Por desgracia, el presupuesto del ayuntamiento de Huejutla era muy exiguo y la alimentación de los prisioneros era miserable. William Gates, el comandante estadounidense en Tampico, se enteró de la difícil situación de esos hombres y erróneamente creyó que las autoridades de ambos países presentes en el centro de México ya habían acordado el intercambio, por lo que escribió a De Garay, pidiéndole que se liberara a los prisioneros. De Garay le respondió que, hasta donde sabía, todavía no se había llegado a un acuerdo, pero que se informaría con sus superiores. El gobierno mexicano confirmó que todavía no había acuerdo, pero, para entonces, los estadounidenses, creyendo que De Garay simplemente estaba haciendo tiempo, ya se dirigían a Huejutla: unos 120 hombres con un pequeño cañón habían partido de Tampico, resueltos a recuperar a los prisioneros por la fuerza. De Garay pronto reunió todas las fuerzas militares que pudo en ese tranquilo y accidentado rincón de México, una fuerza consistente en alrededor de 180 hombres, la mayoría de ellos miembros de la Guardia Nacional, casi sin adiestramiento, de las zonas cercanas; el 12 de julio, emboscaron a la fuerza estadounidense cuando ésta cruzaba un río cercano a Huejutla, haciéndola retroceder, presa del pánico. Un mexicano resultó herido y, de los estadounidenses, 11 cayeron muertos, 5 resultaron heridos y 15 más fueron capturados. Incapaces de llevarlo consigo, los compañeros de Taneyhill lo abandonaron ahí. Esa huida fue descrita al público estadounidense como una valiente retirada a pesar de las terribles probabilidades en contra y, como solía hacerse, exagerando el número de mexicanos a los que tuvieron que enfrentarse, pero sin duda alguna fue uno de los combates menos exitosos que los invasores llevaron a cabo durante la guerra. Los prisioneros de Huejutla nunca fueron intercambiados pero, unas semanas más tarde, los mexicanos los liberaron una vez que los prisioneros prometieron ya no participar en la guerra: probablemente la promesa les pareció fácil a los prisioneros, dado que eran voluntarios cuyo servicio de un año ya había expirado, algo que los mexicanos pudieron haber entendido, o no.[2] En re-

sumen, James Taneyhill fue mortalmente herido cuando sus camaradas trataban de rescatar a unos prisioneros de guerra que los mexicanos estaban ansiosos por poner en libertad.

La guerra de 1846 a 1848 causó miles de muertes, tantas que las vidas de esas personas y la manera en que terminaron se desvanece en una adormecedora letanía de números. Muy raramente, los documentos disponibles ofrecen los detalles sobre la muerte de un individuo como lo hacen los documentos encontrados sobre la de Taneyhill y aún más raros son los casos en que tanto los estadounidenses como los mexicanos hicieron comentarios sobre la muerte de un mismo individuo. Cuando se hace el examen de las guerras, con frecuencia se piensa en las causas que las provocaron; en las razones de las personas para estar dispuestas a matar, o morir, y a hacer otros sacrificios; en los éxitos y los fracasos de los dirigentes militares y, de manera más general, en las razones por las que un lado gana y el otro pierde. Todos ésos son interrogantes vitales, pero ninguno debe ocultar la tragedia de la guerra: con frecuencia, ésta es mortal para los soldados, para quienes el mero hecho de ir a la guerra no significa —en palabras de Carlos María de Bustamante— "ir a un baile, ni a un banquete, es ir a buscar una muerte segura y rifar la vida".[3] Por supuesto, la tragedia parece haber sido más grande para México: murieron más mexicanos que estadounidenses, incluso si sólo se toma en cuenta a los soldados, pero la proporción es mucho más desequilibrada si se incluye a la población civil, como las personas que cayeron víctimas de los voluntarios que vengaban los ataques de los guerrilleros o de los artilleros que bombardearon el puerto de Veracruz para que el ejército de Winfield Scott escapara de los territorios de la fiebre amarilla antes de la temporada de la temida enfermedad asesina. Las muertes de los civiles, cuyos números son inasibles de por sí, pueden extenderse fácilmente para abarcar a los mexicanos pobres —las mujeres, los niños y los ancianos— que cruzaron la línea entre la pobreza extrema y la desnutrición mortal cuando el gobierno mexicano reclutó a los hombres cuyo trabajo sostenía a las familias. Algunos podrían añadir que morir por una causa perdida es más trágico que hacerlo por una causa victoriosa y, en el caso de México, sin duda alguna se trató de una causa perdida.

LA GUERRA Y LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA

De acuerdo con lo ya analizado, los historiadores argumentan con frecuencia que México perdió la guerra porque todavía no era una nación; según ese punto de vista, el país estaba demasiado dividido y la mayoría de sus habitantes no se consideraban a sí mismo mexicanos. Esos historiadores sostienen que la mayoría de los habitantes no creía tener características importantes en común con otros mexicanos que llevaban una vida diferente lejos y no estaban dispuestos a comprometer sus recursos o a dar su sangre para combatir por un gobierno que, en el mejor de los casos, les resultaba ajeno y frecuentemente obraba en contra de los intereses de los habitantes del país. Con mucha frecuencia, las afirmaciones hechas en ese sentido son muy severas y algunas investigaciones sobre la historia durante los últimos 50 años las hicieron muy populares. Cuando los historiadores han hurgado en las muy diversas regiones de México y en la clase de vida de la gente que las habitaba, se han mostrado más inclinados a hacer hincapié en las diferencias que en el compromiso con cualquier valor común. El gobierno nacional hizo poco por los pobladores de esas lejanas regiones, así que, ¿por qué unirse para defenderlo? Lo mismo ha ocurrido cuando los historiadores han puesto más atención en los habitantes comunes del país: las personas más pobres del campo, de los pueblos y de las ciudades. El hecho de entender en qué grado muchos fueran explotados y de que los ricos despreciaran a los menos afortunados nos ha hecho creer a menudo que los pobres tenían poco que perder en ese sistema, lo cual ha sido doblemente cierto en el caso de los pobladores indígenas, que en su gran mayoría ni siquiera hablaban español. Así, muchos excelentes historiadores han escrito que la mayoría de los mexicanos tenía poco sentido de identidad nacional y que ése fue el factor más importante de la derrota del país.[4]

Muchas personas que vivieron durante la guerra, de uno y otro bandos, hicieron afirmaciones similares. A los soldados estadounidenses les encantaba comparar su patriotismo con el de los mexicanos, y no se trataba precisamente de unos observadores imparciales; algunos se mostraron comprensivos, pues sostenían que los mexicanos carecían de patriotismo porque, para ellos, su gobierno sólo era fuente de opresión. El voluntario Franklin Smith, por ejemplo, escribió que mucha gente no sentía "patriotismo o amor por su gobierno. ¿Por qué habrían de combatir por un gobierno al que solamente habían conocido por su opresión?"[5]

En sus afirmaciones, los mexicanos de la época también se lamentaron de la falta de compromiso de sus compatriotas con la nación. La débil economía y la inestabilidad política de México hicieron que muchos de sus políticos e intelectuales fueran pesimistas respecto del éxito del Estado nacional y de las perspectivas futuras del país, y la guerra generó muchas declaraciones en las que se condenaban las divisiones políticas de México o la falta de apego que uno u otro grupo tenía por la "patria". Con frecuencia, esas acusaciones iban dirigidas contra los enemigos políticos; otras veces, señalaron específicamente a algún grupo social. Del que más a menudo se afirmaba que tenía poco interés por la política nacional o por la guerra fue el campesinado indígena; algunos se tomaron incluso muy en serio los rumores no fundamentados de que los indígenas rebeldes habían recurrido a los estadounidenses en busca de apoyo.[6] La afirmación más famosa en que se culpaba de la derrota de México a la falta de nacionalismo apareció en un panfleto anónimo, del que se ha supuesto con frecuencia que fue escrito por Mariano Otero. En ese panfleto, se afirma sin rodeos que "en México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay nación".[7]

Ahora bien, es difícil encontrar pruebas sólidas de que el compromiso mexicano con la defensa ante Estados Unidos haya sido débil, a pesar incluso de que tanto los mexicanos como los estadounidenses las han buscado con mucho ahínco. Como se indicó en el capítulo 4, algunos mexicanos criticaron a los habitantes de Puebla, una de las ciudades más grandes del país, por dejar que fuera ocupada sin combatir, después de la desastrosa derrota mexicana en la batalla de Cerro Gordo; no obstante, la falta de resistencia de los poblanos no necesariamente refleja los deseos del grueso de sus habitantes: la mayoría de las armas de fuego del gobierno del estado se había perdido en la batalla de Cerro Gordo, donde las tropas de la Guardia Nacional de Puebla habían combatido ferozmente hasta que quedaron rodeadas sin comida ni agua; los preparativos mismos para la batalla habían vaciado las arcas estatales. En esas circunstancias, el ayuntamiento de la ciudad aceptó la ocupación de los estadounidenses para evitar que sus tropas saquearan la población, aunque parece que la mayoría de los poblanos pobres se opusieron a esa decisión. Los soldados que por la noche recorrían las calles de la Puebla ocupada fueron atacados con frecuencia y, unos meses más tarde, cuando los militares mexicanos trataron de recapturar la ciudad, muchos poblanos contribuyeron con intensidad para expulsar a los invasores.[8] La reputación de deslealtad de la ciudad de Puebla se debió sin duda en parte a un

pequeño grupo de poblanos que a muchos mexicanos les parecían particularmente repugnantes: varias decenas de hombres contratados por los estadounidenses para recabar información, cazar a los guerrilleros y llevar mensajes por el territorio infestado de rebeldes. La mayoría de estos contraguerrilleros fue contratada directamente en la cárcel de Puebla y sirvió al ejército invasor hasta su partida, aproximadamente un año más tarde,[9] porque estaban más que dispuestos a saquear las aldeas y los pueblos mexicanos junto con las fuerzas estadounidenses que combatían a los guerrilleros. Por supuesto, los mexicanos despreciaban a esos hombres extremadamente bien pagados; el capitán mexicano Rafael Bernardo de la Colina los llamó "infames poblanos que, olvidando lo que deben a su patria, se han degrado hasta el extremo de servir a los enemigos de su nación"[10] y las fuerzas extranjeras también los despreciaban por ser ladrones mercenarios. Lo irónico es que el desprecio de los estadounidenses por estos ayudantes fue utilizado en ocasiones para reafirmar su desprecio por los mexicanos en general: Albert Brackett, que actuó muy de cerca con los auxiliares, dijo que todos ellos eran criminales y que "no se habría podido reunir un peor grupo de hombres"; más adelante, añadió que "la traición de los mexicanos es proverbial y esos contraguerrilleros eran la personificación absoluta de ella".[11]

Los estadounidenses despreciaban la deslealtad de estos mexicanos que les prestaron servicios, pero apreciaban mucho a los mexicanos que, de alguna manera, los hicieron sentirse bienvenidos en México; en efecto, algunos locales se mostraron dispuestos a conversar con los extranjeros o a ayudar a los que se encontraban en dificultades: los soldados estadounidenses se sorprendieron al enterarse de que algunos habitantes de Parras, en el estado de Coahuila, habían estudiado en Bardstown, en el estado de Kentucky, el centro del catolicismo en lo que entonces era el oeste de Estados Unidos; y, cuando esos habitantes se mostraron amigables con ellos, los estadounidenses interpretaron su comportamiento como que aprobaban la invasión.[12] La tendencia de los estadounidenses a considerar toda muestra de simpatía como una aprobación de la cultura de Estados Unidos o incluso de sus ambiciones territoriales parece haber sido una ilusión: los mexicanos se compadecieron frecuentemente de los prisioneros de guerra, tal vez porque, en su calidad de extranjeros en un país extraño, no podían recurrir a su familia ni a sus amigos, de quienes, en México, solía esperarse que llevaran comida a los prisioneros. Algunos mexicanos eran amigables con las tropas de ocupación debido a la curiosidad, pero eso ocurría sólo cuando la resistencia armada era impo-

sible. Muchos mexicanos vendían comida, bebidas, transporte o incluso recuerdos a los invasores, y tanto los de un bando como los del otro interpretaron en ocasiones que la disposición a hacer negocios con los estadounidenses era prueba de la falta de patriotismo. Por ejemplo, el soldado raso C. M. Reeves afirmó sobre los mexicanos que transportaban provisiones para los estadounidenses que su "amor por el dinero supera su patriotismo", mientras que el coronel José Antonio del Castillo se quejó de que algunos campesinos de San Luis Potosí no se presentaban al servicio en la Guardia Nacional "porque están más interesados en comerciar con ellos [los estadounidenses], que en defender la independencia de su patria".[13] Ahora bien, la idea de que los que vendían mercancías al ejército extranjero eran desleales parece simplista: habría sido difícil no venderles lo que deseaban, porque en ocasiones los estadounidenses tomaban lo que querían por la fuerza y después pagaban por ello. S. Compton Smith explicó que, en un pueblo del norte de México, cuando se les dijo a los soldados que no había comida disponible para su venta, amagaron con ahorcar a un dirigente local hasta que éste aceptó convencer a los habitantes de que les vendieran comida.[14] En la mayoría de los casos, no obstante, la disposición de los mexicanos a vender mercancías es una prueba de la falta de opciones económicas, no de la falta de lealtad nacional. La debilidad general de la economía de México se sumó a los trastornos de la invasión para causar unas dificultades muy graves que los mexicanos sólo podían aliviar recurriendo al comercio que los invasores representaban. En realidad, éstos creían que algunas de las personas que iban a sus campamentos a venderles comida o leña estaban espiándolos al mismo tiempo, y la información generalmente precisa que las autoridades mexicanas tenían sobre el número de soldados enemigos y sus movimientos parece confirmar esas sospechas.

La opinión generalizada de que México perdió la guerra porque no era una nación y, por lo tanto, muchas personas no se mostraron dispuestas a defender el país no soporta un examen riguroso. La resistencia a la invasión fue feroz y sostenida: muchas personas de diferentes grupos sociales sacrificaron su riqueza y su vida por algo que llamaban México. José María Roa Bárcena, que era un joven en esos años y más tarde escribió una de las mejores historias sobre la guerra, puso de relieve la resistencia en su respuesta implícita a las pesimistas opiniones expresadas por muchísimos contemporáneos; asimismo, hizo notar que Mariano Otero demostró exactamente lo mismo cuando escribió que, en menos de un año, 40 mil mexicanos de todos los grupos sociales habían ido a los

campos de batalla y muchos habían muerto en ellos.[15] Cuando se examina con cuidado la historia social y cultural de la guerra junto con la estrategia, las armas y las tácticas decimonónicas que moldeaban el comportamiento de los soldados, es imposible sostener la idea de que haya sido una victoria fácil para los estadounidenses o de que muchos mexicanos no se les opusieron ferozmente. Una y otra vez, los mexicanos reaccionaron a las derrotas en el campo de batalla con esfuerzos renovados, hicieron todo lo posible para formar nuevos ejércitos y continuar combatiendo:[16] le negaron a James K. Polk la guerra corta que deseaba.

Sin duda alguna, muchos soldados del ejército regular mexicano eran conscriptos, pero la disciplina y la camaradería solían motivar a esos hombres a comportarse muy bien en el campo de batalla, de tal modo que se ganaron la admiración de sus adversarios. Miles de mexicanos tomaron las armas de manera voluntaria como miembros de la Guardia Nacional o de la guerrilla, y con frecuencia fueron combatientes muy comprometidos; muchos de los que no participaron realmente en las batallas renunciaron a su riqueza y su trabajo para oponerse a los estadounidenses. Como ya se ha visto, las mujeres de las clases media y alta llevaron a cabo colectas de fondos y confeccionaron ropa o vendas, mientras que miles de mujeres de la clase baja compartieron los peligros y la incomodidad de la vida del ejército como soldaderas o proveyeron de comida a las tropas de paso. Las familias de las clases alta y media donaron dinero y bienes; las familias pobres además proveyeron mano de obra para las necesidades militares, como transportar armas o construir fortificaciones. Las personas que hicieron todos esos sacrificios tuvieron una variedad de motivos: sin duda, algunas soldaderas se vieron obligadas por los lazos emocionales con los soldados o por su propia lucha por la supervivencia, motivos que no eran mutuamente excluyentes; en ocasiones, las familias sacrificaron su salud o su tiempo para ascender en su condición social o mantenerla en su comunidad, y una presión similar entre la gente de igual condición la alentó a prestar su servicio voluntario en la Guardia Nacional o a participar en las guerrillas; no obstante, los motivos más egoístas no excluyeron el patriotismo y, cuando describieron los sacrificios que hicieron esas personas, los funcionarios mexicanos con frecuencia señalaron que la gente decía que lo estaba haciendo por México.

Los archivos mexicanos contienen miles de documentos en los que la gente expresó su nacionalismo; quizás un ejemplo de la ciudad de Puebla sea adecuado, dado que muchas personas pusieron en tela de juicio el patriotismo de sus habitantes. En agosto de 1847, durante la ocupación de la

ciudad, los guerrilleros mexicanos atacaron a un grupo de estadounidenses que se había aventurado fuera de Puebla y después persiguieron hasta el centro de la ciudad a los soldados que buscaron ponerse a salvo. Cuando uno de los guerrilleros cayó de su montura y resultó gravemente herido, por lo que no pudo alcanzar al caballo para volverse a montar, muchos poblanos pobres se apresuraron a ayudarlo, lo llevaron hasta el animal y lo colocaron en la silla para que pudiera escapar. El comandante que dio parte del suceso añadió que el entusiasmo de la población para oponerse a los estadounidenses era mucho y que todo lo que se oía en las calles de la ciudad eran gritos de "¡Viva México!" y "¡Mueran los yanquis!"[17]

El argumento en el sentido de que México perdió la guerra porque no era realmente una nación es muy poderoso; sin embargo, se basa en una visión ingenua y poco realista de lo que era el nacionalismo. Con frecuencia, la gente supone que el nacionalismo es un valor abstracto, que en cierto modo es distinto de otras formas de identidad; algunos creen incluso que, cuando se formaron los Estados nacionales, dando forma al mundo en que ahora vivimos, el nacionalismo reemplazó las otras formas de identidad. Sin embargo, muchos historiadores y otros científicos sociales han llegado a comprender que, con frecuencia, las ideas de la gente de lo que era la nación y la razón de que la lealtad a ella fuera importante se basaban realmente en otras clases de identidad, algunas de ellas anteriores a la formación de los Estados nacionales. La nación siempre estuvo entretejida con otros valores importantes para la gente; además, no significaba lo mismo para todos: los individuos de grupos sociales, regiones, etnias e inclinaciones políticas diferentes trataron de emplear la idea relativamente nueva de que los gobiernos representaban a un grupo de personas de una sola nacionalidad para que su vida tuviera sentido y participara en la política; en cualquier momento dado, había muchas versiones diferentes de cada nación, como ocurrió en México.

Una manera de imaginar cómo entraron en juego las diferentes versiones del país durante la guerra consiste en tomar en consideración las acusaciones de deslealtad: los federalistas radicales acusaron de eso a los federalistas moderados, en especial durante la revuelta de los polkos, mientras que, durante la ocupación propiamente dicha, los moderados devolvieron el favor, al afirmar que los radicales deseaban un protectorado estadounidense. En ambos casos, las pruebas de un verdadero deseo de que el enemigo triunfara son débiles y las acusaciones muestran más que nada lo mucho que diferían las visiones que esos grupos políticos tenían del futuro que preferían para México; lo mismo se puede de-

cir de manera más general de las rencillas políticas durante la guerra. En 1845, Mariano Paredes y Arrillaga llevó su ejército al sur, hacia la capital del país, no al norte, para un posible enfrentamiento con Estados Unidos, porque se había convencido de que tenía que salvar a México mediante la protección del orden y la jerarquía tradicionales, en contra de la amenaza latente del igualitarismo y la revolución social que pesaba sobre el país. Cuando los radicales y los moderados reñían en la ciudad de México mientras Winfield Scott invadía Veracruz, entablaron una lucha sobre lo que México debía ser en el futuro, pero ninguno de los dos bandos quería realmente ayudar a Estados Unidos: todos los participantes en ese conflicto intestino creían en la importancia de su identidad como mexicanos y en la existencia de su Estado nacional.

Los mexicanos relativamente ricos y educados que tenían cargos políticos no fueron los únicos que trataron de hacer fructificar diferentes versiones de lo que México debía ser. Después de la guerra de Independencia, la idea de que México sí existía y de que debía ser el centro primordial de la lealtad política llegó a ser la característica más prominente de toda clase de conversaciones políticas: se hizo hincapié en la importancia de la nación no solamente en los medios impresos sino también en las ceremonias cívicas y en las justificaciones de las decisiones judiciales. Incluso los mexicanos pobres que vivían en las regiones relativamente aisladas quedaron expuestos a esas ideas y recurrieron a ellas durante los conflictos sociales; algunos buscaron aliados entre los políticos y trataron explícitamente de relacionar sus preocupaciones con la retórica de los diferentes grupos políticos; por lo tanto, al menos algunas de esas personas a las que temían muchos mexicanos de la élite y que no tenían intereses en la nación, o ni siquiera conocimiento de su existencia, realmente estaban dando forma a ciertas versiones de lo que significaba ser mexicano. En esos casos, los pobres hacían reflexiones como las que hacían los más ricos: reflexionaban sobre los valores que eran importantes para ellos, sobre cómo podrían defender justamente sus intereses materiales y sobre el hecho de que constituían una parte importante de la vaga colectividad conocida como México. En consecuencia, algunas personas del ámbito rural, de lugares como el actual estado de Guerrero y de Oaxaca y Veracruz, elaboraron su propia visión de lo que era México y de por qué valía la pena defenderlo, visiones que alentaron su participación en la guerra en contra de los estadounidenses.[18] Lo mismo se puede decir de los pobres de la capital que combatieron a los invasores en esos oscuros días de septiembre de 1847 o de los de la ciudad de Puebla que pusieron

de vuelta en su silla al guerrillero caído y herido, y gritaron "¡Viva México!" Esos compromisos con el nacionalismo no tenían nada de abstracto: defender la nación significaba defender la tierra que necesitaban para su subsistencia, proteger a sus seres queridos, el respeto de sí mismos, los sacrificios que sus antepasados habían hecho y su acceso a la vida eterna: en otras palabras, muchos valores superpuestos.[19]

LA IDENTIDAD NACIONAL ESTADOUNIDENSE

El argumento en el sentido de que México perdió la guerra porque no era una nación es, en realidad, un argumento comparativo: antes de que la rebelión de Texas intensificara las tensiones con Estados Unidos, muchos intelectuales mexicanos se habían sentido impresionados por la prosperidad de ese país, su crecimiento demográfico y su relativa estabilidad política, y algunos lo veían como un posible modelo para México; sin embargo, los mexicanos llegaron a verlo de una manera diferente cuando tuvieron conciencia de las ambiciones territoriales de los estadounidenses y de la opinión que éstos tenían de los mexicanos como raza inferior, pero muchos siguieron creyendo que Estados Unidos era un país más fuerte, si bien no más moral que el suyo: las críticas que hacían a su propio país fueron siempre comparativas, al menos de manera implícita.[20] Lo mismo se puede decir de los críticos estadounidenses de México, que típica y osadamente afirmaban la superioridad de todo lo de su país, incluido el patriotismo. Los estadounidenses que se unieron al ejército para combatir contra México tenían una fuerte inclinación a poner el énfasis en la unidad de sus compatriotas, como se puede ver en las palabras de Thomas Tennery, el voluntario del estado de Illinois que examinó algunos regimientos de diferentes estados que acampaban juntos: "Dejemos que los que son lo suficientemente vanos e ignorantes como para hablar de la desunión en Estados Unidos callen para siempre cuando piensen en los lazos de parentesco y los sentimientos que existen de Maine al río Bravo y de Florida a Oregón."[21] Pocos historiadores estadounidenses de nuestra propia época han dudado de que Estados Unidos era un país más unificado y de que sus habitantes estaban más comprometidos con su país que los mexicanos.[22]

¿Qué tan cierto fue eso? ¿Es posible hacer esa comparación de manera más cuidadosa y explícita? Un modo de abordar el problema es reflexionar sobre las dos principales guerras en que participó Estados Unidos, la

que precedió y la que siguió a la guerra contra México. En 1812, entró en guerra con el Imperio Británico, que tenía uno de los gobiernos más poderosos del mundo, pero estaba preocupado por su prolongada lucha con la Francia napoleónica. La decisión de entrar en guerra se justificó con base en las disputas sobre el transporte marítimo y la libertad de los navegantes, pero la fuerza que dio impulso al conflicto fue el deseo de conquistar Canadá para adquirir nuevos territorios y debilitar a las tribus de indios que se resistían al impulso colonizador.[23] Sin duda alguna, este último objetivo se logró: se puso fin casi por completo a la resistencia organizada a gran escala de las tribus de indios al este del río Misisipi, lo cual fue muy trascendente tanto para las tribus, que pronto serían desplazadas, como para la sociedad estadounidense;[24] sin embargo, el enfrentamiento militar con el Imperio Británico, que estaba distraído por su guerra contra el imperio europeo de Napoleón, fue una derrota para Estados Unidos en muchos sentidos. Sus fuerzas terrestres casi nunca pudieron pasar efectivamente a la ofensiva; los repetidos intentos de invadir Canadá fracasaron en forma lamentable e incluso un puñado de canadienses, británicos e indios expulsaron por un tiempo a los estadounidenses de algunas partes de las regiones del oeste medio. Muchos estados mantuvieron los hombres y el dinero que habían dedicado a la guerra cerca de su territorio para defender a sus propios habitantes de los ataques de los británicos o de los indios. A pesar de las victorias tácticas, la guerra en el mar también fue una derrota estratégica para Estados Unidos, porque la armada británica, más poderosa, logró estrangular el comercio de Estados Unidos. La guerra fue tan impopular en Nueva Inglaterra que provocó un movimiento abierto en favor de la secesión; quizás el punto más bajo se presentó cuando una pequeña fuerza de tropas británicas capturó y prendió fuego a la capital estadounidense. La batalla de Nueva Orleans, la mayor victoria estadounidense de la guerra, tuvo lugar después de que se firmara el tratado de paz y, por lo tanto, no afectó el contenido de éste: simplemente restableció el *statu quo* de 1812, sin hacer concesiones al comercio o a la libertad de los navegantes y dejó a Canadá en manos británicas.[25] Lo irónico fue que la propaganda que se hizo, casi en vano, para tratar de movilizar el apoyo durante la guerra y los esfuerzos posteriores, incluso más enérgicos, por hacer pasar la guerra como una victoria gloriosa dieron un enorme impulso al nacionalismo estadounidense;[26] no obstante, como argumentan los historiadores Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, la guerra de 1812 muestra que el Estado nacional y la unidad nacional eran débiles apenas unos 20 años después de

la independencia de Estados Unidos. La guerra de 1846 a 1848 tuvo lugar también unos 20 años después de la independencia de México; la historiadora Josefina Zoraida Vázquez señala que el desempeño militar de México en esa guerra no fue mucho peor que el de Estados Unidos en la guerra de 1812 a 1815.[27]

La segunda guerra que podría ayudar a pulir la comparación entre México y Estados Unidos es la Guerra Civil, que empezó en 1861: cuando se le relaciona con la guerra entre ambos países, suele centrarse la atención en la manera en que los enormes territorios de México obtenidos por medio del Tratado de Guadalupe Hidalgo lanzaron a Estados Unidos por la rápida senda de la Guerra Civil. Aunque la historia es compleja, las posibilidades que tantas tierras nuevas ofrecieron a la expansión de Estados Unidos y su economía ponen de manifiesto la existencia de las múltiples y mutuamente incompatibles versiones de la sociedad de ese país, algunas basadas en la mano de obra esclava y otras, en la mano de obra libre. Muchos norteños no estaban dispuestos a permitir que la esclavitud se expandiera en una gran parte de los nuevos territorios y ello provocó que los sureños temieran la eventual extinción de su sociedad, basada en la esclavitud. En consecuencia, las tensiones entre las facciones aumentaron prácticamente a partir del momento en que se firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo y la victoria de Estados Unidos sobre México llevó de manera directa a la Guerra Civil. Ulysses S. Grant, veterano de la guerra mexicano-estadounidense que creía que ese conflicto había sido injusto y también sabía algunas cosas sobre la Guerra Civil, estableció esa relación de manera contundente cuando escribió sobre la primera: "las naciones, como los individuos, son castigadas por sus transgresiones. Nosotros tuvimos nuestro castigo con la guerra más sanguinaria y costosa de los tiempos modernos."[28]

Ahora bien, existe otra manera de considerar la Guerra Civil en comparación con la guerra entre México y Estados Unidos, una manera que es más útil para los propósitos de este libro: la Guerra Civil ofrece pruebas abrumadoras de que Estados Unidos no era una nación consolidada en la que la mayoría de la gente creyera que lo que tenían en común con sus demás compatriotas tenía más peso que otros intereses, y pruebas aún más abrumadoras de que los estadounidenses no eran leales al gobierno nacional que supuestamente los representaba. La Academia de West Point fue probablemente la primera institución educativa de Estados Unidos que atrajo a los jóvenes de todas las regiones del país; una vez terminada su educación, los oficiales eran rotados de un destino a otro.

Muchos de esos hombres incluso sirvieron en la guerra contra México en el periodo de 1846 a 1848 y, muy probablemente, estaban más comprometidos con la idea de que Estados Unidos debía ser el centro de su lealtad que la mayoría de la gente, que tenía poco que ver con el gobierno nacional y vivía en redes muy intrincadas de identidades locales. No obstante, cuando el conflicto entre las facciones políticas hizo aproximarse la crisis después de las elecciones presidenciales de 1860, esos oficiales tuvieron que hacer frente a unas decisiones angustiosas: muchos de lo que provenían de los estados del sur renunciaron a su grado en el ejército estadounidense para combatir con los confederados, y los que no lo hicieron fueron condenados al ostracismo por su familia. Robert E. Lee, quien, como Grant, era un veterano de la guerra entre México y Estados Unidos, recibió la oferta de un grado de general en el ejército estadounidense, pero la rechazó y renunció a su grado de coronel; unos días después, al aceptar el mando de las tropas del estado de Virginia, escribió: "confiando en Dios todopoderoso, una conciencia aprobatoria, y en la ayuda de mis conciudadanos, me consagraré a la defensa y el servicio de mi estado nativo, en cuyo nombre únicamente he desenvainado siempre mi espada";[29] la identidad regional se impuso a todo. El espectro de tantos hombres que mostraron su talento entre 1846 y 1848 al tomar esa clase de decisiones parece ofuscar a veces a los historiadores estadounidenses de la guerra estudiada aquí: los editores del diario de Daniel Harvey Hill sobre la guerra contra México llaman a Hill "un estadounidense patriota hasta lo más profundo de su ser", aunque él, como su hermano Ambrose P. Hill, más famoso, se unió al ejército confederado;[30] desde que tuvo lugar la Guerra Civil, algunos han tratado de verla como si no hubiera cuestionado la idea de un país unificado en lo fundamental; sin embargo, el altísimo grado de muerte y destrucción que la caracterizó hace que ese argumento sea difícil de sostener: si en el Estados Unidos de hoy en día una guerra matara a la misma proporción de habitantes que murieron en la Guerra Civil, morirían más de siete millones de personas.[31] Además, la guerra no terminó porque los hombres que combatían hubieran comprendido de golpe que sus valores comunes eran superiores a sus diferencias: fue una guerra de desgaste, encarnizada y prolongada, que terminó cuando el sur simplemente ya no pudo seguir resistiendo.

Quizá las drásticas divisiones que llevaron a tantas muertes durante la Guerra Civil no reflejan con precisión cómo era Estados Unidos en 1846 y quizás el país que se enfrentó a México entonces era realmente estable y unido, desde el punto de vista político, y fuerte, desde el punto de

vista institucional, pero las pruebas documentales no apoyan tampoco esos puntos de vista. En 1846, aunque la cuestión de la esclavitud en Estados Unidos no había alcanzado el paroxismo que alcanzaría después de la guerra con México, las tensiones y las controversias estaban agitando el país: la revolución de los mercados había provocado el aumento de las divisiones de clase, el regionalismo era muy marcado, la inmigración había suscitado una intensa preferencia por los blancos nacidos en Estados Unidos, la intensidad y la diversidad religiosas iban en aumento, el traslado de los indios a las reservaciones era controvertido y los conflictos partidistas eran encarnizados.[32] En ocasiones, esos conflictos fueron resueltos por medio de las instituciones de una manera más o menos pacífica, pero la violencia era muy común en la vida cotidiana. Aunque los estadounidenses de la época solían creer que México era un lugar extremadamente violento donde la muerte ocurría de manera casual, habría sido mejor que se hubieran mirado al espejo: en Estados Unidos, como se comentó en la introducción, los individuos —incluidos los políticos prominentes— solían recurrir a la violencia para defender sus intereses y, especialmente, su condición social o su honor.[33] Por lo demás, el país estaba dividido por la violencia colectiva: eran comunes los ataques de las muchedumbres contra los grupos religiosos, como los mormones, los miembros de los partidos políticos de la oposición, los inmigrantes, los negros libres y los abolicionistas; algunos de los ataques más mortales eran los linchamientos que hacían los grupos parapoliciales: en muchos sentidos, la selección de las víctimas de linchamiento era un reflejo de las divisiones sociales. Todos esos actos de violencia colectiva eran justificados como un ejercicio de la democracia directa, pero también eran la prueba de que, simplemente, las instituciones gubernamentales no eran muy fuertes.[34]

Fue usual que los estadounidenses que participaron en la guerra en contra de México entre 1846 y 1848 tuvieran un fuerte apego a su lugar de origen y fueran muy conscientes de la manera en que los sistemas sociales, las costumbres e incluso las diferencias regionales los dividían de sus demás compatriotas en el mismo ejército. Las riñas entre los hombres de diferentes regiones eran comunes, como lo eran los comentarios sobre lo diferentes que eran las otras regiones.[35] La frágil unidad personificada por un Estado nacional que todavía era muy débil podría deshacerse y la política era un tenso acto de funambulismo sobre una cuerda colocada muy en lo alto; en 1861, la gente se enteró de que debajo de esa cuerda no había red de seguridad. Cuando mucho, el gobierno federal tenía una

presencia simbólica en la vida de la mayoría de la gente y los gobiernos estatales no eran mucho más fuertes;[36] en 1846, Estados Unidos no era un Estado nacional unificado: la guerra contra México enfrentó una feroz oposición desde el principio y, como ya se ha visto, el presidente James K. Polk tuvo que ocultar información de capital importancia y llevar a cabo unas intensas maniobras políticas para dar comienzo al conflicto armado. La oposición aumentó durante la guerra, pero Polk logró mantener unida su coalición política el tiempo justo para llevarla a su conclusión. Cuando se examina lo que Estados Unidos era en 1846 en comparación con México, parece justo decir que ambas naciones todavía se encontraban en proceso de constituirse.

Las guerras mismas influyen en la formación de las naciones. Los sacrificios que se pide hacer a los ciudadanos en tiempos de guerra necesitan una justificación; por lo tanto, los gobiernos, los intelectuales y los artistas se esfuerzan con gran intensidad por convencer al pueblo, no solamente de la justicia de su causa, sino también de la importancia de los valores fundamentales que lo unen; en esas campañas, se busca asimismo definir al enemigo de manera negativa, un proceso que es particularmente importante en las guerras que se combaten entre Estados nacionales, con gobiernos que, al menos en teoría, se supone que representan la voluntad, y el carácter, de grupos particulares de personas llamados naciones. Esa guerra no fue la primera guerra nacional ni para México ni para Estados Unidos: tanto la de Independencia como los intentos de España de reconquistar México en 1829 y la expedición francesa que trató de ocupar parte de su territorio en 1838 desencadenaron los esfuerzos por movilizar a los habitantes para que combatieran por su nuevo país mediante la definición de lo que significaba ser mexicano y el contraste de esos nuevos valores con los de un nefando enemigo extranjero.[37] En el caso de Estados Unidos, tuvieron lugar unos procesos similares durante la guerra de independencia y la guerra de 1812.[38] En los dos países, la guerra de 1846 a 1848 llevó finalmente a sendas guerras civiles, pero, en el corto plazo, estimuló el nacionalismo: un enorme flujo de discursos, artículos periodísticos, novelas y memorias alentaron a la población civil de Estados Unidos a participar de forma indirecta en esa guerra y a considerarse como estadounidenses.[39] La sociedad mexicana estaba menos alfabetizada, pero las ideas de un flujo similar de propaganda llegaron incluso a los analfabetas; en muchos sentidos, por lo demás, la experiencia real de la guerra fue mucho más intensa para la población civil de México, pues se combatió en su propio territorio, lo que la puso en contacto con

los soldados extranjeros, cuyo comportamiento ayudó en gran medida a los propagandistas mexicanos; además, la pobreza del gobierno lo forzó a recurrir a las contribuciones voluntarias de los habitantes, lo que les permitió experimentar de manera continua la vibrante relación con la guerra que algunos estadounidenses experimentaron sólo durante las despedidas de las unidades de voluntarios. En consecuencia, mientras que la guerra no le exigió mucho al ciudadano estadounidense promedio, la intensidad de la experiencia mexicana y los vehementes esfuerzos por inspirar la lealtad que estimuló ayudaron a muchos mexicanos a sentir un apego mucho más profundo a la idea de que eran, justamente, mexicanos. Ese proceso siguió adelante a todo lo largo de la guerra; a ese respecto, el voluntario Franklin Smith comentó en su diario: "cuanto más dure la guerra, tanto más nacional llegará a ser".[40]

POR QUÉ PERDIÓ MÉXICO

La idea de que México perdió la guerra primordialmente porque todavía no era una nación concuerda con los puntos de vista de mucha gente de la época, pero es menos que satisfactoria como explicación. Muchos mexicanos estuvieron dispuestos a hacer sacrificios por su país durante la guerra, y el Estado-nación estadounidense era difícilmente más unificado y estable que México, pero la guerra fomentó el nacionalismo en ambos países. A fin de cuentas, existen explicaciones de los resultados que, simplemente, son más satisfactorias. Una explicación que los contemporáneos en ambos lados de la frontera mencionaron a menudo se refiere a los conflictos políticos intestinos de México; es cierto que también hubo muchos conflictos en Estados Unidos, pero se mantuvieron confinados a los cauces institucionales y, lo que es más importante, sus efectos en el esfuerzo bélico se vieron reducidos al mínimo por la falta de disposición de los whigs a retirar su apoyo a los soldados estadounidenses que ya se encontraban en el campo de batalla.

Parece muy probable que la presencia constante de enfrentamientos políticos entre los mexicanos haya alentado las ambiciones de James K. Polk, porque hicieron parecer que México era aún más débil que lo que en verdad era. Las ásperas divisiones políticas provocaron que fuera mucho más difícil recaudar dinero para mantener los ejércitos de México, porque los diferentes planes para financiar la guerra encallaron varias veces en los arrecifes de la política partidista; por lo demás, muchos fun-

cionarios militares habían participado activamente en la política mexicana a través de repetidos golpes de Estado y revoluciones. El rol político de las fuerzas armadas fue crucial, porque México no había desarrollado una cultura política plural y, la mayor parte del tiempo, la política operaba en modo de crisis. Los políticos civiles buscaron el apoyo de los oficiales mexicanos y alentaron sus ambiciones y las cambiantes alianzas en el seno de los cuerpos de oficiales apoyaron diversas acciones políticas. Los oficiales también tenían diferentes ideologías: cuando llegó el momento de enfrentar a Estados Unidos, en ocasiones fue difícil para los generales con diferentes puntos de vista políticos cooperar entre sí, lo cual causó el desastre militar de la batalla de Padierna en agosto de 1847, cuando Gabriel Valencia se rehusó a seguir las órdenes de su enemigo político Antonio López de Santa Anna.[41] Sin embargo, las rivalidades políticas entre los oficiales no siempre fueron tan importantes; por ejemplo, antes de la guerra, Santa Anna también había tenido varios enfrentamientos con Juan Álvarez, pero durante el conflicto armado dejaron a un lado sus diferencias y cooperaron de manera estrecha.

Los desencuentros políticos en México fueron quizás más importantes cuando impidieron que el país aprovechara los dos momentos en los que el esfuerzo bélico estadounidense fue particularmente vulnerable: el primero se presentó a finales de 1845, después de que el presidente Polk diera inicio a su belicosidad y ordenara a Zachary Taylor llevar su ejército a Texas. Paredes creyó que Polk estaba tratando de engañar a los políticos mexicanos, por lo que quiso salvar a su país de un igualitarismo excesivo, apoderándose de la presidencia: tomó sus miles de tropas, que supuestamente debía llevar a una distancia de apoyo de la frontera mexicana, y marchó con ellas a la ciudad de México. Las tropas que Paredes comandaba podrían haber marcado la diferencia cuando Zachary Taylor llegó al río Bravo, evitando las primeras victorias estadounidenses en las batallas de Palo Alto y Resaca de Palma. El segundo momento en que los conflictos políticos de México impidieron que los mexicanos aprovecharan la vulnerabilidad de los estadounidenses se presentó en febrero y marzo de 1847: con el apoyo de la iglesia católica, los federalistas moderados trataron de derrocar a Valentín Gómez Farías del gobierno en la ciudad de México, para proteger el principio de que la riqueza de la iglesia no estaba sometida al control del gobierno y, al mismo tiempo, para evitar que los federalistas radicales, con su ideología igualitaria, siguieran dominando la política. Pocos mexicanos murieron debido a ese conflicto intestino, pero éste impidió el envío de refuerzos con el propósito de hacer frente al

ejército de Winfield Scott, que había invadido Veracruz: los refuerzos podrían haber hecho que Scott perdiera tiempo y debiera mantener su ejército en las tierras bajas durante la temporada de la fiebre amarilla, dificultando en gran medida la campaña que finalmente llevaría al triunfo de Estados Unidos en la guerra.[42]

Los contemporáneos a menudo atribuyeron las victorias estadounidenses al conocimiento y la habilidad superiores de sus oficiales, entre ellos los jóvenes oficiales educados en la Academia de West Point. El hecho de que muchos de éstos llegaron a obtener el grado de general tiempo después, durante la Guerra Civil, es una de las historias básicas de la historia militar tradicional estadounidense. Winfield Scott, un ávido estudiante de las tácticas napoleónicas que no se había educado en West Point, fue el general más eficiente en esa guerra y quizás uno de los generales estadounidenses más eficientes de cualesquier guerra; sin embargo, perdió el dominio de la muy cambiante situación que llevó a la batalla de Churubusco y ordenó un ataque innecesario y muy mal organizado en Molino del Rey, provocando un gran número de bajas en cada ocasión. Sin duda alguna, el cuerpo de oficiales mexicanos estaba más politizado, pero muchos de ellos estudiaron la ciencia militar de la época tan ávidamente como los oficiales enemigos. Como grupo, tal vez correspondían al promedio de los oficiales del mundo occidental del siglo XIX y por lo general tomaron decisiones tácticas razonables; en el peor de los casos, no cometieron errores tan garrafales e impresionantes como las tragicómicas metidas de pata que unos años más tarde llevaron a las tropas británicas a sufrir bajas espantosas en la famosa carga de la brigada ligera durante la guerra de Crimea.

Simplemente, la sagacidad militar promedio no era suficiente para permitir a los oficiales mexicanos ganar esa guerra, porque cada batalla y cada error táctico mexicanos se exacerbaron con el mayor problema que México enfrentó en ella: la disparidad entre los recursos que cada país pudo movilizar para financiarla fue enorme. El gobierno nacional de Estados Unidos era débil, pero se encontraba situado en la cima de una sociedad muy rica y los impuestos, que eran muy modestos, alcanzaron para sostener una armada suficientemente numerosa como para bloquear por completo los puertos mexicanos y un ejército bien equipado y con suficiente dinero en efectivo para alimentarse durante meses en territorio mexicano. Por otra parte, la economía mexicana era muy débil: los ingresos per cápita equivalían probablemente a un tercio de los de Estados Unidos y estaban muy concentrados: la mayor parte de los in-

gresos del gobierno nacional provenían del comercio exterior;[43] así, los ingresos no habían sido suficientes antes de la guerra y el bloqueo fue devastador. A todo lo largo de la guerra, como ya se ha visto, México pudo encontrar hombres que nutrieran las filas del ejército unidad tras unidad, pero cada una de éstas estaba mal equipada y, aún más importante, mal pagada y mal alimentada: esos hombres a los que no se podía dar de comer pudieron mantenerse en las filas durante algún tiempo debido a su patriotismo, su disciplina y el afecto por sus camaradas, pero finalmente tendieron a abandonar el ejército para ganarse el sustento. Esa historia se repitió una y otra vez durante toda la guerra y eso moldeó las decisiones tácticas y estratégicas de cada uno de los oficiales mexicanos. La desesperada necesidad de más recursos económicos se pone de manifiesto de manera incesante en los documentos de los archivos, desde los primeros esfuerzos por reunir a los hombres cerca de la frontera de Texas hasta los argumentos que expuso el gobierno para justificar la aceptación de los términos del Tratado de Guadalupe Hidalgo;[44] en resumen, México perdió la guerra porque era pobre, no porque no fuera una nación.

En el presente, la disparidad económica entre México y Estados Unidos sigue dominando la relación, uniéndolos y dividiéndolos al impulsar los flujos de capital, de productos y de personas a través de la frontera. Los menores salarios vigentes en México han alentado a muchas empresas a construir fábricas en el lado sur para alimentar el mercado del lado norte, y esos salarios también han facilitado la exportación de los productos agrícolas mexicanos. México es también un mercado de capital importancia para los granjeros y las empresas industriales estadounidenses: todos los días, una asombrosa cantidad de comercio tiene lugar entre los dos países por medio de miles de camiones, un comercio que, sin duda alguna, tiene sus críticos en ambos países, pero que los dos gobiernos han defendido tenazmente durante decenas de años. Las personas también cruzan la frontera: los turistas y los jubilados del norte se ven atraídos hacia el sur, no solamente por los encantos naturales y culturales del país, sino también porque los bajos salarios de México hacen que la vida sea muy asequible para ellos; esos mismos bajos salarios han impulsado a muchos mexicanos a buscar trabajo al norte de la frontera, por lo general en ocupaciones que muchos estadounidenses evitan debido a lo poco que se paga por realizarlas. Ahora bien, a pesar de todo ello, algunos políticos de Estados Unidos, la mayoría de los cuales acepta los argumentos de los economistas en el sentido de que su país se beneficia

gracias a los mexicanos que trabajan por unos salarios bajos al sur de la frontera, se rehúsan a aceptar el argumento de que Estados Unidos también se beneficia cuando los mexicanos trabajan al norte de la frontera; con mucha frecuencia, se sataniza a los mexicanos que desean trabajar en Estados Unidos como si fueran una fuerza invasora de gente extraña racial y culturalmente. Haciéndole el juego a ese aterrador modo de pensar, el gobierno estadounidense ha gastado enormes cantidades de dinero para fortificar y militarizar la frontera, tratando de manera ostensible de impedir el flujo de trabajadores mexicanos a Estados Unidos, un esfuerzo que ha disuadido a unos cuantos de cruzar la frontera, pero que, vaya ironía, ha aumentado el número de los que se establecen en Estados Unidos: los mexicanos que antes trabajaban en el norte y regresaban periódicamente a México para visitar a su cónyuge y sus hijos ya no pueden regresar con facilidad a Estados Unidos, por lo que la respuesta de muchos ha sido llevar a su familia a ese país para establecerse en él de manera permanente.[45]

La fortificación de la frontera ha obligado a muchos mexicanos, que simplemente desean trabajar en Estados Unidos, a alejarse de los cruces fronterizos oficiales —pavimentados, de múltiples carriles, usados por los camiones con remolque llenos de mercancías o por los turistas estadounidenses que buscan unas vacaciones asequibles— y a emprender peligrosas jornadas a pie a través del desierto, dependientes únicamente de la comida y el agua que puedan llevar consigo.[46] En las décadas recientes, miles de mexicanos de los dos sexos han enfrentado esas privaciones y muchos han muerto. Asombrosamente, su recorrido ha sido muy parecido al experimentado por los soldados mexicanos que fueron enviados a defender el norte de su país en la década de 1840, un recorrido marcado también por el hambre, la sed y la exposición a los elementos naturales. Cuando llegaron a su destino, esos soldados combatieron a menudo contra los inmigrantes irlandeses y alemanes del ejército regular, a los que muchos estadounidenses satanizaron por ser extranjeros e incluso por pertenecer a razas distintas, así como muchos contemporáneos en Estados Unidos satanizan hoy en día a los inmigrantes de México. Más tarde, a los soldados del ejército regular se unieron los voluntarios que aceptaron la premisa de la superioridad racial de los estadounidenses blancos e infligieron un gran daño a la población civil mexicana, a pesar incluso de que ellos mismos también sufrieron gravemente durante la guerra. Los inmigrantes mexicanos de nuestros días, como los soldados y los civiles mexicanos o los soldados inmigrantes del ejército regular y los volunta-

rios estadounidenses de la década de 1840, han sido víctimas de una política en la que el recurso —demagógico y nacionalista— al miedo y la solidaridad racial se siguen blandiendo como la última carta de triunfo. Las tragedias similares seguirán adelante hasta que todos insistamos en que lo que nos une es más importante que lo que nos divide y en que nuestra esperanza es más poderosa que nuestro miedo.

Abreviaturas

ADN	Archivo de Defensa Nacional, Ciudad de México, México
AGA	Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, España
AGEG	Archivo General del Estado de Guanajuato, Guanajuato, México
AGEO	Archivo General del Estado de Oaxaca, Oaxaca, México
AGN	Archivo General de la Nación, Ciudad de México, México
AHDF	Archivo Histórico del Distrito Federal, Ciudad de México, México
AHESLP	Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, San Luis Potosí, México
CHSL	Cincinnati Historical Society Library, Cincinnati (OH)
exp.	expediente
f., ff.	folio, folios
FHS	Filson Historical Society, Louisville (KY)
ISHS	Indiana State Historical Society, Indianápolis (IN)
leg.	legajo
LEPOSLP	*La Época. Periódico Oficial de San Luis Potosí*
NA	National Archives, Washington (DC)
RG	Record Group
SGG	Secretaría General del Gobierno
STJ	Supremo Tribunal de Justicia

Notas

Introducción

[1] Isaac Smith, *Reminiscences of a Campaign in Mexico: An Account of the Operations of the Indiana Brigade on the Line of the Rio Grande and Sierra Madre, and a Vindication of the Volunteers against the Aspirations of Officials and Unofficials,* 2a ed., Indianápolis, Chapman and Spann, 1848, p. 7. Con respecto a la frecuencia de esa lúgubre música, véase también Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent, Kent State University Press, 1991, pp. 89, 114; Henry S. Lane, "The Mexican War Journal of Henry S. Lane", Graham Barringer (ed.), *Indiana Magazine of History,* vol. 53, núm. 4 (diciembre de 1957), p. 400, y Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1995, p. 80.

[2] Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, p. 139; Daniel Walker Howe, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848,* Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 752; Irving Levinson, *Wars within War: Mexican Guerrillas, Domestic Elites and the United States of America, 1846-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 2005, pp. 123-124; Amy Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of Mexico,* Nueva York, Knopf, 2012, p. XVII.

[3] J. David Hacker, "A Census-Based Count of the Civil War Dead", *Civil War History,* vol. 57, núm. 4 (diciembre de 2011), p. 311.

[4] Fred Anderson y Andrew Cayton, *The Dominion of War: Empire and Liberty in North America, 1500-2000,* Nueva York, Penguin, 2004, pp. XIII-XXI.

[5] *Ibid.,* pp. X-XIII; Josefina Zoraida Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47,* México, SepSetentas, 1972, p. 10; Josefina Zoraida Vázquez, "¿Dos guerras contra Estados Unidos?", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *De la rebelión de Texas a la Guerra del 47,* México, Nueva Imagen, 1994, pp. 11-12; Michael Van Wagenen, *Remembering the Forgotten War: The Enduring Legacies of the U.S.-Mexican War,* Amherst, University of Massachusetts Press, 2012, pp. 5-6, 242-243; Greenberg, *Wicked War,* pp. 274, 278.

[6] Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos,* p. 10; Vázquez, "Dos guerras", pp. 11-12; Van Wagenen, *Remembering,* pp. 242-243.

[7] Robert Citino, "Military Histories Old and New: A Reintroduction", *American Historical Review,* vol. 112, núm. 4 (octubre de 2007), p. 1071; Maria Isabel Monroy, "San Luis Potosí 1836-1849", en Martha Rodríguez García (ed.), *Catálogo de fuentes documentales, hemerográficas y bibliográficas de la Guerra entre México y Estados Unidos 1845-48,* Brownsville, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos-National Park Service, Palo Alto Battlefield National Historic Site, 2002, p. 3.

[8] El estudio de las dificultades fiscales de México después de la Independencia fue iniciado en muchos sentidos por Barbara Tenenbaum; véase *The Politics of Penury:*

Debt and Taxes in Mexico, 1821-1856, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986. Se puede encontrar una perspectiva general más reciente en Carlos Marichal, "Una difícil transición fiscal: Del régimen colonial al México independiente, 1750-1860", en Carlos Marichal y Daniel Marino (eds.), *De colonia a nación. Impuestos y política en México, 1750-1860,* México, El Colegio de México, 2001, pp. 19-58. Acerca de los problemas fiscales de México en las décadas anteriores a la guerra, véase Jesús Hernández Jaimes, *La formación de la hacienda pública mexicana y las tensiones centro-periferia, 1821-1835,* México, El Colegio de México-Instituto Mora-UNAM, 2013, y Javier Torres Medina, *Centralismo y reorganización: La hacienda pública y la administración durante la primera república central de México, 1835-1842,* México, Instituto Mora, 2013. En lo concerniente a la deuda externa de México, véase Carlos Marichal, *A Century of Debt Crises in Latin America,* Princeton, Princeton University Press, 1989, pp. 61-64, y especialmente Richard Salvucci, *Politics, Markets, and Mexico's "London Debt", 1823-1887,* Nueva York, Cambridge University Press, 2009. A pesar de todos esos excelentes trabajos sobre las dificultades fiscales de México, pocos autores han puesto de relieve la manera como la reducida economía de México ayudó a impulsarlos; incluso con un sistema fiscal muy eficaz, el país habría tenido muchas dificultades para generar suficientes ingresos para gobernar un territorio tan vasto.

[9] En lo concerniente a la importancia de la comparación, véase la presentación de Alan Knight a Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, p. 13.

[10] Jutta Bolt y Jan Luiten Van Zanden, "The Maddison Project: Collaborative Research on Historical National Accounts", *Economic History Review,* vol. 67, núm. 3 (2014), pp. 627-651. Véase también John Coatsworth, "Obstacles to Economic Growth in Nineteenth-Century Mexico", *American Historical Review,* vol. 83, núm. 1 (febrero de 1978), pp. 81, y John Coatsworth, "Notes on the Comparative Economic History of Latin America and the United States", en W. L. Bernecker y H. W. Tobler (ed.), *Development and Underdevelopment in America: Contrasts of Economic Growth in North and Latin America in Historical Perspective,* Berlín, De Gruyter, 1993, p. 11.

[11] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 108-109.

[12] David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon, and the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 1973, p. 32; Timothy J. Henderson, *A Glorious Defeat: Mexico and Its War with the United States,* Nueva York, Hill and Wang, 2007, p. 11; Coatsworth, "Obstacles", p. 91; John Coatsworth, "Inequality, Institutions, and Economic Growth in Latin America", *Journal of Latin American Studies,* vol. 40, núm. 3 (agosto de 2008), p. 556; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 106-108.

[13] Coatsworth, "Obstacles", pp. 92-94; Coatsworth, "Notes", p. 18; Coatsworth, "Inequality", pp. 558-559.

[14] Coatsworth, "Notes", p. 20; Josefina Zoraida Vázquez, "La guerra que puso en peligro la unidad nacional", en *Simposium de Historia Regional. La Angostura en la Intervención Norteamericana, 1846-1848,* Saltillo, Secretaría de Educación Pública de Coahuila, 1998, pp. 10-11; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 87.

[15] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 106.

[16] *Ibid.*

[17] Henderson, *Glorious Defeat,* pp. 4-5; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 59-60, 108-109.

[18] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 61, 109.

[19] Reynaldo Sordo Cedeño, "El faccionalismo en la guerra con los Estados Unidos 1846-1848", en *Simposium,* pp. 23-24; Peter Guardino, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850,* Durham, Duke University Press, 2005, p. 277 [hay traducción al español: *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, 2009].

[20] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 57-58.

[21] Véase Knight, "Presentación", pp. 24-25.

[22] Harry Watson, *Liberty and Power: The Politics of Jacksonian America,* edición actualizada, Nueva York, Hill and Wang, 2006, p. 47.

[23] Michael Feldberg, *The Turbulent Era: Riot and Discord in Jacksonian America,* Nueva York, Oxford University Press, 1980, pp. 55-61.

[24] David Grimsted, *American Mobbing: Toward Civil War,* Nueva York, Oxford University Press, 1998; Feldberg, *Turbulent Era.*

[25] Grimsted, *American Mobbing,* p. VIII.

[26] Feldberg, *Turbulent Era,* pp. 90-91, 96-97, cita de la página 7.

[27] Abraham Lincoln, *Selected Speeches, Messages, and Letters,* T. Harry Williams (ed.), Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1962, pp. 6-7.

[28] Michael J. Pfeifer, *The Roots of Rough Justice: Origins of American Lynching,* Urbana, University of Illinois Press, 2011, pp. 2, 4, 11-12.

[29] Grimsted, *American Mobbing,* pp. 19-22, 26, 35-38, 46-49, 58-64.

[30] John Grenier, *The First Way of War: American War Making on the Frontier, 1607-1814,* Nueva York, Cambridge University Press, 2005; Peter Silver, *Our Savage Neighbors: How Indian War Transformed Early America,* Nueva York, W. W. Norton, 2008; Bruce Vandervort, *Indian Wars of Mexico, Canada, and the United States, 1812-1900,* Nueva York, Routledge, 2006.

[31] Grimsted, *American Mobbing,* pp. 89-92.

[32] Thomas R. Hietala, *Manifest Design: Anxious Aggrandizement in Late Jacksonian America,* Ithaca, Cornell University Press, 1985, p. 191.

[33] David Bushnell y Neill MaCauley, *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century,* Nueva York, Oxford University Press, 1988, p. 30.

[34] Ésta es una opinión un tanto nueva sobre el fenómeno del caudillo; hasta la fecha, su expresión probablemente más sólida y explícita es la de Will Fowler, si bien concuerda con muchos de los argumentos sobre la política latinoamericana del siglo XIX expresados recientemente por otros historiadores; véase Will Fowler, *Santa Anna of Mexico,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2007 [hay traducción al español: *Santa Anna,* México, Crítica, 2018].

[35] Knight, "Presentación", p. 13.

[36] Feldberg, *Turbulent Era,* p. 96.

[37] Anderson y Cayton, *Dominion*, pp. 237-244.

[38] Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1981, pp. 82-83.

[39] Anderson y Cayton, *Dominion*, p. 246; Hietala, *Manifest Design*, pp. 6, 10, 23-24, 33-34, 97, 262; Amy Kaplan, *The Anarchy of Empire in the Making of US Culture*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2002, p. 27.

[40] Howe, *What Hath*, pp. 42, 142; Pletcher, *Diplomacy*, p. 14; Jesús Velasco Márquez, "Regionalismo, partidismo y expansionismo. La política interna de Estados Unidos durante la guerra contra México", *Historia Mexicana*, vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), p. 319.

[41] Bruce Dorsey, *Reforming Men and Women: Gender in the Antebellum City*, Ithaca, Cornell University Press, 2002, p. 8.

[42] Michael Pierson, *Free Hearts and Free Homes: Gender and American Antislavery Politics*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007, p. 6; Howe, *What Hath*, p. 851.

[43] Amy Greenberg, *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005, p. 20.

[44] *Ibid.*, pp. 10-14. Con respecto a un análisis un tanto diferente del género y el expansionismo, véase Lynea Magnuson, *In the Service of Columbia: Gendered Politics and Manifest Destiny Expansion*, tesis de doctorado, University of Illinois, 2001.

[45] Greenberg, *Manifest Manhood*, p. 55.

[46] Howe, *What Hath*, pp. 704-705. Véase Henderson, *Glorious Defeat*, p. 31, para una declaración en el sentido de que el destino manifiesto era una idea ampliamente secular ya en la década de 1840.

[47] Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansion and the Empire of the Right*, Nueva York, Hill and Wang, 1995, p. 5; Robert Johannsen, *To the Halls of Montezuma: The Mexican War in the American Imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 49-50. Véase, por ejemplo, Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: Experienced during a Captivity of Seven Months in the Interior*, Cincinnati, Robinson and Jones, 1847, p. 109.

[48] Watson, *Liberty*, p. 245; Stephanson, *Manifest Destiny*, p. 32; Howe, *What Hath*, p. 705.

[49] Howe, *What Hath*, pp. 583, 687, 706; John Pinheiro, *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War*, Oxford, Oxford University Press, 2014, p. 89; Andrea Tinnemeyer, "Embodying the West: Lyrics from the U.S.-Mexican War", *American Studies*, vol. 56, núm. 1 (2005), pp. 71-72.

[50] Pinheiro, *Missionaries*, p. 89; Velasco Márquez, "Regionalismo", pp. 317-318; Watson, *Liberty*, p. 245.

[51] Hietala, *Manifest Design*, pp. 5-6; Howe, *What Hath*, pp. 493, 510, 582-584, 686-687, 701, 705; Velasco Márquez, "Regionalismo", p. 317; Kevin Phillips, *The Cousins' Wars: Religion, Politics, and the Triumph of Anglo-America*, Nueva York, Basic Books, 1999, pp. 339, 350, 391; Hietala, *Manifest Design*, pp. 6, 256, 263; Watson, *Liberty*, pp. 241, 245; Noel Ignatiev, *How the Irish Became White*, Nueva York, Routledge, 2009, p. 79; Alexander Saxton, *The Rise and Fall of the White Republic: Class Politics and Mass Culture in Nineteenth Century America*, Londres, Verso, 1990, p. 145; David Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class*, Londres,

Verso, 2007, p. 22; Carlos Bosch García, "La política diplomática de la expansión de Estados Unidos", en Vázquez, *De la rebelión de Texas,* p. 108.

[52] Horsman, *Race,* pp. 157, 159.

[53] Watson, *Liberty,* pp. 5, 13, 42-43; Lori Ginzberg, *Women and the Work of Benevolence: Morality, Politics, and Class in the Nineteenth-Century United States,* New Haven, Yale University Press, 1992, p. 70.

[54] La cita fue tomada de Watson, *Liberty,* p. 53. Véase también *ibid.,* pp. 19, 51-52; Greenberg, *Manifest Manhood,* p. 46; Howe, *What Hath,* p. 586; Gregory Knouff, "White Men in Arms: Concepts of Citizenship and Masculinity in Revolutionary America", en Stefan Dudink, Karen Hagemann y Anna Clark (eds.), *Representing Masculinity: Male Citizenship in Modern Western Culture,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, p. 25; Saxton, *Rise and Fall,* pp. 127, 142-144, 200.

[55] Howe, *What Hath,* pp. 497, 851; Greenberg, *Wicked War,* p. 185; Ignatiev, *How the Irish,* pp. 89-90; Roediger, *Wages of Whiteness,* pp. 57, 59; Amrita Myers, *Forging Freedom: Black Women and the Pursuit of Liberty in Antebellum Charleston,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011, pp. 120-122.

[56] Anthony F. C. Wallace, *The Long, Bitter Trail: Andrew Jackson and the Indians,* Nueva York, Hill and Wang, 1993; Theda Perdue y Michael Green, *The Cherokee Nation and the Trail of Tears,* Nueva York, Penguin, 2007; Hietala, *Manifest Design,* pp. 261-262; Howe, *What Hath,* p. 386.

[57] Johannsen, *To the Halls,* p. 293; Horsman, *Race,* pp. 165-167, 211-212; Hietala, *Manifest Design,* pp. 152-158.

[58] Johannsen, *To the Halls,* pp. 291-292.

[59] Horsman, *Race,* pp. 208-215; Brian DeLay, "Independent Indians and the U.S. Mexican War", *American Historical Review,* vol. 112, núm. 1 (febrero de 2007), pp. 36, 49-53; Brian DeLay, *War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the Mexican-American War,* New Haven, Yale University Press, 2009, pp. XVII, 227-229, 233, 245-247, 299; George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, p. 86.

[60] El relato más completo de la "racialización" de los mexicanos antes y durante la guerra se encuentra en Horsman, *Race,* pp. 208-248. Véanse también Johannsen, *To the Halls,* pp. 290-293, y DeLay, *War,* pp. 243-247.

[61] Horsman, *Race,* p. 210; Howe, *What Hath,* p. 703.

[62] Horsman, *Race,* pp. 182, 231; Shelley Streeby, *American Sensations: Class, Empire and the Production of American Culture,* Berkeley, University of California Press, 2002, pp. 167-171.

[63] Paul Foos, *A Short, Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, pp. 98, 145; Greenberg, *Wicked War,* pp. 142, 183; Felice Flannery Lewis, *Trailing Clouds of Glory: Zachary Taylor's Mexican War Campaign and His Emerging Civil War Leaders,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2010, p. 56; Tom Reilly, *War with Mexico! America's Reporters Cover the Battlefront,* Lawrence, University of Kansas Press, 2010, p. 76; *Encarnacion Prisoners: Comprising an Account of the March of the Kentucky Cavalry from Louisville to the Rio Grande...,* Louisville, Prentice and Weissanger, 1848, pp. 50-51. La cita proviene de *Encarnacion,* p. 51. Con respecto a la debilidad relativa de los prejuicios raciales dentro de las clases bajas, véase Guardino, *Time of Liberty,* pp. 23-24.

[64] Margaret Chowning, "Elite Families and Popular Politics in Early Nineteenth-Century Michoacán: The Strange Case of Juan José Codallos and the Censored Genealogy", *Americas,* vol. 55, núm. 1 (julio de 1988), pp. 35-61; Guardino, *Time of Liberty,* p. 194.

[65] Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1996, p. 168 [hay traducción al español: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857,* Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001].

[66] Carmen McEvoy, "De la mano de Dios. El nacionalismo católico chileno y la Guerra del Pacífico, 1879-1881", *Histórica,* vol. 28, núm. 2 (2004), p. 84; Pinheiro, *Missionaries,* p. 1; Gene Brack, *Mexico Views Manifest Destiny,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1975, p. 170.

[67] Howe, *What Hath,* pp. 104-195, 285-286, 854; Brack, *Mexico,* p. 2.

[68] Pinheiro, *Missionaries,* pp. 27, 46; John Pinheiro, "'Religion without Restriction': Anti-Catholicism, All Mexico, and the Treaty of Guadalupe Hidalgo", *Journal of the Early Republic,* vol. 23, núm. 1 (2003), p. 74; John Pinheiro, *Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-48,* tesis de doctorado, University of Tennessee, Knoxville, 2001, p. 50.

[69] Michael Hogan, *The Irish Soldiers of Mexico,* Guadalajara, Fondo Editorial Universitario, 1997, pp. 128-132; Jennie Franchot, *Roads to Rome: The Antebellum Protestant Encounter with Catholicism,* Berkeley, University of California Press, 1994, pp. XIX-XX, 137-138; Pinheiro, *Missionaries,* pp. 6, 18-20.

[70] Pinheiro, "Crusade", pp. 2, 51; Pinheiro, "'Religion without Restriction'", p. 74; Streeby, *American Sensations,* pp. 50-51; Greenberg, *Manifest Manhood,* p. 21.

[71] Howe, *What Hath,* pp. 704-705; Pinheiro, *Missionaries,* pp. 14, 37-39; Pinheiro, "Crusade", pp. 2-3, 92, 95-97.

[72] Pinheiro, *Missionaries,* pp. 4, 17; Pinheiro, "'Religion without Restriction'", pp. 72, 77, 81, 87; John Pinheiro, "'Extending the Light and Blessings of Our Purer Faith': Anti-Catholic Sentiment among American Soldiers in the Mexican War", *Journal of Popular Culture,* vol. 35, núm. 2 (2001), p. 129; Pinheiro, "Crusade", pp. 3, 26-32, 36-45.

[73] Peter Guardino, "In the Name of Civilization and with a Bible in Their Hands: Religion and the 1846-48 Mexican American War", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos,* vol. 30, núm. 2 (verano de 2014), p. 353; Brian Connaughton, "Conjuring the Body Politic from the Corpus Mysticum: The Post-independent Pursuit of Public Opinion in Mexico, 1821-1854", *Americas,* vol. 55, núm. 3 (enero de 1999), pp. 462-463; Osvaldo Pardo, *The Origins of Mexican Catholicism,* Ann Arbor, University of Michigan Press, 2004; Moisés Guzmán Pérez, *Las relaciones clero-gobierno en Michoacán. La gestión episcopal de Juan Cayetano Gómez de Portugal,* México, Cámara de Diputados, 2005, p. 180; Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, pp. 2-7.

[74] Gobernación, sin sección, vol. 291, exp. 15, AGN; James Sanders, *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America,* Durham, Duke University Press, 2014, p. 6; exp. 2493, f. 40, ADN.

[75] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 182.

[76] Brack, *Mexico,* pp. 96, 128.

[77] DeLay, "Independent", pp. 56-58; DeLay, *War,* pp. 212, 220, 224.

[78] Horsman, *Race,* p. 232.

[79] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 128-129, 134.

Capítulo 1. Los hombres más dañosos a la población

[1] Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 1, p. 143; Abner Doubleday, *My Life in the Old Army,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1998, pp. 42-43; Peter Stevens, *The Rogue's March: John Riley and the St. Patrick's Battalion, 1846-1848,* Washington, Brassey's, 1999, p. 45; Ethan Allen Hitchcock, *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major General Ethan Allen Hitchcock, USA,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1909, pp. 198-199, 215; George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The US Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, pp. 275-276; Felice Flannery Lewis, *Trailing Clouds of Glory: Zachary Taylor's Mexican War Campaign and His Emerging Civil War Leaders,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2010, p. 44.

[2] Jesús Velasco Márquez, "La separación y la anexión de Texas en la historia de México y los Estados Unidos", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *De la rebelión de Texas a la Guerra del 47,* México, Nueva Imagen, 1994, p. 142; Daniel Walker Howe, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848,* Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 659; David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon, and the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 1973, p. 70.

[3] Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850,* Nueva York, Cambridge University Press, 2004, pp. 161-163; Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, pp. 145, 149.

[4] Reséndez, *Changing National Identities,* pp. 149-164.

[5] *Ibid.,* pp. 164-170; Howe, *What Hath,* p. 662; Robert E. May, *Manifest Destiny's Underworld: Filibustering in Antebellum America,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, p. 9; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 193-194.

[6] El mejor relato de esa transición todavía es el de Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1981. Véase también Brian DeLay, *War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the Mexican-American War,* New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 226-249.

[7] Howe, *What Hath,* pp. 680, 698; Pletcher, *Diplomacy,* pp. 148-149; Amy Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of Mexico,* Nueva York, Knopf, 2012, p. 61.

[8] Hitchcock, *Fifty Years,* p. 198; José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, p. 3. Véanse también Hitchcock, *Fifty Years,* pp. 200, 212, 224; DeLay, *War,* p. 73; Greenberg, *Wicked War,* p. 99, y Douglas Murphy, *Two Armies on the Rio Grande: The First Campaign of the*

U.S. Mexican War, College Station, Texas A&M University Press, 2015, pp. 15-16, 97. El general William Worth también comprendió la ficción, pero se rehusó a condenarla, cuando escribió desde Corpus Christi el 1 de noviembre de 1845: "¿No ha sido nuestra raza anglosajona ladrona de tierras desde tiempos inmemoriales y por qué no debía serlo?"; véase George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* pp. 57-58.

[9] Greenberg, *Wicked War,* pp. 76, 78, 95-96; Horsman, *Race,* p. 232; Josefina Zoraida Vázquez, "¿Dos guerras contra Estados Unidos?", en Vázquez (ed.), *De la rebelión de Texas,* p. 26. Existen algunas pruebas de que Alejandro Atocha, un mexicano en el exilio que afirmó estar relacionado con importantes políticos mexicanos, alentó la creencia de James K. Polk de que podía intimidar a México para que hiciera las concesiones que buscaba, pero, sin duda alguna, cualquier influencia que Atocha pudo haber tenido sobre los acontecimientos fue menos importante que lo que el propio Polk suponía respecto de los mexicanos; véase A. Brooke Caruso, *The Mexican Spy Company: United States Covert Operations in Mexico,* Jefferson, McFarland, 1991, pp. 63-64.

[10] Howe, *What Hath,* p. 735; Josefina Zoraida Vázquez, "El origen de la guerra con Estados Unidos", *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), pp. 291-292, 299; Greenberg, *Wicked War,* p. 78; Vázquez, "Dos guerras", p. 25; Josefina Zoraida Vázquez, "A ciento cincuenta años de una guerra costosa", *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), p. 35; George Meade, *The Life and Letters of George Gordon Meade, Major General United States Army,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1913, p. 64; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 213. Terrazas y Basante y Gurza Lavalle ven el problema de las cartas credenciales de Slidell como el resultado más de un error de comunicación que como una provocación deliberada.

[11] Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 145; Greenberg, *Wicked War,* pp. 100-101; Pletcher, *Diplomacy,* p. 256; Murphy, *Two Armies,* p. 24.

[12] Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1995, p. 4; George Ballentine, *Autobiography of an English Soldier in the United States Army,* Chicago, Lakeside, 1986, pp. 3-11; f. 299, Foreign Office 203-293 British Public Record Office, Londres; *El Liberal Católico,* 21 de marzo de 1847. Véase también Edward Coffman, *The Old Army: A Portrait of the American Army in Peacetime, 1784-1898,* Nueva York, Oxford University Press, 1986, pp. 16, 137, 145-146, 210; Francis Prucha, *Broadax and Bayonet: The Role of the United States Army in the Development of the Northwest, 1815-1860,* Madison, State Historical Society of Wisconsin, 1953, p. 56; Francis Prucha, *The Sword of the Republic: The United States Army on the Frontier, 1783-1846,* 1969 (reimpr., Lincoln, University of Nebraska Press, 1986), pp. 323-324; Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: Experienced during a Captivity of Seven Months in the Interior,* Cincinnati, Robinson and Jones, 1847, p. 19; C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS QR332F RMV, CHSL (citado en adelante como "Manuscrito de Reeves"), pp. 1, 17, 26-27, 31-32.

[13] Greenberg, *Wicked War,* p. 130. En lo que respecta a la tasa de analfabetismo entre los blancos, véase James Machor, *Reading Fiction in Antebellum America: Informed Response and Reception Histories, 1820-1865,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2011, p. 21.

[14] Bruce Dorsey, *Reforming Men and Women: Gender in the Antebellum City,* Ithaca,

Cornell University Press, 2002, pp. 7, 60; Amy Greenberg, *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire,* Nueva York, Cambridge University Press, 2005, p. 109; Howe, *What Hath,* pp. 504-505, 538, 539; May, *Manifest Destiny's Underworld,* pp. 93-96, 99-100, 110; Seth Rockman, *Scraping By: Wage Labor, Slavery and Survival in Early Baltimore,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2009, pp. 3, 14, 29, 43; Harry Watson, *Liberty and Power: The Politics of Jacksonian America,* edición actualizada, Nueva York, Hill and Wang, 2006, pp. 19, 17-41, 150; Sean Wilentz, *Chants Democratic: New York City and the Rise of the American Working Class, 1788-1850,* Nueva York, Oxford University Press, 1984, pp. 299-300.

[15] Paul Foos, *A Short, Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, pp. 4, 14, 130; David Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class,* Londres, Verso, 2007, p. 227; Alonzo D. Sampson, *Three Times around the World: Life and Adventures of Alonzo D. Sampson,* Búfalo, Express, 1867, p. 8. Con respecto a su experiencia militar, véase Ballentine, *Autobiography,* pp. xx-xvii, 191; Samuel Chamberlain, *My Confession: Recollections of a Rogue,* Austin, Texas State Historical Association, 1996, pp. 107-108; Stevens, *Rogue's March,* p. 45; Zeh, *Immigrant Soldier,* p. 50; Foos, *Short,* pp. 23, 104.

[16] Dorsey, *Reforming,* p. 61; Foos, *Short,* p. 14; Rockman, *Scraping By,* pp. 26, 75-76, 86, 93, 160-165; Roediger, *Wages of Whiteness,* p. 153; Peter Way, *Common Labour: Workers and the Digging of North American Canals, 1780-1860,* Nueva York, Cambridge University Press, 1993, pp. 6, 90, 100, 146; Peter Way, "Evil Humors and Ardent Spirits: The Rough Culture of Canal Construction Laborers", *Journal of American History,* vol. 79, núm. 4 (1993), pp. 1398, 1400, 1406; May, *Manifest Destiny's Underworld,* pp. 94-95, 100.

[17] Way, "Evil Humors", p. 1410.

[18] Noel Ignatiev, *How the Irish Became White,* Nueva York, Routledge, 2009, p. 102; Roediger, *Wages of Whiteness,* p. 141.

[19] Dorsey, *Reforming,* pp. 58-63, 75; Rockman, *Scraping By,* pp. 53, 75-76, 159, 191; Wilentz, *Chants Democratic,* p. 283.

[20] Jorge Belarmino, *Cuestión de sangre,* México, Planeta, 2008, pp. 11-12; Coffman, *Old Army,* p. 141; Foos, *Short,* p. 23; Prucha, *Broadax,* p. 36; Stevens, *Rogue's March,* pp. xi, 33, 36; Ballentine, *Autobiography,* pp. 25, 40; Ignatiev, *How the Irish,* p. 19; May, *Manifest Destiny's Underworld,* pp. 97, 99; Watson, *Liberty,* p. 194; Dorsey, *Reforming,* p. 197.

[21] Dorsey, *Reforming,* pp. 122, 195-196, 231; Horsman, *Race,* p. 225; Matthew Frye Jacobsen, *Whiteness of a Different Color: European Immigrants and the Alchemy of Race,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1998, p. 72; Stevens, *Rogue's March,* pp. 20-25; Watson, *Liberty,* p. 194.

[22] Ballentine, *Autobiography,* p. 39; Zeh, *Immigrant Soldier,* pp. 4-5; Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, p. 136; Stevens, *Rogue's March,* pp. 43, 204; Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, p. 60; Manuscrito de Reeves, pp. 3, 19, 426-427; George McClellan, *The Mexican War Diary and Correspondence of George B. McClellan,* Thomas Cutrer (ed.), Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2009, p. 17.

[23] Dorsey, *Reforming,* pp. 195, 201, 237; Jennie Franchot, *Roads to Rome: The Ante-*

bellum Protestant Encounter with Catholicism, Berkeley, University of California Press, 1994, p. XX; Ignatiev, *How the Irish,* pp. 170-175; Jacobsen, *Whiteness,* p. 70; John Pinheiro, *Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-48,* tesis de doctorado, University of Tennessee, Knoxville, 2001, pp. 2-3, 14-24; John Pinheiro, *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War,* Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 18-19; Stevens, *Rogue's March,* p. 19; Watson, *Liberty,* p. 55.

[24] Way, "Evil Humors", p. 1 403; Dorsey, *Reforming,* pp. 122, 199, 219; Michael Hogan, *The Irish Soldiers of Mexico,* Guadalajara, Fondo Editorial Universitario, 1997, pp. 97-98; Ignatiev, *How the Irish,* pp. 49, 89, 129, 130; Jacobsen, *Whiteness,* p. 48; Roediger, *Wages of Whiteness,* pp. 133, 146; Shelley Streeby, *American Sensations: Class, Empire and the Production of American Culture,* Berkeley, University of California Press, 2002, pp. 15-16.

[25] Ballentine, *Autobiography,* pp. 42-44; Coffman, *Old Army,* p. 179; Foos, *Short,* p. 26; Pinheiro, "Crusade", p. 182; Pinheiro, *Missionaries,* p. 85; Michael Tate, *The Frontier Army in the Settlement of the West,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, p. 197.

[26] Achilles Murat, *America and the Americans,* Nueva York, W. H. Graham, 1849, pp. 161-162; James E. Alexander, *Transatlantic Sketches, Comprising Visits to the Most Interesting Scenes in North and South America and the West Indies, with Notes on Negro Slavery and Canadian Emigration,* Londres, Richard Bentley, 1833, p. 281.

[27] Ballentine, *Autobiography,* pp. 34-35; Manuscrito de Reeves, p. 26; Ulysses S. Grant, *Personal Memoirs,* Westminster (MD), Random House, 1999, p. 18.

[28] Manuscrito de Reeves, p. 13; Coffman, *Old Army,* p. 137; Foos, *Short,* p. 13; Greenberg, *Wicked War,* p. 130; Prucha, *Broadax,* p. 38; Winders, *Mr. Polk's,* p. 64; Guillaume Tell Poussin, *The United States: Its Power and Progress,* Filadelfia, Lippincott, Grambo, 1849, p. 393; Murat, *America and the Americans,* pp. 161-162; Dorsey, *Reforming,* pp. 7, 19, 35, 75; Roediger, *Wages of Whiteness,* pp. 29, 55.

[29] Ballentine, *Autobiography,* pp. 332-333.

[30] Manuscrito de Reeves, pp. 402-409.

[31] Doubleday, *My Life,* p. 20; Thomas Tennery, *The Mexican War Diary of Thomas D. Tennery,* Norman, University of Oklahoma Press, 1970, p. 88; Manuscrito de Reeves, p. 403. Véase también Foos, *Short,* pp. 16-17, y Myra Glenn, *Campaigns against Corporal Punishment: Prisoners, Sailors, Women, and Children in Antebellum America,* Albany, State University of New York Press, 1984.

[32] Winders, *Mr. Polk's,* pp. 62-36; Ballentine, *Autobiography,* pp. 285-286, 332; Doubleday, *My Life,* p. 31; Stevens, *Rogue's March,* pp. 47-48, 51, 172, 260; C. M. Reeves, "Five Years an American Soldier, Comprising Adventures at Palo Alto, Resaca de la Palma, Monterrey, Vera Cruz, Cerro Gordo, and in the Battles in the Valley of Mexico, Interspersed with Anecdotes of Military Life, in Peace and War", en Henry Howe (ed.), *Adventures and Achievements of Americans, a Series of Narratives Illustrating Their Heroism, Self-Reliance, Genius and Enterprise,* Cincinnati y Nueva York, Henry Howe-Geo. F. Tuttle, 1860, pp. 478-479.

[33] Ballentine, *Autobiography,* p. 272.

[34] EE527, RG 153, NA.

[35] Tate, *Frontier Army,* pp. X, 306-308; Prucha, *Broadax,* pp. IX, 35, 104-105, 129-148. El comentario de Taylor está tomado de Prucha, *Broadax,* p. 104.

[36] Zeh, *Immigrant Soldier,* pp. 40-41. Para otras protestas, véanse EE523, RG 153, NA; Stevens, *Rogue's March,* p. 57, y McClellan, *Mexican War Diary,* pp. 162-163.

[37] Ballentine, *Autobiography,* p. 28; Coffman, *Old Army,* p. 23; EE530, RG 153, NA.

[38] Coffman, *Old Army,* pp. 193-196.

[39] Foos, *Short,* p. 25; Prucha, *Sword,* p. 328.

[40] Stevens, *Rogue's March,* pp. 2-3.

[41] EE522, EE528, EE544, EE582, RG 153, NA.

[42] Dorsey, *Reforming Men,* pp. 92-98, 223-225; Amy Greenberg, *Cause for Alarm: The Volunteer Fire Department in the Nineteenth Century City,* Princeton, Princeton University Press, 1998, p. 68; Howe, *What Hath,* p. 528; Paul E. Johnson, *Sam Patch: The Famous Jumper,* Nueva York, Hill and Wang, 2003, pp. 127-160; Way, *Common Labour,* pp. 14, 143, 165, 167; Way, "Evil Humors", p. 1 408; Wilentz, *Chants Democratic,* p. 308; Franklin Smith, *The Mexican War Journal of Captain Franklin Smith,* Jackson, University Press of Mississippi, 1991, pp. 57-59.

[43] Coffman, *Old Army,* p. 198.

[44] Manuscrito de Reeves, pp. 20-24; Coffman, *Old Army,* p. 198; Doubleday, *My Life,* p. 14; Ballentine, *Autobiography,* pp. 55-65; EE512, EE527, EE530, EE535, EE536, EE541, EE545, EE555, RG 153, NA.

[45] Manuscrito de Reeves, pp. 7, 44-45, 93-98, 271; Coffman, *Old Army,* pp. 25, 112-116; Howe, *What Hath,* p. 247; Robert Johannsen, *To the Halls of Montezuma: The Mexican War in the American Imagination,* Nueva York, Oxford University Press, 1985, p. 139; Winders, *Mr. Polk's,* p. 22. Con respecto a las mujeres que participaban en las obras en construcción, véase Way, *Common Labour,* pp. 171-172.

[46] Coffman, *Old Army,* pp. 202-203; Prucha, *Sword,* pp. 323-324. Véanse las referencias a los ascensos y la esperanza que éstos despertaban en Manuscrito de Reeves, pp. 356-357, 424, y Archivo de Guerra, leg. 921, sin exp., s. f., AGN.

[47] Manuscrito de Reeves, pp. 51, 195-196; Ballentine, *Autobiography,* pp. 14, 182-185; Stevens, *Rogue's March,* p. 142.

[48] Manuscrito de Reeves, p. 134.

[49] *Ibid.,* p. 51. Véase también pp. 366, 412.

[50] Coffman, *Old Army,* p. 207; Winders, *Mr. Polk's,* p. 17; Alexander, *Transatlantic,* p. 282.

[51] Jay Luvas (ed. y trad.), *Frederick the Great on the Art of War,* Nueva York, Free Press, 1966, p. 78.

[52] *Ibid.,* p. 78; Manuscrito de Reeves, pp. 133-134; Coffman, *Old Army,* p. 211; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 144. Acerca de los lazos de camaradería similares entre los marineros de la época, véase Marcus Rediker, *The Slave Ship: A Human History,* Nueva York, Viking, 2007, p. 230.

[53] Ballentine, *Autobiography,* pp. 269-270.

[54] Leg. 17, 1845, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 9 de agosto de 1845.

[55] *Campaña contra los americanos del norte; Primera parte. Relación histórica de los cuarenta días que mandó en Gefe el Ejército del norte El E. Sr. General de División Don Mariano Arista,* México, Ignacio Cumplido, 1846, p. 31; Gobernación, sin sección, vol. 291, exp. 15, AGN; leg. 17, exp. 8, 1846, SGG, AHESLP; Actas de Cabildo Ordinarias, vol. 168-A, 6 de octubre de 1846, AHDF.

[56] Robert Scheina, *Latin America's Wars,* vol. 1, *The Age of the Caudillo, 1791-1899,*

Washington, Brassey, 2003, p. 159; María Isabel Monroy y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí,* México, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-FCE, 1997, p. 166; Manuel Muro Rocha, *Historia de San Luis Potosí,* México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1973, vol. 2, pp. 116-118, 136-147; Primo Feliciano Velázquez, *Historia general de San Luis Potosí,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis-Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2007, pp. 534, 543-544; Rosa Helis Villa de Mebius, *San Luis Potosí: Una historia compartida,* México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, p. 96; Manuel Balbontín, *La invasión norteamericana, 1846 a 1849. Apuntes del subteniente de artillería,* México, Tip. de B. A. Esteva, 1883, pp. 20-21. A los oficiales no les agradaba que los acantonaran en el lejano norte porque los escasos ingresos del gobierno en la región significaban que no se les pagaría regularmente; véase Archivo de Guerra, leg. 406, sin exp., s. f., AGN; *LEPOSLP,* 20 de julio de 1844.

[57] Respecto del incidente de agosto de 1845, véanse *LEPOSLP,* 3 de septiembre de 1845, y Archivo de Guerra, leg. 417, sin exp., ff. 1-30, AGN. Con respecto a la posible relación política, véase Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, vol. 1, p. 61; Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, pp. 54-55; *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 69, y Velázquez, *Historia general,* p. 565. En lo concerniente al segundo incidente, de marzo de 1846, véase leg. 7, exp. 16, 1846, SGG, AHESLP; Gobernación, vol. 323, exp. 3, AGN; *LEPOSLP,* 14 de marzo de 1846, 9 de febrero de 1847; leg. 9, exp. 5, 1846, SGG, AHESLP; leg. 6, exp. 48, 1846, SGG, AHESLP; leg. 6, exp. 51, 1846, SGG, AHESLP; leg. 13, exp. 14, 1846, SGG, AHESLP; Alonso García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés y Masaguera (1784-1850). Edición crítica y paleografía,* tesina de licenciatura, UNAM (Facultad de Filosofía y Letras), 1997, pp. 86-87, y Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846,* México, EOSA, 1988, p. 184. Acerca del incidente de agosto de 1846, véanse Bustamante, *El nuevo,* vol. 2, p. 76; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 387-388, y Velázquez, *Historia general,* pp. 568-569.

[58] Leg. 12, 1845, SGG, AHESLP.

[59] Josefina Zoraida Vázquez, "In Search of Power: The Pronunciamientos of General Mariano Paredes y Arillaga", en Will Fowler (ed.), *Malcontents, Rebels, and Pronunciados: The Politics of Insurrection in Nineteenth-Century Mexico,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2012, pp. 193, 195-196; Soto, *La conspiración,* p. 57.

[60] *Contestaciones habidas entre los exmos: señores generales de división D. Mariano Paredes y Arrillaga, D. Mariano Arista y el Supremo Gobierno,* San Luis Potosí, Imprenta del Gobierno, 1845.

[61] Soto, *La conspiración,* p. 53.

[62] García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés,* p. 85; Manuel Balbontín, *Memorias del coronel Manuel Balbontín,* San Luis Potosí, Tip. de la Escuela I. Militar, 1896, pp. 7-9.

[63] En lo concerniente a la primera afirmación, véanse *LEPOSLP,* 17 de enero de 1846, y leg. 35, 1845, SGG, AHESLP. Y a la segunda, véanse leg. 35, 1845, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 17 de diciembre de 1845, 3 de enero de 1846, 8 de enero de 1846; leg. 34, 1845, SGG, AHESLP, y Santoni, *Mexicans at Arms,* p. 106.

[64] Vázquez, "In Search of Power"; Soto, *La conspiración.*

[65] Impresos, 12 de diciembre de 1845, SGG, AHESLP; leg. 35, 1845, SGG, AHESLP; Alicia Tecuanhuey Sandoval, "Puebla durante la Invasión Norteamericana", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, pp. 388-389; Mercedes de la Vega, "Puros y moderados: un obstáculo para la defensa nacional, Zacatecas: 1846-1848", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 619.

[66] Véanse *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, leída en la Cámara de Senadores el día 10 y la de Diputados el día 11 de marzo de 1845,* México, Vicente García Torres, 1845, en lo sucesivo citada como *Memoria de guerra 1845,* p. 25, y Esteban Sánchez de Tagle, "La ciudad y los ejércitos", en Alejandra Moreno Toscano (ed.), *Ciudad de México: ensayo de construcción de una historia,* México, INAH, 1978, p. 145. El Batallón de Morelia, originalmente de Michoacán, por ejemplo, fue acantonado en la frontera en los comienzos de la guerra; véase Moisés Guzmán Pérez, *Las relaciones clero-gobierno en Michoacán. La gestión episcopal de Juan Cayetano Gómez de Portugal,* México, LIX Legislatura Cámara de Diputados, 2005, p. 174.

[67] Para tener una idea general del cuerpo de oficiales y de los orígenes de sus miembros, véanse Plana Mayor General del Ejército, *Escalafón general que comprende a los exmos. sres. generales de división a los de brigada efectivos y graduados,* México, Imprenta de la Calle de Medinas núm. 6, 1849; Alberto Carreño, *Jefes del ejército mexicano en 1847. Biografías de generales de division y de brigada y de coroneles del ejército mexicano por fines del año de 1847,* México, Secretaría de Fomento, 1914, y María Gayón Córdova, *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848,* México, CNCA, 1997, p. 190.

[68] En lo concerniente al Colegio Militar, véanse *Memoria de guerra 1845,* pp. 31-32; William A. De Paulo Jr., *The Mexican National Army, 1822-1852,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, pp. 73, 89, 123, y Archivo de Guerra, leg. 153, ff. 383-447, AGN.

[69] Véanse, por ejemplo, exp. 2390, f. 3, ADN; exp. 2427, f. 1, ADN; exp. 2428, f. 1, ADN; exp. 2444, s. f., ADN; Archivo de Guerra, leg. 406, sin exp., s. f., AGN; Archivo de Guerra, leg. 619, sin exp., s. f., AGN; Archivo de Guerra, leg. 715, sin exp., s. f., AGN.

[70] Balbontín, *Memorias,* p. 1.

[71] Véanse, por ejemplo, exp. 2396, s. f., ADN, y Archivo de Guerra, leg. 273, f. 293, AGN. Los estadounidenses criticaron con frecuencia la habilidad táctica de los oficiales mexicanos; véanse Pletcher, *Diplomacy,* p. 440, y Grant, *Personal Memoirs,* p. 84.

[72] Véanse algunos ejemplos en Archivo de Guerra, leg. 406, sin exp., s. f., AGN; Archivo de Guerra, leg. 422, ff. 106-336, AGN; Archivo de Guerra, leg. 139, ff. 184-254, AGN; Archivo de Guerra, leg. 209, f. 490, AGN; Archivo de Guerra, leg. 525, sin exp., s. f., AGN, y Archivo de Guerra, leg. 715, sin exp., s. f., AGN.

[73] Belarmino, *Cuestión,* p. 85; Gobernación, leg. 184, caja 1, exp. 3, AGN; exp. 2431, s. f., ADN; leg. 1, 1848, SGG, AHESLP.

[74] Archivo de Guerra, leg. 921, sin exp., s. f., AGN. Véase también Stevens, *Rogue's March,* pp. 99-100.

[75] Manuel Esparza, "El difícil camino de sentirse nación: Oaxaca y la guerra contra Estados Unidos", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA-Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, p. 504;

Juan Ortiz Escamilla, "Michoacán: federalismo e intervención norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 320.

[76] Véase el ejemplo de un voluntario en leg. 30, 1845, SGG, AHESLP. Omar Valerio-Jiménez dice que, en ocasiones, los trabajadores endeudados se unían al ejército para escapar a sus patrones; véase Omar Valerio-Jiménez, *River of Hope: Forging Identity and Nation in the Rio Grande Borderlands,* Durham, Duke University Press, 2013, p. 119. Respecto del periodo de seis años, véanse leg. 23, 1844, SGG, AHESLP, y leg. 24, 1845, SGG, AHESLP. En algunos documentos, se indica que, al menos en algunas ocasiones, se mantenía a los hombres en el ejército más allá del periodo de seis años, lo cual pudo haber sido una práctica común; véanse leg. 21, leg. 1, 1847, SGG, AHESLP; Gobernación, vol. 331, exp. 1, AGN, y Lino Alcorta, *Proyecto de arreglo del ejército, presentado por el gefe de la plana mayor, en cumplimiento de la orden de 24 de octubre de 1847,* Querétaro, Imprenta de J. M. Lara, 1847, p. 53.

[77] José Antonio Serrano Ortega, *El contingente de sangre. Los gobiernos estatales y departamentales y los métodos de reclutamiento del ejército permanente mexicano, 1824-1844,* México, INAH, 1993, en especial pp. 43-48. Ese libro es el mejor estudio del sistema de reclutamiento.

[78] *LEPOSLP,* 13 de enero de 1844, 3 de agosto de 1844, 26 de septiembre de 1846; Impresos, 23 de agosto de 1844, SGG, AHESLP; leg. 12, 1844, SGG, AHESLP.

[79] Leg. 12, leg. 13, leg. 16, 1844, SGG, AHESLP; leg. 7, 1845, SGG, AHESLP.

[80] Impresos, 5 de noviembre de 1845; leg. 11, leg. 12, leg. 19, 1844, SGG, AHESLP; leg. 19, 1845, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 30, 1846, SGG, AHESLP.

[81] Leg. 7, leg. 14, 1844, SGG, AHESLP; leg. 18, 1845, SGG, AHESLP; Serrano Ortega, *El contingente,* pp. 107-110; Cecilia Sheridan Prieto, "Coahuila y la invasión norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 166. Incluso el gobierno nacional se lamentó de los efectos de la leva en la oferta de mano de obra; véase *Memoria de la primera Secretaría del Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores de los Estados Unidos Mexicanos leída al Soberano Congreso Constituyente en los días 14, 15, y 16 de diciembre de 1846 por el Ministro del Ramo, José María Lafragua,* México, Imprenta de Vicente García Torres, 1847, p. 69.

[82] *LEPOSLP,* 10 de agosto de 1844; leg. 1, exp. 53, 1846, SGG, AHESLP; leg. 15, 1844, SGG, AHESLP.

[83] *LEPOSLP,* 26 de enero de 1847; *Memoria sobre el estado que guarda la administración pública de Michoacán leída al Honorable Congreso por el Secretario del Despacho en 22 de enero de 1848,* Morelia, I. Arango, 1848, p. 27.

[84] Gobernación, leg. 183, caja 1, exp. 2, AGN.

[85] Leg. 33, leg. 34, 1845, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 71, 1846, SGG, AHESLP; leg. 24, exp. 22, 1846, SGG, AHESLP; leg. 24, exp. 39, 1846, SGG, AHESLP.

[86] Sonia Pérez Toledo, *Trabajadores, espacio urbano y sociabilidad en la Ciudad de México, 1790-1867,* México, UAM-Miguel Ángel Porrúa, 2011, pp. 178-179; leg. 21, 1845, SGG, AHESLP.

[87] Leg. 5, leg. 6, leg. 8, leg. 21, 1844, SGG, AHESLP; leg. 9, 1845, SGG, AHESLP; leg. 6, exp. 47, 1846, SGG, AHESLP; Periodo Independiente, vol. 51, exp. 3, 16 de febrero de 1846, AGEO; Gobernación, vol. 304, exp. 20, AGN; 1 de agosto de 1846, exp. 32, STJ, AHESLP.

[88] Véanse algunos ejemplos en leg. 16 y leg. 18, 1844, SGG, AHESLP.

[89] La cita proviene del leg. 4, exp. 16, 1846, SGG, AHESLP. Véase también María Isabel Monroy, "San Luis Potosí 1836-1849", en Martha Rodríguez García (ed.), *Catálogo de fuentes documentales, hemerográficas y bibliográficas de la Guerra entre México y Estados Unidos 1845-48,* Brownsville, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos-National Park Service-Palo Alto Battlefield National Historic Site, 2002, p. 3; Manuel Chust, "Milicia, milicias y milicianos nacionales y cívicos en la formación del Estado-nación mexicano, 1812-1835", en Juan Ortiz Escamilla (ed.), *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX,* México, El Colegio de México-El Colegio de Michoacán-Universidad Veracruzana, 2005, p. 184; Romana Falcón, "Indígenas y justicia durante la era juarista: el costo social de la 'contribución de sangre' en el Estado de México", en Antonio Escobar (ed.), *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez (1847-1872),* México, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca-UAM, 2007, p. 131, y Serrano Ortega, *El contingente,* pp. 15-16, 79-80. Timo Schaefer hizo un penetrante análisis de la función clave que el reclutamiento militar dio a los gobiernos locales en la formación del Estado nacional y llevó al aumento de los crímenes en México; véase "Citizen-Breadwinners and Vagabond-Soldiers: Military Recruitment in Early Republican Southern Mexico", *Journal of Social History,* vol. 46, núm. 4 (verano de 2013), pp. 953-970.

[90] Leg. 13, 1844, SGG, AHESLP; Falcón, "Indígenas y justicia", p. 132. Desde luego, también podían proteger del reclutamiento a sus aliados políticos; véase Pérez Toledo, *Trabajadores,* p. 162.

[91] Donnavan, *Adventures,* p. 38; *LEPOSLP,* 6 y 13 de abril de 1844; leg. 10, leg. 2, leg. 5, leg. 7, leg. 9, leg. 20, 1844, SGG, AHESLP; leg. 4, leg. 7, leg. 21, leg. 2, 1845, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 8, 1846, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 29, 1846, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 31, 1846, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 77, 1846, SGG, AHESLP.

[92] Las citas fueron tomadas de leg. 6, 1846, SGG, AHESLP. Respecto de Durango, véase Gobernación, leg. 183, caja 1, exp. 3, AGN. Respecto de San Luis Potosí, véanse leg. 2, leg. 7, leg. 12 y leg. 21, 1844, SGG, AHESLP. De manera más general, véase Serrano Ortega, *El contingente,* p. 46.

[93] Leg. 11, 1844, SGG, AHESLP.

[94] Leg. 4, 1844, SGG, AHESLP.

[95] Leg. 4, 1845, SGG, AHESLP. Véase también leg. 14, leg. 1, leg. 23, 1844, SGG, AHESLP; leg. 6, exp. 6, 1846, SGG, AHESLP; leg. 13, exp. 3, 1846, SGG, AHESLP, y leg. 13, exp. 31, 1846, SGG, AHESLP.

[96] Leg. 17, exp. 1, 1846, SGG, AHESLP; leg. 6, exp. 19, 1846, SGG, AHESLP; leg. 8, leg. 16, 1844, SGG, AHESLP.

[97] Leg. 18, 1844, SGG, AHESLP; leg. 13, leg. 30, 1845, SGG, AHESLP; leg. 6, exp. 6, 1846, SGG, AHESLP.

[98] Las citas fueron tomadas de leg. 35 y leg. 24, 1845, SGG, AHESLP. Véanse también leg. 1, leg. 16, 1844 SGG, AHESLP; leg. 1, 1845, SGG, AHESLP; leg. 15, 1847, SGG, AHESLP; leg. 14, 1844, SGG, AHESLP. Sobre la repetición de los comportamientos, véase leg. 34, 1845, y leg. 6, exp. 19, 1846, SGG, AHESLP. Algunos de esos asuntos ilícitos eran más dañinos que otros: un hombre fue reclutado por dormir con su madrina y otro, por hacerlo con su suegra; véase leg. 2, leg. 11, 1844, SGG, AHESLP.

[99] Laura Shelton analiza esas costumbres en *For Tranquility and Order: Family and Community on Mexico's Northern Frontier, 1800-1850,* Tucson, University of Arizona Press, 2010, p. 50. Véase también Valerio-Jiménez, *River of Hope,* pp. 78, 81. Respecto

de los hombres reclutados simplemente por tener relaciones sexuales durante mucho tiempo sin estar casados, véanse leg. 14 y leg. 16, 1844, SGG, AHESLP. Coronado Gallardo fue acusado de tener varias relaciones prolongadas, pero sin haberse casado realmente con ninguna de las mujeres con las que estuvo; véase leg. 8, 1844, SGG, AHESLP. En lo concerniente a la violación de la promesa de matrimonio, véase leg. 11, 1844, SGG, AHESLP.

[100] Con respecto a las costumbres relacionadas con la fuga de una pareja, véanse Shelton, *For Tranquility and Order,* p. 53, y Valerio-Jiménez, *River of Hope,* p. 80. En cuanto a los casos en que los hombres fueron reclutados por haberse fugado con una mujer, véase leg. 16, leg. 18, 1844, SGG, AHESLP; leg. 10, 1845, SGG, AHESLP, y leg. 17, exp. 18, 1846, SGG, AHESLP.

[101] Leg. 10, exp. 33 y leg. 13, exp. 31, 1846, SGG, AHESLP.

[102] Leg. 14, leg. 15, leg. 18, 1844, SGG, AHESLP; leg. 1, leg. 23, 1845, SGG, AHESLP; leg. 9, exp. 7, 1846; leg. 24, 1847, SGG, AHESLP.

[103] Sonya Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1850,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2012, pp. 177, 180-181, 214-215; Valerio-Jiménez, *River of Hope,* 86-87; leg. 14, leg. 16, leg. 20, 1844, SGG, AHESLP; leg. 15, 1847, SGG, AHESLP.

[104] Leg. 14, leg. 15, leg. 16, leg. 20, SGG, AHESLP; leg. 9, leg. 21, leg. 24, leg. 34, leg. 35, 1845, SGG, AHESLP; leg. 10, exp. 21, 1846, SGG, AHESLP; leg. 10, exp. 33, 1846, SGG, AHESLP; Peter Guardino, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850,* Durham, Duke University Press, 2005, p. 247 [hay traducción al español: *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, 2009]. Sonia Pérez Toledo cree que, en ocasiones, las mujeres recurrían a la amenaza del reclutamiento con el propósito de moderar el comportamiento del esposo; véase Pérez Toledo, *Trabajadores,* p. 169.

[105] Deborah Kanter, *Hijos del pueblo: Gender, Family and Community in Rural Mexico, 1730-1850,* Austin, University of Texas Press, 2008, pp. 58-59.

[106] Las citas provienen de leg. 30 y leg. 25, 1845, SGG, AHESLP. Véanse también leg. 4, 1844, SGG, AHESLP; leg. 9, exp. 16, 1846, SGG, AHESLP; leg. 10, exp. 21, 1846, SGG, AHESLP; leg. 19, 1847, SGG, AHESLP, y leg. 13, exp. 11, 1846, SGG, AHESLP.

[107] Las citas provienen de leg. 14, 1844, SGG, AHESLP, y leg. 1, exp. 23, 1846, SGG, AHESLP. Véanse también leg. 11, 1844, SGG, AHESLP; leg. 4, 1845, SGG, AHESLP, y leg. 6, exp. 1, 1846, SGG, AHESLP.

[108] Leg. 10, leg. 18, 1844, SGG, AHESLP.

[109] Will Fowler, *Santa Anna of Mexico,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2007, p. 17 [hay traducción al español: *Santa Anna,* México, Crítica, 2018]. Fanny Calderón de la Barca señala que la pasión de los mexicanos por los juegos de azar abarcaba a todas las clases y, en ocasiones, hacía que ricos y pobres jugaran unos con otros amigablemente; véase Fanny Calderón de la Barca, *Life in Mexico during a Residence of Two Years in That Country,* Berkeley, University of California Press, 1982, p. 215. John Henshaw consignó que, después de una batalla, incluso los soldados mexicanos gravemente heridos jugaban y apostaban mientras aguardaban ayuda; véase John Corey Henshaw, *Recollections of the War with Mexico,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, p. 68.

[110] Leg. 9, exp. 16, 1846, SGG, AHESLP; leg. 11, leg. 23, 1844, SGG, AHESLP.

[111] La cita proviene de leg. 15, 1847, SGG, AHESLP. Véanse también leg. 13, exp. 31, 1846, SGG, AHESLP; leg. 21, leg. 23, 1844, SGG, AHESLP, y leg. 25, 1845, SGG, AHESLP.

[112] Acerca de los vagabundos, véanse leg. 16, 1844, SGG, AHESLP, y leg. 25, 1845, SGG, AHESLP. Con respecto a los vagos en general, véase Shelton, *For Tranquility and Order,* p. 141; leg. 6, exp. 6, 1846, SGG, AHESLP; leg. 34, 1845, SGG, AHESLP, y leg. 2, leg. 14, 1844, SGG, AHESLP. La relación con el género se hace muy explícita en leg. 18, 1844, SGG, AHESLP.

[113] Leg. 18, 1844, SGG, AHESLP. Acerca de una advertencia oficial a un padre, véase leg. 24, 1845, SGG, AHESLP.

[114] Esas acciones fueron emprendidas después de los interrogatorios verbales y están registradas en lo que se llamaban los "libros de juicios verbales"; véanse leg. 3, exp. 18, 1846, SGG, AHESLP, y leg. 2, 1844, SGG, AHESLP.

[115] Serrano Ortega, *El contingente,* pp. 15-16, 51; leg. 7, leg. 17, 1844, SGG, AHESLP; *Memoria de guerra 1845,* 19; leg. 6, exp. 9, 1846, SGG, AHESLP; Alcorta, *Proyecto,* p. 36. Con respecto a la ley, véase Manuel Dublán y José Maria Lozano, *Legislación mexicana; ó, Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República,* México, Imprenta del Comercio, 1876, p. 4:582-589.

[116] Municipalidades, Guadalupe Hidalgo, caja 186, AHDF; leg. 11, 1844, SGG, AHESLP; exp. 2107, ff. 7-8, ADN; Serrano Ortega, *El contingente,* pp. 15-16, 53-59, 77-81; Mario Alberto García Suárez, *El puerto de Veracruz, espacio de la guerra franco-mexicana (1838-1839),* tesis de licenciatura, Universidad Veracruzana, 2014, pp. 57-58.

[117] Pérez Toledo, *Trabajadores,* pp. 159, 172; Sonia Pérez Toledo, "Movilización social y poder político en la ciudad de México en la década de 1830", en Brian Connaughton (ed.), *Prácticas populares, cultura política y poder en México, siglo XIX,* México, UAM Iztapalapa-Juan Pablos, 2008, p. 352; Lipsett-Rivera, *Gender,* pp. 7, 12-14.

[118] La cita proviene de leg. 12, 1844, SGG, AHESLP. Véanse también leg. 13, 1845, SGG, AHESLP, y leg. 4, exp. 16, 1846, SGG, AHESLP.

[119] Esa idea se encuentra en miles de documentos; véanse, por ejemplo, las decenas de referencias al honor en Municipalidades, Guadalupe Hidalgo, caja 186, AHDF.

[120] Archivo de Guerra, leg. 375, ff. 22-33, AGN. Acerca de las condiciones descritas, véase Archivo de Guerra, leg. 375, ff. 384-517, AGN; Schaefer, "Citizen-Breadwinners and Vagabond-Soldiers", p. 957; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* p. 136; Monroy Castillo, "San Luis Potosí 1836-1849", p. 4; Monroy y Calvillo Unna, *Breve historia,* pp. 172-173; Ortiz Escamilla, "Michoacán", p. 321; Donnavan, *Adventures,* p. 62, y leg. 2, leg. 25, leg. 12, leg. 15, 1844, SGG, AHESLP. Carlos María de Bustamante consignó que, en Oaxaca, 25 reclutas se ahogaron cuando el barco en el que se encontraban zozobró en un río; véase Carlos María de Bustamante, entrada del 6 de octubre de 1846, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (ed.), *Diario histórico de México 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003.

[121] Leg. 18, 1844, SGG, AHESLP. Véase también leg. 13, leg. 14, leg. 18, y leg. 21, 1844, SGG, AHESLP.

[122] Bustamante, entrada del 18 de septiembre de 1847, en *Diario*. Los propios oficiales del ejército lo entendían así; véase Gobernación, leg. 183, caja 1, exp. 3, AGN.

[123] Véanse unos cuantos ejemplos de peticiones que tuvieron éxito en leg. 2, leg. 7, leg. 14, leg. 15, leg. 16, y leg. 18, 1844, SGG, AHESLP.

[124] Leg. 8, leg. 13, leg. 14, leg. 15, leg. 18, leg. 21, leg. 23, 1844, SGG, AHESLP; leg. 1, exp.

53, 1846, SGG, AHESLP; leg. 11, exp. 9, 1846, SGG, AHESLP. En lo concerniente a algunos terratenientes que protegieron a sus jornaleros de ser reclutados en Brasil, véase Peter Beattie, *The Tribute of Blood: Army, Honor, Race and Nation in Brazil, 1864-1945,* Durham, Duke University Press, 2001, pp. 34-35.

[125] Leg. 11, leg. 23, leg. 16, leg. 18, leg. 21, 1844, SGG, AHESLP; leg. 9, exp. 9, 1846, SGG, AHESLP.

[126] Las citas provienen de leg. 14, 1844, SGG, AHESLP. Con respecto a las referencias a los reclutas como "hombres de bien", véanse leg. 14 y leg. 15, 1845, SGG, AHESLP.

[127] Leg. 15, leg. 14, leg. 21, 1844, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 10, 1846, SGG, AHESLP; leg. 10, exp. 3, 1846, SGG, AHESLP; leg. 9, exp. 25, 1846, SGG, AHESLP; leg. 12, exp. 12, 1846, SGG, AHESLP.

[128] *LEPOSLP,* 1 de febrero de 1845, 18 de mayo de 1846. Es muy probable que los soldados lisiados en batalla pasaran el resto de sus días como mendigos; véase Ballentine, *Autobiography,* p. 322.

[129] Doubleday, *My Life,* p. 99.

[130] Las numerosas referencias a las soldaderas en las memorias dan prueba de esa curiosidad; véanse Streeby, *American Sensations,* p. 83; Zeh, *Immigrant Soldier,* pp. 21-22; Chamberlain, *My Confession,* p. 100; Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, p. 61; J. Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, p. 51, y William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of That Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, p. 52. En lo concerniente a la piedad que provocaba el duro sino de esas mujeres e incluso la manera como las trataban sus maridos, véase Coulter, *Volunteers,* p. 82. Sobre el desprecio, véase William H. Daniel, *Military Diary,* p. 62, MS A D184, FHS, y *Encarnacion Prisoners: Comprising an Account of the March of the Kentucky Cavalry from Louisville to the Rio Grande...,* Louisville, Prentice and Weissanger, 1848, p. 44. Con respecto a la idea de que las soldaderas seguían al ejército para robar a los muertos, véanse Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 380, y Lewis, *Trailing,* p. 83. Téngase presente que era común que los soldados de todos los ejércitos robaran objetos de los cadáveres que se encontraban en el campo de batalla; véase, por ejemplo, Ballentine, *Autobiography,* p. 198.

[131] Respecto a las mujeres combatientes y a las que resultaron muertas o heridas, véanse Johannsen, *To the Halls,* p. 137, y Coulter, *Volunteers,* p. 83. Sobre las soldaderas, la comida y la marcha, véanse Belarmino, *Cuestión,* p. 61; Carlos Sánchez Navarro, *La guerra de Téjas: Memorias de un soldado,* México, Jus, 1960, p. 47; Tom Reilly, *War with Mexico! America's Reporters Cover the Battlefront,* Lawrence, University of Kansas Press, 2010, p. 234; S. Compton Smith, *Chile con Carne; or, The Camp and the Field,* Nueva York, Miller and Curtis, 1857, p. 258, y *Campaña contra los americanos,* p. 34. Acerca del tratamiento que se daba a los soldados heridos, véanse Ballentine, *Autobiography,* p. 208; Johnson, *Gallant,* p. 100, y Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas, anteriores al actual estado social, ilustrada con más de trescientos fotograbados,* México, Imprenta de Arturo García Cubas, 1904, p. 427.

[132] Sonia Pérez Toledo señala que, en el censo de 1842, más de la mitad de los soldados rasos estacionados en la ciudad de México estaban casados; véase Pérez Toledo, *Trabajadores,* p. 178. Respecto de las mujeres que formaron una nueva pareja con algún soldado en la ciudad de México, véase, por ejemplo, Indiferente de Guerra, leg. 74A, sin exp., s. f., AGN. En ocasiones, las sirvientas domésticas del norte de México también formaron pareja con los soldados; véase Valerio-Jiménez, *River of Hope,* p. 71.

[133] Belarmino, *Cuestión,* p. 60; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 201; leg. 33, 1845, SGG, AHESLP; leg. 13, exp. 23, 1846, SGG, AHESLP; leg. 16, 1844, SGG, AHESLP; leg. 17, 1845, SGG, AHESLP; leg. 24, 1847, SGG, AHESLP; Serrano Ortega, *El contingente,* p. 111; leg. 1, exp. 73, 1846, SGG, AHESLP.

[134] Véanse los comentarios del gobernador de Oaxaca, Benito Juárez, en Brian Hamnett, "El estado de Oaxaca durante la guerra contra los Estados Unidos, 1846-1848", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 30-31; Guardino, *Time of Liberty,* p. 253; Schaefer, "Citizen-Breadwinners and Vagabond-Soldiers", p. 958. Acerca de los indígenas que fingían ser monolingües, véase Mercedes de la Vega y María Cecilia Zuleta, *Testimonios de una guerra: México, 1846-1848,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, vol. 2, p. 201; leg. 10, leg. 30, 1845, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 30, 1846, SGG, AHESLP.

[135] Véanse algunos casos en Impresos, 13 de diciembre de 1844, SGG, AHESLP; leg. 14, leg. 16, 1844, SGG, AHESLP; leg. 21, 1845, y leg. 1, exp. 72, 1846, SGG, AHESLP.

[136] Impresos, 23 de agosto de 1844, SGG, AHESLP; leg. 1, exp. 5, 1846, SGG, AHESLP; Serrano Ortega, *El contingente,* p. 113; Barbara Corbett, "Race, Class and Nation in Wartime San Luis Potosí", artículo presentado en la reunión de la Latin American Studies Association, Guadalajara, 17 de abril de 1997, p. 6; Monroy y Calvillo Unna, *Breve historia,* pp. 172-173; Carmen Reyna, "Ciudad de México: crisis políticas y sus manifestaciones callejeras", en Alejandra Moreno Toscano (ed.), *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia,* México, INAH, 1978, p. 156; leg. 20, exp. 36, 1846, SGG, AHESLP; leg. 8, 1847, SGG, AHESLP. En lo concerniente al caso de Santa Anna, véase leg. 22, 1844, SGG, AHESLP. Respecto de la resistencia al reclutamiento en Veracruz, véase Michael Ducey, "El reto del orden liberal: ciudadanos indígenas y prácticas populares en el México independiente: la política cotidiana en el Cantón de Misantla, Veracruz", en Antonio Escobar Ohmstede, José Marcos Medina Bustos y Zulema Trejo Contreras (ed.), *Los efectos del liberalismo en México, siglo XIX,* México, El Colegio de Sonora-CIESAS, 2015, pp. 258-259, y Roberto Reyes Landa, "Resistencia campesina en Misantla, Veracruz: los totonacos contra el servicio militar y la individualización de las tierras en el siglo XIX", *Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura,* núm. 14 (julio-diciembre de 2009), pp. 83-88.

[137] La cita de Hernández se encuentra en leg. 16, 1844, SGG, AHESLP. Véase también, por ejemplo, leg. 14, 1844, SGG, AHESLP.

[138] Valerio-Jiménez, *River of Hope,* p. 119. Acerca del robo de comida, véase leg. 31, 1845, SGG, AHESLP. Con respecto a los juegos de azar, véase leg. 15, 1847, SGG, AHESLP. Sobre el saqueo a los muertos, véase Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 436. Respecto al saqueo de la población civil mexicana después de las derrotas, véase Carmen Blázquez Domínguez, "Veracruz: restablecimiento del federalismo e intervención norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 574; Mi-

guel González Quiroga, "Nuevo León ante la invasión norteamericana, 1846-1849", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 441.

[139] Leg. 31, 1845, SGG, AHESLP; Ayuntamiento, Policía en General, vol. 3631, exp. 325, f. 18, AHDF; Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3690, exp. 61, AHDF; Municipalidades, San Ángel, Milicia Cívica, caja 166, exp. 48, AHDF.

[140] Acerca de ese temor, véanse Karl Heller, *Alone in Mexico: The Astonishing Travels of Karl Heller, 1845-1848,* Terry Rugeley (ed. y trad.), Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2007, p. 106, y leg. 30, 1847, SGG, AHESLP. Sobre las peleas, véanse leg. 24, 1844, SGG, AHESLP, y *LEPOSLP,* 20 de diciembre de 1845.

[141] Respecto de las alabanzas por el buen adiestramiento de las tropas mexicanas, véase Oswandel, *Notes,* pp. 46, 51, 179. Véase también Pedro de Ampudia, *Conciudadanos: Siendo para mí una mácsima incontrovertible que todo hombre público cuanto mayor sea categoría tiene en los paises donde imperan las leyes y la libertad, la obligacion precisa de dar cuenta de su conducta,* San Luis Potosí, Mexico, 1846, p. 12; Oswandel, *Notes,* p. 50; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 45, 118, 378, 409; Tennery, *Diary,* p. 81; Christopher Dishman, *A Perfect Gibraltar: The Battle of Monterrey, Mexico, 1846,* Norman, University of Oklahoma Press, 2010, pp. XVIII, 146, 192-193; James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, New York University Press, 1992, p. 10; *LEPOSLP,* 17 de octubre de 1846; Reilly, *War!,* pp. 74, 170, 180; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 453, y Manuscrito de Reeves, pp. 141, 150, 185, 347, 366.

[142] Johannsen, *To the Halls,* p. 23; Michael Van Wagenen, *Remembering the Forgotten War: The Enduring Legacies of the U.S.-Mexican War,* Amherst, University of Massachusetts Press, 2012, p. 14. Justin Smith, el primer historiador profesional estadounidense de la guerra, que escribió en los primeros años del siglo XX, influido por su propio racismo profundo, atribuyó todas las virtudes de los soldados mexicanos a su raza indígena, incluido el valor, que, para él, provenía de "el valor animal, la apatía racial o la indiferencia respecto a su miserable vida"; véase Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 10. Lo notable es que, por lo general, las fuentes estadounidenses que denigraron el valor de las tropas mexicanas tenían su origen en personas que no habían participado en la guerra; véanse algunos ejemplos en Greenberg, *Manifest Manhood,* p. 106, y Horsman, *Race,* p. 254. Véase también Theodore Laidley, *Surrounded by Dangers of All Kinds: The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley,* Denton, University of North Texas Press, 1997, pp. 57-58, 135, 155. Esas críticas solían darse después de que las tropas mexicanas se retiraban en desorden; véase McCaffrey, *Army,* p. 173.

[143] Grant, *Personal Memoirs,* p. 84.

[144] Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 453; Belarmino, *Cuestión,* pp. 61, 162; Pletcher, *Diplomacy,* p. 440; Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 10, vol. 2, p. 311; Stevens, *Rogue's March,* p. 128; *LEPOSLP,* 23 de mayo de 1846; leg. 13, 1847, SGG, AHESLP.

[145] Archivo de Guerra, leg. 439, f. 126, AGN; Archivo de Guerra, leg. 941, sin exp., s. f., AGN; Archivo de Guerra, leg. 1004, sin exp., s. f., AGN; Indiferente de Guerra, leg. 74A, sin exp., s. f., AGN; leg. 30, 1845, SGG, AHESLP; *Encarnacion,* p. 49.

[146] Leg. 10, 1847, SGG, AHESLP; Bustamante, entrada del 18 de septiembre de 1847, en *Diario;* Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 189; Stevens, *Rogue's March,* p. 100; Archivo de Guerra, leg. 401, f. 19, AGN; 1 de mayo de 1848, exp. 17, STJ, AHESLP; Carpenter, *Travels,* pp. 57, 66-67, 75, 80; *Encarnacion,* p. 52.

[147] Lo anterior se basa en un examen de los expedientes personales del Batallón Fijo de México de 1846 a 1847; véase Indiferente de Guerra, leg. 64, sin exp., s. f., AGN.

[148] Ayuntamiento, 1846-1847, leg. 1, exp. 1, AHESLP.

[149] 1 de diciembre de 1846, exp. 15, STJ, AHESLP; Archivo de Guerra, leg. 921, sin exp., s. f., AGN. Respecto a otros documentos en los que se pone de relieve la camaradería, véanse Archivo de Guerra, leg. 941, sin exp., s. f., AGN, y 1 de diciembre de 1846, exp. 3, STJ, AHESLP.

[150] Archivo de Guerra, leg. 374, exp. 3813, ff. 220-225, AGN.

[151] Laidley, *Surrounded,* p. 3. Véanse también Gene Brack, *Mexico Views Manifest Destiny,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1975, p. 79; Josiah Gregg, *Diary and Letters of Josiah Gregg,* Maurice Garland Fulton (ed.), Norman, University of Oklahoma Press, 1944, vol. 2, p. 56, y Valerio-Jiménez, *River of Hope,* p. 119.

[152] Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 189; Sánchez Navarro, *La guerra,* pp. 67-68.

[153] Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 190; Sánchez Navarro, *La guerra,* p. 48; Belarmino, *Cuestión,* pp. 93-94; Archivo de Guerra, leg. 406, s. f., sin exp., AGN.

[154] Alcorta, *Proyecto,* p. 36; Gobernación, p. 331, exp. 1, AGN; Gobernación, leg. 183, caja 1, exp. 6, AGN; exp. 2673, ff. 7-8, 18, 23, 29, ADN; Gobernación, leg. 183, caja 1, exp. 4, AGN.

[155] Indiferente de Guerra, leg. 74, sin exp., s. f., AGN.

[156] Archivo de Guerra, leg. 275, exp. 2698, ff. 55-76, AGN; leg. 13, leg. 28, leg. 33, 1847, SGG, AHESLP; exp. 2173, ff. 46, 48, ADN; Sánchez Navarro, *La guerra,* p. 74; Ampudia, *Conciudadanos,* p. 19; *Campaña contra los americanos,* p. 30 y anexos; Lewis, *Trailing,* p. 80; McCaffrey, *Army,* p. 10.

[157] Indiferente de Guerra, leg. 64, sin exp., s. f., AGN.

[158] *LEPOSLP,* 19 de enero de 1847; leg. 13, 1847, SGG, AHESLP; exp. 2319, f. 21, ADN; exp. 2567, f. 19, ADN. En lo concerniente a la declaración de Quiñónez, véanse leg. 13, 1845, SGG, AHESLP, y Bustamante, entrada del 11 de febrero de 1847, en *Diario.*

[159] Leg. 4, 1845, SGG, AHESLP. Véase también leg. 1, exp. 10, 1846, SGG, AHESLP.

[160] La cita de Garay proviene de exp. 2487, f. 13, ADN. Véanse también exp. 2062, ADN; exp. 2673, ff. 7-8, 18, ADN; Sánchez Navarro, *La guerra,* p. 74; Brack, *Mexico,* p. 154, y Municipalidades, San Ángel, Milicia Cívica, caja 166, exp. 52, AHDF. En lo que respecta a los expedientes personales, véase, por ejemplo, Indifierente de Guerra, leg. 76, sin exp., s. f., AGN.

[161] Leg. 11, 1847, SGG, AHESLP; leg. 19, leg. 28, 1845, SGG, AHESLP; *Memoria, Michoacán, 1848,* anexo 22.

[162] Impresos, 7 de enero de 1845, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 34, SGG, AHESLP; Ayuntamiento, 1846-1847, leg. 1, exp. 1, SGG, AHESLP; leg. 4, leg. 17, 1844, SGG, AHESLP; José Arturo Salazar y García, "Guanajuato durante la guerra de 1846-1848", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* pp. 309-310.

[163] Schaefer, "Citizen-Breadwinners and Vagabond-Soldiers", p. 964; Sánchez de Tagle, "La ciudad y los ejércitos", p. 147.

[164] Leg. 9, 1845, SGG, AHESLP; leg. 23, exp. 45, 1846, SGG, AHESLP. Acerca de los terratenientes que ocultaban desertores con el propósito de explotar su mano de obra, véase exp. 2179, f. 58, ADN. Respecto de las sospechas del ejército sobre las autoridades civiles, véanse leg. 19, leg. 22, 1845, SGG, AHESLP; leg. 19, exp. 10, 1846, SGG, AHESLP; leg. 21, exp. 54, 1846, y leg. 12, 1848, SGG, AHESLP.

[165] Balbontín, *La invasión,* pp. 68-69.

[166] Richard Holmes, *Redcoat: The British Soldier in the Age of Horse and Musket,* Nueva York, W. W. Norton, 2002, pp. 16, 32-33, 138, 215, 268; Wayne E. Lee, *Barbarians and Brothers: Anglo-American Warfare, 1500-1865,* Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 178-179, 190-192; Hoffman Nickerson, *The Armed Horde, 1893-1939: A Study of the Rise, Survival and Decline of the Mass Army,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1942, pp. 40-42; Steven Hoch, *Serfdom and Social Control in Russia: Petrovskoe, a Village in Tambov,* Chicago, University of Chicago Press, 1986, pp. 134, 136, 151-152, 155; Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914,* Redwood City, Stanford University Press, 1976, pp. 295, 297. La obra de Haecker y Mauck es una excelente introducción al conjunto de tácticas en las que ambos ejércitos habían sido adiestrados; véase Charles Haecker y Geoffrey G. Mauck, *On the Prairie of Palo Alto: Historical Archaeology of the U.S.-Mexican Battlefield,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, pp. 97-103.

[167] David Bell, *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It,* Boston, Houghton Mifflin, 2007, pp. 29, 36; Geoffrey Best, *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870,* Búfalo, McGill-Queen's University Press, 1998, pp. 30, 225, 246; Hoch, *Serfdom,* pp. 136, 157; Lee, *Barbarians and Brothers,* p. 205; Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in the Rosas Era,* Durham, Duke University Press, 2003, pp. 264-265; Luvas, *Frederick the Great,* p. 72.

[168] Best, *War,* pp. 20, 27-28, 31, 255; Karen Hagemann, "Of 'Manly Valor' and 'German Honor': Nation, War and Masculinity in the Age of the Prussian Uprising against Napoleon", *Central European History,* vol. 31, núm. 2 (1997), p. 194; Holmes, *Redcoat,* pp. 48, 55; Nickerson, *Armed Horde,* pp. 61, 68.

CAPÍTULO 2. Somos los muchachos rumbo a México

[1] Brian DeLay, *War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the Mexican-American War,* New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 86-109; Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire,* New Haven, Yale University Press, 2008, pp. 182, 292, 350-351, 358; Cuauhtémoc Velasco Ávila, "Sociedad, identidad y guerra entre los comanches, 1825-1835", en Leticia Reina (ed.), *La reindianización de América, siglo XIX,* México, Siglo XXI-CIESAS, 1997; Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, vol. 1, p. 64; David Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982, pp. 95, 97 [hay traducción al español: *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana,* México, FCE, 1982]; Douglas Murphy, *Two Armies on the Rio Grande: The First Campaign of the U.S. Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 2015, pp. 78-79.

[2] David Weber, *Mexican Frontier,* pp. 122-123; Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850,* Nueva York, Cambridge University Press, 2004, pp. 4, 6, 266, 268; Omar Valerio-Jiménez, *River of Hope: Forging Identity and Nation in the Rio Grande Borderlands,* Durham, Duke University Press, 2013, p. 111. Véanse los comentarios del general Francisco Mejía en exp. 2179, ff. 4-5, ADN.

[3] Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansion and the Empire of the Right,* Nueva York, Hill and Wang, 1995, p. 36; Josefina Zoraida Vázquez, "¿Dos guerras

contra Estados Unidos?", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *De la rebelión de Texas a la Guerra del 47,* México, Nueva Imagen, 1994, p. 27; David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon, and the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 1973, pp. 454-455; Daniel Walker Howe, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848,* Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 748-749.

[4] Ese argumento coincide con el que exponen Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, pp. 128-129.

[5] Vázquez, "Dos guerras", p. 22; Timothy J. Henderson, *A Glorious Defeat: Mexico and Its War with the United States,* Nueva York, Hill and Wang, 2007, p. 189; Gene Brack, *Mexico Views Manifest Destiny,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1975, pp. 56, 58, 85, 88-89; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 211.

[6] Pletcher, *Diplomacy,* p. 367; Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, pp. 2-4, 9; Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846,* México, EOSA, 1988, p. 186; *La verdad desnuda sobre la guerra de Tejas o sea contestación al folleto titulado la guerra de Tejas sin máscara,* México, s. e., 1845.

[7] Josefina Zoraida Vázquez, "La guerra que puso en peligro la unidad nacional", en *Simposium de historia regional. La Angostura en la intervención norteamericana, 1846-1848,* Saltillo, Secretaría de Educación Pública de Coahuila, 1998, p. 13; *Memoria del ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación, leída en el Senado el 11 y en la Cámara de Diputados el 12 de marzo de 1845,* México, Ignacio Cumplido, 1845; *La guerra de Tejas sin máscara,* México, Imprenta de V. G. Torres, 1845.

[8] Ésa es la opinión de Timothy Henderson; véase Henderson, *Glorious Defeat,* p. 188.

[9] Vázquez, "La guerra que puso en peligro", p. 14; Soto, *La conspiración,* p. 188.

[10] Brack, *Mexico,* pp. 58, 82-83.

[11] *Ibid.,* p. 117; Felice Flannery Lewis, *Trailing Clouds of Glory: Zachary Taylor's Mexican War Campaign and His Emerging Civil War Leaders,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2010, pp. 60-61; Pletcher, *Diplomacy,* p. 375; Jack Bauer, *Surfboats and Horse Marines: U.S. Naval Operations in the Mexican War, 1846-48,* Annapolis, Naval Institute, 1969, pp. 9, 13; George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The US Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, p. 60; exp. 2174, ff. 167-168, ADN.

[12] George McClellan, *The Mexican War Diary and Correspondence of George B. McClellan,* Thomas Cutrer (ed.), Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2009, p. 17; exp. 2176, ff. 83-88, ADN; Pedro de Ampudia, *Conciudadanos: Siendo para mí una mácsima incontrovertible que todo hombre público cuanto mayor sea categoría tiene en los paises donde imperan las leyes y la libertad, la obligacion precisa de dar cuenta de su conducta,* San Luis Potosí, 1846, p. 7; Moisés Guzmán Pérez, *Las relaciones clero-gobierno en Michoacán: La gestión episcopal de Juan Cayetano Gómez de Portugal,* México, LIX Legislatura, Cámara de Diputados, 2005, p. 167.

[13] Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the*

Mexican War, College Station, Texas A&M University Press, 1997, pp. 24, 89; *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, leída en la Cámara de Senadores el día 10 y la de Diputados el día 11 de marzo de 1845,* México, Vicente García Torres, 1845, p. 21; George Meade, *The Life and Letters of George Gordon Meade, Major General United States Army,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1913, p. 77; Murphy, *Two Armies,* pp. 45, 151, 196-200. Las mejores descripciones de las diferencias entre la efectividad de la artillería de los dos ejércitos se encuentran en Charles Haecker y Geoffrey G. Mauck, *On the Prairie of Palo Alto: Historical Archaeology of the U.S.-Mexican Battlefield,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, pp. 75-87, y Murphy, *Two Armies,* pp. 197-199.

[14] Ulysses S. Grant, *Personal Memoirs,* Westminster (MD), Random House, 1999, p. 44; C. M. Reeves, "Five Years an American Soldier, Comprising Adventures at Palo Alto, Resaca de la Palma, Monterrey, Vera Cruz, Cerro Gordo, and in the Battles in the Valley of Mexico, Interspersed with Anecdotes of Military Life, in Peace and War", en Henry Howe (ed.), *Adventures and Achievements of Americans, a Series of Narratives Illustrating Their Heroism, Self-Reliance, Genius and Enterprise,* Cincinnati y Nueva York, Henry Howe-Geo. F. Tuttle, 1860, p. 443.

[15] C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL (citado en adelante como Manuscrito de Reeves), p. 146.

[16] *Ibid.,* p. 141.

[17] José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, p. 85; *Campaña contra los americanos del norte,* 1a parte, *Relación histórica de los cuarenta días que mandó en Gefe el ejército del norte el E. Sr. General de División don Mariano Arista,* México, Ignacio Cumplido, 1846, p. 10; Ampudia, *Conciudadanos,* p. 12.

[18] Ampudia, *Conciudadanos,* pp. 9-10, 18, 22; exp. 2174, ff. 2-4, 56, ADN; *Campaña contra los americanos,* p. 13; José López Uraga, *Sumaria mandada formar a pedimento del Sr. Coronel del 4 Regimiento de infantería,* México, Navarro, 1846, pp. 14-16, 18.

[19] James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, New York University Press, 1992, p. 10; Lewis, *Trailing,* p. 80.

[20] En Haecker y Mauck, *On the Prairie of Palo Alto,* pp. 29-48, se puede ver un relato excelente y detallado.

[21] Exp. 2174, f. 5, ADN; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 1, pp. 170-171.

[22] Smith, *War,* vol. 1, p. 172; *Campaña contra los americanos,* pp. 14-15. Douglas Murphy cree que los opositores políticos de Arista en las fuerzas mexicanas, Ampudia en particular, alentaron los rumores de la traición de aquél; véase Murphy, *Two Armies,* pp. 39, 155.

[23] Smith, *War,* vol. 1, p. 171; *Campaña contra los americanos,* p. 19; exp. 2174, ff. 53, 56, 99-100, ADN; Manuscrito de Reeves, p. 150; Murphy, *Two Armies,* p. 223.

[24] McCaffrey, *Army,* p. 13; *Campaña contra los americanos,* anexo 2; Murphy, *Two Armies,* p. 234.

[25] Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 48; *Campaña contra los americanos,* pp. 22, 30-33; exp. 2178, f. 66, ADN; Peter Stevens, *The Rogue's March: John Riley and the St. Patrick's*

Battalion, 1846-1848, Washington (DC), Brassey's, 1999, p. 128; Murphy, *Two Armies,* pp. 238, 258-260.

26 Howe, *What Hath,* p. 741; Amy Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of Mexico,* Nueva York, Knopf, 2012, pp. 101-105; Pletcher, *Diplomacy,* pp. 384-390. El mensaje de Polk está reproducido en *A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents Prepared under the Direction of the Joint Committee on Printing of the House and Senate,* Nueva York, Bureau of National Literature, 1908, p. 2287-2292; la cita es de p. 2292.

27 Murphy, *Two Armies,* p. 262.

28 María Cristina González Ortiz, "La rivalidad regional y partidista en los debates del Congreso de Estados Unidos durante la guerra con México", en Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega (eds.), *Historia y nación II: Política y diplomacia en el siglo XIX mexicano,* México, El Colegio de México, 1998, p. 382; Thomas R. Hietala, *Manifest Design: Anxious Aggrandizement in Late Jacksonian America,* Ithaca, Cornell University Press, 1985; Howe, *What Hath,* pp. 741-742; David Clary, *Eagles and Empire: The United States, Mexico, and the Struggle for a Continent,* Nueva York, Bantam Books, 2009, pp. 100-101; Greenberg, *Wicked War,* pp. 103-108; Winders, *Mr. Polk's,* p. 11; Pletcher, *Diplomacy,* pp. 384-390; la cita proviene de la página 392.

29 Greenberg, *Wicked War,* p. 115; Joseph W. Pearson, "The Dilemma of Dissent: Kentucky's Whigs and the Mexican War", *Ohio Valley History,* vol. 12, núm. 2 (verano de 2012), pp. 26-27, 30, 34; Robert Johannsen, *To the Halls of Montezuma: The Mexican War in the American Imagination,* Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 10-12.

30 Soto, *La conspiración;* Michael Costeloe, *The Central Republic in Mexico:* Hombres de Bien *in the Age of Santa Anna,* Nueva York, Cambridge University Press, 1993, pp. 284-297.

31 Barbara Corbett, "La política potosina y la Guerra con Estados Unidos", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, pp. 457-458; Will Fowler, *Mexico in the Age of Proposals, 1821-1853,* Westport, Greenwood, 1998, pp. 129-161; José Antonio Serrano Ortega, *Jerarquía territorial y transición política: Guanajuato, 1790-1836,* Zamora, El Colegio de Michoacán-Instituto Mora, 2001, pp. 295-301.

32 Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1996, pp. 81-177 [hay traducción al español: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857,* Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001]; Michael Ducey, *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850,* Tucson, University of Arizona Press, 2004, pp. 120-141. Esa versión del federalismo fue probablemente más común de lo que la gente cree; véanse, por ejemplo, Gobernación, sin sección, leg. 323, exp. 3, AGN; Gobernación, sin sección, leg. 324, exp. 1, AGN, y Gobernación, leg. 244, caja 2, exp. 2, AGN.

33 Richard Warren, *Vagrants and Citizens: Politics and the Masses in Mexico City from Colony to Republic,* Wilmington, SR Books, 2001; Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848,* Fort Worth, Texas Christian Uni-

versity Press, 1996; Rosalina Ríos Zúñiga, “Popular Uprising and Political Culture in Zacatecas: The Sombrerete Uprisings (1829)”, *Hispanic American Historical Review,* vol. 87, núm. 3 (agosto de 2007), pp. 499-536; Peter Guardino, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850,* Durham, Duke University Press, 2005, pp. 156-222 [hay traducción al español: *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, 2009]; Peter Guardino, “La identidad nacional y los afromexicanos en el siglo XIX”, en Brian Connaughton (ed.), *Prácticas populares, cultura política y poder en México, siglo XIX,* México, UAM Iztapalapa-Juan Pablos, 2008; José Fernando Ramírez, *México durante la guerra con Estados Unidos,* México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1905, p. 132.

[34] Ríos Zúñiga, “Popular Uprising”; Peter Guardino, “Identity and Nationalism in Mexico: Guerrero, 1780-1840”, *Journal of Historical Sociology,* vol. 7, núm. 3 (septiembre de 1994), pp. 314-342; Guardino, *Time of Liberty,* pp. 156-222.

[35] Por mucho, el mejor análisis de la carrera y las decisiones políticas de Santa Anna es el de Will Fowler, *Santa Anna of Mexico,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2007 [hay traducción al español: *Santa Anna,* México, Crítica, 2018].

[36] Guardino, *Peasants,* pp. 168-169; Josefina Zoraida Vázquez, “México y la guerra con los Estados Unidos”, en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 42; Smith, *War,* vol. 2, p. 312; Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 74-76.

[37] Costeloe, *Central,* pp. 293-294.

[38] Fowler, *Santa Anna,* pp. 251-255; A. Brooke Caruso, *The Mexican Spy Company: United States Covert Operations in Mexico,* Jefferson, McFarland, 1991, pp. 62-78; Bauer, *Surfboats,* p. 27.

[39] Costeloe, *Central,* pp. 296-297.

[40] Vázquez, “México y la guerra”, p. 41; Antonio Escobar Ohmstede, “La guerra entre México y los Estados Unidos en 1848 y sus consecuencias en las Huastecas”, en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 267; José Antonio Serrano Ortega, “Hacienda y guerra, élites políticas y gobierno nacional: Guanajuato, 1835-1847”, en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 244; María del Carmen Salinas Sandoval, “El Estado de México durante la guerra México-Estados Unidos, 1846-1848”, en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 217-223; María del Carmen Salinas Sandoval, *Política interna e invasión norteamericana en el Estado de México, 1846-1848,* Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2000, pp. 119-121, 125-126; Jesús Gómez Serrano, “El otro frente de la guerra”, en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA-Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, p. 107; El Cronista Mexicano, *La feliz aparición del 19 de mayo del corriente año,* México, Imprenta de Mariano Arévalo, 1847; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 79; Mercedes de la Vega, “Puros y moderados: un obstáculo para la defensa nacional, Zacatecas: 1846-1848”, en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 617, 619, 621, 626-628.

[41] Leg. 14, exp. 22, 1846, SGG, AHESLP; Gobernación, leg. 220, caja 1, exp. 1, AGN; Carlos Rodríguez Venegas, “Las finanzas públicas y la guerra contra los Estados Unidos, 1846-1848”, en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 127; Manuel Muro Rocha, *Historia de San Luis Potosí,* México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1973, vol. 2, pp. 559-563; Mercedes de la Vega, “Zacatecas: entre la

guerra y el federalismo radical", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 702; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 229.

[42] Gobierno de Guanajuato, *Exposición y expediente que el Gobierno de Guanajuato dirige al Honorable Congreso del mismo, con motivo de las contestaciones ocurridas entre el Ministerio de la Guerra, General en Gefe del Ejército del Norte y el propio gobierno, sobre varios puntos del mayor interés para la administración pública del Estado,* Guanajuato, Tipografía de Oñate, 1847; Serrano Ortega, "Hacienda y guerra", p. 261; Mercedes de la Vega y María Cecilia Zuleta, *Testimonios de una guerra: México, 1846-1848,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, vol. 2, p. 526-528.

[43] Michael Ducey me hizo ese señalamiento en una comunicación personal. Véase, por ejemplo *Constitución política del Estado de México,* México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1846, pp. 3-4.

[44] Guardino, *Peasants,* p. 169; Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 2-3; Reynaldo Sordo Cedeño, "El faccionalismo en la guerra con los Estados Unidos 1846-1848", en *Simposium,* p. 27. La cita fue tomada de una carta mencionada en Bustamante, *El nuevo,* vol. 2, p. 138.

[45] Varios autores han mencionado ese efecto contradictorio. Véase María del Pilar Iracheta Cenecorta, "Federalismo e invasión norteamericana en el Estado de México (1846-1848)", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 298.

[46] Winders, *Mr. Polk's,* pp. 9, 59; Paul Foos, *A Short, Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, p. 84.

[47] David Bell, *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It,* Boston, Houghton Mifflin, 2007, p. 81; Geoffrey Best, *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870,* Búfalo, McGill-Queen's University Press, 1998, p. 78; Anna Clark "The Rhetoric of Masculine Citizenship: Concepts and Representations in Modern Western Culture", en Stefan Dudink, Karen Hagemann y Anna Clark (eds.), *Representing Masculinity: Male Citizenship in Modern Western Culture,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, p. 5; Karen Hagemann, "Of 'Manly Valor' and 'German Honor': Nation, War and Masculinity in the Age of the Prussian Uprising against Napoleon", *Central European History,* vol. 31, núm. 2 (1997), p. 205; Luis Fernando Granados, "Crust and Crumb of the U.S.-Mexican War: Soldiers Citizens, and the Course of Liberalism in North America", manuscrito inédito, sin fecha, p. 2.

[48] Clark, "Rhetoric", p. 11; Bell, *Total War,* p. 28; Best, *War,* p. 77; Romana Falcón, "Indígenas y justicia durante la era juarista: el costo social de la 'contribución de sangre' en el Estado de México", en Antonio Escobar (ed.), *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez (1847-1872),* México, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca-UAM, 2007, pp. 132-133; Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914,* Redwood City, Stanford University Press, 1976, pp. 298-302.

[49] Clark, "Rhetoric", p. 5; Hagemann, "Of 'Manly Valor'", pp. 214, 219; Karen Hagemann, "A Valorous Folk Family: The Nation, the Military, and the Gender Order in Prussia in the Time of the Anti-Napoleonic Wars, 1806-1815", en *Gendered Nations: Nationalisms and Gender Order in the Long Nineteenth Century,* Ida Blom, Karen Hagemann y Catherine Hall (eds.), Oxford, Berg, 2000, p. 189; Gregory Knouff, "White Men in Arms: Concepts of Citizenship and Masculinity in Revolutionary Ameri-

ca", en Dudink, Hagemann y Clark (eds.), *Representing Masculinity,* p. 38; Genevieve Lloyd, "Selfhood, War, and Masculinity", en Carol Pateman y E. Gross (eds.), *Feminist Challenges: Social and Political Theory,* Boston, Northeastern University Press, 1987, pp. 64, 75; Robert Nye, "Western Masculinities in War and Peace", *American Historical Review,* vol. 112, núm. 2 (abril de 2007), pp. 417-418.

[50] Matthew Brown, "Adventurers, Foreign Women and Masculinity in the Colombian Wars of Independence", *Feminist Review,* vol. 79 (2005), p. 40.

[51] Bell, *Total War,* esp. pp. 9, 126, 251; Hoffman Nickerson, *The Armed Horde, 1893-1939: A Study of the Rise, Survival and Decline of the Mass Army,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1942, p. 92.

[52] Laura Jensen, *Patriots, Settlers, and the Origins of American Social Policy,* Nueva York, Cambridge University Press, 2003, p. 53; Johannsen, *To the Halls,* p. 39; Foos, *Short,* pp. 33-34; Fred Anderson y Andrew Cayton, *The Dominion of War: Empire and Liberty in North America, 1500-2000,* Nueva York, Penguin, 2004, p. 178.

[53] Knouff, "White", pp. 26, 38.

[54] Granados, "Crust", pp. 24, 25; Anderson y Cayton, *Dominion,* pp. 213, 217, 289; Alexander Saxton, *The Rise and Fall of the White Republic: Class Politics and Mass Culture in Nineteenth Century America,* Londres, Verso, 1990, p. 145.

[55] Winders, *Mr. Polk's,* pp. 68, 195; Hietala, *Manifest Design,* p. 207. En realidad, muchos de los hombres que Andrew Jackson condujo en la batalla de Nueva Orleans no eran blancos milicianos reclutados como soldados ciudadanos; su ejército incluía negros libres, piratas del Golfo de México, indígenas e incluso algunos esclavos; no obstante, los milicianos de Tennessee y Kentucky eran los glorificados por los partidarios de Jackson; véase Howe, *What Hath,* pp. 8-9, 17-18.

[56] Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, pp. 2-4; R. C. Buley, "Indiana in the Mexican War: The Indiana Volunteers", *Indiana Magazine of History,* vol. 15, núm. 3 (septiembre de 1919), p. 263; Johannsen, *To the Halls,* p. 27; Winders, *Mr. Polk's,* p. 25; Benjamin Franklin Scribner, *Camp Life of a Volunteer: A Campaign in Mexico; or, A Glimpse at Life in Camp by "One Who Has Seen the Elephant",* Austin, Jenkins, 1975, p. 16.

[57] Winders, *Mr. Polk's,* p. 68.

[58] Theodore Laidley, *Surrounded by Dangers of All Kinds: The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley,* Denton, University of North Texas Press, 1997, p. 13; Foos, *Short,* p. 8; Howe, *What Hath,* p. 749; Kim Gruenwald, *River of Enterprise: The Commercial Origins of Regional Identity in the Ohio Valley, 1790-1850,* Bloomington, Indiana University Press, 2002, p. XI.

[59] Foos, *Short,* p. 49; Howe, *What Hath,* pp. 137-139; Lynea Magnuson, *In the Service of Columbia: Gendered Politics and Manifest Destiny Expansion,* tesis de doctorado, University of Illinois, 2001, pp. 208-211; Julie Mujic, "A Border Community's Unfulfilled Appeals: The Rise and Fall of the 1840s Anti-abolitionist Movement in Cincinnati", *Ohio Valley History,* vol. 7, núm. 2 (verano de 2007), pp. 53-58; Kevin Phillips, *The Cousins' Wars: Religion, Politics, and the Triumph of Anglo-America,* Nueva York, Basic Books, 1999, pp. 345, 375, 419-420; Malcolm Rohrbough, *The Trans-Appalachian Frontier: Peoples, Societies, Institutions,* 3a ed., Bloomington, Indiana University Press, 2008, p. 230; James Simeone, *Democracy and Slavery in Frontier Illinois: The Bottom-*

land Republic, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2000, pp. 4-6; Roger A. Van Bolt, "Hoosiers and the Western Program, 1844-1848", *Indiana Magazine of History,* vol. 58, núm. 3 (1952), p. 169; Gruenwald, *River of Enterprise,* pp. 49, 121, 141.

[60] Rohrbough, *Trans-Appalachian Frontier,* pp. 575-576; Howe, *What Hath,* p. 86; Theda Perdue y Michael Green, *The Cherokee Nation and the Trail of Tears,* Nueva York, Penguin, 2007, pp. 48-49; Justin Smith, *War,* vol. 1, pp. 124-125.

[61] William Hugh Robarts, *Mexican War Veterans: A Complete Roster of the Regular and Volunteer Troops in the War between the United States and Mexico, from 1846 to 1848,* Washington (DC), Brentano's, 1887.

[62] Ted C. Hinckley, "American Anti-Catholicism during the Mexican War", *Pacific Historical Review,* vol. 31 (mayo de 1962), p. 130; Johannsen, *To the Halls,* p. 26; Winders, *Mr. Polk's,* p. 71; Pearson, "Dilemma", pp. 26-34; Greenberg, *Wicked War,* pp. 113-118; George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 6; *Encarnacion Prisoners: Comprising an Account of the March of the Kentucky Cavalry from Louisville to the Rio Grande...,* Louisville, Prentice and Weissanger, 1848, p. 3. La cita proviene de 1 de mayo de 1846, MS qB918RM, Robert Buchanan Letters, CHSL.

[63] Johannsen, *To the Halls,* pp. 25, 27; Winders, *Mr. Polk's,* pp. 71-73; McCaffrey, *Army,* pp. 18-19; Foos, *Short,* p. 47; Miguel González Quiroga, "Nuevo León ante la invasión norteamericana, 1846-1849", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 436.

[64] Albert G. Brackett, *General Lane's Brigade in Central Mexico,* Cincinnati, H. W. Derby, 1854, p. 261; A. C. Pickett, *A. C. Pickett's Private Journal of the U.S.-Mexican War,* Jo Blatti (ed.), Little Rock, Butler Center Books, 2011, p. 45; S. Compton Smith, *Chile con Carne; or, The Camp and the Field,* Nueva York, Miller and Curtis, 1857, p. 66; entrada 111, Book Records of Volunteer Organizations: Mexican War, 1846-1848, Capt. Duncan's Independent Co., Mounted Volunteers, RG 94, NA; Coulter, *Volunteers,* apéndice; Adolphus Engelman, "The Second Illinois in the Mexican War: The Mexican War Letters of Adolphus Engelman, 1846-1847", *Journal of the Illinois State Historical Society,* vol. 26 (enero de 1934), p. 393; Henry S. Lane, "The Mexican War Journal of Henry S. Lane", Graham Barringer (ed.), *Indiana Magazine of History,* vol. 53, núm. 4 (diciembre de 1957), pp. 403, 410; George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* pp. 42-43.

[65] Johannsen, *To the Halls,* pp. 66-67; Pearson, "Dilemma", pp. 32, 37; Isaac Smith, *Reminiscences of a Campaign in Mexico: An Account of the Operations of the Indiana Brigade on the Line of the Rio Grande and Sierra Madre, and a Vindication of the Volunteers against the Aspirations of Officials and Unofficials,* 2a ed., Indianápolis, Chapman and Spann, 1848, p. 6; Oran Perry (ed.), *Indiana in the Mexican War,* Indianápolis, W. B. Burford, 1908, pp. 32-47; Henry Clay Duncan, "Monroe County in the Mexican War", *Indiana Magazine of History,* vol. 12, núm. 4 (1916), p. 291. Acerca de un hombre que se alistó estando lejos de su comunidad, véase J. Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, p. 7.

[66] William H. Daniel, *Military Diary,* pp. 98, 100, MS A D184, FHS.

[67] Oswandel, *Notes,* pp. 8, 65, 220; Coulter, *Volunteers,* pp. 80, 142; Isaac Smith, *Reminiscences,* pp. 31-33; Pearson, "Dilemma", pp. 31-32; Foos, *Short,* p. 94; Johannsen, *To the Halls,* pp. 52, 64; McCaffrey, *Army,* p. 136.

[68] Franklin Smith, *The Mexican War Journal of Captain Franklin Smith,* Jackson, University Press of Mississippi, 1991, p. 85.

[69] 13 de septiembre de 1846, MS A 585, Levi White Papers, FHS.

[70] William H. Daniel, *Military Diary,* p. 63.

[71] Oswandel, *Notes,* pp. 30, 232; Coulter, *Volunteers,* pp. 170, 175; *Volunteers! Men of the Granite State!,* Portsmouth, sin editor, 2 de febrero de 1847; Perry, *Indiana,* pp. 52, 229, 298.

[72] Pickett, *A. C. Pickett's Private Journal,* pp. 86, 92.

[73] Jorge Belarmino, *Cuestión de sangre,* México, Planeta, 2008, p. 106; Christopher Dishman, *A Perfect Gibraltar: The Battle of Monterrey, Mexico, 1846,* Norman, University of Oklahoma Press, 2010, pp. 50-51; Lewis, *Trailing,* p. 125; McCaffrey, *Army,* pp. 117-118; Winders, *Mr. Polk's,* p. 87; Coulter, *Volunteers,* pp. 241, 259; 28 de julio de 1846, MS C S, Thomas T. Summers, FHS; Henry Edwards, *Diary during Mexican War Service, 1846-1846,* p. 24, ISHS.

[74] Foos, *Short,* p. 116. Véanse también Johannsen, *To the Halls,* p. 63, y Winders, *Mr. Polk's,* p. 200.

[75] Foos, *Short,* p. 32; Joshua S. Goldstein, *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Vice Versa,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 169; Coulter, *Volunteers,* pp. 121-122; EE382, RG 153, NA.

[76] Coulter, *Volunteers,* pp. 203, 216, 226, 295-296; Oswandel, *Notes,* p. 88. En el siglo XIX, los hombres estadounidenses dormían juntos para darse calor y el hecho de que lo hicieran no implicaba ningún comportamiento erótico; véase James Broomall, "'We Are a Band of Brothers': Manhood and Community in Confederate Camps and Beyond", *Civil War History,* vol. 60, núm. 3 (2014), p. 293.

[77] Winders, *Mr. Polk's,* pp. 125-127; Perry, *Indiana,* p. 193; Scribner, *Camp,* pp. 23, 39; Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, p. 133; Coulter, *Volunteers,* pp. 125-127; Broomall, "'We Are a Band of Brothers'", pp. 294, 298.

[78] 21 de abril de 1848, MS A R943 2, Runyon Family Papers, FHS; Lane, "Mexican", p. 406; Thomas Tennery, *The Mexican War Diary of Thomas D. Tennery,* Norman, University of Oklahoma Press, 1970, p. 15.

[79] Foos, *Short,* p. 51; Perry, *Indiana,* p. 193.

[80] McCaffrey, *Army,* pp. 25-26; Perry, *Indiana,* p. 65. Las supuestas memorias son las de Eliza Allen Billings, *The Female Volunteer; or, The Life and Adventures of Miss Eliza Allen, a Young Lady of Eastport, Maine,* sin editor, 1851.

[81] Foos, *Short,* p. 51; Steven Aron, *How the West Was Lost: The Transformation of Kentucky from Daniel Boone to Henry Clay,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996, p. 24.

[82] Oswandel, *Notes,* p. 9. Véanse también *ibid.*, pp. 8-13; Buley, "Indiana in the Mexican War: The Indiana Volunteers", p. 267; Johannsen, *To the Halls,* p. 27; Samuel Curtis, *Mexico under Fire: Being the Diary of Samuel Ryan Curtis, 3rd Ohio Volunteer Regiment, during the American Military Occupation of Northern Mexico, 1846-1847,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1994, p. 5; Lane, "Mexican", p. 387, y Scribner, *Camp,* p. 11.

[83] Pearson, "Dilemma", p. 35; Perry, *Indiana,* pp. 31, 52; Buley, "Indiana in the Mexican War: The Indiana Volunteers", p. 267; McCaffrey, *Army,* pp. 21-22; Winders, *Mr. Polk's,* p. 71.

[84] Duncan, "Monroe County", p. 290; McCaffrey, *Army,* pp. 21-22; Winders, *Mr. Polk's,* p. 71; Buley, "Indiana in the Mexican War: The Indiana Volunteers", p. 267; Per-

ry, *Indiana,* pp. 39, 41-42, 48, 54, 56, 205. Con respecto al estandarte de Louisville, véase Abner Doubleday, *My Life in the Old Army,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1998, p. 103, y acerca del estandarte de Columbus, véase Perry, *Indiana,* p. 173.

[85] Rohrbough, *Trans-Appalachian Frontier,* p. 11.

[86] Oswandel, *Notes,* p. 247; Tennery, *Diary,* p. 66. Véase también 18 de enero de 1847, Carr Family Papers, ISHS; 9 de octubre de 1847, 21 de abril de 1848, MS A R943 2, Runyon Family Papers, FHS; Robert H. Milroy, Samuel I. Milroy, E. M. H. Beck y William E. Pearsons, "Mexican War Letters", *Indiana Magazine of History,* vol. 25, núm. 2 (1929), pp. 166, 168, y Perry, *Indiana,* pp. 49-50.

[87] 10 de septiembre, 24 de octubre de 1846, folder 2, y 12 y 21 de noviembre de 1846, 3 y 13 de enero de 1847, folder 3, en Benjamin Franklin Scribner Papers, ISHS; Thomas Ware Gibson, "The Mexican War, Some Personal Correspondence", *Indiana Magazine of History,* vol. 65, núm. 2 (1969), p. 138.

[88] 3 y 4 de noviembre de 1846, MS A C877 1, Cox Family Papers, FHS. Véanse también 10 de enero de 1847, 1 de agosto de 1846, MS A C877 1, Cox Family Papers, FHS; 17 y 31 de diciembre de 1847, Smith-Holliday Family Papers, ISHS; McCaffrey, *Army,* p. 87.

[89] Amy Greenberg, *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire,* Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 55, 88-91. En lo concerniente a la ansiedad expresada al respecto, véase 16 de marzo de 1848, Smith-Holliday Family Papers, ISHS.

[90] 1 de marzo de 1847, MS A C877 1, Cox Family Papers, FHS; sin fecha, folder 3, Benjamin Franklin Scribner Papers, ISHS.

[91] Johannsen, *To the Halls,* p. 26; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* p. 171.

[92] 4 de noviembre de 1846, MS A C877 1, Cox Family Papers, FHS.

[93] Perry, *Indiana,* pp. 70, 92, 126-127; Buley, "Indiana in the Mexican War: The Indiana Volunteers", pp. 275-276; Johannsen, *To the Halls,* p. 261; Pearson, "Dilemma", p. 35.

[94] Foos, *Short,* p. 68; Albert Lombard, *"The High Private" with a Full and Exciting History of the New York Volunteers, and the "Mysteries and Miseries" of the Mexican War, in Three Parts—Part First,* Nueva York, Printed for the Publisher, 1848, pp. 7-10, 19, 25, 47.

[95] Duncan, "Monroe County", pp. 291-292; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 26, 67, 102, 141-142, 158, 169, 209; 28 de mayo, 1 de julio de 1846, MS A B628 3, Blackburn Family Papers, FHS.

[96] Manuscrito de Reeves, pp. 221-222.

[97] Johannsen, *To the Halls,* p. 142; Michael Van Wagenen, *Remembering the Forgotten War: The Enduring Legacies of the U.S.-Mexican War,* Amherst, University of Massachusetts Press, 2012, pp. 28-29; 28 de julio de 1848, MS A T636 1, Todd Family Papers, FHS; Isaac Smith, *Reminiscences,* p. 90; Duncan, "Monroe County", p. 292; 23 de agosto de 1846, MS A B628 3, Blackburn Family Papers, FHS; Perry, *Indiana,* pp. 172-173, 297, 321-322; Oswandel, *Notes,* pp. 329-333, 339.

[98] McCaffrey, *Army,* p. 210; Greenberg, *Wicked War,* p. 130; Alonzo D. Sampson, *Three Times around the World: Life and Adventures of Alonzo D. Sampson,* Búfalo, Express, 1867, p. 7.

[99] Greenberg, *Manifest Manhood,* pp. 8-14, 139-140, 178-180. Véanse también, por ejemplo Michael Pierson, *Free Hearts and Free Homes: Gender and American Antislav-*

ery Politics, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007, p. 8, y Bruce Dorsey, *Reforming Men and Women: Gender in the Antebellum City,* Ithaca, Cornell University Press, 2002, p. 146.

[100] Aron, *How the West Was Lost,* pp. 86, 114-115; Howe, *What Hath,* pp. 127, 330, 435, 528, 707, 771; Nicole Etcheson, *The Emerging Midwest: Upland Southerners and the Political Culture of the Old Northwest, 1787-1861,* Bloomington, Indiana University Press, 1996, pp. 28-31; Knouff, "White", p. 28; Rohrbough, *Trans-Appalachian Frontier,* p. 126; Bertram Wyatt-Brown, *Southern Honor: Ethics and Behavior in the Old South,* ed. del XXV aniversario, Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 168-169, 353, 366-370; Curtis, *Mexico,* p. 73; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 26-27, 40-41; 28 de mayo de 1848, MS C W, FHS.

[101] Peter Guardino, "Gender, Soldiering, and Citizenship in the Mexican-American War of 1846-1848", *American Historical Review,* vol. 119, núm. 1 (febrero de 2014), pp. 42-43; Howe, *What Hath,* p. 771.

[102] Coulter, *Volunteers,* p. 14; Isaac Smith, *Reminiscences,* p. 6; Perry, *Indiana,* pp. 16, 66, 76; Winders, *Mr. Polk's,* pp. 12, 78, 83; Buley, "Indiana in the Mexican War", pp. 269-271; *Arkansas State Gazette,* 6 de febrero de 1847.

[103] Oswandel, *Notes,* p. 10. Véanse también Rohrbough, *Trans-Appalachian Frontier,* p. 551; Howe, *What Hath,* pp. 491, 497; Samuel Chamberlain, *My Confession: Recollections of a Rogue,* Austin, Texas State Historical Association, 1996, p. 50, y George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* pp. 38, 47.

[104] Engelman, "Second Illinois", pp. 366, 374, 378-379; Milroy *et al.,* "Mexican", p. 168; Winders, *Mr. Polk's,* p. 77.

[105] Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, p. 174; Foos, *Short,* pp. 13, 32; Winders, *Mr. Polk's,* pp. 13, 81; Tennery, *Diary,* p. 94; Engelman, "Second Illinois", p. 426; Scribner, *Camp,* p. 11.

[106] Oswandel, *Notes,* p. 57. Véanse también *ibid.,* p. 136, y Lombard, *"The High Private",* p. 23.

[107] Jonathan W. Buhoup, *Narrative of the Central Division, or Army of Chihuahua, Commanded by Brigadier General Wool...,* Pittsburgh, M. P. Morse, 1847, pp. 67-72; EE371, RG 153, NA.

[108] EE303, RG 153, NA.

[109] EE374, RG 153, NA.

[110] Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 109-110; Winders, *Mr. Polk's,* p. 85; Coulter, *Volunteers,* pp. 98, 243, 250, 258.

[111] Coulter, *Volunteers,* pp. 37, 226. Acerca de los uniformes, véase Brackett, *General,* pp. 34-35; Foos, *Short,* p. 101; Winders, *Mr. Polk's,* p. 112.

[112] 22 de junio de 1846, caja 2 249, MS qJ72RM, Col. John Johnston Letters, CHSL; Josiah Gregg, *Diary and Letters of Josiah Gregg,* Maurice Garland Fulton (ed.), Norman, University of Oklahoma Press, 1944, vol. 2, p. 34; George McClellan, *The Mexican War Diary of George B. McClellan,* Princeton, Princeton University Press, 1917, p. 43; Tom Reilly, *War with Mexico! America's Reporters Cover the Battlefront,* Lawrence, University of Kansas Press, 2010, p. 15, 40; Winders, *Mr. Polk's,* p. 84.

[113] EE329, RG 153, NA; Winders, *Mr. Polk's,* p. 82; Coulter, *Volunteers,* p. 267; Franklin

Smith, *Mexican War Journal,* p. 85. La cita de John Lowe fue tomada de George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 44.

[114] Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 147-148.

[115] Buhoup, *Narrative,* p. 39; Curtis, *Mexico,* p. 174; Zachary Taylor, *Letters of Zachary Taylor from the Battle-Fields of the Mexican War,* Rochester, Genesee, 1908, p. 22; González Quiroga, "Nuevo León", p. 451.

[116] *Arkansas State Gazette,* 6 de febrero de 1847; 2 de septiembre de 1846, MS C Ra, Rogers Family, FHS; Buhoup, *Narrative,* p. 25; Chamberlain, *My Confession,* p. 50; Lane, "Mexican", pp. 406, 418; McClellan, *Mexican War Diary and Correspondence,* p. 39; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 319.

[117] McCaffrey, *Army,* pp. 42-44; Buhoup, *Narrative,* pp. 14-15. Sobre los accidentes, véanse Doubleday, *My Life,* p. 67; Engelman, "Second Illinois", p. 377; Perry, *Indiana,* p. 65; Foos, *Short,* p. 90; Buhoup, *Narrative,* pp. 23, 33, y EE312, EE405, RG 153, NA.

[118] Buhoup, *Narrative,* pp. 15, 20, 22; Oswandel, *Notes,* pp. 97, 268, 329; *Coulter, Volunteers,* p. 104, 226; Isaac Smith, *Reminiscences,* p. 39.

[119] EE553, EE554, RG 153, NA.

[120] EE382, RG 153, NA; Oswandel, *Notes,* pp. 220-221.

[121] Con respecto a algunos grupos de soldados más numerosos que desafiaron verbalmente a sus oficiales, véanse Pickett, *A. C. Pickett's Private Journal,* p. 108, y Oswandel, *Notes,* p. 222, y, respecto de los huevos podridos, véanse Coulter, *Volunteers,* pp. 257, 281, y Oswandel, *Notes,* p. 307.

[122] En lo concerniente a los casos que terminaron con un acuerdo transigido, véase Edwards, *Diary during Mexican War Service,* pp. 22-23, 32-33; Chamberlain, *My Confession,* pp. 50-52, y Buhoup, *Narrative,* pp. 67-72.

[123] Winders, *Mr. Polk's,* pp. 190-191; Reilly, *War!,* p. 156; EE554, RG 153, NA; George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* pp. 424-429.

[124] McCaffrey, *Army,* pp. 91-92; EE554, RG 153, NA; Chamberlain, *My Confession,* p. 167.

[125] Hill, *Fighter,* p. 45; Perry, *Indiana,* p. 96; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 90-91; Chamberlain, *My Confession,* pp. 103-107; Oswandel, *Notes,* p. 222.

[126] Chamberlain, *My Confession,* p. 143. Con respecto a otros incidentes similares, véase Reilly, *War!,* p. 156, y McClellan, *Mexican War Diary of George B. McClellan,* p. 35.

[127] Por ejemplo: 80 por ciento de los hombres que desertaron de uno de los regimientos de Indiana lo hizo antes de llegar al río Bravo y casi todos los demás lo hicieron antes de adentrarse más en México; véase Perry, *Indiana,* p. 273. Una compañía del 4º Regimiento de Ohio perdió a todos sus desertores en el propio Ohio o en Luisiana; véase entrada 111, Book Records of Volunteer Organizations: Mexican War, 1846-1848, Ohio 4th Infantry, Descriptive Book, RG 94, NA. Véanse también Foos, *Short,* pp. 47, 56, 77, 100-102; Duncan, "Monroe County", pp. 291-292; McCaffrey, *Army,* pp. 21, 45; 6 de junio de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS; Edwards, *Diary during Mexican War Service,* p. 9; Thomas Bailey, "Diary of the Mexican War", *Indiana Magazine of History,* vol. 14, núm. 2 (1918), p. 135; Coulter, *Volunteers,* p. 22; Oswandel, *Notes,* pp. 22-23, y EE497, RG 153, NA. Con respecto a las separaciones temporales en México, véanse 6 de agosto de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS; Buhoup, *Narrative,* p. 15, y EE318, RG 153, NA. Sobre la humillación pública, véase 5 de junio de 1846, MS C S, Thomas T. Summers, FHS. Las estadísticas sobre la deserción de los soldados

regulares y los voluntarios fueron tomadas de John Pinheiro, *Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-48,* tesis de doctorado, University of Tennessee, Knoxville, 2001, p. 177.

[128] Buhoup, *Narrative,* p. 34; Chamberlain, *My Confession,* pp. 50, 55, 103; Coulter, *Volunteers,* pp. 21-22; Hill, *Fighter,* p. 2; Pickett, *A. C. Pickett's Private Journal,* p. 116; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 12, 83-84; Lewis, *Trailing,* p. 162; McCaffrey, *Army,* p. 99; entrada 111, Book Records of Volunteer Organizations: Mexican War, 1846-1848, Ohio 2nd Infantry Irwin Morning Reports Co. D, RG 94, NA; EE303, EE312, EE318, EE373, EE382, EE516, RG 153, NA.

[129] 9 de octubre de 1847, 21 de abril de 1848, MS A R943 2, Runyon Family Papers, FHS; Winders, *Mr. Polk's,* p. 137.

[130] *Encarnación,* p. 7; Edwards, *Diary during Mexican War Service,* pp. 8, 13-15; Oswandel, *Notes,* pp. 18-21; Coulter, *Volunteers,* pp. 21-23; Foos, *Short,* p. 58; Brackett, *General,* p. 14; George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 37.

[131] Coulter, *Volunteers,* pp. 317, 321; Hill, *Fighter,* p. 63.

[132] Oswandel, *Notes,* pp. 25, 208-210; Manuscrito de Reeves, p. 225; Hill, *Fighter,* p. 83; Timothy Johnson, *Gallant,* p. 36.

[133] Foos, *Short,* p. 113. Acerca de los patrones de la guerra contra los indígenas americanos, véase John Grenier, *The First Way of War: American War Making on the Frontier, 1607-1814,* Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

[134] Citado en Mark E. Neely Jr., *The Civil War and the Limits of Destruction,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 2007, p. 9, y en Charles Winslow Elliot, *Winfield Scott: The Soldier and the Man,* Nueva York, Macmillan, 1937, p. 448. Véase también Johannsen, *To the Halls,* p. 35.

[135] Oswandel, *Notes,* p. 100.

[136] William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of That Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, p. 33; Oswandel, *Notes,* pp. 76, 80, 82, 177, 196, 210, 216-219, 266; Coulter, *Volunteers,* pp. 49, 60, 83-84, 88-89, 99-100, 108, 150, 187, 191, 193, 214, 223-224, 240, 263, 281, 298, 302, 309, 314, 323; Curtis, *Mexico,* p. 90; S. Compton Smith, *Chile,* p. 190; John Corey Henshaw, *Recollections of the War with Mexico,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, pp. 70-71, 79, 88; Pickett, *A. C. Pickett's Private Journal,* p. 105; Tennery, *Diary,* pp. 41, 73-74; *Encarnacion,* p. 20; Brackett, *General,* pp. 62, 70-71, 74-75, 81-83; Buhoup, *Narrative,* pp. 26, 37-38, 40-41, 43, 46, 50, 52, 55; Sampson, *Three Times,* p. 5; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 34, 109, 120-121, 156; Hill, *Fighter,* pp. 2, 90; *LEPOSLP,* 17 de octubre de 1846, 3 de junio de 1847; Laidley, *Surrounded,* p. 109; *Journal of Surgeon and Brevet Brigadier General Madison Mills,* pp. 2, 4-6, 13, MS A M657, FHS; Edwards, *Diary during Mexican War Service,* pp. 29, 32-35; Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 36-37, 55, 74-75; Neely, *Civil War,* p. 14; EE541, EE497, RG 153, NA.

[137] Edwards, *Diary during Mexican War Service,* p. 39; Lane, "Mexican", p. 406; 26 de septiembre de 1846, MS C, Richard M. Creagh, FHS; Coulter, *Volunteers,* p. 249.

[138] EE318, EE405, RG 153, NA; María del Pilar Iracheta Cenecorta, *La ocupación estadounidense de la ciudad de Toluca,* Toluca, Ayuntamiento de Toluca, 2006, pp. 30-31.

[139] Daniel Harvey Hill lo hizo con mucha frecuencia; véase Hill, *Fighter,* pp. 2, 58-59, 61, 110-111.

[140] Véase, por ejemplo, Hill, *Fighter,* pp. 3, 8, 28, 47, 61.

[141] Engelman, "Second Illinois", p. 424; Curtis, *Mexico,* p. 94; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 188-189.

[142] McClellan, *Mexican War Diary of George B. McClellan,* p. 18; Hill, *Fighter,* pp. 3, 28, 47, 61; Brackett, *General,* p. 30; Chamberlain, *My Confession,* p. 206; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 80, 110; Samuel C. Reid, *The Scouting Expeditions of McCulloch's Texas Rangers; or, The Summer and Fall Campaign of the Army of the United States in Mexico—1846,* Filadelfia, G. B. Zieber, 1848, p. 53; EE534, RG 153, NA; Foos, *Short,* p. 116; Vega y Zuleta, *Testimonios de una guerra,* vol. 1, p. 494; *LEPOSLP,* 26 de junio de 1847.

[143] Hill, *Fighter,* p. 47.

[144] Laidley, *Surrounded,* p. 120; exp. 2194, f. 28, ADN.

[145] Chamberlain, *My Confession,* p. 137; González Quiroga, "Nuevo León", pp. 450-451.

[146] En lo concerniente a las indígenas americanas, véase Mark Grimsley "'Rebels' and 'Redskins': U.S. Military Conduct toward White Southerners and Native Americans in Comparative Perspective", en Mark Grimsley y Clifford J. Rogers (eds.), *Civilians in the Path of War,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2002, p. 151.

[147] Hill, *Fighter,* pp. 3, 28, 61; Reilly, *War!,* pp. 48, 160; Chamberlain, *My Confession,* pp. 176, 178; Greenberg, *Wicked War,* p. 132; McCaffrey, *Army,* p. 123; *LEPOSLP,* 22 de octubre de 1846, 27 de julio de 1846, 28 de julio de 1847; exp. 2703, f. 5, ADN; Henshaw, *Recollections,* pp. 70-71.

[148] Scribner, *Camp;* 21 de julio de 1846, MS A B937a 4, Bullitt-Chenoweth Family Papers, FHS; Brackett, *General,* p. 314; Johannsen, *To the Halls,* p. 29. Respecto al uso de la frase de una manera más general, véase Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: Experienced during a Captivity of Seven Months in the Interior,* Cincinnati, Robinson and Jones, 1847, p. 99; Howe, *What Hath,* p. 819; James M. McPherson, *For Cause and Comrades: Why Men Fought in the Civil War*, Nueva York, Oxford University Press, 1997, p. 30.

[149] Foos, *Short,* pp. 51, 54, 88; Jensen, *Patriots,* pp. 10-12, 131, 155, 180, 186, 189.

[150] Greenberg, *Wicked War,* p. 115; Lombard, *"The High Private".*

[151] Johannsen, *To the Halls,* pp. 45-46, 54, 58-59, 62; Pearson, "Dilemma", p. 30; Oswandel, *Notes,* p. 8; Coulter, *Volunteers,* p. 119.

[152] Acerca de la guerra de independencia de Estados Unidos, véanse Johannsen, *To the Halls,* pp. 57-58, y Shelley Streeby, *American Sensations: Class, Empire and the Production of American Culture,* Berkeley, University of California Press, 2002, p. 56. En lo concerniente a la guerra de 1812 y la Batalla de Nueva Orleans, véanse Nicole Eustace, *1812: War and the Passions of Patriotism,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012, pp. XIII, 221; Howe, *What Hath,* p. 71; 7 de julio de 1846, MS A C877 1, Cox Family Papers, FHS; 23 de julio de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS; Brackett, *General,* p. 226; Coulter, *Volunteers,* p. 19; Lane, "Mexican", p. 388; Johannsen, *To the Halls,* p. 56; Pearson, "Dilemma", p. 34; Winders, *Mr. Polk's,* p. 115, y Scribner, *Camp,* p. 13.

[153] Johannsen, *To the Halls,* p. 68. Véanse también Johannsen, *To the Halls,* pp. 11, 71, 155, 180, p. 182; S. Compton Smith, *Chile,* p. 4, y Foos, *Short,* p. 4.

[154] Oswandel, *Notes,* pp. 41, 50; McClellan, *Mexican War Diary of George B. McClellan,* pp. 69, 80; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 28, 139-140; Scribner, *Camp,* pp. 11, 24-26.

[155] Foos, *Short,* p. 89; Timothy Johnson, *Gallant,* p. 32; McCaffrey, *Army,* p. 120; Buhoup, *Narrative,* p. 59; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 40-41; EE386, RG 153, NA.

[156] Oswandel, *Notes,* p. 90.

[157] *Daily National Intelligencer,* 23 de marzo de 1847.

[158] Chamberlain, *My Confession,* p. 152.

[159] Horsman escribió un libro excelente a ese respecto; véase Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1981.

[160] *Ibid.,* pp. 210-213; *Encarnacion,* p. 29.

[161] Greenberg, *Manifest Manhood,* pp. 55, 96; Horsman, *Race,* pp. 233-234; Winders, *Mr. Polk's,* p. 175. A propósito de alguien que no pensaba así, véase 26 de septiembre de 1846, MS C, Richard M. Creagh, FHS.

[162] Coulter, *Volunteers,* p. 125; Carpenter, *Travels,* p. 17. Véanse también Buhoup, *Narrative,* p. 63; Isaac Smith, *Reminiscences,* p. 35, y Tennery, *Diary,* p. 37.

[163] 5 de noviembre de 1846, MS C L, Henry Smith Lane 1811-1881, FHS.

[164] Pickett, *A. C. Pickett's Private Journal,* p. 91; Matthew Frye Jacobsen, *Whiteness of a Different Color: European Immigrants and the Alchemy of Race,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1998, p. 21; Scribner, *Camp,* p. 49.

[165] 21 de septiembre de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS; Brackett, *General,* pp. 111, 242; Greenberg, *Manifest Manhood,* p. 101.

[166] Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 89, 108.

[167] Milroy *et al.,* "Mexican", p. 172.

[168] Greenberg, *Manifest Manhood,* p. 23. Véanse también *ibid.,* pp. 22, 92, 101; Coulter, *Volunteers,* p. 229, y Streeby, *American Sensations,* pp. 82-83.

[169] Greenberg, *Manifest Manhood,* pp. 19, 26, 55, 88-90; Streeby, *American Sensations,* pp. 64-65, 112-134; Amy Kaplan, *The Anarchy of Empire in the Making of US Culture,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 2002, p. 27; Horsman, *Race,* pp. 233-234, 244; Pletcher, *Diplomacy,* pp. 551, 555; McCaffrey, *Army,* p. 200.

[170] Oswandel, *Notes,* p. 76; Carpenter, *Travels,* p. 236; Chamberlain, *My Confession,* p. 119; Lane, "Mexican", p. 408; Coulter, *Volunteers,* p. 86; Scribner, *Camp,* p. 29.

[171] A propósito de la amabilidad de las mexicanas, véase Carpenter, *Travels,* p. 234.

[172] Con respecto a la idea de que las mexicanas no eran castas, véanse Chamberlain, *My Confession,* p. 123; Carpenter, *Travels,* p. 234; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* p. 89, y 21 de septiembre de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS. Y con respecto a la idea de que sí lo eran, véase Curtis, *Mexico,* p. 65. A propósito de los estilos de la vestimenta en México, véase Sonya Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1850,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2012, pp. 165-166, y respecto de los comentarios de los voluntarios sobre la vestimenta en México, véase Lane, "Mexican", p. 422.

[173] 21 de abril de 1848, MS A R943 2, Runyon Family Papers, FHS; 16 de marzo, 11 de abril de 1848, Smith-Holliday Family Papers, ISHS; 13 de noviembre de 1846, MS C S, Thomas T. Summers, FHS.

[174] Carlos Recio Dávila afirma que cuatro voluntarios de Arkansas se casaron con mexicanas en Saltillo o cerca de esa ciudad; véase Carlos Recio Dávila, *Saltillo durante la guerra México-Estados Unidos: 1846-1848,* Saltillo, Museo de la Batalla de La Angostura, 2002, pp. 126-127. Samuel Chamberlain se deleitó particularmente narrando esas aventuras; véase Chamberlain, *My Confession,* pp. 119-121. Por su parte, Oswandel escribió que algunos de sus camaradas trataron de seducir a las esclavas de una plantación durante una noche que pasaron allí en su viaje a México; véase Oswandel, *Notes,* p. 14. Las únicas referencias que encontré a un voluntario que realmente se casó con una mexicana se encuentran en Winders, *Mr. Polk's,* p. 175, y en *Mexican Treacheries and Cruelties: Incidents and Sufferings in the Mexican War: With Accounts of Hardship Endured; Treacheries of the Mexicans; Battles Fought, and Success of Americans Arms…,* Boston, sin editor, 1847; la última, no obstante, parece ser apócrifa.

[175] Chamberlain, *My Confession,* pp. 119-121; Buhoup, *Narrative,* pp. 141-142. Véase una referencia más general en Oswandel, *Notes,* p. 202.

[176] A propósito de "*greaserita*", véase Brackett, *General,* p. 200. Con respecto al uso del término *greaser,* "grasiento", véanse Gibson, "Mexican War", p. 135; Coulter, *Volunteers,* pp. 88, 213, 221, 233-234; Chamberlain, *My Confession,* p. 123, y Brackett, *General,* p. 7.

[177] 5 de octubre de 1846, MS A 585, Levi White Papers, FHS. Véase también Engelman, "Second Illinois", p. 399; Foos, *Short,* p. 59; 2 de julio de 1846, MS A S751 3, Sperry-Gathright Family Papers, FHS; Tennery, *Diary,* pp. 25, 37; McCaffrey, *Army,* p. 74.

[178] Engelman, "Second Illinois", p. 373.

[179] Brackett, *General,* p. 44.

[180] Streeby, *American Sensations,* p. 96.

[181] John Pinheiro escribió un excelente libro sobre el anticatolicismo y la guerra; véase John Pinheiro, *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War,* Oxford, Oxford University Press, 2014, esp. pp. 2, 17, 190. En lo concerniente a las raíces del anticatolicismo en los antiguos enfrentamientos ingleses sobre la religión, véase John Dichtl, *Frontiers of Faith: Bringing Catholicism to the West in the Early Republic,* Lexington, University of Kentucky Press, 2008, p. 15; Wayne E. Lee, *Barbarians and Brothers: Anglo-American Warfare, 1500-1865,* Nueva York, Oxford University Press, 2011, p. 102, y Pinheiro, *Missionaries,* p. 26. Con respecto al resurgimiento del anticatolicismo antes de la guerra, véanse, además de John Pinheiro, Dichtl, *Frontiers of Faith,* pp. 170-171, 182, y Jennie Franchot, *Roads to Rome: The Antebellum Protestant Encounter with Catholicism,* Berkeley, University of California Press, 1994, p. XIX.

[182] Lane, "Mexican", p. 415; Carpenter, *Travels,* p. 83; Pickett, *A. C. Pickett's Private Journal,* p. 94; Tennery, *Diary,* p. 28; Pinheiro, *Missionaries,* p. 118.

[183] William H. Daniel, *Military Diary,* pp. 16-18; Buhoup, *Narrative,* p. 158; Scribner, *Camp,* p. 74.

[184] 5 de noviembre de 1846, MS C L, Henry Lane Smith 1811-1881, FHS; Oswandel, *Notes,* pp. 120, 325; Coulter, *Volunteers,* pp. 100, 195; Horsman, *Race,* p. 238; 11 de junio de 1846, MS A B628 3 Blackburn Family Papers, FHS. A propósito del uso del término *mummery,* "pantomima", véanse Curtis, *Mexico,* p. 164; Coulter, *Volunteers,* pp. 125, 275, y Pinheiro, *Missionaries,* pp. 36, 117.

[185] Véanse las referencias a la riqueza de las iglesias en Oswandel, *Notes,* p. 269;

Carpenter, *Travels,* pp. 40, 82; Chamberlain, *My Confession,* p. 123; Coulter, *Volunteers,* pp. 64, 124, y Scribner, *Camp,* pp. 52, 56. A propósito de esa misma actitud hacia las iglesias católicas en Estados Unidos, véase Dichtl, *Frontiers of Faith,* pp. 87-91. Respecto a la explotación de los mexicanos por parte de la iglesia, véanse Curtis, *Mexico,* p. 197, y Coulter, *Volunteers,* pp. 195-196. La cita se tomó de Coulter, *Volunteers,* p. 181.

[186] Dichtl, *Frontiers of Faith,* p. 182; Howe, *What Hath,* pp. 288, 320; Winders, *Mr. Polk's,* p. 183; Oswandel, *Notes,* pp. 150, 213, 229-230, 280; Lane, "Mexican", pp. 410, 426.

[187] Franchot, *Roads to Rome,* pp. 154-160; Dichtl, *Frontiers of Faith,* pp. 71-72; Oswandel, *Notes,* p. 239; Pinheiro, *Missionaries,* pp. 37, 48, 119.

[188] Greenberg, *Manifest Manhood,* p. 98; Pinheiro, "Crusade", p. 145.

[189] Pinheiro, *Missionaries,* pp. 114-115.

[190] Exp. 2605, f. 59, ADN; Justicia y Negocios Eclesiásticos, vol. 154, f. 264, AGN; Justicia y Negocios Eclesiásticos, vol. 155, f. 211, AGN; Carpenter, *Travels,* p. 83; Foos, *Short,* p. 131; Pinheiro, *Missionaries,* p. 121; Recio Dávila, *Saltillo,* p. 68.

[191] La canción se encuentra en Pinheiro, *Missionaries,* p. 73. En cuanto a las referencias a los "Jesucristos" de oro hechas durante el reclutamiento de los voluntarios, véanse Chamberlain, *My Confession,* pp. 50, 201; Streeby, *American Sensations,* p. 175; Tyler V. Johnson, *Devotion to the Adopted Country: U.S. Immigrant Volunteers in the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 2012, pp. 103-104, y Clary, *Eagles and Empire,* p. 145. Véanse también Pinheiro, "Crusade", pp. 135-141; John Pinheiro, "'Extending the Light and Blessings of Our Purer Faith': Anti-Catholic Sentiment among American Soldiers in the Mexican War", *Journal of Popular Culture,* vol. 35, núm. 2 (2001), pp. 128-151; Pinheiro, *Missionaries,* pp. 71-77, 124, y Carlos María de Bustamante, entradas del 9 y 24 de agosto de 1847, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), *Diario histórico de México, 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003. El relato sobre la novia del voluntario se encuentra en 3 de febrero de 1847, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS.

[192] Exp. 2703, f. 5, ADN; Mariano Riva Palacio, "Breve diario de don Mariano Riva Palacio (agosto de 1847)", Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), p. 450; Foos, *Short,* p. 128; Tyler Johnson, *Devotion,* p. 37; Salinas Sandoval, *Política interna,* p. 188; Bustamante, entradas del 23 de agosto y 5 de septiembre de 1847, en *Diario.*

[193] Brackett, *General,* p. 151; Coulter, *Volunteers,* p. 242; Lombard, *"The High Private",* p. 12; Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 20, 135.

[194] Tyler V. Johnson escribió extensamente al respecto en Johnson, *Devotion;* véanse también Dorsey, *Reforming,* pp. 227, 230; Foos, *Short,* pp. 42-43, 47; Streeby, *American Sensations,* pp. 16, 98, 103-105; Harry Watson, *Liberty and Power: The Politics of Jacksonian America,* edición actualizada, Nueva York, Hill and Wang, 2006, pp. 242, 245; Engelman, "Second Illinois", pp. 357-452; George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* pp. 34-36, y Noel Ignatiev, *How the Irish Became White,* Nueva York, Routledge, 2009, pp. 185-186.

[195] Además de Tyler Johnson, *Devotion,* y Tyler V. Johnson, "Punishing the Lies on the Rio Grande: Catholic and Immigrant Volunteers in Zachary Taylor's Army and the Fight against Nativism", *Journal of the Early Republic,* vol. 30, núm. 1 (primavera de 2010), pp. 63-84, véase Lombard, *"The High Private",* pp. 12, 14; Tennery, *Diary,* pp. 18-20, 108, y Foos, *Short,* p. 96.

[196] Lane, "Mexican", p. 390. Véanse también *ibid.*, pp. 394, 405, y Franklin Smith, *Mexican War Journal,* p. 66. Eustace señala que se consideraba que la vida en los campamentos tuvo unos efectos similares en la guerra de 1812; véase Eustace, *1812,* pp. 59-60.

[197] Franklin Smith, *Mexican War Journal,* pp. 10, 110-111; Reilly, *War!,* p. 48.

[198] Laidley, *Surrounded,* p. 150. Véanse también McCaffrey, *Army,* p. 122; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 211; Winders, *Mr. Polk's,* p. 85; Greenberg, *Wicked War,* pp. 191-192, 238, y Scribner, *Camp,* p. 24.

[199] Sin fecha, folder 3, Benjamin Franklin Scribner Papers, ISHS. Véase también 26 de enero de 1848, Smith-Holliday Family Papers, ISHS.

[200] McCaffrey, *Army,* pp. 52-53; Winders, *Mr. Polk's,* p. 140; Duncan, "Monroe County", pp. 294-296.

[201] Respecto del hecho de que las enfermedades empezaron a atacar cuando se organizaron las unidades, véase Tennery, *Diary,* p. 7. Acerca de las enfermedades en Nueva Orleans, véanse 6 y 30 de junio de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS. A propósito de las enfermedades durante la campaña del norte, véase Tennery, *Diary,* pp. 33-36, 65, y González Quiroga, "Nuevo León", p. 434. En lo concerniente a la mortandad durante la campaña de Scott en el centro de México, véanse Oswandel, *Notes,* pp. 95-96, 101, 103, 112, 117, 249; Coulter, *Volunteers,* pp. 89, 90, 131, 307; Tennery, *Diary,* p. 92, y Laidley, *Surrounded,* pp. 114-115. Con respecto a las bajas mortales mientras los voluntarios regresaban a su comunidad, véanse Oswandel, *Notes,* p. 331, y Perry, *Indiana,* pp. 102, 197. Cirillo presenta una excelente visión de conjunto en Vincent Cirillo, "'More Fatal than Powder and Shot': Dysentery in the U.S. Army during the Mexican War, 1846-48", *Perspectives in Biology and Medicine,* vol. 52, núm. 3 (2009), pp. 400-413.

[202] Buley, "Indiana in the Mexican War: The Indiana Volunteers", p. 285; 7 y 15 de septiembre de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS; 21 de septiembre de 1846, MS C, Richard M. Creagh, FHS; Curtis, *Mexico,* pp. 10, 13, 24-25, 31-35, 61; Milroy *et al.*, "Mexican", pp. 168-169; Isaac Smith, *Reminiscences,* pp. 8-9, 25-26; Tennery, *Diary,* pp. 15-22, 25. El relato de Lane es del 5 de noviembre de 1846; véase MS C L, Henry Lane Smith 1811-1881, FHS. Las citas fueron tomadas de Lane, "Mexican", pp. 388, 399.

[203] La cita proviene de Isaac Smith, *Reminiscences,* p. 7. Véanse también *ibid.*, p. 26; McCaffrey, *Army,* p. 53; Lane, "Mexican", p. 400, y Cirillo, "More Fatal", p. 404.

[204] Curtis, *Mexico,* p. 98; Tennery, *Diary,* p. 28; Engelman, "Second Illinois", p. 376; Cirillo, "More Fatal", pp. 408-409.

[205] Engelman, "Second Illinois", p. 426; Lane, "Mexican", pp. 390, 396.

[206] Nicholas Marshall, "The Great Exaggeration: Death and the Civil War", *Journal of the Civil War Era,* vol. 4, núm. 1 (marzo de 2014), p. 14; McCaffrey, *Army,* pp. 61-62; Greenberg, *Wicked War,* p. 129; Cirillo, "More Fatal", p. 403.

[207] Laidley, *Surrounded,* p. 62; McClellan, *Mexican War Diary and Correspondence,* p. 49; Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 108, 137; Dishman, *Perfect,* p. 64; Cirillo, "More Fatal", p. 403.

CAPÍTULO 3. Como las naciones civilizadas

[1] Irving Levinson, *Wars within War: Mexican Guerrillas, Domestic Elites and the United States of America, 1846-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 2005, p.

16; Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, vol. 2, p. 176, y *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 439.

[2] Exp. 2319, ff. 2, 5, ADN; Octavio Herrera Pérez, "Tamaulipas ante la guerra de la invasión norteamericana", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, p. 545; Manuel Muro Rocha, *Historia de San Luis Potosí,* México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1973, vol. 2, pp. 478-482.

[3] Omar Valerio-Jiménez, *River of Hope: Forging Identity and Nation in the Rio Grande Borderlands,* Durham, Duke University Press, 2013, pp. 41-44, 94; Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire,* New Haven, Yale University Press, 2008, pp. 226, 251, 280; Cuauhtémoc Velasco Ávila, "Sociedad, identidad y guerra entre los comanches, 1825-1835", en Leticia Reina (ed.), *La reindianización de América, siglo XIX,* México, Siglo XXI-CIESAS, 1997, pp. 327-328. Brian DeLay se ocupa con detalle de la venganza como causa de la violencia de los comanches hacia los mexicanos; véase Brian DeLay, *War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the Mexican-American War,* New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 129-138.

[4] *Journal of Surgeon and Brevet Brigadier General Madison Mills,* p. 21, MS A M657, FHS.

[5] Valerio-Jiménez, *River of Hope,* pp. 124-135; exp. 2179, ff. 4-5, ADN; DeLay, *War,* pp. 262-264.

[6] Valerio-Jiménez, *River of Hope,* pp. 135-137; Amy Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of Mexico,* Nueva York, Knopf, 2012, p. 132; Eliud Santiago Aparicio, *Las atrocidades en la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848),* tesis de licenciatura en historia, UAM, 2013, pp. 125-126, 128, 206; Paul Foos, *A Short, Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, p. 121; Walter Prescott Webb, *The Texas Rangers in the Mexican War,* Austin, Jenkins Garrett, 1975, p. 42; Samuel Curtis, *Mexico under Fire: Being the Diary of Samuel Ryan Curtis, 3rd Ohio Volunteer Regiment, during the American Military Occupation of Northern Mexico, 1846-1847,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1994, pp. 22-23, 36; Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, pp. 19-20; Samuel C. Reid, *The Scouting Expeditions of McCulloch's Texas Rangers; or, The Summer and Fall Campaign of the Army of the United States in Mexico—1846,* Filadelfia, G. B. Zieber, 1848, p. 154; S. Compton Smith, *Chile con Carne; or, The Camp and the Field,* Nueva York, Miller and Curtis, 1857, pp. 51-52; George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The US Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, pp. 286-287; "Mexican War Correspondence", XXX Congreso, 1a sesión, 1847, House Executive Document 60, p. 1178; Carlos María de Bustamante, entradas del 29 y 15 de julio de 1846, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), *Diario histórico de México, 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003.

[7] George Meade, *The Life and Letters of George Gordon Meade, Major General United States Army,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1913, p. 109. Las otras citas provi-

enen de Hill, *Fighter,* p. 16, y John Corey Henshaw, *Recollections of the War with Mexico,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, p. 89. Véase también Meade, *Life,* pp. 108-109. En otra ocasión, Meade dice que los voluntarios eran como godos o vándalos que asolaron el país y aterrorizaron a mexicanos inocentes; véase Meade, *Life,* p. 162.

[8] La cita proviene de Hill, *Fighter,* p. 60. Véanse también DeLay, *War,* p. 281, y Santiago Aparicio, "Las atrocidades", pp. 57-58.

[9] Valerio-Jiménez, *River of Hope,* pp. 137-138; Santiago Aparicio, "Las atrocidades", pp. 114, 123; William H. Daniel, *Military Diary,* p. 39, MS A D184, FHS; William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of That Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, p. 112; Samuel Chamberlain, *My Confession: Recollections of a Rogue,* Austin, Texas State Historical Association, 1996, pp. 116, 201, 203. En ocasiones, los carreteros civiles que conducían los carromatos con provisiones de los estadounidenses sufrieron el mismo destino, aunque, en realidad, muchos de ellos eran voluntarios que habían llegado al término de su servicio antes de dedicarse a esa lucrativa ocupación; véase S. Compton Smith, *Chile,* pp. 161-162.

[10] Con respecto al hecho de que los oficiales mexicanos desaprobaban las atrocidades cometidas por los guerrilleros, véase exp. 2178, f. 40, ADN, y respecto al parte sobre la actitud del general Zachary Taylor, véase exp. 2194, f. 8, ADN.

[11] "Mexican War Correspondence", p. 1178; Hill, *Fighter,* p. 62.

[12] Foos, *Short,* p. 121; Santiago Aparicio, "Las atrocidades", pp. 115, 125; González Quiroga, "Nuevo León", pp. 450, 454, 456; Greenberg, *Wicked War,* p. 133; Tom Reilly, *War with Mexico! America's Reporters Cover the Battlefront,* Lawrence, University of Kansas Press, 2010, p. 81; Curtis, *Mexico,* pp. 172-174; *Mexican Treacheries and Cruelties: Incidents and Sufferings in the Mexican War: With Accounts of Hardship Endured; Treacheries of the Mexicans; Battles Fought, and Success of Americans Arms...,* Boston, sin editor, 1847; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 2, pp. 169-170; *Daily Picayune,* 13 de mayo de 1847; S. Compton Smith, *Chile,* pp. 315-316, 318; Chamberlain, *My Confession,* p. 201; Mercedes de la Vega y María Cecilia Zuleta, *Testimonios de una guerra: México, 1846-1848,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, vol. 1, p. 497; George McClellan, *The Mexican War Diary of George B. McClellan,* Princeton, Princeton University Press, 1917, p. 20.

[13] David Bell, *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It,* Boston, Houghton Mifflin, 2007, pp. 289-290; Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1981, pp. 235-236; Wayne E. Lee, *Barbarians and Brothers: Anglo-American Warfare, 1500-1865,* Nueva York, Oxford University Press, 2011, especialmente pp. 138, 229; Mark Grimsley "'Rebels' and 'Redskins': U.S. Military Conduct toward White Southerners and Native Americans in Comparative Perspective", en Mark Grimsley y Clifford J. Rogers (eds.), *Civilians in the Path of War,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2002, pp. 138-140; James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, New York University Press, 1992, pp. 127-128; Santiago Aparicio, "Las atrocidades", p. 127.

[14] William H. Daniel, *Military Diary,* p. 12. Véase también Samuel I. Milroy, E. M.

H. Beck y William E. Pearsons, "Mexican War Letters", *Indiana Magazine of History,* vol. 25, núm. 2 (1929), p. 172.

[15] Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, pp. 134, 137; Albert G. Brackett, *General Lane's Brigade in Central Mexico,* Cincinnati, H. W. Derby, 1854, pp. 253-254; J. Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, pp. 32, 40, 42, 53, 78-79, 112, 137, 198; George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, p. 87; Foos, *Short,* p. 136; Greenberg, *Wicked War,* p. 132. Durante la Guerra Civil, los voluntarios de la Unión tampoco consideraron como legítimas las tácticas de la guerra de guerrillas y su empleo llevó a que tomaran represalias en contra de las propiedades de la población civil sureña; véase Gerald Linderman, *Embattled Courage: The Experience of Combat in the American Civil War,* Nueva York, Free Press, 1987, pp. 197-198.

[16] William H. Daniel, *Military Diary,* p. 24. Véanse también Thomas R. Hietala, *Manifest Design: Anxious Aggrandizement in Late Jacksonian America,* Ithaca, Cornell University Press, 1985, pp. 152-158, y Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, p. 311. Incluso los soldados regulares consideraban las tácticas de la guerra de guerrillas como tácticas indias; véase Meade, *Life,* p. 66.

[17] John Grenier, *The First Way of War: American War Making on the Frontier, 1607-1814,* Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 1, 4, 5, 10-12, 19, 33-39, 170-171, 224-225. Véanse también Gary Anderson, *The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875,* Norman, University of Oklahoma Press, 2005, pp. 53-54, 127-139; Grimsley, "'Rebels' and 'Redskins'", pp. 140-141, 150-153, 155; Hämäläinen, *Comanche,* pp. 215, 309, 311, y Peter Silver, *Our Savage Neighbors: How Indian War Transformed Early America,* Nueva York, W. W. Norton, 2008, pp. 58-59, 161-162, 165, 203. Greenberg, *Wicked War,* p. 132, señala específicamente la relación entre la guerra india y los ataques de los voluntarios estadounidenses contra la población civil mexicana.

[18] Daniel Walker Howe, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848,* Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 430-434; Bertram Wyatt-Brown, *Southern Honor: Ethics and Behavior in the Old South,* ed. del XXV aniversario, Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 370; Malcolm Rohrbough, *The Trans-Appalachian Frontier: Peoples, Societies, Institutions,* 3a ed., Bloomington, Indiana University Press, 2008, p. 414; Michael J. Pfeifer, *The Roots of Rough Justice: Origins of American Lynching,* Urbana, University of Illinois Press, 2011, pp. 15, 32, 56-59; David Grimsted, *American Mobbing: Toward Civil War,* Nueva York, Oxford University Press, 1998, pp. 101-113; Michael Feldberg, *The Turbulent Era: Riot and Discord in Jacksonian America,* Nueva York, Oxford University Press, 1980, pp. 73-75.

[19] Pfeifer, *Roots,* pp. 2, 4, 11-13.

[20] Véanse algunos ejemplos en Carpenter, *Travels,* p. 29-30, y Chamberlain, *My Confession,* p. 183.

[21] *Journal of Surgeon and Brevet Brigadier General Madison Mills,* p. 46; Carpenter, *Travels,* p. 29; Meade, *Life,* pp. 161-162. La cita fue tomada de "Mexican War Correspondence", p. 1178.

[22] Vega y Zuleta, *Testimonios de una guerra,* vol. 1, pp. 505-506; González Quiroga,

"Nuevo León", p. 457; Eduardo Enrique Terrazas, "La estancia del ejército de ocupación norteamericano en Saltillo, octubre de 1846-julio de 1848", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA, Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, pp. 190-191; 10 de febrero de 1847, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS; Chamberlain, *My Confession,* p. 203; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 393.

[23] El relato sobre los voluntarios de Arkansas es de Jonathan W. Buhoup, *Narrative of the Central Division, or Army of Chihuahua, Commanded by Brigadier General Wool...,* Pittsburgh, M. P. Morse, 1847, pp. 106-109, 134, y el diario del soldado oriundo de Illinois es Adolphus Engelman, "The Second Illinois in the Mexican War: The Mexican War Letters of Adolphus Engelman, 1846-1847", *Journal of the Illinois State Historical Society,* vol. 26 (enero de 1934), p. 439. Chamberlain afirma que estuvo presente, pero parece haber embellecido las páginas mencionadas y otras más de sus memorias; véase Chamberlain, *My Confession,* pp. 130-132. Chamberlain estuvo destacado en la zona con una unidad del ejército regular estadounidense que ningún otro relato sitúa en los alrededores de la masacre; lo que es muy interesante es que él antes había servido en la unidad de Illinois que estaba presente y puede haber basado su relato en lo que le contaron sus antiguos camaradas; véanse otras versiones en *Commercial Advertiser,* 7 de abril de 1847; *Ottawa Free Trader,* 2 de abril de 1847; William H. Daniel, *Military Diary,* pp. 58, 123; Josiah Gregg, *Diary and Letters of Josiah Gregg,* Maurice Garland Fulton (ed.), Norman, University of Oklahoma Press, 1944, vol. 2, pp. 36-40; Isaac Smith, *Reminiscences of a Campaign in Mexico: An Account of the Operations of the Indiana Brigade on the Line of the Rio Grande and Sierra Madre, and a Vindication of the Volunteers against the Aspirations of Officials and Unofficials,* 2a ed., Indianápolis, Chapman and Spann, 1848, p. 43, y Reilly, *War!,* pp. 155, 157. Véase también un relato mexicano sobre la masacre en *LEPOSLP,* 3 de marzo de 1847.

[24] Rohrbough, *Trans-Appalachian Frontier,* pp. 405, 415; *Arkansas State Gazette,* 6 de febrero de 1847; Santiago Aparicio, "Las atrocidades", pp. 125-126; Greenberg, *Wicked War,* p. 156; Chamberlain, *My Confession,* pp. 115, 171; Clary, *Eagles and Empire,* pp. 165, 223.

[25] La carta de Zachary Taylor se reprodujo en *Arkansas Weekly Gazette,* 27 de marzo de 1847. Véanse también William H. Daniel, *Military Diary,* p. 123; Buhoup, *Narrative,* p. 135; Chamberlain, *My Confession,* p. 134; Isaac Smith, *Reminiscences,* pp. 78-79, y Foos, *Short,* p. 124. Taylor también describió los acontecimientos de Agua Nueva y su incapacidad para descubrir a los responsables en una carta del 23 de mayo de 1847 al Departamento de Guerra estadounidense, reproducida en House Executive Document 56, XXX Congreso, 1a sesión, 1847, p. 328.

[26] El intercambio epistolar fue reproducido en inglés en House Executive Document 56, pp. 329-330. La versión en español se encuentra en *LEPOSLP,* 6 de junio de 1847, así como en Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 527-534. La orden de Pedro María Anaya a Ignacio de Mora y Villamil y una copia de la respuesta de Zachary Taylor a la carta de De Mora y Villamil se encuentran en exp. 2560, ff. 1-3, ADN. Para la cita de Buhoup, véase Buhoup, *Narrative,* p. 138.

[27] Carpenter, *Travels,* p. 135; Henry S. Lane, "The Mexican War Journal of Henry S. Lane", Graham Barringer (ed.), *Indiana Magazine of History,* vol. 53, núm. 4 (diciembre de 1957), pp. 423, 428; S. Compton Smith, *Chile,* pp. 294-298.

[28] Greenberg, *Wicked War*, pp. 193-195.

[29] DeLay, *War*, pp. 283-284.

[30] Miguel González Quiroga, "Nuevo León ante la invasión norteamericana, 1846-1849", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra*, pp. 439-440; Felice Flannery Lewis, *Trailing Clouds of Glory: Zachary Taylor's Mexican War Campaign and His Emerging Civil War Leaders*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2010, pp. 125-128; C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL (citado en adelante como Manuscrito de Reeves), p. 176; Hill, *Fighter*, pp. 16, 153; Reid, *Scouting Expeditions*, p. 29; Benjamin Franklin Scribner, *Camp Life of a Volunteer: A Campaign in Mexico; or, A Glimpse at Life in Camp by "One Who Has Seen the Elephant"*, Austin, Jenkins, 1975, p. 24.

[31] Christopher Dishman, *A Perfect Gibraltar: The Battle of Monterrey, Mexico, 1846*, Norman, University of Oklahoma Press, 2010, p. 39; Justin Smith, *War*, vol. 1, pp. 230-231.

[32] Exp. 2179, ff. 58, 81, ADN; exp. 2191, ff. 197-199, ADN.

[33] *LEPOSLP*, 15 de agosto de 1846; leg. 17, exp. 25, 1846, SGG, AHESLP; leg. 18, exp. 2, 1846, SGG, AHESLP; Manuel Balbontín, *La invasión norteamericana, 1846 a 1849. Apuntes del subteniente de artillería*, México, Tip de B. A. Esteva, 1883, pp. 20-23.

[34] Dishman, *Perfect*, p. 33; González Quiroga, "Nuevo León", pp. 344-345; Pedro de Ampudia, *Manifiesto del general Ampudia a sus conciudadanos*, México, Ignacio Cumplido, 1847, p. 4.

[35] Manuscrito de Reeves, pp. 178-179; 2 de octubre de 1847, folder I 22, MS qG-198PRM, Gano Family Papers, CHSL.

[36] De manera general, el resumen de la Batalla de Monterrey aquí presentado se basa en el detallado relato de Dishman, *Perfect*. Con respecto al comportamiento de los voluntarios, véase George Smith y Charles Judah, *Chronicles*, pp. 40, 80-81.

[37] Como ya antes lo expuse, me baso ampliamente en el detallado relato de Dishman; véase Dishman, *Perfect*. Con respecto a la posibilidad de que haya habido una explosión, véase Justin Smith, *War*, vol. 1, pp. 258-259.

[38] Exp. 2241, f. 2, ADN; Dishman, *Perfect*, p. 196.

[39] George Smith y Charles Judah, *Chronicles*, p. 91; Justin Smith, *War*, vol. 1, pp. 259-260.

[40] Ampudia, *Manifiesto del general Ampudia*, p. 8.

[41] Dishman, *Perfect*, p. 198.

[42] La cita de Santa Anna fue tomada del exp. 2252, f. 7, ADN. Véanse también exp. 2241, f. 2, ADN; leg. 20, exp. 5, 1846, SGG, AHESLP; leg. 20, exp. 42, 1846, SGG, AHESLP; leg. 26, exp. 12, 1846, SGG, AHESLP, y María Isabel Monroy y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí*, México, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-FCE, 1997, p. 173.

[43] Will Fowler, *Santa Anna of Mexico*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2007 [hay traducción al español: *Santa Anna*, México, Crítica, 2018], pp. 253-254; Tomás Calvillo Unna y María Isabel Monroy Castillo, "Entre regionalismo y federalismo: San Luis Potosí, 1846-1848", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, p. 432; Lewis, *Trailing*, pp. 187-188; Hill, *Fighter*, p. 33; Carlos Recio Dávila, *Saltillo durante la guerra México-Estados*

Unidos: 1846-1848, Saltillo, Museo de la Batalla de La Angostura, 2002, p. 48; *Encarnacion,* p. 43.

[44] José Daniel Ramírez Reyes, "Veracruz y las guerrillas del Camino Nacional durante la invasión norteamericana en 1847-1848", manuscrito inédito, UAM, sin fecha, p. 61; exp. 2409, ADN; leg. 22, exp. 31, 1846, SGG, AHESLP; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 118; leg. 20, exp. 29, 1846, SGG, AHESLP.

[45] Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 403-404; Barbara Corbett, "La política potosina y la guerra con Estados Unidos", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 458-460; Primo Feliciano Velázquez, *Historia general de San Luis Potosí,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis-Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2007, pp. 571-572; *LEPOSLP,* 17, 22 y 26 de diciembre de 1846; leg. 22, exp. 40, 1846, SGG, AHESLP; leg. 26, exp. 20, 1846, SGG, AHESLP; Manuel María Giménez, *Memorias del coronel Manuel María Giménez ayudante de campo del general Santa Anna, 1798-1878,* México, 1863, reimpreso en Genaro García (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México,* México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1911, vol. 34, pp. 96-97.

[46] Leg. 20, exp. 31, 1846, SGG, AHESLP.

[47] Leg. 21, exp. 6, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 39, 1846, SGG, AHESLP; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 114; leg. 25, exp. 4, 1846, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 6 de octubre y 10 de noviembre de 1846; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 403; Velázquez, *Historia general,* p. 571.

[48] Carlos Rodríguez Venegas, "Las finanzas públicas y la guerra contra los Estados Unidos, 1846-1848", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos; LEPOSLP,* 26 de diciembre de 1846; leg. 1, leg. 2, 1847, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 28, SGG, AHESLP; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 433; Velázquez, *Historia general,* pp. 572-573. La cita de Antonio López de Santa Anna fue tomada de *LEPOSLP,* 26 de enero de 1847.

[49] R. S. Ripley, *War with Mexico,* Nueva York, Harper and Brothers, 1849, vol. 1, p. 345; Theodore Laidley, *Surrounded by Dangers of All Kinds: The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley,* Denton, University of North Texas Press, 1997, p. 29; Monroy y Calvillo Unna, *Breve historia,* p. 174. Santa Anna ya había escuchado rumores en el sentido de que Taylor no tenía intenciones de avanzar; leg. 22, exp. 50, 1846, SGG, AHESLP.

[50] Greenberg, *Wicked War,* p. 156; DeLay, *War,* p. 284; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 427; Hill, *Fighter,* p. 42. La cita proviene de Hill, *Fighter,* p. 71.

[51] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 119; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 415; Balbontín, *La invasión,* pp. 55, 61; McCaffrey, *Army,* p. 141; Dishman, *Perfect,* p. 193; Justin Smith, *War,* vol. 1, pp. 377-378.

[52] Fowler, *Santa Anna,* p. 260; *LEPOSLP,* 30 de enero de 1847; Balbontín, *La invasión,* p. 58; Giménez, *Memorias del coronel,* pp. 98-100. La cita puede verse en Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 424.

[53] Cita tomada de Balbontín, *La invasión,* p. 70. Con respecto a las condiciones de la marcha, véanse Monroy y Calvillo Unna, *Breve historia,* p. 175; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 428-429, 436; exp. 2358, f. 6, ADN; Balbontín, *La invasión,* pp. 65-70; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 142-146, y Alonso García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés y Masaguera (1784-1850). Edición crítica y paleografía,* te-

sina de licenciatura, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1997, p. 88. Acerca de la sequía, que limitó el suministro de agua en el camino, véase *LEPOSLP,* 23 y 27 de febrero de 1847. En ese último documento, el comandante militar de Real de Catorce dice que, poniendo en peligro su propia supervivencia, sus habitantes entregaron al ejército prácticamente toda la comida disponible.

[54] Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 373; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 435-437; Chamberlain, *My Confession,* pp. 143, 147, 152; García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés,* p. 89; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 146-147.

[55] La cita fue tomada de García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés,* p. 89. El relato más detallado de la batalla es el de David Sievert Lavender, *Climax at Buena Vista: The American Campaign in Northeastern Mexico, 1846-1847,* Filadelfia, J. B. Lippincott, 1966. Con respecto a esa primera parte de la batalla, véase pp. 176-187.

[56] Este resumen se basa ampliamente en Lavender, *Climax,* pp. 176-211. Otro útil resumen es el de Stephen A. Carney, *Desperate Stand: The Battle of Buena Vista,* Washington (DC), United States Army Center for Military History, 2008. Véanse también García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés,* p. 90; Balbontín, *La invasión,* pp. 81-83; Chamberlain, *My Confession,* pp. 157-165; Greenberg, *Wicked War,* pp. 156-163, y David Heidler y Jeanne Heidler, *Henry Clay: The Essential American,* Nueva York, Random House, 2010, p. 414. Con respecto a las tropas de Indiana, véanse Scribner, *Camp,* pp. 21, 58-63; Gregg, *Diary,* vol. 2, pp. 45, 48; Chamberlain, *My Confession,* pp. 147, 159; Isaac Smith, *Reminiscences,* pp. 50-53; 23 de abril de 1847, Kimball Manuscripts, Lilly Library, Indiana University, Bloomington; Calvin Fletcher, *The Diary of Calvin Fletcher, including Letters to and from Calvin Fletcher, 1817-1866,* Indianápolis, Indiana Historical Society, 1972, pp. 346, 355; R. C. Buley, "Indiana in the Mexican War: The Buena Vista Controversy", *Indiana Magazine of History,* vol. 16, núm. 1 (marzo de 1920), pp. 53-59, 64-66; R. C. Buley, "Indiana in the Mexican War: The Buena Vista Campaign", *Indiana Magazine of History,* vol. 15, núm. 4 (diciembre de 1919), p. 299; Oran Perry (ed.), *Indiana in the Mexican War,* Indianápolis, W. B. Burford, 1908, pp. 132-134, 186-191, 294-296; EE405, RG 153, NA, y Milroy *et al.*, "Mexican", p. 171. El parte de Santa Anna se encuentra en *LEPOSLP,* 18 y 20 de marzo de 1847.

[57] Abner Doubleday, *My Life in the Old Army,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1998, p. 111; Perry, *Indiana,* p. 148; *LEPOSLP,* 27 de febrero de 1847; Balbontín, *La invasión,* pp. 89-90.

[58] Recio Dávila, *Saltillo,* p. 129; 21 de marzo de 1847, MS A H196 43, Edmund T. Halsey Collection, FHS; Doubleday, *My Life,* pp. 112-114; Gregg, *Diary,* vol. 2, pp. 66; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 154; Buhoup, *Narrative,* p. 128; García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés,* p. 90. En lo concerniente al número de bajas, véase Carney, *Desperate Stand,* p. 35.

[59] Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 398; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 155-157; *LEPOSLP,* 2 y 18 de marzo, 10 de abril de 1847; Greenberg, *Wicked War,* p. 160. Los intercambios entre la escolta y las soldaderas se encuentran detallados en Chamberlain, *My Confession,* p. 171.

[60] *LEPOSLP,* 4 de marzo de 1847; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 157-158; William H. Daniel, *Military Diary,* p. 116; Chamberlain, *My Confession,* p. 174; Buhoup, *Narrative,* p. 132.

[61] García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés,* p. 91; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 159.

[62] Jaime Olveda, "Jalisco frente a la invasión norteamericana de 1846-1848", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 233; leg. 13, leg. 15, 1847, SGG, AHESLP; Indiferente de Guerra, vol. 64, AGN.

[63] *LEPOSLP,* 9 y 13 de marzo, 1 de abril de 1847; leg. 13, leg. 12, leg. 14, 1847, SGG, AHESLP; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 431-432; Velázquez, *Historia general,* p. 581; García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés,* p. 91; Calvillo Unna y Monroy Castillo, "Entre regionalismo y federalismo", p. 433; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 161.

[64] Monroy y Calvillo Unna, *Breve historia,* p. 175; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 151, 165; leg. 12, 1847, SGG, AHESLP; Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: Experienced during a Captivity of Seven Months in the Interior,* Cincinnati, Robinson and Jones, 1847, p. 73; Juan de la Granja, *Epistolario. Con un estudio biográfico preliminar por Luis Castillo Ledón y notas de Neréo Rodríguez Barragán,* México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1937, p. 58; *LEPOSLP,* 11 de marzo de 1847. La manera como la campaña de La Angostura fue moldeada por la necesidad del ejército mexicano de alimentos es similar en parte a la experiencia del ejército del general Robert E. Lee en la campaña de Gettysburg; véase el agudo análisis en Mark Fiege, *The Republic of Nature: An Environmental History of the United States,* Seattle, University of Washington Press, 2012, pp. 199-225.

[65] McCaffrey, *Army,* p. 119; 26 de septiembre de 1846, MS C, Richard M. Creagh, FHS; Robert Johannsen, *To the Halls of Montezuma: The Mexican War in the American Imagination,* Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 40, 43; 28 de septiembre de 1846, MS A L729 5, Lillard Family Papers, FHS; Coulter, *Volunteers,* pp. 170, 226; Perry, *Indiana,* p. 122.

[66] Hill, *Fighter,* pp. 91, 107, 174-176; Ethan Allen Hitchcock, *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major General Ethan Allen Hitchcock, USA,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1909, p. 346; McClellan, *Mexican War Diary of George B. McClellan,* pp. 38, 83-84; George McClellan, *The Mexican War Diary and Correspondence of George B. McClellan,* Thomas Cutrer (ed.), Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2009, p. 18; Isaac Smith, *Reminiscences,* pp. 21-25, 40-41; Dishman, *Perfect,* pp. 16, 51, 72, 105; Greenberg, *Wicked War,* p. 131; Doubleday, *My Life,* p. 64.

[67] William H. Daniel, *Military Diary,* p. 124; Carpenter, *Travels,* p. 41; Scribner, *Camp,* p. 71. La cita de Mary Gibson fue tomada de 5 de abril de 1847, MS C G, Columbus Goodwin, FHS, y también se encuentra en Thomas Ware Gibson, "The Mexican War, Some Personal Correspondence", *Indiana Magazine of History,* vol. 65, núm. 2 (1969), p. 139.

[68] Buley, "Indiana in the Mexican War: The Buena Vista Controversy"; 23 de abril de 1847, Kimball Manuscripts, Lilly Library; Isaac Smith, *Reminiscences,* pp. 68, 73-75; Scribner, *Camp,* pp. 60-71.

CAPÍTULO 4. Incluso los padres de familia

[1] Manuel Chust, "Milicia, milicias y milicianos nacionales y cívicos en la formación del Estado-nación mexicano, 1812-1835", en Juan Ortiz Escamilla (ed.), *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX,* México, El Colegio de México-El Colegio de Michoacán-Universidad Veracruzana, 2005, pp. 182-183, 189; Juan Ortiz Escami-

lla, "Los militares veracruzanos al servicio de la nación, 1821-1854", en Ortiz Escamilla (ed.), *Fuerzas militares en Iberoamérica,* pp. 255, 257; Timo Schaefer, *The Social Origins of Justice: Mexico in the Age of Utopian Failure, 1821-1870,* tesis de doctorado, Indiana University, 2015, pp. 102-114.

[2] Con respecto a la policía de tiempo parcial, véanse Schaefer, *Social Origins of Justice,* pp. 102-116; leg. 19, exp. 31, 1846, SGG, AHESLP, y leg. 19, exp. 35, 1846, SGG, AHESLP. Acerca de la ley de 1845, véanse Ayuntamiento, Militares, Guardia Nacional, leg. 3276, exp. 3, AHDF; Impresos, 7 de junio de 1845, SGG, AHESLP; leg. 12, 1845, SGG, AHESLP, y en especial Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, pp. 62-67.

[3] La cita proviene de *LEPOSLP,* 3 de agosto de 1847. En lo concerniente al Distrito Federal, véanse Gobernación, leg. 244, caja 1, exp. 2, AGN; Gobernación, leg. 244, caja 1, exp. 4, AGN; Gobernación, leg. 244, caja 2, exp. 2, AGN, y Ayuntamiento, Militares, Guardia Nacional, leg. 3276, exp. 4, AHDF. Con respecto a Xalapa, véase Rafael Laloth Jiménez, *Xalapa durante la intervención norteamericana (1846-1848),* tesis de licenciatura, Universidad Veracruzana, 2014, pp. 28-31.

[4] Leg. 21, exp. 27, 1846, SGG, AHESLP; Ayuntamiento, Militares, Guardia Nacional, leg. 3276, exp. 7, AHDF; Gobernación, leg. 220, caja 1, exp. 2, AGN; Gobernación, leg. 220, caja 1, exp. 3, AGN.

[5] Isidro Alemán y Moisés Guzmán Pérez, *Apuntes para la historia del Batallón Matamoros de Morelia,* Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, pp. 13-15, 59, 61; Gerardo Sánchez Díaz, "Michoacán frente a la intervención norteamericana, 1847-1848", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA-Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, p. 404; Raúl Jiménez Lescas, "Los michoacanos ante la guerra de conquista", en Raúl Jiménez Lescas y James D. Cockroft, *Michoacanos e irlandeses en la guerra antiimperialista, 1846-1848,* Morelia, Secretaría de Desarrollo Social-Escuela Nacional para Trabajadores, 2006, p. 50; Ronald Spores, Irene Huesca y Manuel Esparza (comps.), *Benito Juárez gobernador de Oaxaca. Documentos de su mandato y servicio público,* Oaxaca, Archivo General del Estado de Oaxaca, Serie Documentos del Archivo 8, 1987, p. 39; Pedro Santoni, "'Where Did the Other Heroes Go?' Exalting the 'Polko' National Guard Battalions in Nineteenth-Century Mexico", *Journal of Latin American Studies,* vol. 34, núm. 4 (noviembre de 2002), p. 813.

[6] *LEPOSLP,* 3 de agosto de 1847; María Gayón Córdova, *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848,* México, CNCA, 1997, p. 59; Rubén Amador Zamora, *El manejo del fusil y la espada. Los intereses partidistas en la formación de la Guardia Nacional en la ciudad de México. Agosto-octubre 1846,* tesina de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1998, p. 32. Las citas fueron tomadas de *Reglamento para organizar, armar y disciplinar la Guardia Nacional en los estados, distrito y territorios de la federación,* San Luis Potosí, Imprenta del Estado, 1846, pp. 3, 10-11, e Impresos, 21 de septiembre de 1846, SGG, AHESLP.

[7] Chust, "Milicia", p. 189; Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislación mexicana; o Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República,* México, Imprenta del Comercio, 1876, vol. 5, p. 165; Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos,* México, Porrúa, 1996, p. 252; *LEPOSLP,* 5, 7 y 10 de agosto de 1847; leg. 33, leg. 2, leg. 23, 1847, SGG, AHESLP; Gobernación, leg. 244, caja 1, exp. 3, AGN.

[8] Respecto de Oaxaca, véase Benjamin Smith, *The Roots of Conservatism in Mexico: Catholicism, Society and Politics in the Mixteca Baja, 1750-1962,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 2012, pp. 115-116, 140. Acerca de Morelos, véase Florencia Mallon, "Peasants and State Formation in Nineteenth Century Mexico: Morelos, 1848-1858", *Political Power and Social Theory,* vol. 7 (1988), pp. 1-54. En lo concerniente a Veracruz, véase Michael Ducey, *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850,* Tucson, University of Arizona Press, 2004, pp. 110-170. A propósito de Guerrero, véase Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1996, pp. 111-177 [hay traducción al español: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857,* Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001], así como exp. 2493, ff. 9, 41-42, 54, ADN. En lo que respecta al Distrito Federal, véase Amador Zamora, *El manejo del fusil,* p. 19; Luis Fernando Granados, "Pequeños patricios, hermanos mayores: Francisco Próspero Pérez como emblema de los *sans-culottes* capitalinos hacia 1846-1847", *Historias,* vol. 54 (enero-marzo de 2003), pp. 25, 28, 31; Luis Fernando Granados, "Diez tipos (a medias) reales en busca de uno ideal: liberales plebeyos de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX", en Felipe Castro y Marcela Terrazas (ed.), *Disidencia y disidentes en la historia de México,* México, UNAM, 2003, pp. 196-197, y Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 129-197.

[9] Dublán y Lozano, *Legislación mexicana,* vol. 5, p. 162; Ayuntamiento, Militares, Guardia Nacional, leg. 3276, exp. 6, AHDF; *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 261; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 107.

[10] Prieto, *Memorias,* p. 260; Karl Heller, *Alone in Mexico: The Astonishing Travels of Karl Heller, 1845-1848,* Terry Rugeley (ed. y trad.), Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2007, p. 142; Impresos, 1847, leg. 4, exp. 45, SGG, AHESLP; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 169, 262, 272; Sánchez Díaz, "Michoacán frente a la intervención norteamericana", p. 404; Jiménez Lescas, "Los michoacanos", p. 19; *LEPOSLP,* 11 de febrero, 17 de agosto de 1847; Gobernación, leg. 220, caja 2, exp. 8, AGN; *Reglamento para organizar,* p. 13; leg. 9, 1847, SGG, AHESLP.

[11] Véanse, por ejemplo, las apelaciones en leg. 29, 1847, SGG, AHESLP, y especialmente las muchas peticiones del 1 de agosto de 1846 en exp. 32, STJ, AHESLP.

[12] Leg. 22, exp. 12, 1846, SGG, AHESLP; leg. 25, 1847, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 27, 1846, SGG, AHESLP; Municipalidades, Guadalupe Hidalgo, caja 186, 1846, AHDF. Esos problemas fueron tan severos que, en un esfuerzo por alentar a los hombres a poner su deber militar antes que el familiar, el gobierno de San Luis Potosí publicó una carta de Mariano Martínez, propietario de la hacienda de Bledos, en la que este último explicaba que, a pesar de su pobreza y sus ocupaciones familiares, los empleados de la hacienda estaban entusiasmados por servir en la Guardia Nacional; véase *LEPOSLP,* 26 de noviembre de 1846.

[13] Leg. 33, 1847, SGG, AHESLP; Michael Ducey, "El reto del orden liberal: ciudadanos indígenas y prácticas populares en el México independiente: la política cotidiana en el Cantón de Misantla, Veracruz", en Antonio Escobar Ohmstede, José Marcos Medina Bustos y Zulema Trejo Contreras (eds.), *Los efectos del liberalismo en México, siglo XIX,* México, El Colegio de Sonora-CIESAS, 2015, p. 260.

[14] Leg. 33, leg. 29, leg. 9, 1847, SGG, AHESLP.

[15] Gobernación, leg. 220, caja 2, exp. 2, AGN; exp. 6, 1848, SGG, AHESLP; Mercedes de la Vega y María Cecilia Zuleta, *Testimonios de una guerra: México 1846-1848,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, vol. 2, pp. 526-528; exp. 10, 1848, SGG, AHESLP.

[16] Brian DeLay, *War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the Mexican-American War,* New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 283-288.

[17] Gobierno de Guanajuato, *Exposición y expediente que el Gobierno de Guanajuato dirige al Honorable Congreso del mismo, con motivo de las contestaciones ocurridas entre el Ministerio de la Guerra, General en Gefe del Ejército del Norte y el propio gobierno, sobre varios puntos del mayor interés para la administración pública del Estado,* Guanajuato, Tipografía de Oñate, 1847, p. 7; *Memoria sobre el estado que guarda la administración pública de Michoacán leída al Honorable Congreso por el Secretario del Despacho en 22 de enero de 1848,* Morelia, I. Arango, 1848; citado en adelante como *Memoria, Michoacán,* p. 27. El propio ministro de la Guerra lo reconoció; véase leg. 19, 1847, SGG, AHESLP. Véase también Laloth Jiménez, "Xalapa durante la intervención norteamericana", p. 34.

[18] Exp. 2 547, ff. 26-28, ADN.

[19] Heller, *Alone,* p. 142.

[20] Leg. 23, exp. 21, 1846, SGG, AHESLP; leg. 30, 1847, SGG, AHESLP; Gobernación, leg. 220, caja 2, exp. 1, AGN; Gobernación, leg. 220, caja 2, exp. 4, AGN; Gobernación, leg. 220, caja 2, exp. 7, AGN; Archivo de Guerra, leg. 375, ff. 518-530, AGN; Alemán y Guzmán Pérez, *Apuntes para la historia,* pp. 12, 48, 49; Prieto, *Memorias,* p. 257. La cita fue tomada de exp. 2 565, ff. 53-54, ADN.

[21] Leg. 6, 1848, SGG, AHESLP; Mercedes de la Vega, "Zacatecas: entre la guerra y el federalismo radical", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 702; *LEPOSLP,* 19 de octubre de 1847; *Memoria, Michoacán,* p. 6; Gobernación, leg. 330, exp. 4, AGN.

[22] Dublán y Lozano, *Legislación mexicana,* vol. 5, p. 167; *LEPOSLP,* 11 de febrero de 1847; leg. 6, 1848, SGG, AHESLP. Con respecto a un comentario similar del organizador de una fuerza de guerrilleros que buscaba a alguien que diera adiestramiento a sus hombres en el uso de las armas militares y que pudiera hacerlo sin recurrir al castigo corporal, "porque, si no aprenden tan rápidamente como uno quiere, es porque no entienden, no porque no estén tratando", véase leg. 10, 1847, SGG, AHESLP.

[23] Leg. 26, exp. 1, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, leg. 24, 1847, SGG, AHESLP.

[24] Archivo de Guerra, leg. 139, ff. 184-254, AGN; Archivo de Guerra, leg. 153, ff. 452-454, AGN; Archivo de Guerra, leg. 375, ff. 518-530, AGN; Carlos Ruiz Abreu (coord.), *Fortificaciones, guerra y defensa de la ciudad de México (1844, 1847-1848): documentos para su historia,* México, Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura-Archivo Histórico del Distrito Federal, 2003, p. 84; leg. 25, leg. 33, 1847, SGG, AHESLP; Chust, "Milicia", p. 193; Secretaría de Gobierno, Municipios, caja 83, exp. 2, AGEG; *LEPOSLP,* 12 de enero de 1847; Ayuntamiento, Militares, Guardia Nacional, leg. 3 276, exp. 5, AHDF; Juan Ortiz Escamilla, "Michoacán: federalismo e intervención norteamericana", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, p. 323.

[25] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 169; Santoni, "'Where Did the Other He-

roes Go?'", p. 817; *Documentos históricos sobre la defensa de Chapultepec,* México, AGN, 1999, p. 64.

[26] Exp. 2602, ff. 70-71, ADN; exp. 2673, f. 23, ADN; leg. 17, leg. 14, 1847, SGG, AHESLP.

[27] La obra definitiva sobre las luchas fiscales todavía es la de Barbara Tenenbaum, *The Politics of Penury: Debt and Taxes in Mexico, 1821-1856,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986. Véase también Daniel Walker Howe, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848,* Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 746; Josefina Zoraida Vázquez, "La guerra que puso en peligro la unidad nacional", en *Simposium de Historia Regional. La Angostura en la intervención norteamericana, 1846-1848,* Saltillo, Secretaría de Educación Pública de Coahuila, 1998, p. 16; leg. 22, leg. 24, 1844, SGG, AHESLP.

[28] Tenenbaum, *Politics of Penury,* pp. XII, XIV, 28, 49, 76-82; leg. 18, exp. 2, 1846, SGG, AHESLP; Carlos Rodríguez Venegas, "Las finanzas públicas y la guerra contra los Estados Unidos, 1846-1848", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 107; *Memoria, Michoacán,* anexos; A. Brooke Caruso, *The Mexican Spy Company: United States Covert Operations in Mexico,* Jefferson, McFarland, 1991, p. 55.

[29] Jack Bauer, *Surfboats and Horse Marines; U.S. Naval Operations in the Mexican War, 1846-48,* Annapolis, Naval Institute, 1969, p. 236; Barbara Corbett, "La política potosina y la guerra con Estados Unidos", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 460-462; Jaime Olveda, "Jalisco frente a la invasión norteamericana de 1846-1848", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 287; Omar Valerio-Jiménez, *River of Hope: Forging Identity and Nation in the Rio Grande Borderlands,* Durham, Duke University Press, 2013, p. 112; Rodríguez Venegas, "Las finanzas públicas", p. 105; Howe, *What Hath,* p. 797; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 2, p. 253; Josefina Zoraida Vázquez, "Un desastre anunciado e inevitable: la guerra con Estados Unidos", en Josefina Zoraida Vázquez *et al., La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848. Cuatro miradas,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 1998, p. 11; David Weber, *The Mexican Frontier 1821-1846: The American Southwest under Mexico,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982, p. 149 [hay traducción al español: *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana,* México, FCE, 1982]; Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, p. 281.

[30] José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, pp. 40-41; leg. 26, exp. 36, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, 1847, SGG, AHESLP; Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, p. 53; Mariano Riva Palacio, "Breve diario de don Mariano Riva Palacio (agosto de 1847)", Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), pp. 447-449; José Fernando Ramírez, *México durante la guerra con Estados Unidos,* México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1905, p. 260; Laloth Jiménez, "Xalapa durante la intervención norteamericana", p. 78.

[31] Exp. 2181, ff. 197-199, ADN; exp. 2252, f. 22, ADN; Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: Experienced during a Captivity of Seven Months in the Interior,* Cincinnati,

Robinson and Jones, 1847, p. 28; exp. 2319, f. 21, ADN; exp. 2355, f. 15, ADN; exp. 2358, ff. 4, 11, ADN; Justin Smith, *War,* vol. 2, pp. 20, 31, 183; exp. 2493, ff. 41-42, 52, 54, 60-62, ADN; exp. 2487, f. 13, ADN; exp. 2591, f. 186, ADN; Mariano Riva Palacio, "Breve diario", p. 445; exp. 2545, f. 14, ADN; Archivo de Guerra, leg. 619, AGN; Manuel Balbontín, *Memorias del coronel Manuel Balbontín,* San Luis Potosí, Tip. de la Escuela I. Militar, 1896, pp. 12-14. En lo que respecta a la confiscación, véanse leg. 6, 1847, SGG, AHESLP; exp. 2757, ff. 1-2, ADN, y exp. 2545, f. 3, ADN.

[32] Exp. 2406, f. 9, ADN; Archivo de Guerra, leg. 155, ff. 260-285, AGN; Archivo de Guerra, leg. 375, ff. 186-216, AGN.

[33] Periodo Independiente, vol. 51, exp. 3, AGEO; George Ballentine, *Autobiography of an English Soldier in the United States Army,* Chicago, Lakeside, 1986, p. 207; Samuel Chamberlain, *My Confession: Recollections of a Rogue,* Austin, Texas State Historical Association, 1996, p. 115; Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1995, p. 36.

[34] Los ejemplos tanto de una comisión de recaudación de fondos como de un acto con fines benéficos pueden verse en leg. 11, exp. 24, 1846, SGG, AHESLP. En lo concerniente a las campañas de principios del siglo XIX en Europa, véase, por ejemplo, Karen Hagemann, "Female Patriots: Women, War and Nation in the Period of the Prussian-German Anti-Napoleonic Wars", *Gender and History,* vol. 16, núm. 2 (agosto de 2004), p. 402. Acerca de otras campañas hechas en México, véase, por ejemplo, Peter Guardino, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850,* Durham, Duke University Press, 2005, pp. 125-127 [hay traducción al español: *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, 2009].

[35] Sergio Cañedo Gamboa, *Los festejos septembrinos en San Luis Potosí. Protocolo, discurso y transformaciones, 1824-1847,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2001, pp. 120-123; leg. 28, 1845, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 8 de septiembre de 1845, 16 de mayo, 6 y 25 de junio de 1846; leg. 5, leg. 14, 1847, SGG, AHESLP; leg. 11, exp. 25, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 15, 1846, SGG, AHESLP; leg. 9, leg. 13, leg. 15, 1847, SGG, AHESLP; Cañedo Gamboa, *Los festejos,* p. 139; Olveda, "Jalisco", pp. 299-302.

[36] Leg. 26, exp. 36, 1846, SGG, AHESLP; leg. 11, exp. 25, 1846, SGG, AHESLP; leg. 35, 1845, SGG, AHESLP; leg. 26, exp. 36, 1846, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 23 de mayo, 6 de junio, 10 de octubre y 22 de diciembre de 1846; María Isabel Monroy y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí,* México, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-FCE, 1997, p. 174; leg. 20, 1847, SGG, AHESLP; Valentín López González, "La intervención norteamericana en Cuernavaca", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 411; Manuel Muro Rocha, *Historia de San Luis Potosí,* México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1973, vol. 2, pp. 431-432, 490-491; leg. 14, leg. 20, 1847, SGG, AHESLP; Guardino, *Time of Liberty,* p. 253.

[37] En lo concerniente a las comisiones y las reuniones, véanse, por ejemplo, leg. 28, 1845, SGG, AHESLP, y *LEPOSLP,* 14 de noviembre de 1846. Acerca de las mujeres, véanse leg. 11, exp. 24, 1846, SGG, AHESLP; leg. 12, exp. 30, 1846, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 3, 6 y 25 de junio, 26 de septiembre de 1846, y Cañedo Gamboa, *Los festejos,* pp. 123-124. Véase un llamamiento a la participación de todos en *LEPOSLP,* 3 de octubre de 1846.

[38] La cita sobre Mazatlán se encuentra en leg. 14, 1847, SGG, AHESLP. Respecto de las donaciones provenientes de lejos, véanse Guardino, *Time of Liberty,* p. 253; Cañedo

Gamboa, *Los festejos,* pp. 123-124; Impresos, 6 de junio de 1846, SGG, AHESLP; Spores, Huesca y Esparza, *Benito Juárez gobernador,* p. 37; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 524; Manuel Esparza, "El difícil camino de sentirse nación: Oaxaca y la guerra contra Estados Unidos", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* pp. 508-509; Moisés Guzmán Pérez, *Las relaciones clero-gobierno en Michoacán. La gestión episcopal de Juan Cayetano Gómez de Portugal,* México, LIX Legislatura Cámara de Diputados, 2005, pp. 167-168, y Olveda, "Jalisco", pp. 299-302.

[39] *LEPOSLP,* 31 de mayo de 1846. Acerca de la resistencia previa al impuesto per cápita, véanse José Antonio Serrano Ortega, "Hacienda y guerra, élites políticas y gobierno nacional: Guanajuato, 1835-1847", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 247; Guardino, *Peasants,* pp. 154-156, y Benjamin Smith, *Roots,* pp. 111, 137-139.

[40] Fol. 8, Foreign Office 203-292, British Public Record Office, Londres; Gobernación, sin sección, leg. 331, exp. 7, AGN; Serrano Ortega, "Hacienda y guerra"; Rodríguez Venegas, "Las finanzas públicas", pp. 116-118.

[41] Impresos, 1 de octubre de 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 1, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 6, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 7, 1846, SGG, AHESLP; leg. 3, leg. 12, 1847, SGG, AHESLP; f. 7, Foreign Office 203-292, British Public Record Office; leg. 26, exp. 29, 1846, SGG, AHESLP; leg. 26, exp. 17, 1846, SGG, AHESLP; Corbett, "La política", p. 463.

[42] Leg. 16, leg. 20, leg. 22, 1847, SGG, AHESLP. Sobre el incidente en Río Verde, véase leg. 15, 1847, SGG, AHESLP. La cita proviene de leg. 2, 1847, SGG, AHESLP.

[43] Monroy y Calvillo Unna, *Breve historia,* pp. 420-422; Barbara Corbett, "Las fibras del poder: la guerra contra Texas (1835-36) y la construcción de un estado fisco-militar en San Luis Potosí", en Jorge Silva Riquer, Juan Carlos Grosso y Carmen Yuste (comp.), *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII-XIX,* México, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora-Instituto de Investigaciones Históricas (UNAM), 1995; Corbett, "La política", pp. 463-466; Antonio Escobar Ohmstede, "La guerra entre México y los Estados Unidos en 1848 y sus consecuencias en las Huastecas", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 271-275; Edith Ortiz Díaz, "Sobreviviendo a la guerra México-Estados Unidos: la ruptura del contrato social ante la invasión norteamericana. El caso de la ciudad de México", en Romana Falcón (coord.), *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos, México, 1804-1910,* México, El Colegio de México-Universidad Autónoma de Querétaro, 2005, p. 141. Con respecto a las caricaturas políticas, véase Helia Emma Bonilla Reyna, "El Calavera: la caricatura en tiempos de guerra", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* vol. 23, núm. 79 (otoño de 2001), pp. 91-92.

[44] Véase, por ejemplo, Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos,* México, Cumbre, 1989, pp. 192, 197.

[45] *LEPOSLP,* 19 de enero de 1847; Impresos, 1847, exp. 28, SGG, AHESLP; leg. 1, leg. 2, leg. 3, 1847, SGG, AHESLP.

[46] La ley se encuentra en Dublán y Lozano, *Legislación mexicana,* vol. 5, pp. 246-247. En lo concerniente a los debates, véase Reynaldo Sordo Cedeño, "El Congreso y la guerra con los Estados Unidos", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 60-65.

[47] Will Fowler, "Valentín Gómez Farías: Perceptions of Radicalism in Independent Mexico, 1821-1847", *Bulletin of Latin American Research,* vol. 15, núm. 1 (1996), p. 49. Sin duda alguna, Juan Álvarez así lo creía; véase Jesús Guzmán Urióstegui, "El sur ante la presencia norteamericana (1846-1847): Juan Álvarez y la guerra", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* pp. 349-350; Ramírez, *México,* p. 188.

[48] Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos,* p. 165.

[49] En lo concerniente a los informes de los dirigentes eclesiásticos que creyeron las promesas de los estadounidenses, véanse Ramírez, *México,* pp. 238-239, y John Pinheiro, *Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-48,* tesis de doctorado, University of Tennessee, Knoxville, 2001, pp. 218-220.

[50] Peter Guardino, "In the Name of Civilization and with a Bible in Their Hands: Religion and the 1846-48 Mexican American War", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos,* vol. 30, núm. 2 (verano de 2014), pp. 355-356; Guzmán Pérez, *Las relaciones,* pp. 169-170; Angélica Peregrina, "Visión de los jaliscienses en torno a la guerra de intervención norteamericana", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 380; leg. 5, exp. 28, 1846, SGG, AHESLP; Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 160, ff. 53, 55, 57, 58, 62, AGN.

[51] Leg. 5, exp. 28, 1846, SGG, AHESLP. La cita fue tomada de leg. 20, exp. 44, 1846, SGG, AHESLP, donde están archivados numerosos documentos similares. Véanse también Esparza, "El difícil camino", pp. 514-515, y Peregrina, "Visión de los jaliscienses", p. 380.

[52] Tenenbaum, *Politics of Penury,* pp. 78, 82; Brian Connaughton, "Agio, clero y bancarrota fiscal, 1846-1847", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos,* vol. 14, núm. 2 (verano de 1998), pp. 263-285; Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* p. 95; Esparza, "El difícil camino", pp. 509, 521; Guzmán Pérez, *Las relaciones,* pp. 176, 182; Olveda, "Jalisco", pp. 295-298; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 416. Acerca de las campanas de las iglesias, véanse Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2264, exp. 8, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2267, exp. 73, ff. 470-516, AHDF; leg. 20, 1847, SGG, AHESLP; Spores, Huesca, y Esparza, *Benito Juárez gobernador,* p. 38; Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 148, 411; Cañedo Gamboa, *Los festejos,* p. 235; Guzmán Pérez, *Las relaciones,* p. 177.

[53] Esparza, "El difícil camino", p. 517; Guzmán Pérez, *Las relaciones,* pp. 186-187; Peregrina, "Visión de los jaliscienses", p. 381; César Navarro Gallegos, "Una 'Santa Alianza': el gobierno duranguense y la jerarquía eclesiástica durante la intervención norteamericana", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 248; Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos,* p. 167.

[54] *Protesta hecha por los señores curas de las parroquias de esta capital al Sr. Vicario Capitular,* México, Imprenta de Vicente García Torres, 1847; *Bienes de la iglesia, ó sea impugnación al discurso sobre bienes eclesiásticos inserto en el Diario del Gobierno,* Guadalajara, Imprenta de Dionisio Rodríguez, 1847; Carlos María de Bustamante, entradas del 12 y 13 de enero de 1847, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (ed.), *Diario histórico de México 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003; Guzmán Pérez, *Las relaciones,* pp. 189-191; *Planes en la nación mexicana,* México, Cámara de Diputados, 1987, vol. 4, p. 372; Corbett, "La política", p. 464.

[55] Acerca de lo que se creía en Estados Unidos, véase Nicholas Marshall, "The Great

Exaggeration: Death and the Civil War", *Journal of the Civil War Era,* vol. 4, núm. 1 (marzo de 2014), p. 11.

[56] Amador Zamora, *El manejo del fusil,* pp. 87-88.

[57] Véase, por ejemplo, el poema en *El Republicano,* 19 de noviembre de 1846.

[58] La historia de esos conflictos es fascinante y, debido a las dificultades inherentes al estudio de grupos mayoritariamente analfabetas, todavía hay mucho que aprender; véanse Richard Warren, *Vagrants and Citizens: Politics and the Masses in Mexico City from Colony to Republic,* Wilmington, SR Books, 2001; Sylvia Arrom, "Popular Politics in Mexico City: The Parián Riot, 1828", *Hispanic American Historical Review,* vol. 68, núm. 2 (1988), pp. 245-268; Rosalina Ríos Zúñiga, "Popular Uprising and Political Culture in Zacatecas: The Sombrerete Uprisings (1829)", *Hispanic American Historical Review,* vol. 87, núm. 3 (agosto de 2007), pp. 499-536; Guardino, *Time of Liberty,* pp. 156-222, y Santoni, *Mexicans at Arms,* esp. pp. 16-17, 20-21, 128-162. Con respecto a la atmósfera que privaba en las reuniones de los federalistas radicales en la ciudad de México, véase también Ramírez, *México,* pp. 142-146.

[59] Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 130, 147, 150, 161, 167; *El Monitor Republicano,* 29 de septiembre de 1846; *LEPOSLP,* 20 de octubre de 1846; Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, vol. 1, p. 39; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 79; Bustamante, entradas del 9 de agosto, 8, 11, 13, 22 y 27 de septiembre, 3, 4 y 7 de octubre de 1846, en *Diario*. Las citas provienen de Bustamante, entradas del 8 y 13 de septiembre de 1846, en *Diario*.

[60] Amador Zamora, *El manejo del fusil;* Prieto, *Memorias,* pp. 252-253; Gobernación, leg. 220, caja 2, exp. 5, AGN; Gobernación, leg. 244, caja 1, exp. 2, AGN; Gobernación, leg. 244, caja 2, exp. 3, AGN; Impresos, 1845 [a pesar de su errónea clasificación en el archivo: el documento es realmente del otoño de 1846], SGG, AHESLP; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 117, 173, 265; Bustamante, *El nuevo,* vol. 2, p. 75; Bustamante, entrada del 2 de abril de 1847, en *Diario*; Granados, "Pequeños patricios", p. 31; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 351-352. La dinámica de la organización y la contraorganización es captada muy bien por la discusión del ayuntamiento de la ciudad en Actas de Cabildo Ordinarias, vol. 168-A, 12 y 13 de octubre de 1846, AHDF. La cita fue tomada de Bustamante, entrada del 10 de enero de 1846, en *Diario*.

[61] Santoni, *Mexicans at Arms,* p. 191; Archivo de Guerra, leg. 507b, AGN; *Décimas al pronunciamiento de los niños polquitos,* s. e., s. f.; *Marcha que cantan los polcos en la música de ponchada,* s. e., s. f.; José Bravo Ugarte, *Temas históricos diversos,* México, Jus, 1966, p. 134; Bustamante, entradas del 9, 10 y 14 de octubre de 1846, en *Diario*.

[62] Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 183-188; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 180.

[63] Exp. 2342, ff. 3-4, ADN; Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos,* pp. 167-169; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 14 de enero de 1847, AHDF; Actas de Cabildo Ordinarias, vol. 169-A, 14 de enero de 1847, AHDF; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 2, p. 65.

[64] Guzmán Pérez, *Las relaciones,* pp. 192-193; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 582, vol. 2, pp. 61-65; Ángela Moyano Pahissa, *Querétaro en la guerra con los Estados Unidos, 1846-1848,* Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, 1998, p. 38; Navarro Gallegos, "Una 'Santa Alianza'", p. 244.

[65] Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 179-185.

[66] Santoni, *Mexicans at Arms,* p. 185; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 178; Bravo Ugarte, *Temas históricos,* pp. 134-135; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 145; Ramírez, *México,* pp. 199-200; Bustamante, entrada del 25 de febrero de 1847, en *Diario.*

[67] *Planes en la nación mexicana,* vol. 4, pp. 372-373; *LEPOSLP,* 4 de marzo de 1847.

[68] Michael Costeloe, "The Mexican Church and the Rebellion of the Polkos", *Hispanic American Historical Review,* vol. 46, núm. 2 (1966), pp. 175-178; Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos,* p. 198; Prieto, *Memorias,* p. 255; Ramírez, *México,* p. 200.

[69] Prieto, *Memorias,* p. 253; Ramírez, *México,* p. 201; Guzmán Pérez, *Las relaciones,* p. 195. La rebelión se vio de la misma manera en las provincias; véanse, por ejemplo, *LEPOSLP,* 25 de marzo de 1847, y William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of That Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, pp. 113-114. Para darse una idea de la manera como ese tipo de narrativa tomó forma a medida que la guerra se desarrollaba, véanse José María Lafragua a Manuel de la Peña y Peña, Querétaro, 25 de noviembre de 1847, y el manuscrito "La revolución llamada de los polkos", ambos en la Colección Lafragua, Fondo Reservado, Biblioteca Nacional, México.

[70] Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 186-192; *LEPOSLP,* 3 y 16 de marzo de 1847; Impresos, 1847, leg. 2, exp. 19, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, leg. 2, exp. 24, SGG, AHESLP; Prieto, *Memorias,* p. 254; Ramírez, *México,* pp. 203-204; Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos,* p. 198.

[71] Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 190-197; Gobernación, leg. 244, caja 1, exp. 3, AGN; Gobernación, leg. 244, caja 1, exp. 1, AGN. La cita fue tomada de Gobernación, leg. 244, caja 1, exp. 3, AGN.

[72] Caruso, *Mexican,* pp. 142-143; Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, pp. 61, 120; Tom Reilly, *War with Mexico! America's Reporters Cover the Battlefront,* Lawrence, University of Kansas Press, 2010, p. 117; Justin Smith, *War,* vol. 2, pp. 12-13; Guzmán Pérez, *Las relaciones,* p. 178; Pinheiro, "Crusade", p. 69.

[73] *LEPOSLP,* 8 de mayo de 1847; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 28, SGG, AHESLP; Brian Connaughton, "Soberanía y religiosidad: la disputa por la grey en el movimiento de la Reforma", en Alicia Tecuanhuey Sandoval (ed.), *Clérigos, políticos y política. Las relaciones iglesia-Estado en Puebla, siglos XIX y XX,* Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), 2002, p. 120.

[74] Amy Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of Mexico,* Nueva York, Knopf, 2012, pp. 143-144; Bauer, *Surfboats,* pp. 63-64, 69; Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, p. 62. En lo concerniente a Scott y las maniobras de flanqueo, véase Johnson, *Gallant,* pp. 77, 268.

[75] Exp. 2355, f. 15, ADN; Bauer, *Surfboats,* p. 85; Carmen Blázquez Domínguez, "Presencia norteamericana en Veracruz durante el conflicto de 1847", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 664; Bustamante, entrada del 3 de febrero de 1847, en *Diario;* Laloth Jiménez, "Xalapa durante la intervención norteamericana", p. 35. La cita fue tomada de Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 493-494.

[76] Bauer, *Surfboats,* pp. 88, 95; Johnson, *Gallant,* p. 44. El bombardeo de ciudades fortificadas no carecía de precedentes y sin duda Scott los conocía; acerca del bombardeo francés de Zaragoza, véase David Bell, *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It,* Boston, Houghton Mifflin, 2007, pp. 281-284.

[77] Greenberg, *Wicked War,* p. 171; Irving Levinson, *Wars within War: Mexican Guerrillas, Domestic Elites and the United States of America, 1846-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 2005, p. 26; Theodore Laidley, *Surrounded by Dangers of All Kinds: The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley,* Denton, University of North Texas Press, 1997, pp. 48, 53; Juan de la Granja, *Epistolario. Con un estudio biográfico preliminar por Luis Castillo Ledón y notas de Neréo Rodríguez Barragán,* México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1937, pp. 64-65; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 168-179; C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL (citado en adelante como Manuscrito de Reeves), p. 220; Zeh, *Immigrant Soldier,* p. 22; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 209-212; Laloth Jiménez, "Xalapa durante la intervención norteamericana", pp. 42-43. La cita fue tomada de Winfield Scott, *Memoirs of Lieut.-General Scott, LL.D. Written by Himself,* Nueva York, Sheldon, 1864, vol. 2, p. 427. Lo notable es que la decisión de Scott a ese respecto fue exactamente lo opuesto de la tomada por el contralmirante francés Charles Baudin cuando sus fuerzas habían atacado el puerto menos de 10 años antes durante la llamada "guerra de los pasteles": Baudin y el ministro de Relaciones Interiores mexicano habían negociado para reducir al mínimo los riesgos para la población civil; véase Mario Alberto García Suárez, *El puerto de Veracruz, espacio de la guerra franco-mexicana (1838-1839),* tesis de licenciatura, Universidad Veracruzana, 2014, pp. 71, 105.

[78] Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 500; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 212, 217; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 177. Sobre el informe de Morales, véase exp. 2268, f. 16, ADN. Para la cita de Oswandel, véase Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, pp. 47, 50-51; la cita fue tomada de la p. 51.

[79] En lo concerniente a las cifras de las bajas, véase Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 503; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 178; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 215. Con respecto a Guillermo Rode, véase *LEPOSLP,* 22 de abril de 1847, y respecto de Álvarez, véase exp. 2493 ff. 57-58, ADN.

[80] Reilly, *War!,* pp. 108, 119; George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, pp. 177, 185-187; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 27 de abril de 1847, AHDF; Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* p. 388; Muro Rocha, *Historia de San Luis Potosí,* vol. 2, p. 503; Impresos, 1847, exp. 2, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 8, 13 y 15 de abril, 3 de julio de 1847; Bustamante, entrada del 27 de marzo de 1847, en *Diario;* George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The U.S. Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, pp. 192-194; *The Times,* 10 de mayo de 1847.

[81] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 172; Coulter, *Volunteers,* p. 82; Ulysses S. Grant, *Personal Memoirs,* Westminster (MD), Random House, 1999, p. 65. Grant afirmó que fueron casi 1600 kilómetros a lo largo de esa ruta los que esos hombres tuvieron que seguir, pero no logré encontrar la confirmación al respecto.

[82] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 221; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 231; Granados, "Diez tipos", p. 197; Laidley, *Surrounded,* p. 67; exp. 2496, ff. 2, 6, ADN.

[83] Levinson, *Wars,* p. 16; exp. 2355, ff. 12, 34, ADN; exp. 2281, f. 1, ADN; Ballentine, *Autobiography,* p. 159. Las enfermedades ayudaron a derrotar los intentos de los estadounidenses de hacerse con el dominio de Tabasco; véase María Eugenia Arias Gómez, "La defensa en el territorio tabasqueño", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 607.

[84] Carmen Blázquez Domínguez, "Veracruz: restablecimiento del federalismo e intervención norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 572; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 229; Gobernación, leg. 184, caja 1, exp. 3, AGN; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 220; Bustamante, entrada del 28 de marzo de 1847, en *Diario*; Will Fowler, *Santa Anna of Mexico,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2007, pp. 267-268; Justin Smith, *War,* vol. 2, pp. 42-45. En realidad, desde el periodo colonial, Cerro Gordo había sido considerado como un lugar en el que un ejército podía defenderse en contra de una invasión y es posible que Santa Anna lo supiera; véase José Daniel Ramírez Reyes, "Veracruz y las guerrillas del Camino Nacional durante la invasión norteamericana en 1847-1848", manuscrito inédito, UAM, s. f., p. 30.

[85] John Corey Henshaw, *Recollections of the War with Mexico,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, p. 131; Manuscrito de Reeves, p. 232.

[86] En este caso, el relato de la batalla se basa sobre todo en la detallada descripción de Johnson, *Gallant,* pp. 66-100, y Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 194-230. A propósito del asesinato de los heridos, véase Henshaw, *Recollections,* p. 137.

[87] James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, New York University Press, 1992, p. 173.

[88] Véase una descripción en George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* pp. 207-209.

[89] Justin Smith, *War,* vol. 2, pp. 68-70.

[90] Cristina Gómez Álvarez y Francisco Téllez Guerrero, "Las finanzas municipales y la guerra: el impacto de la intervención estadunidense en la ciudad de Puebla", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* pp. 531-534; Daniel Molina Álvarez, *La pasión del padre Jarauta,* México, Gobierno del Distrito Federal, 1999, pp. 59-60; Alicia Tecuanhuey Sandoval, "Puebla durante la invasión norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 405-409; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 247. En lo concerniente a la reputación de los poblanos en el sentido de que no se sintieron inclinados a oponerse a los estadounidenses, véanse *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 244-245; Johnson, *Gallant,* p. 123, y Vicente Quirarte, "Tiempo de canallas, héroes y artistas: el imaginario de la guerra entre México y Estados Unidos", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 61.

[91] Oswandel, *Notes,* pp. 137-138, 141.

[92] Henshaw, *Recollections,* p. 150; Johnson, *Gallant,* pp. 125, 133; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 72; exp. 2504, ff. 15, 20, ADN; exp. 2550, f. 2, ADN; Oswandel, *Notes,* pp. 133-135.

[93] Oswandel, *Notes,* pp. 142, 193, 322; Coulter, *Volunteers,* p. 308.

Capítulo 5. Cada capítulo que escribimos con sangre mexicana

[1] David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon, and the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 1973, pp. 456-459; Daniel Walker Howe, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848,* Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 6.

[2] En lo concerniente al monocultivo de algodón y sus consecuencias, véase Walter Johnson, *Empire of Dark Dreams: Slavery and Empire in the Cotton Kingdom,* Cambridge (MA), Belknap Press of Harvard University Press, 2013, pp. 156-157, 180-184. Acerca de la oposición de los abolicionistas a la guerra, véanse Robert Johannsen, *To the Halls of Montezuma: The Mexican War in the American Imagination,* Nueva York, Oxford University Press, 1985, p. 214; Shelley Streeby, *American Sensations: Class, Empire and the Production of American Culture,* Berkeley, University of California Press, 2002, p. 20, y, en especial, Amy Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of Mexico,* Nueva York, Knopf, 2012, pp. 116, 196-198.

[3] Amy Greenberg, *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire,* Nueva York, Cambridge University Press, 2005, esp. p. 25.

[4] Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1981, pp. 250, 257-261.

[5] Jesús Velasco Márquez, "Regionalismo, partidismo y expansionismo: la política interna de Estados Unidos durante la guerra contra México", *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), p. 337; Howe, *What Hath,* pp. 762-763, 811-812; Hal W. Bochin, "Caleb B. Smith's Opposition to the Mexican War", *Indiana Magazine of History,* vol. 69, núm. 2 (1973), p. 98; Jorge Belarmino, *Cuestión de sangre,* México, Planeta, 2008, p. 184; Ted C. Hinckley, "American Anti-Catholicism during the Mexican War", *Pacific Historical Review,* vol. 31 (mayo de 1962), p. 133; Greenberg, *Wicked War,* pp. 101, 106.

[6] Velasco Márquez, "Regionalismo", p. 338; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 1, p. 347, vol. 2, p. 273; Greenberg, *Wicked War,* pp. 129, 254; Bochin, "Caleb B. Smith's Opposition", p. 106; Johannsen, *To the Halls,* p. 276; Howe, *What Hath,* p. 770.

[7] El abanderado de ese punto de vista fue el senador por Carolina del Sur, John C. Calhoun; véase Howe, *What Hath,* p. 764; Greenberg, *Wicked War,* pp. 247-248.

[8] Howe, *What Hath,* p. 767; Greenberg, *Wicked War,* pp. 196-197.

[9] Greenberg, *Wicked War,* pp. 190-195.

[10] Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 269; Jesús Velasco Márquez, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848),* México, SepSetentas, 1975, p. 46; Greenberg, *Wicked War,* pp. 196, 248-254; Howe, *What Hath,* pp. 624, 762, 770, 797.

[11] *Congressional Globe,* XXIX Congreso, 2a sesión, apéndice, pp. 211-218 (1847). Las citas fueron tomadas de pp. 211, 214, 217.

[12] Greenberg, *Wicked War,* pp. 44-47, 55-60.

[13] *Ibid.,* pp. 162-168.

[14] *Ibid.,* pp. 229-238.

[15] *Ibid.,* p. 263; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 73.

[16] Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 280; *LEPOSLP,* 20 de junio y 5 de octubre de 1844, 1 y 25 de enero de 1848, 19 de noviembre y 5 de diciembre de 1846; Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: Experienced during a Captivity of Seven Months in the Interior,*

Cincinnati, Robinson and Jones, 1847, p. 73; Carlos María de Bustamante, entradas del 18 de diciembre de 1846, 11 de febrero de 1847, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), *Diario histórico de México, 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003.

[17] Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 351; *LEPOSLP,* 15 de junio, 15 y 24 de julio, 10 de agosto de 1847.

[18] Paul Foos, *A Short, Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, pp. 5, 8, 64, 68, 80; Greenberg, *Wicked War,* p. 190; Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 537; Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, p. 81; Albert Lombard, *"The High Private" with a Full and Exciting History of the New York Volunteers, and the "Mysteries and Miseries" of the Mexican War, in Three Parts—Part First,* Nueva York, s. e., 1848, p. 9; Streeby, *American Sensations,* p. 173; George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The U.S. Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, pp. 11-12; S. Compton Smith, *Chile con Carne; or, The Camp and the Field,* Nueva York, Miller and Curtis, 1857, pp. 299-310. El cartel de reclutamiento se encuentra desplegado en el Cementerio Nacional Americano de la ciudad de México y la cita de Blackburn fue tomada de 6 de septiembre de 1847, MS A B 628 3, Blackburn Family Papers, FHS.

[19] Winders, *Mr. Polk's,* pp. 57-59; Foos, *Short,* pp. 156-158.

[20] Greenberg, *Wicked War,* p. 205; Howe, *What Hath,* p. 784; Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, p. 92.

[21] 29 de julio de 1846, MS A S751 3, Sperry-Gathright Family Papers, FHS; J. Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, p. 285.

[22] *Daily Picayune,* 1 de junio de 1847; Zachary Taylor, *Letters of Zachary Taylor from the Battle-Fields of the Mexican War,* Rochester, Genesee, 1908, p. 75.

[23] Theodore Laidley, *Surrounded by Dangers of All Kinds: The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley,* Denton, University of North Texas Press, 1997, pp. 90-91; Greenberg, *Wicked War,* pp. XVII, 151-152; Justin Smith, *War,* vol. 2, pp. 63-64; Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, p. 136; Oswandel, *Notes,* pp. 79, 81. Ni siquiera a los voluntarios que ya habían firmado por toda la duración de la guerra les agradaba la perspectiva de tener que servir durante una ocupación interminable; véase Coulter, *Volunteers,* p. 216.

[24] Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, vol. 2, pp. 138-139; *LEPOSLP,* 10 de junio, 27 de julio de 1847; Mercedes de la Vega y María Cecilia Zuleta, *Testimonios de una guerra. México, 1846-1848,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, vol. 2, p. 430; Johannsen, *To the Halls,* p. 46.

[25] Peter Guardino, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850,* Durham, Duke University Press, 2005, pp. 75-79, 164-166 [hay traducción al español: *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, 2009].

[26] Véase, por ejemplo, la obra de Sergio Cañedo Gamboa sobre las celebraciones del Día de la Independencia: Sergio Cañedo Gamboa, *Los festejos septembrinos en San Luis Potosí. Protocolo, discurso y transformaciones, 1824-1847,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2001, esp. pp. 126-132, 141-143, 148.

[27] Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, pp. 39, 328; vol. 2, pp. 201-202, 235, 242; Manuel Muro Rocha, *Historia de San Luis Potosí,* México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1973, vol. 2, p. 412; Andrés Delgadillo Sánchez, *San Luis de la Patria durante la guerra contra Estados Unidos de Norteamérica. Identidad nacional, símbolos y héroes patrios, 1846-1848,* San Luis Potosí, Editorial Ponciano Arriaga, 2012, pp. 91-102, 177, 181; *LEPOSLP,* 29 de marzo de 1845, 28 de marzo de 1846; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 7, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 13, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 2, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 6, SGG, AHESLP.

[28] Exp. 2493, f. 40, ADN.

[29] Gobernación, leg. 184, caja 1, exp. 3, AGN; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 2, p. 429.

[30] Brian Connaughton, "Conjuring the Body Politic from the Corpus Mysticum: The Post-independent Pursuit of Public Opinion in Mexico, 1821-1854", *Americas,* vol. 55, núm. 3 (enero de 1999), pp. 459-479.

[31] Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 159, f. 287, AGN; Ignacio Sampallo, *Sermón político religioso de María Santísima Guadalupe, que predicó en la Santa Iglesia Parroquial de San Luis Potosí, en el día de acción de gracias de la conclusión del novenario llamado de las flores,* San Luis Potosí, M. Escontria, 1847; Gobernación, sin sección, leg. 327, exp. 5, AGN; *La Voz Popular,* 25 de agosto de 1847.

[32] La cita del comité de ciudadanos de San Luis Potosí fue tomada de *LEPOSLP,* 3 de junio de 1846, y la cita de Juan Martín de la Garza y Flores se encuentra en *LEPOSLP,* 11 de abril de 1846. Véase también *LEPOSLP,* 9 de mayo de 1846, 27 de mayo de 1847; Impresos, 1847, exp. 1, SGG, AHESLP; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 2, p. 235.

[33] Véanse los ejemplos en Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 159, f. 287, AGN; *LEPOSLP,* 11 de abril, 3 de junio, 8 de octubre de 1846, 6 de abril de 1847; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 18, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 2, SGG, AHESLP; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, pp. 361-362, vol. 2, pp. 201-202; Manuel Esparza, "El difícil camino de sentirse nación: Oaxaca y la guerra contra Estados Unidos", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA-Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, pp. 507-508; Daniel Molina Álvarez, *La pasión del padre Jarauta,* México, Gobierno del Distrito Federal, 1999, p. 143; Armando Quijada Hernández, "Impacto de la guerra de intervención angloamericana en Sonora, 1846-1848", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 586; Jaime Sánchez Sánchez, "El territorio tlaxcalteca y la guerra contra Estados Unidos", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 638, y Secretaría de Gobierno, Municipios, caja 172, exp. 20, AGEG. A propósito de Ramón Adame, véase *LEPOSLP,* 15 de abril de 1847, y respecto de Francisco Modesto de Olaguíbel, véanse Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 340, y María del Carmen Salinas Sandoval, *Política interna e invasión norteamericana en el Estado de México 1846-1848,* Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2000, p. 130.

[34] La cita de Alejandro Ihary proviene de *LEPOSLP,* 12 de enero de 1847, y la cita sobre San Luis Potosí se tomó de *LEPOSLP,* 8 de octubre de 1846. Véase también exp. 2474, ADN; exp. 2493, f. 40, ADN; Gobernación, sin sección, leg. 327, exp. 5, AGN; *LEPOSLP,* 8 y 13 de octubre, 11 de noviembre de 1846, 13 de abril, 4 de mayo de 1847; Im-

presos, 1847, leg. 3, exp. 18, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, leg. 5, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 1, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 2, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 6, SGG, AHESLP; leg. 19, 1847, SGG, AHESLP; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 328, y Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 411-412, 519.

[35] *LEPOSLP,* 4 de mayo de 1847; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 28, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 1, SGG, AHESLP.

[36] Véase, por ejemplo, el caso de Prusia en las guerras napoleónicas en Karen Hagemann, "Of 'Manly Valor' and 'German Honor': Nation, War and Masculinity in the Age of the Prussian Uprising against Napoleon", *Central European History,* vol. 31, núm. 2 (1997), p. 216.

[37] Greenberg, *Manifest Manhood,* pp. 55, 88-91.

[38] Véanse unas cuantas muestras de las pruebas en Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, pp. 3, 28, 61; Tom Reilly, *War with Mexico! America's Reporters Cover the Battlefront,* Lawrence, University of Kansas Press, 2010, pp. 48, 160; Samuel Chamberlain, *My Confession: Recollections of a Rogue,* Austin, Texas State Historical Association, 1996, pp. 176, 178; Greenberg, *Wicked War,* p. 132; James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, New York University Press, 1992, p. 123; *LEPOSLP,* 22 de octubre de 1846, 27 y 29 de julio, 1847; exp. 2 703, f. 5, ADN, y John Corey Henshaw, *Recollections of the War with Mexico,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, pp. 70-71.

[39] La cita sobre Zacatecas se encuentra en Impresos, 1847, leg. 3, exp. 18, SGG, AHESLP. Véase también *LEPOSLP,* 13 de octubre de 1846, 17 de abril de 1847; leg. 22, exp. 15, 1846, SGG, AHESLP; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 47, vol. 2, p. 235; Jesús Cosamalón Aguilar, "Léperos y yanquis: el control social en la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, 1847-1848", en Romana Falcón (coord.), *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos, México, 1804-1910,* México, El Colegio de México-Universidad Autónoma de Querétaro, 2005, p. 118.

[40] Respecto al llamamiento de Santa Anna, véanse Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 507; *LEPOSLP,* 6 de abril de 1846, e Impresos, 1847, leg. 5, SGG, AHESLP. Véanse también más referencias a las violaciones en Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 39; *Mexicanos,* México, Imprenta de la Calle de Medinas n. 6, 10 de septiembre de 1847; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 28, SGG, AHESLP; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 412, 513; Sampallo, *Sermón político religioso;* Guzmán Urióstegui, "El sur", p. 349; Impresos, 1847, exp. 2, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 6, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 14 de noviembre de 1846, 5 de enero, 13 y 29 de abril, 8 de julio de 1847, y Delgadillo Sánchez, *San Luis,* pp. 77, 85, 164, 178.

[41] Ronald Spores, Irene Huesca y Manuel Esparza (eds.), *Benito Juárez gobernador de Oaxaca. Documentos de su mandato y servicio público,* Oaxaca, Archivo General del Estado de Oaxaca, Serie Documentos del Archivo 8, 1987, p. 24.

[42] En lo concerniente a las vírgenes violadas, véase *La Voz Popular,* 25 de agosto de 1847; *LEPOSLP,* 9 de marzo de 1847; leg. 18, 1847, SGG, AHESLP; Jaime Olveda, "Jalisco frente a la invasión norteamericana de 1846-1848", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de

Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, p. 303; exp. 2493, f. 40, ADN, y leg. 18, 1847, SGG, AHESLP. Respecto de las monjas, véase Impresos, 1847, exp. 1, SGG, AHESLP. Acerca de los hombres que fueron obligados a presenciar las violaciones, véanse Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 47, y *LEPOSLP,* 17 de noviembre de 1846, 4 de mayo, 12 de enero de 1847. La cita fue tomada de Secretaría de Gobierno, Municipios, caja 83, exp. 8, AGEG.

[43] *LEPOSLP,* 8 de octubre de 1846, 8 de julio de 1847.

[44] La cita proviene de *LEPOSLP,* 8 de mayo de 1847. Véanse algunos ejemplos más en Impresos, 1847, exp. 6, SGG, AHESLP; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 39; Delgadillo Sánchez, *San Luis,* pp. 73, 182, y Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 412, 424.

[45] *LEPOSLP,* 5 de abril de 1845, 1 de agosto de 1846; Impresos, 1845, leg. 4, exp. 6, SGG, AHESLP.

[46] La cita de Zavala fue tomada de Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 39; la segunda cita, de *LEPOSLP,* 28 de octubre de 1847, y la cita satírica, de *LEPOSLP,* 2 de enero de 1847. La cita sobre los bandidos fue tomada de *LEPOSLP,* 5 de enero de 1847. Véanse también Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, p. 496, y Carlos Ruiz Abreu (coord.), *Fortificaciones, guerra y defensa de la ciudad de México (1844, 1847-1848). Documentos para su historia,* México, Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura-Archivo Histórico del Distrito Federal, 2003, pp. 388-389.

[47] *LEPOSLP,* 4 de mayo de 1847. Véanse otras referencias clásicas en leg. 12, exp. 51, 1846, SGG, AHESLP, y en el diálogo de Ignacio de Mora y Villamil con Taylor del capítulo 3.

[48] Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* p. 388; María Gayón Córdova, *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848,* México, CNCA, 1997, p. 314.

[49] Johannsen, *To the Halls,* p. 292; Horsman, *Race,* pp. 208-228; Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación,* México, El Colegio de México, 2008, pp. 162-163.

[50] John Pinheiro, *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War,* Oxford, Oxford University Press, 2014, p. 65; Gene Brack, *Mexico Views Manifest Destiny,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1975, p. 122; Horsman, *Race,* p. 184.

[51] Gobernación, leg. 220, caja 2, exp. 1, AGN; *LEPOSLP,* 2 y 20 de octubre de 1846, 4 de mayo de 1847; María del Carmen Salinas Sandoval, "El Estado de México durante la guerra México-Estados Unidos, 1846-1848", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 222. La cita está tomada de Bustamante, *El nuevo,* vol. 1, p. 17.

[52] Pedro de Ampudia, *Manifiesto del general Ampudia a sus conciudadanos,* México, Ignacio Cumplido, 1847, p. 12; *LEPOSLP,* 28 de septiembre de 1847, 13 de octubre de 1846, 8 de julio de 1847; Salinas Sandoval, *Política interna,* p. 124; Salinas Sandoval, "El Estado de México", p. 237.

[53] *LEPOSLP,* 11 de abril, 4 de junio, 24 de noviembre de 1846, 2 de enero, 24 de abril, 15 de mayo de 1847.

[54] Pérez Vejo, *España en el debate público,* pp. 154, 157, 161-162. Véanse los ejemplos en Pedro María Anaya, *El ciudadano Pedro María Anaya, a los jefes, oficiales y soldados del Ejército Permanente, y de la Guardia Nacional,* [México], Imprenta de la Calle de Santa Clara núm. 23, [1847], y *LEPOSLP,* 9 de mayo de 1846. Ese punto de vista tam-

bién era compartido por algunas personas en la propia España; véase *LEPOSLP*, 15 de agosto de 1847.

[55] Aunque sería necesario hacer un extenso análisis para confirmarlo; no obstante, véanse Brack, *Mexico*, p. 109; Pérez Vejo, *España en el debate público*, pp. 162-164, y Velasco Márquez, *La guerra del 47*, p. 76.

[56] La cita fue tomada de *LEPOSLP*, 11 de abril de 1846. Véanse también *LEPOSLP*, 29 de abril de 1847, 26 de octubre de 1846; Delgadillo Sánchez, *San Luis*, pp. 69, 180.

[57] *LEPOSLP*, 15 de mayo de 1847; exp. 2605, f. 66, ADN; Barbara Corbett, "Race, Class and Nation in Wartime San Luis Potosí", artículo presentado en la Latin American Studies Association, Guadalajara, 17 de abril de 1997, pp. 8-9.

[58] Brack, *Mexico*, p. 181; Timothy J. Henderson, *A Glorious Defeat: Mexico and Its War with the United States*, Nueva York, Hill and Wang, 2007, pp. 144-145; *LEPOSLP*, 11 de noviembre de 1847.

[59] Brack, *Mexico*, p. 46.

[60] En lo que respecta a Estados Unidos, véase Eric Foner, *The Story of American Freedom*, Nueva York, W. W. Norton, 1998, pp. 29-31, 47-94; en lo concerniente a México, véase Peter Guardino, "La identidad nacional y los afromexicanos en el siglo XIX", en Brian Connaughton (ed.), *Prácticas populares, cultura política y poder en México, siglo XIX*, México, UAM Iztapalapa-Juan Pablos, 2008, pp. 267-269.

[61] La cita fue tomada de Vega y Zuleta, *Testimonios*, vol. 1, p. 39. Bustamante, *El nuevo*, vol. 2, pp. 51, 195; Bustamante, entrada del 14 de mayo de 1847, en *Diario*. Véanse también Brack, *Mexico*, pp. 99, 131; *LEPOSLP*, 15 de mayo, 1 de junio y 29 de septiembre de 1847; Impresos, 1845, exp. 2, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 17, SGG, AHESLP; Impresos, 1847, exp. 6, SGG, AHESLP; leg. 19, exp. 38, 1846, SGG, AHESLP, y James Sanders, *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*, Durham, Duke University Press, 2014, p. 71.

[62] Secretaría de Justicia y Negocios Eclesiásticos, *Invitación dirigida por el Supremo Gobierno Mexicano, al Venerable Cabildo Metropolitano, para el auxilio de las más urgentes necesidades de la República*, México, Imprenta de Santiago Pérez, 1847, pp. 9-12; Bustamante, *El nuevo*, vol. 1, p. 17; exp. 2605, f. 66, ADN.

[63] Las citas fueron tomadas de *LEPOSLP*, 3 de junio de 1846, y Bustamante, *El nuevo*, vol. 1, p. 17.

[64] *LEPOSLP*, 22 de mayo de 1847; Secretaría de Justicia y Negocios Eclesiásticos, *Invitación dirigida por el Supremo Gobierno Mexicano*, p. 7; Delgadillo Sánchez, *San Luis*, pp. 83-84; Brack, *Mexico*, pp. 62, 99, 122; Will Fowler, *Santa Anna of Mexico*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2007, p. 273; Rosario Rodríguez Díaz, "Mexico's Vision of Manifest Destiny during the 1847 War", *Journal of Popular Culture*, vol. 35, núm. 2 (otoño de 2001), p. 46; Velasco Márquez, *La guerra del 47*, pp. 78-79; Sanders, *Vanguard*, p. 69.

[65] Moisés González Navarro, "¿Honroso empate?", en *Simposium de Historia Regional. La Angostura en la intervención norteamericana 1846-1848*, Saltillo, Secretaría de Educación Pública de Coahuila, 1998, p. 38; Bustamante, entrada del 3 de marzo de 1847, en *Diario*.

[66] Impresos, 1847, leg. 3, exp. 7, SGG, AHESLP; Delgadillo Sánchez, *San Luis*, p. 66; Impresos, 1847, exp. 2, SGG, AHESLP; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 27, f. 3, AHDF.

[67] Las referencias a la guerra de España contra los franceses son casi innumerables; véanse, por ejemplo, Impresos, 1847, exp. 2, SGG, AHESLP; exp. 2250, f. 12, ADN; *LEPOSLP,* 5 de abril de 1845, 24 de abril de 1847.

[68] Brian Hamnett, *Roots of Insurgency: Mexican Regions, 1750-1824,* Nueva York, Cambridge University Press, 1986, pp. 26-27, 32-33; Marco Antonio Landavazzo, *La máscara de Fernando VII. Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis, Nueva España, 1808-1822,* México, El Colegio de México-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2001, pp. 141-152; Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1996, pp. 61-65 [hay traducción al español: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857,* Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001].

[69] Peter Guardino, "Identity and Nationalism in Mexico: Guerrero, 1780-1840", *Journal of Historical Sociology,* vol. 7, núm. 3 (septiembre de 1994), pp. 314-342; Rosalina Ríos Zúñiga, "Popular Uprising and Political Culture in Zacatecas: The Sombrerete Uprisings (1829)", *Hispanic American Historical Review,* vol. 87, núm. 3 (agosto de 2007), pp. 499-536; Sylvia Arrom, "Popular Politics in Mexico City: The Parián Riot, 1828", *Hispanic American Historical Review,* vol. 68, núm. 2 (1988), pp. 245-268.

[70] Gobernación, sin sección, leg. 323, exp. 3, AGN; Gobernación, sin sección, leg. 324, exp. 1, AGN; Barbara Corbett, "La política potosina y la guerra con Estados Unidos", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 471; Corbett, "Race, Class and Nation", pp. 6-7; leg. 19, exp. 28, 1846, SGG, AHESLP.

[71] *LEPOSLP,* 24 de octubre de 1846; leg. 19, exp. 7, 1846, SGG, AHESLP; leg. 19, exp. 37, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 4, 1846, SGG, AHESLP; ff. 1, 5, Foreign Office 203-292, British Public Record Office, Londres. Sobre William Ward Duck, véase leg. 23, exp. 1, 1846, SGG, AHESLP. Con respecto a una situación similar en Querétaro, véase Archivo de Guerra, leg. 375, f. 532, AGN.

[72] Hill, *Fighter,* pp. 42, 44.

[73] William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of That Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, pp. 57, 68, 89-90, 151-152, 173, 203-204; la cita fue tomada de p. 90. Acerca del incidente de Querétaro, véase Reilly, *War,* p. 238. Véase también *Encarnacion Prisoners: Comprising an Account of the March of the Kentucky Cavalry from Louisville to the Rio Grande...,* Louisville, Prentice and Weissanger, 1848, pp. 49, 53-54, 76, 85.

[74] Karl Heller, *Alone in Mexico: The Astonishing Travels of Karl Heller, 1845-1848,* Terry Rugeley (ed. y trad.), Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2007, p. 141; f. 82, Foreign Office 203-292, British Public Record Office. Véase también Archivo de Guerra, leg. 375, ff. 531-536, AGN.

[75] Timothy Johnson, *Gallant,* p. 16.

[76] Irving Levinson, *Wars within War: Mexican Guerrillas, Domestic Elites and the United States of America, 1846-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 2005, pp. 21, 41, 66-67; Laidley, *Surrounded,* p. 76; Henshaw, *Recollections,* p. 112.

[77] Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 16-17; Pedro Santoni, "The Civilian Experience in

Mexico during the War with the United States, 1846-1848", en Pedro Santoni (ed.), *Civilians in Wartime Latin America: From the Wars of Independence to the Central American Civil Wars,* Westport, Greenwood, 2008, pp. 58-59; C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL (citado en adelante como Manuscrito de Reeves), p. 223; Oswandel, *Notes,* pp. 53-56, 220; George Ballentine, *Autobiography of an English Soldier in the United States Army,* Chicago, Lakeside, 1986, pp. 226-227. Con respecto a los casos en que las autoridades militares castigaron a los soldados estadounidenses por crímenes cometidos en contra de la población civil, véase EE542, EE546, EE552, RG 153, NA; Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 109-110.

[78] John Pinheiro, *Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-48,* tesis de doctorado, University of Tennessee, Knoxville, 2001, pp. 53, 71-72, 145, 191-192; Pletcher, *Diplomacy,* p. 495; Timothy Johnson, *Gallant,* p. 59; Levinson, *Wars,* pp. 70-71; *LEPOSLP,* 3 de junio de 1847.

[79] Pinheiro, "Crusade", pp. 197-199; Pinheiro, *Missionaries,* p. 106; Ballentine, *Autobiography,* pp. 227-229. La cita de Thomas Barclay fue tomada de Coulter, *Volunteers,* p. 100.

[80] José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, p. 240; Bustamante, *El nuevo,* vol. 2, p. 172, y la carta anónima de Puebla en *LEPOSLP,* 24 de junio de 1847. Justin Smith afirmó que los dirigentes eclesiásticos llegaron a confiar en Winfield Scott, pero su fuente al respecto no es otra que el crédulo Moses Beach, que buscaba quedar bien; véase Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 65.

[81] Pinheiro, *Missionaries,* pp. 120-121; Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 36-37, 255-256, 269; George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, p. 167. Los soldados que afirmaban que Scott logró proteger a la población civil pertenecían al ejército regular por lo general, lo cual no es sorprendente, porque la disciplina en sus unidades era mucho más estricta; véase Manuscrito de Reeves, p. 223; Ballentine, *Autobiography,* p. 315.

[82] Acerca de la guerra de guerrillas y esos procesos políticos, véanse Michael Ducey, *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850,* Tucson, University of Arizona Press, 2004, pp. 23-93, y Juan Ortiz Escamilla, "Los militares veracruzanos al servicio de la nación, 1821-1854", en Juan Ortiz Escamilla (ed.), *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX,* México, El Colegio de México-El Colegio de Michoacán-Universidad Veracruzana, 2005.

[83] Conrado Hernández López, "Entre la guerra exterior y los conflictos internos: las guerrillas en el camino México-Veracruz (1847-1848)", en José Alfredo Rangel Silva y Carlos Rubén Ruiz Medrano (ed.), *Discursos públicos, negociaciones y estrategias de lucha colectiva,* San Luis Potosí, Colegio de San Luis-Archivo Histórico del Estado de San Luis, 2006, p. 126; Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, p. 272.

[84] Tomás Calvillo Unna y María Isabel Monroy Castillo, "San Luis Potosí: entre el Ejército Nacional y la guerrilla (1846-1848)", en Josefina Zoraida Vázquez *et al., La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848. Cuatro miradas,* San Luis Potosí, El

Colegio de San Luis, 1998, pp. 39-40; Hernández López, "Entre la guerra", pp. 128-129, 146; Henderson, *Glorious Defeat,* p. 172.

[85] Hernández López, "Entre la guerra", p. 127; Juan Ortiz Escamilla, "Michoacán: federalismo e intervención norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 319; Gerardo Sánchez Díaz, "Michoacán frente a la intervención norteamericana, 1847-1848", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 398; Donnavan, *Adventures,* pp. 71-72; *LEPOSLP,* 4, 6 y 11 de mayo de 1847; Hernández López, "Entre la guerra", pp. 42-43; Impresos, 1847, leg. 3, exp. 17, SGG, AHESLP; Salinas Sandoval, "El Estado de México", p. 224; Salinas Sandoval, *Política interna,* p. 50.

[86] Leg. 19, leg. 15, 1847, SGG, AHESLP.

[87] Octavio Herrera Pérez, "Tamaulipas ante la guerra de la invasión norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 545; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 478-482.

[88] *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 236; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 21, AHDF; exp. 2605, f. 49, ADN.

[89] Levinson, *Wars,* pp. 34-36; Hernández López, "Entre la guerra", pp. 132-133; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, pp. 44-45, 47; Gobernación, leg. 333, exp. 3, AGN; exp. 2582, ADN.

[90] *LEPOSLP,* 25 de mayo de 1847; María Isabel Monroy y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí,* México, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-FCE, 1997, p. 176. Véanse otros ejemplos de terratenientes que organizaron unidades de guerrilleros en leg. 10, 1847, SGG, AHESLP, y Ortiz Escamilla, "Los militares veracruzanos", p. 263.

[91] La cita de Juan Clímaco de Rebolledo fue tomada de exp. 2581, f. 151, ADN. Véanse también exp. 2554, ff. 2-4, 21, ADN; Vega y Zuleta, *Testimonios,* vol. 1, p. 429; José Daniel Ramírez Reyes, "Veracruz y las guerrillas del Camino Nacional durante la invasión norteamericana en 1847-1848", manuscrito inédito, UAM, sin fecha, pp. 3, 127; leg. 19, leg. 20, 1847, SGG, AHESLP.

[92] Acerca de los desertores, véase leg. 18, 1847, SGG, AHESLP. En lo concerniente a Santiago Humphrey, véanse exp. 2582, f. 57, ADN, y Levinson, *Wars,* pp. 35-36.

[93] Véanse Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 16, f. 83, AGN; Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 540-541; Ramírez Reyes, "Veracruz y las guerrillas", p. 154; Levinson, *Wars,* pp. 39, 69, 87, y en particular Molina Álvarez, *La pasión.*

[94] Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 116-118, 137-138, 140-141, 147; Ramírez Reyes, "Veracruz y las guerrillas", pp. 114, 116-119, 130-131; Reilly, *War,* pp. 140-141, 236; *Journal of Surgeon and Brevet Brigadier General Madison Mills,* pp. 55-58, 60, MS A M657, FHS; exp. 2554, f. 25, ADN; exp. 2581, ff. 138-139, 151, ADN. Las citas sobre el ataque de junio de 1847 provienen de EE518, RG 153, NA. Véase también *LEPOSLP,* 26 de junio de 1846.

[95] La cita fue tomada de Oswandel, *Notes,* p. 99. Véanse también Oswandel, *Notes,* p. 113, y Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 590-592.

[96] Ramírez Reyes, "Veracruz y las guerrillas", p. 4; Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 139-40, 147, 246; exp. 2550, f. 2, ADN; 10 de agosto de 1847, Ross Wilkins Papers, Burton Historical Collection, Detroit Public Library.

[97] Mariano Riva Palacio, "Breve diario de don Mariano Riva Palacio (agosto de 1847)", Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-di-

ciembre de 1997), p. 452. Con respecto a los informes sobre las victorias de los guerrilleros en lugares distantes, véase *LEPOSLP,* 22 de junio, 5 de agosto, 14 de septiembre de 1847.

[98] Carmen Blázquez Domínguez, "Veracruz: restablecimiento del federalismo e intervención norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* p. 574; Hernández López, "Entre la guerra", p. 135; exp. 2581, ff. 179-181, ADN; Timothy Johnson, *Gallant,* pp. 134, 137, 251-252; Gobernación, leg. 355, exp. 5, AGN; leg. 19, leg. 18, leg. 23, 1847, SGG, AHESLP; exp. 2726, ff. 6-7, ADN; exp. 2627, f. 2, ADN.

[99] Exp. 2563, f. 109, ADN.

[100] Exp. 2581, ff. 138-139, ADN.

[101] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 439; Bustamante, *El nuevo,* vol. 2, p. 176.

[102] Levinson, *Wars,* pp. 114-118, 123-124.

CAPÍTULO 6. Murieron yanquis como hormigas

[1] Leg. 16, 1847, SGG, AHESLP; El Cronista Mexicano, *La feliz aparición del 19 de mayo del corriente año,* México, Imprenta de Mariano Arévalo, 1847; *Alcance al número 41 de la Nueva Era,* 28 de mayo de 1847.

[2] *LEPOSLP,* 1 de enero de 1848; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 2, p. 68.

[3] Véase, por ejemplo, *La nueva era constitucional,* 28 de agosto de 1847.

[4] *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 261; exp. 2602, f. 39, ADN; Alonso García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés y Masaguera (1784-1850). Edición crítica y paleografía,* tesina de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), 1997, p. 92.

[5] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 21, AHDF.

[6] Gobernación, leg. 183, caja 1, exp. 4, AGN.

[7] Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1996, pp. 110-146 [hay traducción al español: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857,* Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001].

[8] *Ibid.,* pp. 147-177.

[9] Véase la lista de las unidades bajo el mando de Juan Álvarez en exp. 2503, f. 13, ADN. Véase también exp. 2505, ff. 18-19, 69, ADN.

[10] Exp. 2547, ff. 16-28, ADN; la declaración de Ovando se encuentra en f. 28.

[11] Exp. 2602, ff. 70-71, ADN.

[12] Benjamin Smith, *The Roots of Conservatism in Mexico: Catholicism, Society and Politics in the Mixteca Baja, 1750-1962,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 2012, pp. 75-141.

[13] Raúl Jiménez Lescas, "Los michoacanos ante la guerra de conquista", en Raúl Jiménez Lescas y James D. Cockroft, *Michoacanos e irlandeses en la guerra antiimperialista, 1846-1848,* Morelia, Secretaría de Desarrollo Social-Escuela Nacional para Trabajadores, 2006, pp. 19, 63-64. La cita está tomada de exp. 2591, f. 186, ADN.

[14] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 261. Véase más en general *ibid.,* pp. 261-269.

[15] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2264, exp. 4, AHDF.

[16] *Ibid.;* Antonio López de Santa Anna, *Detalle de las operaciones ocurridas en la defensa de la Capital de la República atacada por el ejército de los Estados Unidos del Norte en el año de 1847,* México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1848, pp. 9-10; Gobernación, sin sección, leg. 330, exp. 22, AGN; Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3690, exp. 74, AHDF; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 87; Elecciones Federales, vol. 873, exp. 15, AHDF; José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, pp. 514-515; Maria Gayón Córdova, *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848,* México, CNCA, 1997, pp. 62-63, 69; Mariano Riva Palacio, "Breve diario de don Mariano Riva Palacio (agosto de 1847)", Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), p. 451.

[17] Trist hizo la advertencia por medio de Edward Thornton, el representante consular británico, que estaba actuando como intermediario en un esfuerzo por que se diera inicio a las negociaciones formales; véase Reel 76, vol. 210, f. 26, FO50 Foreign Office Mexico, 1822-1882, British Public Record Office, Londres. Acerca de un soldado raso que hizo comentarios sobre esa posibilidad, véase George Ballentine, *Autobiography of an English Soldier in the United States Army,* Chicago, Lakeside, 1986, pp. 138-140. Con respecto al temor de las élites a la hambruna, el bombardeo y el malestar social, véase Carlos Ruiz Abreu (coord.), *Fortificaciones, guerra y defensa de la ciudad de México (1844, 1847-1848). Documentos para su historia,* México, Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura-Archivo Histórico del Distrito Federal, 2003, pp. 130-131, 146-147, 408; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 24, AHDF; *LEPOSLP,* 25 de mayo de 1847; Esteban Sánchez de Tagle, "1847: un protectorado americano para la ciudad de México", *Relaciones,* vol. 86, núm. 22 (primavera de 2001), p. 213; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 12 de abril, 20 de mayo, 5 de agosto de 1847, AHDF; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 62-63; Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, p. 207; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 81.

[18] Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 130-131, 146-147.

[19] *Ibid.,* pp. 62, 130, 148, 408; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 258-259; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 515.

[20] Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* p. 72; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 24, AHDF.

[21] Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 6-7, 133, 190, 203.

[22] *Ibid.,* pp. 6-7, 84, 100-101, 108, 112, 117, 124, 133, 135, 156, 164, 172, 175, 180, 190-191, 195, 203, 205, 228-229, 250, 264; Municipalidades, San Ángel, Milicia Cívica, caja 167, exp. 19, AHDF.

[23] Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 228-229.

[24] Santa Anna, *Detalle,* pp. 9-11.

[25] Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, pp. 173-174; John Corey Henshaw, *Recollections of the War,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, p. 175; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 316.

[26] Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, pp. 153-157; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 319.

[27] Santa Anna, *Detalle,* pp. 11-12.

[28] El relato de la batalla de Padierna se basa en varias fuentes, en especial en el muy coherente y detallado relato de Johnson, *Gallant,* pp. 158-176, así como en los relatos publicados de Gabriel Valencia, *Detalle de las acciones de los días 19 y 20 en los campos de Padierna y otros pormenores recientemente comunicados por personas fidedignas,* Morelia, Ignacio Arango, 1847, y Santa Anna, *Detalle,* pp. 11-14. Véase también Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1995, pp. 61-68; Henshaw, *Recollections,* pp. 160-162.

[29] Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 353.

[30] Para la descripción de la batalla de Churubusco, fue muy útil una vez más la que hizo Johnson, *Gallant,* pp. 179-193, al igual que la de José María Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 346-374. La cita sobre los estadounidenses que morían como hormigas fue tomada de Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 85. Véanse también Henshaw, *Recollections,* pp. 163-164; C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL (citado en adelante como Manuscrito de Reeves), pp. 304-305, 313; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 300-306, y Santa Anna, *Detalle,* p. 15.

[31] Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 363; Jorge Belarmino, *Cuestión de sangre,* México, Planeta, 2008, p. 234.

[32] Exp. 2505, ff. 18-19, ADN; exp. 2547, ff. 16-19, ADN; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 363; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 306; Jesús Guzmán Urióstegui, "El sur ante la presencia norteamericana (1846-1847): Juan Álvarez y la guerra", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA, Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, p. 356.

[33] Luis Fernando Granados, "Diez tipos (a medias) reales en busca de uno ideal: liberales plebeyos de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX", en Felipe Castro y Marcela Terrazas (ed.), *Disidencia y disidentes en la historia de México,* México, UNAM, 2003, p. 198; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 363, 374; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 302; Vicente Quirarte, "Tiempo de canallas, héroes y artistas: el imaginario de la guerra entre México y Estados Unidos", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* pp. 64, 71; Perfecto Falcón, "La gloriosa jornada de Churubusco relatada por un superviviente", en *Batalla de Churubusco. El 20 de agosto de 1847,* México, Departamento del Distrito Federal, 1983, pp. 117-123.

[34] Algunos de los hombres que sirvieron en el Batallón de San Patricio eran extranjeros que nunca pertenecieron al ejército estadounidense e incluso algunos eran mexicanos; véase Michael Hogan, *The Irish Soldiers of Mexico,* Guadalajara, Fondo Editorial Universitario, 1997, pp. 57-58; Robert Ryal Miller, *Shamrock and Sword: The Saint Patrick's Battalion in the U.S. Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1989, p. 34.

[35] Manuscrito de Reeves, p. 315; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 306; Laura Herrera Serna, "Ficción y realidad del Batallón de San Patricio", *Bicentenario,* vol. 1, núm. 2 (septiembre de 2008), p. 22; Miller, *Shamrock,* p. 89; Ballentine, *Autobiography,* pp. 285-286.

[36] Las novelas son la de Patricia Cox, *Batallón de San Patricio,* México, San Jerónimo Editores, 1999, y la de James Alexander Thom, *St. Patrick's Battalion,* Nueva York, Ballentine, 2006. La película es *One Man's Hero,* de 1999, dirigida por Lance Hool, y

el álbum es *San Patricio,* de 2010, que también incluye la colaboración de Linda Ronstadt, Lila Downs y Los Tigres del Norte. Entre los libros de historiadores académicos, se encuentran Miller, *Shamrock,* y Dennis J. Wynn, *The San Patricio Soldiers: Mexico's Foreign Legion,* El Paso, Texas Western, 1984. Entre las historias populares de valor y dignas de mención, se encuentran las de Peter Stevens, *The Rogue's March: John Riley and the St. Patrick's Battalion 1846-1848,* Washington (DC), Brassey's, 1999; Hogan, *Irish,* y Belarmino, *Cuestión.*

[37] Ésos son los patrones que es posible discernir de la valiosa investigación que Robert Ryal Miller llevó a cabo sobre los san patricios; véase Miller, *Shamrock,* en especial el apéndice. Véanse también Manuscrito de Reeves, p. 114; *LEPOSLP,* 18 de abril de 1846, y Stevens, *Rogue's March,* pp. 112, 130.

[38] George McClellan, *The Mexican War Diary and Correspondence of George B. McClellan,* Thomas Cutrer (ed.), Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2009, p. 26; Hogan, *Irish,* pp. 133, 137-138; Stevens, *Rogue's March,* pp. 54, 64-65, 173; Johnson, *Gallant,* p. 136.

[39] Manuscrito de Reeves, p. 114.

[40] Véanse, por ejemplo, leg. 10, leg. 22, 1847, SGG, AHESLP; Miller, *Shamrock,* p. 67; exp. 2176, ff. 83-88, ADN, y *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 251.

[41] Miller, *Shamrock,* p. 17; Robert Ryal Miller, "Los san patricios en la guerra de 1847", *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (1997), p. 346; Stevens, *Rogue's March,* p. 82.

[42] Stevens, *Rogue's March,* p. 107.

[43] Véase Pedro de Ampudia, cartel, 15 de septiembre de 1846, exp. 2250, f. 18, ADN; Miller, *Shamrock,* p. 46; Stevens, *Rogue's March,* pp. 140-141, 147.

[44] *Journal of Surgeon and Brevet Brigadier General Madison Mills,* 28 de noviembre de 1846, MS A M657, FHS.

[45] Miller, *Shamrock,* p. 66; exp. 2505, f. 86, ADN; exp. 2508, f. 24, ADN. Agradezco a Kerry MacDonald la traducción al inglés.

[46] Acerca de Soto, véase Paul Foos, *A Short, Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, p. 106. Respecto de Riley, véase Stevens, *Rogue's March,* pp. 232-233. En lo concerniente a Antonio López de Santa Anna, véase Stevens, *Rogue's March,* pp. 221-222.

[47] Hogan, *Irish,* pp. 144-145; Agustín Franco, *Alegato de defensa que ante un consejo de guerra de oficiales del ejército de los Estados Unidos del Norte, pronunció el licenciado Agustín Franco el día 14 de febrero de 1848,* Toluca, Reimpreso por Manuel R. Gallo, 1848; Johnson, *Gallant,* p. 136; Belarmino, *Cuestión,* pp. 215-216; Stevens, *Rogue's March,* pp. 223, 227; EE547, EE548, EE549, EE550, RG 153, NA.

[48] Ballentine, *Autobiography,* p. 235; Johnson, *Gallant,* p. 135; Carlos Martínez Assad, "Los lagartos durante la intervención de los Estados Unidos en Tabasco", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, p. 518; exp. 2267, ff. 12-13, ADN; exp. 2281, f. 18, ADN; exp. 2355, ff. 41-45, ADN; exp. 2456, ff. 1-33, ADN; exp. 2508, ff. 21-27, ADN; exp. 2545, ff. 16-18, ADN; exp. 2554, f. 74, ADN; *El Liberal Católico,* 21 de marzo de 1847.

[49] Leg. 32, 1845, SGG, AHESLP; leg. 13, exp. 1, 1846, SGG, AHESLP; leg.1, exp. 5, 1846, SGG, AHESLP; leg. 22, exp. 14, 1846, SGG, AHESLP; leg. 24, exp. 14, 1846, SGG, AHESLP;

leg. 24, exp. 39, 1846, SGG, AHESLP; leg. 20, exp. 25, 1846, SGG, AHESLP; leg. 5, leg. 6, leg. 8, 1847, SGG, AHESLP; exp. 2176, ff. 12-22, ADN; exp. 2178, ff. 3-33, ADN; *LEPOSLP,* 24 de noviembre de 1846; 1 de agosto de 1846, exp. 32, STJ, AHESLP; f. 86, Foreign Office 203-93, British Public Record Office.

[50] Exp. 2256, f. 16, ADN; exp. 2300, ff. 3, 9, 27, ADN; exp. 2307, ff. 1, 6, 8, 11, 12, ADN; exp. 2358, ff. 1, 15, 17, ADN; Archivo de Guerra, leg. 1035, AGN; leg. 19, exp. 2, 1846, SGG, AHESLP; leg. 5, 1847, SGG, AHESLP; ff. 9-11, Foreign Office 203-292, British Public Record Office.

[51] Stevens, *Rogue's March,* pp. 40, 97, 156; Manuel Balbontín, *La invasión norteamericana, 1846 a 1849. Apuntes del subteniente de artillería,* México, Tip de B. A. Esteva, 1883, p. 23; Hogan, *Irish,* p. 43; William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of That Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, p. 28.

[52] Belarmino, *Cuestión,* p. 193; Herrera Serna, "Ficción y realidad", p. 20; Balbontín, *La invasión,* p. 60; Samuel Chamberlain, *My Confession: Recollections of a Rogue,* Austin, Texas State Historical Association, 1996, p. 161; *National Niles Register,* 13 de marzo de 1847; Stevens, *Rogue's March,* p. 164; Miller, "Los san patricios", p. 357; exp. 2445, f. 1, ADN; exp. 2445, f. 23, ADN; Carlos María de Bustamante, entrada del 2 de febrero de 1847, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (ed.), *Diario histórico de México 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003.

[53] William H. Daniel, *Military Diary,* p. 62, MS A D184, FHS; Chamberlain, *My Confession,* p. 171; Isaac Smith, *Reminiscences of a Campaign in Mexico: An Account of the Operations of the Indiana Brigade on the Line of the Rio Grande and Sierra Madre, and a Vindication of the Volunteers against the Aspirations of Officials and Unofficials,* 2a ed., Indianápolis, Chapman and Spann, 1848, p. 78; EE382, RG 153, NA.

[54] Carpenter, *Travels,* p. 28. Véase también *ibid.,* p. 100; Foos, *Short,* p. 107; Stevens, *Rogue's March,* p. 229; Franklin Smith, *The Mexican War Journal of Captain Franklin Smith,* Jackson, University Press of Mississippi, 1991, p. 136.

[55] Exp. 2456, f. 23, ADN; ff. 13-15, Foreign Office 203-292, British Public Record Office. La cita fue tomada de f. 8, Foreign Office 203-292-3, British Public Record Office.

[56] Leg. 3, leg. 9, leg. 18, leg. 21, leg. 24, 1847, SGG, AHESLP. Evidentemente, había otra fuerza de guerrilleros en Tamaulipas; véase leg. 25, 1847, SGG, AHESLP.

[57] Miller, *Shamrock,* p. 74; Archivo de Guerra, leg. 921, s. f., AGN.

[58] La cita proviene de leg. 33, 1847, SGG, AHESLP. Véanse también Miller, *Shamrock,* p. 24; Foos, *Short,* pp. 6, 109; exp. 2176, f. 12, ADN; exp. 2178, f. 20, ADN, y exp. 2344, f. 19, ADN.

[59] La cita proviene de Hill, *Fighter,* p. 168. Véase también *ibid.,* p. 157; exp. 2307, f. 4, ADN; ff. 13-15, Foreign Office 203-292, British Public Record Office; f. 66, Foreign Office 203-93, British Public Record Office.

[60] EE531, pp. 106-108, 110-113, 116-118, RG 153, NA.

[61] Carpenter, *Travels,* pp. 92, 212-214, 265. La cita proviene de pp. 213-214.

[62] *Ibid.,* p. 214; Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: Experienced during a Captivity of Seven Months in the Interior,* Cincinnati, Robinson and Jones, 1847, p. 63; Foos, *Short,* p. 105; Belarmino, *Cuestión,* pp. 216-217; George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, p. 238.

[63] Carpenter, *Travels,* pp. 99, 100, 102; EE531, RG 153, NA.

[64] *LEPOSLP,* 27 de julio, 24 de agosto de 1847; Miller, *Shamrock,* p. 73; Stevens, *Rogue's March,* p. 230.

[65] Fols. 13-15, Foreign Office 203-292, British Public Record Office; f. 105, Foreign Office 203-293, British Public Record Office; Miller, *Shamrock,* pp. 73-74; Miller, "Los san patricios", p. 362; Stevens, *Rogue's March,* pp. 217-218.

[66] Miller, "Los san patricios", p. 349; Miller, *Shamrock,* pp. 26-29; Stevens, *Rogue's March,* pp. 8-10, 15-17, 26, 32, 92-93.

[67] EE531, pp. 145-150, RG 153, NA.

[68] Stevens, *Rogue's March,* pp. 284-285. Kendall describe la bandera en *Dispatches,* p. 350.

[69] EE525, EE531, RG 153, NA.

[70] EE525, EE531, RG 153, NA.

[71] EE525, RG 153, NA. La cita proviene de EE531, p. 124, RG 153, NA. En lo concerniente a las peticiones al cónsul británico, véase ff. 66, 105, 107, Foreign Office 203-293, British Public Record Office.

[72] Fol. 105, Foreign Office 203-293, British Public Record Office. Véase también f. 107.

[73] EE525, pp. 130-131, 156, RG 153, NA.

[74] EE525, pp. 177-179, 191, RG 153, NA; EE531, pp. 125-128, RG 153, NA.

[75] Foos, *Short,* p. 104. En lo concerniente a lo expresado por Thomas O'Connor, véase Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 81, f. 327, AHDF.

[76] Franklin Smith, *Mexican War Journal,* p. 136.

[77] Evidentemente, algunos de los san patricios murieron bajo las balas de los soldados estadounidenses que se negaron a aceptar su rendición cuando cayó el convento de Churubusco; véanse James Sanders, *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America,* Durham, Duke University Press, 2014, p. 65; José Fernando Ramírez, *México durante la guerra con Estados Unidos,* México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1905, p. 298. Con respecto a los juicios y las sentencias, además de las transcripciones, véanse EE525 y EE531, RG 153, NA; Miller, *Shamrock,* pp. 94, 180-181, y Stevens, *Rogue's March,* pp. 247-262.

[78] Stevens, *Rogue's March,* p. 286; Miller, *Shamrock,* pp. 116, 125; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 30, f. 1, AHDF; J. Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, p. 166, 189, 251; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 236; exp. 2699, ff. 4-17, ADN; exp. 2810, f. 1, ADN.

[79] William H. Daniel, *Military Diary,* p. 62; Carpenter, *Travels,* pp. 262-263; Oswandel, *Notes,* pp. 270, 315; Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, pp. 146-147.

[80] Manuscrito de Reeves, p. 353; Kendall, *Dispatches,* p. 350.

[81] Zeh, *Immigrant Soldier,* p. 55; Ballentine, *Autobiography,* pp. 285-286, 332-333.

[82] *LEPOSLP,* 12 de agosto y 21 de septiembre de 1847, 11 de febrero de 1848; *Mexicanos,* México, Imprenta de la Calle de Medinas n. 6, 10 de septiembre de 1847.

[83] Sanders, *Vanguard,* p. 66; *National Niles Register,* 13 de marzo de 1847; *Mexicanos;* Miller, "Los san patricios", p. 355.

[84] Carpenter, *Travels;* la cita fue tomada de p. 131. Véanse también *ibid*., pp. 139, 170, y Herrera Serna, "Ficción y realidad", pp. 19-20.

[85] Stevens, *Rogue's March,* p. 278; *Mexicanos;* LEPOSLP, 16 de noviembre de 1847; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 193; Sanders, *Vanguard,* p. 67; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 31, f. 1, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 80, ff. 276-277, AHDF; Actas de Cabildo Ordinarias, vol. 170-A, 2 de mayo de 1848, AHDF. La cita proviene de Hill, *Fighter,* p. 134. Con respecto al san patricio que escapó, véase Miller, *Shamrock,* pp. 120-121.

[86] Miller, *Shamrock,* pp. 140, 142; Stevens, *Rogue's March,* pp. 289, 292, 293; Sanders, *Vanguard,* p. 67; Hogan, *Irish,* p. 205; Herrera Serna, "Ficción y realidad", pp. 24-26; Miller, "Los san patricios", pp. 372-374; Carpenter, *Travels,* pp. 136, 139. Acerca del intento de golpe de Estado y los problemas subsecuentes de los san patricios, véase Miller, *Shamrock,* pp. 132-133, 136-139; exp. 2837, f. 11, ADN; exp. 2844, f. 10, ADN; exp. 2848, ff. 1-25, ADN; exp. 2877, ff. 1-17, ADN; ff. 365, 367, 388, Foreign Office 203-293, British Public Record Office.

[87] Sanders, *Vanguard,* p. 67; Stevens, *Rogue's March;* Belarmino, *Cuestión;* Herrera Serna, "Ficción y realidad".

[88] Belarmino, *Cuestión,* pp. 8, 48; Foos, *Short,* p. 108; Herrera Serna, "Ficción y realidad".

[89] Peter Guardino, "Gender, Soldiering, and Citizenship in the Mexican-American War of 1846-1848", *American Historical Review,* vol. 119, núm. 1 (febrero de 2014), pp. 45-46.

CAPÍTULO 7. La gente de la ciudad estaba disparando

[1] José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, p. 378. En ocasiones, incluso algunos muy buenos especialistas estadounidenses en la historia militar se han hecho eco simplemente de los partes sobre el número de mexicanos que participaron en las batallas, sin cotejar los números con las fuentes mexicanas; véase, por ejemplo, Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, pp. 185, 189.

[2] Acerca de los diferentes motivos para acordar el armisticio, véanse Antonio López de Santa Anna, *Detalle de las operaciones ocurridas en la defensa de la Capital de la República atacada por el ejército de los Estados Unidos del Norte en el año de 1847,* México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1848, p. 16; Johnson, *Gallant,* pp. 195-199; Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, p. 115, 119; George Ballentine, *Autobiography of an English Soldier in the United States Army*, Chicago, Lakeside, 1986, p. 289.

[3] Johnson, *Gallant,* p. 200. Véase una relación muy clara de las negociaciones en David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon, and the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 1973, pp. 513-521. Asimismo, véase una relación más detallada de las negociaciones en Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 384-408.

[4] Exp. 2594, ff. 61-62, ADN; John Corey Henshaw, *Recollections of the War with Mexico,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, p. 166.

[5] Exp. 2648, ff. 3-4, ADN. La cita proviene de *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 322. Véanse también María Gayón Córdova, *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848,* México, CNCA, 1997, p. 118; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 387; C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL (citado en adelante como Manuscrito de Reeves), p. 331; Johnson, *Gallant,* p. 198; Carlos Alberto Reyes Tosqui, *Violencia, oportunismo y resistencia en la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, 1847-1848,* tesis de licenciatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2006, pp. 107-108; Esteban Sánchez de Tagle, "1847: un protectorado americano para la ciudad de México", *Relaciones,* vol. 86, núm. 22 (primavera de 2001), p. 221; Ethan Allen Hitchcock, *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major General Ethan Allen Hitchcock, USA,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1909, pp. 288-289, y George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, pp. 350-351, 356.

[6] Johnson, *Gallant,* p. 201; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 407; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 26 de agosto de 1847, AHDF; exp. 2651, ff. 2-3, ADN.

[7] Ulysses S. Grant, *Personal Memoirs,* Westminster (MD), Random House, 1999, p. 74.

[8] La cita fue tomada de Manuscrito de Reeves, p. 347. Véanse también *ibid.,* pp. 333-353; Johnson, *Gallant,* pp. 202-209; Ayuntamiento, Militares, Guardia Nacional, vol. 3276, exp. 7, AHDF; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 2, p. 145; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 425-453; Henshaw, *Recollections,* p. 169; Santa Anna, *Detalle,* pp. 23-25; exp. 2612, f. 1, ADN; Luis Fernando Granados, "Diez tipos (a medias) reales en busca de uno ideal: liberales plebeyos de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX", en Felipe Castro y Marcela Terrazas (ed.), *Disidencia y disidentes en la historia de México,* México, UNAM, 2003, p. 198, y Hitchcock, *Fifty Years,* pp. 296-298.

[9] Los relatos sobre el fracaso de la caballería mexicana para actuar en Molino del Rey son muy abundantes. La versión de Juan Álvarez fue publicada en Santa Anna, *Detalle,* pp. 38-42, y tanto el relato como la defensa de Manuel Andrade se encuentran en Gobernación, sin sección, leg. 328, exp. 14, AGN. Al final, Andrade fue absuelto con base en varios tecnicismos; véase exp. 2842, ff. 273-277, ADN. Véanse también Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, vol. 1, p. 4; José Fernando Ramírez, *México durante la guerra con Estados Unidos,* México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1905, pp. 305-306; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 146-147; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 348, y Henshaw, *Recollections,* p. 167. En lo concerniente al incidente en el que los oficiales de caballería compañeros de Andrade lo acusaron de haber actuado muchas veces como un cobarde, véase Archivo de Guerra, leg. 272, ff. 225-375, AGN. Carlos María de Bustamante, que odiaba a Álvarez, también consignó como un hecho la cobardía de Andrade y su rechazo a seguir órdenes; véase Carlos María de Bustamante, entrada del 8 de septiembre de 1847, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), *Diario histórico de México, 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003.

[10] Timothy D. Johnson ofrece un excelente relato de las opciones y las discusiones de los estadounidenses; véase Johnson, *Gallant,* pp. 210-214.

[11] *Documentos históricos sobre la defensa de Chapultepec,* México, AGN, 1999, pp. 28-62; Nicolás Bravo, *Parte del general Bravo al ministro de la Guerra sobre los sucesos ocurridos los días 12 y 13 del actual. En la acción de Chapultepec,* México, Imprenta de Vicente García Torres, 1847; Santa Anna, *Detalle,* pp. 26-27; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 469, 471, 481; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 152.

[12] Timothy D. Johnson presenta una excelente síntesis de las fuentes estadounidenses contemporáneas en Johnson, *Gallant,* pp. 218-225. Con respecto a las fuentes mexicanas, véanse Bravo, *Parte del general Bravo. Documentos históricos sobre la defensa de Chapultepec,* pp. 48-52; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 459-487; R. S. Ripley, *War with Mexico,* Nueva York, Harper and Brothers, 1849, vol. 2, pp. 423-424, y Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, pp. 168-172. En lo concerniente a los Niños Héroes, véanse Michael Van Wagenen, *Remembering the Forgotten War: The Enduring Legacies of the U.S.-Mexican War,* Amherst, University of Massachusetts Press, 2012, pp. 47-49, 87-88; Vicente Quirarte, "Tiempo de canallas, héroes y artistas: el imaginario de la guerra entre México y Estados Unidos", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA, Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, p. 59; William A. De Paulo Jr., *The Mexican National Army, 1822-1852,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, p. 138, y Archivo de Guerra, leg. 155, ff. 260-285, AGN.

[13] Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 496-502; Manuscrito de Reeves, pp. 366-372; Ripley, *War,* vol. 2, pp. 438-439; Grant, *Personal Memoirs,* p. 77; Santa Anna, *Detalle,* pp. 31-32.

[14] Tiempo después, Andrés Terrés escribió sus memorias, que empiezan con su niñez y en las que describió sus muchos años de aventuras. La sección sobre la defensa de la puerta de Belén proviene de Alonso García Chávez, *Las memorias del general Andrés Terrés y Masaguera (1784-1850). Edición crítica y paleografía,* tesina de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), 1997, pp. 93-97. Véanse también Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 204; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 491-495; Ripley, *War,* vol. 2, pp. 434-436; Johnson, *Gallant,* pp. 230-232; Justin Smith, *War,* vol. 2, pp. 159-160; Gobernación, sin sección, leg. 342, exp. 3, AGN; Coulter, *Volunteers,* pp. 173-174; Santa Anna, *Detalle,* pp. 29-30, y Hill, *Fighter,* pp. 126-128.

[15] Henshaw, *Recollections,* p. 172; Manuscrito de Reeves, p. 375.

[16] Raúl Jiménez Lescas, "Los michoacanos ante la guerra de conquista", en Raúl Jiménez Lescas y James D. Cockroft, *Michoacanos e irlandeses en la guerra antiimperialista, 1846-1848,* Morelia, Secretaría de Desarrollo Social-Escuela Nacional para Trabajadores, 2006, p. 57; Santa Anna, *Detalle,* pp. 32-33.

[17] Archivo de Guerra, vol. 155, ff. 260-285, AGN; Gobernación, sin sección, leg. 342, exp. 2, AGN; Archivo de Guerra, leg. 154, f. 111, AGN; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 375.

[18] *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 384, 388-390; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 516-519; Archivo de Guerra, leg. 273, f. 329, AGN.

[19] Se pensaba lo mismo respecto de los soldados que tenían que vencer la resistencia de un fuerte; en lo concerniente a esa característica de la cultura política moderna, véanse Ballentine, *Autobiography,* pp. 138-140, 289; Henshaw, *Recollections,* p. 60; Geoffrey Best, *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870,* Búfalo, McGill-Queen's University Press, 1998, pp. 100-102; Richard Holmes, *Redcoat: The British Sol-*

dier in the Age of Horse and Musket, Nueva York, W. W. Norton, 2002, pp. 381, 390-391; Wayne E. Lee, *Barbarians and Brothers: Anglo-American Warfare, 1500-1865,* Nueva York, Oxford University Press, 2011, p. 33; Embajada de España en Washington, caja 54/7918, leg. 543, AGA; Archivo de Guerra, leg. 921, s. f., AGN, y Winfield Scott, *Memoirs of Lieut.-General Scott, LL.D. Written by Himself,* Nueva York, Sheldon, 1864, vol. 2, p. 424.

[20] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 76, f. 131, AHDF; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 13 de septiembre de 1847, AHDF.

[21] *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 375-376; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 258, 268; Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas, anteriores al actual estado social, ilustrada con más de trescientos fotograbados,* México, Imprenta de Arturo García Cubas, 1904, p. 435; Bustamante, entrada del 14 de septiembre de 1847, en *Diario;* Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847,* México, Ediciones Era-CNCA-INAH, 2003, p. 47.

[22] El testimonio del soldado raso F. Brough se encuentra en EE517, RG 153, NA. Los testimonios de Callejo y Andonagui están en Archivo de Guerra, leg. 274, ff. 323, 326, AGN. Véanse también *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 377-378, y Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos,* México, Porrúa, 1996, p. 275.

[23] Embajada de España en Washington, caja 54/7918, leg. 543, AGA.

[24] Henshaw, *Recollections,* p. 174; Hill, *Fighter,* p. 128; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 510; Granados, *Sueñan las piedras,* p. 87; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 168.

[25] Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 259; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 379-381; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 510; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 168.

[26] La cita de Allen Hitchcock proviene de Hitchcock, *Fifty Years,* p. 305. La cita de Daniel Harvey Hill fue tomada de Hill, *Fighter,* p. 128. Véanse también Hill, *Fighter,* p. 128; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 378; Henshaw, *Recollections,* p. 174; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 249, 253; Juan de la Granja, *Epistolario. Con un estudio biográfico preliminar por Luis Castillo Ledón y notas de Neréo Rodríguez Barragán,* México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1937, pp. 175-176; George McClellan, *The Mexican War Diary and Correspondence of George B. McClellan,* Thomas Cutrer (ed.), Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2009, p. 111; Johnson, *Gallant,* p. 241; Ripley, *War,* vol. 2, p. 444, y Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 77, ff. 153-154, 156, 158, 161, 184, 191, AHDF.

[27] Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 253-254; Hitchcock, *Fifty Years,* p. 306; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 28, ff. 21, 26-30, AHDF.

[28] Sánchez de Tagle, "1847", p. 218; Mercedes de la Vega y María Cecilia Zuleta, *Testimonios de una guerra. México, 1846-1848,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, vol. 1, p. 265.

[29] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2264, exp. 11, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 21, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2267, exp. 1, f. 18, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 70, ff. 1-3, 7, AHDF.

[30] Véase, por ejemplo, Sánchez de Tagle, "1847", p. 221.

[31] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2267, exp. 58, f. 420, AHDF; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 153; García Cubas, *El libro,* p. 432.

[32] Karl Heller, *Alone in Mexico: The Astonishing Travels of Karl Heller, 1845-1848,* Terry Rugeley (ed. y trad.), Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2007, p. 141.

[33] Carlos Ruiz Abreu (coord.), *Fortificaciones, guerra y defensa de la ciudad de México (1844, 1847-1848). Documentos para su historia,* México, Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura-Archivo Histórico del Distrito Federal, 2003, p. 388.

[34] La proclama se encuentra en Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 28, f. 5, AHDF. El argumento del gobierno en el sentido de que los estadounidenses podrían robar la imagen de la virgen de Guadalupe era una repetición de lo que el arzobispo Juan Manuel Irizarri y Peralta había dicho en un proclama anterior de principios de agosto; véase Juan Manuel Irizarri y Peralta, *Pastoral del Illmo. Sr. arzobispo de Cesarea, sobre la guerra,* [México], Imprenta de la calle de Medinas núm. 6., [1847]. Acerca de otras pruebas sobre los temores de lo que los estadounidenses podrían hacer con la imagen, véase Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 160, ff. 5-6, AGN, y *LEPOSLP,* 17 de agosto de 1847.

[35] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 27, f. 3, AHDF. El mensaje pudo haber sido influido por un mensaje muy parecido que el rey prusiano Frederick Wilhelm envió durante las guerras napoleónicas. Acerca de la carta, véase Best, *War,* p. 296.

[36] En lo concerniente a la petición hecha a las mujeres, véase exp. 2668, f. 11, ADN. Acerca de las piedras arrojadas a los conductores de los carromatos, véase Hitchcock, *Fifty Years,* p. 288.

[37] Sánchez de Tagle, "1847", p. 222; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 9 de agosto de 1847, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2264, exp. 5, AHDF; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 105, 140; Prieto, *Memorias,* p. 275; Granados, *Sueñan las piedras,* p. 29; Ripley, *War,* vol. 2, p. 442; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 27, ff. 19-20, 23-24, 32, 36-43, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 28, f. 12, AHDF.

[38] El término *léperos* se usaba para referirse a los pobres de las ciudades. Granados, *Sueñan las piedras,* pp. 19, 52, 88.

[39] Henshaw, *Recollections,* p. 173. Acerca de los otros usos que los testigos hicieron del término *léperos,* véanse Archivo de Guerra, leg. 273, f. 359, AGN; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 271; Prieto, *Memorias,* p. 275, y George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The U.S. Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, p. 266.

[40] Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 507; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 375-376; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 249, 275-276; García Cubas, *El libro,* p. 436; George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 266; Granados, *Sueñan las piedras,* p. 32.

[41] Archivo de Guerra, leg. 274, ff. 224, 308-374, AGN.

[42] Archivo de Guerra, leg. 273, f. 359, AGN; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 258; Granados, *Sueñan las piedras,* p. 105.

[43] Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 274. Véase también Granados, *Sueñan las piedras,* p. 52.

[44] Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 250-251, 271, 277; Granados, *Sueñan las piedras,* p. 69; García Cubas, *El libro,* p. 437. La cita fue tomada de Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 28, f. 30, AHDF.

[45] Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 271, 279; Reyes Tosqui, "Violencia, oportunismo y resistencia", pp. 110-112.

[46] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 378; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 62-63; Jesús Cosamalón Aguilar, "Léperos y yanquis: el control social en la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, 1847-1848", en Romana Falcón (coord.), *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos, México, 1804-1910,* México, El Colegio de México-Universidad Autónoma de Querétaro, 2005, p. 121.

[47] Embajada de España en Washington, caja 54/7918, leg. 543, AGA. Véase también Bustamante, *El nuevo,* vol. 1, p. 54.

[48] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol, 2/268, exp. 77, ff. 168, 181, 185, AHDF; Embajada de España en Washington, caja 54/7918, leg. 543, AGA.

[49] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 25, f. 1, AHDF.

[50] *Ibid.,* f. 7.

[51] *Ibid.,* f. 9; Sánchez de Tagle, "1847", p. 224. Véase más sobre el intercambio epistolar con los estadounidenses en Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 15 de septiembre de 1847, AHDF. En realidad, los rumores de que se estaba dejando salir de las cárceles a los presos para que participaran en la defensa de la ciudad fueron anteriores a las revueltas. El 8 de septiembre, Carlos María de Bustamante afirmó que estaban liberándolos y dándoles garrotes y piedras; véase Bustamante, entrada del 8 de septiembre de 1847, en *Diario.* No se encontró ningún otro documento que confirmara esos rumores.

[52] El cartel puede consultarse en Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 25, f. 4, AHDF, y en Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* p. 449. Acerca de la reacción al cartel, véanse María Gayón Córdova, "Los invasores yanquis en la ciudad de México", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 201, y Granados, *Sueñan las piedras,* p. 66. En otro cartel, se comunicaba simplemente la amenaza de Winfield Scott; véase Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 76, AHDF.

[53] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 25, ff. 5-6, AHDF.

[54] Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 509; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 388; Santa Anna, *Detalle,* pp. 33-34.

[55] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 76, f. 136, AHDF. El diálogo epistolar entre Antonio López de Santa Anna y Manuel Reyes Veramendi se encuentra reproducido en Santa Anna, *Detalle,* pp. 42-44. En lo concerniente a la política de Manuel Reyes Veramendi, véase Granados, *Sueñan las piedras,* pp. 132-133.

[56] Hill, *Fighter,* pp. 128-130; la cita es de p. 130.

[57] Manuscrito de Reeves; las citas provienen de pp. 315 y 377.

[58] Ballentine, *Autobiography,* p. 306.

[59] Scott, *Memoirs of Lieut.-General Scott,* vol. 2, pp. 528-529.

[60] EE517, RG 153, NA. Véanse también los comentarios de George Kendall en George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 266.

[61] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 25, f. 12, AHDF; Manuscrito de Reeves, p. 382; Gayón Córdova, "Los invasores", p. 211; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 25 de septiembre de 1847, AHDF; Johnson, *Gallant,* pp. 242-243; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 354, 362; Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 425, 429-430, 435.

[62] Tal es la tesis que expone Timothy D. Johnson en su excelente historia militar de la campaña; véase Johnson, *Gallant.*

[63] Henshaw, *Recollections,* p. 176.

Capítulo 8. Avergonzado de mi país

[1] Antonio López de Santa Anna, *Detalle de las operaciones ocurridas en la defensa de la Capital de la República atacada por el ejército de los Estados Unidos del Norte en el año de 1847,* México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1848, pp. 35-36; *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 394.

[2] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 396; Alicia Tecuanhuey Sandoval, "Puebla durante la invasión norteamericana", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, p. 413; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 2, pp. 176-178; exp. 2 673, f. 3, ADN; Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, pp. 249-250.

[3] Carlos María de Bustamante, entradas del 9 de agosto y 17 de septiembre de 1847, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), *Diario histórico de México 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003; Will Fowler, *Santa Anna of Mexico,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2007, pp. 279-280 [hay traducción al español: *Santa Anna,* México, Crítica, 2018]; Michael Van Wagenen, *Remembering the Forgotten War: The Enduring Legacies of the U.S.-Mexican War,* Amherst, University of Massachusetts Press, 2012, pp. 42-43; Santa Anna, *Detalle;* muchos expedientes del Archivo de Guerra, AGN; Conrado Hernández López, "Entre la guerra exterior y los conflictos internos: las guerrillas en el camino México-Veracruz (1847-1848)", en José Alfredo Rangel Silva y Carlos Rubén Ruiz Medrano (ed.), *Discursos públicos, negociaciones y estrategias de lucha colectiva,* San Luis Potosí, Colegio de San Luis-Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, 2006, p. 124; José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, pp. 418-419; George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, pp. 222-223. El mural de Diego Rivera se encuentra en el Museo Mural Diego Rivera, en el centro de la ciudad de México.

[4] John Corey Henshaw, *Recollections of the War with Mexico,* Columbia, University of Missouri Press, 2008, pp. 46-47; Justin Smith, *War,* vol. 1, p. 144.

[5] Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, p. 123; Johnson, *Gallant,* p. 211.

[6] Johnson, *Gallant,* pp. 111, 199; EE532, RG 153, NA.

[7] Johnson, *Gallant,* pp. 255-265.

[8] Bertram Wyatt-Brown, *Southern Honor: Ethics and Behavior in the Old South,* ed. del XXI aniversario, Nueva York, Oxford University Press, 2007; Kenneth Greenberg, *Honor and Slavery: Lies, Duels, Noses, Masks, Dressing as a Woman, Gifts, Strangers, Humanitarianism, Death, Slave Rebellions, the Proslavery Argument, Baseball, Hunting and Gambling in the Old South,* Princeton, Princeton University Press, 1996, pp. 7-8; Sonya Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1850,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2012, pp. 7, 12-19.

[9] Las citas fueron tomadas de 1 de febrero de 1848, MS C S, Dabney Howard Smith Papers, FHS, y *Daily American Star,* 11 de diciembre de 1847. Véase también Johnson, *Gallant,* p. 246.

[10] Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, pp. 113, 140-141, 311; Albert G. Brackett, *General Lane's Brigade in Central Mexico,* Cincinnati, H. W. Derby, 1854, pp. 268-269.

[11] Exp. 2726, ff. 2-3, ADN; exp. 2766, f. 13, ADN; Oswandel, *Notes,* pp. 79, 99, 140; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 250; Kendall, *Dispatches,* p. 237. La cita fue tomada de Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, p. 234.

[12] Exp. 2565, f. 109, ADN; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 249; Hernández López, "Entre la guerra", p. 139. Las citas fueron tomadas de XXX Congreso, 1a sesión, 1848, House Executive Document, vol. 56, p. 127.

[13] Johnson, *Gallant,* p. 251; Brackett, *General,* pp. 220-222; Winfield Scott, *Memoirs of Lieut.-General Scott, LL.D, Written by Himself,* Nueva York, Sheldon, 1864, vol. 2, p. 575.

[14] Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, pp. 10, 58-59, 192-193, 196. El teniente Daniel Harvey Hill se rehusó a reconocerlos como parte del ejército regular, llamándolos en repetidas ocasiones "reclutas novatos"; véase Hill, *Fighter,* pp. 135, 175.

[15] John S. Ford, *Rip Ford's Texas,* Stephen B. Oates (ed.), Austin, University of Texas Press, 1963, pp. 66-68; Oswandel, *Notes,* pp. 225-226; Brackett, *General,* pp. 203-206; George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The US Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, pp. 40-43; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 172; XXX Congreso, 1a sesión, House Executive Document, p. 335; Walter Prescott Webb, *The Texas Rangers in the Mexican War,* Austin, Jenkins Garrett, 1975, pp. 24, 69. La carta de Zachary Taylor se encuentra en "Mexican War Correspondence", XXX Congreso, 1a sesión, 1848, House Executive Document, vol. 60, p. 1178; cita de p. 385. En realidad, George Wilkins Kendall, corresponsal de un periódico estadounidense, había sugerido que se empleara a los texanos en contra de los guerrilleros en un despacho publicado en Nueva Orleans en mayo de 1847; véase Kendall, *Dispatches,* p. 236.

[16] Gary Anderson, *The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875,* Norman, University of Oklahoma Press, 2005, pp. 130, 134, 176, 190-191.

[17] Johnson, *Gallant,* pp. 140-141; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 250, 253; Samuel H. Walker, *Samuel H. Walker's Account of the Mier Expedition,* Marilyn McAdams Sibley (ed.), Austin, Texas State Historical Association, 1978; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 438; Henshaw, *Recollections,* p. 146.

[18] George Ballentine, *Autobiography of an English Soldier in the United States Army,* Chicago, Lakeside, 1986, p. 244; Coulter, *Volunteers,* p. 110.

[19] *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 397-399; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 520; Jaime Sánchez, "El territorio tlaxcalteca y la guerra contra Estados Unidos", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA-Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, pp. 651-652; Justin Smith, *War,*

vol. 2, p. 177; Hill, *Fighter,* p. 140; Santa Anna, *Detalle,* pp. 46-48; Embajada de España en Washington, caja 54/7 918, leg. 543, AGA; Oswandel, *Notes,* pp. 198, 202, 207-209.

[20] Winders, *Mr. Polk's,* pp. 40, 47.

[21] Robert Johannsen, *To the Halls of Montezuma: The Mexican War in the American Imagination,* Nueva York, Oxford University Press, 1985, p. 123.

[22] Brackett, *General,* pp. 203-206; Johnson, *Gallant,* pp. 249-250; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 400; Hill, *Fighter,* pp. 140, 152, 171, 179; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 523; Daniel Molina Álvarez, *La pasión del padre Jarauta,* México, Gobierno del Distrito Federal, 1999, p. 130; Oswandel, *Notes,* p. 206.

[23] Brackett, *General,* pp. 210-216; Hill, *Fighter,* p. 162. La cita de Walker es del 22 de octubre de 1847; véase Ross Wilkins Papers, Burton Historical Collection, Detroit Public Library. También se encuentra reproducida en George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 271.

[24] Exp. 2 703, f. 5, ADN.

[25] El informe del cura de la parroquia se encuentra en Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 154, f. 264, AGN. Todos los informes de las autoridades civiles mexicanas sobre los hechos ocurridos en Teotihuacan, Tulancingo y Zacualtipán se encuentran en exp. 2 783, ff. 4, 7, 35, 37-39, 42-44, ADN. Véase también Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 530-531; Molina Álvarez, *La pasión,* pp. 128-130; Daniel Escorza Rodríguez, "La ocupación norteamericana en Pachuca y Real del Monte en 1848", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* pp. 370-371, y Michael Ducey, *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850,* Tucson, University of Arizona Press, 2004, p. 163 [hay traducción al español: *Una nación de pueblos. Revueltas y rebeliones en la Huasteca mexicana, 1750-1850,* Xalapa, Universidad Veracruzana, 2015].

[26] Esos partes fueron incluidos en "Message of the President of the United States to the Two Houses of Congress at the Commencement of the Second Session of the Thirtieth Congress", 1848, pp, 85-103. El parte de Joseph Lane también se encuentra en Brackett, *General,* pp. 262-266. Véanse también las memorias del texano John Ford en Ford, *Rip Ford's Texas,* pp. 94-98.

[27] R. S. Ripley, *War with Mexico,* Nueva York, Harper and Brothers, 1849, vol. 2, p. 636; Hill, *Fighter,* p. 172.

[28] Johnson, *Gallant,* p. 252; Manuel Muro Rocha, *Historia de San Luis Potosí,* México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos, 1973, vol. 2, pp. 589-590.

[29] Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 568-569, 573; exp. 2 673, ff. 7-8, 14, 23, 25, 29, ADN. La cita proviene del f. 8.

[30] Exp. 2 682, f. 409, ADN. La cita proviene del f. 16.

[31] Exp. 2 636, ff. 2-4, ADN; exp. 2 726, ff. 2-4, ADN. Véase también exp. 2 700, f. 1, ADN.

[32] Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1996, pp. 156-158 [hay traducción al español: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857,* Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001].

[33] María del Carmen Salinas Sandoval, *Política interna e invasión norteamericana en el Estado de México 1846-1848,* Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2000, pp. 119-121; Archivo de Guerra, leg. 272, ff. 180-204, AGN.

[34] Gobernación, sin sección, leg. 334, exp. 14, AGN; exp. 2673, ff. 14, 18, ADN; exp. 2741, ff. 8-12, ADN; María del Pilar Iracheta Cenecorta, "Federalismo e invasión norteamericana en el Estado de México (1846-1848)", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* pp. 294-296.

[35] En el caso de Tamaulipas, véase leg. 25, 1847, SGG, AHESLP, y en el de Guanajuato, véase Secretaría de Gobierno, Guerra, caja 83, exp. 9, AGEG.

[36] Reynaldo Sordo Cedeño, "El faccionalismo en la guerra con los Estados Unidos 1846-1848", en *Simposium de Historia Regional. La Angostura en la intervención Norteamericana, 1846-1848,* Saltillo, Secretaría de Educación Pública de Coahuila, 1998, pp. 34-35; Archivo de Guerra, leg. 274, f. 64, AGN; Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, pp. 218-220.

[37] En lo concerniente a Zacatecas, véase Impresos, 13 de enero de 1848, SGG, AHESLP. Acerca de Melchor Ocampo, véanse Moisés Guzmán Pérez, *Las relaciones clero-gobierno en Michoacán. La gestión episcopal de Juan Cayetano Gómez de Portugal,* México, LIX Legislatura, Cámara de Diputados, 2005, pp. 170-171, y Juan Ortiz Escamilla, "Michoacán: federalismo e intervención norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 320, 325-326. La cita proviene de *Memoria sobre el estado que guarda la administración pública de Michoacán leída al Honorable Congreso por el Secretario del Despacho en 22 de enero de 1848,* Morelia, I. Arango, 1848 (citado en adelante como *Memoria, Michoacán*), p. 30.

[38] Tomás Calvillo Unna y Sergio Cañedo Gamboa, *El Congreso del estado de San Luis Potosí y la nación. Selección de documentos (1824-1923),* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 1999, pp. 76-77.

[39] Leg. 8, leg. 9, leg. 11, leg. 17, leg. 19, leg. 20, leg. 22, leg. 24, leg. 25, 1847, SGG, AHESLP.

[40] Barbara Corbett, "La política potosina y la guerra con Estados Unidos", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 466-467, 473-474; ff. 17-18, Foreign Office, pp. 203-292, British Public Record Office, Londres; *LEPOSLP,* 31 de agosto, 7 y 10 de septiembre, 4 de noviembre y 7 de diciembre de 1847. La cita fue tomada de *LEPOSLP,* 18 de septiembre de 1847.

[41] Muro Rocha, *Historia,* vol. 2, pp. 578-587; Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 223-224; f. 61, Foreign Office, pp. 203-292-7, British Public Record Office.

[42] *Memoria, Michoacán,* p. 8; *Daily American Star,* 11 de diciembre de 1847.

[43] Molina Álvarez, *La pasión,* pp. 135-178; *Planes en la nación mexicana,* México, Cámara de Diputados, 1987, vol. 4, p. 387. La cita fue tomada de *Planes en la nación mexicana,* vol. 4, p. 381.

[44] David Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982, pp. 187-188, 206 [hay traducción al español: *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana,* México, FCE, 1982].

[45] Douglas Monroy, *Thrown among Strangers: The Making of Mexican Culture in Frontier California,* Berkeley, University of California Press, 1990, pp. 100, 155; Ángela Moyano Pahissa, *La resistencia de las Californias a la invasión norteamericana, 1846-1848,* México, CNCA, 1992, p. 37; Douglas Monroy, "The Creation and Re-creation of Californio Society", en Ramón Gutiérrez y Richard Orsi (ed.), *Contested Eden: California before the Gold Rush,* Berkeley, University of California Press, 1998, pp. 177-190;

Weber, *Mexican Frontier,* pp. 60-68, 137-139, 196; David Weber, "Conflicts and Accommodations: Hispanic and Anglo-American Borders in Historical Perspective, 1670-1853", *Journal of the Southwest,* vol. 39, núm. 2 (1997), pp. 1-32; Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, pp. 133, 154; Harlan Hague y David J. Langum, *Thomas O. Larkin: A Life of Patriotism and Profit in Old California,* Norman, University of Oklahoma Press, 1990, pp. 7, 57-58.

[46] Weber, "Conflicts and Accommodations", pp. 18-20; Monroy, *Thrown among Strangers,* pp. 157, 160-161; Doyce B. Nunis, "Alta California's Trojan Horse: Foreign Immigration", en Gutiérrez y Orsi, *Contested Eden,* pp. 306-309; Hague y Langum, *Thomas O. Larkin,* pp. 7-8; Stephen J. Hyslop, *Contest for California: From Spanish Colonization to the American Conquest,* vol. 2, *Before Gold: California under Spain and Mexico,* Norman, University of Oklahoma Press, 2012, pp. 219-220. El caso de Benjamin Davis Wilson, detallado por Anne Hyde, es muy instructivo; véase Anne Hyde, *Empires, Nations, and Families: A History of the North American West, 1800-1860,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2011, pp. 75-78.

[47] Monroy, "Creation and Re-creation", pp. 180-181; Weber, *Mexican Frontier,* p. 196; Hyslop, *Contest for California,* pp. 336-337; Hague y Langum, *Thomas O. Larkin,* p. 87; Gregorio Mora-Torres (ed.), *California Voices: The Oral Memoirs of José María Amador and Lorenzo Asisara,* Denton, University of North Texas Press, 2005, pp. 173-175; Alan Rosenus, *General M. G. Vallejo and the Advent of the Americans: A Biography,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995, pp. 3-80.

[48] Richard Henry Dana, *Two Years before the Mast: A Personal Narrative of Life at Sea*, Nueva York, Harper and Brothers, 1840, p. 94; Hague y Langum, *Thomas O. Larkin,* p. 109.

[49] Nunis, "Alta California's Trojan Horse", pp. 311-312, 321-322; Weber, *Mexican Frontier,* pp. 179, 202-203; Monroy, *Thrown among Strangers,* pp. 163-165; Hague y Langum, *Thomas O. Larkin,* p. 10; Hyslop, *Contest for California,* pp. 215, 298; Lisbeth Haas, "War in California, 1846-1848", en Gutiérrez y Orsi, *Contested Eden,* pp. 336-337.

[50] Neal Harlow, *California Conquered: War and Peace on the Pacific, 1846-1850,* Berkeley, University of California Press, 1982, pp. 67-114; Hyslop, *Contest for California,* pp. 305-310; Haas, "War in California", pp. 337-341; Hyde, *Empires, Nations, and Families,* p. 376.

[51] Hyslop, *Contest for California,* pp. 305-306, 249-251; Janin Hunt y Ursula Carson, *The California Campaigns of the U.S.-Mexican War, 1846-1848,* Jefferson, McFarland, 2015, pp. 15, 91.

[52] Hyslop, *Contest for California,* pp. 369-380.

[53] *Ibid.,* pp. 371-372, 380-384; Mora-Torres, *California Voices,* p. 191; Haas, "War in California", pp. 343-345; Harlow, *California Conquered,* pp. 157-192; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 404.

[54] Harlow, *California Conquered,* pp. 193-243; Jeanne Farr McDonnell, *Juana Briones of 19th Century California,* Tucson, University of Arizona Press, 2008, pp. 155, 164-178.

[55] Agradezco esa idea a Michael Ducey, que me la comunicó personalmente.

[56] Weber, *Mexican Frontier,* pp. 95, 97, 118-120; Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850,* Nueva York, Cambridge University Press, 2004, p. 105; Phillip St. George Cooke, *The Conquest of New Mexico and California: An Historical and Personal Narrative,* Albuquerque, Horn and Wallace, 1964, p. 19.

[57] Reséndez, *Changing National Identities,* pp. 83-91, 241-246; Weber, *Mexican Frontier,* pp. 15-42, 261-265.

[58] Reséndez, *Changing National Identities,* pp. 4-6, 93-106; Weber, *Mexican Frontier,* pp. 125-135; Ross Frank, *From Settler to Citizen: New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820,* Berkeley, University of California Press, 2000, p. 226; John O. Baxter, *Las Carneradas: Sheep Trade in New Mexico, 1700-1860,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987, pp. 89-95; Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 154.

[59] Hyde, *Empires, Nations, and Families.*

[60] Weber, "Conflicts and Accommodations", pp. 18-20; Reséndez, *Changing National Identities,* pp. 124-134. Sobre el paso de Bent por Taos, véase Stephen J. Hyslop, *Bound for Santa Fe: The Road to New Mexico and the American Conquest, 1806-1848,* Norman, University of Oklahoma Press, 2002, pp. 298-302. Las cifras demográficas sobre Misuri fueron tomadas del censo de Estados Unidos.

[61] James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, New York University Press, 1992, pp. 147-150; Justin Smith, *War,* vol. 1, pp. 284-289. En lo concerniente a los planes de contingencia de James K. Polk, véase George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 107.

[62] Reséndez, *Changing National Identities,* pp. 241-244, 249-252; Martín González de la Vara, "Los nuevomexicanos ante la invasión norteamericana, 1846-1848", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 475; Hyslop, *Bound for Santa Fe,* pp. 325, 335-337; Cooke, *Conquest of New Mexico and California,* pp. 34-35.

[63] González de la Vara, "Los nuevomexicanos", pp. 477, 480; George Smith y Charles Judah, *Chronicles,* p. 113.

[64] George Ruxton, *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains,* Nueva York, Harper and Brothers, 1848, p. 190; James Crutchfield, *Revolt at Taos: The New Mexican and Indian Insurrection of 1847,* Yardley, Westhome, 2015, p. 66; Hyslop, *Bound for Santa Fe,* pp. 360, 367, 407.

[65] Reséndez, *Changing National Identities,* pp. 247, 253-263; Hyde, *Empires, Nations, and Families,* pp. 385-386; Weber, *Mexican Frontier,* p. 193; Hyslop, *Bound for Santa Fe,* pp. 285-286, 292-294, 351-358, 385; González de la Vara, "Los nuevomexicanos", pp. 485-489. La cita proviene de Ruxton, *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains,* p. 197. Véase también pp. 204-205.

[66] La cita de Lewis Garrard fue tomada de Lewis Hector Garrard, *Wah-To-Yah, and the Taos Trail; or, Prairie Travel and Scalp Dances, with a Look at Los Rancheros and the Rocky Mountain Camp Fire,* Cincinnati y Nueva York, H. W. Derby-A. S. Barnes, 1850, pp. 197-198. Véanse también *ibid.,* pp. 138, 189-198; Rafael Chacón, *Legacy of Honor: The Life of Rafael Chacón, a Nineteenth-Century New Mexican,* Jaqueline Dorgan Meketa (ed.), Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986, p. 67; Crutchfield, *Revolt at Taos,* pp. 68, 91, 96, 105-106, 117-119; Reséndez, *Changing National Identities,* p. 254; Laura E. Gómez, *Manifest Destinies: The Making of the Mexican American Race,*

Nueva York, New York University Press, 2007, pp. 25-41; *LEPOSLP,* 10 de agosto de 1847, e Impresos, 1847, exp. 5, SGG, AHESLP.

[67] Sherman L. Fleek, *History May Be Searched in Vain: A Military History of the Mormon Battalion,* Spokane, Arthur H. Clark, 2006, pp. 28-29, 54-59, 109-131, 136, 139, 200-201, 235; Cooke, *Conquest of New Mexico and California,* p. 91.

CAPÍTULO 9. La ley del más fuerte

[1] Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1981, pp. 230, 235.

[2] Jesús Velasco Márquez, "La crisis del vencedor: los Estados Unidos durante la guerra contra Mexico", en Josefina Zoraida Vázquez *et al., La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848. Cuatro miradas,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 1998, pp. 27-28.

[3] John Pinheiro, "'Religion without Restriction': Anti-Catholicism, All Mexico, and the Treaty of Guadalupe Hidalgo", *Journal of the Early Republic,* vol. 23, núm. 1 (2003), p. 88; Horsman, *Race,* pp. 231, 236-245.

[4] Winfield Scott, *Memoirs of Lieut.-General Scott, LL.D, Written by Himself,* Nueva York, Sheldon, 1864, vol. 2, pp. 560-561.

[5] Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, p. 267; Robert W. Drexler, *Guilty of Making a Peace: A Biography of Nicholas P. Trist,* Lanham, University Press of America, 1991, pp. 103-143; Wallace Ohrt, *Defiant Peacemaker: Nicholas Trist and the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1997, pp. 135-157; Alejandro Sobarzo, *Deber y conciencia. Nicolas Trist, el negociador norteamericano en la guerra del 47,* México, Diana, 1990, pp. 213-234; Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, p. 263.

[6] David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon, and the Mexican War,* Columbia, University of Missouri Press, 1973, pp. 535-560.

[7] Brian DeLay, *War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the Mexican-American War,* New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 288-296.

[8] John Pinheiro, *Missionaries of Republicanism: A Religious History of the Mexican-American War,* Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 157-160.

[9] El memorándum se encuentra en *LEPOSLP,* 8 de junio de 1848. El discurso de Luis de la Rosa se encuentra en *LEPOSLP,* 20, 23 y 27 de mayo, 1 de junio de 1848. Acerca de la ratificación del tratado y la subsecuente erosión de los derechos de los mexicanos, véase Richard Griswold del Castillo, *The Treaty of Guadalupe Hidalgo: A Legacy of Conflict,* Norman, University of Oklahoma Press, 1990, pp. 44-107.

[10] El editorial, publicado primero en *El Judío Errante* en la ciudad de México, fue reimpreso en *LEPOSLP,* 23 de noviembre de 1847.

[11] Leg. 33, SGG, AHESLP, 1845; leg. 29, SGG, AHESLP, 1847; leg. 6, SGG, AHESLP, 1848; 1 de agosto de 1846, exp. 32, STJ, AHESLP; Carlos Alberto Reyes Tosqui, *Historia de los grupos populares de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, 1847-1848,* tesis de maestría, UAM Iztapalapa, 2009, pp. 97, 99-100; Secretaría de Gobierno, Guerra, caja 83, exp. 7, AGEG.

[12] José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, pp. 418-419; la cita está tomada de p. 419.

[13] Archivo de Guerra, leg. 406, s. f., AGN.

[14] Exp. 2444, s. f., ADN; exp. 2256, f. 11, ADN; exp. 2602, ff. 16-17, ADN.

[15] J. Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, p. 72; EE529, RG 153, NA; exp. 2300, f. 18, ADN; exp. 2668, f. 2, ADN; Archivo de Guerra, leg. 922, s. f., AGN; Archivo de Guerra, leg. 1035, s. f., AGN; Scott, *Memoirs of Lieut.-General Scott,* vol. 2, p. 441.

[16] Véase, por ejemplo, el caso que se menciona en Oswandel, *Notes,* pp. 291, 221, en Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 263, y en Conrado Hernández López, "Entre la guerra exterior y los conflictos internos: las guerrillas en el camino México-Veracruz (1847-1848)", en José Alfredo Rangel Silva y Carlos Rubén Ruiz Medrano (eds.), *Discursos públicos, negociaciones y estrategias de lucha colectiva,* San Luis Potosí, Colegio de San Luis-Archivo Histórico del Estado de San Luis, 2006, p. 141. En al menos una ocasión, los estadounidenses temieron que uno de sus propios oficiales capturados sería ejecutado por haber violado su libertad condicional; véase William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of That Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, p. 45.

[17] *LEPOSLP,* 25 de noviembre de 1847; *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, p. 219.

[18] Véase, por ejemplo, Archivo de Guerra, leg. 416, ff. 1-6, AGN; Archivo de Guerra, leg. 490, s. f., AGN.

[19] En lo concerniente a la política de no pagar a los oficiales en libertad condicional, véanse Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 189-190; exp. 2490, ff. 5, 15, ADN; exp. 2489, ff. 1-4, ADN, y Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2264, exp. 13, AHDF. Acerca de la cacería de los oficiales ocultos, véase Archivo de Guerra, leg. 454, f. 10, AGN.

[20] Impresos, 1847, leg. 4, exp. 42, SGG; Archivo de Guerra, leg. 619, s. f., AGN.

[21] Archivo de Guerra, leg. 153, ff. 452-454, AGN; Archivo de Guerra, leg. 273, f. 329, AGN.

[22] Archivo de Guerra, leg. 273, ff. 252-272, 359, AGN.

[23] Archivo de Guerra, leg. 155, ff. 260-285, AGN. Las citas fueron tomadas de f. 264.

[24] Oswandel, *Notes,* p. 247; 18 de enero de 1847, Carr Family Papers, ISHS; 9 de octubre de 1847, 21 de abril de 1848, MS A R943 2, Runyon Family Papers, FHS; Oran Perry (comp.), *Indiana in the Mexican War,* Indianápolis, W. B. Burford, 1908, pp. 49-50.

[25] Paul Foos, *A Short, Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, p. 68.

[26] Albert Lombard, *"The High Private" with a Full and Exciting History of the New York Volunteers, and the "Mysteries and Miseries" of the Mexican War, in Three Parts—Part First,* Nueva York, Printed for the Publisher, 1848, pp. 7-10, 19, 25, 47. La cita proviene de p. 25.

[27] *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 413-414.

[28] Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3690, exp. 97, AHDF; Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3691, exp. 106, ff. 1-5, 11-20, AHDF; Justicia Alcaldes, vol. 2749, exp. 6, exp. 7, AHDF; Carlos Ruiz Abreu (coord.), *Fortificaciones, guerra y defensa de la Ciudad*

de México (1844, 1847-1848). Documentos para su historia, México, Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura-Archivo Histórico del Distrito Federal, 2003, p. 430.

[29] Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3690, exp. 98, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265 exp. 25, f. 14, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 84, ff. 375, 378, AHDF; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 29 de septiembre de 1847, AHDF; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 5 de octubre de 1847, AHDF; *LEPOSLP,* 20 de noviembre de 1847; Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 430, 433; Carlos María de Bustamante, entrada del 17 de septiembre de 1847, en Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), *Diario histórico de México, 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003.

[30] George Ballentine, *Autobiography of an English Soldier in the United States Army,* Chicago, Lakeside, 1986, p. 314; Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, pp. 135, 169; María Gayón Córdova, *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848,* México, CNCA, 1997, pp. 311, 356-357.

[31] *LEPOSLP,* 20 de noviembre de 1847; Juan de la Granja, *Epistolario: con un estudio biográfico preliminar por Luis Castillo Ledón y notas de Neréo Rodríguez Barragán,* México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1937, p. 210; Maria Gayón Córdova, "Los invasores yanquis en la ciudad de México", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA, Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, p. 211; Johnson, *Gallant,* p. 254; Ballentine, *Autobiography,* pp. 319-320; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 542; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 416; Richard Coulter, *Volunteers: The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay,* Allan Peskin (ed.), Kent (OH), Kent State University Press, 1991, pp. 197, 221; Hill, *Fighter,* pp. 134, 138, 142; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 348-361, 367; George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War,* Norman, University of Oklahoma Press, 1999, pp. 396, 413; Bustamante, entrada del 20 de septiembre de 1847, en *Diario.* Las citas fueron tomadas de C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL (citado en adelante como Manuscrito de Reeves), p. 382; Granja, *Epistolario,* p. 203, y Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 1995, p. 48.

[32] Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 296, 313; Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 155, f. 211, AGN; Hill, *Fighter,* p. 135; Zeh, *Immigrant Soldier,* p. 82; Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* p. 429; *LEPOSLP,* 9 de diciembre de 1847.

[33] Manuscrito de Reeves, p. 382.

[34] Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 425, 435; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 354, 362; Actas de Cabildo Secretas, vol. 300-A, 15 de septiembre y 6 de octubre de 1847, AHDF; Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3691, exp. 104, f. 4, AHDF; Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3690, exp. 98, AHDF.

[35] Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3690, exp. 95, AHDF; Coulter, *Volunteers,* pp. 213-214; Gayón Córdova, "Los invasores", pp. 213-214.

[36] *LEPOSLP,* 12 de octubre de 1847; Coulter, *Volunteers,* p. 204; Gayón Córdova, "Los invasores", pp. 207-208; Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos,* México, Porrúa, 1996, p. 276.

[37] *Daily American Star,* 11 de diciembre de 1847; Carlos Alberto Reyes Tosqui, *Violencia, oportunismo y resistencia en la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, 1847-1848,* tesis de licenciatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2006, pp. 86-97; Gayón Córdova, "Los invasores", pp. 204-205; Gayón Córdova, *La ocupación,* pp. 22-23, 333. La cita proviene de Prieto, *Memorias,* p. 277.

[38] Dennis Berge, "A Mexican Dilemma: The Mexico City Ayuntamiento and the Question of Loyalty, 1846-1848", *Hispanic American Historical Review,* vol. 50, núm. 2 (mayo de 1970), pp. 240-246; Gayón Córdova, "Los invasores", pp. 218-219; Reyes Tosqui, "Violencia, oportunismo y resistencia", pp. 37-40; Elecciones, vol. 863, s. f., AHDF; Ruiz Abreu, *Fortificaciones,* pp. 436-437, 446.

[39] Berge, "Mexican Dilemma", pp. 249-255; Elecciones, vol. 863, s. f., AHDF; Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, pp. 215-219; Gayón Córdova, "Los invasores", pp. 221-223; Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 549-559.

[40] Actas Secretas, vol. 301-A, 10 de mayo de 1848, AHDF.

[41] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 88, ff. 480-481, AHDF; Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3691, exp. 113, AHDF; Actas Secretas, vol. 301-A, 16 de mayo, 6 de junio de 1848, AHDF; Santoni, *Mexicans at Arms,* pp. 229-230; exp. 2815, f. 57, ADN.

[42] Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2265, exp. 30, f. 1, AHDF.

[43] Exp. 2815, f. 57, ADN; Gobernación, sin sección, leg. 351, exp. 5, AGN; Tom Reilly, *War with Mexico! America's Reporters Cover the Battlefront,* Lawrence, University of Kansas Press, 2010, pp. 240-241; Nelson Reed, *The Caste War of the Yucatan,* Redwood City, Stanford University Press, 1964, pp. 110-112; 20 y 27 de mayo de 1848, MS A R943 2, Runyon Family Papers, FHS; Robert E. May, *Manifest Destiny's Underworld: Filibustering in Antebellum America,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, p. 14.

[44] Manuscrito de Reeves, pp. 414-415.

[45] Reilly, *War!,* p. 240; Oswandel, *Notes,* p. 104.

[46] Samuel Chamberlain, *My Confession: Recollections of a Rogue,* Austin, Texas State Historical Association, 1996, pp. 115, 277, 280, 284.

[47] Gayón Córdova, "Los invasores", pp. 209-210; Chamberlain, *My Confession,* p. 264; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 370; Johnson, *Gallant,* p. 255. Antonio García Cubas, un hombre joven de la ciudad de México durante la ocupación, dijo que los propios estadounidenses fueron los que empezaron a llamar "margaritas" a esas mujeres; véase Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas, anteriores al actual estado social, ilustrada con más de trescientos fotograbados,* México, Imprenta de Arturo García Cubas, 1904, p. 439.

[48] Manuscrito de Reeves, p. 389; Oswandel, *Notes,* p. 76; 11 de junio de 1846, MS A B628 3, Blackburn Family Papers, FHS.

[49] Manuscrito de Reeves, pp. 259, 264; Chamberlain, *My Confession,* p. 76; Oswandel, *Notes,* p. 251.

[50] Manuscrito de Reeves, p. 255; Chamberlain, *My Confession,* p. 171; Zeh, *Immigrant Soldier,* p. 46.

[51] Manuscrito de Reeves, pp. 191, 389; Chamberlain, *My Confession,* pp. 182, 209;

Oswandel, *Notes,* p. 262; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 313; Reyes Tosqui, "Violencia, oportunismo y resistencia", pp. 113-114. La cita proviene de Granja, *Epistolario,* p. 169. Puede haberse tratado de la joven que fue criticada en el periódico *El Monitor Republicano* de la ciudad de México, un acto que provocó que un oficial estadounidense le diera una paliza al editor; véase Kendall, *Dispatches,* p. 421.

[52] Albert G. Brackett, *General Lane's Brigade in Central Mexico,* Cincinnati, H. W. Derby, 1854, p. 283.

[53] Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 544; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 309. La cita se tomó de Prieto, *Memorias,* p. 277.

[54] Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo,* México, INEHRM-Gobierno del Estado de Puebla, 1994, vol. 2, p. 215.

[55] *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 312.

[56] El soldado raso C. M. Reeves implicó que había tenido éxito en ese sentido, aunque el hecho de que haya escrito sus memorias después de su regreso a Estados Unidos y de haberse casado con una joven estadounidense le impidió ser más explícito al respecto; véase Manuscrito de Reeves, pp. 251-253. Véase también James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848,* Nueva York, New York University Press, 1992, p. 104. Acerca del predominio demográfico de las mujeres en la ciudad de México, véase Sylvia Arrom, *The Women of Mexico City, 1790-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1985, p. 110.

[57] Chamberlain, *My Confession,* p. 178; McCaffrey, *Army,* p. 200; William H. Daniel, *Military Diary,* p. 30, MS A D184, FHS; Reyes Tosqui, "Violencia, oportunismo y resistencia", p. 124.

[58] Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 255; Coulter, *Volunteers,* p. 266; Chamberlain, *My Confession,* pp. 174-176.

[59] Laura Shelton, *For Tranquility and Order: Family and Community on Mexico's Northern Frontier, 1800-1850,* Tucson, University of Arizona Press, 2010, pp. 50-54.

[60] La cita fue tomada de Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 469. Véase también pp. 320-321, 467-470.

[61] Chamberlain, *My Confession,* pp. 231, 269, 273; Gayón Córdova, *La ocupación,* p. 466; McCaffrey, *Army,* p. 200; Reilly, *War!,* pp. 239-240; Reyes Tosqui, "Violencia, oportunismo y resistencia", pp. 122-123.

[62] En lo concerniente a la tolerancia cultural de la violencia contra las mujeres acusadas de transgredir las normas, véase en particular Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1850,* Lincoln, University of Nebraska Press, 2012, pp. 128-135.

[63] Perry, *Indiana,* pp. 197, 201-202.

[64] La cita proviene de Isaac Smith, *Reminiscences of a Campaign in Mexico: An Account of the Operations of the Indiana Brigade on the Line of the Rio Grande and Sierra Madre, and a Vindication of the Volunteers against the Aspirations of Officials and Unofficials,* 2a ed., Indianápolis, Chapman and Spann, 1848, p. 88.

[65] Perry, *Indiana,* pp. 197-198; George W. Smith y Charles Judah, *The Chronicles of the Gringos: The US Army in the Mexican War, 1846-48: Accounts of Eyewitnesses and Combatants,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, pp. 456-457; 2 de julio de 1848, MS A B628 3, Blackburn Family Papers, FHS.

Conclusión

[1] Exp. 2622, ff. 4-28, ADN; John R. Kenly, *Memoirs of a Maryland Volunteer: War with Mexico in the Years 1846-1848,* Filadelfia, J. B. Lippincott, 1873, pp. 22, 274, 481-484.

[2] Exp. 2465, ff. 1-7, ADN; Michael Ducey, *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850,* Tucson, University of Arizona Press, 2004, p. 163; Justin Smith, *The War with Mexico,* Gloucester, Peter Smith, 1963, vol. 2, p. 418; *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos,* México, CNCA, 1991, pp. 433-435; *Niles National Register,* 7 de agosto de 1847; *Encarnacion Prisoners: Comprising an Account of the March of the Kentucky Cavalry from Louisville to the Rio Grande…,* Louisville, Prentice and Weissanger, 1848, pp. 70-71. Durante ese periodo, también hubo otros intercambios de prisioneros; véanse exp. 2624, f. 2, ADN, y exp. 2754, f. 1, ADN.

[3] Carlos María de Bustamante, entrada del 3 de septiembre de 1846, Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), *Diario histórico de México, 1822-1848,* México, El Colegio de México-CIESAS, 2003.

[4] Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana. Tratado de moral pública,* México, El Colegio de México, 1993, p. 56; Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847,* México, Ediciones Era-CNCA-INAH, 2003, p. 17; Timothy J. Henderson, *A Glorious Defeat: Mexico and Its War with the United States,* Nueva York, Hill and Wang, 2007, pp. XVIII, XX, 11-12, 15, 158, 190; Cecilia Sheridan Prieto, "Coahuila y la invasión norteamericana", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos (1846-1848),* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-El Colegio de México-FCE, 1997, p. 172; Josefina Zoraida Vázquez, "Un desastre anunciado e inevitable: la guerra con Estados Unidos", en Josefina Zoraida Vázquez *et al., La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848. Cuatro miradas,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 1998, p. 5.

[5] Franklin Smith, *The Mexican War Journal of Captain Franklin Smith,* Jackson, University Press of Mississippi, 1991, p. 179.

[6] En lo concerniente al pesimismo en general de las élites mexicanas, véase Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios,* pp. 13-17. Acerca de las referencias específicas al campesinado indígena, véanse Gobernación, sin sección, leg. 324, exp. 4, AGN, y Mariano Otero, *Obras,* compilación, selección e introducción de Jesús Reyes Heroles, México, Porrúa, 1967, p. 103. En cuanto a los rumores en el sentido de que los indígenas rebeldes recurrieron a la ayuda de los estadounidenses, véanse José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1849),* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, p. 575, y leg. 30, 1847, SGG, AHESLP. Lo irónico es que, por el contrario, los indígenas rebeldes dieron prueba en realidad de una feroz oposición a Estados Unidos; véase Leticia Reina, "The Sierra Gorda Peasant Rebellion, 1847-50", en Friedrich Katz (ed.), *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico,* Princeton, Princeton University Press, 1988, p. 279.

[7] Otero, *Obras,* p. 127. Es probable que Otero haya ayudado a escribir el panfleto, pero es improbable que haya sido el único autor; véase Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios,* pp. 55-56.

[8] En cuanto a las declaraciones en el sentido de que la ciudad de Puebla no mostró disposición a resistir a los estadounidenses, véanse *LEPOSLP,* 27 de mayo de 1847; *Apuntes para la historia de la guerra,* pp. 244-245; Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army: The Mexico City Campaign,* Lawrence, University of Kansas Press, 2007, p. 123, y Bustamante, entrada del 14 de mayo de 1847, en *Diario.* Acerca de los acontecimientos en Puebla, véanse Justin Smith, *War,* vol. 2, pp. 68-70; Alicia Tecuanhuey Sandoval, "Puebla durante la invasión norteamericana", en Vázquez (ed.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos,* pp. 405-409; *Apuntes para la historia de la guerra,* p. 247; J. Jacob Oswandel, *Notes on the Mexican War, 1846-1848,* Knoxville, University of Tennessee Press, 2010, pp. 133-135, 137-138, 141; Johnson, *Gallant,* pp. 125, 133; Justin Smith, *War,* vol. 2, p. 72; exp. 2504, ff. 15-42, ADN, y exp. 2550, f. 2, ADN.

[9] Ethan Allen Hitchcock, *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major General Ethan Allen Hitchcock, USA,* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1909, pp. 263-265.

[10] Oswandel, *Notes,* p. 166; Archivo de Guerra, leg. 921, s. f., AGN; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2267, exp. 62, f. 319, AHDF; Ayuntamiento, Guerra con los Estados Unidos, vol. 2268, exp. 88, f. 476, AHDF; Ayuntamiento, Policía Seguridad, vol. 3691, exp. 106, f. 21, AHDF; Actas de Cabildo Ordinarios, vol. 170-A, 9 de mayo de 1848, AHDF. La cita de Rafael Bernardo de la Colina fue tomada del exp. 2597, f. 25, ADN.

[11] Albert G. Brackett, *General Lane's Brigade in Central Mexico,* Cincinnati, H. W. Derby, 1854, p. 187. Acerca de otra manifestación del desprecio de los estadounidenses por los mexicanos, véanse Actas Secretas, vol. 301-A, 10 de mayo de 1848, AHDF.

[12] *Encarnacion,* pp. 86-87; William W. Carpenter, *Travels and Adventures in Mexico: In the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot, Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of that Country,* Nueva York, Harper Brothers, 1851, p. 39. En lo que respecta a Parras, véanse Abner Doubleday, *My Life in the Old Army,* Fort Worth, Texas Christian University Press, 1998, p. 133; Sheridan Prieto, "Coahuila y la invasión", p. 173, y Eduardo Enrique Terrazas, "La estancia del ejército de ocupación norteamericano en Saltillo, octubre de 1846-julio de 1848", en Laura Herrera Serna (ed.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales,* México, CNCA, Museo Nacional de las Intervenciones, 1997, p. 186. Respecto de la ciudad de Bardstown, véase John Dichtl, *Frontiers of Faith: Bringing Catholicism to the West in the Early Republic,* Lexington, University of Kentucky Press, 2008, pp. 99, 126, 150.

[13] Con respecto a la venta de recuerdos, véase *LEPOSLP,* 7 de agosto de 1847. La cita de C. M. Reeves fue tomada de C. M. Reeves, "Five Years Experience in the Regular Army, including the War with Mexico", manuscrito, MS qR332f RMV, CHSL, p. 166. La cita de José Antonio del Castillo proviene de leg. 20, 1847, SGG, AHESLP. Véanse también exp. 2570, f. 21, ADN, y leg. 22, 1847, SGG, AHESLP. Corrieron rumores de que el propio Antonio López de Santa Anna vendía ganado para ayudar a alimentar al ejército estadounidense; véase Johnson, *Gallant,* pp. 64-65.

[14] Samuel C. Reid, *The Scouting Expeditions of McCulloch's Texas Rangers; or, The Summer and Fall Campaign of the Army of the United States in Mexico—1846,* Filadelfia, G. B. Zieber, 1848, p. 120; Johnson, *Gallant,* p. 198; Mariano Riva Palacio, "Breve diario de don Mariano Riva Palacio (agosto de 1847)", Josefina Vázquez (ed.), *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), pp. 443, 447; S. Comp-

ton Smith, *Chile con Carne; or, The Camp and the Field,,* Nueva York, Miller and Curtis, 1857, pp. 389-395.

[15] Roa Bárcena, *Recuerdos,* pp. 1, 312, 514; Mariano Otero, *Exposición que hace el ciudadano Mariano Otero, diputado por Xalisco al congreso nacional, al supremo gobierno del estado sobre la guerra que sostiene la república contra los Estados Unidos del Norte,* México, Vargas Rea, 1944, pp. 53-54. En el panfleto antes citado, al que probablemente contribuyó Mariano Otero, se hacían afirmaciones similares; véase Otero, *Obras,* p. 115.

[16] Josefina Zoraida Vázquez, "La guerra que puso en peligro la unidad nacional", en *Simposium de Historia Regional. La Angostura en la intervención norteamericana, 1846-1848,* Saltillo, Secretaría de Educación Pública de Coahuila, 1998, p. 16.

[17] Véanse algunos ejemplos en Gobernación, leg. 184, caja 1, exp. 3, AGN; leg. 18, 1847, SGG, AHESLP; leg. 26, exp. 34, 1846, SGG, AHESLP; leg. 26, exp. 36, 1846, SGG, AHESLP; leg. 17, exp. 50, 1846, SGG, AHESLP; *LEPOSLP,* 2 y 9 de enero de 1847; Justicia y Negocios Eclesiásticos, leg. 150, f. 271, AGN; Riva Palacio, "Breve diario", p. 452, y Sergio Cañedo Gamboa, *Los festejos septembrinos en San Luis Potosí. Protocolo, discurso y transformaciones, 1824-1847,* San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2001, p. 139. La información sobre el incidente de la ciudad de Puebla se tomó de exp. 2550, f. 2, ADN.

[18] En lo concerniente a Guerrero, véase Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857,* Redwood City, Stanford University Press, 1996, pp. 147-177 [hay traducción al español: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857,* Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001], y exp. 2682, f. 16, ADN. Acerca de Oaxaca, véase Benjamin Smith, *The Roots of Conservatism in Mexico: Catholicism, Society and Politics in the Mixteca Baja, 1750-1962,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 2012, pp. 75-141. A propósito de Veracruz, véase Ducey, *Nation,* pp. 142-170.

[19] María del Carmen Salinas Sandoval, *Política interna e invasión norteamericana en el Estado de México 1846-1848,* Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2000, p. 149; José Arturo Salazar y García, "Guanajuato durante la guerra de 1846-1848", en Herrera Serna (ed.), *México en guerra,* p. 353; Roa Bárcena, *Recuerdos,* p. 278.

[20] Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios,* pp. 17-18. Carlos María de Bustamante lo reconoció mordazmente cuando escribió que los mexicanos que estaban preocupados por el hecho de que se tenía que coaccionar a algunas tropas mexicanas para que entraran en campaña indicaba una falta de patriotismo no entendían que los soldados de los ejércitos revolucionarios franceses también habían sido coaccionados; véase Bustamante, entrada del 3 de septiembre de 1846, en *Diario.*

[21] Thomas Tennery, *The Mexican War Diary of Thomas D. Tennery,* Norman, University of Oklahoma Press, 1970, p. 14.

[22] Véase una de esas audaces afirmaciones en el sentido de que los estadounidenses eran más nacionalistas que los mexicanos en Henderson, *Glorious Defeat,* p. 15. Jesús Velasco Márquez señaló que ese punto de vista está muy generalizado entre los historiadores estadounidenses; véase Jesús Velasco Márquez, "Regionalismo, partidismo y expansionismo. La política interna de Estados Unidos durante la guerra contra México", *Historia Mexicana,* vol. 47, núm. 2 (octubre-diciembre de 1997), p. 312; véase por ejemplo Joseph W. Pearson, "The Dilemma of Dissent: Kentucky's Whigs and the Mexican War", *Ohio Valley History,* vol. 12, núm. 2 (verano de 2012), p. 30.

[23] Nicole Eustace, *1812: War and the Passions of Patriotism,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, pp. 1 012, XI; Fred Anderson y Andrew Cayton, *The Dominion of War: Empire and Liberty in North America, 1500-2000,* Nueva York, Penguin, 2004, pp. 223-227; Alan Taylor, *The Civil War of 1812: American Citizens, British Subjects, Irish Rebels, and Indian Allies,* Nueva York, Vintage Books, 2010.

[24] Daniel Walker Howe, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1848,,* Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 72-76; Anderson y Cayton, *Dominion,* pp. 229-234.

[25] Eustace, *1812,* p. XI; Howe, *What Hath,* pp. 63-69, 72-76; Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010,* vol. 1, *Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867,* México, UNAM-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, p. 100; Jeremy Black, *The War of 1812 in the Age of Napoleon,* Nueva York, Continuum, 2009, pp. XIII, 4; Robert S. Quimby, *The U.S. Army in the War of 1812: An Operational and Command Study,* East Lansing, Michigan State University Press, 1997, vol. 2, p. 953; Jon Latimer, *1812: War with America,* Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 2007, pp. 3-4.

[26] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 101; Howe, *What Hath,* p. 71, y esp. Eustace, *1812.*

[27] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 100; Josefina Zoraida Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47,* México, SepSetentas, 1972, p. 29.

[28] Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, pp. 110, 112. La cita de Grant proviene de Ulysses S. Grant, *Personal Memoirs,* Westminster (MD), Random House, 1999, p. 24.

[29] La cita es de Robert E. Lee, *Recollections and Letters of General Robert E. Lee,* Nueva York, Doubleday-Page, 1904, p. 28. Con respecto a la decisión de Lee, véase Elizabeth Brown Pryor, *Reading the Man: A Portrait of Robert E. Lee through his Private Letters,* Nueva York, Viking, 2007, pp. 276-297.

[30] Daniel Harvey Hill, *A Fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA,* Nathaniel Cheairs Hughes Jr. y Timothy D. Johnson (eds.), Kent (OH), Kent State University Press, 2002, p. XIV.

[31] Nicholas Marshall, "The Great Exaggeration: Death and the Civil War", *Journal of the Civil War Era,* vol. 4, núm. 1 (marzo de 2014), p. 3. En lo concerniente a lo destructiva que fue la Guerra Civil, véase Mark E. Neely Jr., *The Civil War and the Limits of Destruction,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 2007, p. 199.

[32] Amy Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of Mexico,* Nueva York, Knopf, 2012, p. 35; Shelley Streeby, *American Sensations: Class, Empire and the Production of American Culture,* Berkeley, University of California Press, 2002, p. 39.

[33] Michael Feldberg, *The Turbulent Era: Riot and Discord in Jacksonian America,* Nueva York, Oxford University Press, 1980, p. 96; David Grimsted, *American Mobbing: Toward Civil War,* Nueva York, Oxford University Press, 1998, pp. 90-92; Howe, *What Hath,* pp. 330, 411, 435; Bertram Wyatt-Brown, *Southern Honor: Ethics and Behavior in the Old South,* ed. del XXV aniversario, Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 168-169, 353, 366, 369.

[34] Feldberg, *Turbulent Era,* pp. 7, 55-61, 73-75, 90-91, 96-97; Grimsted, *American*

Mobbing, pp. VIII, VIII, 86, 89, 101-113; Howe, *What Hath,* pp. 430-434; Wyatt-Brown, *Southern Honor,* p. 370.

[35] Brackett, *General,* p. 13; Pearson, "Dilemma", p. 32.

[36] Harry Watson, *Liberty and Power: The Politics of Jacksonian America,* ed. actualizada, Nueva York, Hill and Wang, 2006, pp. 88, 127; Velasco Márquez, "Regionalismo", pp. 313-315; Melinda Lawson, *Patriot Fires: Forging a New American Nationalism in the Civil War North,* Lawrence, University Press of Kansas, 2002, pp. 2, 5.

[37] Existe una vasta literatura sobre la guerra de Independencia de México; véanse, por ejemplo, Marco Antonio Landavazzo, *La máscara de Fernando VII. Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis, Nueva España, 1808-1822,* México, El Colegio de México-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2001. En cambio, las obras sobre los intentos español y francés son menos numerosas; véanse Cañedo Gamboa, *Los festejos,* pp. 139, 150, y Peter Guardino, "Identity and Nationalism in Mexico: Guerrero, 1780-1840", *Journal of Historical Sociology,* vol. 7, núm. 3 (septiembre de 1994), pp. 314-342.

[38] La literatura sobre la guerra de independencia de Estados Unidos también es muy vasta, pero lo es menos en el caso de la guerra de 1812; respecto a esta última, véase Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos,* vol. 1, p. 101, y, en especial, Eustace, *1812.*

[39] Streeby, *American Sensations,* p. 39, y, en especial, Robert Johannsen, *To the Halls of Montezuma: The Mexican War in the American Imagination,* Nueva York, Oxford University Press, 1985.

[40] Alan Knight, "Presentación", *Las relaciones México-Estados Unidos,* Terrazas y Basante y Gurza Lavalle, vol. 1, pp. 23-24; Vázquez, "La guerra que puso en peligro", p. 21; Lawson, *Patriot Fires,* p. 7. La cita de Franklin Smith fue tomada de Franklin Smith, *Mexican War Journal,* p. 196. Véase también pp. 31-32.

[41] Douglas Murphy cree que las diferencias políticas entre Mariano Arista y Pedro de Ampudia también debilitaron a los mexicanos en las batallas de Palo Alto y Resaca de Palma; véase Douglas Murphy, *Two Armies on the Rio Grande: The First Campaign of the U.S. Mexican War,* College Station, Texas A&M University Press, 2015, p. 155.

[42] José María Lafragua a Manuel de la Peña y Peña, Querétaro, 25 de noviembre de 1847.

[43] John Coatsworth, "Obstacles to Economic Growth in Nineteenth-Century Mexico", *American Historical Review,* vol. 83, núm. 1 (febrero de 1978), p. 81; John Coatsworth, "Notes on the Comparative Economic History of Latin America and the United States", en W. L. Bernecker y H. W. Tobler (ed.), *Development and Underdevelopment in America: Contrasts of Economic Growth in North and Latin America in Historical Perspective,* Berlín, De Gruyter, 1993, p. 11; Barbara Tenenbaum, *The Politics of Penury: Debt and Taxes in Mexico, 1821-1856,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986, pp. XII, XIV, 28, 49, 76-82; Vázquez, "La guerra que puso en peligro", p. 16. Justo antes de la caída de la ciudad de México, los agentes del ejército estadounidense ya estaban entregando a los comerciantes de la ciudad cheques bancarios contra los fondos del gobierno estadounidense a cambio de dinero en efectivo con el propósito de que se pudiera alimentar a sus tropas; véase Hill, *Fighter,* p. 119.

[44] En lo concerniente al problema de la falta de fondos para las tropas mexicanas en la frontera en vísperas de la invasión del ejército de Zachary Taylor, véase Murphy,

Two Armies, pp. 21-22. Acerca de la importancia de los problemas económicos expuestos en la argumentación del gobierno para justificar la aceptación del tratado, consúltese el discurso del ministro plenipotenciario Luis de la Rosa en *LEPOSLP,* 23 de mayo de 1848.

[45] Douglas S. Massey, Jorge Durand y Nolan J. Malone, *Beyond Smoke and Mirrors: Mexican Immigration in an Age of Economic Integration,* Nueva York, Russell Sage Foundation, 2002; Douglas S. Massey, "America's Immigration Policy Fiasco: Learning from Past Mistakes", *Daedalus,* vol. 142, núm. 3 (verano de 2013), pp. 5-15.

[46] Massey, "America's Immigration Policy Fiasco", p. 8; Wayne A. Cornelius, "Death at the Border: Efficacy and Unintended Consequences of US Immigration Control Policy", *Population and Development Review,* vol. 27, núm. 4 (diciembre de 2001), pp. 661-685; Wayne A. Cornelius, "Introduction: Does Border Enforcement Deter Unauthorized Immigration?", en *Impacts of Border Enforcement on Mexican Migration: The View from Sending Communities,* Wayne A. Cornelius (ed.), La Jolla, Center for Comparative Immigration Studies-University of California, at San Diego, 2007, pp. 1-15.

Créditos de ilustraciones

Mapas

© Isabelle Lewis

Figuras

1.1. © U.S. National Archives/Roger-Viollet/The Image Works, Inc.
1.2. Dibujo de Samuel E. Chamberlain. West Point Museum Collection, United States Military Academy.
1.3. Dibujo de Samuel E. Chamberlain. West Point Museum Collection, United States Military Academy.
2.1. © Mary Evans Picture Library/The Image Works, Inc.
2.2. © North Wind Picture Archives/The Image Works, Inc.
3.1. Dibujo de Samuel E. Chamberlain. West Point Museum Collection, United States Military Academy.
3.2. "Capture of the Big Train", acuarela de Samuel E. Chamberlain. Chamberlain Scrapbook, MC092. [15878C125]. The Old Print Shop, Nueva York/Albert and Ethel Herzstein Library, The San Jacinto Museum of History.
3.3. "The Capture of O'Brien's Guns", acuarela de Samuel E. Chamberlain. Chamberlain Scrapbook, MC092. [15878C115]. The Old Print Shop, Nueva York/Albert and Ethel Herzstein Library, The San Jacinto Museum of History.
4.1. © Mary Evans/The Image Works, Inc.
9.1. "El Fandango", acuarela de Samuel E. Chamberlain. Chamberlain Scrapbook, MC092 [15878C31]. The Old Print Shop, Nueva York/Albert and Ethel Herzstein Library, The San Jacinto Museum of History.
9.2. "Camp Followers, Two Carrying on Litter", acuarela de Samuel E. Chamberlain. Chamberlain Scrapbook, MC092. [15878C76]. The Old Print Shop, Nueva York/Albert and Ethel Herzstein Library, The San Jacinto Museum of History.

Reconocimientos

Uno de los aspectos más gratificantes de escribir un libro es la manera en que éste relaciona al autor con muchas personas cuya ayuda es necesaria a lo largo del camino. La investigación para este libro y su redacción fueron inusualmente complejas, por lo que dependí de la ayuda de un conjunto de personas más numeroso de lo habitual. Algunas son conocidos míos de casi toda mi vida profesional, mientras que otras son relaciones establecidas hace poco, pero todas contribuyeron de una manera importante.

A dondequiera que fui, los archivistas y los bibliotecarios de muy buena gana buscaron y compartieron conmigo los documentos necesarios y me ayudaron tanto como pudieron, ya sea que hubiera trabajado con ellos durante meses o solamente durante unas horas. La puerta al pasado que ellos abren es de capital importancia, puerta que también se amplía a medida que unos y otros digitalizan y ponen en línea más documentos, facilitando en gran medida el acceso a ese material, a pesar de que eso reduce la oportunidad de que los usuarios puedan dar las gracias en persona a esos archivistas y bibliotecarios. Por lo tanto, quiero agradecer a los que conocí al hacer mi investigación y a los que nunca conocí, pese a que su trabajo fue fundamental para este proyecto.

Gran parte de la investigación que hice sobre México fue financiada mediante una beca para la investigación en el extranjero de la Facultad Fulbright-Hays del Departamento de Educación de Estados Unidos. El resto de la investigación, tanto en México como en Estados Unidos, fue posible gracias a varias becas del College Arts & Humanities Institute de la Universidad de Indiana; el Departamento de Historia de la misma universidad también me proporcionó una oportuna ayuda para financiar la producción y la adquisición de las imágenes del libro.

Las instituciones financian las investigaciones, pero también son de capital importancia porque ofrecen a los investigadores la oportunidad de presentar sus argumentos y sus hallazgos preliminares; muchas veces me encontré afinando mis ideas en respuesta a las preguntas o los comentarios hechos cuando presenté algunos aspectos de este libro. Me siento en deuda con los que me ofrecieron esas oportunidades y con los que generosamente se tomaron el tiempo para asistir a mis presentacio-

nes en la Universidad de Maryland, la Universidad de Stanford, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Estatal de San Diego, el Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, la Universidad Veracruzana, la Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio Mexiquense, la Universidad de Chicago, la Universidad Vanderbilt, la Universidad de Indiana, la Universidad de Yale, la Universidad de Michigan, el Colegio Macalester, la Universidad Hamline y el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Durante el año en que hice la mayor parte de la investigación sobre México, me afilié a El Colegio de San Luis, cuyo personal fue excesivamente generoso con su apoyo institucional, sus esfuerzos por hacer que mi familia se sintiera cómoda en la ciudad de San Luis Potosí y sus sugerencias de fuentes e ideas sobre el proyecto; quiero agradecer especialmente a María Isabel Monroy Castillo, Sergio Cañedo Gamboa y Ana María Gutiérrez. Otros miembros de la comunidad académica de México también me hicieron comentarios extremadamente útiles sobre mi trabajo y sugerencias de fuentes; varios de ellos me dieron copias de tesis difíciles de encontrar, escritas por ellos o por sus estudiantes; por lo tanto, me siento en deuda con Brian Connaughton, Andrés Delgadillo Sánchez, Michael Ducey, Antonio Escobar Ohmstede, Romana Falcón, Luis Fernando Granados, Claudia Guarisco, Pilar Iracheta, María Teresa Jarquín, Eduardo Miranda Arrieta, Juan Ortiz Escamilla, Sonia Pérez Toledo, José Daniel Ramírez Reyes, Carlos Reyes Tosqui, Flor Salazar Mendoza, Carlos Sánchez Silva, José Antonio Serrano Ortega, Miguel Soto Strata y Josefina Zoraida Vázquez; agradezco enormemente la información, las ideas y el aliento que con generosidad me dieron esos académicos. Varias personas fueron incluso más allá de lo que suelen hacer los expertos: Michael Ducey me llevó en su automóvil al campo de batalla de Cerro Gordo y, bajo un sol ardiente, trepó conmigo durante horas por los escarpados terrenos; los investigadores Gabriela Román y Antonio Reyes, junto con José Salas, un habitante del lugar, hicieron lo mismo en La Angostura. Me es imposible expresar todo mi agradecimiento a la gente de México por la manera en que me ayudó a hacer posible este libro.

Las comunidades académicas son internacionales, por supuesto, y muchos investigadores de fuera de México también me proporcionaron ideas, aliento y pistas; entre ellos están Linda Arnold, Peter Beattie, Kate Bjork, Dain Borges, Deborah Cohen, Brian DeLay, Caitlin Fitz, Will Fowler, Reena Goldthree, Amy Greenberg, John Hart, Kristin Hoganson, Justin Jackson, Alan Knight, Emilio Kourí, Kerry MacDonald, Simeon

Mann, Nick Marshall, Rachel Moore, Tom Passananti, Aldo Lauria Santiago, Elizabeth Shesko, Nancy Shoemaker, Mauricio Tenorio, Jonathan Truitt, Charles Walker y David Weber (†).

Muchos investigadores de la institución donde trabajo, la Universidad de Indiana, me ayudaron con pistas o ideas. La envergadura de este proyecto me llevó lejos de los lugares sobre los que ya tenía ciertos conocimientos y con frecuencia recurrí a mis colegas de la universidad para que me guiaran en esas incursiones en lo desconocido, por lo que doy las gracias a Judith Allen, Stephanie Bower, J. Peter Burkholder, Arlene Díaz, Kon Dierks, Wendy Gamber, Jeff Gould, Danny James, Jessie Kindig, Sarah Knott, Lara Kriegel, Jason McGraw, Natalia Milanesio, Colleen Moore, Michelle Moyd, Timo Schaefer, Cesar Seveso, Christina Snyder, Rebecca Spang, Steve Stowe, Joseph Varga y Dror Wahrman.

Algunas personas que hicieron contribuciones intelectuales al libro no son académicos en el sentido estricto del término: James Alexander Thom, extraordinario novelista de la historia, me hizo unos comentarios muy útiles y también me dio pistas sobre las fuentes de la extensa investigación que hizo para su maravillosa novela sobre los san patricios; Michael Lotus, un viejo amigo de la universidad con quien de vez en cuando sostengo conversaciones sobre la historia y también sobre la guerra desde hace 35 años, me sugirió fuentes y, asimismo, me ayudó a entender por qué un libro como éste es una historia militar.

Varios colegas me hicieron el enorme favor de leer el manuscrito en su totalidad y cada uno de ellos fue importantísimo para mejorarlo. Por ello, doy las gracias tanto a Brian DeLay como a otro dictaminador anónimo, de Harvard University Press, así como a Michael Ducey, Wendy Gamber, Christina Snyder y Charles Walker. Kathleen McDermott, de Harvard University Press, me proporcionó sus invaluables consejos y su guía sobre cómo mejorar el libro. La corrección de Ashley Moore fue muy útil y Brian Ostrander supervisó la producción del libro.

Agradezco a las diversas instituciones e individuos por su oportuna y profesional ayuda con las imágenes. Isabelle Lewis recurrió a sus conocimientos expertos para dar forma visual a la geografía de la guerra. Por su parte, Lorraine Goonan, de Image Works; Lisa Struthers, del museo del San Jacinto Battleground State Historic Site, en el condado de Harris, Texas, y Marlana Cook, del West Point Museum, me ayudaron a encontrar las imágenes y obtener los permisos para publicarlas, mientras que Chet Gordon fotografió las pinturas del West Point Museum.

También quiero agradecer a la gente de Grano de Sal y del Instituto de

Investigaciones Históricas, de la UNAM, que hicieron posible la edición en español. Agradezco en particular a Mario Zamudio Vega, por su excelente traducción, y a Tomás Granados Salinas, director de Grano de Sal, por encargarse de organizar las muchas tareas que hicieron posible la publicación; ha sido un verdadero placer trabajar con él.

Mi familia fue un factor extraordinariamente importante de la hechura del libro. Su constante apoyo moral y los sacrificios que hicieron para desarraigarse con el propósito de que yo pudiera pasar todo un año en México fueron fundamentales; asimismo, leyeron los borradores de varias secciones. Mi esposa, Jane Walter, y nuestros hijos, Rose y Walter, son todos unos apasionados y conocedores de la historia y la escritura; muchos de los argumentos e ideas presentados aquí fueron discutidos y afinados en profundidad durante varias sobremesas. El libro no existiría sin esas conversaciones y ésa es solamente una de las muchas cosas que les debo.

La primera edición de *La marcha fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos,* de Peter Guardino, se terminó de imprimir en Litográfica Ingramex, SA de CV, Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, 09810, Ciudad de México, en octubre de 2018, con un tiraje de 2000 ejemplares. La composición tipográfica se llevó a cabo en el taller de Libros Grano de Sal, SA de CV, empleando la familia Marco PE, que es un diseño de Toshi Omagari.